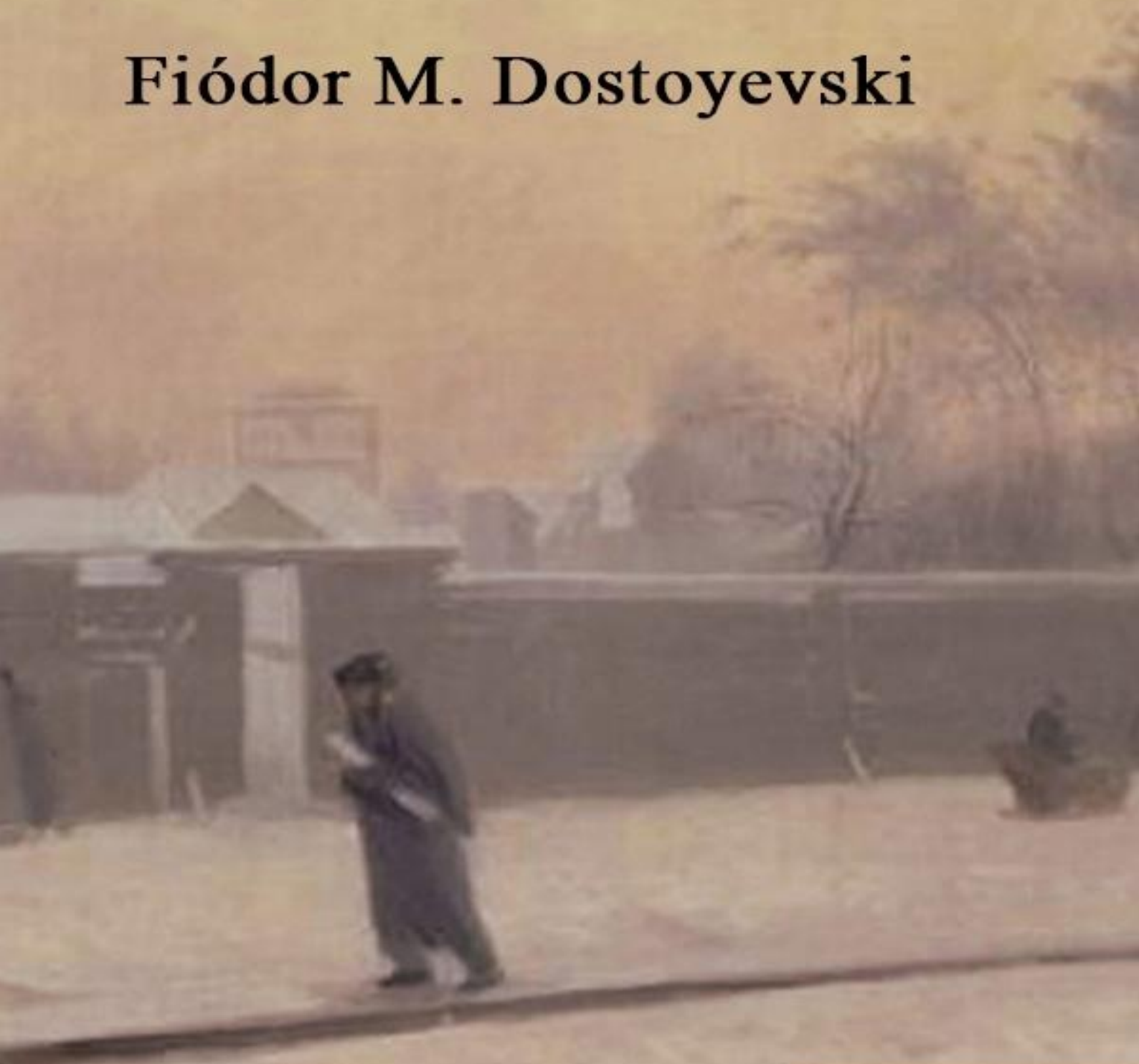


Diario de un escritor

Fiódor M. Dostoyevski



Lectulandia

Dostoyevski, además de ser uno de los grandes novelistas de la historia de la literatura, se dedicó durante la mayor parte de su vida al periodismo y fue un activo creador de opinión. Diario de un escritor es, sin duda, uno de sus proyectos mayores y ha terminado convirtiéndose en una suerte de testamento y compendio de todo su pensamiento. Los reportajes, los ensayos y los apuntes críticos que Dostoyevski fue publicando en diferentes revistas constituyen no sólo un recuento de las filias y fobias del autor, sino que se revelan como un documento clave y necesario para la comprensión de la historia más reciente de Rusia, de sus conflictos sociales y políticos, y también en cierta manera una buena panorámica de la literatura rusa escrita por uno de sus nombres claves.

Se recopilan revueltas políticas, juicios sumarios y conflictos sociales, pero también reflexiones sobre Pushkin o comentarios sobre *Anna Karénina*. Diario tiene un sentido eminentemente periodístico, lo cual entorpece su lectura. Sin embargo, como en la mayoría de sus obras, Dostoyevski se expresa con un carácter de profunda humanidad.

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

Diario de un escritor

ePub r1.1

FLeCos 25.06.16

Título original: *Dnevnik pisatelja* (Дневник писателя)

Fiódor Dostoyevski, 1873-1881

Traducción: Víctor Gallego Ballesterero

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

El lunes 26 de enero de 1881 Vera, una de las hermanas de Dostoyevski, llegó de visita a casa del escritor. En medio de la cena, con escaso tacto y sin apenas circunloquios, aludió a un asunto enojoso que había enfrentado a todos los hermanos y había acabado en los tribunales de justicia, donde por fin se había dictado sentencia, después de diez años de litigios y enfrentamientos. La causa de las desavenencias había sido una cuantiosa herencia dejada por una tía y su posterior reparto. Las hermanas habían mandado a Vera como una especie de intermediaria, encargada de recordar al escritor las cantidades económicas que estaba obligado a desembolsar en compensación por la extensa propiedad que había recibido. A Dostoyevski no le gustaba que se hablara en la mesa de cuestiones de dinero, y menos de un asunto tan delicado y espinoso; poco a poco los ánimos de todos los comensales fueron soliviantándose y la discusión subiendo de tono. En un momento determinado, harto de contender y disputar, Dostoyevski se levantó de su silla y se encaminó a su despacho. A poco de entrar, sintió que tenía las manos húmedas. Cuando se las miró, se dio cuenta de que estaban cubiertas de sangre: la tensión y el acaloramiento de la discusión le habían producido una hemorragia.

Al cabo de algún tiempo, estando presente ya el médico, sobrevino una segunda hemorragia, esta vez tan violenta que el escritor acabó perdiendo el sentido. Acudieron varios facultativos, pero era evidente que ya no se podía hacer nada por el enfermo. Cuando recobró el conocimiento, Dostoyevski pidió a su mujer que llamara a un sacerdote, pues quería confesarse y comulgar. A continuación, recibió a sus hijos, a quienes bendijo y rogó que vivieran en paz. Luego suplicó a su mujer que leyera la historia del hijo pródigo y, una vez concluida la lectura, les dijo a sus hijos, a modo de enseñanza, que los quería con toda el alma, pero que, por muy grande que fuera su amor, no era nada comparado con el que les profesaba Dios: «Vosotros sois sus hijos, de modo que humillaos ante Él igual que el hijo pródigo se humilló ante su padre. Solicitad Su perdón, y Él se alegrará, como el padre se alegró del hijo pródigo».

La noche del 28 de enero, después de una nueva hemorragia, el escritor pidió a su esposa que fuera a buscar el Nuevo Testamento. Era el mismo ejemplar, ya viejo y desgastado, que muchos años antes había recibido de manos de las mujeres de los decembristas, camino de Siberia. Según el testimonio de su hija, «Dostoyevski no quiso separarse nunca de su viejo Evangelio del presidio, de ese amigo fiel que le había consolado durante el periodo más triste de su vida. Lo llevaba en sus viajes, lo guardaba en un cajón de su escritorio, al alcance de la mano. Mi padre adquirió la costumbre de consultarlo en los momentos importantes de la vida. Abría el Evangelio al azar, leía las primeras líneas que le venían a los ojos y las consideraba una respuesta a sus dudas». Lo mismo hizo en esa ocasión crítica: abrió el libro al azar y

leyó un pasaje del Evangelio según san Mateo que acabó de convencerle de que su muerte era inminente e inevitable. Por la tarde de ese mismo día el pulso del escritor fue debilitándose cada vez más y a las 8:38 de la noche su corazón dejó de latir.

El destino había dispuesto que *Los hermanos Karamázov*, su última gran novela, y el *Diario de un escritor* se convirtieran en una suerte de testamento espiritual. No había sido ésa la intención de Dostoyevski, que seguía concibiendo planes y bocetos narrativos. Nunca pensó que ésas iban a ser sus últimas obras —¿qué escritor sabe cuál va a ser su última obra?—, pero su trayectoria literaria estaba cerrada, concluida y nada podía ya añadirse. *Los hermanos Karamázov* quedaría como estaba, sin la proyectada segunda parte, y el *Diario de un escritor*, que a lo largo de los últimos años le había servido de vehículo para la expresión de sus opiniones sobre los asuntos más dispares e imprevisibles, se convertiría en un texto clave para indagar en su pensamiento, en sus motivaciones más íntimas, en su ideología política y social, en sus sentimientos, sus temores y sus esperanzas; en suma, en su libro más personal, más definitorio, y a la par más extraño y desconocido.

Se ha escrito a veces que el *Diario* es el libro de Dostoyevski en el que encuentran su plasmación más contundente las convicciones reaccionarias y xenófobas del autor. Es verdad. Pero no es toda la verdad. Se aprecian siempre en Dostoyevski como dos planos: uno más directo y tajante, que se expresa con la mayor precisión y elocuencia; y otro más oblicuo y alusivo que se expone siempre a través de una voz interpuesta, la literatura, la narración, la pantalla de un personaje ficticio. El pensamiento de Dostoyevski nunca es unívoco. Se diría que en lo más profundo de su ser le asaltarán dudas e interrogantes; que, a pesar de su tenacidad e insistencia, no estuviera del todo seguro de sus postulados. Las ideas explícitas de Dostoyevski son muy claras y lineales —un nacionalismo exaltado que cae de lleno en el chovinismo, un desprecio sin paliativos por la ciencia y por cualquier adelanto técnico, una defensa encarnizada de la autocracia más retrógrada, una idea mesiánica del destino y la misión de Rusia, un rechazo a ultranza de todo lo extranjero, un antisemitismo furibundo, una fe ciega en la verdad del pueblo y en la que predicará a todas las naciones de Europa—; no lo son tanto las que culebrean y se insinúan en el fondo de su conciencia y que le impiden hallar reposo y sosiego.

Hay una anécdota que ilustra a la perfección la dualidad entre ese mundo seguro y firme que Dostoyevski pretendía crearse y la inquietud y la desazón que laten en su interior. En una ocasión, durante su prolongada estancia en Europa en compañía de su segunda esposa, Anna Grigórievna, se desplazó a Basilea para contemplar un cuadro de Holbein el Joven, el *Cristo muerto*. Anna Dostoiévskaja nos ha dejado una descripción de ese momento: «Se trataba de un cuadro de Hans Holbein que representaba a Cristo después del martirio inhumano, ya desclavado de la Cruz y en proceso de descomposición. La visión de ese rostro tumefacto, lleno de heridas sanguinolentas era terrible. El cuadro causó una honda impresión a Dostoyevski y lo dejó muy abatido. Yo, más débil, no pude resistir mucho tiempo y pasé a otra sala.

Cuando regresé, al cabo de unos veinte minutos, encontré a mi marido delante del cuadro, incapaz de dejar de mirarlo. En su rostro lleno de horror leí la misma expresión que ya había advertido más de una vez cuando se acercaba una crisis de epilepsia». El dictamen de Dostoyevski fue inapelable: «Un cuadro así puede inducirnos a perder la fe». Más tarde pondría esas palabras en boca del príncipe Mishkin, en *El idiota*.

Hombre en apariencia de una fe inquebrantable, de una religiosidad acendrada e indestructible, a Dostoyevski anonada la contemplación de ese cadáver ensangrentado y medio corrompido; en fin, la corporeidad y humanidad de Cristo. ¿Y si Cristo no había sido más que un hombre? ¿Y si Dios no existía? Dostoyevski mostró siempre una gran receptividad por los contrarios. Jamás dejó de valorar el peso y la relevancia de las opiniones opuestas a las suyas. Es ése un rasgo de amplitud de miras que a veces pasan por alto sus críticos. Como señala Mijaíl Bajtín, «el pensamiento de Dostoyevski es bilateral y ambos lados no pueden separarse ni siquiera abstractamente». Dostoyevski predica a voz en cuello sus ideas religiosas y nacionalistas, pero también, en voz baja, nos expone sus dudas a través de la pantalla de sus personajes, narradores desesperados, suicidas convencidos, hombres que no creen en nada, que han perdido cualquier asidero y a los que ninguna idea o sueño dorado ata ya a la vida. Cuando Varlam Shalámov exclama que Dostoyevski es «el escritor más antirreligioso de Rusia» no está recurriendo a una paradoja. En ningún otro autor encontramos refutaciones tan rabiosas y tremendas de la fe como en Dostoyevski; y no sólo en el episodio de «El gran inquisidor», sino también, por ejemplo, en la figura de Kirílov, el suicida lógico de *Los demonios* o, en el caso del *Diario*, en ese texto sorprendente y sombrío que es la «Sentencia» de un hombre que no encuentra razones para seguir viviendo o el magnífico y extraño relato, sin parangón en la obra del escritor, «El sueño de un hombre ridículo», donde la aspiración de una humanidad feliz toma forma sin intervención alguna de la religión ni de la divinidad.

Dostoyevski era plenamente consciente de ese desdoblamiento; por eso le dolían tanto los ataques de que era objeto por parte de la prensa avanzada y liberal: «Los mequetrefes se meten con mi fe en Dios, por lo visto inculta y reaccionaria. Esos imbéciles en su vida han podido soñar siquiera con una negación de Dios como la que se expresa en mi “Gran inquisidor” y todo el capítulo que le precede, y a la que responde el libro entero. Si yo creo en Dios, no lo hago a la manera de los tontos (como un fanático). ¡Y éstos quieren darme lecciones y se ríen de mis cortos alcances! Esos estúpidos no han podido soñar siquiera con un poder de negación como el que yo he demostrado. ¡Y quieren darme lecciones!».

El *Diario de un escritor* es, ante todo, un libro de una variedad prodigiosa, de una frescura admirable y, la mayoría de las veces, de una gran amenidad. Dostoyevski inicia su redacción en 1873, después de aceptar la dirección de la revista

conservadora *El Ciudadano*, en cuyas páginas aparecieron los artículos de ese año. En 1874, unas desavenencias con el propietario de la publicación, el príncipe Mescherski, le llevarían a abandonar su cargo; en esos años se embarca en la redacción de *El adolescente* y aparca durante un tiempo el proyecto del *Diario*, que retoma en 1876 y 1877, esta vez editándolo él mismo, en entregas mensuales. Después de tres años dedicados a la creación de *Los hermanos Karamázov*, vuelve a editar, también por su cuenta, el número único de 1880, consagrado al «Discurso sobre Pushkin», y el *Diario de un escritor* de 1881, interrumpido a la muerte del escritor, después de la aparición de un solo número.

¿Qué es el *Diario de un escritor*? ¿De qué temas se ocupa Dostoyevski? El propio novelista aclara en el prólogo lo ambicioso e indiscriminado de su proyecto: «¿De qué voy a hablar? De todo lo que me llame la atención y me haga reflexionar». Inmenso cajón de sastre, impar amasijo de materiales, en el *Diario* convergen y conviven páginas inmortales y diatribas ya sin eco, consideraciones soberbias y postulados trasnochados, polémicas brillantes y rabieta pueriles. El esqueleto del *Diario* son las partes narrativas, muchas de las cuales se editan a veces de manera independiente. Entre ellas se encuentran, sin discusión, los tres mejores relatos de Dostoyevski, «Bobok», «La mansa» y «El sueño de un hombre ridículo»; además, completan esa sección cuentos, escenas y episodios de un enorme interés como «El niño junto al árbol de Navidad de Cristo», «El mujik Maréi», «Una mujer centenaria» y algunos ensayos y bocetos de gran hondura y belleza, como la citada «Sentencia», el «Plan de una novela satírica», el estudio del carácter del poeta Nekrásov o la maravillosa indagación psicológica a que el escritor se entrega en «Vlas». En concreto, «Bobok» constituye, como escribe Mijaíl Bajtín, «casi un microcosmos de toda su obra. Muchas de las ideas, temas e imágenes de ésta (en realidad las más importantes), tanto de los trabajos precedentes como de los posteriores, se manifiestan en el relato de una forma extremadamente aguda y descubierta: la idea de que “todo está permitido” si no existe Dios y la inmortalidad del alma (una de las imágenes centrales en su obra); el tema de la confesión sin arrepentimiento y de la “verdad desvergonzada”, relacionado con la idea anterior y que atraviesa toda la obra de Dostoyevski a partir de los *Apuntes del subsuelo*; el de los últimos instantes de la conciencia (que en otras obras se relaciona con el de la pena de muerte y el suicidio); el de la conciencia que se encuentra en el límite de la demencia; el de la voluptuosidad que penetra en las esferas superiores de la conciencia y del pensamiento; el de la “impropiedad” y “fealdad” de una vida separada de las raíces y del pueblo». En cuanto a «La mansa», una de las obras maestras del autor, sorprende la modernidad de su discurso narrativo y la maestría y sutileza con que van revelándose los hechos. Knut Hamsun se dio cuenta del valor inmenso de ese relato, que en su momento pasó casi inadvertido: «Hay un cuento titulado “La mansa”, un librito minúsculo, pero demasiado grande para todos nosotros, inalcanzablemente grande». Sobre la consideración de si esos relatos son más fantásticos que reales,

habría mucho que decir, como adelanta el propio Dostoyevski: «Tengo mi propia opinión sobre lo real. Lo que la mayoría llama fantástico e imposible a menudo es real para mí en su sentido concreto y más profundo (la verdadera realidad). Un registro de los acontecimientos cotidianos, a mi juicio, está lejos del realismo y más bien es lo contrario. En un diario cualquiera pueden hallarse relatos absolutamente reales acerca de hechos absolutamente extraños que nuestros escritores rechazarían y calificarían de fantásticos (esas cosas no les interesan). Y sin embargo, tales historias son la realidad profunda y viva, porque son hechos. Suceden todos los días, a cada momento; de ningún modo son excepcionales». En general, la lectura de esos cuentos puede resultar más satisfactoria para muchos lectores que sus proliferas novelas, desmesuradas y a veces caóticas. Como le retribuían por pliegos, cuanto más alargaba la novela más le pagaban; de modo que el escritor hacía cuanto podía por aumentar las páginas, complicar la trama, dar vueltas y más vueltas al argumento y perderse a veces en conversaciones interminables, cuyo hilo conductor a veces no hay manera de determinar.

En torno a ese almacén de piezas narrativas, Dostoyevski va desgranando consideraciones y comentarios sobre los temas más diversos, unos de índole más profunda y perdurable, otros más superficiales y anecdóticos —o dictados por urgencias de la actualidad—, que con el paso del tiempo han perdido vigencia y peso. A lo largo de sus páginas va perfilando esa ideología un tanto pedestre a la que ya hemos aludido, pero también se ocupa de cuestiones de gran enjundia con aproximaciones fascinantes y una honda penetración, como en el ensayo titulado «El medio», en el que el escritor ataca la excesiva preeminencia de la teoría que descarga en las imperfecciones de la arquitectura social toda la responsabilidad de delincuentes y criminales y defiende la causa de la libertad humana y el libre albedrío desde una perspectiva cristiana.

Los dos temas en los que reincide con mayor insistencia a lo largo de las páginas del *Diario* son la preocupación por los niños en el seno de la familia rusa —y, por ende, la situación de la familia en sí y los peligros y amenazas que la acechan— y el análisis de las causas de los suicidios que aparecen publicados en la prensa. Del interés de Dostoyevski por los niños hay evidentes pruebas en toda su obra literaria; tampoco faltan en este *Diario*. En ese sentido cabe citar un comentario de su biógrafo noruego Geir Kjetsaa: «Pidió con mucho interés a sus conocidos que le relatasen todo lo que sabían acerca de las costumbres de sus hijos, su lenguaje y su visión de la vida, y pronto llegó a la conclusión de que, en muchos aspectos, los niños son mucho más razonables que los adultos». Tampoco hay que olvidar la muerte de su hijo Alekséi, acaecida en 1878, que lo dejó destrozado: «Fiódor Mijaílovich besó al pequeño, hizo tres veces la señal de la cruz sobre él y rompió a llorar. Había amado a Aliosha con un amor extraño, casi enfermizo, como si hubiese tenido la premonición de que moriría a corta edad. Su dolor fue aún más intenso porque el niño había muerto como consecuencia de la enfermedad epiléptica paterna», escribe su segunda esposa.

Además de expresar su deseo de escribir una novela sobre la infancia, después de haber concluido *El adolescente*, Dostoyevski convierte a los niños en protagonistas de no pocos ensayos de su *Diario*. Podemos citar «Un caso de la vida infantil» o la visita del escritor a un correccional de menores o sus reflexiones continuas sobre el maltrato infantil y la necesidad de una mejora sustancial en el comportamiento de los padres para con los hijos. En cuanto al suicidio, no menos importante en su obra narrativa, constituye casi una obsesión, un punto fijo en su pensamiento. Además de en «Sentencia», Dostoyevski se ocupa de diversos casos leídos en los periódicos, entre ellos el de la hija de Aleksandr Herzen, tratando de comprender los motivos, analizar los móviles, extraer alguna conclusión tranquilizadora, siempre con una mirada llena de compasión y dolor. Son páginas extraordinarias, en las que encontramos al mejor Dostoyevski, agudo observador, indagador inquieto, eterno buscador de respuestas a cuestiones insolubles.

Otro aspecto interesante del *Diario* es el estudio de varios procesos judiciales. Acababan de introducirse en Rusia los juicios públicos con jurado, que despertaban grandes reticencias en Dostoyevski, aunque sólo fuera porque era un sistema importado de Europa y ajeno, según sus palabras, a «la realidad rusa». Cuando el nuevo sistema entró en vigor, Dostoyevski se encontraba en el extranjero, como cuenta él mismo en el *Diario*, y desde allí asistió desolado a las primeras consecuencias de su aplicación: una ola alarmante de absoluciones injustificadas, incluso en el caso de criminales convictos y confesos. En concreto, el caso de una mujer torturada y maltratada por su marido, a quien el tribunal considera «digno de indulgencia», y que acaba suicidándose en presencia de su hija pequeña resulta estremecedor. Al final, Dostoyevski construye una crítica acerba contra el nuevo sistema en su conjunto, considerando que sus actores principales, fiscal y abogado defensor, están obligados a mentir, y la mentira nunca puede ser la base sobre la que construir ninguna verdad. En suma, los juicios públicos, más que buscar el esclarecimiento de unos hechos delictivos y la determinación de las responsabilidades penales correspondientes, se convierten en una suerte de espectáculo, en un combate singular lleno de egotismo y vanidad; en consecuencia, el público acaba alabando la habilidad para mentir, no el compromiso con la búsqueda de la verdad. Los casos que más interesan al escritor son, desde luego, los relacionados con los malos tratos infantiles y con el suicidio. En esos artículos Dostoyevski se erige en un magnífico polemista que disputa con enemigos reales e imaginarios, a los que se dirige e invoca como si estuvieran presentes en su despacho, jueces, fiscales, jurados, publicistas e interlocutores inventados, entablando un diálogo lleno de furor y rabia, o pronunciando discursos absolutorios o condenatorios en los que vibra ya la indignación más acerba ya la compasión más humana. De entre todos esos procesos destaca el de la joven Kornílova, acusada de arrojar a su hijastra desde la ventana de un cuarto piso. Ese proceso constituye una pequeña novela que recorre las páginas del *Diario* con su secuencia irregular y discontinua, en una especie de relato por

entregas.

En su análisis de los distintos procesos, Dostoyevski se interesa por los casos individuales, por los hombres de carne y hueso. Huye de generalizaciones y sistemas, que sólo nacen de la frialdad y la indiferencia, como le espeta a Nekrásov en «Vlas»: «¿Es que no te das cuenta de que amar al hombre universal equivale a despreciar e incluso odiar al hombre de carne y hueso que está a su lado?».

La presente antología se cierra con el célebre «Discurso sobre Pushkin», que constituye la apoteosis del escritor y marca el punto de su mayor popularidad. Pushkin representa para Dostoyevski la combinación más perfecta y armoniosa que se había dado nunca de todas las virtudes del ruso. Es un icono, un «poeta nacional». Hasta llega a decir: «Si un ruso no entiende a Pushkin, no tiene derecho a llamarse ruso». Es una concepción poco afable, casi militante, de la literatura. En cualquier caso, el ensayo contiene ideas estimables, que revelan una profunda agudeza crítica, como la valoración del genio universal de Pushkin, su capacidad para hablar con las voces de otros pueblos. No obstante, leído hoy, cuesta entender el entusiasmo que despertó en su momento; es posible que su tremendo impacto se debiera al intento de presentar al poeta como un ídolo común, capaz de unir a eslavófilos y occidentalistas en un mismo culto.

Hay también en el *Diario* muchas páginas desagradables o meramente insulsas. Acaso la exposición de ciertas ideas no dé para más. No obstante, esta selección no se ha hecho con ningún ánimo ideológico o político concreto; simplemente se han buscado los ensayos más interesantes, los comentarios más sabrosos, los fragmentos más perdurables. No se trata tampoco de una versión esterilizada, pues las convicciones más radicales y viscerales de Dostoyevski asoman aquí y allá de manera explícita. En suma, a la hora de elegir se ha preferido privilegiar el lado narrativo y ensayista del escritor, en detrimento del profeta o del comentarista de temas de actualidad. El resultado es un libro deslumbrante, interesantísimo, no menos variado que profundo, donde el lector se verá enfrentado a las cuestiones más diversas y sugerentes, analizadas con una impar penetración, una vitalidad arrolladora y unas dotes narrativas excepcionales. Es, sin duda, una de las obras mejores, más originales y más hondas de Dostoyevski.

Para terminar, un par de palabras sobre el estilo. A grandes rasgos, cabe decir que Dostoyevski no es un gran estilista, si por eso se entiende un determinado sentido del orden, de los periodos y de la estructura de la frase. Dostoyevski no es Turguénev. Y sin embargo, su prosa es mucho más viva y palpitante. A menudo se quejaba Dostoyevski del escaso tiempo del que disponía para pulir sus obras y corregirlas, amenazado siempre por deudas, créditos y plazos acuciantes. También se quejaba de los pagos: a Tolstói o a Turguénev les abonaban cantidades dos veces más altas que las que él percibía. No era justo. Ante todo porque, como él mismo comenta, Tolstói y Turguénev «se dedicaban» a la literatura, mientras él «vivía» de la literatura. Dostoyevski era plenamente consciente de las prisas con que escribía y de las lacras

de su prosa, y a menudo la sospecha de que había echado a perder una buena idea, de que no la había desarrollado con la suficiente profundidad y penetración, le hacía sufrir terriblemente; tal era la impresión que tenía, por ejemplo, de la historia de *El doble*. Su estilo a veces puede dar la impresión de cierto descuido, pero esa sensación no se debe sólo a una pretendida incuria nacida del apresuramiento, sino más bien a cierto desorden y desmesura innatos del novelista, que responden a un rasgo de su carácter y de su personalidad, así como a su propia manera de escribir: un torrente de palabras arrebatado y salvaje, difícilmente contenible y manejable. En contraposición, su prosa está llena de vida, vibra y palpita en cada uno de sus giros, con una fuerza y convicción sin apenas parangón en cualquier otro escritor. En concreto, en el *Diario* Dostoyevski se sirve de párrafos larguísimo, que a veces ocupan páginas enteras, y de unas frases extensas y enrevesadas que se prolongan a lo largo de varias líneas, retorciéndose y desplegándose en una suerte de equilibrio portentoso. En la presente versión se ha procurado mantener esa característica de su estilo, recurriendo a veces a guiones o paréntesis, pues haber troceado las frases habría supuesto una falsificación y distorsión de la fisonomía de la obra. Cabe añadir también que Dostoyevski tenía una opinión bastante laxa de las normas gramaticales y las reglas de puntuación: «Cada autor tiene su propio estilo y, por consiguiente, sus propias reglas gramaticales. Pongo comas donde las juzgo necesarias y, donde las juzgo innecesarias, otros no deben agregarlas».

En el último periodo de su vida, después de años y años de apreturas, deudas, desgracias de toda índole, ataques fulminantes de epilepsia y coqueteos incesantes con la ruina, Dostoyevski alcanza una posición desahogada y una creciente popularidad y presencia tanto en medios intelectuales como políticos. Figura destacada de los salones, reuniones y veladas, amigo de la eminencia gris del conservadurismo más rancio y hombre poderosísimo —Konstantín Pobedonotsev—, recibido por el gran duque Sergio, presentado a los hijos del emperador, elegido miembro de la Academia de Ciencias en la sección de Literatura en 1877, Dostoyevski llega a la apoteosis en la época del *Diario*, algo que halaga su vanidad y dulcifica sus últimos años, contribuyendo también a conferir mayor seguridad y contundencia a sus opiniones y comentarios, pues el escritor está ahora convencido de que tiene un público, una audiencia incondicional, o al menos dispuesta a escucharlo, y para él esa notoriedad, esa posibilidad de influir en la sociedad por medio de sus opiniones y pareceres es no menos necesaria e importante que ese novedoso bienestar económico del que goza por primera vez en su vida. Dostoyevski siempre confió más en el público que en la crítica, y tenía en más alta estima la opinión directa y franca de los lectores que los juicios terminantes de los críticos. Como él mismo dice: «Para un escritor es siempre más propicio y más importante escuchar unas pocas palabras bondadosas y alentadoras que provienen directamente de un lector bien dispuesto que leer críticas elogiosas de su obra en los periódicos. A

decir verdad, no sé por qué las cosas son así, pero cuando un elogio viene directamente de un lector por alguna razón parece más sincero». Además, la crítica nunca había sido especialmente indulgente con sus creaciones, pues lo consideraba un novelista de segunda fila, efectista y sensiblero, lo que hoy llamaríamos un autor de *best sellers*.

Escritor ambivalente, eternamente inquieto, Dostoyevski necesita un contrincante, un opositor que dé voz a sus dudas y contradicciones para poder rebatirlo y sentirse seguro. En el *Diario*, como también en la vida, se enfrenta a todos y a todo sin más apoyo ni armamento que su propia conciencia y verdad. Hombre solitario, de costumbres insólitas (dormía de día y escribía de noche), atormentado por la epilepsia, que a veces le dejaba postrado días enteros, sin saber apenas quién era, con los recuerdos resquebrajados y el ánimo sombrío, nunca formó parte de un grupo concreto y definido. Casi hasta el final de su vida estuvo bajo vigilancia policial; ni siquiera las autoridades confiaban plenamente en él, a pesar de sus innumerables muestras de respeto, acatamiento y sumisión, de su acendrado patriotismo, de su devoción al zar, de su defensa apasionada de la fe ortodoxa. En el *Diario* Dostoyevski se enfrenta con unos y con otros y a veces, falto de contrincantes, se inventa oponentes imaginarios e invisibles, esos «ustedes» y «señores» que pueblan sus obras literarias, desde los *Apuntes del subsuelo* a «La mansa».

Dostoyevski está siempre en diálogo con un interlocutor invisible que al mismo tiempo es una parte de sí mismo, al que se dirige y refuta, critica y ataca, del que se defiende y ante el que se reivindica, eterno contradictor que nunca parece pisar terreno firme, que necesita apuntalar y reforzar a cada momento sus credos y posiciones para convencerse de su certidumbre y bondad, porque en el fondo no está seguro de nada, sólo de la inevitabilidad de la muerte y del absurdo de la vida, contra los que lucha sin descanso, levantando barreras y muros, como tratando de alejarlos y detenerlos, porque su simple visión le aterra y le espanta, como se vislumbra aquí y allá en tantos personajes desesperados, en su obsesión por el suicidio, en su sed apasionada de sentido y verdad, que no siempre consigue aplacar (como él mismo escribe en las páginas del *Diario*: «Si no se cree en la inmortalidad del alma, la vida no tiene sentido»). A pesar del esfuerzo de su fe, de su religiosidad escrupulosa, queda siempre como un punto de inquietud que amenaza con resquebrajar en cualquier momento el endeble y tambaleante edificio de sus convicciones más íntimas, convirtiéndolo en uno de esos personajes perdidos y desesperados tan recurrentes en su obra, que no alcanzan ningún sosiego, que son incapaces de comprender, que no hallan consuelo alguno y temen a la muerte al tiempo que la anhelan, sin saber qué es peor, vivir o morir. Dice Bajtín que «la pluralidad de voces y conciencias independientes e inconfundibles, la auténtica polifonía de voces autónomas viene a ser, en efecto, la característica principal de las novelas de Dostoyevski». Pero ¿verdaderamente son «autónomas» esas voces? ¿Hasta qué punto no forman parte de su propia voz, no son su propia voz? «El hombre sólo inventó a

Dios para poder vivir sin matarse», dice Kirílov en *Los demonios*. Se diría que tal es el cometido al que se aplican los personajes de Dostoyevski: buscar una razón para matarse o bien otra para no matarse. Y, a lo largo de su obra, sus creaciones encuentran tanto unas como otras, en igual medida y con idéntica capacidad de convicción.

VÍCTOR GALLEGO BALLESTERO

Nota al texto

El *Diario de un escritor* propiamente dicho incluye los siguientes textos:

1) El *Diario de un escritor* de 1873 publicado por Dostoyevski en la revista *El Ciudadano*.

2) El *Diario de un escritor* de 1876 y el *Diario de un escritor* de 1877, que Dostoyevski editó por su cuenta en entregas mensuales.

3) El número único del *Diario de un escritor* de 1880, consagrado al «Discurso sobre Pushkin», y el *Diario de un escritor* de 1881, interrumpido después de la muerte del escritor y del que sólo llegó a publicarse un número.

Cuando la viuda del escritor, Anna Grigórievna, preparó la primera edición póstuma de las *Obras completas* de su marido, añadió algunos artículos y ensayos aparecidos en la prensa, como los *Pequeños cuadros de viaje*, incluidos en la presente selección.

Existe en castellano una versión completa del *Diario de un escritor*, preparada por Rafael Cansinos Assens para la editorial Aguilar. Es una versión meritoria, aunque faltan algunas líneas e incluso párrafos enteros y, en general, adolece de errores de comprensión que a veces alteran y cambian por completo el sentido del original.

Para la presente traducción se ha utilizado la edición de *Obras completas en treinta tomos* publicada en Leningrado por la editorial Nauka.

Diario de un escritor

(1873)

I

INTRODUCCIÓN

El 20 de diciembre me enteré de que todo estaba decidido y de que me había convertido en director de *El Ciudadano*. Ese acontecimiento extraordinario —al menos para mí (no quiero ofender a nadie)— se produjo de forma bastante sencilla. El 20 de diciembre, a la sazón, estaba leyendo un artículo en *Novedades de Moscú* sobre el enlace matrimonial del emperador de la China; el artículo en cuestión me causó una profunda impresión. Ese acontecimiento grandioso y, por lo visto, extremadamente complejo se había desarrollado también con sorprendente sencillez: hasta el menor detalle había sido sopesado y analizado hacía mil años en un ceremonial de casi doscientos tomos. Al comparar la grandeza del acontecimiento chino con mi nombramiento como director, sentí una repentina ingratitud por las prácticas de nuestra patria, a pesar de la facilidad con que mi nombramiento había sido confirmado, y me dije que nos sería incomparablemente más ventajoso (me refiero al príncipe Mescherski^[1] y a mí) editar *El Ciudadano* en China que aquí. Allí está todo tan claro... El día señalado ambos nos habríamos presentado en la Dirección General para Asuntos de la Prensa del país. Después de golpear el suelo con la frente y de lamerlo con la lengua, nos habríamos incorporado con el índice levantado y la cabeza inclinada en señal de respeto. Naturalmente, el director general de asuntos de prensa habría fingido no prestarnos más atención que a una mosca que pasa volando. Pero el tercer ayudante del tercer secretario se habría puesto en pie y, con la notificación de mi nombramiento de director en la mano, habría pronunciado con voz imponente y a la vez amistosa las instrucciones previstas en el ceremonial, tan claras y comprensibles que para ambos sería un inmenso placer escucharlas. De haber estado en China y haber sido tan estúpido y noble de corazón para reconocer, al asumir el cargo de director, mi falta de capacidad y sentir miedo y remordimientos de conciencia, en seguida me habrían demostrado que era doblemente estúpido por albergar tales sentimientos y que, a partir de ese momento, no necesitaba la inteligencia para nada, suponiendo que la tuviera: al contrario, sería mucho mejor que careciera de ella. Y, sin duda, habría sido muy agradable escuchar tales razones, que habrían concluido con estas bellas palabras: «Vete, director. A partir de ahora puedes comer tu arroz y beber tu té con renovada tranquilidad de conciencia». El tercer ayudante del tercer secretario me habría entregado un hermoso diploma impreso en letras de oro sobre raso carmesí. El príncipe Mescherski le habría deslizado una generosa propina y ambos habríamos regresado a casa y habríamos editado, sin pérdida de tiempo, un número magnífico de *El Ciudadano*, un número como jamás publicaremos aquí. En China habríamos editado una publicación excelente.

No obstante, sospecho que en China el príncipe Mescherski me habría jugado una mala pasada al invitarme a asumir la dirección, pues lo habría hecho principalmente

para que acudiera en su lugar a la Dirección General de Asuntos de Prensa cada vez que le convocaran para golpearle las plantas de los pies con varas de bambú. Pero yo también se la habría jugado a él: habría interrumpido al punto la publicación de *Bismarck*^[2] y me habría puesto a escribir artículos tan excelentes que sólo me convocarían para golpearme con varas de bambú un número de cada dos. De ese modo aprendería a escribir.

En China habría escrito excelentes artículos; aquí esa tarea es bastante más difícil. Allí todo ha sido previsto y planificado con mil años de antelación; aquí todo está patas arriba desde hace mil años. Allí no tendría más alternativa que escribir de modo comprensible, así que no sé quién iba a leerme. Aquí, si quieres que la gente te lea, vale más que escribas de modo incomprensible. Sólo en *Novedades de Moscú* los editoriales están escritos a columna y media y, para nuestra sorpresa, son comprensibles, incluso cuando se deben a una pluma conocida. En *La Voz* ocupan ocho, diez, doce e incluso trece columnas. He ahí una muestra de las columnas que se necesitan en nuestro país para ganarse el respeto.

En Rusia hablar con los demás se ha convertido en una ciencia; a primera vista se diría que es como en China: tanto allí como aquí hay varios procedimientos muy simples y puramente técnicos. Antaño, por ejemplo, las palabras «no entiendo nada» significaban únicamente que la persona que las pronunciaba era tonta; ahora representan un gran honor. Basta declarar con franqueza y orgullo: «No entiendo la religión, no entiendo nada en Rusia, no entiendo absolutamente nada de arte», para que al momento os pongan por las nubes, algo especialmente ventajoso si de verdad no entendéis nada.

Pero ese procedimiento simplificado no prueba nada. En el fondo, cada uno de nosotros, sin pararse mucho a reflexionar, sospecha que los demás son tontos, y ni siquiera se pregunta: «¿No seré yo el tonto?». Es una situación que debería dejar satisfecho a todo el mundo y, sin embargo, nadie está satisfecho, todos están enfadados. En realidad, la reflexión se ha vuelto casi imposible en nuestra época: cuesta demasiado. Cierto que pueden comprarse ideas prefabricadas. Se venden por doquier, incluso se dan de balde; pero las de balde acaban saliendo más caras, y la gente empieza a darse cuenta. Resultado: ningún beneficio y el mismo desorden de siempre.

Probablemente estemos como en China, pero sin su orden. Apenas estamos iniciando el proceso que en China ya ha concluido. No cabe duda de que alcanzaremos el mismo fin, pero ¿cuándo? Para adoptar los mil tomos del ceremonial y de ese modo ganarnos el derecho, de una vez por todas, a no reflexionar en nada, necesitamos pasarnos al menos mil años más reflexionando. ¿Y qué es lo que pasa? Que nadie hace nada para acortar ese plazo, porque nadie quiere tomarse la molestia de reflexionar.

Podría parecer que el hecho de que nadie quiera tomarse la molestia de reflexionar debería facilitar la tarea del escritor ruso. Y así es, en efecto. ¡Y ay del

escritor y del editor que se pongan a reflexionar en los tiempos que corren! Y dos veces ay de quien pretenda aprender y comprender; y nadie más desdichado que quien lo confiese sinceramente; y si además declara que ha comprendido algunas cosas y desea expresar su pensamiento, todos se apresuran a volverle la espalda. Lo único que puede hacer ese hombre es buscar un interlocutor adecuado, o incluso contratarlo, y no conversar más que con él. Podría publicar una revista sólo para esa persona. Es una situación detestable, ya que es como hablar con uno mismo y publicar una revista por placer personal. Tengo la firme sospecha de que *El Ciudadano* tendrá que hablar consigo mismo durante mucho tiempo y por su propio placer. Dado que la medicina enseña que hablar con uno mismo denota predisposición a la locura, es de todo punto necesario que *El Ciudadano* hable a los ciudadanos; ¡en eso consiste su desgracia!

Ésa es la empresa en la que me he embarcado. Mi posición no puede ser más incierta. Pero me hablaré a mí mismo y por mi propio placer, bajo la forma de este diario, y ya veremos lo que sale. ¿De qué voy a hablar? De todo lo que me llame la atención o me haga reflexionar. Y si encuentro un lector y, no lo quiera Dios, un oponente, entiendo que debo ser capaz de conversar y saber con quién y cómo hablar. Me esforzaré por aprender esa habilidad porque en nuestro ámbito, es decir, en la literatura, es lo más difícil. Además, hay muchas clases de oponentes: no con todos puede uno entablar conversación. Voy a contar una fábula que escuché hace unos días. Dicen que es una fábula antigua, acaso de origen hindú, lo que es muy reconfortante.

Érase una vez un cerdo que discutió con un león y lo desafió a duelo. Una vez en casa, recapacitó y le entró miedo. Reunida toda la piara, examinó el asunto y tomó la siguiente decisión:

—Mira, cerdo, no lejos de aquí hay una charca; vete allá, revuélcate bien y preséntate en el lugar del duelo. Ya verás lo que pasa.

El cerdo hizo lo que le dijeron. Llegó el león, lo olisqueó, frunció el ceño y se marchó. Mucho tiempo después el cerdo seguía jactándose de que el león se había acobardado y había abandonado el campo de batalla.

Ésa es la fábula. Naturalmente, en nuestro país no hay leones, pues el clima no lo permite; además, son demasiado majestuosos. Pero la moraleja no cambia si en lugar del león ponemos a un hombre honrado (y tal debe ser la obligación de cada uno de nosotros).

A ese respecto, me gustaría contar una historia.

En una ocasión, hablando con el difunto Herzen, dediqué encendidos elogios a una obra suya, *Desde la otra orilla*. Para gran satisfacción mía, Mijaíl Petróvich Pogodin^[3] alabó también ese libro en su excelente e interesantísimo artículo sobre su encuentro con Herzen en el extranjero. Ese libro está escrito en forma de diálogo entre el autor y su oponente.

—Lo que más me ha gustado —observé entre otras cosas— es que su

contrincante también es muy inteligente. Reconozca que en muchos casos le pone a usted entre la espada y la pared.

—En eso consiste la gracia —dijo Herzen, echándose a reír—. Voy a contarle una anécdota. Un día, estando en San Petersburgo, Belinski me llevó a su casa y me leyó un artículo que había escrito con mucho acaloramiento: «Conversación entre el señor A. y el señor B.» (figura en sus *Obras completas*). En ese artículo el señor A., es decir, el propio Belinski, hace gala de una gran inteligencia, mientras el señor B., su oponente, se muestra bastante limitado. Cuando concluyó la lectura, me preguntó con febril impaciencia:

»—Bueno, ¿qué le parece?

»—Está bien, muy bien, y se ve que eres muy inteligente, pero no acabo de entender por qué pierdes el tiempo con semejante imbécil.

»Belinski se dejó caer en el sofá, hundió el rostro en un almohadón y gritó, riendo con todas sus fuerzas:

»—¡Tocado! ¡Tocado!

II GENTE DE ANTAÑO

Esa anécdota sobre Belinski me trae a la memoria mis primeros pasos en el mundo de la literatura, Dios sabe hace cuántos años; para mí fue una época triste y fatídica. Me acuerdo particularmente de Belinski, tal como era cuando lo conocí y me acogió. En estos días me acuerdo con frecuencia de la gente de antaño, seguramente porque me encuentro con gente nueva. Belinski es la personalidad más arrebatada que he conocido en el curso de mi vida. Herzen era muy diferente: era un producto de nuestra nobleza, *gentilhomme russe et citoyen du monde* ante todo, un tipo que sólo ha aparecido en Rusia y que sólo en Rusia podía aparecer. Herzen no emigró, no inauguró la emigración rusa; no, simplemente era un emigrante de nacimiento. En nuestro país, todos los de su círculo son emigrantes natos, aunque la mayoría de ellos no ha salido de Rusia. En los ciento cincuenta años de vida de la nobleza rusa, se han secado —con muy pocas excepciones— las últimas raíces y se han roto los últimos vínculos que la ligaban al suelo ruso y a la verdad rusa. Se diría que Herzen estaba predestinado por la historia para encarnar con su personalidad ardiente esa ruptura con el pueblo de la inmensa mayoría de nuestras clases educadas. En ese sentido, es una personalidad histórica. Al separarse del pueblo, naturalmente perdieron también a Dios. Los más inquietos se hicieron ateos; los más indolentes y apáticos, indiferentes. Por el pueblo ruso sólo sentían desprecio, aunque al mismo tiempo se figuraban y creían que lo amaban y que deseaban lo mejor para él. Lo amaban de una manera negativa, imaginándose en su lugar un pueblo ideal: el pueblo ruso tal como debía

ser, según sus concepciones. Muchos representantes destacados de esa mayoría llegaron a la conclusión, sin pararse apenas a reflexionar, de que el populacho parisino de 1793 encarnaba ese pueblo ideal. Tal era el ideal más seductor de pueblo en aquel entonces. Naturalmente, Herzen tenía que hacerse socialista, y precisamente a la manera de un retoño de la nobleza rusa, es decir, sin ninguna necesidad y sin ningún objeto, por una simple «corriente lógica de ideas» y por el vacío que sentía en el corazón cuando estaba en Rusia. Renunció a las bases de la sociedad de antaño; renegó de la familia y fue, por lo visto, un buen padre y esposo. Rechazó la propiedad privada, pero, entre tanto, se las ingenió para poner en orden sus asuntos y estaba encantado de la independencia económica de que gozaba en el extranjero. Ponía en marcha revoluciones e incitaba a otros, pero al mismo tiempo disfrutaba de las comodidades y de la serena vida familiar. Era un artista, un pensador, un escritor brillante, un hombre extraordinariamente culto e ingenioso, un conversador deslumbrante (hablaba incluso mejor de lo que escribía), con una maravillosa capacidad de reflexión. La reflexión, en cuanto capacidad de objetivar los sentimientos más profundos, ponerlos delante, rendirles tributo y, al cabo de un instante, llegado el caso, burlarse de ellos, estaba desarrollada en él en grado sumo. Sin duda, era un hombre fuera de lo común; pero hiciera lo que hiciera —ya escribiese sus memorias, publicase una revista con Proudhon o se encaramara a las barricadas de París (acontecimiento descrito con tintes cómicos en sus memorias); ya sufriera, se alegrara o dudara; ya enviara a Rusia en 1863, para complacer a los polacos, su llamamiento a los revolucionarios rusos, a pesar de que no creía en los polacos, de que sabía que lo habían engañado y de que estaba seguro de que su llamamiento causaría la perdición de centenares de esos desdichados jóvenes; ya confesase todo eso, con inaudita ingenuidad, en uno de sus últimos artículos, sin sospechar siquiera en qué posición quedaba después de ese reconocimiento: siempre, en cualquier lugar y a lo largo de toda su vida—, fue ante todo un *gentilhomme russe et citoyen du monde*, un simple producto del antiguo régimen de servidumbre, que odiaba y al que pertenecía no sólo por su origen, sino también por su ruptura con la tierra natal y sus ideales. Belinski, por el contrario, no tenía nada de *gentilhomme*. Nada de nada. (Descendía Dios sabe de quién. Según creo, su padre era médico militar.)

Belinski fue ante todo una personalidad no reflexiva, un entusiasta sin reservas: y eso siempre, a lo largo de toda su vida. Mi primer relato, *Pobres gentes*, le fascinó (luego, casi un año después, discutimos por diversas razones, todas ellas bastante insignificantes); pero entonces, en los primeros tiempos de nuestra relación, se ligó a mí con todo su corazón y se esforzó por convertirme a su fe con la más cándida precipitación. No exagero lo más mínimo su ardiente inclinación por mí, al menos en los primeros meses de nuestra relación. Encontré en él a un socialista apasionado y empezó a hablarme de sopetón del ateísmo. Me parece un rasgo muy significativo, que revela su asombrosa intuición y su extraordinaria capacidad para empaparse

completamente de una idea. La Internacional iniciaba uno de sus llamamientos —hará cosa de un par de años— precisamente con esta significativa declaración: «Somos, ante todo, una asociación atea». Es decir, empezaba por lo esencial; así empezó también Belinski. Valoraba por encima de todo la razón, la ciencia y el realismo, pero al mismo tiempo comprendía mejor que nadie que, por sí solos, la razón, la ciencia y el realismo sólo podían crear un hormiguero, no una «armonía» social en la que los hombres pudieran fundar su vida. Sabía que la base de todo son los principios morales. Su fe en los nuevos principios morales del socialismo (que hasta la fecha, sin embargo, no han dado más frutos que abominables deformaciones de la naturaleza y del sentido común) rayaba en la locura y estaba exenta de toda reflexión; en su actitud no había más que entusiasmo. Pero, como buen socialista, su principal objetivo consistía en destronar al cristianismo; sabía que la revolución debía empezar indefectiblemente por el ateísmo. Tenía que derrocar esa religión de la que procedían los fundamentos morales de la sociedad que rechazaba. Renegaba radicalmente de la familia, de la propiedad privada, de la responsabilidad moral del individuo (al tiempo que era un buen marido y padre, como Herzen). Sin duda comprendía que, al negar la responsabilidad moral del individuo, estaba negando también su libertad; pero creía con toda su alma (de forma mucho más ciega que Herzen, quien, por lo visto, al final albergó algunas dudas) que el socialismo no sólo no destruiría la libertad individual, sino que, por el contrario, la restauraría en unas proporciones desconocidas, pero sobre una base nueva y adamantina.

Quedaba, sin embargo, la resplandeciente personalidad de Cristo, con la que resultaba más difícil lidiar. Como socialista, estaba obligado a destruir la enseñanza de Cristo y calificarla de falaz e ignorante filantropía, condenada por la ciencia contemporánea y los principios económicos; pero, en cualquier caso, quedaba el rostro radiante del Hombre-Dios, su inaccesible altura moral, su prodigiosa y milagrosa belleza. Pero en su continua e inextinguible exaltación, Belinski no se detuvo ni siquiera delante de ese obstáculo insuperable, como hizo Renan, que en su irreligiosa *Vie de Jésus*, proclama que Cristo sigue siendo un ideal de belleza humana, un modelo inalcanzable que jamás volverá a repetirse en el futuro.

—¿No sabe usted —chillaba una tarde, dirigiéndose a mí (a veces, cuando se exaltaba mucho, chillaba)—, no sabe usted que no se pueden tener en cuenta los pecados de un hombre, cargarle de deberes y obligarle a ofrecer la otra mejilla cuando la estructura de la sociedad es tan injusta que ese hombre está obligado a delinquir, cuando es empujado al crimen por factores económicos? ¿No comprende usted que es absurdo y cruel exigirle lo que las leyes de la naturaleza le impiden cumplir, aunque quiera...?

Esa tarde no estábamos solos; participaba en la conversación un amigo de Belinski al que respetaba mucho y cuyo consejo escuchaba; también nos acompañaba un jovencito, que acababa de dar sus primeros pasos en el mundo de la literatura y que con el correr del tiempo ha alcanzado notoriedad^[4].

—Sólo verlo me conmueve —dijo de pronto Belinski, interrumpiendo sus acaloradas exclamaciones, dirigiéndose a su amigo y señalándome—. Cada vez que menciono a Cristo, su rostro cambia, como si fuera a echarse a llorar... Pero créame, hombre ingenuo —añadió, atacándome de nuevo—, si su Cristo naciera en los tiempos que corren, sería el hombre más corriente e insignificante. Quedaría completamente eclipsado por la ciencia moderna y los actuales promotores de la humanidad.

—¡No-o! —exclamó el amigo de Belinski. (Recuerdo que, mientras nosotros estábamos sentados, él se paseaba arriba y abajo por la habitación)—. No; si Cristo apareciera ahora, se adheriría al movimiento y se pondría a su cabeza.

—Así es, así es —asintió Belinski de pronto, con sorprendente premura—. Se uniría a los socialistas y los seguiría.

Esos promotores de la humanidad, a los que Cristo estaba obligado a unirse, eran todos franceses. A la cabeza estaba George Sand y a continuación venían el hoy totalmente olvidado Cabet, Pierre Leroux y Proudhon, que en aquel entonces acababa de iniciar su actividad. Si no recuerdo mal, son a esos cuatro a los que Belinski respetaba más. Hacía tiempo que Fourier no gozaba de tanta estimación. Belinski hablaba de esos cuatro durante tardes enteras. Había también un alemán al que tenía en alta estima: Feuerbach (Belinski, que en toda su vida fue incapaz de aprender una sola lengua extranjera, pronunciaba «Fierbach»). De Strauss hablaba con veneración.

Con tal ardiente fe en su idea, se entiende que era el más feliz de los hombres. Quienes escribieron más tarde que, de haber vivido más tiempo, se habría unido a los eslavófilos se equivocan. Jamás se habría hecho eslavófilo. Tal vez habría acabado emigrando, si hubiera vivido más tiempo y hubiera dispuesto de la oportunidad, y ahora sería un viejecito entusiasta, con la ardiente fe de antaño, inasequible a las dudas, que iría de congreso en congreso, en Alemania y Suiza, o bien se habría pegado en calidad de ayudante de alguna madame Högg^[5] alemana, y se habría convertido en recadero de alguna cuestión femenina.

Ese hombre felicísimo, dotado de una tranquilidad de conciencia tan notable, a veces se dejaba ganar por la melancolía; pero su tristeza era de una clase especial; no estaba motivada por las dudas o el desencanto, no, sino por esta cuestión: ¿por qué no hoy? ¿Por qué no mañana? Era el hombre más apresurado de toda Rusia. Una vez me lo encontré, a eso de las tres de la tarde, junto a la iglesia de la Aparición de la Virgen. Me dijo que había salido a dar un paseo y que iba de vuelta a casa.

—Vengo a menudo por aquí para ver cómo van las obras. —(En aquella época se estaba construyendo la estación de ferrocarril de Nicolás)—. Mi corazón se siente algo aliviado cuando paso aquí un rato contemplando los trabajos: por fin vamos a tener un ferrocarril. No puede usted imaginarse cuánto me conforta a veces esa idea.

Lo dijo con calor y sinceridad. Belinski nunca se daba aires. Seguimos andando juntos. Recuerdo que me dijo por el camino:

—Sólo cuando me hayan enterrado —(sabía que tenía tuberculosis)—,

reflexionarán y se darán cuenta del hombre al que han perdido.

Durante el último año de su vida apenas fui a verlo. Me había cogido manía, aunque yo aceptada apasionadamente todas sus enseñanzas. Un año más tarde, ya en Tobolsk, mientras, encerrados en una prisión de tránsito, esperábamos la suerte que nos aguardaba, las mujeres de los decembristas^[6] persuadieron al inspector de la cárcel para que les dejara organizar una entrevista secreta con nosotros en sus dependencias. Vimos a esas grandes mártires, que habían seguido voluntariamente a sus maridos a Siberia. Lo habían dejado todo: posición, riqueza, vínculos y familiares; lo habían sacrificado todo en aras del más sublime deber moral, el deber más libre que pueda haber. Sin haber cometido culpa alguna, durante veinticinco largos años soportaron todo lo que soportaron sus maridos condenados. Nuestra entrevista se prolongó una hora. Nos dieron la bendición para nuestro nuevo camino, hicieron sobre nosotros la señal de la cruz, nos ofrecieron sendos Evangelios, el único libro que estaba permitido en el penal. Cuatro años estuvo ese Evangelio debajo de mi almohada en el penal. A veces lo leía y se lo leía a los demás. Con su ayuda enseñé a leer a un presidiario. Me rodeaban esas personas que, según las creencias de Belinski, *no podían* dejar de delinquir, y que, por consiguiente, tenían razón, pero eran más desdichadas que el común de los mortales. Sabía que el pueblo ruso en su conjunto nos llamaba también «desdichados», y escuché ese término muchas veces y de múltiples labios. Pero se trataba de otra cosa, de algo muy distinto de lo que decía Belinski y de lo que se oye ahora, por ejemplo, en algunos veredictos de nuestros jurados. En la palabra «desdichado» y en el veredicto del pueblo latía una idea muy distinta. Cuatro años de presidio son una larga escuela; tuve tiempo de convencerme... Y es precisamente de eso de lo que me gustaría hablar ahora.

III EL MEDIO

Considero que un sentimiento común a los jurados de todo el mundo, y a los nuestros en particular (entre otros sentimientos, se entiende), debe ser el sentimiento de poder, o mejor dicho, de poder absoluto. Puede ser un sentimiento repugnante, al menos cuando se impone a los demás. Pero aunque no domine, aunque esté sofocado por diversas emociones más nobles, ese sentimiento debe reforzarse en el corazón de cada jurado, incluso cuando sea plenamente consciente de su deber cívico. Supongo que, en cierto modo, es una consecuencia de las leyes mismas de la naturaleza. Por eso, recuerdo cómo se aguzó mi curiosidad, al menos en un sentido, cuando se instituyó el nuevo (y verdadero) sistema judicial. En mis ensoñaciones me imaginaba audiencias en las que casi todos los jurados serían, por ejemplo, campesinos, que hasta el día de ayer habían sido siervos. El fiscal y los abogados se dirigirían a ellos,

tratando de ganarse su favor y observándolos con el rabillo del ojo, mientras nuestros mujiks, sentados en silencio, pensarían para sus adentros: «Si ahora se me antoja, lo absuelvo; y si no, lo mando a Siberia».

Por eso me parece tan notable, en los tiempos que corren, que, en lugar de condenar, se absuelva a casi a todo el mundo. También es ésa una manera de ejercer el poder, e incluso de abusar de él, pero en un solo sentido, tal vez sentimental, no sabría decirlo. Pero se trata de una tendencia general, casi preconcebida, como si todos se hubieran puesto de acuerdo. La unanimidad de esa «tendencia» no ofrece ninguna duda. Lo sorprendente es que esa manía de absolver cueste lo que cueste no es exclusiva de los campesinos, antaño humillados y ofendidos, sino que se ha apoderado de todos los jurados rusos, incluso de los de extracción más alta, como nobles y catedráticos de universidad. La unanimidad de esa tendencia constituye en sí misma un tema de reflexión de lo más curioso y sugiere las conjeturas más variopintas e incluso extrañas.

Hace poco, uno de nuestros diarios más influyentes publicaba un artículo muy modesto y bienintencionado en el que se aludía de pasada a la siguiente hipótesis: ¿no se sentirán inclinados nuestros jurados, como hombres que de pronto, y sin saber muy bien cómo, se sienten investidos de semejante poder (como caído del cielo), y eso después de tantos siglos humillación y apocamiento; no se sentirán inclinados a fastidiar a las «autoridades», por ejemplo al fiscal, cada vez que se presenta la ocasión, simplemente por placer o, por decirlo de algún modo, por cortar con el pasado? Es una hipótesis nada desdeñable, y, además, no desprovista de ingenio, pero que, naturalmente, no permite explicarlo todo.

«Simplemente nos da pena destruir la vida de otra persona; también son seres humanos. Los rusos somos compasivos», tal es la conclusión que he oído algunas veces.

No obstante, siempre he pensado que en Inglaterra, por ejemplo, el pueblo también es compasivo; y, aunque carecen, por así decir, de la blandura de corazón de los rusos, al menos tienen humanidad, así como conciencia y un vivo sentimiento del deber cristiano con el prójimo, quizá llevado al más alto grado, hasta una convicción firme e independiente; quizá incluso más firme que entre nosotros, teniendo en cuenta el grado de instrucción de ese país y su secular independencia de juicio. Allí semejante poder no les ha caído como «llovido del cielo». De hecho, fueron ellos quienes inventaron la institución del jurado; no la tomaron de nadie, la consolidaron durante siglos, la extrajeron de la vida misma y no la recibieron como un simple regalo.

Y sin embargo, cualquier jurado inglés comprende que, en cuanto ocupa su lugar en la sala de audiencias, ya no es sólo un hombre sensible, de buen corazón, sino ante todo un ciudadano. Hasta llega a pensar (con razón o sin ella) que el cumplimiento de su deber de ciudadano está por encima de cualquier victoria personal del corazón. No hace mucho la absolución de un ladrón inveterado levantó un clamor general en todo

el reino. Esa reacción generalizada demuestra que, si bien veredictos como los nuestros son también posibles en ese país, se producen rara vez, como casos excepcionales, que despiertan inmediatamente la indignación de la opinión pública. Allí cualquier jurado comprende ante todo que tiene en sus manos la enseña de toda Inglaterra, que ha dejado de ser un particular y que está obligado a representar la opinión de su país. La capacidad de convertirse en ciudadano lleva aparejada también la capacidad de elevarse al nivel de la opinión de todo el país. Ah, también allí hay veredictos «compasivos» y se tiene en consideración «la influencia corruptora del medio» (nuestra doctrina favorita en la actualidad, a lo que parece), pero hasta ciertos límites, hasta donde lo permite el sentido común del país y su grado de instrucción y moralidad cristiana (bastante elevado, por lo visto). Por eso, con bastante frecuencia, el jurado inglés, con gran dolor de su corazón, pronuncia veredictos condenatorios, consciente de que su deber, ante todo, consiste principalmente en testimoniar, mediante su veredicto y ante todos sus conciudadanos, que en la vieja Inglaterra, por la que cada uno de ellos está dispuesto a dar su sangre, el vicio no ha dejado de llamarse vicio y el crimen, crimen, y que los principios morales del país siguen siendo los mismos, firmes, invariables, y tienen la misma vigencia de antaño.

—Pero supongamos —oigo que me dice una voz— que vuestros firmes principios (es decir, los del cristianismo) sean siempre los mismos y que, en verdad, haya que ser ante todo un ciudadano, mantener bien alta la bandera y todo lo demás, como usted dice; admitamos todo eso sin discusión. Pero, dígame, ¿de dónde vamos a sacar nosotros esos ciudadanos? ¡Acuérdese de lo que sucedía todavía ayer! Los derechos civiles (¡y qué derechos!) han caído sobre el ruso de a pie como un alud. Lo han aplastado, y no son para él más que una carga, una carga.

—No cabe duda de que esa apreciación contiene una buena dosis de verdad — respondo yo a esa voz, con cierto desánimo—, pero de todas formas el pueblo ruso...

—¿El pueblo ruso? ¡Por favor! —me interrumpe otra voz—. Acaban de decirnos que los derechos le han caído encima como un alud y lo han aplastado. Tal vez no sólo considere que ha recibido ese poder como un don, sino también que lo ha recibido de balde, es decir, que todavía no lo merece. Con eso no quiero decir que realmente no lo merezca, o que sea *innecesario* o *prematureo* concedérselo; al contrario: es el pueblo mismo, en su humilde conciencia, el que reconoce que es indigno de semejantes dones, y esa humilde y al tiempo elevada conciencia de su indignidad es precisamente la prueba de que los merece. Pero por el momento el pueblo, en su humildad, se siente confuso. ¿Quién ha podido escudriñar los repliegues más secretos de su corazón? ¿Acaso puede decir alguno de nosotros que conoce a fondo al pueblo ruso? No, no se trata sólo de sensiblería y buen corazón, como dice usted en tono de burla. ¡Lo que pasa es que ese poder es temible! Nos asusta ese terrible poder de disponer del destino de un hombre, del destino de nuestros hermanos de sangre, y, en tanto nuestra conciencia ciudadana va desarrollándose, nos mostramos clementes. Nos mostramos clementes por miedo.

Ocupamos nuestro lugar en el jurado y tal vez pensamos: «¿Acaso somos mejores que el encausado? Tenemos dinero, carecemos de preocupaciones, pero si estuviéramos en la misma situación que él, tal vez actuaríamos aún peor, así que debemos mostrarnos clementes». De suerte que tal vez esa clemencia que brota del corazón sea una buena señal. Tal vez constituya una garantía de que en el futuro surgirá una forma tan sublime de cristianismo como el mundo no ha visto igual.

«Parece una voz esclavófila», me digo. Es una idea realmente tranquilizadora, y la conjetura de la humildad del pueblo ante un poder recibido de balde y entregado a quien aún es «indigno» de él, es mucho más correcta que la hipótesis de que quiere «fastidiar al fiscal», aunque el realismo de esa última sugerencia sigue gustándome (aceptándola, naturalmente, más como caso individual, como de hecho hace el autor). Pero... Hay una cosa que no deja de inquietarme: ¿por qué nuestro pueblo de pronto ha empezado a tenerle tanto miedo al sufrimiento? «Es muy doloroso —dicen— condenar a un hombre.» «Bueno, pues guárdese su dolor. La verdad está por encima de su dolor.»

En realidad, si nos ponemos a considerar que nosotros mismos, a veces, somos peores que el criminal, reconocemos implícitamente que tenemos la mitad de la culpa de su crimen. Si ha transgredido la ley que su país le ha dictado, somos nosotros quienes tenemos la culpa de que comparezca ahora ante nosotros. Si todos nosotros fuéramos mejores, también él lo sería, y no comparecería ahora ante nosotros...

—Entonces, ¿debemos absolverlo?

—No, al contrario: precisamente ahora debemos decir la verdad y llamar a las cosas por su nombre; a cambio, debemos asumir la mitad de la carga de la sentencia. Deberíamos entrar en la sala de audiencias con el pensamiento de que también nosotros somos culpables. Ese dolor del corazón que en la actualidad tanto temen todos y con el que abandonamos el tribunal será nuestro castigo. Si ese dolor es verdadero e intenso, nos purificará y nos hará mejores. Y haciéndonos mejores, corregimos el medio y lo mejoramos. Pues sólo de ese modo puede corregirse. Pero cuando alguien trata de huir de su propio dolor y absuelve a cualquiera con tal de no sufrir, se está amoldando a lo más fácil. Pues de ese modo se llega poco a poco a la conclusión de que el delito no existe, de que todo es «culpa del medio». Y, siguiendo el razonamiento, acabaríamos pensando que el crimen es incluso un deber, una noble protesta contra el «medio». «Ya que la sociedad está tan mal organizada, es imposible acomodarse a ella sin protestar ni delinquir.» «Ya que la sociedad está tan mal organizada, no hay otra manera de abrirse camino que con un cuchillo en la mano.» Eso es lo que enseña la doctrina del medio, en oposición al cristianismo que, aun reconociendo plenamente la presión del medio y predicando la misericordia para con el pecador, considera un deber moral del hombre luchar con el medio y establece el límite donde termina el medio y empieza el deber.

Al hacer responsable al individuo, el cristianismo reconoce al mismo tiempo su libertad. En cambio, al hacer al hombre dependiente de cualquier error de la

estructura social, la doctrina del medio le dota de una impersonalidad total, lo exime completamente de cualquier deber moral de índole personal, de todo libre albedrío, y lo reduce al grado más bajo de esclavitud que pueda imaginarse. En esa tesitura, si un hombre quiere fumar y no tiene dinero, no tiene más que matar a otra persona para procurarse un cigarrillo. ¡No faltaba más! Un hombre evolucionado, que siente de forma más intensa que uno no evolucionado el sufrimiento de necesidades no satisfechas, requiere dinero para satisfacerlas, así que ¿por qué no matar al no evolucionado, si no hay otro modo de procurarse dinero? ¿No ha oído usted las razones de los abogados defensores?: «Cierto que se ha quebrantado la ley; cierto que el acusado ha cometido un delito al matar a un hombre no evolucionado, pero tengan en consideración, señores del jurado, que...», etc. Pues razones semejantes, por no decir idénticas, se han aducido ya...

—Bueno —me dice una voz maliciosa—, después de todo parece usted atribuir al pueblo esa novísima filosofía del medio, pero ¿cómo ha podido adquirirla? A veces los doce miembros del jurado son mujiks, y todos ellos consideran un pecado mortal comer carne durante la cuaresma. Debería acusarles abiertamente de tener ideas sociales tendenciosas.

«Claro, claro, ¿qué les importa el “medio” a los campesinos? —me digo—. Pero esas ideas están en el aire y son persuasivas...»

—¡Lo que hay que oír! —dice la voz maliciosa, riéndose a carcajadas.

—¿Y si nuestro pueblo fuera particularmente sensible a la doctrina del medio por su propia naturaleza o, pongamos, por sus inclinaciones esclavas? ¿Y si fuera el terreno más fértil de Europa para la propagación de ciertas teorías?

La voz maliciosa estalla en carcajadas aún más estentóreas, pero su risa suena algo forzada.

No, creo que en el caso del pueblo debemos seguir hablando solamente de ocurrencia, no de «filosofía del medio». Se trata de un error, de un engaño, y de un engaño muy seductor.

Ese engaño puede explicarse del siguiente modo, al menos a modo de ejemplo.

Es verdad que el pueblo llama «desdichados» a los condenados, les da monedas y pan. ¿Qué pretende expresar con semejante conducta, que acaso tenga varios siglos de existencia? ¿La justicia cristiana o la justicia del «medio»? Ahí es donde está el escollo, ahí es donde se oculta el resorte que podrían mover con éxito los propagandistas de la teoría del «medio».

Hay ideas no expresadas e inconscientes, pero que se sienten con intensidad; muchas de esas ideas están como fundidas con el alma del pueblo. Son comunes a todo el pueblo, así como a toda la humanidad, tomada en su conjunto. Mientras esas ideas persistan, aunque sea de manera inconsciente, en la vida del pueblo, mientras se perciban con fuerza y fidelidad, gozará el pueblo de una vida vigorosa y activa. Toda la energía de la vida del pueblo se concentrará en la aspiración a sacar a la luz esas

ideas latentes. Cuanto mayor sea la firmeza del pueblo en conservarlas y menor su tendencia a traicionar sus instintos, menos propenderá a plegarse a toda suerte de interpretaciones falaces de esas ideas y mayor será su firmeza, su fuerza y su felicidad. Entre esas ideas latentes en el pueblo ruso —entre esas ideas del pueblo ruso— se encuentra la de llamar al crimen desdicha y al criminal desdichado.

Es una idea típicamente rusa. No se observa en ningún otro pueblo europeo. En Occidente sólo la proclaman algunos filósofos y comentaristas. Nuestro pueblo la hizo suya mucho antes que sus filósofos y comentaristas. Pero de ahí no se deduce que el pueblo no se haya dejado llevar, al menos temporal o superficialmente, por la interpretación falsa que algún comentarista haya dado a esa idea. El sentido definitivo y la última palabra seguirán estando, sin ninguna duda, de su lado, pero *a corto plazo* puede no ser así.

En suma, al emplear la palabra «desdichados», es como si el pueblo estuviera diciendo a los «desdichados»: «Habéis pecado y sufrís, pero también nosotros somos pecadores. De haber estado en vuestro lugar, acaso nos habríamos comportado peor. Si fuéramos mejores, tal vez no estaríais en un penal. En castigo por vuestros crímenes lleváis también la carga de la injusticia general. Rezad por nosotros y nosotros rezaremos por vosotros. Y entre tanto, desdichados, aceptad nuestra limosna; os la ofrecemos para que sepáis que os recordamos y que no hemos roto nuestros vínculos fraternales con vosotros».

Convenid conmigo en que no hay nada más fácil que aplicar la doctrina del «medio» a esa concepción: «La sociedad es mala, así que también nosotros somos malos; pero somos ricos, vivimos sin preocupaciones; sólo por casualidad hemos esquivado las circunstancias que vosotros habéis tenido que afrontar. De habernos visto en la misma tesitura, habríamos actuado como vosotros. ¿Quién tiene la culpa? El medio. En suma, no hay más que una mala organización social; el crimen no existe en absoluto».

A ese sofisma se reduce la ocurrencia de que he hablado antes.

No, el pueblo no niega el crimen y sabe que el criminal es culpable. El pueblo también sabe que comparte la culpa de cualquier criminal. Pero, al acusarse, demuestra que no cree en el «medio»; cree, por el contrario, que el medio depende completamente de él, de su arrepentimiento incesante y de su afán de perfección. Energía, trabajo y lucha: ésas son las armas para mejorar el medio. Sólo mediante el trabajo y la lucha se alcanza la independencia y el sentimiento de la dignidad personal. «Si llegamos a ese punto, seremos mejores, y también lo será el medio.» Eso es lo que el pueblo ruso siente con tanta fuerza, aunque no lo exprese, en su idea oculta del criminal como desdichado.

Imaginad ahora lo que sucedería si el criminal, al oír que el pueblo lo llama «desdichado», se viera sólo como tal, y no como un criminal. En ese caso el pueblo rechazaría esa interpretación falsa y la tildaría de traición a la verdad y la fe del pueblo.

Podría dar algunos ejemplos, pero dejémoslo por el momento y digamos lo que sigue.

El criminal y el individuo que planea cometer un crimen son dos personas distintas, aunque pertenecen a la misma categoría. ¿Qué sucedería si, al preparar conscientemente un crimen, el criminal se dijera: «¡El crimen no existe!»? ¿Seguiría el pueblo llamándolo «desdichado»?

Es posible; de hecho, estoy totalmente convencido. El pueblo es compasivo y no hay nadie más desdichado que un criminal que ha dejado de considerarse tal: es un animal, una bestia. ¿Qué importa que no comprenda que es una bestia y que haya ahogado la voz de su conciencia? Sólo es dos veces más desdichado. Dos veces más desdichado y también dos veces más criminal. El pueblo se compadecerá de él, pero no renunciará a su justicia. ¡Cuando el pueblo llama «desdichado» a un criminal, nunca deja de considerarlo un criminal! La peor desgracia que podría acaecernos es que el pueblo estuviera de acuerdo con el criminal y le respondiera: «¡No, no eres culpable, porque el crimen no existe!».

Ésa es nuestra fe, nuestra fe común, me gustaría poder decir; la fe de todos los que esperan y confían. Quisiera añadir dos cosas.

He pasado una temporada en un penal y he visto criminales, criminales «recalcitrantes». Repito que fue una larga escuela. Ninguno de ellos había dejado de considerarse un criminal. En apariencia era gente terrible y cruel. Sólo los estúpidos y los recién llegados «se pavoneaban», mientras los demás se burlaban de ellos. La mayoría eran hombres sombríos y reservados. Nadie hablaba de sus crímenes. Jamás escuché una protesta. Ni siquiera era posible hablar en voz alta de esos crímenes. A veces alguien pronunciaba una palabra desafiante o una fanfarronada y entonces «todo el penal», como un solo hombre, le bajaba los humos al bravucón. De eso no se permitía hablar. Pero estoy convencido de que ninguno de ellos había escapado a un largo sufrimiento interior, el más purificador y reconfortante. Los vi sumidos en sus pensamientos, los vi orando en la iglesia antes de la confesión; presté oídos a sus palabras y exclamaciones aisladas e inesperadas; recuerdo sus rostros. Y podéis creerme: ¡en el fondo de su alma ni uno solo se consideraba inocente!

No me gustaría que las palabras que voy a pronunciar se tomaran como una muestra de crueldad. Pero, en cualquier caso, asumiré el riesgo y lo diré sin rodeos: mediante un castigo severo, el penal y los trabajos forzados se puede salvar a la mitad de ellos. El castigo no agobia, sino que alivia. La purificación personal a través del sufrimiento es menos penosa, os lo digo yo, que la suerte que les espera a muchos de los que los tribunales absuelven un día tras otro. Con esa conducta lo único que se consigue es arraigar el cinismo en sus corazones, dejarlos con una duda que se convierte en tentación, incitarlos a que os desprecien. ¿No lo creéis? ¡Os desprecian a vosotros, desprecian vuestros tribunales y el sistema judicial de todo el país! Habéis inculcado en sus corazones el desdén a la verdad del pueblo y a la verdad de Dios; los habéis confundido... El criminal abandona la sala y piensa: «Así son las cosas ahora:

nada de severidad. Por lo visto, se han vuelto más juiciosos. O tal vez tengan miedo. De modo que puedo hacer lo mismo otra vez. Está claro: ¿cómo no iba a robar, encontrándome en tal estado de necesidad?».

¿O acaso os figuráis que al declararlos inocentes a todos o considerarlos «dignos de toda clemencia» les estáis dando una posibilidad de regenerarse? ¡Ya veréis cómo se regeneran! ¿Qué necesidad tienen? «Así pues, no soy culpable de nada», eso es lo que se dirá, a modo de *conclusión final*. Sois vosotros quienes le habéis inculcado esa idea. Lo más importante es que su fe en la ley y en la justicia del pueblo se ha resquebrajado.

No hace mucho pasé varios años seguidos en el extranjero. Cuando abandoné Rusia, acababa de implantarse el nuevo sistema judicial. Con qué impaciencia leía entonces en nuestros periódicos todo lo concerniente a los tribunales rusos. Contemplaba también con amargura a nuestros absentistas^[7], cuyos hijos no conocían su lengua materna o la estaban olvidando. Me daba cuenta de que la mitad de ellos, por la inercia misma de los acontecimientos, acabaría convirtiéndose en emigrantes. Esa idea siempre me ha causado un hondo pesar: ¡qué pérdida de energía y, acaso, de buenas personas, cuando en nuestra patria tenemos tanta necesidad de ellas! Pero a veces, al abandonar la sala de lectura, debo reconocer, señores, que involuntariamente me reconciliaba con los absentistas. El corazón se me encogía hasta dolerme cuando leía que habían absuelto a una mujer que había asesinado a su marido. El crimen es incuestionable y está probado; hasta ella misma lo confiesa. Pero el veredicto es: «Inocente». Un joven fuerza una caja de caudales y roba el dinero. «Estaba enamorado —declara—, terriblemente enamorado, y necesitaba dinero para regalar a mi amada.» Y el veredicto: «Inocente». Si al menos esos casos hubieran podido justificarse por la compasión y la piedad; pero el caso es que no comprendía las razones de la absolución y estaba totalmente desconcertado. Esas lecturas me dejaban una impresión confusa, casi ultrajante. En esos momentos de amargura a veces me imaginaba Rusia como una especie de tremedal o de ciénaga, en el que alguien se hubiera propuesto levantar un palacio. Exteriormente el suelo parece firme, liso, pero en realidad es como la superficie de una papilla de guisantes: basta con poner el pie para resbalar e ir a parar al fondo del abismo. Me reprochaba con insistencia mi pusilanimidad y me consolaba pensando que podía equivocarme, al juzgar desde la distancia; también me decía que de momento no era más que uno de esos absentistas, que no veía de cerca ni oía con claridad...

Hace ya tiempo que estoy de nuevo en la patria.

«Además, ¿es verdadera compasión lo que sienten?» ¡Ésa es la cuestión! No os burléis de que conceda tanta importancia a ese asunto. La «compasión», al menos, proporciona alguna clase de explicación; permite, al menos, salir de las tinieblas; pero sin esa última explicación todo se vuelve incomprensible y sólo se ve una especie de fondo oscuro en el que se debate una especie de loco.

Un mujik pega a su mujer, le causa lesiones durante largos años y la trata peor

que a un perro. Desesperada, a un paso del suicidio y casi fuera de sí, recurre al tribunal de la aldea. Allí la mandan de vuelta, mascullando con indiferencia: «Llevaos mejor». ¿Acaso se puede llamar compasión a eso? A lo sumo son las palabras necias de un borracho que acaba de despertarse después de una noche de juerga, de alguien que apenas se da cuenta de que estáis enfrente de él, que hace un gesto estúpido y desganado con la mano para que no le molestéis, que apenas acierta a mover la lengua y tiene la cabeza trastornada por los vapores del alcohol.

Por lo demás, la historia de esa mujer es conocida y bastante reciente. La publicaron todos los periódicos, así que es posible que aún la recordéis. Simple y llanamente, la mujer se ahorcó para escapar de los golpes de su marido; al marido lo juzgaron y lo encontraron digno de indulgencia. Durante mucho tiempo no he podido olvidarme de las circunstancias de ese caso y aún sigo recordándolas.

No he dejado de imaginarme el aspecto de ese hombre; por lo visto, es alto de estatura, de complexión muy robusta, fuerte, rubio. Me gustaría añadir que tiene cabellos ralos, cuerpo blanquecino y fofo; sus movimientos son pausados y graves, y su mirar reconcentrado; habla poco y rara vez, dejando caer las palabras como piedras preciosas, que él mismo es quien más estima. Los testigos declaran que era de naturaleza cruel: cogía una gallina y la colgaba por las patas, cabeza abajo, por puro placer: eso le divertía. ¡Magnífico rasgo de carácter! Durante años pegó a su mujer con lo primero que le venía a mano, una cuerda, una vara. Levantaba una tabla del suelo, le metía los pies en el agujero, volvía a poner la tabla y pegaba y pegaba. Me imagino que ni él mismo sabía por qué la pegaba, aunque probablemente lo hiciera por los mismos motivos que le impulsaban a colgar boca abajo a las gallinas. También la hacía pasar hambre, privándola de pan durante tres días. Ponía el pan en un estante, la llamaba y le decía: «Ése es *mi* pan, no te atrevas a tocarlo». ¡Otro rasgo notablemente significativo! Ella cogía a su hijita de diez años y se iba a mendigar a casa de los vecinos: si le daban un pedazo de pan, comían; y si no, pasaban hambre. Cuando él le pedía que trabajase, ella lo hacía sin rechistar, sin un murmullo, aterrorizada, hasta que al final se volvió como loca. Puedo imaginarme su aspecto: debía de ser una mujer pequeña, delgada como un palo. No es infrecuente que los hombres grandes y robustos, con el cuerpo blanquecino y fofo, se casen con mujeres muy menudas y flacas (hasta he observado que ese tipo les atrae); causa extrañeza verlos de pie o caminando juntos. Creo que si se hubiera quedado embarazada de él en los últimos tiempos, sería un rasgo aún más característico y necesario para completar el cuadro: sin ese detalle, es como si faltara algo. ¿Habéis visto a un mujik pegar a su mujer? Yo sí. Empieza con una cuerda o una correa. La vida del mujik carece de goces estéticos como la música, el teatro o las revistas, así que debe llenar ese vacío de algún modo. Después de atar a su mujer o meterle los pies en el agujero de la tabla del suelo, nuestro mujik empieza a propinarle golpes acompasados, probablemente de forma metódica, fría y hasta indolente, sin escuchar sus gritos y súplicas, o mejor dicho, escuchándolos, escuchándolos con delectación; de otro

modo, ¿qué placer iba a procurarle golpearla? Debéis saber, señores, que las condiciones en las que nacen los hombres son muy diversas: ¿no creéis que esa mujer, en otras condiciones, habría podido ser una Julieta o Beatriz shakesperiana o la Margarita de *Fausto*? No estoy diciendo que lo fuera —hasta sería ridículo afirmarlo—, pero podía llevar en su alma el germen de algo noble, algo no peor, tal vez, que lo que atesora una mujer de noble cuna: un corazón afectuoso e incluso henchido de sentimientos elevados; un carácter desbordante de original belleza. Sólo el hecho de que tardara tanto en atentar contra su vida la muestra bajo una luz suave, amable, paciente y afectuosa. ¡Y he aquí que a esa Beatriz, a esa Margarita, la azotan sin parar como si fuera un perro! Los golpes son cada vez más numerosos, violentos, febriles; el hombre empieza a acalorarse y a cogerle gusto al asunto. Finalmente está ya del todo enrabiado y lo reconoce con fruición. Los gritos salvajes de su víctima lo embriagan como vino: «Te lavaré los pies y me beberé el agua», grita Beatriz con una voz inhumana; finalmente se serena, deja de gritar, sólo exhala una suerte de graznido estentóreo, su respiración se entrecorta a cada momento, mientras los golpes se vuelven más continuados y furiosos... De pronto el hombre arroja la correa, empuña como un loco un bastón o una rama, lo primero que encuentra, y lo rompe con tres golpes finales y terribles en la espalda de la mujer... ¡Es suficiente! Se aleja, se sienta a la mesa, lanza un suspiro y se pone a beber *kvas*^[8]. Una niña pequeña, su hija (¡tenían una hija!), se oculta en un rincón de la estufa, toda temblorosa; ha oído gritar a su madre. El hombre se va. Al amanecer la madre vuelve en sí, se levanta y, gimiendo y lanzando un grito a cada paso, va a ordeñar a la vaca, a acarrear agua, a ocuparse de sus faenas.

Al irse, el hombre le advierte con su voz metódica, seria y premiosa: «No te atrevas a tocar ese pan, es *mío*».

Al final, le gustaba también ponerla boca abajo, como hacía con las gallinas. Probablemente la colgaba y se sentaba tan tranquilo a comer sus gachas; una vez saciado el apetito, cogía de pronto la correa y se ensañaba con ella... Mientras la niña, temblando de pies a cabeza, se acurruca en la estufa, mira a hurtadillas, con ojos despavoridos, a su madre, colgada por los talones, y vuelve a esconderse.

Se ahorcó una mañana de mayo, probablemente un claro día de primavera. La habían visto la víspera cosida a golpes, completamente enloquecida. Antes de darse muerte, acudió al tribunal del distrito, cuyos miembros se la quitaron de encima farfullando: «Lleaos mejor».

Cuando la soga le apretó el cuello y la mujer lanzó sus últimos estertores, la niña le gritó desde un rincón: «Mamá, ¿por qué te estás ahorcando?». Luego se acercó con precaución, la llamó y se quedó mirándola con espanto; a lo largo de la mañana salió de su rincón varias veces para verla, hasta que regresó su padre.

Y ahí tenemos al acusado ante el tribunal, solemne, mofletudo, concentrado; lo niega todo de plano: «Vivíamos en buena armonía», comenta, desgranando las palabras como si fueran gemas. El jurado se retira y, después de una «breve

deliberación», pronuncia su veredicto: «Culpable, pero *digno de indulgencia*».

No olvidéis que la niña testificó contra su padre. Lo contó todo y, según dicen, arrancó lágrimas a los presentes. De no haber sido por la «indulgencia» del jurado, lo habrían deportado a Siberia. Pero, gracias a esa recomendación, no cumplirá más que ocho meses de cárcel, volverá a su casa y reclamará a la niña, que declaró contra él y a favor de su madre. Así tendrá a otra víctima a quien colgar por los talones.

«¡Digno de indulgencia!» Y pronunciaron ese veredicto con pleno conocimiento de los hechos. Sabían lo que le espera a esa niña. ¿Indulgencia con quién, con qué? Te sientes como arrebatado por un torbellino, que no para de girar y de dar vueltas.

Pero esperad, os voy a contar otra anécdota.

Una vez, antes de que se establecieran los nuevos tribunales (pero no mucho antes), me enteré de este pequeño incidente por los periódicos: una madre llevaba en brazos a una criatura de un año o de catorce meses. A esa edad empiezan a salir los dientes, y los niños están indispuestos, lloran y sufren mucho. La madre estaba harta del niño y quizá tenía mucho que hacer. Y allí seguía, con el niño en brazos, escuchando su llanto desgarrador. Se enfureció. Pero ¿cómo puede pegarse a un niño tan pequeño por eso? Da pena golpearlo y, además, ¿qué iba a entender? Está totalmente indefenso, a merced de cualquier contingencia... Por otro lado, no va a calmarse si le pegas: llorará aún más, os apretará con sus manitas o empezará a besaros y seguirá llorando. Así que no le pegó. Había en la habitación un samovar lleno de agua hirviendo. La madre puso la manita del niño debajo del grifo y lo abrió. Y mantuvo la manita bajo el agua hirviente unos diez segundos.

Es un hecho; lo he leído. Imaginaos que ese caso se produjera ahora y esa mujer fuera llevada a juicio. Los miembros del jurado se retirarían y, «después de una breve deliberación», pronunciarían su veredicto: «Digna de toda indulgencia».

Imagináoslo. Yo, al menos, invito a todas las madres a que se lo imaginen. Y el abogado defensor, probablemente, distorsionaría los hechos:

—Señores del jurado, en verdad un acto así no puede calificarse de humano, pero debéis considerar el caso en su conjunto, teniendo en cuenta las circunstancias, el ambiente. Es una mujer pobre, la única persona que trabaja en la casa, soporta toda clase de sinsabores. Ni siquiera tenía una niñera que se ocupara de la criatura. Es natural que en un momento así, señores, llena de rabia por ese entorno corrosivo, por decirlo de algún modo; es natural que pusiera la manita del niño bajo el grifo del samovar... porque... en fin...

Ah, claro que comprendo toda la utilidad y toda la grandeza de los representantes del derecho, a quienes todo el mundo respeta. Pero eso no impide que algunas veces los vea uno desde un punto de vista... superficial —lo reconozco—, aunque de manera involuntaria. A veces tienen que trabajar como condenados, piensa uno: ¡se debaten, se retuercen como serpientes, mienten contra su conciencia, contra sus convicciones personales, contra cualquier principio moral, contra cualquier sentimiento humano! No, la verdad es que se ganan bien el sueldo.

—¡Vamos! —exclama de pronto la misma voz maliciosa de antes—. Todo eso es absurdo, un producto de su imaginación. Jamás un jurado ha pronunciado un veredicto semejante. Los abogados no distorsionan los hechos de ese modo. Se lo ha inventado usted todo.

¿Y la mujer colgada cabeza abajo como una gallina? ¿Y lo de «no te atrevas a tocar ese pan, es *mío*»? ¿Y la niña temblando sobre la estufa y escuchando durante media hora los gritos de su madre? ¿Y lo de «mamá, ¿por qué te estás ahorcando?»? ¿No es lo mismo todo eso que la manita bajo el agua hirviendo? ¡Es lo mismo, *poco más o menos*!

«Atraso, ignorancia, el medio. Seamos compasivos», insistía el abogado del mujik. ¡Pero millones de personas viven en las mismas condiciones y no cuelgan a sus mujeres por los pies! Debe haber alguna otra razón... Por otro lado, hay personas con instrucción que tampoco vacilarían a la hora de colgar a su cónyuge. Basta de contorsiones, señores abogados, y déjenos ya en paz con eso del «medio».

IV ALGO PERSONAL

Varias veces me han propuesto que escriba mis recuerdos literarios. No sé si me pondré a ello alguna vez; en cualquier caso, no tengo muy buena memoria. Además, es triste recordar; en general, no me gusta recordar. Pero algunos episodios de mi carrera literaria me vienen involuntariamente a la cabeza con una nitidez extraordinaria, a pesar de la debilidad de mi memoria^[9]. He aquí, por ejemplo, una anécdota.

Una mañana de primavera fui a ver al difunto Yegor Petróvich Kovalevski^[10]. Le había gustado mucho mi novela *Crimen y castigo*, que acababa de aparecer en *El Mensajero Ruso*. La alabó con entusiasmo y me comunicó la opinión, de gran valor para mí, de cierta persona cuyo nombre no puedo revelar. Entre tanto habían entrado en la habitación, uno detrás de otro, dos directores de revista. Una de esas revistas alcanzó más tarde un número de suscriptores sin precedentes entre nuestras publicaciones mensuales, pero en aquel entonces estaba en sus albores. La segunda, por el contrario, estaba a punto de concluir una existencia relevante, que había ejercido una gran influencia en la literatura y el público; pero entonces, esa mañana, su director no sospechaba que su publicación estuviera tan cerca de llegar a su fin. Pasé con ese director a otra habitación y nos quedamos solos.

Sin mencionar su nombre^[11], me limitaré a decir que nuestro primer encuentro había sido muy cordial y había revestido un carácter tan extraordinario que había dejado en mí un recuerdo imborrable. Es probable que también él lo recordara. En aquella época todavía no era director de una revista. Luego se produjeron numerosos

malentendidos. A mi vuelta de Siberia nos vimos rara vez, pero en una ocasión me dirigió de pasada unas palabras muy afectuosas y me mostró unos versos, sobre ciertas cuestión, que se encuentran entre lo mejor que ha escrito jamás. Me gustaría añadir que, por su aspecto y comportamiento, nadie recordaba menos a un poeta, y menos del género «sufriente». Y sin embargo, es de nuestros poetas más apasionados, sombríos y «sufrientes».

—Bueno, le hemos puesto de vuelta y media —me dijo (quería decir en su revista y con relación a *Crimen y castigo*).

—Lo sé —respondí yo.

—¿Y sabe por qué?

—Por una cuestión de principios, probablemente.

—Por Chernichevski.

Me quedé estupefacto.

—N. N., el autor de la crítica —prosiguió el director—, me dijo lo siguiente: «La novela es buena, pero como hace dos años tuvo la desvergüenza de insultar en un relato a un desdichado deportado, caricaturizándolo, he decidido meterme con su novela».

—¿De modo que todo se debe a esos estúpidos chismorreos sobre *El cocodrilo*? —grité, comprendiendo—. ¿Es posible que también usted se crea esas cosas? ¿Ha leído usted *El cocodrilo*?

—No, no lo he leído.

—No son más que chismorreos, y de la clase más vil que pueda imaginarse. Se necesita tener la inteligencia y la sensibilidad poética de Bulgarin^[12] para encontrar entre las líneas de esa broma, de ese relato cómico, una alegoría «cívica», y encima contra Chernichevski. ¡Si supiera usted qué estúpida y traída por los pelos es esa acusación! ¡Por lo demás, jamás me perdonaré no haber protestado contra esa infame calumnia hace dos años, cuando empezó a difundirse!

Esa conversación con el director de una revista ya largo tiempo desaparecida se produjo hace siete años, y hasta ahora no he protestado contra esa «calumnia», bien por negligencia, bien por falta de tiempo. No obstante, esa bajeza que se me ha atribuido ha quedado en el recuerdo de ciertas personas como un hecho incontrovertible, ha corrido por los medios literarios, ha trascendido al público y me ha causado no pocos sinsabores. Ha llegado la hora de decir al menos unas palabras sobre todo ese asunto, tanto más cuanto que es un momento oportuno; y, aunque no puedo apoyarme en pruebas, voy a tratar de refutar esa calumnia que, por lo demás, carece también de pruebas de todo tipo. Mi largo silencio y mi descuido han parecido hasta ahora acreditarla.

Conocí a Nikolái Gavrílovich Chernichevski en el año 1859, el primero después de mi regreso de Siberia, no recuerdo dónde ni cómo. Luego nos vimos de vez en cuando, no muy a menudo, e intercambiamos algunas palabras, no muchas. No obstante, siempre nos dábamos la mano. Herzen me dijo que Chernichevski le había

causado una impresión desagradable; se refería a su aspecto y sus modales. A mí, en cambio, su aspecto y sus modales me gustaban.

Una mañana encontré en la puerta de mi alojamiento, sujeta al pomo, una de las proclamas más notables de las que aparecieron por aquel entonces, que no fueron pocas. Llevaba el siguiente encabezamiento: «A la generación joven». No puede imaginarse nada más estúpido y absurdo. El texto era indignante y estaba redactado en los términos más ridículos; su autor no podía ser más que un auténtico canalla, que había pretendido ofender a más y mejor. Me sentí terriblemente enfadado y deprimido a lo largo de todo el día. En aquel entonces ese fenómeno era todavía tan nuevo e inmediato que resultaba difícil hacerse una idea definida de esas personas, sobre todo porque no podía creerse que debajo de toda esa algarabía se escondiera semejante necedad. No me refiero a aquel movimiento en su conjunto, sino a las personas implicadas. En cuanto al movimiento en sí, fue una manifestación penosa y enfermiza, pero inevitable desde el punto de vista del devenir histórico, que constituye una página importante en el periodo petersburgués de nuestra historia. Y, a lo que parece, esa página dista mucho de haber sido escrita en su totalidad.

Hacía mucho tiempo que ni mi corazón ni mi alma estaban de acuerdo con esa gente ni con las intenciones de su movimiento; y de pronto sentí enfado y casi vergüenza de su torpeza: «¿Por qué hacen las cosas de modo tan estúpido y desmañado?». ¿Y qué tenía que ver ese asunto conmigo? Pero lo que lamentaba no era su fiasco. A decir verdad, no conocía a ninguno de los que distribuían esas proclamas y sigo sin conocerlos; pero lo triste era que ese caso no me parecía un fenómeno aislado, una estúpida bufonada de ciertas personas con las que yo no tenía nada que ver. Había un detalle abrumador: el grado de instrucción, de desarrollo intelectual y de comprensión de la realidad de esas personas dejaba una impresión de lo más deprimente. A pesar de que llevaba ya tres años viviendo en San Petersburgo y había visto de cerca ciertos acontecimientos, la proclamación que hallé esa mañana me dejó estupefacto y me causó la impresión de un descubrimiento completamente nuevo e inesperado: ¡jamás hasta ese día había sospechado que pudiera existir semejante nulidad! Ese grado de nulidad era precisamente lo que me asustaba. Por la tarde se me ocurrió la idea de ir a ver a Chernichevski. Hasta entonces nunca había estado en su casa ni había pensando ir allí; y a él le pasaba lo mismo conmigo.

Recuerdo que eran más o menos las cinco de la tarde. Encontré a Nikolái Gavrílovich completamente solo; ni siquiera había un criado en la casa y tuvo que abrirme la puerta él mismo. Me recibió con gran cordialidad y me condujo a su despacho.

—Nicolái Gavrílovich, ¿qué es esto? —le dije, sacando del bolsillo la proclama.

Él la cogió como si no la conociera y la leyó. Tenía en total diez líneas.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó con una leve sonrisa.

—¿Es posible que sean tan estúpidos y ridículos? ¿No hay modo de pararles los pies y poner fin a esta abominación?

Él me respondió con mucha gravedad e importancia:

—¿Realmente se figura que me solidarizo con ellos y que he podido tomar parte en la redacción de este papel?

—En absoluto —contesté yo—, y hasta considero innecesario asegurárselo. Pero, en cualquier caso, hay que pararles los pies cueste lo que cueste. Su palabra goza de autoridad entre ellos y, sin duda, temen su opinión.

—No conozco a ninguno.

—No me cabe la menor duda. Pero, en realidad, no es necesario conocerlos ni hablarles personalmente. Basta que exprese en voz alta, en algún sitio, su desaprobación, y ésta llegará a sus oídos.

—Puede que eso no surta ningún efecto. Además, esos fenómenos, como hechos accesorios, son inevitables.

—Y, sin embargo, a nada ni a nadie benefician.

En ese momento llamó a la puerta otro visitante, no recuerdo quién. Me retiré. Considero un deber señalar que esa entrevista con Chernichevski fue sincera y que no albergué la menor duda, como tampoco la albergo ahora, de que no se «solidarizaba» con quienes distribuían esas proclamas. Tuve la impresión de que a Nikolái Gavrílovich no le había desagradado mi iniciativa, como quedó confirmado al cabo de unos días, cuando me visitó en mi casa. Pasamos juntos una hora, y debo confesar que rara vez he conocido a una persona más amable y cordial, hasta el punto de que me sorprendió que algunos calificaran entonces su carácter de huraño e insociable. Me quedó claro que tenía ganas de trabar conocimiento conmigo y recuerdo que ese hecho me agradó. Después de esa fecha fui a verle una vez y él me devolvió la visita. Más tarde, asuntos personales me obligaron a trasladarme a Moscú, donde pasé nueve meses. De ese modo, nuestra relación, que acababa de iniciarse, quedó interrumpida. A continuación se produjo el arresto de Chernichevski y su deportación. Nunca tuve ocasión de enterarme de la naturaleza de su caso; y aún hoy sigo sin saber nada al respecto.

Un año y medio después se me ocurrió escribir un relato fantástico, una suerte de imitación del cuento de Gógol que lleva por título *La nariz*. Nunca hasta entonces había ensayado el género fantástico. No era más que una broma literaria, escrita con el único fin de hacer reír. En realidad, se me habían ocurrido algunas situaciones cómicas que quería desarrollar. Aunque no valga la pena, voy a exponer el argumento, para que se vea lo que después se sacó de él. En aquella época vivía en el Pasaje de San Petersburgo un alemán que enseñaba un cocodrilo previo pago de una entrada. Un funcionario petersburgués, antes de emprender un viaje al extranjero, se dirige al Pasaje en compañía de su joven esposa y de un amigo inseparable, y, entre otras cosas, deciden entrar a ver el cocodrilo. El funcionario no tiene un puesto muy alto en el escalafón, pero es de esos que gozan de una situación desahogada; todavía es joven, pero está corroído por el amor propio; ante todo es un estúpido, como el inolvidable mayor Kovaliov, que perdió su nariz. Está cómicamente convencido de

sus grandes aptitudes; a pesar de su mediana formación, se tiene poco más o menos por un genio; sus compañeros de departamento lo consideran una auténtica nulidad y él se siente continuamente ofendido de la poca atención que le prestan. A modo de venganza, apabulla y tiraniza a su apocado amigo, vanagloriándose de su inteligencia. El amigo lo odia, pero lo aguanta todo, porque está secretamente enamorado de su mujer. En el Pasaje, mientras esa damita, joven y bonita, de tipo típicamente petersburgués, una coqueta atolondrada de clase media, se queda mirando los monos que se exhiben junto al cocodrilo, su genial consorte se las ingenia para irritar al reptil, hasta entonces soñoliento y tan inmóvil como un tronco: de pronto la fiera abre las fauces y se lo traga entero, sin dejar una tira de pellejo. No tarda en averiguarse que el gran hombre no ha sufrido el menor daño; al contrario, con la tozudez que le caracteriza anuncia, desde el interior del cocodrilo, que se encuentra muy bien allí. Su mujer y el amigo se marchan para tratar con las autoridades el tema de su rescate. Para ese fin, se considera de todo punto necesario matar al cocodrilo y abrirlo en canal; de ese modo, el gran hombre podrá salir; pero, además, habría que gratificar al alemán, propietario e inseparable *Mutter*^[13] del cocodrilo. Al principio el alemán se indigna y se desespera ante la idea de que su cocodrilo, que se ha tragado *ein ganz* funcionario^[14] pueda morir; pero pronto se da cuenta de que ese miembro de la administración petersburguesa, engullido por el cocodrilo pero todavía vivo, puede proporcionarle en el futuro cuantiosos ingresos en toda Europa. Exige una suma fabulosa por el cocodrilo y, por encima de todo, el grado de coronel. Por otro lado, las autoridades se encuentran en una situación bastante complicada, pues es el primer caso semejante con el que se enfrenta la administración y, por tanto, no existen precedentes. «Si hubiera algún precedente, por insignificante que fuera, podríamos actuar, pero así es muy difícil.» Surge también la sospecha de que el funcionario se ha metido en el vientre del cocodrilo llevado de tendencias liberales y prohibidas. Entre tanto, la esposa empieza a comprender que su situación «más o menos de viuda» no carece de interés. En cuanto al consorte engullido, anuncia a su amigo terminantemente que prefiere quedarse en el interior del cocodrilo a retomar sus actividades, ya que ahora, lo quiera o no, va a merecer la atención que hasta ese momento le han negado. Exige a su mujer que organice veladas, a las que deben llevarle con el cocodrilo en una caja. Está convencido de que todo Petersburgo y los más altos dignatarios acudirán a esas veladas para ver el nuevo fenómeno. Y se propone triunfar: «Anunciaré la verdad y la enseñaré; daré consejos a hombres de Estado y exhibiré mis capacidades delante del ministro», dice, como si se sintiera ya por encima de este mundo y con derecho a repartir consejos y dictar sentencias. A la prudente, pero envenenada pregunta de su amigo: «Pero, si por algún proceso imprevisto, que en cualquier caso hay que tener en cuenta, fueras digerido y transformado en algo que no esperas...», el gran hombre responde que ya ha pensado en esa eventualidad, pero que se opondrá con indignación a tal fenómeno, harto probable según las leyes de la naturaleza. Su esposa, sin embargo, no está de acuerdo

en dar veladas con semejante propósito, aunque la idea no le disgusta: «¿Cómo van a llevar a mi marido metido en una caja?», dice. Además, su situación más o menos de viuda cada vez le agrada más. Le ha cogido el gusto, la gente le muestra compasión. El jefe de su marido la visita y coquetea con ella... Tal es la primera parte de ese relato jocoso, que por lo demás está inacabado. Lo terminaré sin falta algún día, aunque me había olvidado ya de él y tuve que volver a leerlo para refrescar mi memoria.

Paso a exponer ahora lo que hicieron con este pequeño entretenimiento. No bien apareció el relato en la revista *Época* (en 1865), *La Voz* publicó una observación extraña en un folletín. No la recuerdo literalmente, y salió hace tanto tiempo que es imposible hacer averiguaciones, pero el sentido era más o menos el siguiente: «Se equivoca el autor de *El cocodrilo* al emprender ese camino, que no le reportará honor ni los beneficios que espera», etc. A continuación venían algunas diatribas nebulosas y malintencionadas. Lo leí de pasada, sin entender nada; lo único evidente es que había mucho veneno, aunque se me escapaba a qué se debía. Naturalmente, esa nebulosa reacción folletinesca no podía causarme perjuicio alguno; los lectores no comprenderían más que yo. Pero de pronto, una semana después, N. N. Strájov me dijo: «¿Sabe usted lo que piensan? Están convencidos de que su *Cocodrilo* es una alegoría, la historia de la deportación de Chernichevski, y que su intención ha sido representarlo y ponerlo en ridículo». Me quedé perplejo, pero no me inquieté demasiado. ¡Anda que no hay interpretaciones de ese tipo! Esa opinión me pareció demasiado minoritaria y traída por los pelos para abrirse paso, así que juzgué completamente innecesario protestar. Es algo que nunca me perdonaré, porque esa interpretación cuajó y se difundió. *Calomniez, il en restera toujours quelque chose*^[15].

Por lo demás, sigo estando convencido, incluso ahora, de que no había intención de calumniarme. ¿Por qué y para qué? Apenas he discutido con nadie en el mundo de las letras, al menos de manera grave. Ahora, en este instante, es la segunda vez en veintisiete años de actividad literaria que hablo de mí mismo. Lo único que hubo fue cerrazón, una sombría y recelosa cerrazón, instalada en un cerebro «tendencioso». No me cabe la menor duda de que ese cerebro tan rico en ideas sigue estando plenamente convencido, incluso hoy, de que no se ha equivocado y de que mi intención fue burlarme del desdichado Chernichevski. También estoy seguro de que ninguna explicación o puntualización le haría cambiar de opinión, ni siquiera hoy. Pero es que se trata de un cerebro lleno de ideas. (Naturalmente, no estoy hablando de Andréi Aleksándrovich; en calidad de director y editor de su periódico se mantuvo al margen de este caso, como hace siempre.)

¿Dónde está la alegoría? Veamos: naturalmente el cocodrilo representa Siberia; el funcionario pretencioso y frívolo es Chernichevski. Ha acabado en el vientre del cocodrilo, pero sigue albergando la esperanza de dar lecciones al mundo entero. Su apocado amigo, al que trata despóticamente, representa a todos los amigos

petersburgueses de Chernichevski. La mujer del funcionario, bonita y poco inteligente, que se alegra de su posición «más o menos de viuda», es... Pero en este punto todo se vuelve tan sucio que, para seguir con la interpretación de la alegoría, tendría que mancharme, y no me apetece. (Y sin embargo, ha echado fuertes raíces, y es precisamente esa última alusión la que ha gozado de mayor crédito: tengo pruebas irrefutables al respecto.)

Es decir, la gente supuso que yo, antiguo exiliado y presidiario, me regocijaba de la deportación de otro «desdichado»; y no sólo eso, sino que escribía un libelo jocoso sobre el caso. Pero ¿dónde están las pruebas? ¿Es una alegoría? Dadme la obra que queráis... *El diario de un loco*, la oda *Dios*, *Yuri Miloslavski*, los versos de Fet^[16], lo que mejor os parezca, y os aseguro que las diez primeras líneas que me indiquéis me bastarán para demostrar que aquello es una alegoría de la guerra franco-prusiana o un libelo contra el actor Gorbunov o contra cualquier otra persona que se os ocurra o se os antoje. Recordad que en los viejos tiempos, a finales de los años cuarenta, por ejemplo, los censores examinaban manuscritos y pruebas de imprenta, no fuera a haber alguna línea o algún punto en el que pudiera esconderse una alegoría de algún tipo. Que se me presente algún episodio de mi vida que demuestre que soy un malvado e insensible libelista y que se podía esperar de mí tales alegorías.

Por lo demás, la premura y apresuramiento de esas imputaciones sin fundamento testimonian cierta bajeza de espíritu de los propios acusadores, así como la grosería e inhumanidad de sus puntos de vista. En este caso, ni siquiera la ingenuidad de su sospecha es una excusa. Una persona puede ser ingenuamente vil. Eso es todo.

¿Es posible que albergara yo alguna clase de odio personal por Chernichevski? Precisamente para desmontar esa acusación, me he referido algo más arriba a nuestra breve y cordial relación. Algunos dirán que eso no basta, que alimentaba un odio secreto. Pues que presenten entonces las causas de ese odio, si pueden alegarlas. No había ninguna. Por otro lado, estoy convencido de que el propio Chernichevski confirmará la exactitud de mi relato sobre nuestros encuentros, si alguna vez tiene ocasión de leerlo. Y quiera Dios que sea así. Lo deseó con tanto fervor y sinceridad como lamenté y sigo lamentando su desgracia.

¿Quizá le odiaba por razones ideológicas?

¿Por qué? Las convicciones de Chernichevski nunca me han ofendido. Se puede respetar profundamente a un hombre cuyas opiniones difieren de las vuestras de manera radical. Llegados a este punto, puedo hablar con cierto fundamento y aportar incluso alguna pequeña prueba. En uno de los últimos números de la revista *La Época*, que dejó de publicarse por aquel entonces (quizá fuera en su último número), apareció un largo artículo crítico sobre la «famosa» novela de Chernichevski *¿Qué hacer?* Ese artículo notable pertenece a una pluma conocida. ¿Y qué? Pues que en él se rendía el debido tributo a la inteligencia y al talento de Chernichevski. De la novela en cuestión se hablaba en los términos más elogiosos. En cuanto a su notable inteligencia, nadie ha dudado nunca de ella. En nuestro artículo sólo se hablaba de las

singularidades y de las desviaciones de esa inteligencia, pero la propia seriedad del artículo testimoniaba el debido respeto de nuestro crítico por los méritos del autor. Ahora debéis convenir conmigo en una cosa: si sus ideas me inspiraran odio, no habría permitido que se publicara en la revista un artículo en el que se hablaba de Chernichevski con el debido respeto. Porque debéis saber que el director de *La Época* era yo.

¿Tal vez, al escribir esa venenosa alegoría, pretendía obtener algún beneficio *en haut lieu*? Pero ¿ha podido decir de mí alguien alguna vez que he buscado y obtenido beneficio alguno en algún *lieu*, es decir, que he vendido mi pluma? Me parece que ni siquiera el autor de la conjetura concibió semejante idea, a pesar su limitación. En cualquier caso, la acusación no habría cuajado en el mundo literario si se redujera sólo a eso.

En lo que respecta a la posible acusación de haber escrito una alegoría malintencionada contra algún aspecto de la vida privada de Nikolái Gavrílovich, vuelvo a repetir que ni siquiera quiero tocar ese punto en mi «alegato», para no mancharme...

Me resulta muy desagradable haber tenido que hablar de mí mismo por una vez. Eso es lo que pasaría si redactara mis recuerdos literarios; no, nunca los escribiré. Lo que más lamento es que sin duda he aburrido al lector; pero escribo un diario, un diario compuesto en parte por impresiones personales, y precisamente hace poco tuve una impresión «literaria» que me recordó indirectamente esa anécdota olvidada sobre mi olvidado *Cocodrilo*.

Hace unos días una de las personas que más respeto y cuya opinión tengo en alta estima me dijo:

—Acabo de leer su artículo sobre «el medio» [*El Ciudadano*, n.º 2]. Estoy completamente de acuerdo con usted, pero su artículo puede ser causa de un desagradable malentendido. La gente va a pensar que aboga usted por la abolición de los juicios con jurado y por una renovada intromisión de la supervisión administrativa...

Me quedé amargamente sorprendido. Era la voz de un hombre imparcial a más no poder, completamente ajeno a las banderías literarias y las «alegorías».

—¿Cómo puede interpretarse así mi artículo! En ese caso, no se puede hablar de nada. La situación económica y moral del pueblo después de la liberación del yugo de la servidumbre es espantosa. A cada instante surgen hechos indiscutibles y terriblemente alarmantes que lo testimonian. Relajación de la moral, aguardiente barato, taberneros judíos, robos y actos de bandidaje diarios: todos esos hechos son indudables y no dejan de aumentar. ¿Y qué? Si alguien, con el alma en vilo y el corazón encogido, coge la pluma y escribe sobre esa cuestión, ¿vamos a gritarle que es un esclavista y que predica la vuelta al régimen de servidumbre?

—En cualquier caso sería deseable que el pueblo tuviera plena libertad para escapar de su triste situación, sin ninguna tutela y sin ninguna vuelta atrás.

—¡Así es, y tal es mi forma de pensar! E incluso si esa decadencia del pueblo (y ellos son los primeros que dicen aquí y allá, cuando examinan sus actos: «¡Qué degeneración, qué degeneración!»), incluso si esa decadencia desembocara en una verdadera e irrefutable calamidad nacional, en una gigantesca catástrofe, en una inmensa desdicha, el pueblo se salvaría a sí mismo y nos salvaría a nosotros, como ya ha demostrado más de una vez a lo largo de su historia. Tal es mi manera de pensar. En definitiva, ¡basta de injerencias!... Pero hay que ver cómo pueden entenderse e interpretarse las palabras. ¡Incluso habrá alguien que acabará encontrando en todo esto una alegoría!

V VLAS^[17]

¿Os acordáis de Vlas? Por alguna razón, me viene a la memoria.

Con el cuello del abrigo abierto
y la cabeza descubierta,
atraviesa la ciudad con paso lento
el tío Vlas, anciano de pelo blanco.
Con un icono de bronce en el pecho,
recoge ofrendas para el templo de Dios...

Ese Vlas, como se sabe, antaño:

... a fuerza de golpes
llevó a la tumba a su mujer.
Cerraba tratos con bandoleros
y encubría a ladrones de caballos.

Hasta a ladrones de caballos encubría, dice el poeta, tratando de asustarnos y adoptando el tono de una viejecita piadosa. ¡Ah, cuántos pecados! Pero un día resonó el trueno. Vlas enfermó y tuvo una visión, después de la cual juró recorrer el mundo y pedir limosna para erigir un templo. Es el infierno lo que ha visto, ni más ni menos:

Vio el Juicio Final,
vio a los pecadores en el infierno:
los torturan ágiles demonios
y los muerden brujas bulliciosas,
ayudados por etíopes de piel oscura
con ojos como brasas.
.....
Unos están empalados en largas pértigas,
otros lamen el suelo hirviente...

En una palabra, horrores tan inimaginables que hasta aterra leerlos. «Pero no se puede describir todo», prosigue el poeta:

Los peregrinos y las mujeres sabias
pueden contarlo mejor.

¡Ah, poeta! (Por desgracia, eres nuestro poeta genuino.) Si al aproximarte al pueblo hubieras dejado a un lado esos arrebatos sobre cuestiones que

los peregrinos y las mujeres sabias
pueden contar mejor,

no nos ofenderías con la conclusión de que, a fin de cuentas, sólo gracias a esas naderías de mujeres simples

se alzarán templos de Dios
sobre la tierra de nuestra patria.

No obstante, aunque también Vlas deambule con las alforjas al hombro por pura «estupidez», has comprendido la seriedad de su sufrimiento; has quedado impresionado por la grandeza de su figura. (Después de todo, eres un poeta, y no podía ser de otro modo.)

Todas las energías de su alma
dedicó al servicio de Dios,

dices admirablemente. Por lo demás, me gustaría creer que te burlas de él sin querer, llevado de tu escrúpulo liberal, porque esa terrible y hasta pavorosa energía de la humildad de Vlas, esa necesidad de salvarse, esa sed apasionada de sufrimiento te han impresionado también a ti, ciudadano del mundo, *gentilhomme* ruso, y esa grandiosa imagen del pueblo ha arrancado palabras de admiración y respeto incluso de tu alma ultraliberal.

Distribuyó Vlas todos sus bienes,
se quedó descalzo y desnudo
y marchó a pedir limosna
para erigir un templo a Dios.
Desde que yerra por los caminos
han pasado ya casi *treinta* años;
vive de limosna,
severamente fiel a su voto.

.....
Lleno de un pesar inconsolable,
Moreno de tez, alto y erguido,

(¡Es verdaderamente maravilloso!)

atraviesa con paso lento
aldeas y ciudades.

.....
Lleva consigo un icono y un libro,
habla sólo consigo mismo

*y cuando anda se oye
el dulce tintineo de sus cadenas.*

¡Qué versos tan maravillosos! Las expresiones son tan afortunadas que se diría que no las has escrito tú, como también parece otro quien contiene las lágrimas en «Sobre el Volga», en versos igualmente magníficos sobre las canciones de los sirgadores. Pero en realidad, no retenías las lágrimas en «Sobre el Volga», o sólo un poco; también en ese caso admirabas al hombre universal en la persona del sirgador y era por él por quien sufrías; es decir, no por el sirgador en cuanto tal, sino por el sirgador universal, por decirlo de algún modo. ¿Es que no te das cuenta de que amar al hombre universal equivale a despreciar e incluso a odiar al hombre de carne y hueso que está a tu lado? He subrayado a propósito algunos versos de incomparable belleza en tu poema burlesco (espero que me perdones, pero creo que así cabe calificarlo en su conjunto).

Me he acordado de ese poético Vlas porque el otro día oí un relato absolutamente fantástico sobre otro Vlas, o más bien sobre dos, pero esos dos Vlases son de todo punto especiales e inauditos. Se trata de un suceso verídico, y notable por lo que tiene de excepcional.

Según dicen, aún hoy sigue habiendo en los monasterios de Rusia ciertos anacoretas y monjes que actúan como confesores y dispensadores de consejos. Si es un hecho positivo o negativo, si son necesarios o innecesarios esos monjes, es algo que no quiero entrar a juzgar en estos momentos; no he tomado la pluma para eso. Pero como vivimos en una realidad dada, no podemos excluir de mi relato a los monjes, si éste versa sobre ellos. Por lo visto, esos monjes dispensadores de consejos a veces son hombres de gran erudición e inteligencia. Eso es al menos lo que se dice de ellos; yo no sé nada al respecto. Aseguran que algunos están dotados de una capacidad sorprendente para penetrar en el alma humana y ganarse su voluntad. Al parecer, varios de esos personajes son conocidos en toda Rusia, es decir, hablando en propiedad, de quienes los necesitan. Supongamos que un eremita de ese tipo vive en el distrito de Jersón y que la gente va a verlo, a veces incluso a pie, desde San Petersburgo, desde Arjánguelsk, desde el Cáucaso y desde Siberia. Ni que decir tiene que van a verlo con el alma agobiada por la desesperación, almas que ya no albergan esperanzas de cura, o con una carga tan terrible en el corazón que el pecador ya no le habla de ella a su confesor y padre espiritual, no por temor o desconfianza, sino simplemente porque ha perdido toda esperanza de salvación. Pero un día oye hablar de uno de esos monjes dispensadores de consejos y va a verlo.

—En suma —decía uno de esos eremitas una vez, en medio de una conversación amistosa con cierto interlocutor—, llevo veinte años escuchando a la gente y puede usted creerme si le digo que, a lo largo de ese tiempo, he llegado a conocer las enfermedades más secretas y complejas del alma humana; pero, aun después de veinte años, a veces me estremezco y me irrito al oír ciertos secretos. Pierdes la tranquilidad de espíritu necesaria para consolar y tienes que hacer acopio de todas tus

fuerzas para conservar la humildad y la serenidad.

Y a continuación contó esta sorprendente historia de la vida popular, a la que ya me he referido más arriba.

—Un día veo venir hacia mí a un mujik, avanzando de rodillas. Ya desde la ventana lo había visto arrastrándose por el suelo. Sus primeras palabras fueron:

»—No hay salvación para mí. Estoy condenado. ¡Puedes decir lo que quieras, pero estoy condenado!

»Hice cuanto pude por calmarlo; era evidente que venía de lejos arrastrándose de ese modo, ansioso de sufrir.

»—Una vez nos juntamos en la aldea varios mozos —empezó diciendo—, y nos pusimos a considerar quién de nosotros se atrevería a cometer la mayor vileza. Por orgullo desafié a los demás. Otro muchacho me llevó aparte y me dijo, mirándome a los ojos:

»—Eres incapaz de hacer lo que has dicho. Estás fanfarroneando.

»Le respondí que estaba dispuesto a jurarlo.

»—No, espera —dijo—. Vas a jurar por la salvación de tu alma hacer todo lo que te diga.

»Lo juré.

»—Dentro de poco llegará la cuaresma —dijo— y tendrás que ayunar. Cuando vayas a comulgar, recibe la hostia, pero no te la tragues. En cuanto te alejes, quítatela de la boca y guárdala. Entonces te diré lo que tienes que hacer.

»Así lo hice. Una vez fuera de la iglesia, me llevó a un huerto. Cogió una estaca, la clavó en el suelo y me dijo:

»—¡Ponla ahí!

»Así lo hice.

»—Ahora —añadió— vete a por tu escopeta.

»Le obedecí.

»—Cárgala.

»La cargué.

»—Apunta y dispara.

»Levanté el brazo y apunté. Y en el momento de disparar, vi ante mí la cruz, y en ella al Crucificado. Entonces caí inconsciente, con la escopeta en la mano.

Todo eso sucedió varios años antes de la visita al eremita. Ni que decir tiene que éste no me reveló quién era ese Vlas, como tampoco de dónde venía, cómo se llamaba y la penitencia que le había impuesto. Probablemente abrumó su alma con terribles trabajos, quizá superiores a la fortaleza humana, juzgando que en ese caso cuanto más pesada fuera la carga, más aliviado se sentiría: «Había venido arrastrándose, ansioso de sufrimientos». ¿No es verdad que se trata de una historia muy singular, que sugiere muchas cosas y que por tanto merece dos o tres minutos de detallado análisis? Sigo manteniendo la opinión de que esos Vlases de toda especie, arrepentidos o no, son los que dirán la última palabra; la dirán y nos señalarán un

nuevo camino y una nueva salida para todas nuestras dificultades aparentemente irresolubles. El destino ruso no se resolverá de una vez para siempre en San Petersburgo. Por eso cualquier rasgo *nuevo*, por insignificante que sea, que permita caracterizar a esos «hombres nuevos» merece nuestra atención.

En primer lugar, lo que me sorprende, lo que más me sorprende, es el comienzo mismo de la historia, es decir, que semejante discusión y espíritu de emulación puedan darse en una aldea rusa: «¿Quién es capaz de cometer la mayor vileza?». Es un hecho lleno de implicaciones, y para mí casi completamente inesperado; y eso que he visto a gente de todo tipo, y de lo más peculiar. También me gustaría señalar que la aparente excepcionalidad del suceso atestigua su autenticidad: cuando alguien miente, inventa algo mucho más corriente y cotidiano para que todos lo crean.

Además, es interesante el aspecto puramente médico de la historia. La alucinación es un fenómeno eminentemente patológico, y esa anomalía es muy rara. La posibilidad de que un hombre en buen estado de salud, aunque presa de una excitación extrema, sufra una alucinación repentina carece tal vez de precedentes. Pero se trata de un asunto que atañe a la medicina, campo del que apenas sé nada.

Otra cosa es el aspecto psicológico del caso. Aquí nos encontramos con dos tipos populares muy representativos del pueblo ruso en su conjunto. Vemos, en primer lugar, la pérdida del sentido de la medida en todo (y advertid que se trata casi siempre de un fenómeno temporal y transitorio, como si el afectado estuviera bajo el efecto de una fuerza diabólica). Es esa necesidad de rebasar el límite, de sentir cómo el corazón se encoge cuando uno llega al borde del abismo, inclina la mitad del cuerpo, mira el fondo y —en casos particulares, aunque no muy infrecuentes— se arroja al vacío cabeza abajo, como un loco. Es una necesidad de negación que a veces se da en un hombre nada negativo y piadoso, una necesidad de negarlo todo, hasta las convicciones más sagradas de su corazón, hasta su más sublime ideal, hasta el conjunto de ideas que más reverencia el pueblo, ante las que hace un instante se arrodillaba y que ahora, de pronto, se han convertido en una carga insoportable. Sorprende ante todo la premura y la impetuosidad con que a veces el ruso se apresta a manifestarse —ya en un sentido positivo o negativo— en momentos importantes de su propia vida o de la vida de la nación. En ocasiones no hay nada que pueda detenerlo. Ya se trate de amor, vino, desenfreno, vanidad o envidia, ciertos rusos se dejan arrastrar sin reservas por el calor del momento y están dispuestos a romper sus vínculos con todo y a renegar de todo, familia, costumbres, Dios. El hombre más amable puede convertirse de pronto en un granuja y un criminal abominable: basta con que se deje arrebatar por ese torbellino, por ese remolino fatal de autonegación y autodestrucción convulsa y momentánea, tan propio del carácter nacional ruso en ciertos instantes fatales de su existencia. Por otro lado, con esa misma fuerza, con esa misma impetuosidad, con esa misma sed de autoconservación y de arrepentimiento, encuentra su salvación tanto el hombre ruso como el pueblo en su conjunto, por lo

común en el momento en que ha llegado a un límite extremo, es decir, cuando ya no puede ir más allá. Pero lo más característico es que ese retroceso, el retroceso restaurador y salvador, siempre tiene un carácter más serio que el impulso inicial —el impulso de negación y autodestrucción—. En suma, esa ansia de destrucción es siempre resultado de una especie de cobardía mezquina; mientras que el hombre ruso se aplica a su rehabilitación con la mayor seriedad y enormes esfuerzos, contemplando con desprecio su anterior movimiento de negación.

Creo que la más importante y profunda necesidad espiritual del pueblo ruso es la necesidad de sufrimiento, perpetua e insaciable, en todas partes y por todo. Por lo visto, esa ansia de sufrimiento hunde sus raíces en la noche de los tiempos. Una corriente de sufrimiento atraviesa toda su historia, no sólo procedente de catástrofes y desastres externos, sino que brota del propio corazón del pueblo. Hasta en la felicidad necesita el pueblo ruso que haya una parte de sufrimiento, de otro modo la felicidad no es completa. Nunca, ni siquiera en los momentos más señalados de su historia, ha asumido un aire orgulloso y triunfante, sino más bien conmovido hasta el dolor: suspira y atribuye su gloria a una gracia del Señor. Se diría que el pueblo ruso disfruta del sufrimiento. Y eso vale tanto para la nación en su conjunto como para los individuos, al menos hablando en general. Prestad atención, por ejemplo, a las múltiples variedades del granuja ruso. No se trata sólo de simple depravación desenfrenada, que a menudo sorprende por la amplitud de su audacia y el grado de abominación a que puede llegar un alma humana. Ese granuja es ante todo un hombre que sufre. El ruso, incluso el más tonto, desconoce esa satisfacción ingenua y solemne de sí mismo. Comparad, por ejemplo, a un borracho ruso con un borracho alemán: el ruso es más repugnante que el alemán, pero el borracho alemán es indudablemente más estúpido y ridículo que el ruso. Los alemanes son un pueblo eminentemente satisfecho de sí mismo y orgulloso. En el borracho alemán esos rasgos nacionales básicos resaltan en proporción con la cerveza ingerida. El borracho alemán es, sin ningún género de dudas, un hombre feliz y nunca llora; entona canciones en las que se jacta de su condición y se enorgullece de sí mismo. Llega a casa borracho como una cuba, pero lleno de vanidad. Al borracho ruso le gusta ahogar sus penas en alcohol y llorar. Y si fanfarronea, no lo hace por jactancia, sino simplemente por armar jaleo. Siempre recuerda alguna ofensa e insulta a su ofensor, ya esté presente o no. Puede afirmar, con el mayor descaro, que es poco más o menos un general, se pondrá a proferir amargos insultos si no le creen y terminará llamando a «la guardia» para convencerlos a todos. Pero precisamente la razón de que sea tan grosero y de que llame a «la guardia» es que en lo más profundo de su alma de borracho está plenamente convencido de que no es un «general», sino un borracho repugnante y que ha caído a un nivel más bajo que una bestia. Lo que aquí vemos a una escala insignificante vale también para casos más importantes. El granuja más inveterado, incluso aquel cuyo descaro y vicios refinados parecen tan atractivos que otros imbeciles siguen su ejemplo, tiene como una especie de intuición, en lo más

profundo de su alma, de que en el fondo no es más que un canalla. No está satisfecho de sí mismo; su corazón se ahoga en reproches y él se venga en quienes le rodean; se enfurece y ataca a todos, hasta que llega al límite, debatiéndose con el sufrimiento que va acumulándose sin pausa en su corazón y al mismo tiempo embriagándose voluptuosamente de ese dolor. Si es capaz de levantarse después de esa caída, se venga en sí mismo de una manera terrible, imponiéndose castigos más crueles que los que él infligió a los demás por los tormentos secretos de su propio descontento, cuando los vapores de su degradación le cegaban.

¿Qué llevó a ambos mozos a disputar sobre quién era capaz de cometer la mayor vileza? ¿Y qué razones habían conducido a semejante emulación? Seguimos sin encontrar respuesta para esas cuestiones, pero es indudable que ambos sufrían, el uno al lanzar el desafío y el otro al aceptarlo. Naturalmente debe de haber algún condicionante previo: un odio oculto entre ellos o una aversión que se remonta a la infancia, de la que ellos mismos eran inconscientes y que estalló de pronto en un momento de discusión y desafío. Lo último es lo más probable; es posible que fueran amigos hasta ese momento y que la buena armonía que reinaba entre ellos se les hiciera cada vez más insoportable; pero en el momento del desafío, la tensión del odio y la envidia recíprocos entre la víctima y su Mefistófeles había alcanzado ya cotas inimaginables.

—No tengo miedo de nada, haré todo lo que me digas. ¡Mi alma se condenará, pero te cubriré de oprobio!

—Te estás pavoneando, pero vas a salir huyendo como un ratón en busca de su madriguera. Me voy a reír de ti, aunque se condene mi alma.

Podían haber elegido una vileza de otro tipo para dirimir su contienda: un robo, un asesinato, una rebelión abierta contra algún personaje importante. Después de todo, el muchacho había jurado que estaba dispuesto a hacer lo que fuese y su tentador sabía que lo había dicho en serio y que mantendría su palabra.

Pero no. El tentador encuentra demasiado corrientes las más terribles «vilezas». Inventa una ruindad inaudita, inusitada e impensable, y en su elección se refleja toda la concepción del mundo de nuestro pueblo.

¿Impensable? Y sin embargo, el solo hecho de que se decidiera por ella prueba que, quizá, ya la había sopesado. Es posible que esa idea se hubiera insinuado en su alma mucho antes, ya en la infancia, que le hubiera hecho temblar de miedo y al mismo tiempo de un regocijo atormentador. Que se hubiera imaginado todo desde mucho antes, el rifle y el huerto, y que hubiera guardado el secreto con terror: de eso no me cabe ninguna duda. Por supuesto, no se imaginó todo eso con la intención de llevarlo a cabo, pues probablemente nunca se habría atrevido solo. Simplemente le agradaba esa visión, excitaba su alma de vez en cuando, le seducía, y él se abandonaba a ella tímidamente, antes de rechazarla helado de miedo. ¡Un momento de una vileza tan inusitada y luego que se vaya todo al diablo! Pues estaba convencido de que esa acción le costaría la condenación eterna. Pero «¿qué cumbres

he alcanzado!».

Hay muchas cosas de las que el hombre no tiene conciencia y que sólo puede sentir. Se pueden saber muchas cosas de una manera inconsciente. Pero hay que reconocer que nos encontramos ante un espíritu curioso, y más en semejante ambiente. Ahí está el meollo de la cuestión. También sería interesante saber si se consideraba o no más culpable que su víctima. A juzgar por su aparente grado de desarrollo, hay que suponer que se consideraba tanto o más culpable; de suerte que al incitar a su víctima a cometer una «vileza», se estaba incitando también a sí mismo.

Se dice que el pueblo ruso conoce mal el Evangelio, que ignora los preceptos fundamentales de la fe. Es cierto, pero conoce a Cristo y lo lleva en su corazón desde tiempos inmemoriales. De eso no cabe la menor duda. ¿Cómo es posible tener una imagen fiel de Cristo sin instrucción religiosa? Ésa es otra cuestión. Pero el pueblo ruso conoce a Cristo con el corazón y alberga de Él una imagen fiel. Es algo que se transmite de generación en generación y que forma parte de la propia naturaleza de las gentes. Puede que el único amor del pueblo ruso sea Cristo, y que ame Su imagen a su manera, es decir, hasta el sufrimiento. De lo que más orgullosos se sienten los rusos es del título de ortodoxos, término con el que se da a entender que conciben a Cristo de forma más verdadera que otros pueblos. Lo repito: es posible saber muchas cosas de manera inconsciente.

Así pues, burlarse de lo que el pueblo considera más sagrado, romper los vínculos con el país entero, destruirse a sí mismo por los siglos de los siglos mediante la negación y el orgullo, sólo por un instante de triunfo: ¡ese Mefistófeles ruso no podía inventar nada más osado! ¡Sorprende la posibilidad de una pasión tan extrema, de sensaciones tan oscuras y complejas en el alma de un hombre del pueblo! Y recordad que todo eso se desarrolló casi hasta el punto de una idea consciente.

No obstante, la víctima no cede, no se humilla, no se arredra. Al menos finge no asustarse. El muchacho acepta el desafío. Pasan los días y él sigue en sus trece. El asunto deja de ser una fantasía y se convierte en una realidad: va a la iglesia, escucha la palabra de Cristo cada día y no da marcha atrás. Hay homicidas terribles a quienes no turba ni siquiera la visión de su víctima asesinada. Uno de esos asesinos, sorprendido en la escena del crimen y a quien todas las pruebas acusaban, se negó a confesar y siguió mintiendo ante el juez de instrucción. Cuando el magistrado se puso en pie y ordenó que llevaran al criminal a la cárcel, éste, con aire conmovido, pidió que le concedieran la gracia de despedirse de la mujer a la que había asesinado, cuyo cuerpo estaba allí tendido (era su antigua amante, a la que había asesinado por celos). Se inclinó, la besó con ternura, se echó a llorar y, aún de rodillas, con la mano extendida sobre el cadáver, repitió una vez más que no era culpable. Con esta historia sólo quiero poner de manifiesto el grado de bestialidad a que puede llegar la insensibilidad humana.

Pero en el caso que nos ocupa no se trata en absoluto de insensibilidad. Hay, además, algo totalmente peculiar: el horror místico, la fuerza más tremenda que

puede actuar sobre el alma humana. Ese aspecto sin duda estaba presente, a menos a juzgar por el desenlace de la historia. Pero el poderoso espíritu del muchacho fue capaz de contender con ese horror: así lo demostró. No obstante, ¿se trata de fuerza o de una cobardía extrema? Probablemente de las dos cosas juntas, por conjunción de los extremos. Sin embargo, ese horror místico no sólo no interrumpió la lucha, sino que la prolongó, y probablemente fue lo que propició ese desenlace, por el simple hecho de que desterró del corazón del pecador cualquier sentimiento de caridad y de que, cuanto más reprimía ese sentimiento, más imposible se hacía. El horror es un sentimiento cruel, seca el corazón y lo vuelve sordo a cualquier sentimiento tierno y elevado. Por eso el criminal fue capaz de aguantar el momento previo a la comunión, aunque es probable que estuviera paralizado de miedo. Soy también de la opinión de que el odio recíproco entre la víctima y el verdugo debió de desvanecerse por completo durante esos días. Quien sufría la tentación podía tener accesos patológicos de odio por sí mismo, por quienes le rodeaban y por quienes rezaban en la iglesia, pero a quien menos podía odiar era a su Mefistófeles. Ambos sentían que tenían necesidad el uno del otro para, juntos, poner fin a ese asunto. Seguramente los dos se sentían incapaces de acometer la empresa solos. ¿Por qué perseveraron? ¿Por qué soportaron tantos tormentos? No podían quebrar su alianza. Si hubieran roto el contrato, habrían experimentado un odio mutuo diez veces mayor, que probablemente habría desembocado en un asesinato: el atormentado habría matado a su atormentador.

Supongamos que se hubiera producido ese desenlace. Incluso un asesinato no habría sido nada en comparación con el horror que tuvo que soportar la víctima. La cuestión es que cada uno de ellos debía experimentar en lo más profundo de su alma cierto placer infernal ante su propia perdición, una necesidad sofocante de asomarse al abismo y contemplar su fondo, un éxtasis abrumador ante su propia temeridad. Es casi imposible que hubieran podido rematar la empresa sin el estímulo de esas sensaciones apasionadas. No eran simplemente dos muchachos traviosos, dos jovencitos estúpidos y limitados, como demuestra la emulación por ver quién es capaz de cometer la mayor «vileza» y el arrepentimiento ante el eremita.

Advertid también que el tentador no reveló a su víctima todo el secreto, que al salir de la iglesia todavía no sabía lo que debería hacer con la hostia, y el enigma no se despejó hasta el momento mismo en que su compañero le ordenó que trajera una escopeta. Tantos días de mística incertidumbre atestiguan de nuevo la terrible obstinación del pecador. Por otro lado, también ese Mefistófeles de aldea se revela como un fino psicólogo.

Pero ¿es posible que cuando llegaran al huerto ninguno de los dos fuera consciente de lo que estaba haciendo? No obstante, la víctima logró levantar el rifle y apuntar. ¿Podemos suponer que actuó maquinalmente, aunque con plena conciencia, como en verdad sucede a veces en estado de terror? No lo creo; si se había transformado en una simple máquina, que seguía actuando sólo por inercia,

seguramente no habría tenido después una visión; simplemente habría caído sin conocimiento, una vez agotadas sus reservas de inercia, y no *antes*, sino después del disparo. No, lo más probable es que conservara todo el tiempo una conciencia extraordinariamente lúcida, a pesar del terror mortal, que crecía a cada momento. El hecho de que la víctima soportara la presión de un terror que no dejaba de aumentar prueba —lo repito una vez más— que estaba dotada, sin ninguna duda, de una inmensa fuerza espiritual.

No olvidemos, en todo caso, que cargar una escopeta es una operación que requiere cierta atención. En mi opinión, lo más difícil e insoportable en un momento como éste es la capacidad de abstraerse del propio horror, de la idea que os oprime. Por lo común, quien está sometido a un horror tan extremo ya no puede dejar de contemplarlo, no puede abstraerse del objeto o la idea que le impresiona: está delante de lo que le horroriza como clavado al suelo y lo contempla fascinado. Pero el muchacho se acordaba de haber cargado el arma con cuidado; también se acordaba de haber apuntado: se acordaba de todo, hasta el último momento. Puede que el proceso mismo de cargar la escopeta supusiera un alivio, una distracción de los tormentos que padecía su alma, y que se alegrara de poder concentrarse, al menos por un instante, en cualquier objeto externo que le permitiera olvidarse de todo. Lo mismo experimentan en la guillotina quienes están a punto de ser decapitados. La condesa Du Barry gritaba al verdugo: «*Encore un moment, monsieur le bourreau, encore un moment*»^[18]. Sus sufrimientos habrían sido veinte veces mayores en ese minuto de gracia, si se lo hubieran concedido, y sin embargo seguía gritando y suplicando. Pero, si suponemos que el acto de cargar la escopeta fue para nuestro pecador como el «*encore un moment*» de la condesa Du Barry, es evidente que, después de ese momento, no habría sido capaz de afrontar de nuevo el horror del que se había abstraído y de seguir adelante con la empresa, apuntando y disparando. Sus manos se habrían paralizado y se habrían negado a moverse, y la escopeta habría caído al suelo, a pesar de que la conciencia y la voluntad no le hubiesen abandonado.

Y he aquí que en el último momento toda la mentira, toda la bajeza de su acto, toda la cobardía que había tomado por fortaleza, toda la vergüenza de su caída: todo eso se desprende de su corazón en un instante y se le aparece en forma de espantosa acusación. Tiene una increíble visión... y todo termina.

La tonante sentencia procedía de su corazón, no cabe duda. ¿Por qué no se expresó conscientemente? ¿Por qué no se produjo una repentina iluminación de la mente y la conciencia? ¿Por qué se concretó en una imagen que se presentaba como algo completamente externo, independiente a su espíritu? Nos encontramos ante una inmensa cuestión psicológica y un acto del Señor. Para él, para el criminal, se trató sin duda de un acto del Señor. Y nuestro Vlas se fue por el mundo en busca de sufrimientos.

¿Y qué pasó con el Vlas que se quedó, con el tentador? La leyenda no dice que se arrastrara arrepentido, no cuenta nada de él. Quizá se arrastrara y quizá se quedara en

la aldea, donde es posible que siga viviendo, entregándose de nuevo a la bebida y las bromas los días de fiesta: después de todo, no fue él quien tuvo la visión. Pero ¿es eso lo que de verdad pasó? Sería deseable conocer también su historia, aunque sólo fuera como información, como materia de estudio.

También sería deseable por esta otra razón: ¿quién sabe si no sería un auténtico nihilista de aldea, un negador y pensador en bruto, un no creyente que eligió el objeto del desafío lleno de orgullo y con ánimo de burla, que no sufrió ni se estremeció con su víctima, como hemos supuesto en nuestro estudio, sino que siguió con fría curiosidad sus estremecimientos y convulsiones, con la única intención de hacer sufrir a otro, de humillar a un hombre? ¿O quizá, vaya usted a saber, con fines de observación científica?

Si tales rasgos están presentes hasta en el carácter nacional (y en los tiempos que corren todo es posible) y en nuestras aldeas, podemos hablar de una nueva revelación, y no poco sorprendente. Nunca habíamos oído hablar de tales rasgos. El tentador del señor Ostrovski^[19], en su hermosa comedia *No vivas como quieras*, era una figura bastante pobre. Es una pena que no dispongamos de información fidedigna sobre esa cuestión.

Naturalmente el interés de la historia que acabo de contar —si es que tiene alguno— consiste sólo en que es verdadera. Pero echar un vistazo de vez en cuando al Vlas de nuestro tiempo no es tarea superflua. El Vlas de nuestro tiempo cambia deprisa. Desde el 19 de febrero^[20] observa los mismos fermentos en las profundidades en las que vive que nosotros en las alturas en las que moramos. Nuestros paladines se han despertado y estiran sus miembros; puede que tengan ganas de irse de juerga, de saltar todos los límites. Dicen que ese proceso ya se ha iniciado. Se cuentan y se imprimen acontecimientos terribles: borracheras, actos de bandidaje, niños ebrios, madres alcoholizadas, cinismo, miseria, deshonestidad, impiedad. Algunas personas serias, aunque algo apresuradas, consideran, basándose en tales hechos, que si ese «desenfreno» se prolonga, aunque sólo sea diez años, las consecuencias pueden ser inimaginables, al menos desde el punto de vista económico. Pero acordémonos de «Vlas» y tranquilicémonos: en el último momento toda la mentira —suponiendo que en verdad la haya— saldrá del corazón del pueblo y se alzarán ante él con una inmensa fuerza acusatoria. Vlas volverá en sí y se consagrará de nuevo a la causa de Dios. En cualquier caso, se salvará, aunque la situación se vuelva tan desastrosa. Se salvará a sí mismo y nos salvará a nosotros, pues, una vez más, la luz y la salvación vendrán de abajo (puede que de una forma totalmente inesperada para nuestros liberales, lo que no dejará de tener ribetes cómicos). Hasta podemos ver algunos indicios de ese movimiento sorprendente, hechos que apuntan ya en esa dirección... No obstante, tendremos ocasión de hablar de esa cuestión más adelante. De todos modos, nuestra insolvencia, en tanto «polluelos del nido de Pedro»^[21], es en estos momentos indudable. El periodo petrino de la historia rusa acabó de verdad el 19 de febrero y hace tiempo que hemos entrado en una época de completa incertidumbre.

VI BOBOK

En esta ocasión ofrezco al lector las «Notas de cierta persona». Esa persona no soy yo, sino alguien completamente distinto. Creo que no son necesarias más aclaraciones previas.

NOTAS DE CIERTA PERSONA

Hace tres días Semión Ardalónovich me dijo de pronto:

—Haz el favor de decirme, Iván Ivánich, ¿vas a sentar la cabeza alguna vez?

Extraña exigencia. No obstante, no me di por ofendido; soy un hombre tímido; pero lo mismo da, me tienen por loco. Un pintor me hizo una vez un retrato:

—Después de todo —me dijo—, eres un hombre de letras.

Dejé que hiciera su tarea y él expuso la obra. ¿Y qué es lo que leo ahora?: «Id a ver ese rostro enfermo, a un paso de la locura».

Acaso sea verdad, pero ¿cómo pueden escribir de esa manera en los periódicos? En la prensa sólo deben aparecer cosas nobles; necesitamos ideales, pero eso...

Al menos que lo digan de un modo indirecto. Para eso está el estilo. Pero no, no quieren decirlo de un modo indirecto. En nuestros días el humor y el estilo elevado están desapareciendo y las injurias se aceptan como rasgos de ingenio. Pero yo no me ofendo: no soy sabe Dios qué literato para perder la cabeza por una cosa como ésa. He escrito un relato, pero no me lo han publicado. He escrito un folletón, pero me lo han rechazado. He llevado un montón de folletones a diversas redacciones, pero en todas partes me los han rechazado:

—No pone usted sal en sus escritos —me dicen.

—¿Qué clase de sal quieres que ponga? —pregunto yo irónicamente—. ¿Acaso ática?

Pero no me comprenden. Me ocupo, sobre todo, de hacer traducciones del francés para diversos editores. También redacto anuncios para comerciantes: «¡Una rareza! ¡Té rojo de nuestras propias plantaciones!». Gané un montón de dinero escribiendo el panegírico de su excelencia, el difunto Piotr Matvéievich. Compuse, por encargo de un editor, *El arte de agradar a las damas*. A lo largo de mi vida he publicado unos seis libros de esa clase. Pretendo reunir una colección de *bon mots* de Voltaire, pero temo que a mis compatriotas les parezca insípida. ¿A quién le importa Voltaire en nuestros días? ¡Estamos en la época de la porra, no de Voltaire! ¡Tenemos que rompernos hasta los últimos dientes! En fin, a eso se reduce toda mi actividad literaria. De vez en cuando envío cartas con mi firma a diversas redacciones, pero no me pagan por ellas. Estoy siempre repartiendo consejos y admoniciones, criticando y señalando el buen camino. La semana pasada envié mi cuadragésima carta en dos

años a una redacción; he gastado cuatro rublos sólo en sellos de correos. Tengo un carácter detestable, eso es todo.

No creo que el pintor hiciera mi retrato por mi condición de literato, sino por dos verrugas simétricas que tengo en la frente: un fenómeno, según dicen. Como carecen de ideas, la emprenden con los fenómenos. ¡Y qué bien le han quedado las verrugas en el retrato! ¡Parecen vivas! A eso le llaman realismo.

En cuanto a la locura, el año pasado muchas personas fueron tildadas de dementes entre nosotros. Y con qué estilo: «Con un talento tan original... y al final ha resultado... hay que decir que se venía venir desde hace mucho tiempo...». Y el comentario no está nada mal: en realidad, desde el punto de vista del arte puro podría uno incluso elogiarlo. Además, esos locos se vuelven de pronto aún más inteligentes. Pero lo que pasa en nuestro país es lo siguiente: podemos volver loca a la gente, pero jamás hemos hecho a nadie más inteligente.

En mi opinión, no hay nadie más inteligente que quien se llama imbécil al menos una vez al mes, actitud inaudita en nuestros días. Antaño, un imbécil comprendía al menos una vez al año que era un imbécil. Ahora, nada de nada. Hasta tal punto lo han embrollado todo que no hay modo de distinguir a los imbéciles de los inteligentes. Lo han hecho a propósito.

Me acuerdo de un epigrama español, de la época en que los franceses, hace dos siglos y medio, construyeron su primer manicomio: «Han encerrado a todos sus idiotas en una casa especial para poder afirmar que están cuerdos». Pero con eso no se demuestra nada: quien encierra a otro en un manicomio, no da muestras de inteligencia. «K. se ha vuelto loco, luego nosotros somos inteligentes». No, no se puede sacar esa conclusión.

Pero, al diablo con eso... ¿por qué le doy tantas vueltas a mi inteligencia? No hago más que refunfuñar. Hasta he aburrido a mi criada. Ayer vino a verme un amigo.

—Tu estilo ha cambiado —me dijo—. Parece como desmenuzado. No haces más que cortar y cortar: un inciso, luego otro inciso al inciso, luego otra cosa más añadida entre paréntesis, y luego te pones de nuevo a cortar...

Mi amigo tiene razón. Algo extraño me está pasando. Me ha cambiado el carácter, me duele la cabeza. He empezado a ver y oír cosas raras. No se trata precisamente de voces; es más bien como si alguien estuviera a mi lado y me susurrara: «¡Bobok, bobok, bobok!».

¿Qué es eso de *bobok*? Tengo que distraerme con algo.

Buscando algún tipo de distracción, acabé asistiendo a un entierro. Se trataba de un pariente lejano. Asesor colegiado, nada menos. Dejaba viuda y cinco hijas, todas solteras. ¡Imaginad qué gastos, sólo en zapatos! El difunto ganaba un buen sueldo, pero ahora no hay más que una magra pensión. Tendrán que apretarse el cinturón. Siempre me recibían con frialdad. Y no habría acudido ahora, de no haberse tratado de una ocasión tan especial. Seguí el cortejo fúnebre hasta el cementerio; quienes me

rodeaban se apartaban de mí, me miraban con aire de importancia. Es verdad que mi uniforme está en las últimas. Hacía unos veinticinco años, creo, que no visitaba un cementerio. ¡Vaya un lugarcito!

En primer lugar, el olor. Habían llegado unos quince cadáveres. Vi ataúdes de diversos precios, hasta dos catafalcos: uno para un general y otro para cierta señora. Muchos rostros compungidos, mucho dolor fingido y mucha alegría manifiesta. El clero no puede quejarse: para ellos supone un ingreso. ¡Pero ese olor, ese olor! No me gustaría ser clérigo en un lugar como éste.

Miré con prevención las caras de los difuntos, no muy seguro de mi impresionabilidad. Algunos tenían una expresión dulce, otros desagradable. En general, las sonrisas son feas, en algunos casos muy feas. No me gustan; luego sueña uno con ellas.

Durante el oficio salí de la iglesia a tomar un poco el aire. El cielo estaba nublado, pero el tiempo era seco. Y también frío; después de todo, estamos ya en octubre. Paseé entre las tumbas, que son de distintas categorías. Las de tercera cuestan treinta rublos: no están mal y salen bien de precio. Las de primera y segunda se encuentran en el interior de la iglesia y en el atrio, pero cuestan un dineral. Los seis entierros de ese día, entre ellos el del general y el de la señora, eran todos de tercera categoría.

Eché un vistazo a las sepulturas. Un horror. Agua, ¡y qué agua! Completamente verde y... en fin, mejor dejarlo. El sepulturero no dejaba de achicar con una pala. Mientras se celebraba el servicio, salí del recinto para dar una vuelta. Había allí mismo un asilo y un poco más lejos un restaurante. Y nada malo, por cierto: puede uno tomar entremeses y todo lo que se le antoje. Había bastante gente, incluso varios participantes en los cortejos fúnebres. Constaté que reinaba una gran alegría y una animación sincera. Tomé un bocado y bebí un trago.

Luego ayudé a transportar el féretro de la capilla a la sepultura. ¿Por qué los cadáveres se vuelven tan pesados cuando están en el ataúd? Dicen que es un efecto de no sé qué inercia, que el cuerpo ya no es capaz de sostenerse solo... o alguna otra estupidez del mismo jaez. Va contra el sentido común y las leyes de la mecánica. No me gusta que personas que sólo tienen una instrucción general se metan a resolver problemas de especialistas; pero en nuestro país es el pan nuestro de cada día. A los civiles les encanta ponderar cuestiones militares —incluso aquellas de las que deben decidir mariscales de campo—, mientras personas con formación de ingenieros muestran preferencias por la filosofía y la economía política.

No asistí a la ceremonia de familia. Soy orgulloso y, si no me reciben más que en caso de extrema necesidad, ¿por qué iba a asistir a sus convites, aunque sean de carácter fúnebre? Lo único que no entiendo es por qué me quedé en el cementerio; me senté en una lápida y me hundí en reflexiones acordes con el lugar.

Empecé pensando en la Exposición de Moscú y acabé meditando en el tema del asombro, considerado en general. Éstas fueron mis conclusiones sobre el «asombro»:

«Naturalmente, es estúpido asombrarse de todo, mientras no asombrarse de nada es mucho más elegante y, por alguna razón, se considera de buen tono. En mi opinión, no asombrarse de nada es bastante más estúpido que asombrarse de todo. Cabe añadir, además, que no asombrarse de nada es casi lo mismo que no respetar nada. Un hombre estúpido es incapaz de respetar».

—Yo, ante todo, quiero sentir respeto. *Ansío* sentir respeto —me dijo un conocido el otro día.

¡Ansía sentir respeto! Dios mío, pensé yo, ¿qué sería de ti si te atrevieras a imprimir eso?

En ese punto me perdí en diversas ensoñaciones. No me gusta leer las inscripciones fúnebres. Todas dicen lo mismo. Junto a mí, en la lápida, había un emparedado mordisqueado. Qué cosa más estúpida e inapropiada. Lo tiré al suelo, pues no se trataba de pan, sino de un emparedado. En cualquier caso, no creo que sea pecado arrojar pan desmigado al suelo; sólo es pecado cuando se tira en el piso^[22]. Puede comprobarse en el *Almanaque* de Suvorin.

Imagino que estuve sentado mucho tiempo, incluso demasiado; quiero decir que incluso me extendí sobre una larga piedra en forma de sarcófago de mármol. ¿Y cómo es posible que de pronto empezara a oír diversas voces? Al principio no les presté atención y traté de ignorarlas. Sin embargo, la conversación continuaba. Podía oír unos sonidos sordos, como pronunciados por bocas tapadas por almohadas; pero de todos modos eran audibles y parecían muy cercanos. Me sacudí la modorra, me incorporé y me puse a escuchar atentamente.

—Así no puede ser, excelencia. Anuncia usted corazones, yo hago mi jugada y ahora me sale usted con el siete de diamantes. Debería haber avisado antes que tenía diamantes.

—¿Es que quiere usted que juguemos de memoria? ¿Qué encanto hay en eso?

—Es imposible, excelencia, sin garantías es de todo punto imposible. Necesitamos un muerto y hacer un descarte.

—Aquí no hay ningún muerto.

¡Qué palabras tan presuntuosas! Y tan extrañas como inesperadas. Una de las voces era firme y autoritaria, la otra como meliflua y empalagosa. Jamás lo habría creído si no lo hubiera escuchado con mis propios oídos. No me encontraba, creo, en el convite fúnebre. Entonces, ¿cómo era posible que estuvieran jugando al *préférence* aquí? ¿Y quién era ese general? Era indudable que las voces salían de las sepulturas. Me incliné y leí la inscripción de la lápida:

«Aquí yace el general-mayor Pervoiédov... caballero de tal y tal orden». Hum. «Fallecido en agosto del año tal... a los cincuenta y siete años de edad... Descanse en paz hasta la radiante mañana.»

¡Hum, diablos, se trata verdaderamente de un general! En la otra sepultura, aquella de la que salía la voz lisonjera, todavía no había lápida, sólo una losa de piedra; probablemente era un recién llegado. Un consejero áulico, a juzgar por la voz.

—¡Oj-jo-jo-jo! —dijo una voz nueva, a unos diez metros de la tumba del general, debajo de una sepultura fresca; era una voz masculina y tosca, pero suavizada por un tono humilde y reverencial—. ¡Oj-jo-jo-jo!

—¡Ah, ya vuelve a tener hipo! —exclamó de pronto la voz melindrosa y altanera de una dama irritada, por lo visto de la alta sociedad—. ¡Qué castigo yacer al lado de este tendero!

—No he hipado, ni siquiera he tomado ningún alimento. Simplemente se trata de mi naturaleza. Es usted, señora, la que, con tanto capricho, no consigue hallar la calma en este lugar.

—¿Y por qué se ha metido ahí?

—Eso no es cosa mía, fueron mi mujer y mis hijos quienes tomaron la decisión de enterrarme aquí, no yo. ¡El misterio de la muerte! En lo que a mí respecta, no me habría puesto a su lado ni por todo el oro del mundo. Esto es lo que mis medios permitían; cuestión de precios, señora. Pues siempre estamos en disposición de pagar una sepultura de tercera.

—Ha debido hacer usted un capitalito sisando a la gente.

—¿Cómo iba a sisarle a usted, si desde el mes de enero dejó de pagar? Hay una cuentecita en la tienda a su nombre.

—¡Qué ridiculez! ¡Me parece que es de lo más ridículo reclamar deudas en un lugar como éste! Vaya usted allá arriba y pídale el dinero a mi sobrina, que es quien ha heredado todo.

—No sé cómo voy a preguntarle a nadie ni ir a ningún lado. Ambos hemos llegado al final de nuestros días y comparecemos, iguales en pecados, ante el juicio del Señor.

—¡Iguales en pecados! —lo remedó con desprecio la difunta—. ¡No se atreva a dirigirme de nuevo la palabra!

—¡Oj-jo-jo-jo!

—Con todo, el tendero obedece a la señora, excelencia.

—¿Y por qué no le iba a obedecer?

—Como usted bien sabe, excelencia, aquí reina un orden nuevo.

—¿A qué orden nuevo se refiere?

—Pues a que estamos muertos, excelencia, como suele decirse.

—¡Ah, sí! Pero de todos modos, el orden...

Bueno, me hicieron un favor; ¡la verdad es que me sentí reconfortado! Si las cosas han llegado a esos extremos allá abajo, ¿qué podemos esperar aquí arriba? En cualquier caso, ¡vaya unas conversaciones! Seguí escuchando, sin embargo, pero con una indignación inmensa.

—¡La verdad es que me habría gustado vivir un poco más! Sí... sabe usted... me habría gustado vivir un poco más —dijo de pronto una voz nueva, procedente de algún lugar entre el general y la señora irritada.

—Escuche, excelencia, nuestro vecino ya está otra vez con su cantinela. Se pasa tres días sin pronunciar palabra y de pronto: «¡Me habría gustado vivir un poco más, sí, me habría gustado vivir un poco más!». Y con qué apetito lo dice, ji, ji.

—¡Y con qué falta de sentido común!

—No puede evitarlo, excelencia; se queda dormido, se queda completamente dormido, pues lleva ya aquí desde abril, y de pronto: «¡Me habría gustado vivir un poco más!».».

—De todos modos, es aburrido —apuntó su excelencia.

—Sin duda, excelencia. ¿Quiere que hagamos rabiarse otra vez a Avdotia Ignátévna? Ji, ji.

—No, hágame el favor. No puedo soportar a esa chillona impertinente.

—¡Soy yo quien no puede soportar a ninguno de ustedes dos! —exclamó la chillona con disgusto—. Son ustedes las personas más aburridas que he conocido en mi vida y no saben hablar de temas elevados. En cuanto a usted, excelencia, le ruego que no se dé tanto pisto: conozco una historieta sobre un criado que, una mañana, le sacó a usted a escobazos de debajo del lecho de una mujer casada.

—¡Maldita mujer! —farfulló entre dientes el general.

—Madrecita, Avdotia Ignátévna —murmuró de pronto el tendero—, dígame, querida señora, y no me guarde rencor, ¿forma esto parte de mis tormentos o se trata de otra cosa...?

—¡Ay, ya vuelve con lo mismo! Me lo veía venir porque puedo oler la peste que exhala. ¡Ya está remoloneando por ahí!

—No estoy remoloneando, madrecita, y de mí no se desprende ningún olor especial, porque mi cuerpo aún se conserva intacto; en cambio el suyo, señora, está empezando a corromperse, porque despide un olor realmente insoportable, incluso para un lugar como éste. Sólo por cortesía no lo he mencionado antes.

—¡Ah, es usted un hombre repugnante e insolente! Es él quien apesta y me echa la culpa a mí.

—¡Oj-jo-jo-jo! Ojalá cumpliera pronto los cuarenta días. Entonces oiría allí arriba las voces desconsoladas, los lamentos de mi esposa y el llanto silencioso de mis hijos...

—Miren por lo que suspira: se atiborrarán a *kutiá*^[23] y se marcharán. ¡Ah, si al menos alguien se despertara!

—Avdotia Ignátévna —exclamó el funcionario de la voz zalamera—, espere un poco y los recién llegados empezarán a hablar.

—¿Hay jóvenes entre ellos?

—Sí, Avdotia Ignátévna. Algunos casi adolescentes.

—¡Ah, justo lo que necesitamos!

—Entonces, ¿todavía no han empezado? —inquirió su excelencia.

—Ni siquiera los de anteayer han vuelto en sí, excelencia. Como bien sabe usted, a veces tardan una semana en hablar. Por suerte anteayer, ayer y hoy han traído

muchos de una vez. De otro modo, en unos veinte metros a la redonda no tendríamos más que muertos del año anterior.

—Sí, es interesante.

—Hoy mismo, excelencia, han enterrado al actual consejero privado Tarasévich. Reconocí las voces. Conozco a su sobrino, que hace un momento ha ayudado a bajar el ataúd.

—Hum, ¿y dónde está?

—A unos cinco pasos de usted, excelencia, a la izquierda. Casi a sus mismos pies... Si quiere usted, excelencia, puedo presentárselo.

—Hum, no... No me corresponde a mí dar el primer paso.

—Pero es él quien lo dará, excelencia. Hasta se sentirá halagado. Déjelo usted en mis manos, excelencia, y...

—Ah, ah... ah, ¿qué es lo que me pasa? —gimió de pronto la vocecilla asustada de un recién llegado.

—Un recién llegado, excelencia, un recién llegado. Gracias a Dios. ¡Y qué pronto ha despertado! A veces se están callados toda una semana.

—¡Ah, parece un joven! —chilló Avdotia Ignátevna.

—Yo... yo... sufrí una recaída y de repente... —volvió a balbucir el joven—. Schultz me dijo la víspera: «Ha sufrido usted una recaída». Y de pronto, por la mañana, muerto. ¡Ah, ah!

—Bueno, joven, no se puede hacer nada —observó el general con benevolencia; se veía que la presencia de una cara nueva le agradaba—. ¡De nada vale seguir lamentándose! Sea bienvenido a nuestro valle de Josafat, si se puede decir así. Somos buena gente. En cuanto nos conozca un poco, nos apreciará. General-mayor Vasili Vasílevich Pervoiédov, a su servicio.

—¡Ah, no! ¡No, no, de ninguna manera! Schultz empezó a tratarme; sufrí una recaída, sabe usted; al principio tenía dolores en el pecho y tosía; luego me resfrié: el pecho cogido y la gripe... Y de pronto, de forma completamente inesperada... Eso es lo más importante, que no se lo esperaba nadie.

—Dice usted que al principio sólo era el pecho —intervino con voz dulce el funcionario, como tratando de reconfortar al recién llegado.

—Sí, el pecho y los esputos; luego, de repente, cesaron los esputos, pero seguía doliéndome el pecho. No podía respirar... y entonces...

—Ya sé, ya sé. Pero si lo que le dolía era el pecho, debería haber consultado a Eck, no a Schultz.

—Yo tenía intención de dirigirme a Botkin, sabe usted... pero de pronto...

—Botkin te abre en canal —observó el general.

—Ah, no, nada de eso; he oído que pone mucho cuidado y que lo pronostica todo.

—Su excelencia se refería al precio —precisó el funcionario.

—Pero si no son más que tres rublos; además, te hace un reconocimiento completo y te da la receta... Yo quería verlo sin falta porque me habían dicho...

Entonces, señores, ¿a quién creen que debería ir a ver? ¿A Eck o a Botkin?

—¿Qué? ¿Adónde quiere ir usted? —dijo el general con una alegre carcajada que estremeció su cadáver. El funcionario le secundó en falsete.

—¡Mi querido muchacho! ¡Mi querido y simpático muchacho, cuánto te quiero! —chilló entusiasmada Avdotia Ignátévna—. ¡Ojalá hubieran puesto a alguien así a mi lado!

¡No, esto ya es inadmisibile! ¡Así son los muertos en los tiempos que corren! Pero mejor escuchar un poco más y no sacar conclusiones apresuradas. Ese mocoso recién llegado... Recuerdo haberlo visto en su ataúd hace un momento, con su aspecto de pollo asustado, el más repugnante que pueda imaginarse. Pero sigamos escuchando.

No obstante, a continuación se armó tal algarabía que no pude retener todas las palabras en mi memoria, ya que muchos se despertaron a la vez. Entre otros, un funcionario, un consejero de Estado, que sin preámbulo alguno se puso a hablar con el general de un proyecto de nueva subcomisión en no sé qué ministerio y de los probables cambios de personal que entrañaría la tal subcomisión. El general se mostraba cada vez más interesado. Reconozco que yo también me enteré de muchas novedades y me quedé maravillado de los cauces por los que a veces nos enteramos de las novedades administrativas en nuestra capital. Luego se despertó a medias un ingeniero, pero se pasó un buen rato farfullando cosas sin pies ni cabeza, de suerte que nuestros amigos no le prestaron la menor atención y le dieron tiempo para que se espabilara. Por último la importante dama que había sido enterrada por la mañana bajo el catafalco empezó a dar señales de reanimación póstuma. Lebeziátnikov (así resultó llamarse el obsequioso consejero áulico que me inspiraba tanta antipatía y que estaba enterrado junto al general Pervoíédov) parecía muy impresionado y sorprendido de que aquella vez todos se despertaran tan deprisa. He de confesar que yo también estaba sorprendido; no obstante, algunos de ellos habían sido enterrados anteayer; tal era el caso, por ejemplo, de una muchachita muy joven, de unos dieciséis años, que no dejaba de reírse... con una risa abyecta y lasciva.

—¡Excelencia, el consejero privado Tarasévich se está despertando! —anunció de pronto Lebeziátnikov con inusitada premura.

—¿Eh? ¿Qué? —masculló el consejero, que acababa de despertarse, con voz despectiva y ceceante, en la que se traslucía un tono autoritario y caprichoso.

Agucé el oído, picado por la curiosidad, pues en los últimos días había oído ciertos rumores escandalosos e inquietantes a más no poder sobre ese Tarasévich.

—Soy yo, excelencia; por ahora, sólo soy yo.

—¿Qué quiere? ¿En qué puedo servirle?

—Únicamente quiero informarme de la salud de su excelencia. En un primer momento, debido a la falta de costumbre, uno puede sentir ciertas apreturas en este lugar... El general Pervoíédov tendría un gran honor en saludar a su excelencia y espera...

—Nunca he oído hablar de él.

—Permítame, excelencia: el general Pervoiédov, Vasili Vasílevich...

—¿Es usted el general Pervoiédov?

—No, excelencia, yo sólo soy el consejero áulico Lebeziátnikov, para servirle; pero el general Pervoiédov...

—¡Qué absurdo! Haga el favor de dejarme en paz.

—Déjelo —dijo el general Pervoiédov con dignidad, acabando de una vez con la innoble solicitud de su subalterno de ultratumba.

—Todavía no se ha despertado del todo, excelencia; hay que tenerlo en cuenta. No está acostumbrado a esto. Cuando se despierte del todo, adoptará otra actitud...

—Déjelo —repitió el general.

—¡Vasili Vasílevich! ¡Eh, excelencia! —gritó de pronto con fuerza y apasionamiento una voz completamente nueva, muy cerca de Avdotia Ignátévna; una voz aristocrática y provocativa, con una pronunciación lánguida muy de moda y una entonación insolente—. Llevo ya dos horas observándoles a todos. Es el tercer día que paso en este lugar. ¿No se acuerda usted de mí, Vasili Vasílevich? Me llamo Klinévich. Nos conocimos en casa de los Volokonski, donde, por razones que se me escapan, le recibían también a usted.

—¿Cómo? ¿El conde Piotr Petróvich...? ¿Es posible que usted... con lo joven que era...? ¡Cuánto lo lamento!

—También lo lamento yo, aunque, pensándolo bien, me da lo mismo; lo único que quiero es sacar todo lo que pueda de este lugar. Y no soy conde, sino barón, sólo barón. Somos una pequeña familia de barones roñosos, salida de una estirpe de lacayos; cómo alcanzamos la baronía no lo sé ni me importa. Sólo soy un canalla de la pseudoalta sociedad y me considero un «granuja encantador». Mi padre era un general de poca monta; mi madre antaño era recibida *en haut lieu*. El año pasado el judío Sieffel y yo falsificamos billetes por valor de cincuenta mil rublos; después le denuncié, pero todo el dinero se lo llevó a Burdeos Yulia Charpentier de Lusignan. Figúrese, yo estaba ya prometido con Schevalévskaja, a quien le faltan tres meses para cumplir dieciséis años y va todavía a la escuela. La dote era de noventa mil rublos. ¿Recuerda usted, Avdotia Ignátévna, cómo me sedujo usted, hace quince años, cuando sólo tenía catorce y aún pertenecía al cuerpo de pajes?

—Ah, eres tú, caradura... Menos mal que Dios te ha enviado aquí, porque si no...

—Se equivoca usted al suponer que su vecino el negociante huele mal... Cuando se lo oía decir, yo callaba y me reía para mis adentros. El olor viene de mí; han tenido que enterrarme en un ataúd sellado.

—¡Ah, qué abominable es usted! Pero de todos modos estoy contenta. No puede usted imaginarse, Klinévich, qué falta de vida y de ingenio reina en este lugar.

—Ya veo, ya. Y yo tengo intención de introducir algunas ideas originales... No me refiero a usted, Pervoiédov, sino a su otra excelencia, el señor Tarasévich, el

consejero privado. ¡Responda! Soy Klinévich, el que le llevó a usted la pasada cuaresma a casa de mademoiselle Furie. ¿Me oye usted?

—Le oigo, Klinévich, y me alegro mucho; créame que...

—No le creo a usted una palabra y no me importa nada lo que diga. Simplemente me gustaría darle un beso, mi querido viejo, pero gracias a Dios no puedo. ¿No saben ustedes, señores, la que ha organizado este *grand-père*? Murió hace tres o cuatro días e, imagínense, ha dejado un déficit de cuatrocientos mil rublos en los fondos estatales. Unos fondos destinados a viudas y huérfanos; por razones que desconozco era el único administrador, de suerte que las cuentas han estado unos ocho años sin revisarse. Me figuro las caras largas que tendrán todos allá arriba y cómo lo bendecirán. ¿No es verdad que es un pensamiento delicioso? Durante el último año no he hecho más que preguntarme cómo ese ancianito septuagenario, gotoso y reumático, había conservado las fuerzas necesarias para llevar una vida tan disipada. ¡Y ya tengo la clave del enigma! Esas viudas y esos huérfanos. ¡Sólo de pensar en ellos tenía que hervirle la sangre! Estaba al corriente de todo desde hace tiempo; sólo yo lo sabía porque Charpentier me lo dijo. Cuando me enteré, fui a ver a ese santo varón y le intimidé amistosamente: «O me das veinticinco mil o mañana tienes aquí una inspección». Y figúrense, no pudo reunir más de trece mil, así que tengo la impresión de que la muerte le ha llegado en buen momento. *Grand-père, grand-père*, ¿me oye usted?

—*Cher* Klinévich, estoy completamente de acuerdo con usted, así que no merecía la pena... entrar en tales detalles. En la vida hay tantos sufrimientos, tantas contrariedades y tan pocas recompensas... Deseaba encontrar al fin un poco de reposo, y, en principio, tenía esperanzas de sacar algún beneficio también de este lugar...

—¡Apuesto a que ya le ha echado el ojo a Katish Bérestova!

—¿A quién? ¿A qué Katish? —dijo el anciano con voz temblorosa de lujuria.

—Ah, ¿no sabe de qué Katish hablo? Pues de la que está aquí a la izquierda, a cinco pasos de mí y a diez de usted. Lleva aquí ya cinco días y si supiera usted, *grand-père*, que sinvergüencilla es... De buena familia, bien educada y un monstruo, ¡un monstruo de los pies a la cabeza! Allí arriba no se la enseñé a nadie, era el único que la conocía... ¡Katish, di algo!

—¡Ji, ji, ji! —respondió una voz cascada de muchacha, en la que se percibía algo como el pinchazo de una aguja—. ¡Ji, ji, ji!

—¿Es ru-bi-ta? —balbució con voz entrecortada el *grand-père*.

—¡Ji, ji, ji!

—Hace ya... hace ya tiempo —farfulló jadeante el anciano— que acariciaba el sueño de una rubita... de unos quince años... y precisamente en estas circunstancias...

—¡Ah, qué monstruo! —gritó Avdotia Ignátévna.

—¡Basta! —intervino Klinévich—. Ya veo que el material es excelente. En poco

tiempo arreglaremos las cosas del mejor modo posible. Lo más importante es pasar de una manera alegre el tiempo que nos quede. Pero ¿de cuánto disponemos? Eh, usted, funcionario de no sé qué departamento... Lebeziátnikov, ¿no se llama usted así?

—Semión Yevséich Lebeziátnikov, consejero áulico. Encantado de servirle.

—Me importa un bledo que esté usted encantado, pero parece que lo sabe usted todo en este lugar. En primer lugar, dígame (es algo que me asombra desde ayer), ¿cómo es que podemos hablar? El caso es que estamos muertos y, sin embargo, seguimos hablando. Parece que somos capaces de movernos, y no deberíamos hablar ni movernos. ¿Qué clase de truco es éste?

—Si lo desea usted, barón, Platón Nikoláievich puede explicárselo mejor que yo.

—¿Quién es ese Platón Nikoláievich? Déjese de historias y vaya al grano.

—Platón Nikoláievich es nuestro filósofo local, nuestro naturalista y nuestro pozo de sabiduría. Ha publicado varios opúsculos de filosofía, pero se ha pasado los tres últimos meses durmiendo de lo lindo, de suerte que ahora no hay modo de despertarlo. Una vez por semana farfulla unas palabras que no vienen a cuento.

—¡Al grano, al grano!

—Él explica todo esto de la forma más sencilla; a saber, que allá arriba, cuando todavía estamos vivos, nos equivocamos al pensar que la muerte es esta muerte. Aquí el cuerpo recobra cierta vida; los restos de la vida se concentran, no sólo en la conciencia. Se trata (no sé cómo expresarlo) de una prolongación de la vida como por inercia. Según su opinión, todo se concentra en algún punto de la conciencia y se prolonga durante dos o tres meses... a veces incluso durante medio año... Hay un tipo, por ejemplo, que está casi completamente descompuesto, pero cada seis semanas más o menos balbuce de pronto una palabra, naturalmente sin sentido, algo así como *bobok*: «*Bobok, bobok*». Eso quiere decir que todavía titila en él una chispa imperceptible de vida...

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Y cómo explica usted que, aun sin tener olfato, perciba ese hedor?

—Eso... je, je... Bueno, en ese punto nuestro filósofo se ha perdido en razonamientos brumosos. En cuanto al olor, advirtió que lo que percibimos es, por decirlo así, un hedor moral... ¡Je, je! Es un hedor que procede del alma, que en dos o tres meses debe alcanzar una nueva condición... Se trata, de alguna manera, de un último acto de misericordia... Pero en mi opinión, barón, todo eso no es más que un delirio místico, muy excusable dada su situación...

—Basta. Estoy seguro de que todo lo demás es una insensatez. Lo importante es que aún nos quedan dos o tres meses de vida y al final: *bobok*. Propongo a todos pasar esos dos meses del modo más agradable posible; y para lograrlo, es preciso que nos ciñamos a otros principios. ¡Señores! ¡Propongo que no nos avergoncemos de nada!

—¡Ah, sí, sí, nada de sentir vergüenza! —Se oyeron varias voces, algunas de

ellas, cosa extraña, completamente nuevas, es decir, de personas que entre tanto se habían despertado. La profunda voz de bajo del ingeniero, que se había despertado ya del todo, expresó su asentimiento con especial entusiasmo. La muchachita llamada Katish estalló en una risita alegre.

—¡Ah, qué ganas tengo de no avergonzarme de nada! —exclamó con arrobo Avdotia Ignátévna.

—¿Han oído eso? Si hasta Avdotia Ignátévna tiene ganas de no avergonzarse de nada...

—Sí, sí, sí, Klinévich. Yo solía avergonzarme allí arriba; estaba siempre avergonzado. ¡Y aquí tengo unas ganas terribles de no avergonzarme de nada!

—Si lo entiendo bien, Klinévich —dijo con su voz de bajo el ingeniero—, propone usted organizar esta vida de aquí, si es que la podemos llamar así, sobre principios nuevos y razonables.

—¡A mí eso me importa un bledo! Sobre esa cuestión, es mejor que esperemos a oír el parecer de Kudeiárov, al que trajeron ayer. Cuando se despierte, se lo explicará a usted con pelos y señales. ¡Es todo un personaje, una especie de gigante! Por lo visto, mañana traerán también a un naturalista, probablemente también a un oficial y, si no me engaño, dentro de tres o cuatro días, a un articulista y acaso también a un editor. Por lo demás, ¡que se vayan al diablo! Pero el caso es que va a formarse una pequeña sociedad y que las cosas se arreglarán por sí mismas. Entre tanto, no quiero ninguna mentira. Es lo único que pido, porque es lo más importante. No se puede vivir en la tierra sin mentir, porque vida y mentira son sinónimos; pero aquí, aunque sólo sea para divertirnos, renunciemos a mentir. Después de todo, la tumba significa algo, ¡qué diablos! Cada uno de nosotros contará su historia en voz alta, sin avergonzarse ya de nada. Empezaré yo. Debéis saber que soy, ante todo, un libidinoso. Allí arriba todas esas cosas estaban unidas por cuerdas podridas. ¡Acabemos con esas cuerdas y vivamos estos dos o tres meses en la más desvergonzada verdad! Descubrámonos y desnudémonos.

—¡Desnudémonos, desnudémonos! —gritaron todas las voces.

—¡Tengo unas ganas locas, locas, de desnudarme! —chilló Avdotia Ignátévna.

—Ah... ah... ah, veo que nos lo vamos a pasar bien aquí. ¡Ya no quiero ir a ver a Eck!

—¡Sí, me gustaría vivir un poco más! ¿Entienden? ¡Me gustaría vivir un poco más!

—¡Ji, ji, ji! —rió Katish.

—Lo más importante es que nadie puede prohibirnos nada. Veo que Pervoiédov está enfadado, pero en cualquier caso su brazo no es lo bastante largo para alcanzarme. ¿Está usted de acuerdo, *grand-père*?

—Totalmente, totalmente de acuerdo, y con el mayor placer, pero a condición de que Katish sea la primera en contar su bi-o-grafía.

—¡Protesto! ¡Protesto con todas mis fuerzas! —exclamó con firmeza el general

Pervoiédov.

—¡Excelencia! —balbució el innoble Lebeziátnikov en voz baja y persuasiva, sin contener su excitación—. Excelencia, nos irá mucho mejor si nos mostramos de acuerdo. Ahí está esa muchacha, ya sabe... y, en fin, esas historias de todo tipo...

—Lo de la muchacha pase, pero...

—¡Nos irá mejor, excelencia, se lo digo yo! Hagamos una prueba, a ver qué pasa...

—¡Ni siquiera en la tumba le dejan a uno en paz!

—En primer lugar, general, en la tumba juega usted al *préférence*, y en segundo, nos im-por-ta us-ted un ble-do —dijo Klinévich, escandiendo las palabras.

—Mi querido señor, le pido que no se propase usted.

—¿Qué? Estoy fuera de su alcance y desde aquí puedo incordiarle como hacía con el perro de Yulia. Además, señores, ¿qué es aquí un general? ¡Habrá sido general allá arriba, pero aquí es un cero a la izquierda!

—Nada de cero a la izquierda... incluso aquí...

—Aquí está usted pudriéndose en el ataúd. Lo único que quedará de usted son seis botones de cobre.

—¡Bravo, Klinévich, bravo! ¡Ja, ja, ja!

—He servido a mi soberano... Tengo un sable...

—Pues póngase a cazar ratones con él; además, no lo ha sacado nunca de la vaina.

—No importa; yo formaba parte de un todo.

—¡Como si hubiera pocas partes de ese todo!

—¡Bravo, Klinévich, bravo! ¡Ja, ja, ja!

—No entiendo qué quiere decir con eso del sable —proclamó el ingeniero.

—¡Correremos como ratones delante de los prusianos, que nos harán morder el polvo! —exclamó una voz lejana y desconocida, que se atragantaba literalmente de entusiasmo.

—¡El sable, señor, es el honor! —trató de gritar el general, pero sólo yo le oí. Se armó un prolongado y furioso barullo, una suerte de bullicioso tumulto en el que sólo se percibían los impacientes e histéricos chillidos de Avdotia Ignátevna.

—¡Rápido, rápido! ¡Ah, cuándo empezaremos a no avergonzarnos de nada!

—¡Oj-jo-jo! ¡En verdad, mi alma está padeciendo no pocos tormentos! —se oyó la voz del comerciante y...

Y en ese momento estornudé. Fue algo momentáneo e inesperado, pero produjo un efecto sorprendente: todo quedó en silencio como en un cementerio y se desvaneció como un sueño. Cayó un silencio verdaderamente sepulcral. No creo que se avergonzaran de mí, porque acababan de decidir no avergonzarse de nada. Esperé unos cinco minutos, pero no oí ni una palabra, ni un sonido. Tampoco cabe suponer que tuvieran miedo de que los denunciara a la policía, porque ¿qué iba a hacer la policía? He llegado a la conclusión de que deben guardar algún secreto, desconocido

a los mortales, que ocultan celosamente a todos los vivos.

«Bueno, queridos amigos —me dije—, ya vendré a haceros una visita.»

Y con esas palabras abandoné el cementerio.

No, no puedo admitirlo. ¡En verdad que no! Esa historia de *bobok* no me preocupa (¡mira lo que ha acabado siendo eso de *bobok*!).

Desenfreno en un lugar como ése, desenfreno de las esperanzas supremas, desenfreno entre cadáveres en plena ruina y descomposición, desenfreno que no respeta siquiera los últimos instantes de la conciencia. Esos instantes que les han sido concedidos como un don y... Y lo más importante, lo más importante, ¡en semejante lugar! No, no puedo admitirlo...

Visitaré tumbas de otras categorías, escucharé por todas partes. Eso es lo que hay que hacer —escuchar en todas partes, no en un solo rincón del cementerio— si quiere uno formarse una idea. Acaso acabe encontrando algún consuelo.

Pero debo volver a escuchar a éstos. Han prometido contar sus biografías y diversas anécdotas. ¡Uf! Iré, iré sin falta; ¡es un caso de conciencia!

Voy a llevar esto a *El Ciudadano*. Allí también se ha exhibido el retrato de uno de los editores. Quizá se decida a imprimir mi historia.

XIII PEQUEÑOS CUADROS

1

Verano, vacaciones; polvo y calor, calor y polvo. Es duro quedarse en la ciudad. Todos se han marchado. El otro día me puse a leer los originales que se acumulan en la redacción... Pero de los originales me ocuparé más tarde, aunque hay no pocas cosas que decir. Ansía uno aire fresco, movimiento, libertad, y en lugar de eso debe deambular solo, sin objeto alguno, por calles llenas de arena y cal, sintiéndose como insultado por alguien: en verdad, se trata de una sensación así. Como es bien sabido, la mitad de nuestro dolor se desvanece si podemos encontrar a alguien a quien culpar y se exacerba cuando no podemos encontrar de ningún modo a ese culpable...

El otro día atravesaba la Avenida Nevski, para pasar de la parte de sol a la de sombra. Sabido es que la Avenida Nevski debe cruzarse con precaución, pues de otro modo en un instante pueden atropellarle a uno. Maniobras, miras a tu alrededor y aguardas un momento propicio antes de emprender tan peligrosa travesía, siempre esperando que la calzada se despeje un poco de carruajes, que desfilan uno detrás de otro, en dos o tres filas. En invierno, dos o tres días antes de Navidad, por ejemplo, atravesar esa vía es especialmente interesante: el riesgo es grande, sobre todo si desde

el amanecer ha caído sobre la ciudad una niebla blanca y helada, de suerte que a tres pasos apenas se distingue a un transeúnte. A duras penas consigues sortear las primeras filas de carruajes y coches de punto que se dirigen al puente de la Policía y piensas, muy contento, que ya no tienes nada que temer; el ruido de los cascos, el crujido de las ruedas y los gritos roncros de los postillones quedan a tu espalda, pero aún es pronto para alegrarse: sólo has cubierto la mitad de la peligrosa travesía, aún quedan muchos riesgos y situaciones desconocidas. Diriges una mirada apresurada e inquieta a tu alrededor y sopesas de prisa y corriendo la manera de deslizarte entre la segunda fila de carruajes, que avanzan ya en dirección al puente Ánichkov. Pero sientes que no tienes tiempo de reflexionar; además, está esa niebla infernal: sólo se oye el tintineo de los cascos y algunos gritos, y a dos metros de distancia ya no se ve nada. De pronto, sin que uno se lo espere, llegan a través de la niebla unos sonidos tremendos, rápidos, frecuentes, cada vez más próximos, que en ese momento parecen terribles y ominosos, muy semejantes a los que producirían seis o siete hombres cortando coles en una cuba con sendos cuchillos. «¿Para dónde ir? ¿Para detrás o para delante? ¿Me dará tiempo o no?» Y menos mal que no os movisteis: de entre la niebla, a una distancia de un paso, surge de repente, despidiendo un aliento ardiente, el hocico gris de un trotón que avanza como enrabiado, a la velocidad de un tren expreso: el freno cubierto de espuma, la *duga*^[24] sobre la grupa, las riendas tendidas, las patas hermosas y fuertes moviéndose con rapidez, regularidad y firmeza, cubriendo dos metros a cada zancada. Pasa un instante, se oye una advertencia desesperada del cochero y todo —el tintineo de los cascos, los gritos y ese rumor como de cuchillos— se desvanece de nuevo en la niebla como una visión. ¡Una visión genuinamente petersburguesa! Os santiguáis y, desdeñando ya casi la segunda fila de carruajes, que tanto miedo os daba hace un instante, alcanzáis rápidamente la deseada acera, aún temblando de la experiencia vivida y —cosa extraña— sintiendo al mismo tiempo, sin saber bien por qué, una especie de placer, en absoluto por haber escapado del peligro, sino todo lo contrario, por haberos expuesto a él. Una satisfacción retroactiva, no lo discuto, y además inútil en los tiempos que corren, tanto más cuanto que, en lugar de sentir placer, habría que protestar, ya que el trotón no es nada liberal, sino que recuerda a un húsar o a un comerciante juerguista y, en consecuencia, evoca la desigualdad, la insolencia, *la tyrannie* y demás. Lo sé y no lo discuto, pero ahora me gustaría terminar. Así pues, el otro día me disponía a atravesar la Avenida Nevski, con la precaución propia del invierno, cuando de pronto, abandonando mi ensimismamiento, me detuve estupefacto en medio de la calzada: nadie, ni un carruaje, ni siquiera un traqueteante coche de punto. El lugar estaba desierto en cien metros a la redonda, hasta el extremo de que podía uno detenerse para hablar de literatura rusa con un amigo sin correr ningún riesgo. Incluso resultaba ofensivo. ¿Cuándo se había visto algo igual?

Polvo y calor, olores sorprendentes, pavimento hundido y casas en obras. Cada vez es más frecuente renovar las fachadas, para conferirles más carácter y estilo. Me

asombra esa arquitectura de nuestro tiempo. En general toda la arquitectura de San Petersburgo es sumamente característica y original y siempre me ha impresionado, precisamente porque expresa toda la falta de carácter y personalidad que la definen a lo largo de toda su existencia. Puede que lo característico —en el sentido positivo del término— y propio de San Petersburgo sólo sean esas casuchas ruinosas de madera, que aún se mantienen en pie, incluso en las calles más elegantes, junto a edificios enormes, y que causan tanta sorpresa como una pila de troncos junto a un palacio de mármol. En lo que respecta a los palacios, es precisamente en ellos donde se refleja toda la ausencia de carácter de una idea, todo lo negativo del periodo petersburgués, desde el principio hasta el final. En ese sentido, no hay ciudad que pueda compararse a San Petersburgo; desde el punto de vista arquitectónico, es un reflejo de todas las arquitecturas del mundo, de todos los periodos y modas; todo ha sido copiado paulatinamente y tergiversado a su manera. En esos edificios, lo mismo que en un libro, pueden leerse todas las corrientes de ideas grandes y pequeñas que, de forma progresiva o súbita, nos han llegado de Europa y que poco a poco nos han ido cautivando y dominando. Ahí está la anodina arquitectura de las iglesias del siglo pasado; ahí una lastimosa copia en estilo romano de principios de nuestro siglo; ahí la época del Renacimiento y ahí un ejemplo del antiguo estilo bizantino, supuestamente redescubierto por el arquitecto Ton durante el reinado precedente. A continuación vemos unos cuantos edificios —hospitales, institutos e incluso palacios de las dos primeras décadas de nuestro siglo— que siguen el estilo Napoleón I, inmenso, seudomayestático e increíblemente aburrido; un estilo elaborado e ideado en aquel momento para expresar, como las abejas de la púrpura de Napoleón, la grandeza de la época que acababa de iniciarse y de esa dinastía advenediza que pretendía perpetuarse eternamente. A continuación se ven unas casas, casi palacios, que pertenecen a algunas familias nobles, pero producto de un periodo muy posterior. Están construidas a la manera de los palacios italianos o en el estilo francés, no totalmente puro, de antes de la Revolución. Pero en los palacios venecianos o romanos de Italia generaciones enteras de antiguos linajes han pasado sus días, una detrás de otra, a lo largo de siglos. En cambio, nuestros palacios datan sólo del último reinado, aunque por lo visto también tienen pretensiones seculares: el orden establecido parecía entonces totalmente firme y seguro, y en la aparición de esos palacios, de alguna manera, se traslucía esa fe. También ellos se preparaban para durar siglos. Pero todo eso sucedió casi en vísperas de la guerra de Crimea y no mucho antes de la emancipación de los siervos... Me sentiré muy apenado si algún día veo en esos palacios el cartel de una taberna con jardín de recreo o de un hotel francés para viajeros. Y, por último, está la arquitectura de un enorme hotel moderno, en ese estilo norteamericano, típico de las grandes finanzas, con centenares de habitaciones; en suma, una gigantesca empresa industrial. Se ve en seguida que también nosotros tenemos ferrocarriles y que nos hemos convertido de pronto en hombres de negocios. Pero ahora, ahora... en verdad, no sé cómo definir nuestra

arquitectura actual. Se percibe cierta incoherencia que, por otra parte, se corresponde a la perfección con la incoherencia del momento presente. Tenemos un buen número de casas altísimas (la altura es lo primero), casas de inquilinos, construidas con muros muy finos, según dicen, y gran economía de medios, que presentan unas fachadas asombrosas: tan pronto vemos el estilo de Rastrelli, como ejemplos del rococó tardío, balcones y ventanas venecianas, ojos de buey por todas partes, y cinco plantas sin falta: todo ello en una sola fachada. «Tienes que hacerme, amigo, una ventana veneciana; no voy a ser menos que esos andrajosos *dux*. Y debes levantar cinco plantas, para que pueda tener inquilinos. Una ventana es una ventana, pero las cinco plantas son imprescindibles; no puedo gastarme todo el capital en naderías.» Por lo demás, no soy un folletinista petersburgués y no es de eso de lo que quería hablar. Empecé refiriéndome a los originales llegados a la redacción y me he ido por las ramas.

2

Polvo y calor. Dicen que acaban de abrir, para los que se quedan en San Petersburgo, algunos jardines y lugares de recreo, donde se puede «respirar» aire fresco. No sé si se podrá respirar aire fresco porque no he estado en ninguno de ellos. Se está mejor en San Petersburgo, donde el ambiente es más sofocante y más triste. Paseas y meditas en completa soledad, y eso es preferible al aire fresco de los parques de recreo petersburgueses. Además, en la ciudad misma se han abierto de pronto muchos jardines, allí donde menos lo esperabas. En casi todas las calles encuentras ahora una cancela, a veces obstruida por montones de cascotes o ladrillos, con una inscripción: «Entrada al jardín de la taberna». Allí, en un patio, delante de un antiguo pabellón, se valló hace unos cuarenta años un terreno de unos diez pasos de largo por cinco de ancho. Y eso es lo que ahora se ha convertido en «el jardín de la taberna». Decidme, ¿por qué San Petersburgo es mucho más triste los domingos que los días laborables? ¿Acaso por el vodka? ¿Por las borracheras? ¿Por los mujiks ebrios tumbados y dormidos en la Avenida Nevski, en medio de la claridad de la noche blanca, como pude ver ayer con mis propios ojos? No lo creo. Los trabajadores juguistas no me molestan, y llevo ya tanto tiempo en San Petersburgo que me he acostumbrado a ellos, aunque antes no podía soportarlos e incluso los detestaba. Los días de fiesta pasean borrachos por las calles, a veces en pandillas, empujando y apartando a la gente, no por ánimo pendenciero, sino porque un borracho no puede dejar de apartar a la gente y empujarla. Profieren palabras gruesas en voz alta, sin preocuparse de los numerosos grupos de niños y mujeres junto a los que pasan, no por grosería, sino porque un borracho sólo puede emplear ese lenguaje obsceno. Pues en verdad es un lenguaje, todo un lenguaje, como he tenido ocasión de convencerme hace poco, un lenguaje muy apropiado y original, el más idóneo no sólo para un borracho, sino para alguien que sólo está achispado, de suerte que es absolutamente necesario y, si no

existiera, *il faudrait l'inventer*^[25]. Que nadie piense que estoy bromeando. Juzgad vosotros mismos. Como se sabe, el primer efecto de la bebida es que la lengua se traba y se mueve con dificultad en la boca; sin embargo, el flujo de sensaciones y pensamientos de una persona que ha bebido —a menos que esté borracha perdida— se multiplica casi por diez. Por tanto, hay una necesidad natural de encontrar un lenguaje que pueda satisfacer a esos dos estados contradictorios. Ese lenguaje hace siglos que se encontró y se aceptó en toda Rusia. Consiste, lisa y llanamente, en pronunciar un sustantivo ignorado por los diccionarios, de suerte que ese lenguaje se compone de una única palabra muy fácil de pronunciar. Un domingo, a última hora de la tarde, me vi obligado a dar unos quince pasos junto a un grupo de seis artesanos borrachos, y no tardé en convencerme de que pueden expresarse todos los pensamientos, todos los sentimientos e incluso profundos razonamientos enteros mediante ese único sustantivo, que, además, se compone de muy pocas letras. Un muchacho pronunció ese sustantivo con tono enérgico y cortante para expresar, sobre el asunto que estaban tratando, su rechazo más despectivo. Otro le respondió repitiendo el mismo sustantivo, pero en un tono completamente distinto, dando a entender que no estaba nada seguro de que el rechazo de su compañero fuera justo. Un tercero se indignó de pronto contra el primero, se inmiscuyó con acaloramiento y vehemencia en la conversación y le gritó el mismo sustantivo, que en este caso tenía un valor de injuria e insulto. En ese momento volvió a intervenir el segundo, enfadado con el tercero, con el ofensor, y lo detuvo para decirle algo así como: «¿Quién te manda meterte en nuestra discusión? Estamos hablando tranquilamente y de pronto vienes tú y te pones a insultar a Filka». Y para expresar ese pensamiento recurrió a la misma palabra prohibida, a ese monosílabo que designa cierto objeto, al tiempo que levantaba la mano y cogía al otro por el hombro. En ese momento un cuarto muchacho, el más joven de todo el grupo, que hasta entonces había guardado silencio y que probablemente acababa de encontrar la solución de la cuestión inicial que había motivado la disputa, alzó los brazos entusiasmado y gritó: «¡Eureka!», pensáis vosotros. «¡Lo tengo, lo tengo!» Pues nada de eso, ni «eureka» ni «lo tengo»: se limitó a repetir el mismo sustantivo que no aparece en el diccionario, una única palabra, una palabra solamente, pero pronunciada con entusiasmo, con un grito extasiado y tal vez exagerado, porque a un sexto muchacho de aspecto taciturno, el de mayor de edad de todos, no le «pareció bien» y se apresuró a atenuar el entusiasmo de ese mocoso dirigiéndole con su voz sombría de bajo y cierto tono didáctico... ese mismo sustantivo que no se puede pronunciar en presencia de señoras, que en este caso significa con toda claridad y precisión: «¿Por qué berreas de ese modo?». Así, sin decir nada más, repitiendo seis veces seguidas esa palabra favorita, se entendieron a las mil maravillas unos a otros. Es un hecho del que yo mismo fui testigo. «¡Haced el favor! —grité yo de pronto, sin saber por qué (estaba en medio del grupo)—. ¡No habéis dado más de diez pasos y ya habéis dicho —(y aquí pronuncié la palabra de marras)— seis veces! ¡Qué ignominia! ¿Es que no os da vergüenza?»

Todos se me quedaron mirando como se mira algo completamente inesperado y por un momento guardaron silencio. Pensaba que iban a empezar a insultarme, pero no lo hicieron. Sólo el muchacho más joven, cuando ya se había alejado unos diez pasos, se volvió de pronto hacia mí y me gritó sin detenerse:

—Y tú ¿por qué has vuelto a pronunciar esa palabra cuando ya la habías oído seis veces de nuestros labios?

Se oyó una carcajada y el grupo siguió su camino, sin preocuparse más de mí.

3

No, no es de esos juguistas de lo que quiero hablar y no son ellos los que hacen que me sienta tan triste los domingos. Hace poco descubrí con gran sorpresa que en San Petersburgo hay mujiks, menestrales y artesanos completamente abstemios, que no «toman» nada ni siquiera los domingos; en cualquier caso, no es eso lo que más me sorprendió, sino el hecho de que, por lo visto, son mucho más numerosos de lo que había supuesto hasta entonces. Pues bien, me da más pena ver a éstos que a los juguistas borrachos, y no porque sienta compasión; no hay razón para sentir compasión por ellos; lo que pasa es que me viene a la cabeza una extraña idea... Los domingos por la tarde (los días laborables no se ven) muchas de esas personas, que han estado muy ocupadas con su trabajo toda la semana y que no han bebido una gota de alcohol, salen a la calle. Salen precisamente a pasear. He advertido que nunca se acercan a la Avenida Nevski, sino que dan una vuelta por los alrededores de sus casas o «toman el fresco» con sus familias al volver a casa de una visita. (Por lo visto, en San Petersburgo también hay muchos artesanos que son padres de familia.) Caminan despacio, con expresiones extremadamente serias, como si no fueran de paseo, hablando muy poco unos con otros, sobre todo los maridos con las mujeres, casi en completo silencio, pero siempre endomingados. Visten prendas gastadas y de mala calidad, muy coloridas en el caso de las mujeres, pero se ve que se han lavado y aseado para el día de fiesta, puede que específicamente para esa hora de recreo. Algunos llevan el traje ruso, pero muchos visten a la europea y se afeitan la barba. Lo más triste es que, por lo visto, están plena y firmemente convencidos de que esos paseos les proporcionan un indudable placer dominical. Pero ¿qué placer pueden encontrar en esa calle ancha, desnuda y tan polvorienta que el polvo flota en el aire hasta después de la puesta de sol? Pues eso les parece un paraíso; sobre gustos no hay nada escrito.

Muy a menudo van con niños; en San Petersburgo también hay muchos niños, aunque la gente sigue diciendo que la tasa de mortalidad es altísima. Todos esos niños, como he tenido ocasión de comprobar, suelen ser muy pequeños y no saben caminar o acaban de aprender. ¿No se deberá que haya tan pocos niños mayores a que mueren a corta edad? Entre el gentío distingo a un artesano sin otra compañía que un niño; ambos parecen aislados, completamente solos. El hombre, de unos treinta años,

tiene un rostro demacrado y de aspecto enfermizo. Lleva su ropa de domingo: levita alemana, con las costuras raídas, los botones gastados y el cuello muy grasiento; y pantalones «de ocasión», comprados de tercera mano en un mercado callejero, pero todo lo más limpio posible. Una pechera de calicó, una corbata, una chistera muy gastada y el mentón rasurado. Probablemente trabaja en una cerrajería o una tipografía. La expresión de su rostro es sombría, taciturna, pensativa, dura, casi maligna. Lleva al niño de la mano, que le sigue a duras penas, trastabillándose. Tendrá poco más de dos años y es muy frágil, muy pálido; gasta un pequeño caftán, calza botas con ribete rojo y luce una pluma de pavo real en el sombrero. Está cansado; su padre le ha dicho algo; probablemente no ha sido más que un comentario, pero ha sonado como una reprimenda. El niño se ha quietado. Pero aún no han dado cinco pasos cuando el padre se inclina, coge al niño con cuidado y lo lleva en brazos. El niño, acostumbrado y confiado, se pega a su padre, le rodea el cuello con el brazo derecho y se me queda mirando con sorpresa infantil, como diciendo: «¿Por qué nos sigues y nos miras así?». Le hago un gesto con la cabeza y le sonrío, pero él frunce el ceño y se aprieta aún más al cuello de su padre. Por lo visto, son grandes amigos.

Cuando deambulo por las calles, me gusta fijarme en transeúntes totalmente desconocidos, estudiar sus rostros y tratar de adivinar quiénes son, cómo viven, a qué se dedican y qué es lo que les preocupa en ese momento. Al contemplar a ese artesano con el niño, me dio por pensar que la esposa debía de haber muerto no hacía más de un mes y, no sé por qué, me pareció que la causa de la muerte tenía que haber sido la tisis. Del niño huérfano (su padre se pasa toda la semana trabajando en un taller) se ocupa por el momento una viejecita que vive en el subsuelo, donde ellos tienen alquilado un cuartucho, quizá poco más que un rincón. Hoy domingo el viudo y el niño han ido a algún lugar lejano, allá por Víborg, donde vive el único pariente que les queda, acaso la hermana de la difunta, a la que antes apenas visitaban y que se ha casado con un suboficial con galones; seguramente viven en un enorme edificio oficial, también en el sótano, pero en un apartamento de su propiedad. La hermana quizá ha dejado escapar unos cuantos suspiros al recordar a la difunta, pero no muchos; probablemente el viudo tampoco suspirará mucho durante la visita, pero estará todo el tiempo sombrío, hablará poco y rara vez; sacará a colación sin falta algún asunto relativo al trabajo, pero pronto se desentenderá también de ese tema. Probablemente prepararán el samovar y tomarán una taza de té con un terrón de azúcar en la boca. El niño pasará todo el tiempo sentado en un banco del rincón, ceñudo y enfurruñado, y por último acabará adormeciéndose. Su tía y su marido apenas le prestarán atención, pero de todos modos, al final, le darán un poco de leche y un pedazo de pan, momento que aprovecha el suboficial, que hasta entonces no ha hecho al niño el menor caso, para gastarle una broma en principio afectuosa, pero en realidad subida de tono e inapropiada, y que él es el primero (y por lo demás el único) en reír, mientras el viudo, por el contrario, ha aprovechado la ocasión para reprender al niño con severidad y sin razón aparente; el resultado es que al niño le han entrado

ganas de ir al servicio y entonces el padre, sin levantar ya la voz y con aspecto serio, lo ha sacado un instante de la habitación... Se despiden con la misma solemnidad y dignidad con que conversaron, observando todas las reglas de la cortesía y el decoro. El padre ha cogido al niño en brazos y ha emprendido el camino de vuelta, desde Víborg hasta Liteini. Mañana volverá al taller y el niño se quedará con la viejecita. Y así, mientras paseo, voy imaginando cuadros ociosos de ese tipo para distraerme. Es una ocupación desatinada, de la que «no cabe extraer ninguna enseñanza». Por eso me siento deprimido esos domingos de vacaciones, en las calles polvorientas y sombrías de San Petersburgo. ¿Cómo? ¿Que jamás se os había ocurrido que las calles de San Petersburgo son sombrías? ¡En mi opinión es la ciudad más sombría que puede haber en el mundo!

Es verdad que también los días laborables hay muchos niños por la calle, pero los domingos por la tarde es como si hubiera diez veces más. Y qué demacrados, pálidos, enclenques y anémicos están todos; qué rostros más sombríos tienen, sobre todo aquellos que aún llevan en brazos; los que ya andan tienen todas las piernas torcidas y al caminar se balancean de un lado a otro. Por lo demás, suelen ir bien vestidos. Pero, Señor, un niño es como una flor, como una hoja que brota en la rama en primavera: necesita luz, aire, espacio, alimentos frescos; y en lugar de eso se marchita en un sótano sofocante lleno de olor a *kvas* o a col, con un hedor horrible por las noches, toma alimentos poco sanos, vive rodeado de cucarachas y pulgas, humedad, paredes que rezuman; y fuera, polvo, ladrillos y cascotes.

Pero los padres aman a esos niños pálidos y enclenques. Ahí tenéis a una niña de tres años, muy guapa con su vestidito ligero, que corre hacia su madre, sentada ante el portal con un grupo numeroso de vecinas que se han reunido para charlar una horita o dos. La madre, mientras conversa, vigila con el rabillo del ojo a la niña, que juega a diez pasos de distancia. La niña se inclina para coger algo, acaso una piedrecita, se pisa sin darse cuenta el bajo de la falda y no consigue levantarse; lo intenta un par de veces, se cae y se echa a llorar. La madre se pone en pie para socorrerla, pero ya he tenido yo tiempo de levantarla. Nada más incorporarse, me dirige una mirada rápida y curiosa, aun con lagrimillas en los ojos, y a continuación, un poco asustada y confundida, se abalanza sobre su madre. Yo me acerco y pregunto cortésmente qué edad tiene la niña; la madre me responde de un modo educado, pero con mucha reserva. Le digo que yo también tengo una niña de esa edad, pero mis palabras quedan sin respuesta. «Tal vez seas un buen hombre —me dice con la mirada—, pero no sé qué haces ahí parado; más valdría que te marcharas.» Toda la gente que estaba conversando guarda también silencio y parece pensar lo mismo. Me llevo la mano al sombrero y sigo mi camino.

Allí, en una concurrida encrucijada, otra niña se ha quedado detrás de su madre, que hasta ese momento la llevaba cogida de la mano. Lo que ha pasado, en realidad, es que la mujer ha visto de pronto, a unos quince pasos de ella, a una amiga que iba a visitarla, y, confiando en que la niña sabía el camino, la soltó y corrió al encuentro de

su invitada; pero la pequeña, al quedarse de pronto sola, se asustó, se puso a gritar y, bañada en lágrimas, salió detrás de su madre.

Un transeúnte con el pelo blanco y barba, que no las conoce de nada, se interpone de repente en el camino de la mujer y la coge por el brazo:

—¿Por qué corres de ese modo? ¿No ves que la niña se ha quedado rezagada y está llorando? No puedes hacer eso, la vas a asustar.

La mujer estaba a punto de contestarle con algún impropio, pero se lo pensó mejor y no dijo nada. Sin ningún signo de enfado o de impaciencia, cogió de la mano a la niña, que ya la había alcanzado, y se acercó a su amiga con pasos ya más comedidos. El hombre se la quedó mirando con severidad y luego siguió su camino.

Cuadros vanos, completamente vanos, que hasta da vergüenza insertar en el diario. De ahora en adelante trataré de ser mucho más serio.

XV

UNAS PALABRAS SOBRE LA MENTIRA

¿Cómo es posible que todos nosotros, del primero al último, mintamos? Estoy seguro de que en este punto van a interrumpirme, gritando: «¡Eh, no diga usted bobadas! ¡Todo el mundo no! ¡Como no sabe usted de qué hablar, se inventa todo esto para llamar la atención desde el principio!». Ya me han reprochado antes eso de escribir sin tener nada que decir; pero el caso es que estoy totalmente convencido de que entre nosotros la mentira tiene un alcance universal. Vives cincuenta años con una idea, la ves y la palpas, y de pronto adquiere tal aspecto que parece que no la has conocido nunca. Hace poco me dio por pensar que entre las clases educadas rusas no puede encontrarse ni una sola persona que no mienta. Y llegué a esa conclusión porque en nuestro país pueden mentir hasta las personas honradas a carta cabal. Estoy convencido de que en la inmensa mayoría de las demás naciones sólo mienten los canallas; y lo hacen por razones prácticas, es decir, con fines claramente criminales. En cambio, entre nosotros, las personas más honradas pueden mentir de manera completamente gratuita y con los fines más altruistas. En nuestro país, en la inmensa mayoría de los casos, se miente por cortesía. Si alguien quiere producir una impresión estética en el oyente, hacer que se sienta bien, recurre a la mentira, sacrificándose incluso al oyente, por decirlo de algún modo. Que cualquiera de vosotros trate de recordar: ¿no os ha sucedido, por ejemplo, multiplicar por veinte el número de verstas que habéis cubierto a caballo en una hora, con el único objeto de aumentar el placer del oyente? ¿Y no se alegró éste tanto que de pronto se puso a hablar de una troika que había ganado la apuesta de adelantar a un tren, etc.? ¿Y qué me decís de las hazañas de los perros de caza, o de los dientes postizos que os pusieron en París o de cómo os curó aquí Botkin? ¿Y no habéis contado tales milagros sobre vuestras

enfermedades que, a pesar de que vosotros mismos empezasteis a creerlos a mitad de la historia (ya que a mitad de la historia uno siempre empieza a creer lo que dice), cuando os vais a acostar por la noche y recordáis con satisfacción la agradable sorpresa de vuestro oyente, os detenéis un momento e involuntariamente decís: «¡Ah, vaya trola le he soltado!»?. No obstante, ese ejemplo no es muy adecuado, ya que no hay nada más agradable que hablar de las enfermedades propias, suponiendo que encontréis a alguien dispuesto a escucharos; además, en cuanto se pone uno a hablar, es imposible no mentir: es algo que hasta tiene efectos curativos. Así, al volver del extranjero, ¿no habéis contado miles de cosas que habéis visto «con vuestros propios ojos»? No obstante, retiro también este ejemplo: un ruso que vuelva a su país, no puede dejar de exagerar al hablar «del extranjero»; de otro modo, no habría razón para viajar allí. ¡Pero tomemos, por ejemplo, las Ciencias Naturales! ¿No habéis hablado de las Ciencias Naturales o de la bancarrota y huida al extranjero de algún judío de San Petersburgo o de otro lugar, sin tener la menor idea de quiénes son esos judíos ni saber una palabra de Ciencias Naturales? Y decidme, ¿no habéis contado nunca una anécdota que supuestamente os sucedió a vosotros a la misma persona que os la contó sobre sí mismo? ¿Acaso habéis olvidado cómo, al llegar a la mitad de la historia, os acordasteis de pronto y adivinasteis lo que estaba pasando, como confirmaba claramente la mirada de sufrimiento de vuestro oyente, clavada con obstinación en vuestra cara? (pues, no se sabe por qué, en tales casos la gente mira a su interlocutor con una tenacidad decuplicada); recordad cómo, sin hacer caso de nada y habiendo perdido todo el humor, seguisteis balbuciendo vuestra historia, con un valor digno de mejor causa, y os despedisteis con nerviosas y apresuradas muestras de cortesía, apretones de manos y sonrisas, dándoos tanta prisa que, cuando se os ocurrió de pronto —sin venir a cuento—, llevados de un paroxismo final, dirigir desde la escalera a vuestro interlocutor, que ya se había girado, una pregunta sobre la salud de su tía, éste no se volvió ni respondió a vuestra pregunta; y ése fue para vosotros el momento más penoso del todo el incidente. En suma, si alguien me respondiera a todo eso que *no*, es decir, si pretendiera que jamás ha contado como propias anécdotas ajenas, que jamás ha mencionado a Botkin, que jamás ha mentido sobre los judíos, que jamás ha preguntado desde la escalera por la salud de la tía de alguien y que jamás le ha sucedido nada semejante, simplemente no le creería. Sé que el mentiroso ruso miente de manera inconsciente, de suerte que bien podría no darse cuenta. Esto es lo que suele suceder: en cuanto una persona dice una mentira y le sale bien, se aficiona tanto que incluye la anécdota entre los hechos incontrovertibles de su propia vida; y actúa de buena fe porque él mismo se lo cree de principio a fin; de hecho, en algunos casos, sería antinatural no creerlo.

—¡Ah, qué bobada! —vuelven a decirme—. Son mentiras inocentes, fruslerías, nada importante.

De acuerdo. Yo mismo reconozco que se trata de algo bastante inocente y que sólo revela rasgos nobles de carácter, por ejemplo, un sentimiento de gratitud. Porque

si os escucharon cuando mentáis, no tenéis más remedio que escuchar las trolas de vuestro interlocutor, aunque sólo sea por gratitud.

Una delicada reciprocidad en la mentira es casi el primer requisito de la sociedad rusa, de todas las reuniones rusas, veladas, casinos, sociedades científicas y demás. En realidad, en tales casos, sólo algún zoquete, defensor a ultranza de la sinceridad, sale en defensa de la verdad y empieza a dudar del número de verstas que habéis recorrido o de los milagros de Botkin. Pero sólo actúan de ese modo personas despiadadas y hemorroidales, que no tardan en recibir el castigo que merecen, del que luego se sorprenden. Gente mediocre. Sin embargo, todas esas mentiras, a pesar de su inocencia, revelan rasgos fundamentales y extremadamente importantes de nuestro carácter, hasta el punto de que están empezando a afectar a casi todo el mundo. Por ejemplo, revelan ante todo que nosotros, los rusos, tememos a la verdad por encima de todo, es decir, no es que la temamos, sino más bien que solemos considerarla algo demasiado aburrido y prosaico, insuficientemente poético, demasiado vulgar; en consecuencia, a fuerza de evitarla en todo momento, se ha convertido en una de las cosas más inhabituales y raras de nuestro mundo ruso (no me refiero al periódico de ese nombre). Así pues, hemos desamparado totalmente el axioma que dice que la verdad es lo más poético del mundo, especialmente en su estado más puro; además, es incluso más fantástica que todo cuanto pueda inventar y concebir la ingeniosa mente humana. En Rusia la verdad casi siempre asume un carácter totalmente fantástico. En realidad, la gente ha llegado a un punto en que comprende bastante mejor las mentiras que teje y reteje la mente humana que la verdad; y eso es así en todos los casos. La verdad está sobre la mesa, delante de los hombres, desde hace cien años, pero no la cogen; prefieren perseguir invenciones, precisamente porque consideran la verdad fantástica y utópica.

La segunda cosa que revela esa afición a la mentira, común a todos los rusos, es que nos avergonzamos de nosotros mismos. En efecto, cada uno de nosotros lleva dentro de sí una vergüenza de su propia persona que parece innata, de suerte que, en cuanto nos encontramos en sociedad, nos esforzamos, sin perder un instante y cueste lo que cueste, por aparentar algo diferente de lo que somos; todos tratamos de presentarnos con una cara distinta de la nuestra.

Ya comentaba Herzen, hablando de los rusos en el extranjero, que no saben comportarse en público: hablan en voz alta cuando los demás callan y no saben decir una palabra cortés y natural cuando es preciso. Y tiene toda la razón: en seguida empiezan las contorsiones, las mentiras, las dolorosas convulsiones; de pronto sienten la necesidad de avergonzarse de todo, de ocultar y disimular su rostro ruso, que es el que Dios les ha dado, y de mostrar otro distinto, lo más extraño y menos ruso posible. Y todo eso por el convencimiento íntimo y rotundo de que cualquier rostro ruso es insignificante, cómico y hasta oprobioso, de que si adoptan un aire francés o inglés —en una palabra, distinto del suyo— tendrán un aspecto mucho más respetable, bajo el que nadie podrá reconocerlos. Llegados a este punto, me gustaría señalar algo muy

característico: esa infame vergüenza de uno mismo, ese vil rechazo de la personalidad propia es inconsciente en la mayoría de los casos; es algo convulsivo e invencible; pero, conscientemente, los rusos —aun los que más reniegan de sí mismos— no reconocen con tanta facilidad su insignificancia y exigen respeto a toda costa: «Soy como los ingleses —razona el ruso—, así que tienen que respetarme también a mí, como respetan a todos los ingleses». Ese tipo preponderante de nuestra sociedad se ha ido formando a lo largo de doscientos años, de acuerdo con este infalible principio, establecido también hace doscientos años: «Nunca y bajo ninguna circunstancia ser uno mismo, asumir siempre otra cara y ocultar la propia; avergonzarse en todo momento de sí mismo y no parecerse jamás a lo que uno es». Y los resultados saltan a la vista. No hay en el mundo un alemán, un francés o un inglés que, al reunirse con otros, se avergüence de su persona, si no le remuerde la conciencia de haber hecho algo malo. El ruso sabe muy bien que no hay ningún inglés capaz de hacer eso; y el ruso instruido sabe también que no avergonzarse de su persona, se encuentre donde se encuentre, es precisamente el rasgo principal y esencial de la dignidad personal. Por eso quiere aparecer en seguida como un francés o un inglés, para que le tomen cuanto antes por una de esas personas que jamás y en ninguna parte se avergüenzan de sí mismas.

«Fruslerías y viejas historias que ya hemos oído miles de veces», dirán de nuevo algunos. De acuerdo, pero he aquí algo todavía más característico. Hay un rasgo que todo ruso de los círculos cultivados, al presentarse en sociedad o en público, cuida celosamente y del que no puede prescindir. (En casa o en la intimidad es otra cosa.) Ese rasgo es la inteligencia, el deseo de parecer más inteligente de lo que es; y, lo que no deja de ser significativo, no el deseo de parecer más inteligente que todos o que alguno en particular, sino solamente *no más tonto que los demás*. «Venga, reconoce que no soy más tonto que los demás y yo pensaré lo mismo de ti.» De nuevo estamos ante algo que cabría definir como gratitud mutua. Es sabido, por ejemplo, que ante una autoridad europea el ruso se inclina con alegría y deferencia, sin permitirse el menor análisis; en tales circunstancias hasta da muestras de un marcado desprecio por el análisis. Muy distinto es el caso cuando ese personaje genial ha caído del pedestal o simplemente ha pasado de moda: entonces no hay nadie más severo con ese personaje que la clase intelectual rusa; su arrogancia, su desprecio y sus burlas no conocen límites. Luego nos sorprendemos ingenuamente cuando nos enteramos de golpe de que en Europa siguen respetando a ese personaje que entre nosotros se ha caído del pedestal y siguen rindiéndole el merecido tributo. Pero en cambio ese mismo ruso, por mucho que se incline ante un genio de moda, sin el menor análisis, jamás y bajo ninguna circunstancia se reconocerá más tonto que ese genio ante el que acaba de inclinarse, por más europeísta que sea. «Bueno, ahí están Goethe, Liebig y Bismarck, pero yo no soy menos», eso es lo que, llegados a ese punto, se imagina cualquier ruso, hasta el más digno de desprecio. Aunque no es que se lo imagine,

porque la conciencia apenas interviene en ese proceso; se trata más bien de que todo contribuye a mantenerlo en esa opinión. Es una especie de sensación continua de amor propio ocioso, caprichoso y completamente injustificado. En una palabra, el ruso de las clases superiores nunca y bajo ninguna circunstancia puede llegar a la que quizá sea la manifestación más alta de la dignidad humana, es decir, a reconocerse menos inteligente que otro, cuando ese otro realmente es más inteligente que él; ni siquiera sé si hay excepciones a esa regla. Que no se ría nadie de mi «paradoja». Ese rival de Liebig, que quizá no ha terminado el bachillerato, naturalmente no pondrá en duda la primacía de Liebig cuando le dicen y le aseveran que está en presencia de Liebig. Guardará silencio, pero sentirá deseos de dar ese paso, incluso delante de Liebig... Otra cosa sería, por ejemplo, que se encontrara con Liebig sin saber quién es, pongamos en un vagón de tren. En ese caso, en cuanto la conversación versara sobre química y nuestro caballero lograra meter baza, no cabe duda de que sería capaz de mantener un debate de altura, en términos científicos, aunque de química sólo conozca el nombre. Por supuesto, Liebig se sorprendería, pero, quién sabe, quizá a ojos de los oyentes se alzaría con la victoria. Pues la audacia del ruso a la hora de hablar de ciencia casi no conoce límites. Se produce aquí un fenómeno que únicamente se da entre las clases ilustradas rusas: no sólo no dudan de su propia inteligencia, *desde el momento en que se encuentran en público*, sino tampoco de la magnitud de su saber, si es de eso de lo que se trata. Lo de la inteligencia puede entenderse, pero en lo que respecta al saber, parece que cada cual debería saber a qué atenerse...

Por supuesto, todo eso sucede sólo en público, cuando uno está rodeado de extraños. Pero en casa, a solas con uno mismo... Bueno, en casa y en privado no hay ni un solo ruso que se preocupe de su instrucción ni de su saber; ni siquiera se plantea esa cuestión... Y si se la plantea, lo más probable es que, incluso en casa, la resuelva a su favor, aunque sea plenamente consciente de las limitaciones de su formación.

No hace mucho yo mismo tuve ocasión de escuchar, durante un viaje en tren de dos horas, toda una disertación sobre lenguas clásicas. Uno hablaba y los demás escuchaban. Era un caballero a quien ninguno de los pasajeros conocía, de buena presencia, edad madura, aspecto reservado y señorial, que hablaba con autoridad y sin apresurarse. Ha conseguido interesar a todos. Salta a la vista, desde las palabras iniciales, no sólo que es la primera vez que habla de ese tema, sino también que probablemente es la primera vez que piensa en él, de suerte que su discurso no es más que una brillante improvisación. Rechazó de manera categórica la enseñanza de lenguas clásicas y calificó su introducción en Rusia de «estupidez histórica y fatal»; por lo demás, ésa fue la única expresión brusca que se permitió; el tono elegido era muy elevado y su desprecio por la cuestión tan grande que ni siquiera se acaloró. Los motivos en los que fundamentaba su argumentación eran elementales a más no poder, dignos acaso de un escolar de trece años, casi los mismos en los que se apoyan algunos de nuestros periódicos en sus campañas contra las lenguas clásicas; por

ejemplo, que, «ya que todas las obras latinas han sido traducidas, no hay necesidad de aprender latín», y otras cosas por el estilo. Produjo un efecto extraordinario en nuestro vagón; muchos pasajeros —sobre todo mujeres— le dieron las gracias, al despedirse de él, por el placer que les había procurado. Estoy convencido de que al marcharse se sentía muy orgulloso de sí mismo.

En los últimos tiempos las conversaciones que se desarrollan en lugares públicos (ya sea en un vagón de tren o en otros lugares) son muy distintas de las de antaño; ahora la gente quiere escuchar e instruirse sobre temas de interés general y social. En realidad, resulta muy difícil en nuestro país entablar conversaciones públicas; todos guardan un obstinado silencio antes de decidirse a pronunciar palabra; pero, cuando echan a hablar, entran en tal estado de excitación que casi hay que cogerlos por el brazo. Las conversaciones más reservadas, serias y, por decirlo así, más elevadas y confidenciales se ocupan, en su mayor parte, de asuntos bursátiles o gubernamentales, pero desde el punto de vista de un iniciado, que requiere el conocimiento de grandes secretos y cuestiones desconocidos por el gran público. El gran público escucha en silencio, con respeto, y los parlanchines ganan en prestigio. Ni que decir tiene que apenas se creen los unos a los otros, pero casi siempre se despiden llenos de satisfacción e incluso con cierta gratitud mutua. La clave para viajar de un modo agradable y entretenido en nuestros trenes consiste en dejar mentir a los demás y creerse todo lo que se pueda; en ese caso, también ellos accederán a escuchar vuestras mentiras, si es que sentís la tentación de causar algún efecto; así pues, la ventaja es recíproca. Pero, como ya he dicho, también hay temas de interés general, palpitantes, actuales, sobre los que todo el mundo da su parecer, y no sólo con la intención de pasar un rato agradable. Lo repito: la gente está ávida de aprender, de entender los problemas actuales; buscan y solicitan —sobre todo las mujeres, en especial las madres de familia— personas que les instruyan. Lo más notable es que, a pesar de toda esa extraordinaria curiosidad y esa significativa ansia de preceptores y maestros, a pesar de esas aspiraciones tan nobles, a esa gente se la puede satisfacer con gran facilidad, y a veces de la manera más inesperada; se lo creen todo; están muy mal provistos y pertrechados, mucho peor de lo que podría haber sospechado la imaginación más desaforada hace unos años, cuando era mucho más difícil sacar conclusiones precisas de la sociedad rusa que en la época actual, en que disponemos de más hechos e informaciones. Puede decirse positivamente que cualquier parlanchín con modales un tanto respetables (los modales respetables es algo por lo que nuestro público, ay, sigue mostrando una gran debilidad, a pesar de la labor educativa, cada vez más extensa, de los folletones) puede imponerse a los oyentes, convencerles de lo que se le antoje, ganarse su gratitud y retirarse muy satisfecho de sí mismo. La única condición indispensable, ni que decir tiene, es que sea liberal. En otra ocasión, también en un vagón y también hace poco, tuve que escuchar toda una disertación sobre el ateísmo. El orador, un caballero de aspecto mundano, aire de ingeniero, mirada sombría y un ansia enfermiza de auditorio, empezó hablando de los

monasterios. De esa cuestión no sabía absolutamente nada: tomaba la existencia de los monasterios como algo inseparable de los dogmas de la fe; se figuraba que los monasterios son sufragados por el Estado y que cuestan millonadas al erario público; olvidando que los conventos constituyen asociaciones totalmente libres de personas, igual que cualquier otro tipo de asociación, reivindicaba, en nombre del liberalismo, que fueran abolidos como si se tratara de alguna tiranía. Acabó defendiendo un ateísmo total e ilimitado, en nombre de las ciencias naturales y las matemáticas. No paraba de referirse a las ciencias naturales y las matemáticas, aunque en el curso de su disertación no sacó a colación ni un solo dato de esas ciencias. También en este caso sólo hablaba él; los demás se limitaban a escuchar. «Enseñaré a mi hijo a ser un hombre honrado; eso es todo», comentó a modo de conclusión, con la plena y evidente convicción de que las buenas acciones, la moralidad y la honradez son algo dado y absoluto, que no depende de nada y que uno puede sacarse del bolsillo en caso de necesidad, sin esfuerzo, dudas o perplejidades. Ese caballero cosechó también un éxito clamoroso. Entre los oyentes había oficiales, ancianos, señoras y niños ya mayores. Al despedirse, le dieron las gracias fervorosamente por el placer que les había proporcionado, y una de las señoras, madre de familia, vestida con elegancia y bastante bonita, declaró en voz alta y con una alegre sonrisa que ahora estaba plenamente convencida de que en su alma no había «más que vapor». También ese caballero debió de retirarse con un particular sentimiento de amor propio.

Es ese amor propio lo que me desconcierta. Naturalmente, que haya tontos y charlatanes no debe sorprender a nadie; pero no cabe duda de que ese caballero no era tonto. Seguramente tampoco era un canalla o un granuja; hasta es probable que fuera un hombre honrado y un buen padre. Simplemente no sabía nada de las cuestiones que trataba de resolver. Si al menos se le pasara por la cabeza una hora, un día o un mes más tarde: «Amigo mío, Iván Vasílevich (o como se llame), cómo has podido soltar ese discurso cuando no entiendes una sola palabra del tema que estabas tratando. Lo sabes mejor que nadie. Te has referido a las ciencias naturales y las matemáticas cuando eres el primero en saber que has olvidado hace mucho tiempo las pocas matemáticas que aprendiste en tu escuela técnica, que además no eran tu fuerte, y que en punto a ciencias naturales no tienes la menor idea. ¿Cómo te has atrevido a hablar así? ¿Cómo pretendes enseñar a nadie? Sabes muy bien que no has hecho más que mentir, y, sin embargo, sigues sintiéndote orgulloso de ti mismo. ¿Cómo no te da vergüenza?».

Estoy convencido de que puede hacerse todas esas preguntas, aunque esté muy ocupado con sus «asuntos» y tenga poco tiempo para cuestiones ociosas. También estoy plenamente convencido de que esas palabras se le han pasado por la cabeza, aunque sea de forma fugaz. ¡Pero *no ha sentido vergüenza, no le ha remordido la conciencia!* En mi opinión, es esa especie de falta de conciencia de las clases cultivadas rusas lo que constituye un auténtico fenómeno. Poco importa que sea tan habitual y frecuente entre nosotros y que nos hayamos acostumbrado tanto a ella que

ya no le prestemos atención; sigue siendo un hecho sorprendente y asombroso. Testimonia tal indiferencia ante el juicio de la propia conciencia o —lo que viene a ser lo mismo— tal extraordinaria falta de respeto por uno mismo que acaba uno desesperándose y perdiendo cualquier esperanza de que esa gente y esa sociedad pueda producir, ni siquiera en el futuro, algo independiente y beneficioso para la nación. El público —entendiendo por ese término la apariencia exterior, la fachada europea, la ley dictada por Europa de una vez por todas—, ese público ejerce sobre cada ruso un efecto abrumador: en público es un europeo, un ciudadano, un caballero, un republicano, con una conciencia y una opinión propia firmemente establecida. Pero en casa y en la intimidad piensa: «Bueno, ya pueden darme de palos, pero todas esas opiniones me importan un bledo». El teniente Pirógov^[26], apaleado hace unos cuarenta años en la Bolshaia Meschánskaia por el cerrajero Schiller, era una terrible profecía, la profecía de un genio que ha adivinado prodigiosamente el futuro, ya que los Pirógov se han vuelto tan numerosos que no se puede apalea a todos. Recordad que el teniente, inmediatamente después de su aventura, se comió un pastel de hojaldre y que esa misma tarde causó una gran impresión bailando la mazurca en casa de un importante funcionario que celebraba su onomástica. ¿Creéis acaso que al trazar las figuras de la mazurca y marcar los pasos con sus miembros maltratados tan poco tiempo antes pensaba que apenas habían pasado dos horas desde que lo apalearon? Pues claro que lo pensaba. ¿Y sentía vergüenza? ¡Pues claro que no! A la mañana siguiente, cuando se despertó, sin duda se dijo: «¡Bueno, al diablo! ¿Vale la pena tomar alguna medida cuando nadie sabe nada?». Naturalmente, ese «vale la pena tomar alguna medida» revela, por un lado, una gran capacidad de adaptación a cualquier circunstancia y, al mismo tiempo, la gran amplitud de nuestra naturaleza rusa, ante cuyas cualidades palidece y se difumina hasta lo más ilimitado. Doscientos años sin dar muestra de la menor independencia de carácter, doscientos años recibiendo escupitajos en la cara han reducido de forma tan drástica las dimensiones de la conciencia rusa que... decidme, ¿qué se puede esperar de ella?

Estoy convencido de que el teniente era capaz de llegar a tales límites, o a tal ausencia de límites, que quizá esa misma noche, mientras bailaba la mazurca, se declaró a su dama, la hija mayor del anfitrión, y pidió formalmente su mano. La imagen infinitamente *trágica* de esa señorita, que ataca con ese mocetón una danza embriagadora y no sabe que a su caballero lo han apaleado hace apenas una hora y que todo eso no le importa nada. ¿Y qué pensáis? Si se hubiera enterado y a pesar de todo el teniente hubiera pedido su mano, ¿se habría casado con él (naturalmente a condición de que nadie más lo supiera)? ¡Ay, claro que se habría casado!

Y sin embargo, creo que puede excluirse del número de los Pirógov y, en general, del número de los «espíritus ilimitados», a la inmensa mayoría de nuestras mujeres. Nuestra mujer se distingue cada vez más por la sinceridad, la perseverancia, la seriedad, el honor y un ansia de verdad y sacrificio; en realidad, todas esas virtudes han sido siempre más relevantes en la mujer rusa que en el hombre. Es un hecho que

no admite discusión, a pesar de todas las desviaciones actuales. Las mujeres son menos dadas a la mentira y muchas incluso no mientan jamás, mientras que apenas se encuentran hombres que no mientan (me refiero al momento actual de nuestra sociedad). La mujer es más perseverante y más paciente en su labor; es *más seria* que el hombre y aspira a la acción por la acción, no por el mero *parecer*. ¿No podemos esperar, entonces, una gran ayuda por ese lado?

XVI

UNA DE LAS FALSEDADES DE NUESTRO TIEMPO

Algunos de nuestros críticos han señalado que en mi última novela, *Los demonios*, utilizaba la historia del conocido caso Necháiev; pero al mismo tiempo han confesado que en mi novela no aparecen retratos propiamente dichos ni una reproducción literal de la historia de Necháiev; añaden que me he ocupado de ese acontecimiento con la única intención de explicar cómo puede producirse en nuestra sociedad, considerándolo como un fenómeno social, no bajo un aspecto anecdótico o en forma de mera descripción de un incidente particular acaecido en Moscú. Puedo dar fe de que todo eso es completamente cierto. En mi novela no me ocupó personalmente del famoso Necháiev ni de su víctima, Ivánov. La figura de *mi* Necháiev no se parece, naturalmente, al verdadero Necháiev. Quería plantear una cuestión y darle respuesta en forma de novela de la manera más clara posible: ¿cómo es posible que en nuestra cambiante y sorprendente sociedad contemporánea haya no ya un Necháiev, sino varios, y cómo se explica que esos Necháiev consigan reclutar correligionarios?

Y he aquí que hace poco —en realidad hace ya un mes— leí en *El Mundo Ruso* las curiosas líneas siguientes:

creemos que el asunto Necháiev ha podido convencernos de que nuestros *estudiantes* no suelen mezclarse en semejantes locuras. Un fanático medio idiota, como era Necháiev, pudo encontrar prosélitos sólo entre una juventud ociosa, sin apenas instrucción y que se ocupa de cualquier cosa menos de estudiar.

Y más adelante:

tanto más cuanto que hace unos días el ministro de Instrucción Pública (en Kíev) ha declarado que, después de haber inspeccionado los establecimientos educativos de siete distritos, está en condiciones de asegurar que «*en los últimos años la juventud se toma mucho más en serio sus estudios y trabaja incomparablemente más y de manera más consciente*».

Tomadas en sí mismas, es decir, juzgándolas con independencia de los hechos, esas líneas son bastante insignificantes (espero que el autor me perdone). Pero contienen una distorsión y una vieja mentira de la que ya estamos hartos. La idea fundamental, en última instancia, es que los Necháiev, aunque de vez en cuando aparecen entre

nosotros, son todos, indefectiblemente, unos idiotas y unos fanáticos, y si consiguen hacerse con algún prosélito es «sólo entre una juventud ociosa, sin apenas instrucción, que se ocupa *de cualquier cosa* menos de estudiar». En realidad, no sé qué quería probar con esa distorsión el autor de ese articulillo de *El Mundo Ruso*: ¿ha querido halagar a los estudiantes? O, por el contrario, mediante una astuta maniobra y, en forma de lisonja, por decirlo así, ha pretendido engañarlos un poco, aunque con la mejor intención —es decir, en interés de la propia juventud—, recurriendo para ese fin a un procedimiento que las ayas y nodrizas suelen emplear con los pequeños: «Mirad, hijos míos, qué traviesos son esos niños, cómo gritan y se pegan; están tan “mal educados” que en casa seguramente tendrán que zurrarlos; vosotros, en cambio, sois muy buenos y obedientes; os sentáis con compostura a la mesa y no armáis bulla con los pies; así que seguramente recibiréis una golosina». O bien, lisa y llanamente, el autor ha querido «defender» a nuestros estudiantes ante el gobierno, empleando para ello un medio que tal vez considere extraordinariamente astuto y sutil.

Lo diré con toda franqueza: aunque me he planteado todas esas cuestiones, los fines personales del autor del articulillo de *El Mundo Ruso* no despiertan en mí la menor curiosidad. Me gustaría añadir, además, para que mi postura quede totalmente clara, que, en el presente caso, me inclino a considerar la mentira y la vieja y manida distorsión que contiene la idea expresada por *El Mundo Ruso* fortuitas y no premeditadas, es decir, considero que el autor del articulillo cree plenamente en sus propias palabras y las toma por verdaderas, con esa suprema ingenuidad que en cualquier otro caso sería laudable y de una inocencia en verdad conmovedora. Pero, dejando a un lado que una mentira tomada por verdad asume siempre el aspecto más peligroso (aunque aparezca en *El Mundo Ruso*), lo que más salta a la vista es que nunca se ha manifestado en una forma tan desnuda, precisa y desprovista de artificio como en ese artículo. Verdaderamente, hay gente que, si se la obliga a prosternarse ante Dios, son capaces de romperse la cabeza contra el suelo. En ese sentido es interesante seguir las huellas de esa mentira y desenmascararla en la medida de lo posible, pues vaya usted a saber cuándo tendremos ocasión de volver a toparnos con una ingenuidad tan desprovista de artificio.

Desde los tiempos seudoliberales más antiguos nuestra prensa ha considerado su deber «defender a la juventud». ¿De quién? ¿De qué? La respuesta a esas cuestiones a veces aparece envuelta en las tinieblas de lo desconocido, de modo que el asunto asume un aire sumamente ridículo y hasta cómico, sobre todo cuando se acompaña de ataques a otros medios de comunicación, más o menos de este tenor: «Nosotros somos más liberales; vosotros, que atacáis a la juventud, sois unos reaccionarios». Señalaré entre paréntesis que ese mismo artículo de *El Mundo Ruso* contiene una inculpação dirigida expresamente contra *El Ciudadano*, al que se acusa de supuestos ataques en bloque a los estudiantes de San Petersburgo, Moscú y Járkov. Dejando a un lado que el autor del articulillo *sabe perfectamente* que en nuestro periódico nunca ha aparecido una acusación global, me gustaría pedirle a nuestro acusador que me

explique una cosa: ¿qué quiere decir acusar a la juventud en bloque? ¡No entiendo absolutamente nada! Eso querría decir, naturalmente, que, por alguna razón, despreciamos a toda la juventud, y no tanto a la juventud en general, como a los jóvenes de cierta edad. ¿Qué disparate es ése? ¿Quién puede dar crédito a esa acusación? Es evidente que tanto la acusación como la defensa se han hecho a la buena de Dios, sin pararse siquiera a reflexionar. Sí, pero ¿merece la pena perderse en conjeturas?: «He demostrado que soy liberal, que alabo a la juventud y que me meto con quienes no la alaban, así que ya he cumplido con los suscriptores. ¡A otra cosa!». Sí, a otra cosa, pues sólo el enemigo más acérrimo de nuestra juventud podría decidirse a defenderla de *esa manera*, a salirse con una distorsión de la realidad tan sorprendente (fortuita, estoy más convencido que nunca) como la del ingenuo autor del articulillo de *El Mundo Ruso*.

Lo grave del caso es que ese método no es exclusivo de *El Mundo Ruso*, sino que es un procedimiento común a muchos órganos de nuestra prensa seudoliberal, donde quizá no se maneje con tanta ingenuidad. Consiste esencialmente, y *ante todo*, en alabar a la juventud en bloque, en todo asunto y bajo cualquier circunstancia, y en atacar groseramente a todos los que, en un momento dado, se permiten observar una actitud crítica al respecto. Ese método se basa en la absurda suposición de que la juventud sigue siendo tan inmadura y gusta tanto de halagos que es incapaz de distinguir y lo tomará todo al pie de la letra. Y en verdad han logrado ya que una buena parte de la juventud (estoy firmemente convencido de que no toda, ni mucho menos) le ha cogido el gusto a los más burdos halagos, exige elogios y está dispuesta a acusar indiscriminadamente a quienes no la aplauden en todo y a cada paso, sobre todo en ciertos casos. Sin embargo, el daño que ha causado esa actitud es sólo temporal; la experiencia y la edad cambiarán la visión de la juventud. Pero hay otro aspecto de la mentira que implica un daño inmediato y palpable.

Ese segundo aspecto del procedimiento de «defensa de nuestra juventud ante la sociedad y ante el gobierno» consiste en la mera *negación de los hechos*, una negación a veces totalmente grosera e insolente. «No, no se ha producido ni ha podido producirse ningún hecho. ¡Y quien diga lo contrario está calumniando a nuestra juventud y, en consecuencia, es su enemigo!»

Tal es el procedimiento. Repito que ni el más encarnizado enemigo de nuestra juventud podría haber inventado nada más perjudicial para sus intereses más inmediatos. Y eso es precisamente lo que quiero demostrar.

La negación de los hechos a toda costa puede conducir a resultados sorprendentes.

Decidme, señores, ¿qué probáis y cómo atenuáis la gravedad del asunto afirmando (y, sobre todo, Dios sabe con qué fin) que la juventud que se «deja arrastrar», es decir, que puede «dejarse arrastrar» (incluso por Necháiev), se compone, de manera infalible y exclusiva, de «elementos ociosos y con una formación deficiente», de quienes *hacen todo* menos estudiar; en una palabra, de

granujas con las peores inclinaciones? De esa manera, aislando el caso, sacándolo de la esfera estudiantil y reduciéndolo sólo a los «elementos ociosos y con una formación deficiente», condenáis de antemano a esos desdichados y renegáis de ellos de una vez para siempre: «Ellos mismos tienen la culpa, son unos maleducados y unos holgazanes, y no han aprendido a comportarse en la mesa como es debido». Al aislar el caso y rechazar la posibilidad de analizarlo en su contexto (y en eso consiste la única defensa posible de esas pobres «ovejas descarriadas»), no sólo estáis firmando su condena definitiva, sino que los estáis privando de cualquier compasión, ya que estáis afirmando sin más que sus extravíos se deben exclusivamente a sus odiosas cualidades y que esos jóvenes, incluso sin haber cometido crimen alguno, son dignos de desprecio y aversión.

Por otro lado, ¿qué sucedería si de pronto resultara que los implicados en algún *asunto* no son alborotadores maleducados, de esos que mueven los pies por debajo de la mesa, si no fueran holgazanes, sino por el contrario jóvenes diligentes, fervorosos, estudiantes aplicados y de buen corazón, pero mal orientados? (No perdáis de vista esa palabra: *orientados*. ¿Dónde, en qué país de Europa encontraréis en estos momentos más vacilaciones en todas las orientaciones posibles que en la Rusia de hoy?). En tal caso, según vuestra teoría de los «holgazanes y los maleducados», esos nuevos «desdichados» serán tres veces culpables: «Han dispuesto de medios, han completado su formación, han trabajado con tesón... ¡No tienen ninguna excusa! ¡Merecen tres veces menos compasión que los ociosos maleducados!». Tal es la conclusión que se desprende directamente de vuestra teoría.

Permitidme, señores (hablo en general, no me refiero sólo al colaborador de *El Mundo Ruso*): basándoos en la «negación de los hechos», aseguráis que los Necháiev sólo pueden ser idiotas, «fanáticos idiotizados». ¿Es realmente así? ¿Es eso justo? En el presente caso dejo a un lado a Necháiev y hablo de los «Necháiev» en plural. Sí, entre los Necháiev puede haber individuos muy sombríos, tétricos y degenerados, con un ansia de intriga y de poder de orígenes muy complejos y una necesidad apasionada y patológicamente precoz de poner de manifiesto su personalidad... Pero ¿por qué han de ser «idiotas»? Al contrario, hasta aquellos que son verdaderos monstruos pueden ser personas muy desarrolladas, astutísimas e incluso cultivadas. ¿O pensáis que el conocimiento, el «saber», los cuatro conceptos adquiridos en la escuela (o incluso en la universidad) forman el alma de un joven de forma tan acabada que al recibir su diploma adquiere de golpe un infalible talismán que de una vez para siempre le permite reconocer la verdad y evitar las tentaciones, las pasiones y los vicios? En suma, según vuestra teoría, todos esos jóvenes que completan sus estudios se convertirán en seguida en una especie de multitud de pequeños papas, dotados de infalibilidad.

¿Y por qué suponéis que los Necháiev deben ser obligatoriamente fanáticos? Lo más común es que sean simples granujas. «Soy un granuja, no un socialista», dice un

Necháiev; es verdad que se trata de uno de los personajes de mi novela *Los demonios*, pero os aseguro que podría haberlo dicho en la vida real. Esos granujas son muy astutos y han estudiado precisamente el lado magnánimo del alma humana, en especial del alma juvenil, para poder tocarlo como si se tratara de un instrumento musical. ¿Creéis de verdad que los prosélitos que puede reclutar entre nosotros algún Necháiev deben ser necesariamente bribones? Yo no lo creo; al menos no todos. Yo mismo soy un antiguo «nechaviano», yo también he subido al cadalso, como condenado a la pena capital, y puedo aseguraros que estaba acompañado de gente cultivada. Casi todos los que me rodeaban habían concluido sus estudios en los más altos establecimientos de enseñanza. Más tarde, *cuando todo pasó*, algunos de ellos se distinguieron por sus notables conocimientos especializados y por sus obras. No, señores, los nechavianos no son siempre simples holgazanes que no han cursado estudios de ningún tipo.

Sé que no vais a dejar de objetarme que yo no era un seguidor de Necháiev, sino de Petrashevski. Es cierto (aunque esa apelación, a mi juicio, es inadecuada, ya que, además de los que se encontraban entonces en el patíbulo, había un número mucho mayor de personas, también pertenecientes al círculo de Petrashevski, que no sufrió ninguna molestia ni contrariedad. Es verdad que no llegaron a conocer a Petrashevski, pero en esa historia ya rancia no todo giraba alrededor de Petrashevski: eso es lo que quería señalar).

Pero sigamos: yo era seguidor de Petrashevski. ¿Por qué suponéis que los seguidores de Petrashevski no habrían podido convertirse en seguidores de Necháiev, es decir, seguir su camino, *en caso de que las cosas hubieran tomado ese rumbo*? Naturalmente, en aquel momento nadie podía imaginar que *las cosas tomarían ese rumbo*. Eran tiempos muy distintos. Pero, en lo que a mí respecta, permitidme que os diga lo siguiente: es probable que jamás me hubiera convertido en un Necháiev; pero en un nechaviano... eso no puedo garantizarlo, podría haber llegado a serlo... en mis días de juventud.

He hablado de mí mismo para tener derecho a hablar de los demás. No obstante, seguiré hablando exclusivamente de mí; y si en algún caso me refiero a los demás, lo haré en general, de manera impersonal y en un sentido completamente abstracto. En cuanto al *caso* del círculo de Petrashevski, es una historia tan antigua y pertenece a un pasado tan remoto que probablemente no se derivará ningún perjuicio de que lo rememore ahora, tanto más cuanto que voy a hacerlo de una manera elusiva y abstracta.

Entre nosotros, los seguidores de Petrashevski, no había «monstruos» ni «bribones» (ni entre los que subieron al cadalso ni entre quienes salieron indemnes). Creo que nadie se atreverá a rebatir esa afirmación. También está fuera de toda duda, como ya he señalado antes, que entre nosotros había gente cultivada. Pero es evidente que había pocos que pudieran oponerse a cierto ciclo de ideas y conceptos que en aquel entonces habían arraigado tan firmemente entre los jóvenes. Nos habíamos

contagiado de las ideas del socialismo teórico de la época. En aquellos años aún no existía el socialismo político en Europa, y hasta los instigadores europeos del socialismo lo rechazaban.

No había motivo para que a Louis Blanc le abofetearan y le tiraran del pelo (largo, espeso y negro, muy a propósito para tal fin) sus colegas de la Asamblea Nacional, los diputados de la derecha, de cuyas manos lo arrancó Arago (astrónomo y miembro del gobierno, ya fallecido), esa desdichada mañana del mes de mayo de 1848 en que una muchedumbre de trabajadores impacientes y hambrientos irrumpió en la cámara. El pobre Louis Blanc, que durante algún tiempo había sido miembro del gobierno provisional, no los había incitado en absoluto: se había limitado a pronunciar un discurso, en el palacio de Luxemburgo, sobre «el derecho al trabajo» de esos hombres lamentables y hambrientos a los que la revolución y la República habían dejado de pronto sin ocupación. En verdad, dado que en cualquier caso era miembro del gobierno, sus discursos en ese sentido resultaban terriblemente improcedentes y, por supuesto, ridículos. En cuanto a la revista de *Considérant*, así como a los artículos y panfletos de Proudhon, aspiraban a difundir entre esos mismos trabajadores hambrientos y sin un céntimo una profunda aversión, entre otras cosas, al derecho de herencia. No cabe duda que de todo eso (es decir, de la impaciencia de personas hambrientas, inflamadas por teorías sobre el bienestar futuro) surgió después el socialismo político, cuya esencia, a pesar de todos los fines que proclama, sigue consistiendo únicamente en el deseo de un saqueo generalizado de todos los propietarios por parte de las clases desheredadas y después «que sea lo que sea». (Pues en realidad aún no han decidido nada sobre la sociedad futura que reemplazará a la actual; de lo único de lo que están seguros es de que hay que derribar el régimen presente: a eso se reduce, por el momento, toda la formulación del socialismo político.) Pero en aquella época las cosas seguían viéndose de color de rosa y a la luz de la moral más paradisíaca. Es realmente cierto que el naciente socialismo se comparaba entonces, incluso por algunos de sus promotores, con el cristianismo, y que se consideraba una mera corrección y una mejora de este último, en correspondencia con el espíritu de la época y de la civilización. Todas esas ideas nuevas nos encantaban entonces en San Petersburgo; nos parecían sagradas y morales en el más alto grado, y, sobre todo, universales, destinadas a convertirse en la ley futura de toda la humanidad sin excepción. Mucho antes de la revolución parisina de 1848 estábamos sometidos ya al influjo fascinante de esas ideas. Ya en 1846 Belinski me había iniciado en toda la *verdad* de ese «mundo regenerado» del porvenir y en toda la *santidad* de la futura sociedad comunista. Todas esas ideas sobre la inmoralidad de los pilares (cristianos) de la sociedad contemporánea, sobre la inmoralidad de la religión y de la familia, sobre la inmoralidad del derecho de propiedad; todas esas teorías sobre la abolición de las nacionalidades en nombre de la fraternidad universal, sobre el desprecio a la idea de patria como algo que entorpece el desarrollo general, etc., etc.: todas esas cosas ejercían una influencia que éramos

incapaces de resistir y que, por el contrario, cautivaban nuestro corazón y nuestro espíritu en nombre de cierta magnanimidad. En cualquier caso, esa concepción se nos antojaba grandiosa, muy superior a las ideas entonces dominantes, y era eso lo que nos seducía. Algunos de nosotros —es decir, no sólo quienes formaban el círculo de Petrashevski, sino en general todos los que entonces resultaron *infectados*, pero después repudiaron radicalmente todo ese delirio de visionarios, toda esa tiniebla y horror que se ofrendaban a la humanidad bajo capa de renovación y regeneración—, algunos de nosotros todavía desconocíamos las causas de nuestra enfermedad y, en consecuencia, éramos incapaces de combatirla. Por tanto, ¿qué os hace pensar que un asesinato *à la* Necháiev nos habría hecho retroceder —si no a todos, al menos a algunos de nosotros— en esos tiempos ardientes, entre tantas doctrinas que cautivaban nuestro espíritu, en medio de los devastadores acontecimientos de la Europa de aquel entonces, que nosotros seguíamos con fervoroso apasionamiento, desentendiéndonos por completo de nuestra patria?

No cabe ninguna duda de que el asesino Necháiev presentó a sus víctimas, los «nechavianos», el monstruoso y repugnante homicidio de Ivánov en Moscú como un acto político y útil a la «*gran* causa común» del porvenir. De otro modo, no puede entenderse que algunos jóvenes (fueran quienes fueran) pudieran consentir un crimen tan tenebroso. En mi novela *Los demonios* he tratado de describir, una vez más, los múltiples y diversos motivos que pueden llevar a los hombres, incluso a los más inocentes y puros de corazón, a cometer un crimen tan monstruoso. ¡Eso es lo terrible, que en nuestro país alguien pueda cometer los actos más abyectos y abominables sin ser necesariamente un canalla! Y no es algo que suceda sólo en nuestro país, sino en todo el mundo, y así ha sido desde la noche de los tiempos, en épocas de transición, en épocas en que la vida humana se altera por completo, en épocas de duda y negación, de escepticismo y vacilación de las convicciones sociales fundamentales. Pero entre nosotros ese fenómeno es más posible que en cualquier otro lugar, y especialmente en nuestra época, y ese rasgo es el más enfermizo y triste del momento presente. Que alguien se considere un hombre de bien, y en ocasiones en verdad lo sea, y sin embargo pueda cometer una villanía manifiesta e indiscutible: en eso consiste nuestra actual desgracia.

¿Con qué defensas especiales cuenta la juventud, en comparación con otras edades, para que vosotros, señores defensores de la juventud, le exijáis, desde el momento en que trabaja y estudia con aplicación, una firmeza y una madurez de convicciones de las que carecían incluso sus padres y que hoy son menos evidentes que nunca? Nuestros jóvenes de las clases educadas, crecidos en familias en las que los sentimientos que afloran con mayor frecuencia son la insatisfacción, la impaciencia y la crasa ignorancia (a pesar del nivel de instrucción de esas clases), y en las que la verdadera educación ha sido sustituida, en casi todos los casos, por una insolente negación copiada de fuera; en las que las preocupaciones materiales predominan sobre cualquier ideal elevado; en las que se educa a los hijos sin que

pisen el suelo bajo sus pies, fuera de la verdad natural, en el desdén o la indiferencia hacia la patria y ese desprecio burlón por el pueblo que tanto se ha extendido en los últimos tiempos... ¿Es allí, es en esa fuente donde nuestros jóvenes pueden encontrar la verdad y una orientación infalible que guíe sus primeros pasos en la vida? Ahí está el origen del mal: en la tradición, en el legado de las ideas, en la secular costumbre nacional de ahogar cualquier manifestación de pensamiento independiente, en el convencimiento de que, para alcanzar la dignidad de europeo, es necesario que se desprecie a sí mismo en cuanto ruso.

Pero lo más probable es que estas consideraciones demasiado generales no os convenzan. «Es cuestión de educación —repetís—, de aplicación». «Se trata de individuos ociosos y sin formación», repetís. No perdáis de vista, señores, que todos esos grandes maestros europeos, luz y esperanza nuestra, todos esos Mill, Darwin y Strauss, tienen a veces una concepción sorprendente de las obligaciones morales del hombre contemporáneo. Y sin embargo, no estamos hablando ya de holgazanes que no han estudiado nada, de muchachos traviesos que hacen ruido con los pies por debajo de la mesa. Os reís y me preguntáis por qué se me ha ocurrido mencionar esos nombres en particular. Pues porque es difícil imaginar que nuestra juventud cultivada, ardiente y estudiosa no se haya topado con ellos, citados a modo de ejemplo, desde que dieron sus primeros pasos en la vida. ¿Cabe imaginar que un joven ruso se muestre indiferente a la influencia de esos cabecillas del pensamiento progresista europeo y de otros personajes semejantes, y en particular a la derivación rusa de sus doctrinas? Perdonadme esa ridícula expresión, «la derivación rusa de sus doctrinas», pero la verdad es que esa derivación existe. Consiste en esas conclusiones extraídas de sus enseñanzas que adquieren carácter de axiomas irrefutables, aunque sólo en territorio ruso. En Europa, al parecer, ni siquiera se sospecha la posibilidad de esas conclusiones. Se me dirá, tal vez, que esos señores no enseñan nada malo; que aunque Strauss, por ejemplo, odie a Cristo y haya consagrado su vida a mofarse y denigrar el cristianismo, al mismo tiempo ha idolatrado a la humanidad en su conjunto y ha creado un conjunto de enseñanzas que no pueden ser más nobles y sublimes. Es muy posible que sea así y que los fines de todos los cabecillas contemporáneos del pensamiento progresista europeo sean filantrópicos y magníficos. Pero, en cualquier caso, hay algo que se me antoja indudable: si le dais a todos esos maestros contemporáneos plenos poderes para destruir la vieja sociedad y construir una nueva, el resultado será tal oscuridad, tal caos, algo tan grosero, ciego e inhumano que todo el edificio se vendrá abajo entre las maldiciones de la humanidad antes incluso de estar terminado. Una vez que se rechaza a Cristo, la mente humana puede llegar a resultados sorprendentes. Eso es un axioma. Europa, o al menos los más altos representantes de su pensamiento, han rechazado a Cristo; y nosotros, como se sabe, estamos obligados a imitar a Europa.

Hay momentos históricos en la vida de los hombres en que un crimen manifiesto,

insolente y abominable se considera una muestra de grandeza de ánimo, un gesto de noble valor de la humanidad, que se libera de sus cadenas. ¿Es necesario que aporte ejemplos? ¿No hay miles, decenas, cientos de miles?... Por supuesto, es un tema complejo e inmenso, y resulta muy difícil abordarlo en un artículo periodístico; pero, en último término, creo que puede admitirse la conclusión que avanzo: que incluso un muchacho honrado e ingenuo, incluso un buen estudiante, puede transformarse a veces en un nechaviano... naturalmente, siempre que se tope con un Necháiev; ésa es una condición *sine qua non*...

Los seguidores de Petrashevski que subimos al cadalso y escuchamos nuestra sentencia no experimentamos el menor arrepentimiento. Naturalmente, no puedo hablar en nombre de todos; pero creo que no me equivoco al decir que entonces, en ese momento, todos nosotros, o al menos una inmensa mayoría, habríamos considerado deshonroso renegar de nuestras convicciones. Es un caso que se remonta a un pasado lejano, así que quizá no esté de más hacerse la siguiente pregunta: ¿esa obstinación y esa falta de arrepentimiento denotan sólo una naturaleza perversa, una actitud retrógrada y pendenciera? No, no éramos camorristas, quizá no éramos ni siquiera malos chicos. La sentencia de muerte por fusilamiento, que nos habían leído previamente, no era ninguna broma; casi todos los condenados estaban convencidos de que se ejecutaría y tuvieron que soportar al menos diez minutos terribles e interminables, esperando la muerte. En aquellos momentos postreros algunos de nosotros (lo sé positivamente) nos encerramos instintivamente en nosotros mismos y repasamos en un instante toda nuestra vida, tan joven aún, arrepintiéndonos acaso de alguna mala acción (aquellas que cada hombre guarda secretamente en su conciencia toda la vida); pero no nos parecía que debiéramos arrepentirnos de la causa por la que nos habían condenado, de las ideas y nociones que se habían apoderado de nuestro espíritu; al contrario, pensábamos que era algo que nos purificaba, como una suerte de martirio, y que en ese sentido muchos de nuestros actos eran dignos de perdón. Y tal siguió siendo nuestra impresión durante mucho tiempo. Ni los años de presidio ni los sufrimientos quebrantaron nuestras convicciones. Al contrario, nada nos hizo mella, y nuestras ideas no hicieron más que reconfortar nuestro ánimo con la conciencia del deber cumplido. No, fue otra cosa lo que hizo cambiar nuestro punto de vista, nuestras convicciones y nuestros corazones (naturalmente, sólo hablo de aquellos de nosotros cuyo cambio de mentalidad es conocido y ha sido atestiguado, de uno u otro modo, por ellos mismos). Esa «otra cosa» fue el contacto directo con el pueblo, la unión fraternal con él en una desgracia común, la conciencia de ser uña y carne, de estar al mismo nivel e incluso muchos peldaños por debajo.

Repito que no se trató de un cambio repentino, sino gradual, y que se verificó después de muchísimo tiempo. No fue el orgullo ni la vanidad lo que impidió esa toma de conciencia. Y sin embargo, puede que yo fuera uno de los que encontrarán más fácil (de nuevo hablo sólo de mí mismo) volver a las raíces nacionales, al descubrimiento del alma rusa, al reconocimiento del espíritu del pueblo. Procedía de

una familia rusa y piadosa. En cuanto alcanza mi memoria, recuerdo que mis padres me querían. En casa conocíamos el Evangelio casi desde la más tierna infancia. Tenía sólo diez años y ya sabía casi todos los episodios principales de la historia rusa, en la versión de Karamzín, que nuestro padre nos leía por las tardes en voz alta. Cada visita al Kremlin y a los templos moscovitas era una ocasión solemne para mí. Puede que los demás no tuviesen la misma clase de recuerdos que yo. Pienso muy a menudo en esa cuestión y me pregunto: ¿qué impresiones, en la mayor parte de los casos, conserva de su infancia la juventud de nuestros días? Y me digo que si hasta yo, que por naturaleza no podía desentenderme orgullosamente de ese ambiente nuevo y fatal en el que nos había arrojado la desgracia; si hasta yo, que no podía contemplar el espíritu popular, tal como se manifestaba ante nosotros, con negligencia y desdén; si hasta yo, me digo, tuve tantas dificultades para convencerme al fin de la mentira y falsedad de casi todo lo que en nuestro círculo considerábamos luz y verdad, ¿en qué situación se encontrarían esos otros que se habían alejado mucho más del pueblo y en quienes ese aislamiento era herencia y legado de sus padres y abuelos?

Me sería muy difícil contar la historia de la transformación de mis convicciones, tanto más cuanto que quizá no sea interesante; además, no es un tema adecuado para un artículo de folletín...

Señores defensores de nuestra juventud, tomad en consideración el medio y la sociedad en que esa juventud ha crecido y preguntaos: ¿puede haber en nuestra época algo menos protegido de *ciertas influencias*?

Ante todo plantearos la siguiente pregunta: si los propios padres de esos jóvenes no son mejores ni más firmes ni más sanos en sus convicciones; si desde la más tierna infancia esos muchachos no han encontrado en sus propias familias nada más que cinismo, una altiva y (la mayoría de las veces) indiferente negación; si la palabra «patria» siempre ha sido pronunciada ante ellos con una entonación burlona; si todos los que se han encargado de su educación contemplaban la causa de Rusia con desprecio o indiferencia; si los padres y educadores más generosos sólo les han inculcado ideas «universales»; si ya en su infancia despedían a sus ayas cuando recitaban la oración de la Virgen junto a sus cunas... decidme entonces: ¿qué puede exigirse de esos niños? Además, ¿es humano, cuando alguien trata de defenderlos — si es que esa defensa es necesaria—, resolver el asunto con una simple negación de los hechos?

Hace poco me topé en un periódico con el siguiente *entrefilet*^[27]:

La Gaceta del Kama y del Volga informa de que hace unos días tres *alumnos* de tercer curso del Segundo Instituto de Kazán han sido acusados de un delito que estaría relacionado con *su proyectada huida a América* (*Novedades de San Petersburgo*, 13 de noviembre).

Hace veinte años la noticia de que unos alumnos de tercer curso pretendían escapar a

América me habría parecido un sinsentido. Pero el solo hecho de que *ahora* no me parezca un sinsentido, sino algo que puedo *comprender*, es ya en sí mismo una justificación.

¡Una *justificación*! ¡Dios mío, cómo se puede hablar así!

Ya sé que esos alumnos no son los primeros, que otros han huido antes que ellos, y eso porque sus hermanos mayores y sus padres habían hecho lo mismo. ¿No os acordáis de ese relato de Kelsiev en que un oficial pobre huye *a pie*, a través de Tornio y Estocolmo, para reunirse en Londres con Herzen, donde éste le coloca como tipógrafo en su imprenta? ¿No os acordáis de ese relato del propio Herzen sobre un *cadete* que se trasladó a las islas Filipinas (si no me equivoco) para fundar una comuna y que dejó a Herzen veinte mil francos para futuros emigrantes? ¡Y sin embargo, todo eso pertenece ya a un pasado remoto! Desde entonces han huido a América, en busca de «un trabajo libre en un Estado libre», ancianos, padres, hermanos, muchachos, oficiales de la guardia... tal vez los seminaristas sean los únicos que no se han decidido a dar ese paso. ¿Podemos culpar a muchachos tan jóvenes como esos tres alumnos de instituto porque sus débiles cabecitas hayan sucumbido a tan *grandes ideas*: «trabajo libre en un Estado libre», comuna, ciudadano de Europa? ¿Se les puede culpar porque todas esas sandeces les hayan parecido una religión, y el absentismo y la traición a la patria una virtud? Y si los culpamos, ¿en qué medida debemos hacerlo? Ésa es la cuestión.

El autor del articulillo de *El Mundo Ruso*, en apoyo de su tesis de que en nuestro país *sólo* los holgazanes y los maleducados ociosos se mezclan en «semejantes locuras», saca a colación las ya conocidas y reconfortantes palabras del ministro de Instrucción Pública, pronunciadas hace poco en Kíev, en las que decía sentirse convencido, después de la inspección de los establecimientos educativos de siete distritos, de que «estos últimos años la juventud se toma la instrucción incomparablemente más en serio y trabaja incomparablemente mejor y de forma más consciente».

Son, sin duda, unas palabras reconfortantes, y constituyen quizá nuestra *única* esperanza. En la reforma educativa emprendida durante el presente reinado descansa casi *todo* nuestro futuro, y lo sabemos muy bien. Pero recordemos que el propio ministro de Instrucción Pública, en ese mismo discurso, anunció que habría que esperar mucho tiempo antes de ver los resultados definitivos de la reforma. Siempre hemos creído que nuestra juventud es perfectamente capaz de tomarse en serio la instrucción. Pero, por el momento, sigue habiendo a nuestro alrededor tal bruma de falsas ideas; nos rodean, a nosotros y a nuestros jóvenes, tantos espejismos y prejuicios, y toda nuestra vida social, la vida de los padres y las madres de esos jóvenes, está adquiriendo un aspecto tan extraño que a veces acaba uno buscando, aun sin quererlo, cualquier medio posible para escapar de la incertidumbre. Uno de tales medios consiste en no ser tan insensible, en no avergonzarse —al menos no siempre— cuando alguien os llama ciudadano y... en decir la verdad en ocasiones,

aun cuando a vuestro juicio no sea lo suficientemente liberal.

Me refiero a los viajes en ferrocarril o barco de vapor. De los viajes antiguos, los viajes a «caballo», como le oí hace poco a un mujik, los habitantes de la capital nos hemos olvidado por completo. Y sin embargo, también ellos ofrecen muchas novedades que no responden ya al orden antiguo. Al menos a mí me han contado muchas cosas curiosas, y como no acabo de creerme esos rumores de que hay bandidos por todas partes, me propongo emprender casi todos los veranos un viaje a algún rincón apartado, siguiendo los antiguos caminos, para mi propio provecho y enseñanza. Pero, entre tanto, hagan el favor de subir conmigo al tren.

Bueno, ya estamos en el vagón. Los rusos de las clases instruidas, cuando se juntan y se muestran en público, resultan siempre interesantes para un observador con ganas de aprender; pero sobre todo cuando van de viaje. En los vagones de nuestros trenes cuesta trabajo entablar conversación; en ese sentido, son especialmente característicos los primeros momentos del viaje. Todos parecen desconfiar del prójimo y sentirse incómodos; miran a su alrededor con una curiosidad llena de desconfianza, y siempre entreverada de hostilidad, al tiempo que tratan de aparentar que ni se han fijado ni tienen la menor gana de fijarse en sus compañeros de viaje.

Esos primeros momentos, en los que uno se instala y se informa, son una auténtica tortura para muchos de esos representantes de las clases instruidas, algo que no sucede, por ejemplo, en ningún país extranjero porque allí todo el mundo sabe cuál es su sitio y lo encuentra en seguida. Entre nosotros, por el contrario, como no aparezca el controlador o, en general, algún tipo de guía, no hay manera de orientarse y de encontrar el sitio que nos corresponde, y eso vale para cualquier lugar, no sólo para el vagón, e incluso cuando llevamos el billete en la mano. No hablo sólo de las disputas que se entablan por los asientos. A veces tenéis que preguntar algo indispensable al viajero desconocido junto al que estáis sentado, y lo hacéis en el tono más medroso y almibarado que pueda imaginarse, como si estuvierais afrontando un peligro terrible. El interpelado, como es natural, se asusta en el acto y os mira con extraordinario nerviosismo e inquietud; y, aunque a la hora de responder, hace gala de una precipitación y una dulzura dos veces mayores que las vuestras, ambos, a pesar de esa amabilidad mutua, seguís experimentado durante un buen rato un recelo de lo más original. «¡No vayamos a enfrascarnos en alguna discusión!» Aunque esos temores rara vez se cumplen, es inevitable que en un primer momento atraviesen el corazón de todos esos rusos instruidos que se encuentran en compañía desconocida, aunque sea por un solo instante, aunque sea en forma de sensación apenas consciente.

—Y eso no se debe —me señaló con vehemencia uno de esos pesimistas que se toman «las cosas a pecho»— a que desconfíen de su respectiva formación europea, sino seguramente a que cada uno de nosotros está convencido, en las profundidades de su alma europea, de que se merece una buena tunda... ¡Ah, no, no, lo que acabo de

decir es una inmensa falsedad! —gritó mi pesimista, y rectificó en el acto—. ¡Nuestro europeo no reconocerá jamás que merece una paliza! ¡No, eso es atribuirle demasiado honor! La conciencia, por vaga que sea, de que uno merece un palo, constituye ya un principio de virtud, ¿y dónde encontrar un atisbo de virtud entre nosotros? En nuestro país la costumbre de mentirse a sí mismo está más arraigada que la de mentirle a los demás. Cada uno de nosotros puede sentir que merece una paliza, pero ninguno confesará, ni siquiera a sí mismo, que no le vendría mal una buena zurra.

He estampado aquí la opinión de ese pesimista porque me parece original y no exenta de interés; en cuanto a mí, no estoy totalmente de acuerdo con él y me inclino por una postura mucho más conciliadora.

La segunda fase por la que atraviesan los rusos instruidos que van de viaje, es decir, esa fase en que se entabla conversación, se inicia casi siempre sin que haya apenas transición con ese primer momento de tirantez y examen temeroso. Al principio los viajeros no saben cómo empezar a hablar, pero luego se sueltan de tal modo que a veces no hay manera de que paren. Qué se le va a hacer: nuestro rasgo principal es ir de un extremo al otro. La culpa la tiene nuestra ineptitud; digan lo que digan, en nuestro país hay una terrible escasez de talentos, de cualquier clase que sean; en cambio, abunda sobremanera lo que da en llamarse «áurea medianía». Esa áurea medianía es algo cobarde, impersonal y, al mismo tiempo, arrogante y hasta provocador. A la hora de hablar, uno teme comprometerse, se amedrenta y se retrae; los listos, porque consideran cualquier actitud desenvuelta indigna de su inteligencia; los tontos, por orgullo. Pero como el ruso es al mismo tiempo, y por naturaleza, el hombre más comunicativo y gregario del orbe, resulta que durante ese primer cuarto de hora se consume de tal manera que al final no aguanta más y acoge con alborozo el instante en que alguien se decide a romper el hielo e inicia algo parecido a una conversación general. En los ferrocarriles ese momento suele revestirse de ribetes cómicos y siempre asume una forma distinta que en el barco (más adelante explicaré por qué). A veces, por encima de la «medianía» general y la ineptitud, destaca de repente, y de manera completamente inesperada, un talento genial, y su ejemplo arrastra en seguida a los demás, del primero al último. De golpe surge un señor que, en medio del tenso silencio y la desazón convulsiva que atenazan a todos, en voz alta y sin que le invite nadie, sin pretextar siquiera motivo alguno, y es más, sin la menor traza de ese ceceo tan indispensable, según nuestras concepciones, de cualquier *gentleman* cuando se encuentra de pronto en una compañía desconocida; sin la menor huella de esa manera bastante infame de dividir las palabras más corrientes, tan enraizada en algunos de nuestros *gentlemen* desde la emancipación de los siervos, como para protestar contra esa ofensa; sino al contrario, con el aire de un *gentleman* de viejo cuño, de los buenos tiempos de antaño, empieza a contar, a todos en general y a ninguno en particular, ni más ni menos que su propia autobiografía, naturalmente ante la completa y desconfiada estupefacción de los oyentes. Al principio todos se

sienten desconcertados e intercambian miradas inquisitivas; sólo se animan cuando piensan que, en cualquier caso, no son ellos quienes hablan, sino él. Un relato de ese tipo, adornado de detalles íntimos y a veces incluso asombrosos, puede prolongarse media hora, una hora, cuanto gustéis.

Poco a poco todos empiezan a sentir la influencia mágica del talento: sienten, en concreto, que de ninguna manera se dan por ofendidos, por más que lo deseen. Lo que más les choca es que el narrador no halaga a nadie, no procura ganarse el favor de ninguno de los presentes, no tiene ninguna necesidad de oyentes, como sería el caso de cualquier charlatán sin talento; la única razón de que hable es que no puede tener oculto su tesoro: «Escuchadme si queréis; y si no, no me escuchéis; me da lo mismo. Sólo lo hago para que paséis un buen rato». Eso es lo que aparentemente podría decir. En cualquier caso, no lo dice, porque todo el mundo se encuentra a sus anchas, mientras que al principio (la verdad es que no podía ser de otro modo), cuando empezó a hablar de manera tan inesperada, todos habían sentido, naturalmente, una suerte de ofensa personal. Poco a poco se van animando, hasta el punto de interrumpirle, hacerle preguntas, pedirle que entre en detalles, aunque todo ello, ni que decir tiene, con todas las precauciones posibles. El *gentleman* os escucha con la mayor atención, aunque sin el menor indicio de adulación, y os responde al momento, os corrige si estáis equivocado y se apresura a mostrar su aquiescencia a poco que tengáis razón. Pero, ya rectifique o apruebe, os proporciona un placer indudable; lo sentís con todo vuestro ser, a cada minuto, sin llegar a comprender cómo se las arregla para conducirse tan bien. Por ejemplo, acabáis de hacerle una observación; y, aunque hace menos de un minuto había dicho exactamente lo contrario, ahora resulta que había dicho exactamente lo mismo que vosotros habéis juzgado necesario señalarle y que está absolutamente de acuerdo con vosotros, de suerte que vosotros os sentís halagados y él conserva su plena independencia. A veces os sentís tan halagados, después de cualquier feliz observación que le habéis hecho, y delante de todo el mundo, que empezáis a mirar a los demás como si fuerais el centro de la reunión, a pesar de toda vuestra inteligencia: tan grande es la fascinación que ejerce el talento. Oh, ese hombre lo ha visto todo, lo sabe todo, ha estado en todas partes, frecuenta a todo el mundo, lo reciben en todas las casas; ayer mismo no hubo persona que no se despidiera de él. Hace ya treinta años, durante el reinado anterior, trataba a tal célebre ministro, y más tarde al gobernador general B., al que fue a ver para quejarse de uno de sus parientes, el mismo que acaba de publicar sus memorias, y B. le pidió en seguida que se quedara un momento y le ofreció un cigarro. Un cigarro como no ha vuelto a fumar jamás. A juzgar por su aspecto debe de andar por los cincuenta, así que puede muy bien acordarse de B., pero la noche anterior se despedía del famoso judío F., que acaba de huir al extranjero, y éste, en el momento de separarse, le había revelado sus secretos mejor guardados, de suerte que ahora es el único en toda Rusia que conoce todos los intrínquilis de esa historia. Mientras la conversación se ocupó de B., todos conservaron la calma, tanto más cuanto que el

tema de discusión eran los cigarros; pero al oír el nombre de F., hasta los oyentes más flemáticos prestaron especial atención; incluso se inclinaron un poco hacia el narrador y escucharon con avidez, sin sentirse en absoluto celosos porque aquél fuera amigo de ese importante judío y ellos no. El globo «Jules Favre» es un camelo y estallará sin falta; el que surcó los cielos en la guerra franco-prusiana fue otro, éste es nuevo. A continuación insertó un *mot de Jules Favre* sobre el príncipe Bismarck que aquél le había dicho al oído, en el mayor secreto, el año anterior en París; por lo demás, si no queréis creerlo, no lo creáis; al narrador parece que no le importa mucho; pero en lo que respecta al nuevo proyecto de ley de impuestos indirectos, está enterado de todo lo que se habló anteayer en el Consejo de Estado; está más enterado incluso que el propio Consejo de Estado. Hasta relata una anécdota muy ingeniosa sobre los taberneros que en aquella ocasión contó ***. Todos sonrían y se muestran muy interesados, porque la anécdota tiene muchos visos de verdad. Un coronel de Ingenieros confía en voz baja a su vecino que el otro día oyó decir más o menos lo mismo y que es muy probable que sea cierto; con lo cual, el crédito del narrador crece de inmediato. Con G. ha viajado en tren miles de veces, mi-les de ve-ces, y puede asegurar que todo no es como se dice; a continuación cuenta otra anécdota que nadie conoce sobre un desconocido que no llegará a ninguna parte porque se ha inmiscuido un conocido personaje que quiere dar carpetazo al asunto a toda costa. El personaje en cuestión se ha excusado y ha dicho que no se metería en nada, pero hasta cierto punto, y, como los dos lo han superado, no tendrá más remedio que intervenir. Él mismo estaba presente y lo vio todo; hasta firmó en calidad de testigo en el registro del jefe de estación. Naturalmente, se reconciliarán. De los perros de caza, y de los de cierta raza en particular, nuestro *gentleman* habla como si no se hubiera ocupado de otra cosa en toda su vida. Ni que decir tiene que, al final, todo el mundo entiende, como dos y dos son cuatro, que jamás ha viajado con G., que no ha firmado en ningún registro, que no se ha fumado un cigarro con B., que nunca ha tenido perros y que carece de vínculos con el Consejo de Estado; no obstante, todos ellos, incluso los especialistas, comprenden que el narrador sabe todo eso, y hasta de forma bastante detallada, de suerte que es bastante posible escucharlo sin comprometerse. Lo que cuenta no son tanto las historias como el placer de escucharlas. No obstante, se advierte una laguna en ese sabelotodo: habla poco, por no decir nada, de la cuestión escolar, de las universidades, del clasicismo y del realismo, ni siquiera de literatura, como si no tuviera la menor idea de esos temas. Te preguntas quién puede ser ese hombre y no encuentras ninguna respuesta. Lo único que sabes es que tiene talento, pero no eres capaz de adivinar cuál es su especialidad. En cualquier caso, presientes que representa un tipo, que, como todos los tipos muy acusados, debe de tener su especialidad y que, si no la adivinas, es sólo porque no conoces ese tipo, porque hasta ahora no te has topado nunca con él. Lo que más desconcierta es su aspecto exterior: viste prendas amplias, confeccionadas sin duda por un buen sastre; si es verano, irá vestido de verano, con traje de lino, polainas y sombrero estival, pero... toda esa

indumentaria tiene cierto aire de vetustez; es posible que *tuviera* un buen sastre, pero ya no lo tiene. Es alto, magro, quizá demasiado delgado; va muy erguido para su edad; mira siempre de frente y tiene un aire osado e indudablemente digno; ni rastro de insolencia; al contrario, acoge bien a todos, pero sin zalemas. Barbita entrecana en punta, no del todo napoleónica, pero de corte bastante señorial. En general, sus modales son irreprochables, y en este país sentimos una gran debilidad por los modales. Fuma muy poco, puede incluso que nada. No lleva equipaje, como mucho un saco pequeño y ligero, algo así como un ridículo, sin duda de antigua fabricación extranjera, ya muy gastado; nada más. Todo acaba con que el caballero desaparece de forma repentina e inopinada, casi siempre en una estación insignificante, en un rincón perdido en el que no se apea nadie. Después de su marcha, alguno de los que le escuchaba con más atención y le daba más coba suelta en voz alta que no ha dicho «más que mentiras». Naturalmente, no puede faltar un par de viajeros que se lo han creído todo y que replican, ni otros dos que, por el contrario, se sintieron ofendidos desde las primeras palabras y que, si guardaron silencio y no contradijeron al «embustero», fue por pura indignación. Ahora protestan con calor. Los presentes se ríen. Alguien, que hasta ahora se ha mantenido en un segundo plano y ha guardado un riguroso silencio, anuncia, con evidente conocimiento de causa, que debe tratarse de un tipo particular de noble de antaño, uno de esos gorriones encumbrados y de noble cuna, terrateniente él mismo, pero de poca monta, un haragán de buena familia, que efectivamente tiene buenas relaciones y se ha pasado toda la vida gravitando en torno a gente de alto rango; un tipo extraordinariamente útil en sociedad, sobre todo en esas aldeas perdidas en las que se deja ver con frecuencia y a las que le gusta tanto que le inviten. Esa opinión inesperada recibe en seguida la aprobación general y las discusiones se interrumpen; pero ya se ha roto el hielo y se ha entablado conversación. Incluso sin ese ingrediente todos se sienten ya como en casa, y del primero al último se comportan con completa naturalidad. Y todo gracias al talento.

Por lo demás, si no fuera por los llamados escándalos fortuitos y otros imprevistos inevitables, a veces harto desagradables y, por desgracia, demasiado frecuentes, se podría viajar bastante bien en nuestros trenes. Tomando las precauciones oportunas, naturalmente.

Ya he escrito e impreso una vez que la clave para viajar de un modo agradable y entretenido en nuestros trenes consiste principalmente «en dejar mentir a los demás y creerse todo lo que se pueda; en ese caso, también ellos accederán a escuchar vuestras mentiras, si es que sentís la tentación de causar algún efecto; así, la ventaja es recíproca». Me reafirmó ahora en la misma opinión, que no expresé ni mucho menos en tono de broma, sino al contrario, muy en serio. En lo que se refiere específicamente a la falsedad, en especial a la ferroviaria, ya declaré entonces que apenas la considero un vicio, sino más bien una manifestación natural de nuestra bonhomía nacional. En nuestro país casi no hay mentirosos malintencionados; al contrario, casi todos los embusteros rusos son gente de bien. No obstante, ni mucho

menos los estoy alabando.

Hay algo, sin embargo, que me llama la atención a veces, lo mismo en los viajes por carretera que en tren; me refiero a cierta ansia completamente nueva de conversaciones serias, un ansia de personas que puedan aleccionar sobre todos los temas sociales y públicos habidos y por haber. Y esos preceptores ya han aparecido. He escrito algún comentario al respecto, pero lo que más sorprende es que entre esas personas ávidas de saber y conocimiento predominen las mujeres, muchachas y señoras, y no de las que se cortan el pelo^[28], me atrevo a asegurároslo. Decidme, ¿dónde es posible encontrar hoy a una muchacha o una señora sin un libro en la mano, y no sólo en el tren, sino incluso en la calle? Puede que exagere un poco, pero, en cualquier caso, son muchas las que llevan libros, y no sólo novelas, sino también libros meritorios, como tratados de pedagogía o ciencias naturales; incluso leen a Tácito en traducciones. En una palabra, mucho celo y mucha ansia de conocimiento, lo que no deja de ser muy noble y loable, pero... pero hay algo en todo eso que no acaba de encajar. Nada más fácil, por ejemplo, que convencer a una alumna así de casi todo lo que se quiera, en especial si uno es elocuente. De pronto, una mujer profundamente religiosa respaldará, en vuestra presencia, conclusiones casi ateas y la aplicación que se le recomienda hacer de ellas. Y en lo que respecta a la pedagogía, por ejemplo, ¡cuántas cosas no les inculcarán y qué no estarán dispuestas a creerse! Estremece pensar que, al volver a su casa, se aprestarán a poner en práctica con sus hijos y su marido lo que acaban de enseñarles. Lo único que tranquiliza es la sospecha de que probablemente no han entendido nada de lo que les ha dicho el preceptor, o lo han comprendido al revés, y que, una vez en casa, las salvará su instinto de madres y esposas, así como el sentido común, tan firme en la mujer rusa desde los albores de nuestra historia. Pero dejando a un lado el sentido común, lo que hay que desear es una formación científica, aunque sólida y real, no adquirida en toda clase de libros o en los trenes. En ese campo, las iniciativas más plausibles pueden conducir a resultados lamentables.

Otra de las ventajas de nuestros trenes —una vez más dejando a un lado diversas «eventualidades»— es que puede hacerse todo el viaje de incógnito, en silencio y sin dirigir la palabra a nadie, si no tenéis muchas ganas de hablar. En los tiempos que corren sólo los sacerdotes pueden preguntaros directamente quiénes sois, adónde vais, con qué motivo y qué expectativas tenéis. Pero, por lo demás, también ese tipo bondadoso parece estar desapareciendo. En cambio, en ese sentido, se producen desde hace algún tiempo encuentros tan inesperados que uno no da crédito a sus propios ojos.

En barco, como ya he dicho, se entabla conversación de modo distinto que en tren. Hay razones naturales que lo explican; en primer lugar, que el público es más *selecto*. Desde luego, me refiero únicamente al público de primera clase, al público *de popa*. Del público de *proa*, es decir, de segunda clase, no vale la pena hablar: son simples

pasajeros, a los que ni siquiera se puede considerar público. Allí va la gente insignificante, con sacos a modo de equipaje, en medio de apreturas y estrecheces; allí pueden verse viudas y huérfanos, madres dando el pecho a sus hijos, viejecitos desplumados, que viven de una pensión, sacerdotes itinerantes, partidas enteras de trabajadores, campesinos con sus mujeres y un corrusco de pan en el saco, la servidumbre del barco, las cocinas. El público de popa, siempre y en todas partes, ignora totalmente al de proa y no sabe de su existencia. Puede que parezca extraña la opinión de que el público «de primera clase» de los barcos es siempre *más selecto* que el de la clase correspondiente en el tren. En el fondo, desde luego, eso no es cierto, y todo ese público, en cuanto llegue a su destino y abandone el barco, en cuanto se encuentre en familia, bajará el tono hasta un nivel de lo más natural; pero, mientras esté a bordo con su familia, elevará involuntariamente ese tono hasta extremos de un aristocratismo insoportable, sólo por no parecer menos que los demás. La explicación es que hay más espacio para acomodarse y más oportunidades de esparcimiento que en el tren; es decir, un motivo de lo más natural, como ya he dicho. Aquí no hay tantas apreturas, el público no corre riesgos de formar una *banda*, no se va tan deprisa, no se está tan sujeto a los requisitos, a las llamadas, a los horarios, a los niños dormidos o que se echan a llorar; aquí no se ve uno forzado a exteriorizar ciertos instintos de una forma tan natural y precipitada; al contrario, todo se parece a un salón de buen tono; al poner el pie en cubierta, os sentís como un invitado que llega a casa de sus anfitriones. Sin embargo, estáis obligados a viajar en compañía durante cinco o seis horas, a veces durante un día entero, y sabéis indudablemente que tenéis que llegar hasta el final juntos y acaso trabar conocimiento. Las señoras casi siempre van mejor vestidas que en el tren, y vuestros hijos llevan sus más deslumbrantes trajes de verano, por poco que os tengáis en cierta estima. Naturalmente, también allí se ven a veces señoras con hatillos y padres de familia que se comportan como si estuvieran en su casa; algunos incluso llevan niños en brazos y ostentan sus condecoraciones en cualquier circunstancia; pero se trata sólo de un tipo inferior, el de la gente que «viaja de verdad» y se toma la cosa con una seriedad plebeya. Esas personas carecen de ideas elevadas y sólo hacen gala de un febril instinto de conservación. El verdadero público se desentiende en seguida de esos individuos lamentables, aunque estén sentados a su lado; además, ellos mismos no tardan en entender cuál es su lugar y, aunque se empeñan en conservar la localidad que han pagado, se muestran cada vez más apocados y retraídos en ese ambiente.

En suma, el espacio y el tiempo modifican las condiciones de manera radical. Allí ni siquiera uno de esos «talentos» puede ponerse sin más a contar su autobiografía, sino que debe buscar otra vía. Hasta es posible que no tenga ningún éxito. En el barco casi nunca se entabla conversación por la simple necesidad de hacer más ameno el viaje. Y sobre todo, el tono de la conversación debe ser completamente distinto, propio de un salón; eso es lo que decide todo. Ni que decir tiene que si los pasajeros no se conocen de antes, es más difícil romper el hielo que en el tren. Una

conversación general en un barco es una auténtica rareza. Y el sufrimiento interno que se experimenta ante las propias mentiras y visajes, sobre todo en los primeros momentos de la travesía, es incluso más intenso que en el tren. Si sois un observador medianamente atento, sin duda os sorprenderá comprobar cuánto pueden mentir en un cuarto de hora todas esas señoras encopetadas y sus respetables maridos. Por supuesto, todo eso se da más a menudo, y en un estado más puro, en los llamados viajes de placer, esas excursiones vacacionales que duran de dos a seis horas. Allí todo es mentira: los modales, las posturas distinguidas; es como si todos los pasajeros se estuvieran contemplando a cada momento en un espejo. La dicción chillona y recalcada de las frases, tan artificiosa y repulsiva —un modo de pronunciar las palabras del que nadie haría gala si tuviera un mínimo respeto por sí mismo— es más común que en el tren. Padres y madres de familia (me refiero a esos momentos en que aún no se ha entablado ninguna conversación general en el puente) se dirigen la palabra levantando la voz de una manera poco natural, poniendo todo su empeño en demostrar que se encuentran allí como en su casa, pero no tardan en sentirse avergonzados y dar marcha atrás. Se ponen a hablar de auténticas naderías, que están absolutamente fuera de propósito, lugar y oportunidad, y a veces el marido se dirige a su mujer como lo haría, en una recepción, un caballero desconocido a una señora que no conoce. De pronto, sin venir a cuento, interrumpen una conversación ya entablada, y en general hablan de forma entrecortada; miran a sus vecinos con nerviosismo e inquietud, aguardan las respuestas con desconfianza e incluso con miedo y a veces se avergüenzan uno de otro. Si se da el caso (es decir, si la necesidad los obliga) de que tengan que referirse a algo que no esté fuera de propósito y lugar, de un tema que cualquier marido tiene que comentar con su mujer al inicio del viaje —de una cuestión material, por ejemplo, o familiar, o referente a los niños: que si Misha está tosiendo y aquí hace frío, que si a Sónichka se le levanta mucho la falda—, se aturullan y en seguida se ponen a cuchichear para que, en la medida de lo posible, nadie les oiga, aunque sus palabras no sean en absoluto inconvenientes o reprensibles, sino, por el contrario, dignas de todo respeto, tanto más cuanto que no son los únicos que tienen niños y albergan esas preocupaciones, sino que lo mismo les sucede a todos, incluso en ese barco. Pero esa idea tan sencilla no se les pasará nunca por la cabeza y hasta la juzgarán lesiva para su dignidad. Lejos de eso, todo grupo familiar se siente inclinado a considerar, no sin envidia, que cualquier grupo semejante con el que se encuentra a bordo es, en primer lugar, superior a él y, en segundo, algo que pertenece a un mundo especial, como salido de una suerte de ballet; en ningún caso personas que pueden tener, como ellos, un hogar, hijos, niñeras, un monedero vacío, deudas en la tienda y demás. Sería un pensamiento demasiado ofensivo para ellos, incluso desolador; destruiría sus ideales, por decirlo de algún modo.

En los barcos, entre los primeros que empiezan a hablar en voz alta cabe citar a las institutrices; claro que se dirigen a los niños y en francés. Las institutrices, en las

familias de clase media, están casi siempre cortadas por el mismo patrón: son jóvenes, acaban de salir de la escuela y no suelen ser muy agraciadas, aunque tampoco feas de remate; todas llevan vestidos oscuros, con el talle muy ceñido, y tratan de enseñar el piececito; orgullosamente modestas, tienen un aire de lo más desenvuelto, lo que testimonia una gran inocencia, y se consagran a sus tareas con el mayor fanatismo; llevan sin falta un libro en inglés o en francés, siempre de buen tono, por lo común un relato de viajes. Esa de allí ha cogido en brazos a una niña de dos años y al mismo tiempo, sin bajar la vista, llama con severidad, pero también con afecto, a la hermanita de la niña, que tiene ya seis años y está jugando algo más allá (lleva sombrerito de paja con nomeolvides, vestidito blanco y corto con encajes y encantadoras botitas infantiles), empleando para ello ese francés típico de las institutrices: «*Vera, venez-ici*»; siempre el clásico *venez-ici*, con el acento muy marcado en la sílaba de unión *zi*. La madre, una mujer gruesa y de familia muy distinguida (su marido también está allí; es ese señor con aspecto de europeo y de propietario rural, estatura mediana, más gordo que flaco, pelo entrecano, barba rubia de corte indudablemente parisino, a pesar de su longitud, sombrero blanco de angora, traje de verano y grado dudoso); la madre advierte en seguida que la institutriz, al coger en brazos a Nina, ha asumido una carga suplementaria no contemplada en sus obligaciones, y para indicarle que no lo encuentra apropiado, señala con una voz extraordinariamente amable, pero que a la vez excluye cualquier posibilidad de que la joven subordinada se crea con derecho a otras familiaridades, que Nina debe «pe-sar-le» mucho y que hay que llamar a la niñera; mientras pronuncia esas palabras, dirige una mirada inquieta e imperiosa a su alrededor, buscando a la niñera ausente. Su europeo marido llega incluso a iniciar un movimiento en esa dirección, como si quisiera salir corriendo en busca de la niñera, pero se lo piensa mejor y se queda en su sitio, visiblemente satisfecho de haber rectificado su primer intento. Parece que se encuentra sometido a su encofetada consorte y al mismo tiempo que esa posición le molesta. La institutriz se apresura a tranquilizar, por lo que a ella respecta, a la encofetada señora, asegurando en voz alta y cantarina que «quiere mucho a Nina» (al tiempo que la besa con pasión). En ese punto vuelve a dirigir otro gritito a Vera, siempre con el mismo *zici*, pero los ojos de esa leal muchacha despiden llamaradas de afecto incluso por la traviesa Vera. Por fin llega Vera, dando saltitos y repartiendo carantoñas afectadas (¡una niña de seis o siete años, un ángel todavía, y ya sabe mentir y simular!). Mademoiselle, sin necesidad alguna, se pone inmediatamente a arreglarle el cuello; para eso la llamaba...

El barco tarda seis horas en cubrir el trayecto, así que se trata más o menos de un viaje de recreo. Lo repito una vez más: una travesía de dos o tres días por el Volga o de Kronstadt a Ostende sin duda tendría su efecto: la necesidad acabaría disipando esa atmósfera de salón, el ballet perdería sus colores y se deshilaría, y los instintos púdicamente disimulados se manifestarían con toda franqueza, felices incluso de

poder salir a la luz. Pero hay una gran diferencia entre tres días y seis horas, y en nuestro vapor todo conserva su aire de «pureza» desde el principio hasta el final. Partimos una maravillosa jornada de junio, a las diez de la mañana, por las aguas de un lago amplio y sereno. La parte de proa del barco rebosa de «pasajeros», pero se trata de una muchedumbre abigarrada de la que no queremos saber nada; como ya he dicho antes, aquí nos encontramos en un salón. No obstante, también hay entre nosotros algunos de esos individuos que en todas partes constituyen un enigma y con quienes, en verdad, no sabe uno cómo comportarse; por ejemplo, un médico alemán con su familia, compuesta de su *Mutter* y de tres señoritas con los labios torcidos a la manera germana, a las que es difícil que les salga un pretendiente en Rusia. Nuestra ley no se ha escrito para esa clase de personas. El viejo doctor se encuentra completamente a sus anchas; ya se ha encasquetado su gorra de viaje de hule, una gorra de forma bastante peregrina, de confección germana; y lo ha hecho con intención de resaltar su independencia, o al menos ésa es la impresión que produce. Además de esa figura que tanta perplejidad os causa, hay una señorita muy bonita y un coronel de ingenieros, una madre de cierta edad con tres hijas, un tanto talluditas pero muy elegantes, pertenecientes al círculo medio-alto de los generales petersburgueses, muchachas probablemente provocativas y que han visto mucho mundo. Hay dos petimetres, un artista, un cadete y un oficial de caballería de un conocido regimiento, que mantiene un altivo aislamiento y observa un silencio arrogante, considerando, sin duda, que no está en su ambiente, algo que, por lo visto, agrada a todo el mundo. Pero quien más atención despierta y más espacio ocupa es un *alto dignatario* que se encuentra entre nosotros. Por lo demás, es una autoridad de aspecto muy bondadoso, con gorra y medio uniforme. Todos se enteran en seguida de que es el funcionario de mayor rango y, por así decir, «el patrón de la provincia»; incluso se asegura que se ha puesto en camino para una «inspección». Lo más probable es que acompañe simplemente a su esposa y su familia a algún lugar cercano, donde tendrán su residencia de verano. Su mujer es una señora bastante bella, de unos treinta y seis o treinta y siete años, de la conocida familia de los S. (algo que todos los pasajeros saben muy bien); viaja con sus cuatro hijas (la mayor de unos diez años), una institutriz suiza y, para escándalo de ciertas señoras, se comporta de un modo demasiado burgués, aunque «pavoneándose» de una manera insoportable. Lleva un traje de diario, «como se estila ahora entre las madres de familia», dice en voz baja una de las hijas del general, alargando las sílabas y mirando con envidia el corte elegante del vestido demasiado modesto que lleva la esposa del patrón de la provincia. También atrae la atención de un modo especial, y hasta excesivo, un caballero alto y enjuto, con los cabellos muy grises, de unos cincuenta y seis o cincuenta y siete años de edad, que ha tomado asiento con desenvoltura casi en pleno pasillo, en una silla plegable, y, de espaldas a todos, contempla las aguas con mirada lánguida y distraída. Todo el mundo sabe que se trata de Fulano, chambelán del soberano anterior y conocido petimetre en su tiempo; aunque nadie sabe qué

cargo desempeña ahora, sigue siendo un señor de la más alta alcurnia, que ha dilapidado un montón de dinero a lo largo de su vida y que en los últimos tiempos ha viajado mucho por el extranjero. Viste incluso con cierto desaliño y su aspecto es de lo más original, pero su porte es el de un irreprochable *milord* ruso, sin apenas mezcla de peluquero francés, lo que ya de por sí constituye una completa rareza en un verdadero ruso británico. Le acompañan en el barco dos lacayos, así como un *setter* de extraordinaria belleza, que anda por cubierta y, deseando trabar conocimiento, mete el hocico entre las rodillas de los pasajeros sentados, observando, por lo visto, un riguroso orden. Y, aunque resulta molesto, nadie se ofende; algunos, incluso, tratan de acariciar al perro, adoptando sin falta un aire de entendidos, como si quisieran demostrar que saben apreciar el valor de un perro de raza y que mañana mismo podrían comprarse un *setter* igual. Pero el *setter* recibe las caricias con indiferencia, como un auténtico aristócrata, demorándose poco entre las rodillas y moviendo apenas el rabo —lo mínimo que exige la cortesía mundana— con desinterés y pereza. Por lo visto, entre el público no hay ningún conocido del *milord*, pero su aspecto abotargado e indolente muestra a las claras que no necesita a nadie, y no por principio, sino simplemente porque no lo necesita. Sentado en su silla plegable, hace gala de la mayor indiferencia por la importancia administrativa del «patrón de la región», indiferencia que tampoco responde a ninguna cuestión de principios. Pero es evidente que están a punto de entablar conversación. El alto dignatario va y viene en torno a la silla plegable, dando muestras de un enorme deseo de conversar. Es cierto que está casado con una representante de la familia S., pero él mismo, con la sinceridad que le caracteriza, se considera, por lo visto, muy inferior al *milord*, aunque sin el menor detrimento de su dignidad; es precisamente esa última cuestión la que debe resolver ahora. Da vueltas por allí un señor de «segunda categoría», y gracias a su mediación el patrón y el *milord* han intercambiado ya, casualmente, sin presentaciones previas, un par de palabras. Ha servido de pretexto la noticia, adelantada por el señor de «segunda categoría», de que el gobernador de una región vecina, también conocido aristócrata, se había roto una pierna en un tren, cuando se apresuraba a reunirse con su familia después de tomar las aguas en el extranjero. Nuestro general se sorprende muchísimo y expresa su deseo de conocer más detalles, y el *milord*, que está al corriente de esos detalles, murmura con bastante amabilidad dos o tres pares de palabras entre sus dientes postizos, aunque sin mirar al general y sin dejar claro a quién se está dirigiendo, si al dignatario o al informante de «segunda categoría». El general, con evidente impaciencia, sigue de pie ante la silla, las manos a la espalda, y espera. Pero el *milord* decididamente promete poco; es muy posible que vuelva a guardar silencio y se olvide de lo que estaba diciendo. Al menos, eso es lo que indica su aspecto. El vivaracho señor de «segunda categoría» se estremece, tan grande es su deseo de que el *milord* no vuelva a caer en su mutismo. Se ha impuesto como sacratísimo deber poner en contacto a tan conspicuos caballeros y proceder a las presentaciones.

No deja de ser curioso que esos señores de «segunda categoría» sean tan numerosos en los viajes, sobre todo alrededor de los personajes importantes, y eso por la sencilla razón de que no se les puede echar. Aunque en realidad nadie tiene esa intención, porque son bastante útiles, naturalmente siempre que cumplan con ciertos requisitos necesarios e indispensables. El nuestro, por ejemplo, luce una orden al cuello y, aunque va vestido de civil, su traje parece un uniforme, y en su gorra ostenta una banda con cierto aire oficial; así que, en cierto modo, su aspecto resulta decoroso. Un señor de ese tipo que se encuentra ante un personaje importante empieza por expresar con todo su ser, sin palabras, con su sola presencia, a modo de advertencia: «Mire usted, yo soy un hombre de segunda categoría; no tengo la menor intención de ponerme en pie de igualdad ni aspiro a ascender al primer escalón que usted ocupa. No hay razón para que se enfade usted conmigo, excelencia, pero si puedo distraerlo, lo haré con mucho gusto, y puede usted mirarme de arriba abajo porque hasta la tumba seré consciente de cuál es mi lugar». No cabe la menor duda de que esos señores buscan su propio provecho, pero el «tipo puro» actúa de manera desinteresada, llevado por una suerte de estro administrativo; y es en ese caso cuando resulta útil; es entonces cuando hace gala de una alegría sincera y de tal ingenuidad que hasta desaparece el lacayo que hay en él; el beneficio se produce por sí mismo, como un hecho y una consecuencia ineludibles.

Al iniciarse la conversación entre los «dos personajes importantes», todos los pasajeros dan muestras de una extraordinaria atención; no porque pretendan tomar parte —eso sería demasiado—, sino sólo por el placer de ver y escuchar. Algunos deambulan ya por las proximidades, pero el que más sufre es el marido europeo de la «señora distinguida». Siente que podría no sólo acercarse, sino incluso intervenir en la conversación, y que hasta tiene cierto derecho a ello: los generales son generales, pero Europa es Europa, se diga lo que se diga. Y sus comentarios sobre el gobernador que se ha roto una pierna en el extranjero no serían menos pertinentes que los de cualquiera. Hasta sopesa acariciar al *setter*, para dar un primer paso en esa dirección, pero un arranque de orgullo le lleva a retirar la mano ya extendida, y de pronto le asalta un deseo irreprimible de darle al *setter* un puntapié. Poco a poco adopta un aire solitario y ofendido, se aleja por un instante y se pone a contemplar la brillante superficie del lago. Su esposa, lo sabe muy bien, lo está mirando con emponzoñada ironía. No puede soportarlo y vuelve de nuevo a la «conversación», se pasea y deambula en torno a los interlocutores como un alma en pena. Si esa alma inocente fuese capaz de odiar, odiaría en aquel momento al señor de «segunda categoría», lo odiaría con todas sus fuerzas. Si no hubiera estado allí ese señor de segunda categoría, no habría sucedido lo que sucedió.

—Te-le-gra-fi-ó desde allí —recalca el enjuto *milord*, siguiendo al *setter* con la mirada y respondiendo apenas al general—, y en un primer momento, fi-gú-re-se, me que-dé de pie-dra...

«¿Es acaso pariente suyo?», le hubiera gustado preguntar al general, pero se contiene y espera.

—Imagínese, la familia en Carlsbad, y él te-le-gra-fi-ó —masculla sin venir a cuento el *milord*, insistiendo una vez más en lo mismo.

Su excelencia continúa esperando, aunque su rostro expresa la mayor impaciencia. Pero de pronto el *milord* vuelve a caer en un mutismo total y se olvida completamente de la conversación.

—Tengo entendido... que su principal propiedad... se encuentra en la provincia de Tver —se decide por fin a preguntar el general, con cierta inseguridad y confusión.

—Los dos, los dos muy delgados, Yákov y Aristarj... Son hermanos. Uno se encuentra ahora en Be-sa-ra-bia. Yákov se ha roto una pierna y Aristarj está en Be-sa-ra-bia.

El general levanta la cabeza y da muestras de una extraordinaria perplejidad.

—Muy del-ga-dos, y la propiedad es de su mujer, una Ga-ru-ni-na. Es Ga-ru-ni-na de na-ci-mien-to.

—¡Ah! —dice con satisfacción el general. Está visiblemente contento de que sea «una Garunina». Ahora comprende.

—Un hombre excepcional, creo —exclama con fogosidad—. Lo conocí... es decir, pensaba conocerlo precisamente aquí... ¡Un hombre extraordinario!

—¡Un hombre excepcional, excelencia, excepcional! Justo como acaba de decir usted: «¡excepcional!» —interviene con calor el descarado señor de segunda categoría, y un entusiasmo genuino resplandece en sus ojos. Mira con desdén a los pasajeros que hay en cubierta y se siente moralmente superior a todos ellos.

Ese gesto colma la paciencia del señor europeo, que deambula alrededor de los interlocutores. ¡Ay, es como si lo hubiera dictado todo la fatalidad!

La fatalidad consistió principalmente en que su mujer, la «señora distinguida», en sus tiempos de soltera fue amiga de la esposa del «patrón de la provincia», S*** de nacimiento, y en aquel entonces también soltera. La «señora distinguida» también es de alta alcurnia y considera que pertenece a una clase de seres superior a la de su marido. En el momento de subir a bordo, sabía perfectamente que la esposa del patrón de la provincia viajaba también en el vapor y contaba con «encontrarse» con ella. Pero, ay, no «se encontraron», y desde el primer paso, desde la primera mirada, quedó meridianamente claro que no se encontrarían. «¡Y todo por culpa de ese hombre insoportable!»

Pero «ese hombre insoportable», por su parte, conoce muy bien los pensamientos mudos de su mujer, pues a lo largo de sus siete años de matrimonio ha tenido tiempo más que suficiente para aprender a adivinarlos. Además, también él «ha nacido en la Arcadia». ¡Allí, en esa misma provincia, poseía antaño ochocientas almas, nada menos! Si han podido viajar por el extranjero esos últimos siete años ha sido gracias a

las indemnizaciones de la emancipación y también al importe de un robledal (¡trescientas desiatinas^[29]!) vendido tres años antes. Ahora han vuelto a la patria, donde llevan ya cuatro meses, y en ese momento se dirigen a las ruinas de su propiedad, sin que ellos mismos sepan por qué razón. Lo peor es que la señora distinguida, por lo visto, no quiere enterarse de que ya no queda nada ni de las indemnizaciones ni del robledal. Pero lo que más le irrita es que hayan pasado ya cuatro meses desde su regreso y todavía no se «haya encontrado» con nadie. El caso de la mujer del general no es el primero. «¡Y todo por culpa de ese individuo insignificante!»

—¡De qué le vale llevar esa barba a la europea, si no tiene posición, ni grado alguno en el escalafón, ni relaciones! Es incapaz de pensar en nada, ni siquiera ha sabido casarse. ¡Cómo he podido tomarlo por marido! ¡Me dejé seducir por su barba! De poco le valdrá aquí presumir de que ha conversado con Stuart Mill o de que ha contribuido a la caída de Thiers; sin contar con que todo es mentira: si hubiera derribado a Thiers, yo lo habría visto...

El afortunado marido sabe perfectamente que eso es lo que piensa de él la «señora distinguida», y precisamente en ese momento. Ella no le ha confesado su deseo de «encontrarse» con la mujer del patrón de la provincia, pero él sabe que, si no consigue arreglarle ese encuentro, se lo estará echando en cara toda la vida. Además, quiere demostrarle de una vez que es capaz de conversar no sólo con Stuart Mill, sino también con generales rusos, que también él es un ave de altos vuelos, y no una cualquiera, sino un águila real. Por desgracia, ese deseo de que su mujer reconozca su valía ha constituido la principal preocupación de esa vida fracasada, y hasta su única preocupación desde las primeras horas de su matrimonio. Llevaría demasiado tiempo contar cómo ha podido suceder algo semejante, pero así son las cosas y no hay nada más que decir. Y he aquí que, de pronto, con gran nerviosismo, da un paso al frente y se planta delante del *milord*.

—Yo... general... yo también he estado en Carlsbad —dice de sopetón, dirigiéndose al general—, y, figúrese, general, también me sucedió algo en la pierna... ¿Era de Aristarj Yákovlevich de quien estaban hablando? —prosigue, volviéndose de pronto, con inusitado apresuramiento, hacia el *milord*, incapaz de seguir allí junto al general.

El general levanta la cabeza, mira con cierta sorpresa a ese señor que se ha acercado y le ha dirigido la palabra, y tiembla de pies a cabeza. En cuanto al *milord*, ni siquiera alza la frente; en lugar de eso, oh cielos, extiende el brazo, y el señor europeo comprende claramente que el *milord*, apoyando la mano en su pierna, lo aparta con fuerza de su lado. Se estremece, baja la vista y al punto se da cuenta de lo que sucede: al colocarse con premura y atolondramiento entre el banco y la silla plegable del *milord*, no ha reparado en que ha rozado su bastón, apoyado en el banco, y que éste se ha deslizado y está a punto de caer. Se aparta a toda prisa, el bastón cae al suelo y el *milord* se agacha rezongando para recogerlo. En ese mismo instante se

oye un aullido espantoso: el señor, al retroceder dos pasos, ha pisado una pata al *setter*, que lanza unos alaridos tremendos y desesperados; el *milord* vuelve todo el cuerpo en la silla e increpa al caballero con voz furibunda:

—Le pido hu-mil-de-men-te que deje en paz a mi pe-rro...

—No he sido yo. Ha sido él... —farfulla el interlocutor de Stuart Mill, deseando que el puente se abra bajo sus pies.

—¡No puede usted figurarse cuánto me hace sufrir ese min-dun-di! —oye a sus espaldas la voz airada de su mujer, que le habla al oído a la institutriz; en realidad no es que la oiga, sino que la presiente con todo su ser; hasta es posible que su esposa no le haya susurrado nada a la niñera...

¡Pero da lo mismo! No sólo le gustaría que se abriera el puente, sino que está dispuesto a desaparecer en algún lugar de la proa, a esconderse junto a la rueda. Y, por lo visto, así lo hace. Al menos, no se le vuelve a ver en el puente durante el resto del viaje.

Todo acaba en que el administrador de la provincia se da por vencido y, después de presentar el *milord* a su mujer, se dirige a su camarote, donde, gracias a los buenos oficios del capitán, tiene ya preparada una partida de naipes. Todos conocen el punto flaco del administrador. El señor de segunda categoría ya lo ha arreglado todo y ha reunido unos compañeros de juego aceptables, dadas las circunstancias. Los invitados son un funcionario empleado en la construcción de un ferrocarril cercano, que gana un sueldo desorbitado y al que su excelencia ya conoce un poco, y el coronel de ingenieros, que no se cuenta entre sus conocidos, pero que ha aceptado sumarse a la partida. Este último tiene un aire huraño y algo obtuso (de tanto como se preocupa por su dignidad), pero juega bien. El empleado de ferrocarriles es un tipo más bien vulgar, pero sabe contenerse; en cuanto al señor de segunda categoría, que completa el número de jugadores, se comporta exactamente como debe comportarse. El general se siente muy satisfecho.

Entre tanto, el *milord* traba conocimiento con la esposa del general. Había olvidado por completo que su apellido de soltera era S. y ni siquiera lo sospechaba. Ahora, de pronto, se acuerda de cuando era una jovencita de dieciséis años. La mujer del general lo trata con cierta altanería y negligencia, pero sólo por guardar las formas. Está haciendo ganchillo y apenas le mira; pero el *milord* se vuelve cada vez más amable y se anima; cierto que masculla y suelta perdigones al hablar, pero tiene una manera maravillosa de narrar (en francés, naturalmente), recuerda anécdotas encantadoras y dice cosas verdaderamente ingeniosas... ¡Y cuántos chismes conoce! La mujer del general sonrío cada vez más a menudo. El encanto de una mujer fascinante ejerce una influencia poderosa sobre el *milord*, que acerca cada vez más a ella su silla plegable y acaba derritiéndose del todo y riendo de un modo extraño... Y eso ya es más de lo que puede soportar la pobre «señora distinguida». Le entra un tic (*tic douloureux*), se dirige al camarote reservado a las damas, a un departamento

privado, en compañía de la institutriz y de Nina. Le aplican fomentos empapados en vinagre, se oyen gemidos. La institutriz presiente que «la mañana se ha echado a perder» y se enfurruña bastante. No quiere hablar, sienta a Vera en una silla y se pone a mirar un libro que, por lo demás, no lee.

«Es la primera vez que se pone así en tres meses —se dice la sufriente dama, midiéndola con los ojos—. ¡Debería hablarme! ¡Sí, debería! Su obligación es distraerme, consolarme; es la institutriz y por lo tanto tiene que desvivirse, colmarme de atenciones. ¡Aunque la culpa de todo la tiene ese chisgarabís!» y sigue mirando de reojo, llena de rencor, a la muchacha. Su orgullo le impide dirigirle la palabra. Entre tanto, la muchacha sueña con San Petersburgo, que acaban de dejar atrás, con las patillas de su primo, con un oficial amigo suyo, con dos estudiantes. Sueña con un círculo en que se reúnen muchos estudiantes de ambos sexos, y al que ya la han invitado.

«¡Que se vayan al diablo! —decide la institutriz de una vez por todas—. Me quedaré un mes más en casa de estos memos, aunque, como siga aburriéndome de esta manera, me largo a San Petersburgo. Y, si no tengo nada que zampar, me haré comadrona. ¡Se acabó!»

El barco llega por fin a puerto y todos se abalanzan hacia la salida, como escapando del aire viciado de un calabozo. ¡Qué día tan caluroso! ¡Qué cielo tan claro y magnífico! Pero no hay tiempo para mirar el cielo. Tenemos prisa, mucha prisa; y el cielo no va a marcharse de ahí.

El cielo es algo cotidiano; el cielo es una cosa de nada. En cambio, vivir no es ninguna broma.

Diario de un escritor

(1876)

CAPÍTULO PRIMERO

I

A MODO DE PREFACIO. DE LAS OSAS MAYOR Y MENOR, DE LA ORACIÓN DEL GRAN GOETHE Y, EN GENERAL, DE LAS MALAS COSTUMBRES.

... Jlestakov^[30], al menos, cuando mentía al alcalde, tenía cierto temor de que lo desenmascararan y lo sacasen del salón. Los Jlestakov de nuestros días no tienen miedo de nada y mienten con toda tranquilidad.

En los tiempos que corren todos se sienten totalmente tranquilos. Tranquilos y puede que también felices. Apenas hay nadie al que se pida cuentas, todo el mundo actúa con «sencillez», y eso es ya el colmo de la felicidad. Ahora, lo mismo que antes, todos están corroídos por la vanidad, pero la vanidad de antaño entraba con timidez, dirigía una mirada febril a su alrededor, examinaba las fisonomías: «¿Estará bien que entre? ¿Estará bien que hable?». Hoy en día todo el mundo está persuadido de antemano de que, entre donde entre, todo le pertenece. Y si no es así, resuelve el asunto en un abrir y cerrar de ojos, sin enfadarse siquiera. ¿No habéis oído hablar de notas como ésta?:

«Querido papá, tengo veintitrés años y aún no he hecho nada; convencido de mi inutilidad, he decidido quitarme la vida...».

Y se pega un tiro. Pero ahí al menos se puede entender algo: «¿Cómo se puede vivir sin orgullo?». En cambio, ese otro mira a su alrededor, da unos pasos y se pega un tiro en silencio, simplemente porque no tiene dinero para mantener a una querida. Y eso es ya una auténtica cochinada.

Nuestros periódicos aseguran que todo se debe a que esos individuos piensan demasiado. «Están piensa que te piensa, y de pronto encuentran lo que estaban buscando». Yo estoy convencido de lo contrario; a saber, que no piensan absolutamente en nada, que son totalmente incapaces de formarse una sola idea, que son tan ignorantes como los salvajes y que todos sus deseos responden a un impulso visceral, no a una idea consciente; en suma, una auténtica cochinada. El liberalismo nada tiene que ver con eso.

Además, ni siquiera albergan por un instante las reflexiones de Hamlet: «Ese miedo a lo que habrá allá...».

En todo eso se percibe algo terriblemente extraño. ¿Acaso esa falta de pensamiento forma parte de la naturaleza rusa? Hablo de falta de pensamiento, no de

falta de sentido común. Bueno, no tenéis por qué creerlo, pero al menos pensad en ello. Nuestro suicida no sospecha siquiera que tenga un yo, que sea una criatura inmortal. Se diría que nunca ha oído nada al respecto. Y, sin embargo, no es ni mucho menos un ateo. Acordaos de los ateos de antaño: en cuanto perdieron su fe en una cosa, empezaron a creer apasionadamente en otra. Acordaos de la apasionada fe de Diderot, de Voltaire... En nuestro país, es una *tabula rasa* total, nada que ver con Voltaire: simplemente, no tienen dinero para mantener una querida; eso es todo.

Cuando Werther, el suicida, decide quitarse la vida, se lamenta, en las últimas líneas que deja, de que no volverá a ver «la hermosa constelación de la Osa Mayor», y se despide de ella. ¡Ah, cómo revela ese pequeño rasgo la personalidad de Goethe, que entonces sólo estaba en sus comienzos! ¿Por qué al joven Werther le son tan caras esas constelaciones? Porque era consciente, cada vez que las contemplaba, de que no era un simple átomo o una nulidad lo que estaba ante ellas, de que todo ese abismo de prodigios misteriosos y divinos no excedía, en absoluto, su capacidad de pensamiento, no estaba por encima de su conciencia, no era mayor que el ideal de belleza encerrado en su alma; que ese abismo era igual a él y revelaba su parentesco con el infinito del ser... Y que toda la felicidad de ese grandioso pensamiento, que le revelaba quién era, se la debía únicamente a *su propia imagen humana*.

«Espíritu Supremo, gracias Te sean dadas por la imagen humana que me has dado».

Ésa debía de ser la oración del gran Goethe a lo largo de toda su vida. Nosotros, en cambio, cogemos esa imagen humana y la rompemos en mil pedazos, con toda sencillez y sin recurrir a esas prestidigitaciones germanas; y en cuanto a las Osas, no sólo la Mayor, sino también la Menor, a nadie se le ocurre despedirse de ellas; y si se le ocurre, se guarda muy bien de hacerlo, porque le daría mucha vergüenza.

—¿A qué viene todo esto? —me preguntará sorprendido el lector.

—Quería escribir un prefacio, ya que no puede pasarse uno sin él.

—En ese caso, más valdría que explicara cuál es su tendencia, sus convicciones; que nos aclarará qué clase de hombre es usted y cómo se atreve a publicar el *Diario de un escritor*.

Pero es que eso es muy difícil y me estoy dando cuenta de que no soy ningún maestro a la hora de escribir prefacios. Un prefacio puede ser tan difícil de escribir como una carta. En cuanto al liberalismo (en lugar de la palabra «tendencia», emplearé directamente la palabra «liberalismo»), en cuanto al liberalismo, un Desconocido^[31] al que todo el mundo conoce, hablando en uno de sus últimos artículos de cómo ha recibido nuestra prensa el año de 1876, menciona entre otras cosas, no sin causticidad, que todo adoptó un aire bastante liberal. Me alegro de que hiciera gala de esa causticidad. En realidad, en los últimos tiempos nuestro liberalismo se ha convertido en todas partes en un oficio o en un mal hábito. Es decir, no es que en sí mismo sea un mal hábito, pero eso es lo que ha sucedido entre nosotros. Hasta resulta extraño: se diría que nuestro liberalismo pertenece a la

categoría de liberalismos inactivos; inactivos y tranquilos, lo que en mi opinión no está nada bien, ya que el quietismo, a mi juicio, es lo que menos cuadra con el liberalismo. Además, a pesar de esa serenidad, por todas partes se aprecian señales de que poco a poco está desapareciendo de nuestra sociedad la noción de lo que es liberal y de lo que no lo es; en ese sentido, la gente empieza a confundirse gravemente. Hay ejemplos incluso de casos extremos de confusión. En definitiva, nuestros liberales, en lugar de volverse más libres, están atados al liberalismo como con cuerdas; por eso, aprovechándome de esta curiosa coyuntura, guardaré silencio sobre los detalles de mi liberalismo. Me limitaré a señalar que, en términos generales, me considero más liberal que nadie, aunque sólo sea porque no tengo ningún deseo de tranquilizarme. Pero basta de hablar de esa cuestión. En lo que respecta a la clase de hombre que soy, podría definirme más o menos así: «*Je suis un homme heureux qui n'a pas l'air content*», o dicho en castellano: «Soy un hombre feliz que no está satisfecho con algunas cosas».

Con eso doy por terminado el prefacio. En realidad, sólo lo he escrito por respetar las formas.

II

UNA NOVELA FUTURA. OTRA «FAMILIA CASUAL».

Había un árbol de Navidad y un baile infantil en el Club de los Artistas, así que me dirigí allí para ver a los niños. Siempre me han gustado los niños, pero ahora me interesan de una manera especial. Hace tiempo que me he propuesto escribir una novela sobre los niños rusos de hoy, y desde luego también sobre sus padres y sobre sus actuales relaciones mutuas. El esquema está listo y pensado de antemano, como debe hacer siempre un novelista. En la medida de lo posible, tomaré a los padres y a los hijos de todas las capas de la sociedad y seguiré a los niños desde su más tierna infancia.

Cuando hace año y medio Nikolái Alekséievich Nekrásov me invitó a escribir una novela para *Anales de la Patria*, estuve a punto de ponerme manos a la obra con mis *Padres e hijos*, pero al final me abstuve, y gracias a Dios: no estaba preparado. En lugar de eso escribí *El adolescente*, un primer esbozo de mi idea. Pero en esa obra el niño ya ha salido de la infancia y aparece como un hombre inmaduro que, con timidez e insolencia a un tiempo, trata de dar cuanto antes su primer paso en la vida. Tomé un alma inocente, pero ya ensuciada por la terrible posibilidad del vicio, por un odio prematuro a la insignificancia y el carácter «casual» de su naturaleza, por la facilidad con que su alma, aún casta, acoge conscientemente el vicio en sus pensamientos, lo acaricia ya en su corazón y se deleita con él en sus sueños todavía pudibundos, pero ya osados y tormentosos; y todo eso abandonado a sus propias fuerzas y a su discreción, así como también, naturalmente, a Dios. Son los abortos de

la sociedad, los miembros «casuales» de familias «casuales».

Hace poco los periódicos informaron del asesinato de una mujer llamada Perova y del suicidio del homicida. Vivían juntos, él trabajaba en una imprenta, pero perdió su empleo; ella alquilaba un apartamento y había tomado unos inquilinos. Su produjo una discusión, Perova le pidió que la dejara. El hombre tenía ese carácter típico de las nuevas generaciones: «Si no es mía, no lo será de nadie». Le dio su palabra de que «la dejaría», y por la noche la apuñaló bárbaramente, con premeditación y alevosía, y a continuación se quitó la vida. Perova dejaba dos hijos, dos muchachos de doce y nueve años, ambos ilegítimos, pero no hijos del asesino, sino de una relación anterior. Los quería mucho. Ambos fueron testigos de la terrible escena de aquella tarde; vieron cómo el hombre cubría de reproches a su madre, hasta hacerla perder el conocimiento; ambos le pidieron que no fuera a su habitación, pero ella fue.

El periódico *La Voz* ha abierto una suscripción en favor de los «infelices huérfanos», uno de los cuales, el mayor, era alumno de quinto curso del instituto; el otro todavía no iba a la escuela. He ahí otra «familia casual», he ahí otros niños con la joven alma marcada por una lúgubre impresión. Ese cuadro sombrío no se borrará nunca de sus almas y puede minar dolorosamente su joven orgullo ya en esos días

... en que para nosotros eran nuevas
todas las impresiones de la existencia^[32].

Les esperan dilemas superiores a sus fuerzas, una herida precoz en su amor propio, el rubor de una vergüenza inmerecida por su pasado y un odio sordo y reconcentrado por los hombres que acaso les dure toda la vida.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

EL NIÑO DE LA MANO EXTENDIDA

Los niños son muy extraños; ocupan mis sueños y mis pensamientos. En los días previos a la Navidad y en la misma Nochebuena me encontré, en la esquina de cierta calle, con un muchacho que no podía tener más de siete años. A pesar del frío terrible, vestía prendas casi veraniegas, pero lucía una especie de harapo anudado al cuello, señal de que alguien lo había equipado antes de salir a la calle. Llevaba la mano extendida, término técnico que hace referencia a la mendicidad. Es un término acuñado por esos mismos muchachos. Hay muchos como el chiquillo de quien me ocupó, se interponen en vuestro camino y gimen alguna frase aprendida de memoria; pero éste no gemía, hablaba con cierta inocencia y falta de costumbre y me miraba a

los ojos lleno de confianza; en resumidas cuentas, acababa de iniciarse en la profesión. En respuesta a mis preguntas me dijo que tenía una hermana enferma y sin trabajo; puede que fuera verdad, pero más tarde me enteré de que esos muchachos forman verdaderas hordas; los sacan a pedir limosna incluso en lo más crudo del invierno y, si no llevan nada, seguramente les espera algún golpe. Una vez que ha reunido unos cuantos kopeks, el muchacho regresa, con las manos rojas y entumecidas, a algún sótano, donde vive, en medio de continuas borracheras, una pandilla de holgazanes, de esos tipos que «habiendo salido del trabajo la víspera del domingo, no vuelven a sus puestos antes del miércoles por la tarde». Allí, en esos sótanos, se emborrachan con sus mujeres hambrientas y maltratadas; allí lloran, no menos hambrientos, los niños de pecho. Vodka, suciedad, depravación; pero sobre todo vodka. Con los kopeks que tiene en la mano, envían inmediatamente al muchacho a la taberna para que traiga más aguardiente. A veces, para divertirse, le dan un trago también a él y se ríen a carcajadas cuando el muchacho, con la respiración entrecortada, cae al suelo casi sin conocimiento,

y sin piedad me vertían en la boca
su abominable vodka...^[33]

Cuando crezca, se lo quitarán de encima cuanto antes, enviándolo a alguna fábrica, pero estará obligado a entregar todo lo que gane a esos holgazanes, que volverán a gastárselo en bebida. Pero ya antes de llegar a la fábrica esos niños se han convertido en auténticos delincuentes. Vagan por la ciudad y conocen lugares, en todos esos sótanos, en los que pueden deslizarse y pasar la noche sin que nadie repare en su presencia. Uno de ellos pasó varias noches seguidas en el cesto de una portería sin que el portero se diera cuenta. Ni que decir tiene que acaban convirtiéndose en ladronzuelos. El robo se convierte en una pasión incluso en niños de ocho años, a veces sin que se den la menor cuenta de que están cometiendo un acto delictivo. Al final acaban soportándolo todo —el hambre, el frío, los golpes— con tal de seguir gozando de libertad, y no tardan en huir de los holgazanes para llevar una vida vagabunda por su cuenta y riesgo. Esas criaturas salvajes a veces no saben nada, ni dónde viven, ni cuál es su patria; ni conocen la existencia de Dios o del soberano. Se cuentan de ellos tales cosas que cuesta creerlas, y sin embargo son hechos contrastados.

II

EL NIÑO ANTE EL ÁRBOL DE NAVIDAD DE CRISTO

Pero yo soy un novelista y creo que se me ha ocurrido una «historia» al respecto. ¿Por qué digo «creo», cuando sé perfectamente que se me ha ocurrido? No obstante,

sigo imaginándome que algo así ha sucedido realmente en algún lugar, en algún momento, e incluso que ha sucedido en la Nochebuena, en *alguna* ciudad inmensa, en medio de un frío terrible.

Veo a un chico aún muy pequeño, de unos seis años o incluso menos, que se despierta una mañana en un sótano húmedo y frío. Sólo lleva puesta una especie de blusa y tirita. Su respiración se escapa en forma de blanco vaho; sentado en un rincón, encima de un baúl, el muchacho mata el aburrimiento exhalando esas nubes de vapor y contemplando cómo se disipan. Pero tiene mucha hambre. A lo largo de la mañana se ha acercado varias veces a la tarima, donde, sobre un jergón tan fino como una torta de aceite, y una especie de hatillo bajo la cabeza a modo de almohada, yace su madre enferma. ¿Cómo ha acabado aquí? Probablemente vino con su hijo de alguna otra ciudad y de pronto cayó enferma. A la patrona del tabuco la había detenido la policía dos días antes y los demás inquilinos se habían dispersado, pues era una jornada festiva, y sólo ha quedado un holgazán que, incapaz de esperar a la fiesta, llevaba ya veinticuatro horas borracho perdido. En otro rincón de la habitación gime una anciana de ochenta años, enferma de reumatismo, que antaño trabajó como niñera en algún lugar, pero que ahora agoniza sola, quejándose, gruñendo y regañando al niño, para que no se atreva a acercarse a su rincón. El niño ha bebido un poco de agua en el zaguán, pero en ninguna parte ha encontrado un mendrugo de pan. Ha intentado despertar a su madre lo menos ya diez veces. Finalmente le ha dado miedo de la oscuridad: hace ya tiempo que ha caído la noche, pero nadie ha encendido una vela. Al tocar el rostro de su madre, se sorprende de que no se mueva y de que se haya vuelto tan fría como la pared. «¡Qué frío hace aquí!», piensa, deteniéndose un instante y olvidando inconscientemente la mano en el hombro de la difunta; luego sopla sobre sus dedos para calentarlos; de pronto, coge su gorra, que descansa sobre la tarima, y sale a tientas del sótano. Hace tiempo que quería salir, pero le daba miedo el enorme perrazo que se ha pasado ladrando el día entero en la escalera, junto a la puerta del vecino de arriba. Pero el perro ya no estaba allí y en unos instantes el niño se encontró en la calle.

¡Señor, qué ciudad! Nunca ha visto nada semejante. En la localidad de la que procede, la noche es muy oscura y sólo hay un farol en toda la calle. Las casitas bajas de madera están cerradas con postigos; en la calle, en cuanto anochece, no se ve un alma; todo el mundo se encierra en su casa y no hay más que perros, centenares y miles de perros, que se pasan toda la noche ladrando y aullando. Pero allí al menos hacía calor y le daban de comer, mientras que aquí... ¡Señor, si tuviera algo que llevarse a la boca! ¡Y qué ruido y estrépito hay aquí, qué de luces y de gente, cuántos caballos y carruajes! ¡Y, sobre todo, qué frío, qué frío! Un vapor helado flota sobre el lomo de los agotados caballos y brota de sus hocicos ardientes y jadeantes; sus cascos resuenan en el pavimento, a través de la blanda nieve; todo el mundo se empuja. ¡Ah, señor, con qué ganas comería un pedacito de cualquier cosa! ¡Y cómo le dolían los dedos! Un guardia pasó junto a él y volvió la cara para no verlo.

Allí hay otra calle, ¡y qué ancha es! Seguro que acaban atropellándole. ¡Cómo grita la gente! ¡Cómo se apresura todo el mundo, tanto los que van a pie como a caballo! Y las luces. ¿Habéis visto las luces? ¿Y eso qué es? Ah, qué ventana tan grande; y detrás se ve una habitación con un árbol que llega hasta el techo; un árbol de Navidad, lleno de luces, papeles dorados y manzanas, con muñecas y caballitos de madera alrededor; por la habitación corretean niños vestidos de fiesta, muy limpios; ríen y juegan, comen y beben. Una niña se ha puesto a bailar con un muchacho. ¡Qué niña tan guapa! Hasta puede oírse la música a través de los cristales. El niño lo contempla todo, se maravilla e incluso se ríe; pero le duelen ya los dedos de los pies y los de la mano se han vuelto completamente rojos, no puede doblarlos y sólo de moverlos le dan punzadas. De pronto el niño se acuerda de cuánto le duelen los dedos, se echa a llorar y se aleja corriendo; en ese momento, a través de otra ventana, ve otra habitación, también con árboles; sobre las mesas hay pasteles de todo tipo, rojos, amarillos, con almendras, y junto a ellas hay cuatro señoras ricas, dando pasteles a todos los que entran; la puerta se abre a cada instante, dejando pasar a muchas personas que vienen de la calle. El niño abre la puerta rápidamente y se cuelga dentro. ¡Ah, qué gritos van a darle y con qué malos modos van a echarlo! Una señora se acerca en seguida, le pone un kopek en la mano y abre la puerta para que se vaya. ¡Qué miedo ha pasado! En cuanto al kopek, ha rodado tintineando por los peldaños: no ha podido doblar los dedos enrojecidos para retenerlo. El niño se aleja corriendo con todas sus fuerzas, aunque ni él mismo sabe adónde se dirige. De nuevo le entran ganas de llorar, pero no se atreve y sigue corriendo que te corre, soplándose las manos. Le asalta la tristeza al sentirse tan solo y asustado, pero de pronto... ¡Señor! ¿Qué es lo que sucede ahora? Unas cuantas personas se han parado y miran algo con muestras de asombro: detrás de una ventana hay tres muñecos, pequeños, vestidos con trajes rojos y verdes, que parecen de carne y hueso. Un viejecito está sentado y toca un gran violín; los otros dos, de pie a su lado, tocan violines pequeños; menean la cabeza al compás, se miran uno a otro, mueven los labios, hablan; sí, se diría que hablan, sólo que la ventana impide escuchar sus palabras. Al principio el niño pensó que estaban vivos y, cuando se dio cuenta de que se trataba de muñecos, se echó a reír. ¡Jamás había visto muñecos así ni sospechaba que los hubiera! Seguía teniendo ganas de llorar, pero al mismo le hacía gracia mirar los muñecos. De repente le parece que alguien, detrás de él, le tira de la blusa: un muchacho grandullón y malvado le da un golpe en la cabeza, le quita la gorra y le da un puntapié. El niño cae al suelo y la gente que le rodea empieza a gritar; el niño se asusta, se pone en pie de un salto y echa a correr con todas sus fuerzas; llega a un lugar que no conoce; atraviesa una puerta cochera y se introduce en un patio, donde se acurruca detrás de un montón de leña: «Aquí no me encontrarán; está muy oscuro».

Se acurruca y se hace un ovillo; tiene tanto miedo que casi no puede respirar; de pronto, en apenas un instante, siente un gran alivio: las manos y los pies dejan de dolerle y tiene tanto calor como si estuviera sobre la estufa; entonces un

estremecimiento recorre su cuerpo: ¡ha estado a punto de quedarse dormido! ¡Ah, con qué gusto se quedaría dormido allí mismo! «Me quedaré un ratito más y luego iré a ver otra vez los muñecos —piensa el niño y, al acordarse de ellos, vuelve a sonreír—. ¡Parecen de carne y hueso!...» En ese momento oye cantar a su madre junto a él. «Mamá, estoy dormido. ¡Ah, qué agradable es dormir aquí!»

—Ven a ver mi árbol de Navidad, hijo mío —susurra junto a su oreja una voz muy dulce.

En un principio creyó que era su madre, pero no es ella. No ve a la persona que lo ha llamado, pero alguien se ha inclinado sobre él y lo abraza en la oscuridad; el niño le tiende la mano y... de pronto... ¡Oh, qué luz! ¡Oh, qué abeto! Pero no, no es un abeto. ¡Nunca ha visto un árbol semejante! ¿Dónde se encuentra? Todo brilla, todo resplandece y hay muñecos por todas partes... Pero no son muñecos, sino niños y niñas; todos resplandecen, todos giran y revolotean a su alrededor, todos le besan, le cogen de la mano, le llevan con ellos, y el niño vuela y ve que su madre le está mirando y sonrío alegremente.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ah, qué bien se está aquí, mamá! —grita el niño, y vuelve a intercambiar besos con los muchachos y quiere hablarles cuanto antes de los muñecos que hay detrás de la ventana—. ¿Quiénes sois, muchachos? ¿Quiénes sois, muchachas? —pregunta, sonriendo y acariciándoles.

—Éste es el «árbol de Navidad de Cristo» —le responden—. Este día Cristo dispone siempre un árbol de Navidad para los niños pequeños que no tienen árbol en su casa...

Y de ese modo el niño se entera de que todos esos muchachos y muchachas eran niños como él; algunos habían muerto de frío en sus cestos, abandonados en un rellano, ante la puerta de algún funcionario petersburgués; otros se habían asfixiado en casa de las cuidadoras finlandesas a quienes la inclusa había confiado su cría; otros habían fallecido junto al pecho seco de sus madres durante la hambruna de Samara; otros habían perecido en la atmósfera pestilente de los vagones de tercera. Y todos ellos se encontraban ahora allí, todos ellos eran como ángeles, todos estaban con Cristo, y Él mismo estaba con ellos, les tendía las manos y los bendecía a ellos y a sus madres pecadoras... Y las madres de esos niños estaban también allí, a un lado, y lloraban; cada una reconocía a su hijo o a su hija, y éstos volaban hasta ellas y las besaban, les enjugaban las lágrimas con sus manitas y les rogaban que no llorasen porque eran muy felices en ese lugar...

Abajo, a la mañana siguiente, los porteros encontraron el pequeño cadáver del niño que había huido para morir de frío detrás del montón de leña; también hallaron a la madre... que había muerto antes que él. Ambos habían vuelto a verse en el cielo, a la vera de Nuestro Señor.

¿Por qué he inventado esta historia, que tan poco cuadra con el espíritu de un *Diario* corriente y razonable, y aún menos con el *Diario de un escritor*? ¡Y eso que había prometido hablar ante todo de acontecimientos reales! Pero sigue asaltándome

la sospecha de que todo eso ha podido suceder realmente; me refiero a todo lo que pasó en el sótano y detrás del montón de leña; en lo que respecta al árbol de Navidad de Cristo... no sé qué decir. ¿Ha podido suceder o no? En cualquier caso, soy novelista y mi obligación es inventar historias.

III

UNA COLONIA DE DELINCUENTES MENORES. INDIVIDUOS SOMBRÍOS.

LA TRANSFORMACIÓN DE ALMAS VICIOSAS EN INMACULADAS.

LOS MEJORES MEDIOS PARA ALCANZAR ESE FIN.

PEQUEÑOS Y AUDACES. AMIGOS DE LA HUMANIDAD.

El tercer día de las fiestas vi a todos esos ángeles «caídos», unos cincuenta en total. No creáis que bromeo al calificarlos de ese modo; no cabe la menor duda de que se trata de niños «ofendidos». ¿Ofendidos por quién? ¿De qué modo y en qué? ¿Y quién tiene la culpa? Por el momento, todo eso no son más que preguntas ociosas a las que no se puede dar respuesta. Así que será mejor que entremos en materia.

Estuve en la colonia de delincuentes menores que se encuentra detrás de la fábrica de pólvora. Hacía tiempo que deseaba conocer ese lugar, pero no había tenido ocasión; y de pronto, de manera inesperada, me encontré con un poco de tiempo y unas buenas personas que se ofrecieron a enseñármelo todo. Partimos una jornada tibia y algo sombría y, nada más pasar la fábrica de pólvora, nos internamos en un bosque; es en ese bosque donde está la colonia. ¡Qué maravilloso es el bosque en invierno, todo cubierto de nieve! ¡Qué fresco y puro es el aire y qué soledad se respira! Unas quinientas desiatinas han sido consagradas a la colonia, que se compone de varias casas de madera, bastante agradables, dispuestas a cierta distancia unas de otras. Todo se ha construido gracias a donativos; cada casa ha costado unos tres mil rublos y en cada una de ellas vive una «familia». Se designa con ese nombre a un grupo de doce a diecisiete muchachos; cada familia cuenta con un educador. La idea, a juzgar por las dimensiones de la colonia, era albergar hasta setenta muchachos, pero por el momento, por alguna razón, sólo hay unos cincuenta. Hay que reconocer que el establecimiento cuenta con copiosos medios y que se gasta anualmente una suma considerable en cada joven delincuente. Resulta también un poco raro que las condiciones sanitarias de la colonia, como informaban hace poco los periódicos, no sean del todo satisfactorias: en los últimos tiempos ha habido muchos enfermos, cuando cabría esperar lo contrario, dado el aire y los cuidados de que disfrutaban. Pasamos varias horas en la colonia, desde las once de la mañana hasta última hora de la tarde, pero estoy convencido de que una sola visita no basta para verlo y comprenderlo todo. El director del establecimiento me invitó a pasar un par

de días con ellos, una oferta muy tentadora.

El director, P. A. R...ski, es conocido en el mundo literario; sus artículos aparecen de vez en cuando en *El Mensajero de Europa*. Me acogió con la mayor cordialidad y cortesía. En su despacho tiene un libro en el que los visitantes pueden firmar si lo desean. Entre las firmas descubrí muchos nombres ilustres; eso significa que la colonia es conocida e interesa. Pero, a pesar de toda su deferencia, el respetable director es, por lo visto, un hombre muy reservado, aunque nos describió casi con entusiasmo los aspectos positivos de la colonia, al tiempo que atenuaba cualquier aspecto que pudiera resultar desagradable e incluso fuera de lugar. Me apresuraré a añadir que esa reserva, según me pareció, deriva de su ardiente compromiso con la colonia y la labor emprendida.

Los cuatro educadores (creo que son cuatro, uno por cada familia) son personas de mediana edad, incluso jóvenes; reciben un sueldo de trescientos rublos y casi todos proceden del seminario. Pasan todo su tiempo con los alumnos y hasta se visten casi como ellos: una especie de blusa ceñida con un cinturón. Cuando recorrimos los alojamientos estaban desiertos: era una jornada festiva y los niños jugaban en algún lugar, así que pudimos examinar los locales a plena satisfacción. Ningún lujo innecesario, ningún detalle superfluo, nada que sugiriese en exceso la bondad o humanidad de los donantes y fundadores del establecimiento; algo que podría haber sucedido con gran facilidad y que habría sido un craso error. Las camas, por ejemplo, son muy sencillas, de hierro, plegables; las sábanas son de un lienzo bastante basto; las mantas también son bastante sobrias, aunque abrigan. Los pupilos se levantan temprano y por su propio pie; todos juntos se lavan, limpian la habitación y, si es menester, friegan los suelos. Junto a algunas camas se percibía cierto olor, y me informaron de algo casi increíble: algunos pupilos (poco numerosos, pero en cualquier caso no menos de ocho o nueve), y no de los de menor edad, muchachos incluso de doce o trece años, se hacen sus necesidades durmiendo, sin levantarse de la cama. Cuando pregunté si se trataba de alguna enfermedad determinada, me respondieron que no; simplemente llegaban en un estado tan salvaje que ni siquiera comprendían que podían y debían comportarse de otro modo. Pero entonces, ¿dónde han vivido hasta ahora, en qué tugurios han crecido, con qué gente han tratado? A duras penas se encontrará una familia campesina, por pobre que sea, donde no se enseñe a los niños a conducirse en tales casos y donde hasta el niño más pequeño no sepa lo que debe hacer. En suma, ¿con qué clase de personas han convivido esos niños? ¡Qué indiferencia bestial han demostrado por su suerte! En cualquier caso, nos encontramos ante un hecho irrefutable, y lo considero de la mayor importancia; que nadie se ría de que «infe» ese sucio detalle hasta tales proporciones: es mucho más serio de lo que parece. Testimonia que en verdad existen individuos tan siniestros y terribles que carecen de cualquier rastro de humanidad y conciencia ciudadana. También permite comprender en qué puede acabar convirtiéndose esa pequeña alma salvaje, rechazada y abandonada por los hombres de tal manera. Sí, esas almas

infantiles han visto escenas tenebrosas y están acostumbradas a las impresiones fuertes, que nunca les abandonarán, por supuesto, y que reaparecerán durante el resto de su vida en forma de pesadillas espantosas. En definitiva, los reformadores y educadores de esos niños tendrán que luchar con esas horribles impresiones, arrancarlas de raíz y sustituirlas por otras: una tarea ímproba.

—No puede imaginarse en qué grado de salvajismo llegan algunos de ellos —me dijo P. A.—. Los hay que no saben nada de sí mismos ni de su posición social. Han llevado una vida vagabunda sin apenas darse cuenta; lo único que conocen y tiene sentido para ellos es su libertad, la libertad de deambular, de morir de frío y de hambre, con tal de poder ir a donde les plazca. Tenemos un niño de corta edad (diez años a lo sumo) que hasta la fecha no ha podido pasarse sin robar. Roba sin ningún objeto ni utilidad, sólo por costumbre, de una manera maquinal.

—¿Y cómo espera usted regenerar a esos chicos?

—Mediante el trabajo, un régimen de vida completamente distinto y un trato justo; y, en fin, albergamos la esperanza de que ellos mismos, con el tiempo, acaso en un plazo de tres años, acaben olvidando sus antiguas inclinaciones y costumbres.

Quise saber si entre esos chicos se daban también ciertos hábitos viciosos de la infancia. Me gustaría recordar, a ese respecto, que los pupilos tienen edades comprendidas entre los diez y los diecisiete años, aunque en principio no se admiten muchachos mayores de catorce.

—Oh, no, esos malos hábitos son aquí imposibles —se apresuró a responder P. A.—. Los educadores no se apartan de su lado y los vigilan sin tregua para que no hagan esa clase de cosas.

Pero a mí me pareció poco creíble. Algunos de los muchachos de la colonia proceden de la antigua sección de delincuentes menores, ya suprimida, que tenía su sede en el Castillo de Lituania. Estuve en esa prisión hace tres años y vi a esos muchachos. Luego me enteré, a través de una fuente digna de todo crédito, de que entre ellos reinaba una perversión fuera de lo común y de que los pequeños vagabundos que al llegar al castillo no estaban contagiados de ese vicio y al principio lo rechazaban, acababan sucumbiendo a él, casi contra su voluntad, porque sus compañeros se burlaban de su castidad.

—¿Y hay muchos reincidentes? —pregunté.

—No; de todos los que han salido de la colonia sólo ha habido ocho (cifra nada desdeñable, en cualquier caso).

Señalaré que a los pupilos se les libera después de haberles enseñado un oficio y haberles encontrado una colocación. Antes el pasaporte que se les entregaba al abandonar la colonia les causaba un gran perjuicio. Ahora han encontrado el medio de procurarles un pasaporte que no permite deducir, a menos a primera vista, que el portador procede de una colonia de delincuentes.

—En cambio —se apresuró a añadir P. A.—, muchos de nuestros pupilos no se olvidan de la colonia y, en cuanto llega una jornada festiva, vienen sin falta a vernos

y a pasar un rato con nosotros.

En suma, el modo más seguro de corregir y transformar un alma resentida y viciosa en otra luminosa y honrada es el trabajo. El día empieza en los dormitorios con las distintas tareas; a continuación, los pupilos pasan a los talleres. En esos talleres de cerrajería y carpintería me enseñaron algunas de sus creaciones. Los artículos no están mal, teniendo en cuenta los medios de que se dispone, pero sin duda serán mucho mejores cuando el aprendizaje se organice de manera más satisfactoria. Se venden en beneficio de los pupilos, de suerte que todos cuentan con algún capital cuando llega el momento de abandonar la colonia. Los muchachos trabajan durante la mañana y la tarde, pero sin fatigarse; y en verdad parece que el trabajo ejerce una influencia bastante poderosa sobre su moralidad: tratan de hacer las cosas mejor que sus compañeros y se enorgullecen de sus resultados.

Otro medio de contribuir a su desarrollo espiritual es, por supuesto, la costumbre de dejar que ellos mismos se juzguen unos a otros. Cualquiera que haya cometido una falta es juzgado delante de toda la «familia» a la que pertenece, y son los propios muchachos quienes lo absuelven o le imponen un castigo. El único castigo es la exclusión de los juegos. Si alguno de ellos se niega a someterse al juicio de sus compañeros, se le castiga con la separación total de la colonia. Para ese fin disponen de su propia Fortaleza de Pedro y Pablo, como llaman los muchachos a una isba especial, bastante apartada, con celdas para quienes se encuentran en aislamiento temporal. Sin embargo, parece que el confinamiento en esa Fortaleza depende exclusivamente del director. Nos acercamos a ver el lugar; sólo había, en aquel momento, dos detenidos. Debo señalar que se recurre a esa medida con bastante precaución y moderación, sólo en casos de faltas especialmente graves e inveteradas. Cada detenido estaba encerrado bajo llave en una pequeña celda individual, pero no nos dejaron verlos.

No cabe duda de que, en principio, esa forma de juicio es muy positiva, pero desprende cierto tufo libresco. Hay muchos niños orgullosos, orgullosos en el buen sentido, a los que podría ofender la potestad de ese tribunal popular, compuesto por jóvenes delincuentes como ellos, y que por tanto pueden entender ese poder de una manera equivocada. Es posible que haya personalidades mucho más dotadas e inteligentes que los demás miembros de la «familia»; esos chicos pueden sentirse heridos en su amor propio y odiar la decisión de la mayoría; y la mayoría casi siempre es mediocre. Además, ¿esos muchachos erigidos en jueces comprenden realmente lo que están haciendo? ¿No acabarán formándose, por el contrario, grupos de niños que rivalizan entre sí, organizados en torno a los miembros más fuertes y combativos, que inevitablemente, como sucede en todas las escuelas, dan el tono y manejan a los demás a su antojo? Después de todo, estamos hablando de niños, no de adultos. Por último, ¿quienes son condenados y sometidos a un castigo seguirán dirigiendo a sus antiguos jueces la misma mirada sencilla y fraternal? ¿No destruirá esa forma de juicio la camaradería? No ignoro que ese modo de educación y

formación tiene como base y fundamento la idea de que esos juicios autónomos irán familiarizando a esos antiguos niños delincuentes con los conceptos de ley, autorrepresión y justicia, de los que antes no sabían nada, y de que acabarán inculcándoles un sentido del deber. Todos esos pensamientos son muy hermosos y delicados, pero pueden convertirse en un arma de doble filo. En cuanto al castigo, es cierto que se ha elegido el más eficaz de todos los castigos represivos, es decir, la privación de libertad.

A ese respecto, me gustaría insertar aquí una curiosa *nota bene*. Hace unos días escuché de manera casual un comentario muy inesperado relativo a la supresión de los castigos corporales en nuestras escuelas: «Se han suprimido los castigos corporales en todas las escuelas, y se ha hecho muy bien; pero, *en realidad*, ¿qué se ha conseguido? Pues que entre nuestros jóvenes haya muchos más cobardes que antes. Le han cogido miedo al más leve dolor físico, a cualquier sufrimiento, a cualquier privación, incluso a cualquier ofensa, al menor menoscabo de su amor propio, hasta el punto de que algunos de ellos, como prueban numerosos ejemplos, ante la más insignificante amenaza, incluso ante la perspectiva de una lección o un examen difícil, se ahorcan o se pegan un tiro». De hecho la explicación más plausible de algunos casos que en verdad se han producido es simplemente la cobardía de esos jóvenes ante cualquier amenaza o contratiempo; de todos modos, se trata de una extraña manera de considerar la cuestión y de una *observación* cuando menos original. La cito aquí para que quede constancia.

Los vi almorzar; la comida era muy sencilla, pero sana, abundante y muy bien preparada. La probamos con gran placer antes de que llegasen los muchachos; y sin embargo, la alimentación de cada pupilo no cuesta más de quince kopeks al día. Se les da una sopa o un potaje con col y carne y, de segundo plato, gachas o patatas. Por la mañana, al levantarse, toman té y una rebanada de pan, y, entre la comida y la cena, una rebanada de pan y un vaso de *kvas*. Los muchachos están muy bien alimentados; ellos mismos sirven la mesa por turnos. Cuando se sentaron, todos cantaron con gran maestría la oración: «Tu nacimiento, Cristo Nuestro Señor». Uno de los educadores les enseña a cantar oraciones.

Me resultó muy interesante, cuando estaban allí todos juntos comiendo, examinar sus rostros. No puede decirse que fueran demasiado audaces o insolentes, pero se veía que nada les intimidaba. Casi ninguno podía calificarse de estúpido (aunque, según me dijeron, había algunos entre ellos; en ese sentido, los que más se distinguen son los antiguos pupilos de los correccionales); al contrario, se ven rostros muy inteligentes. Hay muchas caras feas, pero no físicamente; los rasgos faciales suelen ser correctos, pero en algunos rostros se percibe como un fondo de secreto. También había pocas caras risueñas, y eso que los pupilos se comportan con bastante desenvoltura ante las autoridades y ante quien sea, aunque no se trata de la misma desenvoltura de otros niños de corazón más abierto. Es probable que varios de ellos tengan unos deseos enormes de escapar cuanto antes de la colonia. No cabe duda —

se ve en sus caras— de que muchos se cuidan muy bien de no decir una palabra de más.

Me parece que el trato humano y sumamente cortés de los educadores (aunque también saben ser severos cuando es menester) no llega en todos los casos al corazón de esos muchachos, y mucho menos a su inteligencia. Se les trata de *usted*, incluso a los más pequeños. En un lugar así ese *usted* se me antoja algo forzado e innecesario. Cabe la posibilidad de que los muchachos que acaban aquí consideren ese tratamiento un capricho de señores. En definitiva, puede que ese *usted* sea un error, e incluso de cierta consideración. Tengo la impresión de que, en cierto modo, aleja a los educadores de los chicos; hay en ese *usted* cierto aire formal y reglamentario, y sería contraproducente que algún muchacho se lo tomara como una muestra de desprecio. Pues nada podrá convencerle de que él, que ha visto escenas tan crudas, ha escuchado las injurias más soeces y, en última instancia, ha robado cuanto ha podido, de pronto se haya hecho merecedor de un tratamiento tan señorial. En una palabra, creo que sería más sensato, dadas las circunstancias, tratarlos de *tú*; en ese punto todos parecen fingir un poco. ¿No sería mucho mejor que los niños acabaran comprendiendo que los educadores no son sus instructores, sino sus padres? ¿Que no son más que niños malos a los que hay que corregir? Por lo demás, es posible que ese *usted* no perjudique a los muchachos; y si más tarde tuercen el gesto cuando les traten de *tú* u oigan groserías, algo que sucederá inevitablemente desde el día mismo en que abandonen el establecimiento, puede que suspiren, llenos de nostalgia, por su colonia.

Entre los aspectos susceptibles de mejora cabe citar especialmente la lectura. Me dijeron que a los niños les gusta mucho leer, es decir, escuchar cuando les leen, los días de fiesta o cuando disponen de tiempo libre, y que hay entre ellos buenos lectores. Sólo tuve ocasión de oír a uno; leía bien y, según parece, le gusta mucho leer en voz alta y que todo el mundo le escuche; pero hay algunos que apenas saben las letras y otros que son completamente analfabetos. ¡Y las cosas que leen! En una de las familias, después de la comida, vi sobre la mesa un libro de no sé qué autor, en el que podía leerse cómo un tal Vladímir conversaba con una tal Olga acerca de los asuntos más profundos y extraños y cómo luego el inevitable medio «destruía sus vidas». Vi su «biblioteca», un armario con tomos de Turguénev, Ostrovski, Lérmontov, Pushkin, etc., algunos relatos de viajes bastante útiles y demás. Todos los libros han sido reunidos un poco al azar, a base de donaciones. La lectura, una vez que se permite, puede ejercer una notable influencia formativa, pero sé también que, aunque todas las fuerzas educativas de Rusia, con todos sus consejos pedagógicos al frente, quisieran establecer o señalar qué debe darse a leer a esos niños y bajo qué circunstancias, serían incapaces de llegar a ninguna conclusión, ya que se trata de un asunto muy complejo que no puede resolverse en unas cuantas reuniones. Por otro lado, nuestra literatura carece por completo de libros comprensibles para el pueblo. Ni Pushkin, ni los *Relatos de Sebastopol*, ni las *Veladas de Dikanka*, ni el cuento del comerciante Kaláshnikov, ni Koltsov^[34] (sobre todo este último) son del todo

comprensibles para el pueblo. Desde luego, esos muchachos no pertenecen al pueblo. Sólo Dios sabe lo que son, una clase especial de seres humanos a la que resulta difícil definir: ¿a qué tipo y categoría pertenecen? Pero, aun en caso de que entiendan esas historias, no apreciarán su valor, porque toda esa riqueza les cae como llovida del cielo, y su existencia anterior no les ha preparado para recibirla. En lo que respecta a los escritores denunciadores o satíricos, ¿son esas impresiones espirituales las que necesitan esos pobres niños que ya sin eso han visto tanto fango? Tal vez esos hombrecitos no tengan ninguna gana de reírse de sus semejantes. Tal vez esas almas envueltas en tinieblas se abrirían con alegría y delicadeza a las impresiones más ingenuas, elementales y candorosas, totalmente pueriles y sencillas, de esas que un alumno de instituto o de liceo, de la misma edad que esos niños delincuentes, contemplaría con una sonrisa desdeñosa y afectada.

La escuela está dando también sus primeros pasos, pero se espera organizarla como es debido en un futuro cercano. Casi no se enseña dibujo técnico y artístico. Y nada de instrucción religiosa, pues carecen de sacerdote. Pero dispondrán de uno en cuanto acaben las obras de una iglesia de madera que se está levantando. Las autoridades y los constructores se sienten muy orgullosos de ella. La verdad es que la arquitectura no está mal, aunque tiene ese estilo un tanto oficial y marcadamente ruso del que uno está ya bastante harto. Señalaré, de paso, que la enseñanza religiosa en las escuelas —ya se trate de una escuela para delincuentes o de cualquier otra escuela primaria— no debe confiarse en ningún caso más que a un sacerdote. Pero ¿por qué no podrían también los profesores contar a los niños algunos relatos sencillos de la Historia sagrada? No dudo de que, entre la muchedumbre de maestros de escuela, puede haber algunas malas personas, pero si un maestro quiere inculcar el ateísmo en un niño, puede hacerlo sin necesidad de recurrir a la Historia sagrada; basta que les hable de un pato y de «lo que le cubre». Por otro lado, ¿qué cosas no oímos respecto a nuestro clero! ¡Oh! En absoluto quiero ofender a nadie y estoy convencido de que la escuela de jóvenes delincuentes será atendida por el mejor de los «padrecitos», pero, en cualquier caso, ¿qué es lo que han comentado en los últimos tiempos, con especial insistencia, casi todos nuestros periódicos? Pues un hecho de lo más desagradable; a saber, que varias decenas de profesores de religión han abandonado sin más las escuelas y se han negado a enseñar hasta que se les aumente el sueldo. No voy a discutir que «todo trabajo es digno de retribución», pero esas continuas demandas de aumento de sueldo acaban por hacernos daño en los oídos y lastimarnos el corazón. Nuestros periódicos se ponen del lado de los solicitantes, y yo también, naturalmente; pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar en esos antiguos predicadores y apóstoles del Evangelio que iban con los pies descalzos y cubiertos de harapos, soportaban los golpes y los sufrimientos, y difundían la palabra de Cristo sin pedir aumento de sueldo. Ah, no soy un idealista, entiendo perfectamente que estos tiempos no son aquéllos; pero ¿no sería reconfortante oír que nuestros educadores espirituales muestran un poquito más de buena voluntad antes incluso de que les aumenten el

suelo? Repito que no tengo intención de ofender a nadie. Todo el mundo sabe de sobra que el espíritu no se ha secado en el corazón de nuestro clero y que entre nuestros religiosos hay activistas fervorosos. Y estoy convencido de antemano de que será un sacerdote de ese tipo el que se ocupe de la colonia; pero sería mejor que se limitara a contar a los muchachos episodios de la Historia sagrada, sin añadir ninguna moral oficial; por el momento, es preferible que la instrucción religiosa se reduzca a eso. Una serie de cuadros puros, sagrados y hermosos ejercerán una poderosa influencia en esas almas sedientas de impresiones bellas...

Por lo demás, abandoné la colonia con el corazón reconfortado. Aunque algunos aspectos deben organizarse mejor, hay indicios muy serios de que pronto se alcanzarán los fines previstos. A modo de conclusión, mencionaré dos de ellos. Durante nuestra visita, en la «Fortaleza de Pedro y Pablo» había encerrado un muchacho de quince años; antes había pasado algún tiempo en la prisión del Castillo de Lituania, cuando ésta aún disponía de una sección para delincuentes menores. Sentenciado a unirse a la colonia, había tratado de escapar dos veces, creo; lo habían atrapado en ambas ocasiones, una ya fuera del establecimiento. Finalmente, había declarado sin ambages que se negaba a someterse a las reglas de la institución, por lo que lo habían puesto en reclusión solitaria. Por Navidad su familia le envió algunos regalos, pero, como estaba castigado, no se los entregaron; un educador los confiscó. El muchacho se sintió terriblemente ofendido y consternado, y, cuando el director lo visitó, empezó a quejarse amargamente, acusando con rabia al educador de haber confiscado el paquete con los regalos para quedarse con ellos; a continuación habló en términos airados y sarcásticos de la colonia y de sus compañeros, a los que cubrió de reproches del primero al último. «Me senté a su lado y hablé seriamente con él — me contó P. A.—. Guardó un silencio sombrío todo el tiempo. Al cabo de dos horas me mando llamar, rogándome que fuera a verlo. ¿Y qué cree que hizo? Se abalanzo sobre mí con lágrimas en los ojos, todo conmovido y demudado, me dijo que estaba arrepentido, se cubrió de reproches y se puso a contarme acontecimientos de su vida anterior sobre los que había guardado silencio hasta entonces; hasta me confió en secreto que desde hacía algún tiempo había contraído un hábito de lo más vergonzoso, que no podía dejar y que le atormentaba mucho; en un palabra, se trató de una auténtica confesión. Pasé con él dos horas —añadió P. A.—. Tuvimos una larga conversación; le hablé de algunos medios para combatir esa mala costumbre, etc., etc.»

Cuando P. A. me contó esa historia, se cuidó muy bien de no mencionar los asuntos de los que habían hablado; pero convenid conmigo en que se requiere no poco talento para penetrar en el alma enferma de un joven delincuente profundamente resentido y que nunca ha tenido la menor noción de la verdad. Reconozco que me habría gustado conocer en detalle esa conversación. El segundo hecho al que me refería es el siguiente: cada educador, en cada familia, no sólo vigila para que los muchachos mantengan la habitación en orden, la laven y la limpien, sino que también

él participa en esas tareas. Los sábados friegan los suelos; el educador no sólo indica lo que hay que hacer, sino que en compañía de sus pupilos se pone a fregar y a limpiar el suelo. Ese detalle demuestra la más plena comprensión de su cometido y de su dignidad humana. ¿En qué departamento oficial, por ejemplo, encontraréis semejante actitud a la hora de encarar las tareas encomendadas? Y si en verdad esos hombres han decidido identificar los fines de la colonia con los ideales de su propia vida, no cabe duda de que la empresa saldrá adelante, a pesar de los errores teóricos que hayan podido cometerse en los inicios.

—Ustedes, señores novelistas, siempre están buscando héroes —me dijo el otro día un hombre que ha visto muchas cosas—, y cuando no los encuentran entre los rusos, se enfadan y la toman con el país entero. Permítame que le cuente una anécdota: en tiempos del difunto soberano, vivía un funcionario que primero había servido en San Petersburgo y después, creo, en Kíev, donde murió; a eso se reduce, por lo visto, toda su biografía. Y sin embargo, ¿puede creerlo? Durante toda su vida, ese hombre modesto y silencioso sufrió lo indecible por el régimen de servidumbre, por el hecho de que en nuestro país un hombre, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, pudiera ser esclavo de otro hombre como él; así que se puso a ahorrar una parte de su magro sueldo, privándose él mismo, y privando a su mujer y a sus hijos, casi de lo imprescindible; y cuando conseguía acumular algún dinero, compraba la libertad de algún siervo a su propietario; naturalmente, a razón de uno cada diez años. A lo largo de su vida logró redimir de ese modo a tres o cuatro personas y, cuando murió, no dejó nada a su familia. Todo eso sucedió sin publicidad, en silencio, sin que nadie se enterara. Un héroe un poco raro, por supuesto: un «idealista de los años cuarenta», nada más; puede que incluso ridículo e inepto, ya que se imaginaba que su desdeñable esfuerzo individual bastaba para acabar con ese mal; pero de todos modos, me parece que nuestros Potuguin^[35] podían ser un poco más caritativos con Rusia y no cubrirla de barro por esto y por lo otro.

Si incluyo aquí esta anécdota (que a decir verdad no viene a cuento), es porque no tengo ningún motivo para dudar de su autenticidad.

Y, sin embargo, ¡cuánta falta nos hace gente así! Siento un tremendo cariño por esos hombrecillos ridículos que están plenamente convencidos de que su microscópica acción y su perseverancia pueden contribuir a una causa común y no esperan a que se produzca una iniciativa y una campaña a gran escala. Esa clase de hombres podrían convenir también a una colonia de delincuentes menores... Naturalmente bajo la dirección de supervisores más instruidos y, por decirlo así, de miras más altas...

Por lo demás, sólo pasé unas horas en la colonia, y es posible que muchas cosas no las haya visto bien y que de otras me haya formado una idea falsa o errónea. En cualquier caso, sigo considerando insuficientes los medios consagrados para transformar esas almas viciosas en almas puras.

CAPÍTULO TERCERO

I

LA SOCIEDAD RUSA PARA LA PROTECCIÓN DE LOS ANIMALES. EL CORREO ESPECIAL. VINO VERDE. EL PRURITO DE DEPRAVACIÓN Y VOROBIOV. ¿DESDE EL FINAL O DESDE EL COMIENZO?

En el n.º 359 de *La Voz* he tenido ocasión de leer una información relativa a la celebración solemne del décimo aniversario de la Sociedad rusa para la protección de los animales. ¡Qué sociedad tan simpática y humana! Por lo que he entendido, su idea principal se resume poco más o menos en las siguientes palabras del discurso del príncipe A. A. Suvórov, presidente de la Sociedad:

En efecto, la tarea de nuestra nueva institución de beneficencia parece bastante ardua, ya que la mayoría de la gente se niega a atribuir a la protección de los animales esos beneficios morales y materiales que se derivan para el hombre de un trato amable y sensible a los animales domésticos.

Y es que la Sociedad no sólo se ocupa de los caballos y los perros, sino también del hombre, del hombre ruso, que necesita «mostrar un rostro humano»^[36], humanizarse, algo a lo que, sin duda, la Sociedad protectora de los animales puede contribuir. Cuando haya aprendido a compadecerse del ganado, el mujik se compadecerá también de su mujer. Por eso, aunque quiero mucho a los animales, celebro que la respetable Sociedad se preocupe no tanto por los animales como por los hombres, esos seres endurecidos, inhumanos y semibárbaros que buscan la luz. Cualquier medio de iluminarlos es precioso; lo único que debemos desear es que la idea de la Sociedad se convierta, en efecto, en uno de esos medios. Nuestros hijos crecen y se educan contemplando unos cuadros repulsivos. Ven cómo un mujik, que ha cargado en exceso su carro, fustiga en los ojos a su jamelgo, que lucha por salir del barro, olvidando que le da de comer; o bien esta otra escena, que yo mismo tuve ocasión de contemplar no hace mucho: un mujik que había cargado en una gran carreta diez terneros para llevarlos al matadero, se sentó tranquilamente sobre uno de ellos; le parecía un asiento blando, una especie de sofá de muelles, pero es más que probable que el animal, con la lengua fuera y los ojos desorbitados, muriera antes de llegar al matadero. Estoy convencido de que ese cuadro no llamó la atención de ningún transeúnte: «Qué más da; de todos modos, los van a sacrificar». Pero es indudable que esas escenas embrutecen al hombre y lo pervierten, sobre todo a los niños. Es verdad que la respetable Sociedad también ha recibido críticas; más de una vez he oído también burlas. Se comenta, por ejemplo, que hará cosa de cuatro o cinco años, la Sociedad se querelló con un cochero por maltratar a su caballo, y que el hombre

fue condenado a pagar, creo, quince rublos; fue una torpeza, no cabe duda, pues lo cierto es que después de la sentencia muchos no sabían quién era más digno de compasión, si el caballo o el cochero. Es verdad que, en la actualidad, la nueva ley fija en diez rublos la multa máxima. También he oído hablar de la excesiva preocupación de la Sociedad por promover el empleo del cloroformo en el sacrificio de perros vagabundos y, probablemente dañinos, que han perdido a su amo. Algunas personas señalaron que esa excesiva preocupación por los perros, en un momento en que muchos seres humanos morían de desnutrición en las provincias azotadas por la hambruna, chirriaba en los oídos. Pero tales objeciones no resisten la menor crítica. El objetivo de la Sociedad es mucho más perdurable que las vicisitudes coyunturales. Se basa en una idea luminosa y verdadera que tarde o temprano se implantará y triunfará. No obstante, desde otro punto de vista, sería de todo punto deseable que la acción de la Sociedad y las mencionadas «vicisitudes coyunturales» encontraran, por decirlo de algún modo, un equilibrio mutuo; en tal caso, no cabe duda de que se perfilaría con mayor claridad el camino salvador y benéfico que la Sociedad debe seguir para alcanzar resultados apreciables y, sobre todo, prácticos; resultados que realmente satisfagan los fines propuestos... Puede que no me haya expresado con la suficiente claridad. Voy a referir una anécdota, un hecho real, con la esperanza de que su diáfano contenido ilustre mejor lo que he querido decir.

Es una historia que me acaeció hace ya mucho tiempo, en mi edad prehistórica, por decirlo de algún modo, pues sucedió en el año 1837, para ser precisos, cuando sólo tenía quince años de edad y viajaba de Moscú a San Petersburgo. Mi hermano mayor y yo, acompañados de nuestro difunto padre, nos dirigíamos a San Petersburgo para ingresar en la Escuela Superior de Ingenieros. Era por mayo y hacía calor. Viajábamos con gran lentitud, casi al paso, con paradas de dos o tres horas en las estaciones de postas. Recuerdo cómo acabó aburriéndonos ese viaje, que se había prolongado ya casi una semana. Mi hermano y yo afrontábamos entonces una nueva vida, albergábamos sueños desmesurados sobre «lo bello y lo sublime»; en aquellos tiempos esa expresión era todavía reciente y se pronunciaba sin ironía. ¡Cuántas expresiones bellas de ese tipo circulaban por entonces! Creíamos apasionadamente en algo y, aunque ambos sabíamos al dedillo todo lo que se requería para el examen de matemáticas, sólo soñábamos con la poesía y con los poetas. Mi hermano escribía versos, unas tres poesías al día, incluso de camino; y yo no hacía más que componer mentalmente una novela ambientada en Venecia. Dos meses antes había muerto Pushkin, y por el camino mi hermano y yo acordamos, nada más llegar a San Petersburgo, visitar el lugar del duelo y la antigua vivienda del poeta, para ver la habitación en la que había exhalado su último suspiro. Y he aquí que un día, poco antes del atardecer, nos detuvimos en una posada, junto a una estación de postas; no recuerdo el nombre del pueblo, pero creo que fue en la provincia de Tver; era un pueblo grande y rico. Como debíamos esperar media hora antes de reanudar el viaje, me quedé mirando por la ventana y vi lo siguiente.

Justo enfrente de la posada, al otro lado de la calle, se encontraba la estación de postas. De pronto una troika correo entró a toda velocidad en el patio y de ella se apeó un correo de gabinete vestido de uniforme, con los estrechos faldones que se estilaban entonces y un gran tricornio con plumas blancas, amarillas y creo que también verdes (he olvidado ese detalle que, por lo demás, podría confirmar; pero guardo en la memoria un destello de plumas verdes). El correo era un mocetón alto, muy robusto y fornido, de rostro rubicundo. Entró corriendo en la estación de postas, donde probablemente «se pimplaría» una copa de vodka. Recuerdo que nuestro cochero nos había dicho que esos correos de gabinete se bebían una copa de vodka en cada estación, pues sin eso no podrían soportar «tantas fatigas». Entre tanto, una troika nueva con caballos frescos y fogosos avanzó hasta la entrada, y el cochero, un joven de unos veinte años, con una camisa roja y un abrigo en la mano, saltó al pescante. En ese instante salió el correo, bajó la escalera y se montó en el coche. Antes de que el cochero tuviera tiempo de arrear a los caballos, el correo se incorporó y, en silencio, sin pronunciar una palabra, levantó su enorme puño derecho y propinó un violento golpe en la nuca del cochero, que se tambaleó, blandió el látigo y fustigó con todas sus fuerzas al caballo de varas. Los caballos partieron al galope, pero eso no apaciguó al correo. Se veía que actuaba según un plan, no arrastrado por una reacción colérica; había algo preconcebido y probado a lo largo de muchos años de experiencia, y el terrible puño no paraba de levantarse y de golpear la nuca del cochero. Una y otra vez, y así hasta que la troika se perdió de vista. Naturalmente el cochero, que bajo el peso de los golpes apenas podía mantener el equilibrio, no dejaba de fustigar a los caballos, como si hubiera perdido la razón, y tanto los fustigó que al final galopaban como si les ardieran los cascos. Nuestro cochero me explicó que casi todos los correos de gabinete viajan de esa manera y que aquél en concreto era universalmente conocido por ese rasgo. «Una vez que se bebe su vodka y se sube al coche, se pone a dar golpes, siempre de la misma manera», sin que haya ninguna razón, con movimientos acompasados, levantando el puño y dejándolo caer, «cubriendo de puñadas al cochero durante más o menos una versta, momento en que se detiene. Si se aburre, puede empezar otra vez a mitad de camino, pero a veces, si Dios lo quiere, se conforma con eso; no obstante, cuando se acercan a otra estación de postas, todo vuelve a empezar; se pone a dar golpes una versta antes de llegar, más o menos; no puede hacer su entrada sin levantar y descargar el puño, para que todos los habitantes del pueblo lo admiren. Después de un viaje de ese tipo el cuello te duele un mes entero». Cuando el muchacho vuelve, la gente se burla de él: «¡Cómo te ha calentado el cuello el correo!». Y es probable que ese mismo día el cochero le dé una buena tunda a su joven mujer: «Al menos me voy a desquitar contigo»; tal vez porque ella «ha visto y contemplado la escena».

No cabe duda de que es inhumano por parte del cochero fustigar con esa furia a los caballos, que llegarán a la siguiente parada reventados y con la lengua fuera. Pero, decidme, ¿qué miembro de la Sociedad protectora de los animales se decidiría a

emprender acciones legales contra ese mujik por tratar a sus caballos de una forma tan brutal?

Esa escena abominable se quedó grabada en mi memoria para toda la vida. Nunca he podido olvidarme de ese correo de gabinete; desde entonces, durante mucho tiempo y en parte contra mi voluntad, tendí a explicarme de una manera demasiado parcial muchos rasgos crueles y vergonzosos del pueblo ruso. No hace falta que os diga que estoy hablando de algo que sucedió hace mucho tiempo. Esa escena me pareció una especie de emblema, por decirlo de algún modo; un suceso que ponía de manifiesto con extraordinaria claridad los vínculos entre las causas y los efectos. Cada golpe que llovía sobre el animal era resultado directo, por decirlo así, de cada golpe que caía sobre el hombre. A finales de los años cuarenta, en la época de mis sueños más ambiciosos y apasionados, un día se me ocurrió pensar que, si alguna vez se me pasaba por la cabeza fundar una sociedad filantrópica, grabaría sin falta en el sello de esa sociedad, a modo de emblema y divisa, la troika de ese correo.

Ah, ya sé que las cosas no son ahora como hace cuarenta años, que los correos no pegan al pueblo; ahora es el pueblo el que se pega a sí mismo y el que blande el látigo en sus juicios. Pero no se trata de eso, sino de las causas y los efectos que se producen. Han desaparecido los correos, pero en su lugar tenemos el «vino verde»^[37]. ¿Qué semejanzas guarda el vino verde con los correos? Muchas, porque también embrutece y deshumaniza al hombre, lo endurece, le impide pensar con claridad y lo vuelve insensible a las buenas acciones. El borracho no se compadece de los animales; el borracho abandona a su mujer y a sus hijos. Un hombre borracho va a ver a su mujer, a la que ha abandonado y de la que se ha desentendido hace meses, como también de sus hijos, y le pide vodka; luego se pone a golpearla para sacarle más vodka, y la desdichada, que trabaja como una mula (pensad en las labores de las que se ocupan las mujeres y en el valor que aún se concede a esas tareas entre nosotros) y que no sabe cómo va a alimentar a sus hijos, coge un cuchillo y se lo clava. Ese suceso se produjo hace poco y aún está pendiente de juicio. No obstante, no hay ninguna razón especial para que lo cite aquí, ya que pueden aducirse cientos y miles de casos semejantes; no hay más que abrir un periódico. En cualquier caso, el principal parecido entre el vino verde y el correo estriba, sin ningún género de dudas, en que uno y otro se imponen inevitable, irresistiblemente, a la voluntad humana.

La respetable Sociedad protectora de animales cuenta con setecientos cincuenta miembros, personas todas que pueden ejercer cierta influencia. Suponed que quisiera contribuir, al menos un poco, a reducir el alcoholismo entre el pueblo y el envenenamiento con vodka de toda una generación. Pues las energías de la nación se están agotando, la fuente de las futuras riquezas se está secando, la inteligencia se está empobreciendo y su desarrollo se está retardando. ¿Y qué impresiones van a recibir en su espíritu y en su corazón estos niños de hoy, crecidos entre las abominaciones de sus padres? Un incendio estalló en una aldea en la que había una iglesia; un tabernero salió y se puso a gritar a la gente que, si se olvidaban de la

iglesia y salvaban su taberna, les entregaría un barril de vodka. La iglesia se quemó y la taberna se salvó. Y esos ejemplos no son nada en comparación con los horrores sin cuento que nos esperan. Si la respetable Sociedad quisiera contribuir un poco a la erradicación de las causas principales, facilitaría con ello su excelente labor de propaganda. De otro modo, ¿cómo inculcar la compasión cuando todo parece confabularse para arrancar de los hombres cualquier traza humana? ¿Y es el vodka lo único que deprava y corrompe al hombre en nuestra sorprendente época? Por todas partes parece flotar una especie de estupefaciente, cierto prurito de depravación. Desde hace algún tiempo se advierte en el pueblo una inaudita perversión de las ideas, así como una adoración general del materialismo. Llamo materialismo, en este caso, a que el pueblo se incline ante el dinero, ante el poder de un saco de oro. Es como si de pronto se hubiera apoderado del hombre la idea de que la bolsa lo es todo, de que proporciona toda clase de poder, y que todo lo que le han dicho y le han enseñado sus padres hasta ahora no tiene ningún valor. Sería una desgracia que esa forma de pensar acabara imponiéndose. Pero ¿qué otra cosa puede esperarse? ¿Acaso pensáis, por ejemplo, que ese reciente siniestro ferroviario, ocurrido en la línea de Odessa, en el que murieron más de cien reclutas; pensáis que la manifestación de semejante poder no tiene un efecto desmoralizador entre el pueblo? El pueblo ve y admira ese poder: «Hacen lo que quieren —e, involuntariamente, empieza a tener dudas—: Ahí es donde está la verdadera fuerza, ahí es donde siempre ha estado. Hazte rico y todo es tuyo; puedes hacer lo que quieras». No puede haber nada más corruptor que esa idea. Y esa idea está en el aire y poco a poco va impregnándolo todo. El pueblo no puede defenderse de esas ideas; carece de educación y no hay manera de predicarle las ideas contrarias. Toda Rusia está atravesada por casi veinte mil verstas de ferrocarril; y en todas partes, hasta el empleado más insignificante se ha convertido en un propagandista de esa idea; se comporta como si tuviera un poder ilimitado sobre vosotros y vuestro destino, sobre vuestra familia y sobre vuestro honor, desde el momento en que caéis en las redes de su ferrocarril. Hace poco un jefe de estación, apelando a su autoridad y con su propia mano, sacó del vagón a una señora para entregársela a un caballero que le había asegurado que era su mujer y que había abandonado el hogar; y todo eso sin mandato judicial, sin concebir la más leve sospecha de que no tenía derecho a actuar de ese modo; es evidente que ese jefe de estación, suponiendo que estuviera en posesión de sus facultades mentales, ha debido enloquecer ante la evidencia de su propio poder. Todos esos casos y ejemplos constituyen para el pueblo una tentación continua; los ve a diario y saca conclusiones inevitables. En un principio estaba dispuesto a condenar al señor Suvorin por su incidente con el señor Gólubev^[38]. Me parecía que nadie tiene derecho a avergonzar de ese modo a un hombre inocente, y mucho menos describiendo sus motivaciones íntimas. Pero ahora he cambiado de opinión también en ese asunto. ¿Qué me importa a mí que el señor Gólubev no sea culpable? El señor Gólubev puede ser tan puro como la nieve, pero Vorobiov es culpable. ¿Quién es ese Vorobiov? No tengo ni la

menor idea; hasta albergo la sospecha de que no existe, pero es ese mismo Vorobiov quien manda en todas las líneas, quien impone tarifas arbitrarias, quien saca a la fuerza a los pasajeros de los vagones, quien hace descarrilar los trenes, quien deja que las mercancías se pudran en las estaciones durante meses, quien perjudica descaradamente a ciudades y provincias enteras, a todo el imperio, y no hace más que gritar con voz salvaje: «¡Apártate de mi camino, que voy a pasar!». Pero el mayor perjuicio de ese advenedizo pernicioso consiste en gravitar sobre el pueblo como una tentación y una idea desmoralizadora. Sin embargo, ¿por qué me ensaño con Vorobiov? ¿Acaso es la única idea corruptora? Repito que es como si el aire estuviera saturado de materialismo y escepticismo; la gente ha empezado a adorar el beneficio gratuito, el placer sin esfuerzo; se cometen a sangre fría toda clase de fraudes y canalladas; se asesina para sacarle a alguien un rublo del bolsillo. Ya sé que también antaño se cometían muchas fechorías, pero en nuestra época se han multiplicado por diez. Y lo peor es que se ha convertido en una forma de pensar, en una especie de doctrina o de fe. En San Petersburgo, hace dos o tres semanas, un joven cochero, puede que ni siquiera mayor de edad, conducía de noche a una pareja de ancianos; cuando advirtió que el viejo estaba borracho e inconsciente, sacó un *cortaplumas* y degolló a la anciana. Lo detuvieron, y el pobre imbécil lo confesó todo: «No sé lo que me pasó y cómo me encontré con un cortaplumas en la mano». Y en verdad que no lo sabía. Ahí tenemos otro efecto del medio. Fue cogido y arrastrado, como en un mecanismo, por ese prurito contemporáneo de depravación, por esa tendencia que en la actualidad se ha apoderado del pueblo... Un beneficio gratuito. ¿Por qué no intentarlo, aunque sea con un cortaplumas?

«No, en nuestra época no estamos interesados en la protección de los animales; eso es un pasatiempo de señores», tal es el juicio que he oído, pero lo rechazo de principio a fin. Aunque no soy miembro de la Sociedad, estoy dispuesto a servirla, y creo que ya lo estoy haciendo. No sé si habré expresado con alguna claridad mi deseo de que se produzca «un equilibrio entre la acción de la Sociedad y sus intervenciones coyunturales», como me he expresado más arriba; pero, entendiendo los propósitos humanos y humanizadores de la Sociedad, declaro mi firme compromiso con ella. Nunca he comprendido la idea de que sólo una décima parte de la población debe beneficiarse de la educación superior, mientras las nueve décimas partes restantes deben servir únicamente de material y de medio, quedando sumidas en las tinieblas. Me sería imposible vivir y pensar si no tuviera una fe ciega en que los noventa millones de rusos (y los que puedan nacer en adelante) serán un día, del primero al último, personas cultivadas, humanas y felices. Estoy plenamente convencido de que en nuestro país la instrucción universal no puede perjudicar a nadie. Hasta creo que el reino del pensamiento y de la luz será una realidad en nuestro país antes que en ningún otro lugar, ya que en Rusia no hay nadie que defienda ahora la necesidad de mantener a una parte de la población en condiciones infrahumanas para garantizar el bienestar de la otra, que representa la civilización, como es el caso en toda Europa.

¡En nuestro país las clases superiores, con el zar a la cabeza, han abolido de buen grado el régimen de servidumbre! Por esa razón, una vez más, doy la más calurosa bienvenida a la Sociedad protectora de animales. Sólo quería expresar la idea de que sería mejor que no empezáramos las cosas siempre por el final, sino también alguna vez por el principio.

CAPÍTULO PRIMERO

II

EL AMOR AL PUEBLO.

LA NECESIDAD DE UN CONTRATO CON EL PUEBLO.

En el número de enero del *Diario*, escribía yo entre otras cosas que nuestro pueblo es grosero e ignorante, vive en las tinieblas y la depravación, como «bárbaros en espera de la luz». Pues bien, acabo de leer en *Ayuda fraternal* (una antología publicada por el Comité eslavo en favor de los eslavos que luchan por su libertad) —en un artículo del difunto Konstantín Aksákov, ese hombre inolvidable y caro a todos nuestros compatriotas— que el pueblo ruso hace mucho tiempo que merece los calificativos de ilustrado e «instruido». ¿Y bien? ¿Me sentía confundido por esa aparente contradicción entre mi punto de vista y el de Konstantín Aksákov? En absoluto, comparto plenamente su opinión, la respaldo con el mayor fervor desde hace mucho tiempo. ¿Cómo explicar semejante contradicción? La verdad es que me resulta muy fácil conciliar esos dos juicios; lo que me sorprende es que otras personas sigan considerándolos irreconciliables. Hay que saber separar la belleza del campesino ruso de la capa de barbarie que lo recubre. A lo largo de casi todas las etapas de la historia rusa nuestro pueblo se ha entregado hasta tal punto a la corrupción y la depravación, se ha extraviado tanto y ha padecido tantos tormentos que sorprende que haya podido conservar no ya su belleza, sino simplemente su imagen humana. Pero el caso es que también ha salvaguardado su belleza. Cualquier sincero amigo de la humanidad, cualquiera que haya pensado con el corazón encogido, al menos una vez, en los padecimientos del pueblo, sin duda comprenderá y disculpará la impenetrable capa de barro que lo recubre y será capaz de encontrar los diamantes que se ocultan en medio de ese lodo. Lo repito: hay que juzgar al pueblo ruso no por las abominaciones que comete con tanta frecuencia, sino por esos grandes y sagrados ideales a los que aspira incluso en medio de su depravación. Además, el pueblo no se compone sólo de canallas, sino también de santos, ¡y qué santos! ¡Resplandecen y nos iluminan a todos el camino! Estoy firmemente convencido de que no hay entre nosotros ni un solo canalla, ni un solo miserable, que no reconozca que es un canalla y un miserable, mientras en otros lugares, cuando alguien comete una vileza, se vanagloria de su acto, lo convierte en principio y afirma que en él reside el *ordre* y la luz de la civilización; hasta que al final el desdichado acaba creyéndose todo eso de manera sincera, ciega y hasta honrada. No hay que juzgar a nuestro pueblo por lo que es, sino por lo que

desea ser. Sus ideales son firmes y sagrados; son ellos los que lo han salvado a lo largo de siglos de padecimientos; se han fundido con su alma desde tiempos inmemoriales y le han infundido franqueza, honradez, sinceridad, amplitud de miras, y además en la combinación más armoniosa y atractiva. Y si a todo eso se ha añadido tanta basura, el hombre ruso es quien más lo lamenta, aunque está convencido de que no es más que un componente externo y temporal, una alucinación diabólica, y de que las tinieblas desaparecerán y un día resplandecerá la luz eterna. No voy a recordar aquí sus ideales históricos ni sus santos, Sergio, Teodosio Pecherski e incluso Tijon Zadonski. Por cierto, ¿cuántos de nosotros conocemos a Tijon Zadonski? ¿A qué viene ese desconocimiento, esa promesa de no leer sus escritos? ¿Es que no tenemos tiempo? Creedme, señores, que os sorprenderían las muchas cosas hermosas que aprenderíais. Fijémonos mejor en nuestra literatura: cuanto tiene de verdaderamente hermoso procede del pueblo, empezando por el modesto y sencillo tipo de Belkin, creado por Pushkin. Pero es que entre nosotros todo viene de Pushkin. Su vuelta al pueblo, en un estadio tan temprano de su actividad, fue tan asombrosa y falta de precedentes, representó en su época una palabra tan nueva e inesperada que sólo puede explicarse, si no por un milagro, al menos por la excepcional grandeza de un genio al que, dicho sea de paso, aún no estamos en condiciones de apreciar en toda su valía. No voy a mencionar los tipos puramente nacionales que han surgido en nuestra época, pero acordaos de *Oblómov*, acordaos de *Nido de nobles* de Turguénev. Claro está que no es el pueblo lo que encontramos en esas obras, pero todo lo que hay de hermoso y perdurable en esos personajes creados por Goncharov y Turguénev se debe a que entraron en contacto con el pueblo; es ese contacto con el pueblo lo que les comunicó una fuerza fuera de lo común. De él tomaron la sencillez, la pureza, la modestia, la amplitud de miras y la ausencia de malicia, en contraposición a todo lo que es afectado, falso, ajeno y servilmente prestado. No os sorprendáis de que de pronto haya empezado a hablar de la literatura rusa. Es que a nuestra literatura le corresponde un gran mérito; a saber, que sus representantes más destacados, casi en su conjunto, se han inclinado ante la verdad popular y han reconocido la belleza real de los ideales del pueblo antes incluso que nuestra clase intelectual, lo que es digno de nota. Es cierto que en parte se vieron obligados a aceptar esos modelos. Y parece evidente que en esa elección influyó más el sentido artístico que la buena voluntad. Pero basta de hablar de literatura; si me he referido a ella sólo ha sido en su relación con el pueblo.

La cuestión del pueblo —la visión y la comprensión que se tiene de él en la actualidad— es la más importante entre nosotros; de ella depende todo nuestro porvenir. Hasta puede decirse que en estos momentos constituye nuestro principal problema práctico. Y sin embargo, el pueblo sigue siendo una cosa teórica para todos nosotros, algo que se alza como un enigma. Todos nosotros, amigos del pueblo, lo vemos como una teoría; se diría que ninguno de nosotros lo ama tal como es, sino como se lo imagina. Si en el futuro el pueblo resultara ser una cosa distinta de lo que

nos hemos imaginado, tengo la sospecha de que, todos nosotros, a pesar de lo mucho que lo queremos, renegaríamos de él en el acto y sin el menor pesar. Hablo de todos, sin excluir siquiera a los eslavófilos, que quizá serían los primeros en expresar su rechazo. En cuanto a mí, no voy a ocultar mis convicciones, precisamente porque quiero definir con mayor claridad la tendencia futura de mi *Diario* y evitar malentendidos, de suerte que todo el mundo sepa por adelantado si le conviene o no tenderme la mano, literalmente hablando. Que nadie se sorprenda de que plantee la cuestión desde un ángulo tan absurdo. Esa cuestión nunca se ha planteado de otra manera en nuestro país: «¿Quién es mejor, nosotros o el pueblo? ¿Debe el pueblo seguirnos o debemos seguir nosotros al pueblo?». Eso es lo que dicen en la presente coyuntura todos los que tienen alguna idea en la cabeza, por insignificante que sea, y acogen en su corazón preocupaciones por el bien común. Por eso voy a responder con toda franqueza: somos nosotros quienes debemos inclinarnos ante el pueblo y esperar todo de él, pensamientos e imágenes; debemos inclinarnos ante la verdad popular y reconocerla como tal, aun en el terrible caso de que proceda en parte de las *Vidas de santos*. En una palabra, debemos humillarnos como hijos pródigos que han estado ausentes de su hogar doscientos años, pero que al volver siguen siendo rusos (lo que constituye nuestro mayor mérito). Por otro lado, sólo debemos inclinarnos con una condición, una condición *sine qua non*: que el pueblo acepte muchas de las cosas que llevamos con nosotros. No podemos anularnos totalmente ante él, ni siquiera ante su verdad, cualquiera que sea; lo que es nuestro debe seguir con nosotros, no podemos renunciar a ello por nada del mundo, ni siquiera, en última instancia, por la felicidad de unirnos al pueblo. De lo contrario, será mejor que perezcamos siguiendo cada uno su camino. Pero eso no sucederá; estoy plenamente convencido de que ese *algo* que portamos con nosotros existe realmente, de que no es un espejismo, sino que tiene imagen, forma y peso. En cualquier caso, vuelvo a repetirlo, muchos aspectos del futuro siguen siendo un enigma, hasta el punto de que la espera se tiñe de temor. Algunos predicen, por ejemplo, que la civilización destruirá al pueblo; según esa visión, los acontecimientos seguirían el siguiente curso: la civilización aportará la salvación y la luz, pero también mucha mentira y falsedad, mucha inquietud y hábitos abominables, de suerte que las buenas semillas sólo germinarán en las generaciones futuras, acaso dentro de doscientos años; mientras, tanto a nosotros como a nuestros hijos nos esperan, quizá, acontecimientos terribles. ¿Es ésa también vuestra opinión, señores? ¿Es inevitable que nuestro pueblo atraviese una nueva fase de depravación y falsedad como la que pasamos nosotros cuando nos inocularon la civilización? (Creo que nadie discutirá que nuestra civilización se inició directamente con la depravación). A ese respecto, me gustaría escuchar algún argumento más reconfortante. Me siento inclinado a creer que nuestro pueblo es tan inmenso que todos esos nuevos torrentes turbios desaparecerán en su seno, si es que alguna vez brotan y fluyen quién sabe de dónde. Pongámonos manos a la obra; tratemos de colaborar, cada uno con su contribución «microscópica», para que las cosas sigan un

curso más recto y menos erróneo. Es verdad que carecemos de experiencia en ese campo, que sólo sabemos «amar a la patria», que no nos ponemos de acuerdo en los medios y que seguiremos discutiendo mucho tiempo; pero si aceptamos que somos buenas personas, las cosas acabarán arreglándose pase lo que pase. Ésa es mi fe. Lo repito: lo único que vemos aquí es que nos hemos deshabituado a actuar desde hace doscientos años. Y como consecuencia de esa falta de costumbre, al final de nuestro «periodo de cultura» hemos dejado de entendernos unos a otros. Desde luego, sólo me refiero a las personas serias y sinceras, que son las únicas que no se comprenden; en cuanto a los especuladores, la cosa es muy distinta: éstos siempre se comprenden...

III EL MUJIK MARÉI

No obstante, me parece que resulta aburrido leer todas estas *professions de foi*, así que voy a contaros una historia; en realidad no es una historia, sino un recuerdo lejano que, por alguna razón, me apetece mucho referir precisamente aquí y ahora, a modo de conclusión de nuestro tratado sobre el pueblo. En esa época sólo tenía nueve años... Pero no, es mejor que empiece en el momento en que tenía veintinueve.

Era el segundo día de la Pascua. El aire era tibio; el cielo, azul; el sol, alto, «cálido», brillante; pero en mi alma todo eran sombras. Deambulaba por detrás de los barracones, examinando y contando las estacas de la sólida empalizada de nuestro presidio, aunque lo hacía de mala gana, por mera costumbre. Era ya la segunda «jornada festiva» en el presidio; no llevaban a los presos al trabajo, había muchos borrachos, se oían denuestos y a cada momento estallaban disputas en todos los rincones. Canciones horrendas y soeces; partidas de naipes bajo las tarimas; varios detenidos, molidos a golpes por sus propios compañeros, hartos del alboroto que armaban, yacían sobre las tarimas, cubiertos con abrigos de piel de cordero, en espera de que recobraran el sentido; los cuchillos ya habían salido a relucir más de una vez; todo eso, en dos días de fiesta, me había extenuado hasta el punto de sentirme enfermo. Jamás he podido contemplar sin repugnancia el desenfreno de las masas borrachas, y mucho menos en ese lugar. Esos días hasta las autoridades de la prisión hacían la vista gorda; no practicaban registros, no buscaban alcohol, pues pensaban que había que permitir que todos esos réprobos se divirtieran al menos una vez al año; de otro modo, podría ser peor. Al final, mi corazón ardía de cólera. Me encontré con el polaco M...cki, un preso político; me miró con aire sombrío, sus ojos despedían chispas y sus labios temblaban: «*Je hais ces brigands!*»^[39], murmuró en voz baja, rechinando los dientes, y siguió su camino. Volví al barracón, a pesar de que un cuarto de hora antes había escapado de allí medio loco, cuando seis robustos mujiks se arrojaron como un solo hombre sobre el tártaro Gazin, que estaba borracho, y empezaron a golpearle para calmarlo; le pegaron sin piedad (un camello habría

muerto bajo tales golpes), pero sabían que era difícil matar a ese Hércules, así que se ensañaron con él. Ahora, al volver al barracón, vi que Gazin yacía sin sentido en un rincón, sobre una tarima, sin apenas dar señales de vida; lo habían cubierto con su abrigo de piel de cordero y todos lo rodeaban en silencio; aunque albergaban la esperanza de que volviera en sí a la mañana siguiente, algunos expresaban sus dudas: «Después de una paliza así, quién sabe, el tipo puede diñarla». Me abrí paso hasta mi petate, enfrente de una ventana enrejada, me tumbé de espaldas, con las manos debajo de la cabeza, y cerré los ojos. Me gustaba tumbarme así: a un hombre dormido no se le molesta, y además puede uno pensar y soñar. Pero yo no soñaba; mi corazón latía con inquietud y en mis oídos seguían resonando las palabras de M...cki: «*Je hais ces brigands!*». En cualquier caso, ¿para qué describir esas impresiones? Todavía hoy sueño algunas noches con esos tiempos, y no conozco pesadillas más espantosas. Puede que algunas personas hayan reparado en que, hasta el día de hoy, apenas he hablado en mis escritos de mi vida en el penal; escribí *Memorias de la casa muerta* hace quince años, valiéndome de un narrador ficticio, un criminal que supuestamente ha asesinado a su mujer. A ese respecto, me gustaría añadir, a modo de curiosidad, que mucha gente sigue creyendo y afirmando, incluso ahora, que me enviaron a presidio por asesinar a mi mujer.

Poco a poco perdí la noción de la realidad y, sin darme cuenta, me fui hundiendo en diversas rememoraciones. Durante los cuatro años que pasé en el penal, no hice más que reconstruir una y otra vez todo mi pasado; en ese sentido, puedo decir que volví a vivir, en forma de recuerdos, toda mi vida anterior. Esos recuerdos brotaban por sí mismos; rara vez era yo quien los evocaba. Solían partir de un punto, de un rasgo a veces insignificante, y poco a poco iban formando un cuadro acabado, una impresión intensa y completa. Analizaba esas impresiones, añadía nuevos rasgos a esas experiencias tan añejas y, sobre todo, las rectificaba, las rectificaba sin cesar; en eso consistía toda mi diversión. En esa ocasión me acordé de pronto, no sé por qué, de un acontecimiento intrascendente de mi primera infancia, sucedido cuando sólo contaba nueve años; un acontecimiento que parecía haber olvidado por completo; pero en aquella época me gustaba recordar sobre todo momentos de mi primera infancia. Me vino a la memoria un mes de agosto en nuestra aldea; el día era claro y seco, aunque un tanto fresco y ventoso; el verano tocaba a su fin y pronto tendríamos que regresar a Moscú, donde pasaríamos todo el invierno, sin otra perspectiva que las tediosas lecciones de francés. ¡Me daba tanta pena dejar el campo! Pasé por detrás de la era y, después de bajar por el barranco, subí hasta Losk: así llamábamos a una espesa mancha arbustiva que se extendía desde el otro lado del barranco hasta el bosque. Me interné en la maleza y de pronto, a unos treinta pasos, oí a un mujik solitario que estaba arando en un claro. Sabía que araba en una ladera bastante empinada y que el caballo avanzaba con dificultad, y de vez en cuando me llegaba el grito del hombre: «¡Vamos, vamos!». Conocía a casi todos nuestros mujiks, pero no a ese que estaba arando; no obstante, me daba igual; seguí sumido en mis ocupaciones.

Yo también estaba atareado: trataba de arrancar una rama de un nogal para hostigar a las ranas; las varas de nogal son mucho más hermosas y flexibles que las de abedul. Estaba muy interesado también en los escarabajos y demás bichos, y hasta los coleccionaba: ¡tenían unos colores tan bonitos! Me gustaban también las ágiles lagartijas rojas y amarillas, con pequeñas manchas negras, pero me daban miedo las serpientes. En cualquier caso, las serpientes son mucho más raras que las lagartijas. Había pocas setas; para coger setas había que ir al abedular, así que me dispuse a ir allí. Nada me gustaba más en el mundo que un bosque con setas y bayas silvestres, sus insectos y sus pajarillos, sus erizos y sus ardillas, y ese olor húmedo, tan agradable, de las hojas podridas. Incluso ahora, cuando escribo estas líneas, me parece estar oliendo el aroma de nuestro bosque de abedules: esas impresiones duran toda la vida. De pronto, en medio del profundo silencio, escuché con toda claridad y precisión una voz: «¡Que viene el lobo!». Lancé un grito y, muerto de miedo, gritando con todas mis fuerzas, salí corriendo al claro y me acerqué al mujik que estaba arando.

Era nuestro mujik Maréi. No sé si ese nombre existe, pero todos lo llamaban Maréi. Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, bastante alto, con una barba cerrada de color castaño oscuro entreverada de abundantes canas. Lo conocía, pero nunca había tenido ocasión de hablar con él. Al oír mi grito, detuvo su jumento, y, cuando me acerqué corriendo y me agarré al arado con una mano y con la otra a su manga, se dio cuenta de que estaba aterrorizado.

—¡Que viene el lobo! —grité, jadeando.

Levantó la cabeza e instintivamente miró a su alrededor; por un instante estuvo a punto de creermelo.

—¿Dónde está el lobo?

—He oído un grito... Alguien acaba de gritar: «¡Que viene el lobo!» —balbucí.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué dices? No hay ningún lobo. Te lo has imaginado. ¿Cómo va a haber aquí ningún lobo? —murmuró, tratando de tranquilizarme. Pero yo temblaba de pies a cabeza y me agarraba con más fuerza a su blusa; probablemente estaba muy pálido. Me miró con una sonrisa inquieta, visiblemente preocupado y alarmado de mi estado—. ¡Menudo susto se ha llevado, el pobre! —añadió, sacudiendo la cabeza—. ¡Vamos, vamos, muchacho! ¡No es nada! —alargó la mano y me acarició la mejilla—. Vamos, ya pasó. Cristo está contigo. Haz la señal de la cruz. —Pero yo no le hice caso. Me temblaban las comisuras de los labios, y ese detalle debió de chocarle de manera especial. Extendió con cuidado un dedo grueso, manchado de tierra y con la uña negra, y me tocó levemente los labios trémulos—. Pobre muchacho —dijo, dirigiéndome una sonrisa prolongada, casi maternal—. ¡Señor, vaya susto te has llevado!

Al final entendí que no había ningún lobo, que aquel grito había sido producto de mi fantasía. En cualquier caso, lo había oído con toda claridad y nitidez, pero sabía que ya otras veces había creído oír gritos de ese tipo (no sólo sobre los lobos). (Más

adelante, cuando salí de la infancia, esas alucinaciones desaparecieron.)

—Bueno, me voy —dije, dirigiéndole una mirada inquisitiva y tímida a la vez.

—Vale, vete; y yo te seguiré con la mirada. ¡No voy a dejar que te coja el lobo! —añadió, siempre con la misma sonrisa paternal—. Bueno, vete, y que Cristo te acompañe. —Hizo la señal de la cruz sobre mí y luego se santiguó él mismo.

Eché a andar, pero cada diez pasos me volvía a mirarlo. Mientras yo me alejaba, Maréi seguía parado junto a su jumento, siguiéndome con la vista y haciendo un gesto con la cabeza cada vez que me volvía. Debo reconocer que me sentía un poco avergonzado por haberme asustado de ese modo, pero seguía teniendo miedo del lobo; no se me pasó hasta que llegué a lo alto del barranco y vislumbré el primer granero; una vez allí, mi miedo desapareció del todo; de pronto salió a mi encuentro, no sé de dónde, nuestro perro guardián Volchok. En su compañía me sentí completamente a salvo y me volví por última vez a mirar a Maréi; no distinguía su rostro con claridad, pero adivinaba que seguía sonriéndome con afecto y moviendo la cabeza. Le hice un gesto con la mano y él me respondió de la misma manera y a continuación azuzó a su caballo.

—¡Arre, arre! —me llegó su grito desde la lejanía, y el jumento volvió a tirar del arado.

Todo eso me vino de pronto a la memoria, no sé muy bien por qué, pero con sorprendente precisión y detalle. De pronto volví a la realidad y me senté en la tarima; recuerdo que aún conservaba la serena sonrisa que había suscitado en mí ese recuerdo. Me dejé llevar por el recuerdo un minuto más.

Cuando llegué a casa, después de haberme separado de Maréi, no le hablé a nadie de mi «aventura». ¿Qué clase de aventura era ésa? Y no tardé en olvidarme de Maréi. En las raras ocasiones en que me encontraba con él, nunca le dirigía la palabra, ni para hablar del lobo ni de ninguna otra cuestión; y ahora, de pronto, veinte años después, en Siberia, me acordaba de ese encuentro con toda claridad, hasta en los menores detalles. Eso quería decir que se había aposentado en mi alma sin que yo mismo me diera cuenta, en contra de mi voluntad, y que surgía ahora en el momento necesario. Rememoraba la sonrisa tierna y paternal de ese pobre siervo, su manera de santiguarme y de mover la cabeza: «¡Vaya susto se ha llevado el pobre!». Y sobre todo ese dedo grueso y manchado de tierra, y la tímida ternura con que había acariciado mi labio tembloroso. Ya sé que cualquiera habría tratado de tranquilizar a un niño, pero en ese encuentro solitario sucedió algo distinto: si hubiera sido su propio hijo, no habría podido dirigirme una mirada que irradiara tanto amor. ¿Quién le obligaba? Era nuestro siervo y yo era el hijo de su amo: nadie iba a enterarse de su delicadeza, nadie iba a recompensarle. ¿Sentiría acaso una especial inclinación por los niños pequeños? Hay gente así. El nuestro fue un encuentro solitario, en plena naturaleza; probablemente sólo Dios había visto desde las alturas qué sentimiento humano profundo y luminoso, qué ternura delicada y casi femenina pueden llenar el corazón de un tosco mujik ruso, de un siervo bestialmente ignorante, que en aquel

entonces no soñaba siquiera con su libertad. Decidme, ¿no es eso a lo que se refería Konstantín Aksákov cuando hablaba de la elevada instrucción de nuestro pueblo?

Recuerdo que, cuando me bajé de la tarima y miré a mi alrededor, sentí que podía contemplar a esos desdichados con otros ojos y que de pronto, por una suerte de milagro, había desaparecido totalmente de mi corazón cualquier rastro de odio y enfado. Eché a andar, fijándome en los rostros de las personas con las que me cruzaba. Ese mujik cubierto de oprobio, con la cabeza afeitada y las mejillas marcadas, que, borracho perdido, berrea su burda canción, podría ser Maréi: no puedo penetrar en su corazón. Esa misma tarde volví a encontrarme con M...cki. ¡Pobre hombre! Él no podía acordarse de ningún Maréi y por eso aquellos hombres sólo le inspiraban esa expresión: «*Je hais ces brigands!*». ¡Sí, esos polacos sufrían entonces más que nosotros!

CAPÍTULO SEGUNDO

I

A PROPÓSITO DEL PROCESO KRONEBERG

Creo que todo el mundo está al corriente del proceso Kroneberg, cuya vista se celebró hace un mes en el Tribunal Regional de San Petersburgo, y que ha leído noticias y comentarios al respecto en los periódicos. Es un caso muy interesante, y ha suscitado reacciones bastante apasionadas. Como ha pasado ya un mes, no voy a referirlo en detalle, mas siento la necesidad de decir unas palabras al respecto. No soy abogado, pero las falsedades han sido tantas y tan variadas que hasta una persona no versada en leyes puede verlas. Este tipo de casos surgen de manera inesperada, llenando de confusión a la sociedad y, por lo visto, también a los jueces. Y como afectan a un tema de interés general y de especial relevancia, es natural que nos hieran en lo vivo y que a veces se haga imposible no referirse a ellos, aunque haya ya pasado un mes, es decir, toda una eternidad.

Os recordaré los hechos: un padre pegó a su hija, una niña de siete años, con excesiva crueldad; según la acusación, no era la primera vez que la trataba con semejante rudeza. Una vecina, mujer de origen humilde, no pudo soportar los gritos de la niña maltratada, que durante un cuarto de hora (según la acusación) estuvo gritando: «¡Papá! ¡Papá!», mientras éste la azotaba con unas varas. Esas varas, según el testimonio de un experto, resultaron ser *spitzrutens*, es decir, baquetas, objetos inadmisibles para castigar a una niña de siete años. Por lo demás, se encontraban en la sala como prueba material y todos pudieron verlas, hasta el señor Spasóvich. La acusación mencionó, entre otras cosas, que cuando alguien le dijo al padre, antes de

azotar a su hija, que debería quitar al menos una vara nudosa, éste respondió: «No, así hará más efecto». También se averiguó que, después de aplicar el castigo, el padre estuvo a punto de desmayarse.

Recuerdo la impresión que me causó el número de *La Voz* en el que se hablaba del inicio del proceso y se ofrecía una primera exposición de los hechos. Sucedió poco después de las nueve de la noche, de forma completamente inesperada. Había pasado todo el día en la imprenta y no había tenido ocasión de hojear *La Voz*, así que no sabía nada de ese nuevo caso. Después de leer el artículo, decidí que era imprescindible, a pesar de lo tarde que era, que me enterara esa misma noche del ulterior desarrollo del proceso, suponiendo que el juicio podía haber terminado ese mismo día, sábado, y sabedor de que los periódicos siempre publican las informaciones con retraso. Sin pérdida de tiempo, decidí visitar a un hombre al que conocía de nombre, pero al que había tratado poco, pues ciertas razones me inducían a pensar que en ese momento estaría más enterado del resultado del juicio que cualquiera de mis conocidos. Hasta era probable que hubiera asistido a la vista. No me equivocaba; había estado allí y acababa de regresar. Llegué a su casa pasadas ya las diez, y me informó de que habían absuelto al acusado. Me indigné con el tribunal, con los miembros del jurado, con el abogado defensor. Han pasado ya tres semanas; en ese tiempo, he cambiado de opinión en muchos aspectos, después de leer las reseñas de los periódicos y oír algunas opiniones desinteresadas de gran valía. Me alegra mucho no seguir considerando al encausado, el padre de la pequeña, un canalla que disfruta torturando niños (tales tipos existen) y de que todo se reduzca a una cuestión de «nervios», a una «pedagogía equivocada», como se expresó el abogado defensor. Lo que más me interesa ahora es llamar la atención sobre algunos pasajes del alegato de la defensa ante el tribunal, para poner de manifiesto, con toda claridad, en qué situación tan falsa y absurda puede encontrarse un hombre conocido, honrado y lleno de talento, simplemente por haber planteado el caso de una manera falsa desde el comienzo.

¿Falsa en qué sentido? En primer lugar, tenemos a una niña, a una criatura, que ha sido «torturada y martirizada» y a la que los jueces quieren proteger; un propósito en principio loable, pero ¿qué es lo que ha sucedido? Que han estado a punto de hacerla desgraciada para el resto de sus días, si es que no lo han hecho. En efecto, ¿qué habría pasado si hubieran condenado a su padre? El fiscal presentó las cosas de tal modo que, en caso de que el jurado hubiera emitido un veredicto de culpabilidad, el padre podría haber acabado en Siberia. Uno se pregunta qué sentimiento habría quedado en el alma de la niña, que apenas tiene todavía uso de razón, durante toda su vida, aun en caso de que hubiera sido rica y «feliz». ¿No se habría hecho responsable el propio tribunal —una institución creada, como todo el mundo sabe, para salvaguardar la santidad de la familia— de haber destruido un hogar? Examinemos ahora otra cuestión: la niña tiene siete años: ¿qué impresión puede recibir a esa edad? Al padre lo han liberado y no lo han deportado, y eso está bien (aunque, en mi

opinión, el público no debió aplaudir el veredicto del jurado, algo que, por lo visto, sucedió); pero, en cualquier caso, la niña tuvo que comparecer, la llevaron ante el tribunal; lo vio todo, lo oyó todo, y ella misma admitió: «*Je suis voleuse, menteuse*»^[40]. Hombres adultos, serios e incluso bondadosos revelaron en voz alta, y delante de todo el público, los vicios secretos de la niña (¡de una niña de siete años!). ¡Qué monstruosidad! *Mais il en reste toujours quelque chose*^[41], para toda la vida, ¿es que no lo comprendéis? Y no sólo quedará grabado en su alma, sino que es posible que también influya en su destino. En ese tribunal ha sufrido el contacto de algo sucio y repugnante, y su huella no se borrará nunca. Quién sabe, tal vez dentro de veinte años alguien le dirá: «Siendo todavía una niña, compareciste ante un tribunal penal». En cualquier caso, me doy cuenta una vez más de que no soy abogado y de que no sé expresar esas ideas, así que será mejor que recurra sin más al discurso del abogado defensor, en el que todas esas premisas falsas resaltan con claridad meridiana. De la defensa del acusado se encargó el señor Spasóvich, un hombre de talento. Siempre que se habla del señor Spasóvich, todo el mundo dice: «Es un hombre de talento». Celebro mucho esa opinión. Me gustaría señalar que el señor Spasóvich fue designado defensor de oficio y que, por tanto, es probable que asumiera la defensa en contra de su voluntad... No obstante, también en esta cuestión carezco de competencia, así que será mejor que me calle. En cualquier caso, antes de analizar el notable alegato que nos ocupa, me gustaría decir unas palabras sobre los abogados en general y sobre los abogados de talento en particular, comunicar al lector algunas de mis impresiones y perplejidades; puede que parezcan muy poco serias a las personas competentes, pero escribo mi *Diario* para mí, y esas ideas han arraigado profundamente en mi corazón. Debo admitir que en realidad no se trata de ideas, sino más bien de sentimientos...

II

UNAS PALABRAS SOBRE LOS ABOGADOS EN GENERAL. MIS INGENUAS E INFUNDADAS SUPOSICIONES. UNAS PALABRAS SOBRE LOS HOMBRES DE TALENTO EN GENERAL Y EN PARTICULAR.

Por lo demás, sobre los abogados sólo diré dos palabras. Nada más coger la pluma, he sentido miedo. Me ruborizo de antemano ante la ingenuidad de mis consideraciones y suposiciones. Porque sería demasiado ingenuo e inocente que me extendiera, por ejemplo, sobre la utilidad y las bondades de la institución de la abogacía. Ahí tenemos a un hombre que ha cometido un delito, pero desconoce las leyes; está dispuesto a confesar, pero aparece un abogado y le demuestra no sólo que no ha hecho nada malo, sino que es un santo. Le cita las leyes que concurren en su caso, le revela una sentencia precedente de la Corte de Apelación del Senado que de pronto

arroja una nueva luz sobre su caso y acaba sacando del agujero al desdichado. ¡Qué más se puede pedir! Supongamos que alguien muestre su desacuerdo y objete que todo es un tanto inmoral. Tomemos ahora a un hombre inocente, completamente inocente, un bendito, pero hay tantas pruebas contra él y el fiscal las ha agrupado de tal modo que podrían acusar al hombre de un delito ajeno. Se trata, además, de un hombre ignorante, que no tiene ni idea de leyes y sólo alcanza a farfullar: «No sé nada, absolutamente nada», comentario que acaba irritando a los miembros del jurado y a los jueces. Pero aparece un abogado que conoce las leyes al dedillo y esgrime un artículo de la ley y una sentencia anterior de la Corte de Apelación del Senado, consigue embrollar al fiscal y al final el inocente es absuelto. Dígase lo que se diga, eso es útil. ¿Qué haría en nuestro país un hombre inocente sin un abogado?

Repito que todo eso no son más que consideraciones ingenuas y archisabidas. Pero, en cualquier caso, es muy agradable disponer de un abogado. Yo mismo tuve ocasión de comprobarlo cuando, siendo director de un periódico, dejé pasar sin darme cuenta, por simple descuido (algo que puede sucederle a cualquiera), una noticia que no podía publicarse sin el permiso del señor ministro de la Corte. Así que un buen día me notificaron que me iban a procesar. Ni siquiera tenía intención de defenderme; yo mismo estaba convencido de mi «culpabilidad». Era evidente que había transgredido la ley y no podía esgrimir ningún argumento *jurídico*. Pero el tribunal me asignó un abogado (un hombre al que conocía un poco, pues en otro tiempo había sido miembro de una «Sociedad» a la que yo también había pertenecido). Ese individuo me anunció de repente que no sólo no era culpable de nada, sino que mi proceder se había ajustado a derecho en todo momento, y que estaba firmemente decidido a defenderme con todos los medios que estuvieran a su alcance. Como es de suponer, me agradó escuchar esas palabras; pero confieso que, cuando se celebró el juicio, experimenté una sensación totalmente inesperada: veía y escuchaba cómo hablaba mi abogado, y la idea de que yo, totalmente culpable, me hubiese convertido de pronto en inocente, me parecía tan divertida y al mismo tiempo, no sé por qué, tan atrayente que cuento la media hora que pasé ante el tribunal entre los ratos más entretenidos de mi vida; pero es que yo no era abogado y por tanto no comprendía que tenía toda la razón. Naturalmente, fui condenado: a los escritores se les juzga con severidad. Tuve que pagar veinticinco rublos y, sobre todo, cumplir dos días de arresto en el cuerpo de guardia de la plaza de la Paja, donde pasé el tiempo muy agradablemente, no sin provecho, y donde conocí a no pocas personas y vi muchas cosas. No obstante, me he apartado del tema que nos ocupa. Será mejor que volvamos a hablar de cosas serias.

No cabe duda de que un abogado que emplee su tiempo y su talento en defender a los desdichados realiza una labor que sólo cabe calificar de moral y conmovedora; es un amigo de la humanidad. Pero seguramente estáis pensando que también defiende y justifica a sabiendas al criminal; es más, que, aunque quisiera, no podría actuar de otro modo. Se me dirá que la justicia no puede privar a ningún delincuente de la asistencia de un abogado y que un abogado honrado, en un caso semejante, no pierde

su condición de tal, pues siempre sabrá encontrar y determinar el verdadero grado de culpabilidad de su cliente, y se limitará a velar para que el castigo no exceda la medida justa, etc., etc. Así es, pero esa suposición huele al idealismo más desmesurado. Creo que para un abogado, hablando en general, es tan difícil evitar la falsedad y conservar sin mancha su honor y su conciencia como para el resto de los mortales alcanzar un estado de beatitud. ¿Acaso no hemos oído a los abogados jurar poco más o menos ante el tribunal, dirigiéndose a los miembros del jurado, que la única razón de que hayan asumido la defensa de su cliente es que están plenamente convencidos de su inocencia? En cuanto escucháis esos juramentos, surge inevitablemente en vuestro ánimo esta detestable sospecha: «¿Y si miente y lo único que le importa es el dinero?». De hecho, a menudo acaba demostrándose que esos clientes defendidos con tanta vehemencia eran plena e indiscutiblemente culpables. No sé si se han dado casos en que nuestros abogados, deseando desempeñar hasta el final su papel de personas totalmente convencidas de la inocencia de sus clientes, se han desvanecido cuando el jurado ha emitido un veredicto de culpabilidad. Pero, por lo visto, en la breve historia de nuestros tribunales se han dado ya algunos casos de magistrados que han vertido lágrimas. Dígase lo que se quiera, pero en toda esa institución, por encima de muchos elementos incontestablemente bellos, hay cierta sombra de tristeza. En verdad, uno se imagina los gritos de «picapleitos» y «sanguijuelas»; uno recuerda el dicho popular: «Un abogado es una conciencia de alquiler»; pero en especial, dejando a un lado todo eso, le viene a uno a la cabeza esa absurda paradoja de que el abogado nunca puede obrar de acuerdo con su conciencia, de que se ve obligado a jugar con ella, aunque no lo quiera, de que está condenado a ser un hombre sin conciencia, y, en fin, lo más importante y grave de todo: que esa posición tan triste es como una ley establecida por alguien o por algo, de modo que no se la considera una aberración, sino, al contrario, algo de lo más normal...

Pero dejémoslo ahí; tengo la firme sospecha de que estoy hablando de un tema que no me compete. Hasta estoy persuadido de que la ciencia jurídica ha resuelto hace mucho tiempo todas esas contradicciones a plena satisfacción de todos y de cada uno, y que yo soy el único que no se ha enterado. Será mejor que pase a ocuparme del talento; en esa cuestión soy un poco más competente.

¿Qué es el talento? En primer lugar, el talento es algo muy útil. El talento literario, por ejemplo, es la capacidad de decir o expresar bien lo que una persona sin talento diría o expresaría mal. Me diréis que primero se necesita una tendencia y que el talento viene a continuación. Vale, de acuerdo; no es del valor artístico de lo que me propongo hablar, sino de ciertas propiedades del talento en general. Las propiedades del talento, hablando en general, son muy diversas y a veces sencillamente insoportables. En primer lugar, *talent oblige*, «talento obliga», pero ¿a qué, por ejemplo? A veces a las peores cosas. En ese punto surge una cuestión insoluble: ¿es el talento el que domina al hombre o el hombre quien domina a su talento? En la medida en que he seguido y observado a hombres de talento, tanto

vivos como muertos, puedo decir que es bastante raro encontrar a una persona capaz de dominar sus dones; al contrario, el talento casi siempre esclaviza a su poseedor, agarrándole de las solapas, por decirlo de algún modo (sí, no es raro que la situación adopte ese aspecto humillante), y apartándole todo lo que puede del verdadero camino. En una obra de Gógol (no recuerdo cuál^[42]) un embustero se pone a contar algo; es posible que fuera sincero, pero en el relato «iban apareciendo por sí mismos tales detalles» que no había manera de que pudiera decir la verdad. Naturalmente, sólo cito ese ejemplo a modo de comparación, aunque no cabe duda de que hay personas que tienen un talento especial para la mentira o la falacia. El novelista Thackeray, al describir a uno de esos embusteros y bromistas mundanos que, sin embargo, pertenece a la buena sociedad y frecuenta a los lores, dice que, cuando se marchaba de un lugar, le gustaba dejar detrás de sí una explosión de risas, es decir, que se reservaba el mejor chiste u ocurrencia para el final. ¿Qué queréis que os diga? A mí me parece muy difícil que un hombre conserve y, por decirlo de alguna manera, salvaguarde su honradez cuando se preocupa tanto de reservar para el final la mejor agudeza con el fin de dejar detrás de sí una explosión de risas. Esa preocupación es en sí misma tan mezquina que seguramente acaba borrando cualquier aspecto serio de una persona. Además, si no ha sido capaz de reservar esa gracia para el final, tendrá que improvisar y por una expresión ingeniosa

sería capaz de sacrificar a su padre y a su madre^[43].

Se me dirá que tales exigencias harían imposible la vida. Es verdad. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que todo talento adolece siempre de cierta «receptividad» excesiva y casi innoble que acaba desencaminando incluso al hombre más sensato.

Si una fiera ruge en la espesura del bosque...^[44]

o sucede cualquier otra cosa, nuestro hombre reacciona al momento, se enardece, se deja llevar por las emociones, se entusiasma. Belinski, hablando un día conmigo, comparó esa receptividad, por decirlo así, con una «prostitución del talento», y hablaba de ella con el mayor desprecio, sobreentendiendo que la antítesis consiste en cierta fortaleza de espíritu, capaz de mantener bajo control esa receptividad, incluso en los momentos de mayor exaltación poética. Belinski se refería a los poetas, pero casi todos los hombres de talento tienen al menos una pizca de poetas; hasta los carpinteros, si tienen talento. La poesía es, por decirlo así, el fuego interno de todo talento. Y si un carpintero puede ser poeta, lo mismo cabe esperar de un abogado, en caso de que tenga talento. No albergo la menor duda de que, con una actitud rigurosamente honrada y con fortaleza de espíritu, incluso un abogado puede mantener a raya su «receptividad»; pero hay casos y circunstancias en que el hombre no logra contenerse: «ciertos detalles aparecen por sí mismos» y el hombre se deja llevar. Señores, todo lo que estoy diciendo de esa receptividad no es ninguna tontería;

por simple que parezca, es un hecho importantísimo en cualquier vida, incluso en la vuestra y en la mía: examinad la cuestión con mayor detalle, reflexionad y llegaréis a la conclusión de que a veces es difícilísimo comportarse como un hombre honrado, debido precisamente a esa «receptividad» excesiva y consentida que nos obliga a mentir sin descanso. En cualquier caso, la expresión «hombre honrado» la empleo aquí sólo en un «sentido elevado», de manera que el lector puede estar totalmente tranquilo y no alarmarse. Por lo demás, estoy seguro de que mis palabras no alarman a nadie. Sigamos. ¿Se acuerda alguno de vosotros, señores, de Alphonse de Lamartine, que fue, por decirlo así, la cabeza visible del gobierno provisional durante la revolución de febrero de 1848? Dicen que no había nada más agradable y placentero para él que dirigir interminables discursos al pueblo y a los diversos diputados que llegaban entonces de todas las ciudades y pueblos de Francia para presentarse al gobierno provisional en los dos meses que siguieron a la proclamación de la República. Puede que pronunciara en esos días varios miles de discursos. Era un poeta y un hombre de talento. Toda su vida estuvo marcada por la inocencia; además, su aspecto era distinguido e imponente, como hecho a propósito para proporcionar *keepsakes*^[45]. En absoluto estoy comparando a esa figura histórica con esa clase de personas receptivamente poéticas que, por decirlo así, han nacido con la lágrima en el ojo, aunque escribió *Harmonies poétiques et religieuses*, un desusado volumen de versos estirados hasta el infinito con el que han languidecido tres generaciones de señoritas educadas en pensionados. Por lo demás, escribió más tarde un libro que revela un talento extraordinario, *Historia de los girondinos*, que le valió la popularidad y, en última instancia, el puesto de cabeza visible del gobierno provisional revolucionario; fue entonces cuando pronunció tantos discursos interminables, embriagándose con ellos, por decirlo de alguna manera, y flotando en una especie de éxtasis interminable. Un bromista de talento dijo un día, señalándole con el dedo: «*Ce n'est pas l'homme, c'est une lyre!*» («¡No es un hombre, es una lira!»).

Era un elogio, pero pronunciado con honda malicia, porque, decidme, ¿puede haber algo más ridículo que comparar a un hombre con una lira? ¡No había más que rozarlo y se ponía a vibrar! Ni que decir tiene que no se puede comparar a Lamartine, ese hombre que hablaba siempre en verso, ese orador-lira, con cualquiera de nuestros astutos abogados, bribones incluso en su inocencia, siempre dueños de sí mismos, siempre atentos, siempre llenándose los bolsillos. ¿Cómo no van a saber tocar su lira? ... Pero ¿es así? ¿Es realmente así, señores? El hombre es débil y «receptivo» a los elogios, ¡incluso los bribones! Algunos de nuestros abogados de talento, en lugar de vérselas con una lira, a veces tienen que enfrentarse, alegóricamente hablando, con la misma clase de cosas que se cuentan de un comerciante moscovita. Su papá murió dejándole un capital (o, capital, como diría él, con acento en la *i*^[46]). Pero su mamá, que llevaba también un pequeño negocio a su nombre, se vio en dificultades. Había que sacar a su mamá del apuro, es decir, pagar un montón de dinero. El joven

comerciante quería mucho a su madre, pero se hizo la siguiente reflexión: «En cualquier caso, no podemos pasarnos sin capital. Nos es absolutamente imposible privarnos de nuestro capital, ya que sin capital no podemos hacer nada». Así que no la ayudó y a su madre la metieron en la cárcel. Tomadlo como una alegoría, sustituid el capital por el talento —incluso se parecen—, y el resultado será el siguiente: «No podemos pasarnos sin brillo y sin efecto, ya que sin brillo y sin efecto no podemos hacer nada». Y eso puede sucederle hasta al más serio y honrado abogado de talento, incluso en el instante mismo en que se dispone a defender una causa que repugna a su conciencia. He leído en algún sitio que en Francia, hace ya tiempo, un abogado se convenció de la culpabilidad de su cliente en el transcurso del proceso y, cuando llegó el momento de pronunciar su alegato, se puso en pie, se inclinó delante del tribunal y volvió a sentarse en silencio. Creo que en nuestro país ese comportamiento sería imposible: «¿Cómo no voy a ganar el caso, si tengo talento? ¿Es que voy a arruinar mi reputación?». En suma, *no es el dinero la única tentación que debe temer el abogado* (tanto más cuanto que no lo teme nunca), sino también la fuerza de su talento.

No obstante, me arrepiento de haber escrito cuanto antecede, porque es bien sabido que el señor Spasóvich es también un abogado de notable talento. En mi opinión, el alegato que pronunció en este caso es una obra de arte, aunque causó en mi alma una impresión casi repulsiva. Como veis, quiero ser totalmente sincero desde el principio. Culpo de todo a la falsedad de las circunstancias que han rodeado al señor Spasóvich en el presente caso, de las que no consiguió desembarazarse, llevado por la fuerza misma de los acontecimientos. Tal es mi opinión; por tanto, todo lo que había de forzado y artificioso en su posición de abogado defensor se reflejó en su alegato. La causa se había presentado de tal modo que, de haberse producido una sentencia condenatoria, su cliente habría sufrido un castigo excesivo y desproporcionado. Y el resultado habría sido un desastre: una familia destruida, ningún amparo para nadie y desgracia para todos. Su cliente había sido acusado de «torturas», y esa misma tipificación es lo que resultaba terrible. El señor Spasóvich empezó directamente por rechazar cualquier idea de tortura. «¡No hubo tortura, no hubo ningún maltrato a la niña!» Lo negó todo: las baquetas, los moratones, los golpes, la sangre, la probidad de los testigos de la acusación, todo, todo. Un procedimiento sumamente osado; un ataque, por decirlo así, a la conciencia de los miembros del jurado; pero el señor Spasóvich es consciente de sus propias fuerzas. Incluso repudió a la niña, no concedió importancia a su tierna edad, anuló y arrancó de raíz cualquier sentimiento de piedad en el público. Los gritos «que se prolongaron un cuarto de hora bajo los golpes» (y aunque hubieran sido cinco minutos): «¡Papá, papá!»; todo eso desapareció y pasó a aparecer en primer término una «niña vivaracha, de mejillas sonrosadas, risueña, astuta, perversa y con vicios secretos». Los oyentes llegaron casi a olvidar que tenía siete años; el señor Spasóvich escamoteó la edad con gran habilidad, sabedor de que era el elemento más peligroso

para sus intereses. Una vez eliminado todo eso, obtuvo, naturalmente, una sentencia absolutoria. ¿Y qué otra cosa podía hacer? «¿Qué habría sucedido si los miembros del jurado hubieran condenado a su cliente?» Se comprende que no podía pararse en barras, actuar con guante de seda. «Todos los medios son buenos si conducen a un buen fin.» Pero examinemos en detalle ese notable alegato; ya veréis que merece la pena.

III

EL ALEGATO DEL SEÑOR SPASÓVICH. PROCEDIMIENTOS HÁBILES.

Ya desde las primeras palabras del alegato sentís que os encontráis ante un talento fuera de serie, ante una fuerza irresistible. El señor Spasóvich descubre sus cartas desde el principio y es el primero en señalar a los jurados el punto débil de la defensa que ha asumido, revelando el aspecto más flojo, el detalle que más teme. (A propósito, cito ese alegato a partir de *La Voz*, una publicación tan rica en medios que seguramente puede pagar un buen estenógrafo.)

Lo que me da miedo, señores del jurado —dice el señor Spasóvich—, no es el fallo de la Corte de Apelación, ni la imputación del fiscal... Lo que me da miedo es una idea abstracta, un fantasma; lo que me da miedo es que el crimen, si es que puede calificarse así, recae sobre un ser débil e indefenso. La expresión misma «torturar a un niño» despierta, en primer lugar, un gran sentimiento de compasión hacia la pequeña, y, en segundo, un sentimiento igualmente intenso de indignación contra su verdugo.

Muy hábil. Una sinceridad fuera de lo común. El oyente, que está de uñas, que se ha preparado para escuchar una argumentación muy astuta, sagaz, engañosa, y que hace sólo un instante se decía: «Vamos a ver cómo tratas de engañarme, amiguito», de pronto se sorprende de la indefensión de ese hombre. El presunto tunante busca amparo. ¡Y encima ante vosotros, a quienes se supone que pretendía engañar!. Con ese procedimiento el señor Spasóvich rompe de una vez el hielo de la desconfianza y se insinúa, aunque sólo sea un poco, en vuestro corazón. Es verdad que habla de un *fantasma*; dice que sólo tiene miedo de un «fantasma», o lo que es casi lo mismo, de un prejuicio. Antes de escuchar el resto del alegato, sentís ya vergüenza de que a lo mejor os tomen por un hombre con prejuicios, ¿no es así? Muy hábil.

Yo, señores del jurado, no soy partidario de las varas —prosigue el señor Spasóvich—. Entiendo perfectamente que puede *introducirse un sistema educativo* (no os alarméis, son expresiones nuevas, tomadas a saco de distintos tratados pedagógicos) que proscriba los azotes; sin embargo, albergó tan pocas esperanzas de que los castigos corporales sean abolidos de forma completa e incondicional como de que ustedes dejen de acudir a los tribunales para poner fin a los delitos o defender esa verdad que debe reinar tanto en la familia como en el Estado.

Así pues, parece que ya sólo se trata de una vara, no de un haz de varas ni de unas baquetas. Os frotáis los ojos, aguzáis el oído... No, el hombre está hablando en serio,

no bromea. Por lo visto, todo ese jaleo se ha armado por una varita de nada y por dilucidar si se debe emplear con un niño. ¿Valía la pena celebrar un juicio por ese motivo? Es verdad que el abogado no es partidario de los azotes; él mismo lo declara, pero

en un orden normal de cosas se emplean medidas normales. En el presente caso se recurrió a una medida que sólo cabe calificar de anormal. Pero si examinan con atención las circunstancias que motivaron esa medida, si toman en consideración la naturaleza de la niña, el temperamento del padre y los fines que le guiaban al castigarla, comprenderán muchos aspectos de este caso, y, cuando los hayan comprendido, absolverán al acusado, porque una comprensión *profunda* de la causa, conducirá inevitablemente a que muchos detalles se expliquen y parezcan naturales, indignos de cualquier sanción penal. Tal es mi tarea: explicar el caso.

Ya lo veis, se trata de un «castigo», no de «malos tratos»; lo ha dicho él mismo; por tanto, todo se reduce a que se está juzgando a un padre por haberse extralimitado un poco al castigar a su hija. ¡En qué tiempos vivimos! Pero si examinamos el asunto con mayor profundidad... Pues de eso se trata, de que ni la Audiencia ni el fiscal han sido capaces de examinar el asunto en profundidad. En cambio nosotros, los miembros del jurado, lo examinaremos en profundidad y absolveremos al acusado, ya que «una comprensión *profunda* conduce a la absolución», como ha dicho él mismo; ¡y una *comprensión profunda* sólo podemos alcanzarla quienes ocupamos el banco del jurado! «Cuánto espera de nosotros. Y cuánto ha luchado, el pobre, con los tribunales y los fiscales.» En suma: «Halágalos, halágalos»; un procedimiento viejo y rutinario, pero muy eficaz.

A continuación, el señor Spasóvich pasa a exponer la historia del caso y empieza *ab ovo*. Naturalmente, no vamos a reproducir su discurso al pie de la letra. Relata toda la vida de su cliente. El señor Kroneberg, vean ustedes, ha cursado estudios, primero en la Universidad de Varsovia, más tarde en Bruselas, donde tomó aprecio a los franceses, y a continuación de nuevo en Varsovia, donde en 1867 se licenció en la Escuela Superior con el título de maestro en leyes. En Varsovia conoció a una señora, mayor que él, con la que mantuvo relaciones y de la que se separó más tarde, vista la imposibilidad de casarse con ella; no obstante, al abandonarla, no sabía que estaba embarazada. El señor Kroneberg estaba apenado y buscaba distracciones. Durante la guerra franco-prusiana se enroló en el ejército francés y participó en veintitrés combates; fue condecorado con la orden de la Legión de Honor y se licenció con el grado de subteniente. En aquella coyuntura todos los rusos sin excepción deseábamos también el triunfo de Francia; no apreciamos a los alemanes, aunque nos sentimos inclinados a respetarlos intelectualmente. Al regresar a Varsovia, volvió a encontrarse con aquella señora a la que tanto había amado; era ya una mujer casada y le informó por primera vez de que había tenido una niña de él, que a la sazón se encontraba en Ginebra. La madre se había trasladado intencionadamente a Ginebra para dar la luz y había dejado la niña al cuidado de unos campesinos, a los que pagaba una cantidad de dinero. Al enterarse de la existencia de la niña, el señor Kroneberg quiso asegurar

cuanto antes su futuro. En ese punto el señor Spasóvich pronunció unas palabras severas y liberales sobre la rigidez de nuestra legislación con los niños ilegítimos, pero nos consoló en seguida recordándonos que «dentro de nuestro imperio hay un país, el reino de Polonia, que tiene sus propias leyes». En suma, en ese país es más fácil y cómodo adoptar un niño ilegítimo. El señor Kroneberg «deseaba hacer por la niña cuanto las leyes le permitieran», aunque en aquella época carecía de medios de subsistencia. Pero estaba convencido de que sus parientes, en caso de que él muriera, se ocuparían de una niña que llevaba el apellido Kroneberg; o, en última instancia, que podría ingresar en algún internado estatal de Francia en calidad de hija de un caballero de la Legión de Honor. A continuación el señor Kroneberg fue a buscar a la niña a casa de los campesinos ginebrinos y la confió al pastor De Combaz para que se encargara de su educación; la mujer del pastor fue la madrina de la niña. Así pasaron los años 1872, 1873 y 1874. A comienzos de 1875, habiendo cambiado las circunstancias, el señor Kroneberg volvió a viajar a Ginebra y se llevó a su hija consigo a San Petersburgo.

El señor Spasóvich nos revela, entre otras cosas, que lo que más desea su cliente es formar una familia. Una vez estuvo a punto de casarse, pero el proyecto se frustró, y una de las principales razones fue precisamente su negativa a ocultar que tenía una «hija natural». No es más que una primera pincelada; el señor Spasóvich no añade nada más, pero todos comprenden que el señor Kroneberg, en cierta manera, ya ha pagado un precio por su buena acción, por haber reconocido a su hija, cuando podría no haberlo hecho y haberla dejado al cuidado de esos campesinos para siempre. De manera que algún motivo de queja tiene, por decirlo así, contra esa inocente criatura; al menos, eso es lo que queda de manifiesto. En esas leves y sutiles alusiones, dichas como de pasada, pero de manera continua, el señor Spasóvich es todo un maestro y no conoce rival, como no tardaréis en comprobar.

Más adelante, el señor Spasóvich empieza a hablar de pronto de una tal señorita Gesing. Debéis saber que el señor Kroneberg conoció a la señorita Gesing en París, y que en 1874 se la llevó con él a San Petersburgo.

Ya han podido juzgar ustedes —nos anuncia de repente el señor Spasóvich— en qué medida la señorita Gesing se parece o no a esas mujeres de *demi-monde* con las que los caballeros sólo mantienen relaciones esporádicas. Desde luego, no es la mujer de Kroneberg, pero sus relaciones no excluyen el amor ni el respeto.

Bueno, eso es una cuestión subjetiva, que compete sólo a ellos; a nosotros no nos incumbe. Pero el señor Spasóvich se ha propuesto a toda costa que la respetemos.

¿Han visto ustedes que esa mujer trate a la niña con crueldad, que no la quiera? Su mayor deseo es hacer cuanto puede por ella...

Todo se reduce a que la niña llamaba a esa señora *maman* y a que había tomado de su baúl las ciruelas por las que mereció semejante castigo. Así pues, no vayáis a pensar

que la señora Gesing sienta hostilidad por la niña, que hable mal de ella sin motivo para indisponer a Kroneberg. ¡Pero si no lo pensamos! Hasta nos parece que esa mujer no tenía ninguna razón para odiar a la niña, a la que habían enseñado a besarle la mano y a llamarle *maman*. Como se ha puesto de manifiesto, esa señora se asustó de las baquetas y hasta pidió al señor Kroneberg (sin éxito) que, antes de aplicar el castigo, rompiera una varilla peligrosa. Según el testimonio del señor Spasóvich, fue la señora Gesing quien sugirió a Kroneberg que sacara a la niña de casa de De Combaz.

En aquella época Kroneberg todavía no tenía la firme intención de hacerse cargo de la niña, pero decidió viajar a Ginebra para echar un vistazo...

Una noticia muy reveladora y que no debemos perder de vista. Resulta que en aquella época el señor Kroneberg no pensaba mucho en su hija y no sentía la necesidad afectiva de tenerla a su lado.

En Ginebra se quedó estupefacto: la niña, a la que visitó sin previo aviso, fuera de las fechas convenidas, se mostró muy arisca y *no reconoció a su padre*.

Prestad especial atención a esa frase: «No reconoció a su padre». Ya he dicho que el señor Spasóvich es todo un maestro para soltar de pasada frases de ese tipo; es como si se le escaparan, pero al final del discurso surten su efecto y dan sus frutos. Si «no reconoció a su padre», queda demostrado no sólo que la niña era arisca, sino también perversa. Todo eso es necesario para lo que viene después; más adelante veremos que el señor Spasóvich, al dejar caer un comentario por aquí y otro por allá, ha conseguido crear una imagen totalmente negativa de la niña. En lugar de una criatura de siete años, en lugar de un ángel, nos encontramos con una muchacha «vivaracha», astuta, chillona, de mal carácter, que grita en cuanto la ponen en un rincón, que «se harta de gritar» (¡vaya lenguaje!), mentirosa, ladrona, sucia y con un repugnante vicio secreto. Toda la táctica consiste en destruir cualquier sentimiento de simpatía por ella. Tal es la naturaleza humana: cuando alguien no os cae bien, cuando alguien os repugna, no os compadecéis de él, y lo que más teme en el mundo el señor Spasóvich es vuestra compasión: si os compadecéis de la niña, sois capaces de condenar al padre. ¡En eso consiste la falsedad de la situación! Desde luego, todo ese conjunto de detalles, todos esos hechos acumulados sobre la cabeza de la niña no tienen valor alguno por sí solos, como más tarde tendréis ocasión de comprobar. No hay nadie, por ejemplo, que no sepa que un niño de tres o incluso cuatro años, abandonado por alguien durante tres años, olvidará sin falta su rostro, olvidará hasta el menor detalle de esa persona y de ese tiempo; a esa edad la memoria infantil no puede remontarse más de un año, o aún menos, nueve meses. Cualquier padre y cualquier médico pueden confirmaros esa apreciación. Los culpables son más bien quienes han abandonado al niño durante tantos años, no la naturaleza perversa de la criatura; ni que decir tiene que cualquier miembro del jurado lo verá de la misma manera, si tiene

tiempo y ganas de reflexionar y razonar; pero no dispone de ese tiempo; está sometido a la irresistible presión del talento, impresionado por los detalles que el señor Spasóvich ha ido prodigando: lo que cuenta no es cada hecho tomado por separado, sino el conjunto, el haz de hechos, por decirlo así. Pensad lo que queráis, pero todos esos hechos insignificantes, tomados en conjunto, en haz, acaban produciendo un sentimiento hostil hacia la niña. *Il en reste toujours quelque chose*^[47], una técnica vieja y bien conocida, sobre todo si los hechos se presentan con habilidad y un propósito definido.

Doy un salto hacia delante para presentar otro ejemplo de ese arte del señor Spasóvich. Empleando un procedimiento análogo, destruyó totalmente y de una vez, al final de su discurso, el testimonio de Agrafena Títova, demoledor contra su cliente. En este caso ni siquiera recurrió a una acumulación de hechos, sino que dejó caer una frasecita y le sacó partido. Agrafena Títova había sido criada del señor Kroneberg. Fue la primera persona, junto a Uliana Bibina, portera de la dacha de Lesnoie en la que se alojaba el señor Kroneberg, que promovió el caso de malos tratos a la niña. En ese sentido, me gustaría decir que, en mi opinión, tanto Títova como en especial Bibina son probablemente las dos figuras más simpáticas de todo este caso. Ambas quieren a la niña. La niña se aburría. Desde que llegó de Suiza, apenas veía a su padre que, ocupado de los asuntos de un ferrocarril, se marchaba de casa por la mañana y no regresaba hasta última hora de la tarde. Y cuando, una vez de vuelta del trabajo, se enteraba de que la niña había hecho una travesura propia de la edad, la azotaba y la abofeteaba (son hechos confirmados, ni siquiera el señor Spasóvich los negó); como consecuencia de esa vida sin alegrías, la pobre niña se fue haciendo cada vez más introvertida y huraña. «Ahora la niña se pasa todo el tiempo sola y no habla con nadie»; en esos términos exactos se expresó Títova cuando denunció los hechos. Esas palabras no sólo dejan traslucir una profunda simpatía, sino también la aguda mirada de una observadora atenta, una mirada que revela un sufrimiento interior por los padecimientos de esa desamparada criaturita de Dios. Es natural que la niña sintiera afecto por esas criadas, las únicas personas que la trataban con amor y cariño, y que a veces bajara a buscar a la mujer del portero. El señor Spasóvich reprocha a la niña esa actitud y atribuye sus vicios a «la influencia corruptora de la servidumbre». No olvidéis que la niña sólo hablaba francés y que Uliana Bibina, la portera, no podía entenderla bien; de modo que le cogió afecto simplemente por piedad, por esa simpatía por los niños que es propia de nuestro pueblo.

Una tarde de julio —como dice el acta de acusación— Kroneberg empezó a pegar de nuevo a la niña; esa vez el castigo se prolongó tanto y la niña profirió unos gritos tan espantosos que Bibina se asustó; temiendo que la niña fuera a perecer bajo los golpes, saltó de la cama y tal como estaba, sólo con la camisa, se acercó corriendo a la ventana de Kroneberg y se puso a chillar que dejara de pegar a la niña o iría a llamar a la policía; *entonces el castigo y los gritos cesaron...*

¿No os parece estar viendo a esa gallina que se pone delante de sus polluelos y abre las alas para protegerlos? Esas lastimosas gallinas, cuando protegen a sus polluelos, a

veces se vuelven casi terribles. De niño, en la aldea, conocí a un muchacho del lugar que disfrutaba como loco martirizando a los animales; en especial le gustaba degollar a los pollos cuando había que preparar la comida a los señores. Recuerdo que le gustaba trepar al tejado de paja del cobertizo y buscar nidos de gorriones; cuando encontraba alguno, se apresuraba a cortarle la cabeza a los polluelos. Pues hasta ese torturador tenía un miedo terrible de las gallinas cuando éstas, furiosas y con las alas abiertas, se plantaban delante de él, defendiendo a sus polluelos; en tales ocasiones se ocultaba siempre detrás de mí. El caso es que, al cabo de tres días, esa pobre gallina de la que os hablo ya no pudo contenerse y fue a quejarse a las autoridades, llevando con ella el manajo de varas con el que el padre azotaba a la pequeña y alguna prenda ensangrentada. Recordad la repugnancia y el miedo que inspiran al pueblo los tribunales y lo mucho que cuesta hacerlo comparecer en un proceso. Pero ella recurrió a la justicia y presentó una denuncia por una niña ajena, sabiendo que todo eso sólo iba a depararle sinsabores, molestias y ningún provecho. Y a esas dos mujeres se refiere el señor Spasóvich cuando habla de «la influencia corruptora de la servidumbre sobre la niña». Y por si eso fuera poco, saca partido de este pequeño detalle: la niña, como se verá después, es acusada de un hurto. (Más adelante veréis con qué habilidad el señor Spasóvich transforma una ciruela cogida sin permiso por la niña en un robo de billetes de banco.) Pero al principio la niña no confesaba el robo e incluso decía que «no había cogido nada»:

La niña respondió con un terco silencio —dice el señor Spasóvich—; luego, unos meses más tarde, contó que *quería coger dinero para Agrafena*. Si el padre de la niña hubiera examinado con mayor detalle las circunstancias del robo, probablemente habría llegado a la conclusión de que los malos hábitos que la niña había adquirido había que atribuirlos a la gente que la rodeaba. El mismo silencio de la niña testimoniaba que no quería traicionar a personas con las que mantenía una buena relación.

«Quería coger dinero para Agrafena.» ¡Vaya una frasecita! «Al cabo de unos meses» la niña, naturalmente, *inventó* la historia de que quería coger dinero para Agrafena. Lo hizo llevada por su propia fantasía o porque alguien se lo sugirió. Después de todo, en el juicio declaró: «*Je suis voleuse, menteuse*», cuando nunca había robado nada, excepto una ciruela; pero durante esos meses convencieron a esa niña irresponsable de que había robado; ni siquiera tuvieron que esforzarse para convencerla; bastó con que la gente que la rodeaba dijera a cada momento, día tras día, que era una ladrona. Pero aunque fuera cierto que la niña quería coger dinero para Agrafena Títova, ese dato no basta para concluir que la propia señora Títova la hubiese aleccionado o sugerido que robara dinero para ella. El señor Spasóvich es hábil y se cuida muy mucho de decir algo así directamente; no puede causar semejante ofensa a la señora Títova sin tener ninguna prueba sólida y concluyente; pero inmediatamente después de que la niña dijera que «quería coger dinero para Agrafena», deja caer su frasecita de que «los malos hábitos que la niña había adquirido había que atribuirlos a la gente que la rodeaba». Por supuesto, no hace falta más. En la mente de los miembros del jurado se insinúa el siguiente pensamiento:

«Ya vemos quiénes son las dos principales testigos; así que robaba para ellas; son ellas quienes enseñaron a la niña a robar. ¿Qué valor puede tener su testimonio?». Es imposible que no alberguéis ese pensamiento, una vez que se os ha sugerido de ese modo. Y he aquí que el testimonio ya está destruido, aniquilado, y justo cuando el señor Spasóvich lo necesitaba, al final del alegato, cuando puede tener una influencia y un efecto decisivos. Muy hábil, ya os lo había dicho. Sí, la tarea del abogado es muy dura cuando se encuentra en semejante tesitura, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que salvar a su cliente. No obstante, todo esto no son más que florecillas; a continuación vienen las bayas.

IV LAS BAYAS

Ya he dicho que el señor Spasóvich niega cualquier tortura, cualquier maltrato infligido a la niña, y hasta se ríe de semejante suposición. Pasando a la «catástrofe del 25 de julio», empieza sin más a enumerar las llagas, los moratones, cualquier rasguño, cualquier costra, cualquier tira de piel arrancada, y a continuación lo pone todo en el platillo de la balanza: «¡Tantos gramos, no hay tortura!». Tal es su forma de ver y de presentar las cosas. Ya en la prensa le han señalado al señor Spasóvich que esos recuentos de cardenales y cicatrices están fuera de lugar y hasta resultan ridículos. Pero, en mi opinión, toda esa contabilidad no podía dejar de producir un efecto considerable en el público y en los miembros del jurado. «¡Eso sí que es precisión! ¡Eso sí que es escrupulosidad!» Estoy convencido de que algunos oyentes han sentido un placer especial al enterarse de que se requirió información sobre cierta cicatriz al señor De Combaz, en Ginebra. El señor Spasóvich señala triunfalmente que no había ninguna herida abierta:

A pesar de la mala opinión que de Kroneberg tiene el señor Lansberg (el médico que examinó a la niña el 29 de julio y a cuyas opiniones el señor Spasóvich se refiere con profundo sarcasmo), he tomado para mi defensa muchos datos de su certificado del 29 de julio. El señor Lansberg certifica positivamente que en la parte posterior del cuerpo de la niña no había heridas abiertas, *sólo* manchas subcutáneas de color púrpura oscuro y unas rayas asimismo rojas...

¡Sólo! Fijaos en la palabrita. Y lo más importante: ¡el reconocimiento se produjo cinco días después del castigo! Puedo dar testimonio al señor Spasóvich de que esas manchas subcutáneas de color púrpura oscuro pasan muy pronto y no suponen ningún peligro para la vida, pero ¿significa eso que no constituyen una tortura, un sufrimiento, un martirio?

Esas manchas eran más numerosas en la región isquiática izquierda, extendiéndose también a la cadera izquierda. Al no haberse encontrado señales de traumatismo, ni siquiera arañazos, el señor Lansberg certificó que las rayas y las manchas no suponían *ningún peligro* para la vida. Seis días más tarde, el 5 de agosto, cuando el doctor Florinski examinó a la niña, no advirtió manchas, sólo rayas, unas más

pequeñas y otras más grandes; pero no consideró que constituyesen lesiones graves, aunque reconoció que el castigo había sido severo, habida cuenta, sobre todo, del instrumento con que se había infligido.

Me gustaría informar al señor Spasóvich de que, en los pabellones de presos de la enfermería de Siberia, tuve ocasión de ver la espalda de presos que habían sufrido el castigo de baquetas (entre dos filas de soldados) y acababan de recibir quinientos, mil e incluso dos mil golpes. Vi ese espectáculo decenas de veces. Créame, señor Spasóvich, algunas espaldas se hundían hasta un *vershok*^[48] (literalmente), y eso que no hay mucha carne en la espalda. Tenían precisamente ese color púrpura oscuro, con pequeños rasguños de los que manaba sangre. Puede usted estar seguro de que ninguno de nuestros actuales peritos médicos ha visto nada semejante (¿dónde podrían verlo en nuestros días?). Esos condenados, si habían recibido no más de mil golpes, no perdían nunca su entereza, aunque se encontraban en un estado de fuerte agitación nerviosa, al menos en las dos primeras horas. En esas dos primeras horas, si la memoria no me engaña, ninguno se tumbaba ni se sentaba; no hacían más que dar vueltas por el pabellón, estremeciéndose a veces de pies a cabeza, con un trapo húmedo sobre los hombros. Si no recuerdo mal, todo el tratamiento consistía en llevarles un cubo de agua, en la que de vez en cuando mojaban el trapo, cuando se les secaba sobre los hombros. Según creo, todos querían salir de la enfermería cuanto antes (en unos casos porque, antes de ser juzgados, habían pasado mucho tiempo en prisión preventiva, y en otros simplemente porque tenían intención de fugarse de nuevo a la primera oportunidad). Y preste atención a este dato: a esos condenados se les solía dar de alta al sexto o como mucho al séptimo día después del castigo, porque ese plazo bastaba *casi siempre para que la espalda cicatrizara por completo*, salvo algunas señales relativamente pequeñas, de las que al cabo de diez días, más o menos, no quedaba ni rastro. El castigo de *spitzrutens* (en realidad siempre aplicado con baquetas) no suponía nunca un riesgo para la vida, siempre que no se administrara en gran cantidad, es decir, que no se pasara de los dos mil golpes seguidos. Al contrario, todos los presidiarios y los presos militares (que tienen experiencia de esas cosas) afirmaron varias veces en mi presencia que las varas son más dolorosas, más «agresivas» e incomparablemente más peligrosas, porque pueden soportarse incluso más de dos mil golpes de baqueta sin que haya riesgo para la vida, mientras que cuatrocientos aplicados con varas bastan para matar a una persona, y quinientos o seiscientos *de una vez* suponen una muerte casi segura: nadie lo aguanta. Después de eso, me gustaría preguntarle al señor defensor: aunque esos golpes no supusieran un peligro para la vida ni causaran la menor lesión, ¿es que semejante castigo no constituyó un suplicio, una tortura? ¿Es que la niña no fue martirizada durante un cuarto de hora bajo las terribles varas que descansaban sobre la mesa del tribunal, mientras gritaba: «¡Papá! ¡Papá!»? ¿Por qué niega usted su sufrimiento, su martirio?

Pero ya he dicho más arriba por qué se ha producido todo este embrollo. Vuelvo a repetirlo: en nuestro Código penal, como ha señalado el señor Spasóvich, se aprecian «ambigüedades, deficiencias u omisiones» a la hora de definir y establecer el

concepto de «malos tratos».

Por eso el Senado, en esas mismas resoluciones a las que se refiere la acusación, ha determinado, por otro lado, que por malos tratos y tortura debe entenderse cualquier atentado a la persona o a la inviolabilidad personal del individuo que se acompañe de tormento y crueldad. En opinión del Senado, en caso de torturas y malos tratos, los sufrimientos físicos deben alcanzar necesariamente un grado de dolor más alto y prolongado que el producido por los golpes ordinarios, por duros que sean. Si los golpes no pueden calificarse de duros (y para hablar de malos tratos los golpes deben ser más duros que los calificados como tales) y si ningún experto —excepto el señor Lansberg, que ha revocado su propia conclusión— los ha considerado duros, uno se pregunta *cómo se le pueden aplicar los conceptos de malos tratos y torturas a la actuación de mi cliente. Sostengo que es imposible.*

De modo que todo se reduce a lo siguiente: hay ambigüedades en el Código penal y si al cliente del señor Spasóvich se le acusaba de tortura, podía ser condenado en virtud de uno de los artículos más severos de la ley, que en absoluto responde a la gravedad de su crimen; según ese artículo se hacía merecedor de un castigo durísimo, totalmente desproporcionado a la magnitud de su acto. Bueno, se diría que para explicarnos esa anomalía bastaría con decir: «Hubo malos tratos, pero no del tipo que define la ley; es decir, *no más duros que los golpes más duros*, por eso no puede acusarse a mi cliente de malos tratos». Pero no, el señor Spasóvich no está dispuesto a ceder, quiere demostrar que no hubo malos tratos de ningún tipo, ni dentro de la ley ni fuera de ella, así como tampoco ningún sufrimiento, ¡ninguno! Pero decidme, ¿qué más nos da que los sufrimientos y el martirio de esa niña no se correspondan palabra por palabra con la definición de tortura? Hay lagunas en la ley, usted mismo lo ha dicho. En cualquier caso, la niña ha sufrido: ¿acaso no ha sufrido? ¿Acaso no es verdad que la han maltratado? ¿Acaso podemos cerrar los ojos? Sí, eso es lo que pretende precisamente el señor Spasóvich: cerrarnos los ojos a toda costa. Dice que al día siguiente la niña ya «estaba jugando» y «haciendo sus deberes». No creo que estuviese jugando. Bibina, declara, por el contrario, que cuando examinó a la pequeña, antes de ir a poner la denuncia, «la niña lloraba amargamente y repetía: ¡Papá! ¡Papá!». ¡Ah, Dios mío, esos niños pequeños son tan impresionables y susceptibles! Además, aun en caso de que hubiera jugado al día siguiente, con el cuerpo cubierto de manchas azules y purpúreas, ¿qué prueba eso? He visto a un niño de cinco años, en la última fase de la escarlatina, completamente extenuado y debilitado, que seguía balbuciendo que fueran a comprarle el perrito que le habían prometido y que pedía que le llevaran todos los juguetes y los dejaran junto a la camita: «Sólo para verlos». ¡Pero el señor Spasóvich ha alcanzado la cumbre de su arte cuando ha escamoteado la edad de la niña! No ha dejado de hablarnos de una niña perversa y viciosa, que ha sido sorprendida robando más de una vez y cuya alma oculta un vicio secreto; es como si hubiera olvidado por completo (y nosotros con él) de que se trata de una niña de sólo siete años, y que ese correctivo con nueve *spitzrutens* de serbal, que duró un cuarto de hora, probablemente habría sido diez veces más ligero para un adulto, e incluso para un muchacho de catorce años, que para esa desdichada criatura. Es inevitable que uno se haga la siguiente pregunta: ¿de

qué le sirve todo eso al señor Spasóvich? ¿Por qué niega con tanta obstinación los sufrimientos de la niña? ¿Por qué emplea casi todos los recursos de su arte en lograr ese fin? ¿Por qué se toma tanta molestia en cerrarnos los ojos? ¿Es posible que todo se deba únicamente a esa vanidad propia de los abogados: «No sólo voy a conseguir la absolución de mi cliente, sino que demostraré que el caso es absurdo y ridículo de principio a fin, que están juzgando a un padre sólo por haber pegado a una niña insoportable»? Ya he dicho que necesitaba destruir cualquier sentimiento de simpatía por la niña. Y, aunque contaba para ese fin con importantes recursos, tenía miedo de que los sufrimientos de la pequeña despertaran en vosotros —nunca se sabe— sentimientos humanos. Y vuestros sentimientos humanos constituyen un peligro para él, porque podéis enfadaros con su cliente. Había que ahogarlos a tiempo, distorsionarlos, ridiculizarlos; en resumidas cuentas, acometer una tarea que parecería imposible, aunque sólo fuera porque tenemos delante de nosotros el testimonio del padre, claro, preciso y franco a más no poder, que confirma en todos sus extremos, con total sinceridad, el maltrato a la niña:

«El 25 de julio, irritado por mi hija —declara el padre—, la azoté con este manojito de varas; en esa ocasión la azoté con severidad, *durante largo rato, fuera de mí, sin saber lo que hacía, a la buena de Dios*». No puede decir si las varas se rompieron durante ese último castigo, pero recuerda que, cuando empezó a golpear a la niña, eran más largas.

Es verdad que, a pesar de ese testimonio, el padre no se declaró culpable de maltratar a su hija y comentó que hasta el 25 de julio siempre le había infligido castigos ligeros. Señalaré de pasada que la noción de ligereza o severidad es, en este caso, una cuestión subjetiva: los golpes en el rostro a una niña de siete años, hasta saltarle la sangre de la nariz —algo que no niegan ni Kroneberg ni su defensor— son considerados por ambos, a lo que parece, un castigo ligero. Sobre ese particular el señor Spasóvich cuenta con abundante y valiosa munición, por ejemplo:

Como ya han oído, lo más probable es que las marcas de los codos se deban únicamente a que durante el castigo *se la sujetó por los brazos*.

Ya lo habéis oído: *¡únicamente se la sujetó por los brazos!* ¡Muy bien han debido sujetarla para hacerle moratones! Ah, naturalmente el señor Spasóvich no llega al extremo de defender o alabar esa actitud. He aquí, por ejemplo, otro razonamiento:

Dicen que ese castigo está fuera de toda medida. Podría aceptarse esa objeción si pudiéramos definir en qué consiste un castigo normal; *pero como esa definición no existe*, es muy difícil que alguien pueda establecer si se ha rebasado toda medida (¡¡y eso lo dice después de que el padre declarara que golpeó a la niña *largo rato, sin saber lo que hacía, fuera de sí!!!*). Supongamos que sea así. ¿Qué significa eso? Pues que ese castigo, en la mayoría de los casos, es inadecuado para los niños. Pero incluso con los niños puede haber casos excepcionales. ¿No admiten ustedes que la autoridad paterna, en casos excepcionales, puede enfrentarse a situaciones en que las medidas habituales y cotidianas no valen y se ve obligada a recurrir a medidas más severas de lo normal?

Eso es todo lo que está dispuesto a conceder el señor Spasóvich. En suma, reduce un

caso de maltrato a «una medida más severa de lo normal». Y hasta se arrepiente de esa concesión, pues al final de su alegato se desdice y declara:

Se está juzgando a un padre, ¿y por qué? Por abuso de autoridad. La cuestión que se plantea aquí es dónde está el límite de esa autoridad. ¿Quién determinará cuántos golpes puede propinar un padre y en qué casos puede hacerlo sin causar lesiones al organismo de un niño?

Quiere usted decir sin romperle una pierna, ¿no es eso? De manera que, si no se le rompe una pierna, todo está permitido. ¿Lo dice usted en serio, señor Spasóvich? ¿De verdad que no sabe usted dónde está el límite de ese poder ni «cuántos golpes puede propinar un padre y en qué circunstancias»? ¡Si no sabe usted dónde está ese límite, se lo voy a decir yo! El límite de ese poder estriba en que no está permitido, cuando se trata de una criatura de siete años, a quien no se puede hacer responsable de sus «vicios» (que deben corregirse con medios totalmente distintos); que no está permitido, digo, cuando se trata de una criatura con cara de ángel, incomparablemente más pura y menos pecadora que usted y yo, señor Spasóvich; que usted y yo y todos los que estaban en la sala para juzgar y condenar a esa niña; que no está permitido, digo, *azotarla* con nueve *spitzrutens* de serbal, azotarla durante un cuarto de hora, sin escuchar sus gritos: «¡Papá! ¡Papá!», que pusieron frenética y casi enloquecieron a la portera, una sencilla campesina; que no está permitido, en fin, pegarla «largo rato, fuera de sí, sin saber lo que hacía, a la buena de Dios» —como ha confesado el padre—; que no está permitido ponerse *fuera de sí* porque hay un límite para todo ataque de rabia, y más tratándose de una niña inocente de siete años que ha cogido una ciruela y una aguja de ganchillo rota. Sí, hábil defensor, hay un límite para todo, y si no supiera que sus palabras responden a un propósito concreto, que está usted fingiendo para salvar a su cliente, añadiría, dirigiéndome específicamente a usted, que hay un límite incluso para todas las «liras» y para todas las «receptividades» de abogado, y que ese límite consiste en no sobrepasar las columnas de Hércules de la elocuencia, como ha hecho usted, señor defensor. Pero, ay, usted no ha hecho más que sacrificarse por su cliente, y no tengo derecho a hablarle de límites. ¡Lo único que hago es sorprenderme de la magnitud de su sacrificio!

V

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

Pero las verdaderas columnas de Hércules empiezan cuando el señor Spasóvich habla de «la justa cólera del padre».

Quando se manifestó en la niña esa mala costumbre —dice el señor Spasóvich, refiriéndose al hábito de mentir—, que venía a añadirse a sus demás defectos; cuando el padre se enteró de que *robaba*, se sintió lleno de rabia. Creo que *a cada uno de ustedes le habría sucedido lo mismo*, y creo también que, procesando a un padre por infligir un castigo duro pero *merecido* a su hija, hacemos un flaco servicio a

la familia y al Estado, pues el Estado sólo puede ser fuerte cuando se apoya en una familia fuerte... Si el padre fue presa de la indignación, estaba plenamente en su derecho...

Espere un momento, señor defensor. Por ahora, no le diré nada de la palabra «robar», que ha empleado usted, pero hablemos un poco de esa «justa cólera del padre». ¿Nos hemos olvidado ya de que, desde los tres años, la niña se educó en Suiza, en casa de De Combaz, y de que, según afirma usted mismo, en ese periodo se corrompió y adquirió malas inclinaciones? ¿Se la puede culpar de sus malos hábitos a esa edad? Y si tal es el caso, ¿dónde está la justicia de la cólera del padre? Mantengo que la niña no tiene la menor responsabilidad en este caso, aun admitiendo esos malos hábitos, y que, por mucho que usted diga, no puede demostrar que una niña de siete años sea responsable de sus actos. Todavía no tiene, ni puede tener, la inteligencia suficiente para darse cuenta de lo que hace mal. Pues ninguno de nosotros, y probablemente tampoco usted, señor Spasóvich, somos unos santos, a pesar de que tenemos más inteligencia que una niña de siete años. ¿Cómo puede imponer a esa criatura una carga de responsabilidad que tal vez usted mismo no es capaz de asumir? Recuerde estas palabras: «Imponen cargas demasiado pesadas e imposibles de asumir»^[49]. Dirá usted que tenemos la obligación de corregir a los niños. Pero escúcheme bien: no debemos tratar a los niños con prepotencia, pues somos peores que ellos. Y aunque les enseñemos algo para hacerlos mejores, también ellos nos enseñan muchas cosas y también nos hacen mejores sólo con su trato. Con su mera presencia humanizan nuestra alma. Así que debemos reverenciarlos y acercarnos con respeto a su imagen angelical (suponiendo que tengamos algo que enseñarles), a su inocencia (aunque tengan alguna mala costumbre), a su irresponsabilidad y a su conmovedora indefensión. Usted, por el contrario, afirma que es justo y no constituye ninguna ofensa que un padre pegue a un hijo en la cara hasta hacerle sangre. La niña tenía una pequeña costra en la nariz y usted dice:

Tal vez los bofetones motivaron la pérdida de sangre de una costra escrofulosa de las fosas nasales, pero eso no significa que la niña sufriera lesión alguna: *la sangre, incluso sin herida y sin contusión, habría fluido un poco más tarde*. Así pues, esa sangre no constituye ninguna prueba contra el señor Kroneberg. En el momento en que le propinó el golpe, *no podía recordar, ni siquiera saber, que a la niña se le solía saltar la sangre de la nariz...*

«¡No podía recordar ni saber!» ¿Supone usted que el señor Kroneberg habría sido capaz de golpearla a propósito en un punto sensible? Pues claro que no lo sabía. Por lo demás, usted mismo confirma que ese padre no conocía la enfermedad de su hija, y sin embargo defiende usted su derecho a pegarla. Afirma usted que las bofetadas de un padre no son ofensivas. Bueno, supongamos que no lo sean para una niña de siete años, pero ¿y el daño moral? Del daño moral y emocional no ha dicho usted ni una palabra en su discurso, señor defensor; se ha limitado a hablar todo el tiempo del dolor físico. Además, ¿por qué le pegó en la cara? ¿Cuáles son los motivos de un enfado tan tremendo? ¿Es que nos encontramos ante un criminal empedernido? En

cuanto pueda, esa niña, esa criminal, se irá a jugar con los niños a ladrones y policías. Porque tiene siete años, sólo siete años, no debemos perder nunca de vista ese dato. ¡Y todo lo que usted dice no es más que un espejismo! ¿Sabe usted lo que significa agraviar a un niño? Su corazón está lleno de amor inocente, casi inconsciente, y esos golpes suscitan una amarga sorpresa y arrancan unas lágrimas que Dios ve y cuenta. Pues su razón no es capaz de comprender su culpa. ¿Habéis visto u oído hablar de niños pequeños maltratados o al menos de huérfanos crecidos en el seno de familias malvadas? ¿Habéis visto a un niño ocultarse en un rincón, para que no lo vean, y llorar retorciéndose las manos (sí, retorciéndose las manos, yo mismo lo he visto) y *golpeándose el pecho con sus pequeños puños*, sin saber lo que está haciendo, sin comprender claramente de qué es culpable y por qué lo martirizan, pero sintiendo con toda su alma que no le quieren? No conozco personalmente al señor Kroneberg, no puedo ni quiero meterme en su alma ni en su corazón (ni tampoco en los de su familia), pues, no sabiendo nada de él, podría cometer una gran injusticia; por eso baso mi juicio únicamente en sus palabras e indicaciones, señor defensor. En su discurso ha afirmado usted que el señor Kroneberg es un «mal pedagogo», que en mi opinión es tanto como decir que es un padre sin experiencia o, mejor dicho, un padre deshabituado a la paternidad. Permitidme que me explique: esas criaturas sólo se introducen en nuestra alma y echan raíces en nuestro corazón cuando, una vez engendrados, somos testigos de su infancia, no nos separamos de ellos desde que esbozan la primera sonrisa, y seguimos fortaleciendo los lazos que nos unen cada día, cada hora, durante el transcurso de toda nuestra vida. ¡Entonces tenemos una familia! ¡Entonces tenemos algo sagrado! Pues también la familia *se construye*, no se nos da hecha, y no hay obligaciones ni derechos que vengan dados, sino que unos se derivan de otros. Sólo entonces los vínculos son fuertes y sagrados. La familia se construye mediante el trabajo incesante del amor. Pero admite usted, señor defensor, que su cliente cometió dos errores *de lógica* (¿sólo de lógica?) y que uno de ellos, consistió, entre otras cosas, en que

actuó con un celo excesivo y se imaginó que podía erradicar de una vez, de un solo golpe, todo el mal que había arraigado y se había desarrollado en el alma de la pequeña durante años. Pero eso es imposible, hay que proceder poco a poco, tener paciencia.

¡Juro que no habría necesitado mucha paciencia, pues la criatura sólo tiene siete años! ¡Una vez más tenemos que referirnos a esos siete años, que han desaparecido por completo de su discurso y de sus consideraciones, señor defensor! «La niña robaba —exclama usted—, era una ladrona.»

El 25 de julio el padre llega a la dacha y se entera por primera vez, con gran sorpresa, de que la niña ha estado hurgando en el baúl de la señorita Gesing, ha roto una aguja (una aguja de ganchillo, no alguna pieza de la cerradura) y *ha buscado dinero*. No sé, señores, si puede asistirse con indiferencia a semejante comportamiento en una niña. Algunos dirán: «¿Ése es el motivo? ¿Se puede castigar con tanta dureza a una criatura por unas ciruelas y un poco de azúcar?». Yo sostengo que de las ciruelas al azúcar, del azúcar a las monedas y de las monedas a billetes de banco no hay más que un paso.

Voy a contarle una pequeña anécdota, señor defensor. Un padre al que le cuesta mucho trabajo ganarse el pan está sentado a su mesa de trabajo. Es escritor, lo mismo que yo, y se ocupa de una obra. Al cabo de un rato deja la pluma y en ese momento su hija de seis años se acerca y le dice que le compre una muñeca nueva, luego un cochecito, un coche de verdad con caballos; entonces se montará con su muñeca y su niñera e irá a visitar a Dasha, la nieta de la niñera. «Luego, papá, me comprarás...», etc., etc. La lista es interminable. Acaba de inventar e imaginarse todas esas cosas jugando con su muñeca en un rincón. La fantasía de estos niños de seis años es inaudita, y está muy bien que sea así, pues contribuye a su desarrollo. El padre la escucha con una sonrisa:

—Ah, Sonia, Sonia —dice de pronto el padre, medio en broma, medio en serio—, me gustaría comprarte todas esas cosas, pero ¿de dónde iba a sacar el dinero? ¡No sabes lo que cuesta conseguirlo!

—Esto es lo que vas a hacer, papá —exclama Sonia con aire muy serio y confidencial—. Coge un puchero y una azada y vete al bosque; una vez allí, ponte a cavar al pie de un arbusto y en seguida encontrarás el dinero; mételo en el puchero y tráelo a casa.

Le aseguro que esa niña no tiene un pelo de tonta, pero es así como se figura que se obtiene el dinero. ¿Piensa usted que una niña de siete años ha llegado mucho más lejos que una de seis en su concepción del dinero? Naturalmente, es posible que ya sepa que el dinero no se desentierra al pie de un arbusto, pero apenas tiene la menor noción de dónde se obtiene, bajo qué requisitos, qué son los billetes de banco, las acciones, las concesiones. ¿Cómo puede decir usted, señor Spasóvich, que una niña así *buscaba* dinero? Esa expresión y el sentido que se le atribuye sólo pueden aplicarse a un ladrón adulto, que comprende lo que es el dinero y en qué puede emplearse. Tratándose de una niña, no puede hablarse de robo, aun en el caso de que coja dinero, sino todo lo más de una travesura infantil, lo mismo que en el caso de la ciruela, porque no tiene la menor idea de lo que es el dinero. Afirma usted que estaba a un paso de coger billetes de banco y clama que «eso constituye una amenaza para el Estado». ¿Acaso puede admitirse que por una travesura de ese tipo sea *justo* y *justificable* infligir un castigo como el que se aplicó a esa niña? Pero ella no tocó el dinero, no cogió ni un céntimo. No hizo más que hurgar en un baúl en el que había dinero y romper una aguja de hacer ganchillo; no cogió nada más. Además, ¿para qué iba a querer el dinero? ¿Para escapar a América o acaso para conseguir una concesión ferroviaria? Habla usted de billetes de banco: «Del azúcar a los billetes de banco no hay más que un paso», así que ¿por qué retroceder ante la idea de una concesión?

¿No ha sobrepasado usted las columnas de Hércules, señor defensor?

—Tenía un vicio, un sucio vicio secreto...

¡Esperad, esperad un momento, señores acusadores! ¿Cómo es posible que ninguno de vosotros haya reparado en lo inconcebible y monstruoso de esa escena? Se lleva a una niña pequeña a una sala llena de público, y personas serias y humanas

la denigran y hablan en voz alta de sus «vicios secretos». ¿Qué importa que aún no entienda la humillación a la que se le somete y admita: «*Je suis voleuse, menteuse*»? Digan ustedes lo que quieran, pero es intolerable, inadmisibile; es de una falsedad insoportable. ¿Y quién ha tenido el valor de decir que «ha robado», que «buscaba» dinero? ¿Pueden pronunciarse tales palabras en el caso de una niña tan pequeña? ¿Por qué mancillarla hablando de sus vicios secretos delante de una sala repleta? ¿Por qué cubrirla de tanto barro y dejar una huella que no se borrará jamás? ¡Ah, haga que absuelvan de una vez a su cliente, señor defensor, aunque sólo sea para que el telón caiga cuanto antes, librándonos de este espectáculo! Pero déjenos al menos nuestra piedad por la pequeña; no adopte ese aire de importancia para juzgarla, como si usted mismo creyera en su culpabilidad. Esa piedad es nuestro tesoro, y resulta terrible que se la arranque de nuestra sociedad. Cuando la sociedad deje de compadecerse de los débiles y los oprimidos, ella misma lo pasará mal: se secará y se endurecerá, se volverá depravada y estéril...

—Sí, pero si les dejo la piedad, son ustedes capaces de caer bajo su influjo y condenar a mi cliente.

¡Y ésa es en verdad la situación!

VI

LA FAMILIA Y NUESTROS VALORES SAGRADOS. UNAS PALABRAS FINALES SOBRE UNA JOVEN ESCUELA.

En su conclusión el señor Spasóvich hace una apreciación justa:

Me permito decir, para terminar, que en mi opinión toda la acusación contra Kroneberg se ha formulado de forma totalmente incorrecta, de suerte que es imposible responder a las cuestiones que se les van a plantear.

Muy inteligente; ahí está el meollo del asunto, y de ahí viene toda su falsedad; pero el señor Spasóvich añade algunas palabras bastante solemnes sobre el particular: «Supongo que todos ustedes reconocen la existencia de la familia y de la autoridad paterna...». Un poco antes había exclamado que «el Estado sólo puede ser fuerte cuando se apoya en una familia fuerte».

Me gustaría insertar unas palabras sobre ese tema, aunque sea de pasada.

Nosotros los rusos somos un pueblo joven; nuestra vida acaba de empezar, aunque contamos ya con mil años de existencia: los grandes navíos están destinados a largas travesías. Somos un pueblo fresco, y entre nosotros no hay valores sagrados *quand même*. Amamos nuestros valores sagrados, pero sólo en la medida en que lo sean. Los apoyamos no sólo como medios de apuntalar *l'Ordre*. Estimamos nuestros valores sagrados no por su utilidad, sino por nuestra fe. No trataremos de defender valores sagrados en los que hayamos dejado de creer, como hicieron en el ocaso del

paganismo los sacerdotes antiguos, que conservaron unos ídolos que ya no consideraban dioses desde hacía mucho tiempo. Ninguno de nuestros valores sagrados teme el libre examen, precisamente porque son sólidos. Amamos la santidad de la familia cuando en verdad es santa, no sólo porque constituya un firme puntal del Estado. Y como tenemos fe en la fortaleza de la familia, no dudamos en arrancar de vez en cuando la mala hierba y no nos asustamos si se denuncian y se persiguen algunos casos de abuso de la autoridad paterna. No vamos a defender esa autoridad *quand même*. La santidad de una familia verdaderamente santa es tan sólida que no se resentirá por eso, sino que se hará todavía más santa. Pero estamos dispuestos a conceder que en cualquier asunto hay un límite y una medida. Yo no soy abogado, pero en el caso Kroneberg no puedo dejar de percibir algo profundamente falso. Hay algo que no cuadra, algo equivocado: la realidad de la culpa. El señor Spasóvich tiene toda la razón cuando habla del modo en que se ha planteado la cuestión; pero eso no arregla nada. Tal vez sea necesaria una revisión profunda e *independiente* de nuestras leyes sobre el particular, con el fin de llenar sus lagunas y ponerlas en consonancia con el carácter de nuestra sociedad. No puedo determinar lo que debe hacerse en este caso, pues no soy abogado...

De todos modos, no puedo dejar de exclamar: sí, la abogacía es una institución espléndida, pero, no sé por qué, tiene algo triste. Lo he dicho al principio y vuelvo a repetirlo ahora. Tal es mi impresión, debida seguramente a que no soy jurista; y en eso consiste mi desgracia. Sigo imaginándome una especie de escuela moderna de acrobacia intelectual y desecamiento del corazón, una escuela en la que se aprende a distorsionar cualquier sentimiento sano cuando la ocasión lo requiere; una escuela que enseña a atentar contra todo, osada e impunemente, de manera continua e infatigable, según la necesidad y la demanda, donde todo eso se ha erigido en una suerte de principio y, aprovechándose de nuestra falta de costumbre, se presenta como una especie de proeza que todos aplauden. ¿Acaso estoy tratando de desacreditar la abogacía y el nuevo sistema judicial? Dios me libre. Lo único que querría es que todos nosotros fuéramos un poco mejores. Un deseo de lo más modesto, pero, ay, de todo punto idealista. Soy un idealista incorregible; busco valores sagrados, los amo; mi corazón tiene sed de ellos porque mi manera de ser me impide vivir sin valores sagrados, pero en cualquier caso me gustaría que los ideales que consideramos sagrados lo fueran un poco más; de otro modo ¿merece la pena reverenciarlos? Sea como fuere, he echado a perder mi *Diario* de febrero extendiéndome en exceso sobre un tema triste, simplemente porque me ha causado una honda impresión. Pero *il faut avoir le courage de son opinion*^[50], y creo que ese inteligente proverbio francés podría servir de guía a muchas personas que buscan respuestas a las cuestiones que nos plantean los confusos tiempos en que vivimos.

CAPÍTULO PRIMERO

II

UNA MUJER CENTENARIA

—Esa mañana me entretuve en exceso —me contó el otro día una señora— y cuando salí de casa era ya casi mediodía; además, como hecho a propósito, tenía muchas cosas que hacer. Debía entrar en dos locales de la calle Nikoláievskaia, no lejos uno de otro. En la puerta del primero de ellos, una oficina, me topé con esa anciana; parecía muy vieja e iba muy encorvada, ayudándose de un bastón, pero no podría precisar qué edad tenía. Llegó hasta la puerta cochera y se sentó a descansar en un rincón de la entrada, en el banco del portero. Por lo demás, pasé de largo y no le presté demasiada atención.

Al cabo de unos diez minutos salí de la oficina; dos edificios más allá hay una tienda en la que la semana pasada encargué unos botines para Sonia; me dirigía a recogerlos cuando volví a ver a la anciana; estaba sentada delante de ese otro edificio, en el banco de la puerta cochera, y me miraba; le sonreí, entré en la tienda y cogí los botines. Pasaron tres o cuatro minutos, y yo seguía mi camino por la Avenida Nevski, cuando vi que mi viejecita estaba delante de un tercer edificio, también junto a la puerta cochera, aunque en esta ocasión no se había sentado en un banco, pues no lo había en esa puerta, sino que se había apoyado en un simple saliente. No pude evitar detenerme ante ella: «¿Por qué se parará en cada portal?», me preguntaba.

—¿Está usted cansada, abuelita? —le pregunté.

—Sí, hijita, muy cansada. Me dije: «Hace bueno, brilla el sol, voy a ir a comer a casa de mis nietos».

—Entonces, ¿vas a comer, abuelita?

—Sí, bonita.

—Pero así no llegarás a tiempo.

—Sí llegaré; doy unos pasos y descanso; luego me levanto y sigo un poco más.

La miré y una terrible curiosidad se apoderó de mí. Era una ancianita menuda, muy limpia, probablemente de clase media, con la ropa vieja, un bastón en la mano, rostro pálido, piel amarillenta pegada a los huesos y labios descoloridos: una especie de momia. Estaba allí sentada, sonriendo, con el sol dándole en la cara.

—Debes de ser muy vieja, abuelita —le dije, naturalmente en tono de broma.

—Ciento cuatro años, bonita, ciento cuatro añitos *nada más* (ella también bromeaba)... ¿Y adónde vas tú?

Me miró y sonrió; supongo que se alegraba de poder hablar con alguien, aunque me pareció extraño que esa mujer centenaria se interesara por el lugar al que me dirigía, como si tuviera necesidad de saberlo.

—Pues verás, abuelita —le dije, riendo también—, he comprado unos botines para mi hija en esa tienda y los llevo a casa.

—Qué botines tan diminutos. ¿Así que tienes una hija pequeña? Eso está bien. ¿Tienes más hijos?

Y de nuevo se echó a reír y me miró. Tenía unos ojos apagados, sin apenas un destello de vida, y sin embargo parecían irradiar una luz tibia.

—Abuelita, coge estos cinco kopeks y cómprate un bollo —y le entregué una moneda.

—¿Por qué quieres darme una moneda? Bueno, gracias, la cogeré.

—Tómala, abuela, haz el favor.

Cogió la moneda. Era evidente que no había llegado al extremo de mendigar, pero tomó mi ofrenda con toda dignidad, no como una limosna, sino por mera cortesía o bondad de corazón. Quién sabe, puede que le agradara que alguien se hubiera detenido a hablar con ella, una pobre anciana, y que además la tratara con afecto y se preocupara por ella.

—Bueno, adiós, abuelita —le dije—. Que llegues sin ningún contratiempo.

—Llegaré, hijita, llegaré. Y tú vuelve con tu nieta —dijo la anciana erróneamente, olvidando que yo había hablado de una hija, no de una nieta, y pensando, por lo visto, que todo el mundo tenía nietos. Di unos pasos y me volví a mirarla por última vez: vi cómo se incorporaba lentamente, con dificultad, y echaba a andar muy despacito, golpeando el suelo con el bastón. Tal vez se detendría a descansar otras diez veces antes de llegar a casa de sus nietos para «comer». ¿Y hasta dónde tendría que ir? ¡Qué viejecita tan extraña!

Había oído ese relato por la mañana —en realidad no se trataba de un relato, sino de la impresión deparada por el encuentro con una mujer centenaria (en verdad, ¿cuántas veces tiene uno ocasión de encontrarse con una mujer centenaria, y tan llena de vida interior?)— y lo había olvidado por completo; pero más tarde, ya bien entrada la noche, después de leer un artículo y dejar la revista a un lado, me acordé de pronto de esa ancianita y, sin saber por qué, me representé al instante la continuación de la historia y la llegada a casa de sus nietos. El resultado fue un cuadro que quizá se ajuste bastante a la realidad.

Sus nietos, y quizá sus bisnietos (aunque ella los llame a todos nietos), son seguramente artesanos y gente de vida familiar, pues de otro modo no iría a comer a su casa; viven en un sótano y quizá alquilen una barbería; desde luego, son pobres, pero se ganan su pan y viven con dignidad. No la esperan, pero probablemente la reciben con afecto.

—¡Pero si es María Maksímovna! ¡Entre, entre, y sea bienvenida, sierva de Dios!

La viejecita entra sonriente, y la campanilla de la puerta sigue sonando largo rato,

con su timbre agudo y estridente. Su nieta debe de ser la mujer del barbero, un hombre todavía joven, de unos treinta y cinco años, que se toma en serio su oficio, por frívolo que éste pueda parecer; naturalmente, viste una chaqueta grasienta como una torta, de tanta pomada o vaya usted a saber de qué; el caso es que siempre he visto a los barberos de esa guisa, así como con el cuello de la chaqueta como embadurnado de harina. Tres niños pequeños, un niño y dos niñas, se abalanzan al punto sobre su bisabuela. Por lo común, esas viejecitas muy mayores se llevan muy bien con los niños: interiormente, ellas mismas se parecen mucho a los niños, y a veces son idénticas a ellos. La viejecita se ha sentado; un conocido del dueño de la casa, que ha ido de visita o a tratar de negocios, hombre de unos cuarenta años, se dispone ya a marcharse. También está allí un sobrino, hijo de su hermana, un muchacho de unos diecisiete años, que busca colocación en una imprenta. La viejecita se santigua, se sienta y mira al invitado:

—¡Ah, qué cansada estoy! ¿Quién ha venido a veros?

—¿Que quién soy? —responde el visitante, sonriendo—. ¿Es que no me reconoce, María Maksímovna? Hace un par de años hablamos de ir juntos al bosque a coger setas.

—Ah, ya sé quién eres, bromista. Me acuerdo de ti, sólo que el nombre no me viene a la cabeza; pero me acuerdo muy bien. Ah, qué cansada estoy.

—Dígame una cosa, María Maksímovna, ¿cómo es posible que una anciana venerable como usted no crezca nada? —bromea el visitante.

—Estás tú bueno —dice la abuela entre risas, visiblemente contenta.

—Soy un buen hombre, María Maksímovna.

—Con un buen hombre siempre merece la pena hablar. Ah, Dios mío, cuánto me cuesta respirar. Por lo que veo, Seriozha tiene ya un abrigo nuevo.

Señala al sobrino.

El sobrino, un muchacho rechoncho y sano, sonrío de oreja a oreja y se acerca; luce un abrigo nuevo de color gris, y todavía no es capaz de llevarlo con indiferencia. Esa indiferencia llegará dentro de una semana más o menos; ahora contempla sin parar las bocamangas y las solapas, se mira en el espejo y se siente embargado de respeto por sí mismo.

—Pero acércate y date la vuelta, hombre —parlotea la mujer del barbero—. Mira, Maksímovna, cómo está cosido. Ha costado nada menos que seis rublos; nos dijeron en casa de Prójorich que no merecía la pena hacerlo más barato; después se arrepiente uno, dicen; y esta prenda dura toda la vida. ¡Mira qué paño! ¡Pero date la vuelta! ¡Y fíjate qué sólido es el forro! ¡Pero date la vuelta, hombre! Así es como se va el dinero, Maksímovna. Nos hemos quedado sin un céntimo.

—Ah, Dios mío, ahora todo se ha vuelto tan caro que no hay para nada; no me hables de esas cosas que me pongo mala —dice con calor María Maksímovna, que sigue sin recobrar el aliento.

—Bueno, basta de charla —apunta el marido—. Vamos a comer algo. Ya veo que

estás muy cansada, María Maksímovna.

—Sí, hijo, muy cansada. Hacía bueno, lucía el sol; así que me dije: «Voy a ir a hacerles una visita. No vale la pena quedarse tumbada». ¡Ah! Por el camino me encontré con una señora joven que acababa de comprar unos botines para su hija: «¿Qué, abuelita, estás cansada? —me dijo—. Toma estos cinco kopeks y cómprate un bollo...». Y mira, cogí la moneda...

—Pero descansa primero un momento, abuelita. ¿Cómo es que hoy te cuesta tanto respirar? —dice de pronto el dueño de la casa, bastante preocupado.

Todos vuelven los ojos hacia ella: de repente se ha puesto muy pálida y sus labios se han vuelto completamente blancos. Ella también contempla a quienes la rodean, pero con una mirada como vacía.

—Bueno, pensé... compraré unos dulces para los niños... con esos cinco kopeks...

Y de nuevo se detiene, de nuevo toma aire. Durante unos cinco segundos todos guardan silencio.

—¿Qué te pasa, abuela? —le pregunta el dueño de la casa, inclinándose sobre ella.

Pero la abuela no responde; de nuevo otros cinco segundos de silencio. La viejecita se ha puesto aún más pálida y de pronto es como si se le hubiera encogido el rostro. Los ojos dejan de moverse, la sonrisa se petrifica en sus labios; mira de frente, como si no viera nada.

—¡Hay que llamar al pope...! —dice en voz baja y con cierta premura el visitante, que está detrás de los demás.

—Sí... pero... me temo que es demasiado tarde... —murmura el dueño de la casa.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Me oyes? —grita la mujer del barbero, toda preocupada; pero la anciana no se mueve, sólo ladea un poco la cabeza; en la mano derecha, que descansa sobre la mesa, tiene la moneda de cinco kopeks, mientras la izquierda se apoya en el hombro de su bisnieto de más edad, Misha, un niño de unos seis años, que, inmóvil, contempla a su bisabuela lleno de asombro, con los ojos como platos.

—¡Ha muerto! —dice el barbero, con voz serena y digna, inclinándose un poco más y santiguándose con discreción.

—¡Así es! Por eso la veía yo tan encorvada —dice el invitado, conmovido y con la voz entrecortada; está terriblemente afectado y mira uno por uno a todos los presentes.

—¡Ah, Señor! ¡Qué desgracia! ¿Qué vamos a hacer ahora, Makárich? ¿La llevamos allí? —pregunta la mujer del barbero, toda agitada y desconcertada.

—¿Cómo allí? —responde con serenidad el marido—. Nos ocuparemos de todo nosotros. Era tu abuela, ¿no? Hay que ir a dar parte.

—¡Ciento cuatro años, ahí es nada! —dice el invitado, cada vez más conmovido, removiéndose en su asiento. Hasta se ha puesto todo colorado.

—Sí, estos últimos años había empezado a perder la cuenta —comenta con mayor gravedad y solemnidad aún el dueño de la casa, mientras busca la gorra y se pone el abrigo.

—¡Y pensar que hace un minuto se reía y estaba tan contenta! ¡Mira la moneda que tiene en la mano! «Para comprar dulces», dijo. ¡Ah, qué vida esta!

—Bueno, ¿nos vamos o qué, Piotr Stepánich? —interrumpe el huésped al barbero, y ambos salen.

Naturalmente, a una anciana así no se la llora. Ha vivido ciento cuatro años y ahora «ha muerto sin dolor y con dignidad». La mujer del barbero pide a las vecinas que vengan a ayudarla. Éstas acuden al momento, casi con placer, cuando, entre exclamaciones y lamentos, se enteran de la noticia. Por supuesto, la primera preocupación es preparar el samovar. Los niños, acurrucados en un rincón, miran con asombro a su abuela muerta. Por mucho que viva, Misha no olvidará jamás cómo falleció la anciana, con la mano apoyada en su hombro; y cuando él muera, no habrá una sola persona que recuerde ni tenga la menor idea de que una vez hubo una viejecita que vivió ciento cuatro años, nadie sabe cómo ni con qué objeto. ¿Y por qué recordarla? No tiene ninguna importancia. Así se extinguen millones de personas; viven y mueren sin que nadie repare en ellas. Es posible que sólo en el instante mismo de la muerte de esos hombres y mujeres centenarios haya algo conmovedor y sereno, algo incluso solemne y tranquilizador: hasta en nuestros días, cien años siguen causando un efecto extraño en la gente. ¡Que Dios bendiga la vida y la muerte de esas personas buenas y sencillas!

En cualquier caso, esta pequeña escena no tiene ninguna consistencia ni argumento. En verdad, se propone uno contar algún acontecimiento interesante de los muchos que ha oído en el curso del último mes, y, cuando se pone a ello, o no acaba de salir, o no viene a cuento, o «no puede uno decir todo lo que sabe», de manera que al final sólo quedan estas pequeñas cosas sin argumento...

CAPÍTULO PRIMERO

II

CONFUSIÓN E IMPRECISIÓN DE LOS PUNTOS EN CONFLICTO

... Tenía yo nueve años cuando, el tercer día de la Pascua, a eso de las seis de la tarde, nuestra familia al completo, mi madre y mi padre, mis hermanas y mis hermanos, se reunió alrededor de la mesa para tomar el té; se hablaba de la aldea y del proyecto de pasar allí el verano. De pronto se abrió la puerta y en el umbral apareció nuestro siervo Grigori Vasílev, que acababa de regresar de la aldea. En ausencia de los señores, quedaba encargado de la administración de la hacienda; pero en esta ocasión, en lugar de un «administrador» de aspecto imponente, siempre vestido con una levita alemana, veíamos ante nosotros a un hombre con una blusa gastada y unas alpargatas. Había venido a pie desde la aldea y entró en la habitación sin pronunciar palabra.

—¿Qué pasa? —gritó asustado mi padre—. Dime, ¿qué pasa?

—¡La propiedad ha ardido! —exclamó con voz de bajo Grigori Vasílev.

No voy a describir lo que pasó entonces; mis padres no eran nada ricos, trabajaban de lo lindo... ¡Y ése era el regalo que recibían el día de la Resurrección! Resultó que había ardido todo y no había quedado nada en pie, ni las isbas, ni el granero, ni el establo, ni las semillas de primavera; hasta había perecido un mujik, Arjip, y parte del ganado. En ese primer momento de espanto nos imaginamos una ruina total. Nos arrodillamos y nos pusimos a rezar; mi madre lloraba. En ese instante se le acercó nuestra niñera, Aliona Frolovna, que trabajaba a sueldo para nosotros (era una mujer libre, perteneciente a la pequeña burguesía moscovita). Había criado y cuidado de mí y de todos mis hermanos. Tenía entonces unos cuarenta y cinco años, un carácter abierto y alegre y siempre nos estaba contando unos cuentos maravillosos. Hacía ya muchos años que no tocaba su salario: «No me hace falta», decía; había acumulado unos quinientos rublos, que había metido en un monte de piedad: «Para la vejez». Y de pronto le susurra a mi madre:

—Si necesita dinero, coja el mío; a mí no me hace falta...

No cogimos ese dinero, nos las arreglamos sin él. Pero ésta es la pregunta que os hago: ¿a qué tipo pertenecía esa mujer modesta, muerta hace muchos años en un hospicio, donde ese dinero le era bastante necesario? Creo que no se la puede incluir entre los explotadores y tramposos; en ese caso, ¿cómo definir su gesto? ¿Al actuar de ese modo dio muestras de encontrarse «en un estado elemental de la existencia, de

tener costumbres cerradas e idílicas, de llevar una vida pasiva»? ¿O bien demostró tener más energías de las que se atribuyen a un individuo pasivo? Sería interesante escuchar lo que responde al respecto el señor Avséienko. Algunos me replicarán con desdén que se trata de un ejemplo aislado; pero a lo largo de mi vida he tenido ocasión de presenciar centenares de casos parecidos entre el pueblo y sé perfectamente que hay otros observadores capaces de contemplar al pueblo sin escupirle. Acordaos de ese pasaje de la *Crónica familiar* de Aksákov en que la madre, con lágrimas en los ojos, suplica a los mujiks que la lleven a la otra orilla del Volga, a Kazán, donde se encuentra su hijo enfermo, atravesando la delgada capa de hielo, en plena primavera, cuando desde hace ya días nadie se atreve a poner el pie, por miedo de que se resquebraje y sea arrastrada por la corriente, como de hecho sucede sólo unas horas después de que pase la comitiva. Acordaos de la maravillosa descripción de esa travesía y de cómo, al alcanzar la otra orilla, los mujiks se negaron a aceptar dinero, considerando que habían actuado movidos por las lágrimas de la madre y por amor a Cristo Nuestro Señor. ¡Y eso pasaba en los tiempos más sombríos del régimen de servidumbre! Decidme, ¿también son hechos aislados? Y, en caso de que sean dignos de elogio, ¿deben adscribirse al nivel «de la existencia elemental, de las costumbres idílicas y cerradas, de la vida pasiva»? ¿Es realmente así? ¿Son sólo casos aislados, casuales? ¿Se puede hablar de mera pasividad cuando un hombre arriesga su propia vida porque se compadece del dolor de una madre? ¿No deberíamos referirnos, por el contrario, a la verdad popular, a la caridad, la compasión y la amplitud de miras del pueblo, y además en la época más bárbara del régimen de servidumbre? Pero el pueblo no conoce siquiera la religión, dirán ustedes; ni siquiera sabe rezar; se prosterna delante de una tabla de madera y balbucea no sé qué bobadas sobre el Viernes Santo, sobre Floro y Lauro. A eso les responderé que esas ideas se deben a la inveterada costumbre de los rusos cultivados de mirar al pueblo con desprecio. Sobre la religión del pueblo y su ortodoxia disponemos de un par de docenas de anécdotas liberales y escabrosas y nos regocijamos con relatos socarrones sobre un pope que confiesa a una vieja o un mujik rezando al Viernes Santo. Si el señor Avséienko comprendiera realmente lo que escribe sobre la fe popular, que ha salvado a Rusia, y no se hubiera dedicado a copiar de los eslavófilos, no insultaría al pueblo de ese modo, considerándolo poco más o menos un conjunto de «explotadores y sanguijuelas». Pero eso es lo que pasa, que esos señores no saben absolutamente nada de la ortodoxia y, en consecuencia, no entenderán nunca absolutamente nada de nuestro pueblo. Pues el pueblo conoce a Cristo Nuestro Señor, quizá mejor que nosotros, aunque no se lo hayan enseñado en la escuela. Lo conoce porque, a lo largo de muchos siglos, ha soportado muchos sufrimientos y, en medio de su dolor, siempre, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, ha oído hablar de ese Señor Jesucristo a sus santos, que laboraban entre el pueblo y defendían la tierra rusa hasta el punto de sacrificar su vida, a esos mismos santos a los que el pueblo sigue reverenciando, recordando sus nombres y rezando en sus sepulcros.

Podéis creerme cuando os digo que, en ese sentido, hasta las capas más ignorantes de nuestro pueblo son mucho más instruidas de lo que vosotros, en vuestra ignorancia de gente culta, suponéis; y tal vez más instruidas que vosotros mismos, aunque hayáis aprendido el catecismo.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

ALGO ACERCA DE UN EDIFICIO. PENSAMIENTOS APROPIADOS.

¡Mentira y falsedad, eso es lo que se encuentra uno por todas partes y lo que a veces resulta insoportable!

Justamente cuando se celebraba la vista del proceso de la señora Kaírova, se me presentó la oportunidad de visitar el Hospicio, un lugar en el que no había estado nunca y al que, desde hacía tiempo, tenía ganas de echar un vistazo. Gracias a un médico conocido, pude examinarlo todo. No obstante, me ocuparé en detalle de mis impresiones más adelante; ni siquiera tomé notas ni registré edades ni cifras; desde el primer paso me pareció evidente que no sería capaz de verlo todo de una vez y que merecía la pena repetir la visita. Y eso es lo que el respetabilísimo médico que me servía de guía y yo resolvimos hacer. Incluso tengo intención de viajar al campo para ver a las nodrizas finlandesas a quienes se confía la cría de los niños. Por tanto, dejo la descripción para más tarde; ahora sólo me propongo dar unas rápidas pinceladas: el monumento a Betskoi, la sucesión de salas magníficas en las que están repartidos los niños, la admirable limpieza (que nada estorba), las cocinas, el vivero en el que «se prepara» a los terneros para la vacunación, los refectorios, los grupos de niños pequeños a la mesa, los grupos de niñas de cinco y seis años jugando a los caballitos, un grupo de muchachas adolescentes, de unos dieciséis o diecisiete años, antiguas pupilas del establecimiento, que se preparaban para convertirse en niñeras y se esforzaban en completar su instrucción. Esas jovencitas saben ya algunas cosas, han leído a Turguénev, tienen una visión clara y hablan muy gentilmente con vosotros. Pero todavía más me gustaron las celadoras: parecen muy amables (no creo que estuvieran fingiendo con ocasión de nuestra visita) y sus rostros denotaban paciencia, bondad e inteligencia. Algunas, por lo visto, tienen formación. Me interesó también mucho la noticia de que la mortalidad de los niños que se crían en esa casa (quiero decir en ese edificio) es incomparablemente más baja que la de los niños criados en sus hogares, con sus familias, aunque no puede decirse lo mismo de los niños criados en el campo. Vi, por último, la habitación de abajo, donde las madres llevan a sus hijos y los dejan para siempre... Pero dejemos todo eso para otro momento.

Recuerdo sólo que contemplaba a esos niños de pecho con una mirada particular y probablemente bastante extraña. Por absurdo que pueda parecer, se me antojaron terriblemente descarados, aunque recuerdo que esa idea me hizo sonreír para mis

adentros. Y, en efecto, ahí hay un niño nacido Dios sabe dónde, al que han traído a este lugar: mirad cómo grita, chilla, deja constancia de la fuerza de sus pulmones y de que quiere vivir, agita sus manitas y sus piecitos rojos y grita, grita, como si tuviera derecho a molestaros de ese modo; busca el pecho, como si tuviera derecho a que le den el pecho y le atiendan; exige cuidados, como si tuviera exactamente los mismos derechos que los niños con familia, de suerte que las cuidadoras lo dejan todo y se abalanzan sobre él. ¡Vaya insolencia! Lo digo completamente en serio; cuando miráis a vuestro alrededor, lo queráis o no, esa idea os viene involuntariamente a la cabeza: ¿y si en verdad molestasen a alguien? ¿Y si de pronto alguien le tapara la boca: «Pero bueno, chiquillo, ¿es que te has creído que eres hijo de un príncipe?»? ¿Es que no sucederá eso más de una vez? No es una fantasía mía. A algunos los han arrojado incluso por la ventana, y en una ocasión, hará cosa de diez años, una madrastra, creo (lo he olvidado, pero sería mejor que fuera una madrastra), harta de cargar con un niño que su esposo había tenido en un matrimonio anterior, y que no paraba de gritar de dolor, se acercó a un samovar hirviente y burbujeante, puso debajo del grifo la manita del molesto niño... y lo abrió. Del caso se ocuparon en su momento todos los periódicos. ¡En un santiamén la buena señora le tapó la boca! Desconozco la pena a la que fue condenada... si es que la condenaron. ¿No es cierto que es «digna de toda indulgencia»? A veces esos niños gritan de un modo terrible y le crisan a uno los nervios; además, vivían en la pobreza, tenía que hacer la colada, ¿no es así? Por otra parte, hay madres de verdad que «tapan la boca» a sus hijos llorones, pero de un modo bastante más humano: una muchacha interesante y simpática se desliza en un rincón apartado... de pronto sufre un desvanecimiento y no puede recordar nada más; y de repente, como caído del cielo, aparece un recién nacido, exigente y llorón, que inadvertidamente cae en el agua y se ahoga. Mejor ahogarlo que ponerlo debajo del grifo del samovar, ¿no es verdad? A ésta ni siquiera se la puede juzgar: es una muchacha pobre y simpática que ha sido seducida; debería estar comiendo bombones, pero de pronto ha sufrido un desvanecimiento; además, si os acordáis de la Margarita de *Fausto* (y entre los miembros del jurado a veces hay gente cultísima), ¿cómo queréis que se la juzgue? No sólo es imposible, sino que debería abrirse una suscripción en su favor. Así que podemos alegrarnos de que todos estos niños hayan acabado aquí, en este edificio. Y debo reconocer que en ese momento no paraban de venirme a la cabeza pensamientos ociosos y cuestiones ridículas. Por ejemplo, me preguntaba —y sentía unas ganas enormes de averiguarlo— en qué preciso instante empezarán a comprender esos niños que son inferiores a todos, es decir, que no son niños como «los demás», sino que están muy por debajo, y que, si se les permite vivir, no es porque tengan derecho, sino, en cierto modo, por un sentimiento de humanidad. Es imposible determinar algo así sin una gran experiencia y una prolongada observación de los niños, pero, en cualquier caso, yo he llegado a convencerme *a priori* de que se dan cuenta de esa «humanidad» muy pronto, tan pronto que apenas puede uno creerlo. En realidad, si los niños se desarrollaran

siguiendo los manuales de enseñanza y los juegos educativos y obtuvieran su conocimiento del mundo a partir de cuestiones como: «¿Por qué tienen plumas los patos?», creo que nunca alcanzarían esa asombrosa e increíble profundidad de comprensión con la que asimilan, por medios absolutamente desconocidos, ciertas nociones que en principio parecerían totalmente inaccesibles a su inteligencia. Un niño de cinco o seis años sabe a veces, sobre Dios o sobre el bien y el mal, cosas tan sorprendentes y de una profundidad tan inesperada que es imposible no llegar a la conclusión de que la naturaleza ha dotado a ese niño de otros medios de adquisición del conocimiento, medios que no sólo nos son desconocidos, sino que deberíamos casi rechazar en nombre de la pedagogía. Ah, es evidente que no se ha formado una idea clara de Dios y que, si un abogado sutil interrogara a un niño de seis años sobre su concepción del bien y del mal, se reiría a carcajadas. Pero si sois un poco más pacientes y ponéis un poco más de atención (ya que el asunto lo merece), si pasáis por alto la ignorancia de ciertos hechos, admitís algunos absurdos y os quedáis sólo con *la esencia de su comprensión*, veréis de pronto que sabe de Dios quizá tantas cosas como vosotros, así como del bien y el mal, de lo que causa vergüenza y es digno de elogio; y hasta es posible que sepa mucho más que ese sutilísimo abogado que a veces se deja llevar por la precipitación, por decirlo así. Al número de esas ideas terriblemente difíciles, tan inesperadas en un niño y adquiridas no se sabe cómo, añadiría yo, en el caso de estos pequeños del Hospicio, esa noción primigenia, pero firme y que no les abandonará mientras vivan, de que son «inferiores a todos». Y estoy convencido de que no lo aprenden de las cuidadoras ni de las niñeras; además, su régimen de vida les impide ver a «esos otros» niños y, por tanto, no pueden establecer comparaciones; sin embargo, si examináis la cuestión más de cerca, veréis que saben ya un montón de cosas, que han aprendido muchísimo con una precocidad totalmente innecesaria. Claro que lo que digo no son más que especulaciones, pero en aquel momento no conseguía encauzar el curso de mis pensamientos. Por ejemplo, me vino de pronto a la cabeza el siguiente aforismo: si el destino ha privado a esos niños de familia y de la felicidad de crecer junto a un padre y a una madre (porque no todos los padres arrojan a sus hijos por la ventana o les echan encima agua hirviendo), ¿no los compensa de algún otro modo? Por ejemplo, crecen en este magnífico edificio, se les da un nombre a todos, luego instrucción, e incluso instrucción superior, pasan por la universidad y más tarde... más tarde se les busca un empleo, se les orienta en la vida; en una palabra, se les abandona lo más tarde posible; y todo eso lo hace el Estado en su conjunto, que los trata, por decirlo de algún modo, como hijos de la comunidad, como hijos propios. En verdad, cuando se perdona, hay que perdonar del todo. Y entonces me dije a mí mismo: algunos probablemente dirán que eso equivale a alentar la depravación y se ofenderán. Pero qué idea más ridícula: imaginar que todas esas simpáticas muchachas van a ponerse a traer hijos a este mundo de manera deliberada, sólo porque han oído que les darán estudios universitarios.

«No —pensaba yo—, hay que perdonar, y perdonar del todo; si vamos a perdonar, que sea completamente.» Es verdad que muchas, muchísimas personas sentirán envidia; las personas más honradas y trabajadoras sentirán envidia: «De manera que yo —pensarán algunos— me he pasado toda la vida trabajando como un buey, no he cometido ninguna mala acción, he amado a mis hijos y he luchado toda mi vida por darles educación y convertirlos en ciudadanos, y no he sido capaz, no he sido capaz; ni siquiera he podido permitirles que terminaran el instituto. Y ahora toso, apenas puedo respirar, no llegaré a la semana que viene; y entonces, adiós a mis queridos hijos, y tengo ocho. Dejarán la escuela y empezarán a vagar por las calles o a trabajar en las fábricas de cigarrillos, y eso si tienen suerte... En cambio, esos parias acabarán la universidad y encontrarán buenas colocaciones. ¡Y encima soy yo quien, directa o indirectamente, ha contribuido a mantenerlos!».

No cabe duda de que eso es lo que se dirán algunos; y en verdad, ¿qué se les puede responder? ¿Cómo es posible que el mundo esté construido de tal modo que nunca sea posible ponerse de acuerdo en nada? Si lo piensa uno bien, ¿puede haber algo más legítimo y justo que ese monólogo? Y sin embargo, es sumamente ilegítimo e injusto. ¿Puede que sea legítimo e ilegítimo al mismo tiempo, y en eso consiste todo el embrollo!

No obstante, no puedo revelar otros pensamientos que me asaltaron en ese momento. Por ejemplo: «Si les perdonamos, ¿perdonarán ellos?». He ahí otra cuestión importante. Hay seres de un tipo superior que perdonan; otros, quizá, procurarán vengarse —nunca sabrán ni comprenderán de quién o de qué, pero se vengarán—. Pero dejadme decir unas palabras sobre esa «venganza de la sociedad» por parte de esos «parias», si es que se consuma: estoy convencido de que será más bien negativa que directa y positiva. Nadie tratará de vengarse de manera directa y consciente; ni siquiera habrá quien se dé cuenta de que tiene ganas de vengarse; al contrario, si se les proporciona una educación, la gran mayoría de los que han pasado por esta «institución» saldrá con un ardiente deseo de transformarse en ciudadanos respetables, de convertirse en padres y de formar una familia; su ideal será construirse un nido, hacerse un nombre, alcanzar notoriedad, criar a sus hijos, amarlos y educarlos sin recurrir jamás a la «institución» o a la ayuda oficial. En general, su primera regla será olvidar el camino de vuelta a ese edificio e incluso su nombre. Al contrario, ese nuevo cabeza de familia se sentirá feliz de poder costear a sus hijos estudios universitarios. ¿Y qué? Esa ansia de un orden burgués, de un orden *establecido*, que le acompañará toda la vida, ¿deberá definirse como servilismo o como una forma suprema de independencia? En mi opinión, más bien lo segundo que lo primero, aunque su alma nunca será del todo un alma independiente, un alma *de señor*, y, en consecuencia, muchos de sus actos carecerán de belleza, aunque sean sumamente honrados. La completa independencia espiritual se alcanza por medios muy distintos... Pero de eso hablaremos más adelante, pues se trata también de una larga historia.

II

UN PENSAMIENTO INAPROPIADO

Acabo de decir «independencia». Pero la cuestión es si de verdad nos gusta la independencia. ¿Y qué se entiende aquí por independencia? ¿Hay dos personas que la entiendan del mismo modo? Ni siquiera sé si hay entre nosotros una idea semejante en la que alguien crea de verdad. Por lo común, tanto a los ricos como a los pobres no les gusta pensar en nada; su único deseo es entregarse a los placeres, sin pararse a reflexionar, mientras le queden fuerzas y ganas. Y los que valen más que el ciudadano corriente «se disgregan» en pequeños grupos y fingen creer en algo, pero se diría que lo hacen a la fuerza, simplemente para pasar el rato. Hay también algunos que se atienen a la siguiente regla: «No hay mal que por bien no venga», y que tratan de desarrollarla. Hay, por último, temperamentos paradójicos, a veces muy honrados, pero, en su mayor parte, bastante limitados; éstos, sobre todo si son honrados, acaban casi siempre suicidándose. En realidad, los suicidios se han vuelto tan habituales en los últimos tiempos que apenas se habla del tema. La tierra rusa parece haber perdido la fuerza para retener a sus hijos. ¡Y cuánta gente honrada, sobre todo mujeres, alberga! Nuestras mujeres empiezan a hacerse notar y es posible que salven muchas cosas; ya volveremos sobre esa cuestión. Las mujeres son nuestra gran esperanza; quizá rindan un servicio a toda Rusia en el momento más fatídico; pero lo malo es lo siguiente: en nuestro país hay muchos, muchísimos hombres honrados; es decir, más bien buenos que honrados, pero ninguno de ellos sabe en qué consiste la honra ni cree lo más mínimo en ninguna expresión del honor; hasta rechaza las más claras expresiones del pasado, y eso en todas partes y de forma casi universal. ¿No es sorprendente? Y la llamada «fuerza viva», el sentido vital de la existencia, sin el que ninguna sociedad puede vivir ni ninguna tierra perdurar, se está desvaneciendo, Dios sabe cómo. ¿Por qué me puse a pensar en los suicidios en ese edificio, mirando ese vivero y esos niños? He ahí una idea verdaderamente inapropiada.

Tenemos muchas ideas inapropiadas, y son ellas las que nos aplastan. En nuestro país las ideas caen sobre los hombres como piedras enormes, aplastándolos a medias; se debaten bajo su peso, pero son incapaces de liberarse. Unos aceptan vivir incluso aplastados, otros no se contentan y se matan. Es muy significativa la larga carta de una suicida que publicó *Tiempo Nuevo*. Tenía la muchacha veinticinco años y se llamaba Písareva. Era hija de unos terratenientes que habían conocido tiempos de esplendor, pero ella se trasladó a San Petersburgo y pagó su tributo al progreso estudiando para comadrona. Concluyó los cursos, aprobó el examen y consiguió una plaza de comadrona municipal; como ella misma confiesa, nunca pasó necesidades y se ganaba bien la vida, pero estaba *cansada*, muy cansada, tan cansada que quería descansar. «¿Y dónde mejor que en la tumba?» ¡En verdad estaba terriblemente cansada! Toda la carta de esa desdichada respira cansancio. Es una carta impaciente, escrita con desgana: dejadme de una vez; estoy cansada, cansada. «No olvidéis

arrancarme la camisa y las medias nuevas; en la mesita dejo una camisa y unas medias viejas; eso es lo que tenéis que ponerme.» No dice *quitar*, sino *arrancar*, y en toda la carta se percibe el mismo tono, esa terrible impaciencia. Todas esas expresiones brutales se deben a la impaciencia, una impaciencia que tiene su origen en el cansancio; hasta llega a recurrir al lenguaje grueso: «¿De verdad pensáis que voy a volver a casa? ¿Por qué diablos iba a ir allí?». O: «Ahora, Lípareva, perdóneme, y que me perdone también Petrova (en cuya casa se envenenó), sobre todo Petrova. Estoy haciendo una cerdada, una cochinado...». Es evidente que ama a su familia, pero escribe: «Que no se entere Lizanka, si no se lo dirá a mi hermana y ésta vendrá aquí y se pondrá a dar alaridos. No quiero que dé alaridos sobre mi cadáver y todos los familiares dan alaridos sobre sus muertos». *Dan alaridos*, no *lloran*... No cabe duda de que todas esas expresiones se deben a un cansancio entreverado de impaciencia y malhumor: ¡acabad, acabad de una vez y dejadme en paz!... Se percibe en ella una cantidad terrible, abrumadora, de incredulidad malhumorada y cínica: no tiene fe en Lípareva ni en Petrova, a las que quiere tanto. He aquí las palabras con las que inicia la carta: «No perdáis la cabeza, no gimoteéis, armaos de valor y leed hasta el final; sólo entonces tomad la decisión que mejor os parezca. No asustéis a Petrova. Tal vez no haya más reacción que un ataque de risa. Mi permiso de residencia está en la tapa de mi maleta».

¡Nada más que un ataque de risa! ¡Cómo es posible que haya pasado por su mente en ese instante la idea de que Lípareva y Petrova, nada menos, iban a reírse de ella, de su pobre cadáver! ¡Es terrible!

Causa extrañeza la preocupación con que se ocupa de dictar las disposiciones referentes a la insignificante suma que deja: «Ese dinero no deben quedárselo mis familiares, sino Petrova; hay que devolver a los Chechotkin los veinticinco rublos que me prestaron para el viaje». La importancia atribuida a ese dinero es quizá el último eco del principal prejuicio de toda una vida, el de «las piedras transformadas en panes». En resumidas cuentas, uno ve aquí la convicción que rigió toda su existencia; a saber: «Si todo el mundo dispusiera de lo necesario, todo el mundo sería feliz, y no habría pobres ni se cometerían crímenes. El crimen no existe. El crimen es una condición enfermiza derivada de la pobreza y de un ambiente desgraciado», etc., etc. A eso se reduce todo ese pequeño catecismo de ideas, trillado y terriblemente característico y cerrado, al que esas personas consagran su vida con tanta fe (lo que no les impide cansarse tan pronto tanto de su fe como de su vida), y por lo que lo cambian todo: la vida real, el vínculo con la tierra, la fe en la verdad, todo, todo. Evidentemente, una vez perdida cualquier fe en la verdad, cualquier fe en el deber, se sentía abrumada por el tedio de la vida; en suma, nos encontramos ante una pérdida completa del ideal supremo de la existencia.

Y la pobre muchacha murió. No voy a dar alaridos sobre tu cadáver, desdichada, pero déjame al menos que me compadezca de ti; permítemelo; déjame que desee a tu alma la resurrección en una vida en la que no te aburras. ¿Adónde vais, criaturas

dulces, buenas y honradas (¡pues todo eso sois!), por qué os atrae tanto esa tumba oscura y solitaria? Mirad, el sol resplandeciente de primavera brilla en el cielo, los árboles se visten de hojas, y vosotras estáis cansadas antes de haber vivido. ¿Cómo no van a *dar alaridos* vuestras madres, que os criaron y se complacían mirándoos desde que erais pequeñas? ¡Ponemos tantas esperanzas en los niños pequeños! Yo estoy mirando ahora estos niños «rechazados» de la inclusa: ¡cuántas ganas tienen de vivir! ¡Cómo proclaman su derecho a la vida! También tú fuiste una niña pequeña y tenías ganas de vivir; tu madre lo recuerda y, cuando compara ahora tu rostro sin vida con esa risa y esa alegría que recuerda haber visto en tu carita de niña, ¿cómo quieres que no «dé alaridos»? ¿cómo puedes reprocharle que se lamente? Acaban de enseñarme a una niña llamada Dunia: nació con una pierna mutilada, o, mejor dicho, sin pierna; en lugar de pierna tiene una especie de cuerda colgando. Sólo tiene año y medio, rebosa salud y es muy guapa; todo el mundo la mima y ella mueve la cabeza, sonríe y chasca la lengua a cualquier que se acerca. Todavía no sabe nada de su pierna; no sabe que es una criatura deforme y lisiada, pero ¿es posible que también ella esté condenada a odiar la vida? «Le pondremos una pierna artificial, le daremos una muleta y le enseñaremos a andar, así que no notará la diferencia», decía el médico, mientras la acariciaba. Bien, quiera Dios que *no note la diferencia*. No, dejarse ganar por el cansancio, llegar a odiar la vida y, por tanto, a todos los hombres... ¡Oh, no, no! Esa raza lamentable, monstruosa, malograda, que se retuerce bajo las piedras que han caído sobre ella, desaparecerá, y un pensamiento nuevo y grande resplandecerá como el sol; las almas vacilantes recobrarán sus fuerzas, y todos dirán: «La vida es bella, somos nosotros los que hemos sido unos miserables». Al emplear la palabra «miserable», no estoy acusando a nadie. Esa mujer sencilla que tengo delante de mí, esa tosca nodriza que sólo cabe calificar de «leche alquilada» ha besado de pronto a un niño, ¡a uno de esos niños «rechazados»! No se me había ocurrido que las amas besaran a los niños en este lugar; ¡sólo por eso, merecía la pena el viaje! Lo besaba y no se daba cuenta ni advertía que la estaba mirando. ¿Acaso les pagan por amar a esos niños? Las contratan para alimentarlos, pero no se les exige que los besen. Según dicen, los niños criados por nodrizas finlandesas en el campo no están tan bien, pero algunas de esas mujeres se sienten tan apegadas a los pequeños que, por lo visto, los restituyen llorando a la institución y más tarde cubren grandes distancias para volver a verlos, les traen golosinas de la aldea y «dan alaridos por ellos». No, no es una cuestión de dinero: «Los familiares siempre dan alaridos», como afirma Písareva en su nota de despedida; así pues, esas mujeres vienen a verlos, dan alaridos, los besan y les traen humildes golosinas del pueblo. No son simples pechos alquilados, que reemplazan el seno materno, es la verdadera *maternidad*, esa «vida viva» de la que Písareva estaba tan cansada. Entonces, ¿es cierto que la tierra rusa ya no retiene a sus hijos? ¿Por qué, entonces, aquí mismo, junto a nosotros, brota la vida en tan ardientes borbotones?

Por supuesto, también hay aquí muchos hijos de esas madres interesantes que se

sientan en la escalera de su dacha y afilan una navaja con intención de agredir a sus rivales. A modo de conclusión, me gustaría decir lo siguiente: esas navajas pueden ser muy simpáticas a su manera, pero he lamentado mucho haber venido aquí, a este edificio, en el mismo momento en que seguía el proceso de la señora Kaírova. Desconozco totalmente su biografía y no puedo ni tengo ningún derecho a relacionarla de alguna manera con este edificio, pero toda su novela y toda esa elocuente exposición de sus pasiones ante el tribunal perdieron para mí todo su valor y destruyeron toda la simpatía que sentía por ella en cuanto salí de este edificio. Lo admito con toda franqueza, porque es posible que ésa sea la razón de que haya hablado con tanta insensibilidad del «caso» de la señora Kaírova.

CAPÍTULO SEGUNDO

III

LOS ALEMANES Y EL TRABAJO. TRUCOS INCONCEBIBLES. DEL INGENIO.

Ems es un lugar brillante y de moda. Aquí vienen enfermos del mundo entero, sobre todo aquejados del pecho, con «catarro de las vías respiratorias», que mejoran mucho de sus dolencias tomando las aguas. En verano puede alcanzarse una cifra de catorce o quince mil visitantes, todos, naturalmente, gente adinerada o al menos en condiciones de no descuidar su propia salud. Pero también hay enfermos pobres, que vienen *a pie* para seguir tratamiento. Habrá hasta un centenar, y quizá no todos vengan a pie, sino empleando algún medio de transporte. Me he interesado mucho por los vagones de *cuarta* clase que han introducido los alemanes en sus ferrocarriles, no sé si en todos. Durante una parada le pregunté al revisor (casi todos los revisores de los ferrocarriles alemanes no sólo son muy eficaces, sino también atentos y amables con los pasajeros) que me explicara en qué consistía esa cuarta clase. Me enseñó un vagón vacío, es decir, sin ningún tipo de asientos, sólo con las paredes y el suelo. Por lo visto, los pasajeros tienen que ir de pie.

—¿Es que no pueden sentarse en el suelo?

—Oh, sí, por supuesto, pueden acomodarse como quieran.

—¿Y cuántas plazas hay en el vagón?

—Veinticinco.

Dividiendo mentalmente por veinticinco las dimensiones de ese vagón vacío, llegué a la conclusión de que estaban obligados a ir de pie, y aun así hombro contra hombro; en definitiva, si veinticinco personas —tal es la capacidad máxima— se apelotonaran en el vagón, ni una sola podría sentarse, por mucho que se les permita «acomodarse como quieran». En cuanto al equipaje, tienen que llevarlo de la mano, naturalmente; por lo demás, no llevan más que algún hatillo.

—Sí, pero el billete cuesta exactamente la mitad que en tercera clase, lo que supone un beneficio extraordinario para el pobre.

Bien, la verdad es que eso ya es algo. Así pues, esos «pobres» que vienen a Ems no sólo toman las aguas, sino que se mantienen a expensas... vaya usted a saber de quién. En cuanto llegáis a Ems y tomáis una habitación en un hotel (y en Ems todas las casas son hoteles), recibís la visita segura —al segundo o tercer día— de dos personas, una detrás de otra, que recaudan donativos armados de una libreta, gente de

aspecto modesto y paciente, pero no exenta de cierta dignidad personal. Uno de ellos recauda fondos para el mantenimiento de esos enfermos pobres. Llevan pegada a la libreta una hoja impresa en la que los médicos de Ems ruegan a los pacientes que no se olviden de los pobres. Dais la contribución que esté al alcance de vuestros medios y ellos apuntan vuestro nombre. Hojeé esa libreta y me quedé sorprendido de la racanería de las contribuciones: un marco, medio marco, rara vez tres marcos, muy rara vez cinco marcos; y eso que, por lo visto, en este lugar no se importuna mucho a la gente con peticiones de donativos: no hay más que esos dos «postulantes». Mientras uno entrega su contribución y escribe su nombre en la libreta, el funcionario (lo llamaremos así) espera humildemente en medio de la habitación.

—¿Recauda usted mucho a lo largo de toda la temporada? —le pregunté.

—Hasta mil táleros, *mein Herr*, pero es una suma muy pequeña en comparación con lo que se necesita; hay muchos pobres, un centenar, y nosotros subvenimos a todas sus necesidades: tratamiento, comida, bebida y alojamiento.

En realidad es una suma pequeña; mil táleros equivalen a tres mil marcos; si suponemos una cantidad de catorce mil visitantes, ¿a cuánto sale por persona? Probablemente hay algunos que no dan nada, que se niegan en redondo a contribuir y echan al postulante (y, en efecto, tales casos se dan, como me enteré más tarde). Y sin embargo, se trata de un público distinguido, incluso extremadamente distinguido. Para comprobarlo no tenéis más que salir a dar una vuelta cuando toman las aguas o a la hora del concierto.

A propósito, leí esta primavera en nuestros periódicos que los rusos hemos contribuido muy poco a la causa de los eslavos insurgentes (naturalmente, eso se decía antes de las donaciones actuales) y que, en comparación con nosotros, los europeos han contribuido mucho más, por no hablar ya de Austria, que ha contribuido ella sola con varios (?) millones de gúldenes al sostenimiento de las desdichadas familias de los insurgentes, que han pasado a su territorio por decenas de miles; que en Inglaterra, por ejemplo, se ha recaudado incomparablemente más que en nuestro país, como también en Francia y en Italia. Decid lo que queráis, pero no creo en la enormidad de esas contribuciones europeas en favor de los eslavos. Se ha hablado mucho de Inglaterra, pero sería interesante saber la suma real de sus contribuciones, que, por lo visto, nadie conoce todavía con exactitud. En cuanto a Austria, que desde el inicio mismo de la rebelión ha tenido en mente la anexión de una parte de Bosnia (cuestión que empieza a discutirse ya en el mundo diplomático), puede decirse que no han contribuido de manera desinteresada, sino en función de sus futuros intereses; además, las aportaciones no proceden de la gente, sino lisa y llanamente del Tesoro público. Incluso los «varios» millones de gúldenes pueden despertar sospechas. Hubo aportaciones, o, mejor dicho, asignaciones de dinero, pero sólo el futuro nos dirá si esa ayuda ha sido en verdad tan importante.

El otro funcionario, es decir, el segundo postulante de Ems, que aparece inevitablemente después del primero, pide para los *blödige Kinder*, esto es, para los

niños retrasados. Hay una institución para ellos en esta ciudad. Ni que decir tiene que esa institución no sólo acoge a niños retrasados de Ems; sería inconveniente que en una localidad tan pequeña nacieran tantos idiotas. El Estado ha asignado una suma a esa institución, pero, por lo visto, hay que recurrir también a las donaciones voluntarias. Un señor distinguido o una dama magnífica se restablecen y recobran la salud gracias precisamente a estos manantiales; por tanto, si no por gratitud al lugar, al menos como recuerdo, dejan dos o tres marcos para esas pobres criaturas abandonadas y desdichadas. En esa segunda libreta las contribuciones anotadas también solían ser de uno o dos marcos; en ocasiones, muy rara vez, aparecía la suma de diez marcos. A lo largo de la temporada ese segundo funcionario había reunido hasta mil quinientos táleros: «Antes las cosas iban mejor, antes la gente daba más», añadió con amargura. En esa libreta me llamó la atención un donativo que parecía hecho con alguna intención, por decirlo así: cinco pfennigs (un kopek y medio de plata). Eso me recordó la contribución de un consejero de Estado ruso, anotada en un libro de Piatigorsk, para levantar un monumento a Lérmontov: había donado *un kopek de plata* y había firmado con su nombre. La noticia apareció en los periódicos hace un año, aunque sin mencionar el nombre del donante, en una actitud a mi juicio totalmente equivocada, pues él había firmado públicamente con su nombre, quizá pensando en hacerse famoso. Pero es evidente que el consejero de Estado quería dejar constancia de su fuerza intelectual, de su punto de vista, de su tendencia: protestaba contra el arte, contra la irrelevancia de la poesía en nuestro siglo de «realismo», barcos de vapor y ferrocarriles, es decir, contra todo aquello contra lo que suele protestar esa chusma liberal de tercera categoría (que en realidad repite como un loro ideas ajenas). Pero ese otro, ese donante para los *blödige*, ¿qué quería expresar con sus cinco pfennigs? No sé a qué tendencia adscribirlo. Los *blödige Kinder* son unas pobres criaturas desdichadas, desechos de las familias más pobres, ¿cómo se puede hacer bromas a su costa? «Y si dais de beber a un pobre, aunque sea un vaso de agua, se os tendrá en cuenta en el reino de los cielos.» Y ahora que lo digo: un vaso de agua en Ems seguramente no cuesta más de cinco pfennigs, de suerte que por cinco pfennigs puede uno ganar el paraíso. En tal caso, ese hombre estaba calculando el precio mínimo de admisión: «¿Por qué pagar más?». Un hijo de su siglo, en resumidas cuentas; en nuestros días, como se dice, no hay manera de engañar a nadie.

Desde mi primera visita a Ems, hace ya tres años, y desde el primer día, me ha interesado una circunstancia que sigue suscitando mi curiosidad cada vez que vuelvo. Las dos fuentes más concurridas de Ems, entre otras muchas, se llaman Krönchen y Kesselbrunnen. Encima de cada fuente se ha levantado un edificio, y las fuentes mismas están separadas del público por sendas balaustradas, detrás de las cuales hay unas señoritas —tres por cada fuente— afables, jóvenes y pulcramente vestidas. Le entregáis vuestro vaso y en seguida os lo llenan de agua. Durante las dos horas establecidas para la toma matinal, miles de pacientes se acercan a esas balaustradas;

en el transcurso de esas dos horas cada uno de ellos bebe varios vasos —dos, tres, cuatro, lo que le hayan prescrito—; y lo mismo en la toma vespertina. De ese modo, cada una de esas tres muchachas llena y distribuye, en esas dos horas, una enorme cantidad de vasos. Pero es poco decir que todo eso se hace con un orden perfecto, sin precipitación, de forma tranquila y metódica, sin ningún tipo de retraso: lo más sorprendente, en mi opinión, es que cada una de esas muchachas se ocupa de su cometido con una rapidez de reflejos poco menos que sobrenatural. Basta que uno le diga, la primera vez que llega: «Aquí tiene usted mi vaso, póngame tantas onzas de Krönchen y tantas onzas de leche», para que no se equivoque ni una sola vez a lo largo de todo el mes de tratamiento. Además, se queda con vuestra cara y es capaz de distinguiros en medio de la multitud. La gente se apiña en prietas filas y tiende su vaso; ella coge seis o siete a la vez, y en poco más de un cuarto de minuto los llena todos, sin verter una sola gota ni romper nada, y le devuelve a cada uno el suyo sin equivocarse. Ella misma os lo tiende; es capaz de distinguir, entre esos miles de vasos, cuál es el vuestro y cuál el de vuestro vecino; sabe de memoria cuántas onzas de agua, cuántas onzas de leche y cuántos vasos os han prescrito. Nunca se produce el más mínimo error, como han confirmado mi observación atenta y mis pesquisas. Todo eso sorprende aún más si se tiene en cuenta que en el lugar se dan cita varios miles de pacientes. Es muy posible que toda esa precisión no tenga nada de extraordinario, que no haya ningún motivo de asombro, pero, en lo que a mí respecta, constituye un fenómeno casi inexplicable desde hace tres años, y no puedo dejar de contemplarlo como un inconcebible truco de magia. Por ridículo que sea maravillarse de todo, sigue siendo para mí un enigma totalmente irresoluble. Por lo visto, hay que concluir que esas alemanas tienen una memoria extraordinaria y una gran rapidez de reflejos; no obstante, puede que todo se reduzca a que están habituadas a ese trabajo, asimilado desde la más tierna infancia, que sólo se trate, por decirlo así, de un caso de *victoria sobre el trabajo*. En lo que respecta al trabajo propiamente dicho, para un espectador ruso constituye también no poco motivo de asombro. Después de pasar un mes en un hotel (en realidad, no se trata de un hotel, pues aquí cada casa es un hotel, y la mayoría de esos hoteles, excepto algunos de gran tamaño, son simples alojamientos con servicio y pensión, según el precio convenido), estaba admirado con la criada. En el hotel en que me alojaba había doce habitaciones, todas ocupadas, algunas por familias enteras. Todos llaman, todos piden, hay que atender a todo el mundo, satisfacer todas las peticiones, subir corriendo las escaleras varias veces al día; y para ocuparse de todas esas labores, el hotel contaba, por toda servidumbre, con una muchacha de diecinueve años. Y por si eso fuera poco, la patrona la empleaba como chica de los recados, cuando un huésped solicitaba vino para la comida, o necesitaba algún producto de la farmacia o una prenda de la lavandería, o cuando a ella misma le hacía falta algo en la tienda. La patrona era viuda y tenía tres hijos pequeños a los que era menester cuidar, atender, vestir por la mañana para ir al colegio. Cada sábado hay que fregar los suelos de toda la casa y cada día limpiar las

habitaciones, cambiar la ropa de cama y los manteles; y, cada vez que se va un huésped, lavar y limpiar sin falta todo el alojamiento, sin esperar al sábado. Esa muchacha se iba a dormir a las once y media de la noche, y por la mañana la patrona la despertaba con la campanilla a las cinco en punto. Todo es exactamente como lo he contado, no he exagerado nada. Añadid que recibe un sueldo más que modesto, inimaginable en San Petersburgo, y que, además, se le exige que vaya correctamente vestida. Y advertid que no da muestras de sentirse humillada u oprimida: es alegre, bien dispuesta, sana, tiene un aspecto satisfachísimo y actúa con una calma inalterable. No, en nuestro país no se trabaja así; ninguna de nuestras criadas aceptaría ese régimen de trabajos forzados ni por todo el oro del mundo; además, no desempeñaría así sus funciones, sino que tendría cientos de olvidos, derramaría el agua, dejaría de traer cosas, rompería algo, se equivocaría, se enfadaría, «se insolentaría»; mientras que aquí, en un mes entero, no ha habido ni un solo motivo de queja. Encuentro todo eso sorprendente y, en mi condición de ruso, no sé si alabarlo o censurarlo. No obstante, correré el riesgo de alabarlo, aunque haya muchos aspectos que susciten dudas. Aquí todos aceptan su condición y se conforman con ella, sin envidiar a nadie ni sospechar, a lo que parece, que las cosas podrían ser diferentes, al menos en la gran mayoría de los casos. Pero, de todos modos, la manera de trabajar impresiona: un trabajo consolidado, establecido a lo largo de siglos, con un método y unos procedimientos precisos, que se adquieren casi desde el día mismo del nacimiento, de suerte que cada uno sabe cómo ocuparse de su tarea y la *domina* por completo. Aquí todo el mundo sabe cuál es su cometido, aunque es verdad que es lo único que sabe. Lo digo porque así trabajan todos aquí, tanto los criados como los patronos.

Fijaos en un funcionario alemán, en un empleado de correos, por ejemplo. Todo el mundo sabe cómo son los funcionarios rusos, sobre todo los que tienen que atender a diario al público: un tipo enfadado e irritado; y aunque a veces su irritación no se manifiesta de forma visible, está latente y uno puede percibirla mirándole a la cara. Es un personaje altanero y orgulloso, como Júpiter. Es algo que se advierte sobre todo en los chupatintas de ínfima categoría, esos que están detrás de la ventanilla, informan al público, cogen vuestro dinero y os entregan billetes y demás. Fijaos en él, está ocupado, «absorto» en su trabajo: la gente se amontona, se forma una cola, todos tienen prisa por recibir una información, una respuesta, un recibo, un billete. Pero nuestro hombre no os hace el menor caso. Por fin llega vuestro turno; le habláis, pero no os escucha ni os mira: os ha vuelto la espalda y se ha puesto a hablar con un funcionario sentado detrás de él; ha cogido un documento y parece comprobar algo, aunque os asalta la firme sospecha de que está fingiendo y de que no tiene ninguna necesidad de comprobar nada. En cualquier caso, os disponéis a esperar... pero de pronto se levanta y se va. En ese momento suena el reloj: es hora de cerrar. ¡Vayan saliendo, señores! Comparados con los alemanes, nuestros funcionarios trabajan muchas menos horas al día. Grosería, desatención, negligencia, *hostilidad* al público

sólo por ser público y, sobre todo, un jupiterismo mezquino. Necesita demostraros a toda costa que dependéis de él: «A ver si se entera de quién soy: usted está al otro lado de la ventanilla y no puede hacerme nada, pero yo puedo hacer con usted lo que me venga en gana; como me levante la voz, llamo al guardia y lo echo de aquí». Necesita vengarse en alguien de no se sabe qué ofensa, vengarse en vosotros de su propia insignificancia. Aquí, en Ems, en la estafeta de correos, suele haber dos o como mucho tres empleados. Durante los meses de temporada (junio y julio, por ejemplo), los visitantes afluyen por millares, y ya podéis imaginaros el volumen de la correspondencia y las muchas tareas que se acumulan en la estafeta. Exceptuando un par de horas para la comida y demás, los empleados trabajan el día entero. Tienen que recoger el correo, expedirlo, atender a las miles de personas que vienen a preguntar por la *poste restante* o a solicitar información. Para atender a cada cliente el empleado debe rebuscar en montones enteros de cartas; escucha a cada uno, proporciona la información o la aclaración requerida, y todo ello con paciencia, amabilidad, cortesía y, al mismo tiempo, sin menoscabo alguno de su dignidad. Ese insignificante chupatintas se ha convertido en un hombre, en lugar de transformarse de hombre en chupatintas... Cuando llegué a Ems, tardé mucho tiempo en recibir una carta que esperaba con impaciencia, e iba a preguntar todos los días a la *poste restante*. Una mañana, al volver de tomar las aguas, me encontré la carta sobre la mesa. Acababa de llegar, y el empleado, que se acordaba de mi apellido pero no sabía dónde vivía, se había molestado en buscar mi dirección en la lista impresa con los nombres y las señas de todos los viajeros, y me la había hecho llegar por un mensajero, a pesar de que se había enviado a *poste restante*, y todo porque la víspera, cuando había ido a preguntar, había notado mi extrema inquietud. Decidme, ¿habría hecho lo mismo alguno de nuestros empleados?

En cuanto a la perspicacia y la rapidez de reflejos de los alemanes, temas que me han venido a la cabeza al hablar de su forma de trabajar, existen opiniones encontradas. Los franceses, que nunca han sentido la menor estima por los alemanes, los han encontrado siempre y los siguen encontrando un poco cortos de ingenio, aunque no tontos. Perciben en el espíritu alemán una especie de tendencia, en todo momento y circunstancia, a evitar una aproximación directa, y, por el contrario, un deseo constante de recurrir a algo intermedio, a hacer de una sola cosa algo binario, que contenga dos partes diferenciadas. En cuanto a nosotros, los rusos, la torpeza y embotamiento de los alemanes siempre ha dado lugar a multitud de anécdotas, a pesar de todo el respeto que nos merece su cultura. Pero en mi opinión los alemanes tienen una personalidad muy fuerte, un carácter nacional demasiado marcado, incluso altanero, que a veces choca hasta el extremo de causar indignación y que puede llevar a extraer conclusiones erróneas sobre ellos. No obstante, en la vida diaria, sobre todo en el caso de un extranjero recién llegado a Alemania, el alemán puede causar al principio una impresión extraña.

En el trayecto de Berlín a Ems, el tren se detuvo cuatro minutos en una estación.

Era de noche; estaba ya harto de ir sentado y tenía ganas de estirar un poco las piernas y fumarme un cigarrillo al aire libre. Todos los pasajeros dormían y no se apeó nadie más. Suena el timbre y de pronto me doy cuenta de que, con mi distracción habitual, me he olvidado del número de mi vagón, que había cerrado al apearme. Quedaban todo lo más unos segundos, y yo me aprestaba ya a ir en busca del revisor, que estaba en el otro extremo del tren, cuando de pronto oí que alguien me llamaba desde la ventana de un vagón: «¡Pst! ¡Pst!». «Bueno —pensé—, ése es mi vagón.» Y es que los alemanes, en sus pequeños compartimentos, con una capacidad máxima para ocho personas, se observan con mucha atención a lo largo del viaje. El alemán, cuando el tren se detiene en una estación importante, donde puede comer o cenar, no dejará de despertar a su vecino dormido antes de apearse, para que después no se lamente de haberse quedado sin cenar. Por tanto, me imaginé que se trataba de uno de mis compañeros de vagón, que se había despertado y, dándose cuenta de que no había vuelto a mi asiento, me llamaba. Cuando me acerqué, un rostro alemán, con signos de preocupación, se asomó a la ventanilla.

—*Was suchen Sie?* (¿Qué busca usted?)

—Mi vagón. ¿No iba yo con usted? ¿Es éste mi vagón?

—No, éste no es su vagón y usted no iba aquí sentado. Pero ¿cuál es su vagón?

—Pues eso es lo que pasa, que no me acuerdo.

—Yo tampoco sé cuál es su vagón.

Y sólo en el último segundo, puede decirse, apareció el revisor y me mostró el vagón que me correspondía. Seguramente os preguntaréis para qué me llamó y se puso a hacerme preguntas ese alemán. Pero, cuando hayáis pasado algún tiempo en Alemania, no tardaréis en convenceros de que cualquier alemán habría actuado exactamente de la misma manera.

Hará unos diez años estuve en Dresde... Al día siguiente de mi llegada, salí del hotel con intención de dirigirme directamente a la galería de pintura. No me había informado del camino: la galería de pintura de Dresde goza de tanto renombre en el mundo entero que estaba seguro de que cualquier habitante de la clase educada me indicaría el camino. Y hete aquí que, al cruzar una calle, detengo a un alemán con aspecto de persona muy seria e instruida.

—¿Puede hacer el favor de decirme dónde se encuentra la galería de pintura?

—¿La galería de pintura? —dijo el alemán, que se detuvo y se quedó pensativo.

—Sí.

—¿La galería re-al de pintura? (Puso especial énfasis en la palabra «real».)

—Sí.

—No sé dónde está.

—Pero... ¿es que hay aquí alguna otra galería?

—Oh, no, ninguna.

CAPÍTULO TERCERO

II

¿EN QUÉ LENGUA DEBE HABLAR UN PADRE DE LA PATRIA?

Yo le preguntaría a esa mamá si sabe qué es un idioma y cuál es la razón de que se nos haya concedido la palabra. La lengua es, sin discusión, la forma, el cuerpo y el envoltorio del pensamiento (dejemos a un lado la cuestión de definir qué es el pensamiento), y, por decirlo de algún modo, la palabra última y definitiva de la evolución orgánica. De donde se deduce que, cuanto más ricos sean los materiales y las formas que adquiero para expresar mi pensamiento, más feliz seré en la vida, más precisas y comprensibles serán mis razones tanto para mí mismo como para los demás, más facilidades tendré para dominar y vencer; podré decirme más rápidamente a mí mismo lo que quiero decir, lo expresaré con mayor profundidad y con mayor profundidad también comprenderé lo que quería decir; mi espíritu será más fuerte y más sereno y, por supuesto, seré más inteligente. Y otra cosa: ¿sabe la mamá que el hombre, aunque sea capaz de pensar a la velocidad de la electricidad, no piensa nunca tan deprisa, sino con mucha mayor lentitud, aunque mucho más deprisa, por ejemplo, de lo que habla? ¿Por qué pasa eso? Pues porque uno no tiene más remedio que pensar en una lengua. En verdad, podemos no ser conscientes de que pensamos en una determinada lengua, pero así es; y si no pensamos con palabras, es decir, pronunciando palabras al menos mentalmente, cabe decir que pensamos «con la fuerza elemental y fundamental de la lengua» en la que preferimos pensar, si se puede expresar así. Ni que decir tiene que cuanto más rico, flexible y variado sea nuestro conocimiento de la lengua en que hemos decidido pensar, más facilidad, variedad y riqueza habrá en la expresión de nuestro pensamiento. En suma, ¿por qué aprendemos lenguas europeas, francés, por ejemplo? En primer lugar, simplemente para poder leer en francés; en segundo, para hablar con los franceses cuando nos encontremos con ellos; pero no para hablar entre nosotros ni con nosotros mismos. Una lengua prestada, extraña, nunca nos permitirá alcanzar una vida superior, un nivel de pensamiento verdaderamente profundo, por la sencilla razón de que no dejará de ser extraña para nosotros; para eso se necesita la lengua materna, aquella con la que, por decirlo de alguna manera, hemos venido al mundo. Pero ahí es donde estriba la dificultad: hace ya mucho tiempo que los rusos, al menos los rusos de las clases elevadas, en su mayoría, no vienen al mundo con una lengua viva; sólo más tarde adquieren una especie de lengua artificial, de la que casi no se ocupan hasta que van a la escuela, y sólo a través del estudio de la gramática. Ah, naturalmente, con mucha aplicación y diligencia puede uno acabar reeducándose, aprendiendo incluso, hasta cierto punto, el ruso vivo, después de haber venido al mundo con una lengua

muerta. Conocí a cierto escritor ruso, que se ha hecho un nombre, que no sólo llegó a dominar la lengua rusa, de la que no sabía una palabra, sino que aprendió también a conocer al mujik ruso, y más tarde escribió novelas sobre la vida campesina^[51]. Ese caso cómico se ha repetido entre nosotros más de una vez, a veces incluso en proporciones alarmantes; el gran Pushkin, según confesión propia, se vio obligado a reeducarse, y se inició en la lengua y en el espíritu popular gracias, entre otras cosas, a su niñera Arina Rodiónovna. La expresión «aprender la lengua» nos viene especialmente bien, porque los rusos de las clases educadas estamos muy alejados del pueblo, es decir, de la lengua viva («lengua» y «pueblo» son sinónimos en ruso; ¡qué pensamiento tan rico y profundo encierra esa similitud!). No obstante, alguien me dirá que si uno tiene que «iniciarse» en una lengua viva, ¿qué más da que sea en ruso que en francés? Pero la cuestión, precisamente, es que el ruso resulta mucho más fácil a los rusos, a pesar de las institutrices francesas y del ambiente, y es absolutamente necesario que nos aprovechemos de esa facilidad cuando aún estamos a tiempo. Para asimilar la lengua rusa de la manera más natural, sin un esfuerzo especial y no únicamente desde un punto de vista teórico (cuando empleo esa palabra, no me estoy refiriendo sólo, naturalmente, a la gramática escolar), es indispensable que el niño la aprenda de las nodrizas rusas, siguiendo el ejemplo de Arina Rodiónovna, sin albergar ningún temor de que inculquen en el niño diversos prejuicios, como por ejemplo el cuento de las tres ballenas^[52] (¡ah, Señor, como si fuera a creer toda su vida en las tres ballenas!); además, no deben tener miedo de la gente de condición humilde, ni siquiera de la servidumbre, contra quienes algunos instructores previenen tanto a los padres. Luego, ya en la escuela, es imprescindible que el niño aprenda de memoria los monumentos de nuestra lengua, empezando por los tiempos más remotos: las crónicas, las leyendas épicas e incluso algunas obras escritas en eslavo eclesiástico; recalco que todo eso debe aprenderlo de memoria, aunque ese tipo de aprendizaje se considere pasado de moda. Una vez que haya asimilado nuestra lengua materna —es decir, la lengua en la que pensamos— de la mejor manera posible, es decir, lo suficientemente bien para que parezca algo vivo, y que se haya acostumbrado a pensar necesariamente en esa lengua, estará en condiciones de aprovechar nuestro talento natural para aprender y hablar otras lenguas europeas. En realidad, sólo dominando a la perfección ese instrumento inicial, es decir, la lengua materna, estaremos en condiciones de aprender, también a la perfección, una lengua extranjera; no antes. Entonces, sin darnos cuenta, tomaremos de esa lengua extranjera algunas formas de las que nuestra lengua carece y las adaptaremos, también sin darnos cuenta y como sin querer, a las formas de nuestro pensamiento, que de ese modo verá ampliados sus horizontes. No debemos perder de vista un dato significativo: en nuestra lengua, joven y todavía desorganizada, podemos restituir las formas más profundas del espíritu y del pensamiento de las lenguas europeas: todos los poetas y pensadores europeos pueden traducirse y trasladarse al ruso, y algunos se han traducido ya a la perfección. En cambio, muchísimas creaciones de la lengua

popular rusa y buena parte de nuestras obras literarias siguen sin poder traducirse y trasladarse a las lenguas europeas, en especial al francés. No puedo menos de reírme al recordar una traducción (una rareza en nuestros días) de Gógol al francés, hecha a mediados de la década de 1840 en San Petersburgo por el señor Viardot, marido de la famosa cantante, en colaboración con un escritor ruso, hoy justamente célebre, pero que entonces no era más que un joven principiante^[53]. El resultado fue una suerte de galimatías que nada tenía que ver con Gógol. También Pushkin en muchos sentidos es intraducible. Creo que si se intentara traducir una obra como el relato del arcipreste Avakum^[54] saldría otro galimatías, o, mejor dicho, no saldría absolutamente nada. ¿Y por qué? Porque, por mucho que nos cueste decirlo, puede que el espíritu europeo no sea tan variado como el nuestro, sino más cerrado y particular, aunque incomparablemente más preciso y definido en su expresión. Pero si nos cuesta decir algo así, al menos reconozcamos, con esperanza y alegría, que el espíritu de nuestra lengua es, sin discusión, variado, rico, polifacético y universal, ya que, a pesar de sus formas aún desorganizadas, ha sido capaz de transmitir los tesoros y las joyas del pensamiento europeo, y, además —podemos sentirlo—, con exactitud y fidelidad. ¿Cómo podemos privar de semejante «material» a nuestros hijos? ¿Y con qué objeto? Sin duda, para hacerlos desdichados. Despreciamos ese material, lo consideramos un idioma grosero y vulgar, con el que no es conveniente expresar los sentimientos y los pensamientos de la buena sociedad.

A propósito, hace exactamente cinco años que se llevó a cabo entre nosotros la llamada reforma clásica de la enseñanza. Las matemáticas y dos lenguas antiguas, el latín y el griego, fueron reconocidas como las disciplinas más adecuadas para la formación mental e incluso espiritual. No somos nosotros quienes lo hemos reconocido ni quienes lo hemos inventado: es un hecho, un hecho incontestable, como enseña la experiencia secular de toda Europa, que nosotros nos hemos limitado a aceptar. Pero la cuestión es ésta: con el considerable reforzamiento de esas dos lenguas antiguas y de las matemáticas, la enseñanza del ruso ha quedado casi totalmente marginada. Uno se pregunta cómo, con qué medios y con qué material asimilarán nuestros niños las formas de esas dos lenguas antiguas, si se descuida la enseñanza del ruso. ¿Cómo puede pretenderse que el mecanismo de enseñanza de esas dos lenguas (que encima están en manos de profesores checos) basta para formar a nuestros hijos? No se puede sacar partido de ese mecanismo sin proceder paralelamente a una enseñanza muy intensa y profunda de una lengua viva. Toda la fuerza formadora de esas dos lenguas antiguas, de esas dos formas impecables del pensamiento humano, que a lo largo de los siglos han elevado a todo Occidente, antaño bárbaro, a las cumbres supremas del desarrollo y de la civilización, toda esa fuerza, naturalmente, no rendirá sus frutos en nuestra nueva escuela si se descuida el estudio del ruso. ¿O es que nuestros reformadores han considerado que no necesitamos para nada estudiar ruso —excepto, acaso, para aprender dónde debemos colocar la letra *yat*^[55]—, ya que lo sabemos de nacimiento? Pero es el caso que los

rusos de las clases elevadas de la sociedad no sabemos la lengua rusa de nacimiento, y ya desde hace mucho. La lengua viva no hará acto de presencia hasta que nos hayamos fundido completamente con el pueblo. Pero me he apartado de mi propósito; tenía intención de trabar conversación con una mamá y me he puesto a hablar de la reforma educativa y la unión con el pueblo.

Naturalmente, a la mamá todo eso le aburre: agita la mano con indignación y se vuelve con una sonrisa burlona. A la mamá le da igual en qué lengua piensa su hijo, pero si lo hace como un parisino mucho mejor: «Es más elegante, más inteligente y de mejor gusto». Pero no sabe que para eso sería necesario transformarse totalmente en un francés, que con niñeras e institutrices no puede alcanzarse semejante dicha, sólo cubrir la primera etapa del viaje, es decir, dejar de ser ruso. ¡Ah, la mamá no sabe con qué veneno está empozando a su hijo desde que, a los dos años, confió su cuidado a una institutriz francesa! Cualquiera madre y cualquier padre conocen, por ejemplo, una terrible costumbre física infantil, que en algunos desdichados se manifiesta ya a los diez años y que, si no se vigila, puede convertirlos en idiotas, en viejos débiles y decrepitos en plena juventud. Me atrevo a decir con toda claridad que la institutriz —es decir, el francés desde la más tierna infancia, desde el primer balbuceo infantil— es lo mismo, desde un punto de vista moral, que ese terrible hábito desde el punto de vista físico. Las cosas no irán demasiado mal si el niño es tonto por naturaleza o limitado a más no poder; entonces vivirá muy a gusto con el francés, sin tomarse nada en serio, con sus limitadas ideas y su mentalidad de peluquero; y morirá sin darse cuenta de que ha sido un imbécil toda su vida. Pero en el caso de un hombre con aptitudes, de un hombre con ideas en la cabeza y arrebatos de generosidad en el corazón, ¿es posible que sea feliz? Desprovisto del instrumento que le permitiría organizar toda la profundidad de su pensamiento y de sus exigencias espirituales, y con el único bagaje de una lengua muerta, enfermiza, robada, de formas vacilantes, aprendidas, rudimentarias y limitadoras, se consumirá toda su vida en un esfuerzo y una tensión constantes, de índole tanto intelectual como física, para expresarse y dar voz a su alma. (Señor, ¿tanto cuesta entender que no es una lengua viva y natural?) Él mismo descubrirá apenado que su pensamiento es limitado, intrascendente, cínico —cínico precisamente por su limitación—, resultado de las formas insignificantes y anodinas con que ha estado revestido toda su vida; y se dará cuenta, por último, de que hasta su corazón está corrompido. La corrupción puede nacer también de la desilusión. Ah, naturalmente su carrera no se resentirá: todos esos muchachos criados con institutrices han sido designados infaliblemente por sus mamás para convertirse en futuros padres de la patria, y tienen la pretensión de que son imprescindibles. Brillará, dará órdenes, «estimulará»; introducirá nuevos procedimientos y sabrá dar las disposiciones oportunas; en suma, la mayoría del tiempo se sentirá satisfecho de sí mismo, sobre todo cuando pronuncie largos discursos con pensamientos y frases ajenos, en los que habrá *plus de noblesse que de sincérité*^[56]. Y sin embargo, por poco hombre que sea, en conjunto se sentirá

desdichado. Sufrirá siempre de una especie de impotencia, precisamente como esos viejos prematuros a quienes un hábito detestable ha dejado sin fuerzas antes de tiempo. Pero, ay, ¿qué madre me creerá cuando digo que todas esas desgracias pueden tener su origen en la lengua francesa y las institutrices? Presiento que más de una mamá va a decirme que exagero; y sin embargo, en sentido estricto, me he atenido escrupulosamente a la verdad. Por el contrario, me objetarán que es mejor vivir con una lengua extraña, pues la existencia se vuelve más fácil, ligera y agradable, que lo que debe evitarse son justamente esas cuestiones y exigencias de la vida, y que la lengua francesa contribuye precisamente a ello, no tanto como lengua francesa, sino en su condición de lengua extranjera aprendida en lugar de la materna. ¿Cómo? ¿Que ese joven brillante, ese encantador e ingenioso conversador de salón es desdichado? ¿Ése, tan bien vestido, tan bien peinado, tan sano, con una tez tan aristocrática y esa delicada rosa en el ojal? La mamá ríe con condescendencia. Y no obstante, incluso sin eso (es decir, sin educación en francés), la gran mayoría de los rusos instruidos, incluso en nuestros días, no son más que proletarios intelectuales, criaturas sin tierra bajo sus pies, sin suelo ni raíces; un individuo cosmopolita, zarandeado por todos los vientos de Europa. En cuanto a quien se ha criado con niñeras e institutrices, aun en el mejor de los casos, aun suponiendo que sea capaz de pensar y sentir algo, no es más, a fin de cuentas, que un joven muy bien enguantado, que quizá ha engullido ya algunas *ouvrages* de moda, pero cuyo espíritu vaga en unas *ténèbres* eternas y cuyo corazón sólo tiene sed de *argent*. Lo repito: será un padre de la patria, sin duda, alcanzará un alto rango, como no podía ser de otra manera (en nuestro país, los padres de la patria ingresan en la administración con el rango de consejero privado). Y con eso, de momento, la mamá tiene suficiente, pero sólo la mamá...

CAPÍTULO CUARTO

I

¿QUÉ CONTRIBUYE MÁS A NUESTRA CURACIÓN CUANDO TOMAMOS LAS AGUAS, LAS AGUAS MISMAS O LOS BUENOS MODALES?

No voy a describir Ems, entre otras cosas porque disponemos en ruso de descripciones muy detalladas de esa localidad, como por ejemplo el librito del doctor Hirschorn *Ems y sus fuentes medicinales*, editado en San Petersburgo. En esa obra pueden encontrarse todas las informaciones necesarias, desde el poder curativo de las aguas hasta los detalles más ínfimos de la vida en los hoteles, la higiene, los paseos,

el enclave y hasta el público que acude al lugar. En cuanto a mí, soy incapaz de describir todo eso; pero si me viera forzado a hacerlo, ahora que estoy de vuelta en casa, recordaría ante todo un sol radiante, el desfiladero realmente pintoresco en el que se asienta Ems, la enorme aglomeración de gente elegante venida de todo el mundo y mi profunda, profundísima soledad en medio de esa muchedumbre. Y sin embargo, a pesar de ese aislamiento, me gusta esa muchedumbre, aunque es cierto que de un modo particular. Hasta me encontré, en medio de ese gentío, con un conocido ruso, ese mismo *aficionado a las paradojas* que un día, hace ya mucho tiempo, discutiendo conmigo, se puso a defender la causa de la guerra, a la que atribuía toda la justicia y toda la verdad que uno no puede encontrar en la sociedad contemporánea (véase el número de abril del *Diario*). Ya he dicho que su aspecto no puede ser menos marcial y más discreto. Como todo el mundo sabe, los rusos, o, mejor dicho, los petersburgueses, hemos organizado nuestra existencia de tal manera que visitamos y tratamos casi a diario a Dios sabe quién, y, en cambio, aunque no nos olvidamos de nuestros amigos (¿acaso puede un petersburgués olvidarse de alguien o de algo?), nos pasamos tranquilamente sin verlos a veces años enteros. Mi amigo también tomaba las aguas en Ems. Tendrá unos cuarenta y cinco años, quizá algunos menos.

—Tiene usted razón —me dijo—. Uno acaba cogiéndole cariño a esta muchedumbre, aunque sin saber muy bien por qué. En realidad, en todas partes se le coge cariño a la muchedumbre, a la muchedumbre *fashionable*, se entiende, a la flor y nata. Puede uno no tratar con ningún miembro de esa sociedad, pero en conjunto no hay nada mejor en el mundo, al menos por ahora.

—Bueno, vamos...

—No quiero discutir con usted, de verdad —se apresuró a asentir—. Cuando aparezca sobre la faz de la tierra una sociedad mejor y la gente acepte vivir de un modo, digamos, más razonable, no querremos mirar siquiera a la sociedad actual, no querremos ni acordarnos de ella, como no sea para dedicarle dos palabras en la historia universal. Pero, de momento, ¿puede imaginarse usted algo mejor en su lugar?

—¿Cómo no va a ser posible imaginar algo mejor que esa muchedumbre ociosa de personas acomodadas que, si no se amontonaran para tomar las aguas, seguramente no sabrían qué hacer, en qué ocupar el día? Ciertamente es posible encontrar, en medio de esa muchedumbre, algunos individuos interesantes, pero en conjunto... en conjunto no sólo no merece ninguna clase de elogio especial, sino ni siquiera ninguna atención especial.

—Habla usted como un misántropo incorregible o como alguien que simplemente sigue la moda. Afirma usted: «No sabrían qué hacer ni en qué ocupar el día». Pero créame si le digo que todos tienen sus asuntos y que éstos son de tal naturaleza que uno podría ocupar en ellos, no ya el día entero, sino toda la vida. No puede culpárseles de que no hayan sabido hacer de la vida un paraíso y de que sufran por

ello. En lo que a mí respecta, me gusta ver cómo ríen aquí todos esos sufridores.

—¿Ríen porque lo exige la cortesía?

—Ríen por la fuerza de la costumbre, que los abrumba y les obliga a tomar parte en el juego del paraíso, si quiere usted llamarlo así. No creen en el paraíso, participan en ese juego de mala gana, pero juegan de todos modos y eso les distrae. La costumbre es muy poderosa. Incluso hay algunos que han acabado tomándosela totalmente en serio; y mejor para ellos, sin duda: ya están en el verdadero paraíso. Si los amase usted a todos (y está obligado a amarlos), debería alegrarse de que puedan descansar y olvidarse, aunque sólo se trate de un espejismo.

—¿Se burla usted? ¿Y por qué estoy obligado a amarlos?

—Pues porque es la humanidad, no hay otra. ¿Y cómo no va a amar uno a la humanidad? Desde hace diez años es imposible no amar a la humanidad. Aquí hay una dama rusa que ama mucho a la humanidad. Y le aseguro que no me estoy burlando. En fin, para acabar de una vez con este tema, le diré claramente, a modo de conclusión, que cualquier sociedad de buen tono, cualquier muchedumbre *fashionable* como ésta, tiene algunas cualidades positivas. Por ejemplo: cualquier sociedad *fashionable* tiene la ventaja de que, aunque sea de modo caricaturesco, se aproxima más a la naturaleza que cualquier otra, incluso las agrícolas, que en su mayor parte siguen viviendo de espaldas a la naturaleza. Y no estoy hablando de las fábricas, de los ejércitos, de las escuelas, de las universidades: todo eso es el colmo de lo antinatural. Mientras que estas personas son las más libres, porque son las más ricas, y, por tanto, al menos pueden vivir como se les antoje. Ah, desde luego sólo se aproximan a la naturaleza en la medida en que la decencia y el buen tono lo permiten. Expansionarse, abrirse, salir al encuentro de la naturaleza con los brazos abiertos, acoger de ese modo ese rayo dorado de sol que brilla para nosotros, pecadores, en el cielo azul, sin considerar si nos lo merecemos o no... no cabe duda de que sería indecoroso, al menos en la manera en que lo haríamos nosotros dos o algún poeta: el pequeño candado de acero del buen tono está suspendido sobre cada corazón y cada espíritu, como siempre. Sin embargo, no hay más remedio que admitir que el buen tono ha dado un pequeño paso en el camino del acercamiento a la naturaleza, no sólo en nuestro siglo, sino incluso en nuestra generación. Después de muchas observaciones, puedo afirmar con rotundidad que, cuanto más avanza nuestro siglo, más se comprende y se acepta que el contacto con la naturaleza es la última palabra de cualquier progreso, de la ciencia, de la razón, del sentido común, del buen gusto y de los modales distinguidos. Entre y piérdase en esa muchedumbre: verá alegría y jovialidad en sus rostros. Todos se dirigen la palabra con gran gentileza, es decir, con una cortesía fuera de lo común; todos se muestran amables y sumamente contentos. Se diría que toda la felicidad de ese joven con la rosa en el ojal consiste en entretener a esa gruesa señora cincuentona. Y en realidad, ¿qué le obliga a afanarse en distraerla? ¿Acaso desea en verdad su alegría y su felicidad? Por supuesto que no; probablemente tiene sus razones para desvivirse de ese modo, razones particulares y

muy personales que no son de nuestra incumbencia, pero lo más importante es que probablemente se sienta obligado por el buen tono, sin que haya ninguna razón particular y privada, lo que constituye ya en sí un hecho de una importancia extraordinaria, pues demuestra hasta qué punto el buen tono, en nuestra época, puede imponerse incluso a la naturaleza salvaje de un joven. La poesía produce Byrones, y éstos sus Corsarios, sus Childe Harolds, sus Lauras; pero fíjese el poco tiempo que ha pasado desde su aparición y todos esos personajes han sido rechazados ya por el buen tono, que los ha calificado como la peor compañía, y con mucha más razón a nuestro Pechorin y al prisionero del Cáucaso^[57], que se han revelado como el colmo del mal gusto, meros funcionarios petersburgueses que han tenido un breve instante de éxito. ¿Y por qué han sido rechazados? Pues porque esos personajes son verdaderamente malos, impacientes y se ocupan sólo de sí mismos, sin ningún disimulo, con lo que destruyen la armonía del buen tono, cuya principal premisa consiste en fingir que cada uno vive para todos y todos para cada uno. Mire, ahí traen unas flores: ramos para las señoras y rosas sueltas para que los caballeros las luzcan en el ojal. ¡Fíjese qué rosas, tan cuidadas, tan selectas, rociadas con agua! Jamás una muchacha del campo ha escogido y cortado algo tan exquisito para el joven galán al que ama. Y sin embargo, esas rosas se venden por cinco y diez groschens la pieza, y la muchacha de los campos no ha tocado nunca nada igual. La edad de oro está por venir; en cuanto a la nuestra, es la edad del comercio; pero ¿qué más le da a usted? ¿Qué le importa? Adornan, son hermosas, y la escena parece casi digna del paraíso. ¿Es que no da lo mismo una escena «digna del paraíso» que otra «casi digna del paraíso»? Y fíjese usted en el buen gusto y en la probidad de la idea. Dígame, ¿qué puede armonizar mejor con las aguas, es decir, con la esperanza de curación, con la salud, que unas flores? Las flores son la esperanza. ¡Cuánto gusto encierra ese pensamiento! Acuérdesse usted de la Escritura: «No os preocupéis del vestido, considerad las flores del campo; Salomón, en toda su gloria, no iba vestido como ellas; con más razón Dios os vestirá». No las recuerdo con exactitud, pero ¡qué palabras tan hermosas^[58]! Encierran toda la poesía de la vida, toda la verdad de la naturaleza. Pero, mientras la verdad de la naturaleza se impone y los hombres, con sencillez y corazón alegre, se coronan unos a otros con las flores de un sincero amor humano, todo eso se compra y se vende por cinco groschens, sin incluir el amor. Y vuelvo a decirle, ¿no le da a usted lo mismo? En mi opinión, hasta es más cómodo, porque, en verdad, hay algunos amores que le hacen a uno salir huyendo, ya que exigen demasiado reconocimiento, mientras que aquí sacas unos groschens y asunto concluido. En realidad, gozamos de algo muy semejante a una edad de oro y, a poco que tenga una imaginación, con eso basta. Sí, la riqueza contemporánea debe fomentarse, aunque sea a expensas de los demás. Proporciona lujo y buen tono, cosas que el resto de la humanidad no puede darme. Aquí puedo contemplar un cuadro exquisito que me alegra, y por la alegría siempre hay que pagar. La alegría y la jovialidad siempre han costado más que nada, y sin embargo, yo, un hombre pobre, sin dispendio alguno,

puedo participar también en la alegría general, al menos de una manera vicaria. Fíjese: suena la música, la gente ríe, las señoras van vestidas como nadie se vistió nunca en tiempos de Salomón; y, aunque todo eso sea un espejismo, tanto a usted como a mí nos alegra; por último, hablando con toda franqueza, ¿acaso soy yo un hombre decente? (Me refiero sólo a mí mismo.) Pero, gracias a las aguas, estoy aquí codeándome con la flor y nata de la sociedad. ¡Y con qué apetito irá usted ahora a degustar su abominable café alemán! A eso es a lo que yo llamo el aspecto positivo de la buena sociedad.

—Bueno, no hace usted más que burlarse, y con argumentos nada nuevos.

—Me estoy burlando; pero, dígame, ¿ha mejorado su apetito desde que vino a tomar las aguas?

—Oh, sí, bastante.

—Eso significa que el aspecto positivo del buen tono es tan poderoso que actúa incluso sobre el estómago.

—Perdóneme, pero eso es efecto de las aguas, no del buen tono.

—Y sin duda también del buen tono. Hasta el punto de que no es posible saber a qué se debe principalmente el efecto de las aguas, si a las aguas mismas o al buen tono. Hasta los médicos locales dudan a qué conceder la primacía. En general, es difícil medir el enorme progreso que ha experimentado la medicina en nuestra época: ha llegado al punto de tener ideas, cuando antes sólo tenía medicamentos.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

GENTE ANTICUADA

«Cualquier pensamiento elevado y unificador, cualquier sentimiento verdadero que facilite la unión de todos, constituye la mayor felicidad de la vida de una nación. Esa felicidad nos ha caído a nosotros. No podíamos dejar de sentir plenamente nuestro creciente acuerdo, la clarificación de muchos malentendidos pasados, el reforzamiento de nuestra conciencia.»

Eso es lo que decía en el artículo final del número de agosto de mi *Diario*, y creo que no estaba equivocado. Un genuino sentimiento unificador es en verdad una felicidad en la vida de una nación. Si me he equivocado en algo, ha sido, acaso, en haber exagerado un tanto el grado de nuestro «creciente acuerdo» y de «nuestra conciencia». Pero ni siquiera en ese punto estoy dispuesto a ceder. A quienquiera que ame a Rusia hace tiempo que le duele en el alma la desunión que se observa entre las capas altas y las clases humildes —el pueblo y la vida popular—, que es un hecho cierto del que nadie puede dudar. Pues bien, esa desunión se ha desvanecido y se ha debilitado parcialmente, gracias, en mi opinión, a ese movimiento en favor de la cuestión eslava que ha sacudido este año toda Rusia. Desde luego, no podemos suponer que nuestra ruptura con el pueblo se haya superado y subsanado del todo. Sigue estando presente y subsistirá mucho tiempo, pero momentos históricos como los que hemos vivido este año contribuyen sin ninguna duda a «acrecentar nuestro acuerdo y a aclarar nuestros malentendidos»; en una palabra, contribuyen, por un lado, a que tengamos una mejor comprensión del pueblo y de la vida rusa y, por otro, a que el propio pueblo tenga un conocimiento más preciso de esos hombres extraños, a los que considera extranjeros y no rusos, de los «señores», como nos sigue llamando hasta la fecha.

Hay que reconocer que el pueblo, también en esta ocasión, en ese movimiento que ha afectado a todos los rusos este año, se ha mostrado más razonable, más preciso y más claro que muchos miembros de nuestra clase intelectual. El pueblo ha hecho gala de un sentimiento espontáneo, sencillo y poderoso, de un criterio firme y, sobre todo, de una unanimidad y una armonía sorprendentes. Ni siquiera se ha planteado las siguientes cuestiones: «¿Por qué hay que ayudar precisamente a los eslavos? ¿Se les debe ayudar? ¿A quién debemos ayudar más y a quién negar toda clase de ayuda? ¿No comprometeremos de algún modo nuestros valores morales y perjudicaremos

nuestro propio desarrollo cívico si vamos demasiado lejos en la ayuda? Por último, ¿con quién vamos a luchar y por qué es necesario que luchemos?», etc., etc. En suma, los millares de interrogantes que ponderó nuestra clase intelectual, sobre todo ciertos sectores selectos de esa clase, aquellos que siguen mirando al pueblo con desdén, despreciándolo desde lo alto de su educación europea (a veces completamente imaginaria); es en esos «círculos selectos» donde surgieron disonancias bastantes notables, inseguridad de criterios, una extraña incomprensión a veces de los hechos más sencillos, una vacilación casi ridícula sobre lo que debe y no debe hacerse, etc. «¿Debemos o no debemos ayudar a los eslavos? Y, en caso afirmativo, ¿por qué debemos ayudarlos? ¿Y por qué razón es más moral y más atractivo ayudarlos: por esta o por esa otra?» Todas esas cuestiones, llevadas a veces hasta la extravagancia, acabaron planteándose, se oyeron en las conversaciones, se plasmaron en hechos, se reflejaron en la literatura. Pero sobre esa cuestión no he leído nada más sorprendente que el artículo que apareció en el número de septiembre de este año de *El Mensajero de Europa*, en la sección titulada «Noticias de nuestro país». El artículo versa precisamente sobre el actual movimiento en favor de la ayuda fraternal a los eslavos oprimidos, cuestión que se esfuerza por analizar con la mayor profundidad posible. El pasaje de ese artículo que se ocupa del pueblo y de la sociedad rusos no es muy largo —cuatro o cinco páginas—, así que me permitiré seguir esas páginas por orden, aunque, naturalmente, sin citarlo de manera íntegra. En mi opinión, esas páginas son sumamente curiosas y constituyen, por decirlo así, un documento a su modo. El fin que persigo se revelará por sí mismo al final de la labor de la que paso a ocuparme, de suerte que ni siquiera será necesario, creo, extraer ninguna moraleja particular.

Por lo demás, a título de breve advertencia, observaré tan sólo que el autor del artículo pertenece, sin ningún género de dudas, a ese occidentalismo teórico ya rancio que, hace un cuarto de siglo, constituía en nuestra sociedad, por decirlo de alguna manera, el cenit de nuestras fuerzas intelectuales, pero que, en los tiempos que corren, ha envejecido tanto que resulta bastante arduo encontrarlo en un estado de prístina pureza. Son, en cierto modo, los vestigios, los últimos mohicanos de ese europeísmo ruso teórico que se ha apartado del pueblo y de la vida; aunque en su momento esos europeístas tuvieron su razón de ser, no han dejado tras de sí, aparte de un beneficio muy particular, más que una extraordinaria cantidad de nocivas necedades, basadas en juicios preconcebidos, cuyos efectos perniciosos siguen dejándose sentir en nuestros días. La principal utilidad histórica de esas personas ha sido de carácter negativo y puede cifrarse en el extremismo de sus deducciones y de sus juicios inapelables (pues eran tan arrogantes que sólo podían pronunciar juicios inapelables), y en esos límites extremos a que los llevaban sus teorías exaltadas. Ese radicalismo contribuía involuntariamente a despejar las mentes y a impulsar una vuelta al pueblo, una unión con el pueblo. Ahora, después de ese cuarto de siglo y de una multitud de datos nuevos, entonces insospechados, adquiridos mediante el estudio práctico de la vida rusa, esos «últimos mohicanos» de las viejas teorías

asumen, lo quieran o no, un aspecto cómico, pese a la exagerada dignidad de su porte. Su rasgo más ridículo es su persistencia en seguir considerándose jóvenes, guardianes únicos y, por decirlo de alguna manera, «indicadores» de los caminos que, según ellos, debe seguir la verdadera vida rusa. Pero se han apartado tanto de esa vida que ya no son capaces de reconocerla, de suerte que viven en un mundo totalmente ficticio. Por eso resulta de lo más curioso y edificante, en un momento de intensa animación social, comprobar hasta qué punto ese europeísmo teórico se ha separado artificialmente del pueblo y de la sociedad, hasta qué punto sus criterios y sus conclusiones —en un momento extraordinario de la vida social—, aunque arrogantes y altaneros como siempre, son en el fondo débiles, inseguros, oscuros y equivocados, cuando se los compara con las claras, sencillas, firmes e inquebrantables convicciones de la razón y el sentimiento populares. Pero volvamos al artículo de marras.

No obstante, es necesario hacer justicia a su autor, que reconoce, es decir, admite reconocer, el movimiento, tanto del pueblo como de la sociedad, en favor de los eslavos; y lo reconoce incluso con bastante sinceridad. ¡Naturalmente, sería el colmo que no lo reconociera...! Pero, en cualquier caso, para un «europeísta» chapado a la antigua como nuestro autor, no es poco mérito. No obstante, se muestra como descontento de algo; por alguna razón, no le gusta el movimiento que ha surgido. Ciertamente que no dice abiertamente que no le guste, pero refunfuña y critica los detalles. Soy de la opinión de que Granovski^[59], uno de los primeros y más puros representantes de nuestro occidentalismo teórico, que en sus tiempos escribió también de la cuestión de Oriente y del movimiento nacional —que sólo tiene algunos aspectos comunes con el actual— vinculado con la guerra de 1854-1856 (véase mi artículo sobre Granovski en el número de agosto de mi *Diario*); soy de la opinión, digo, de que Granovski también estaría descontento del actual movimiento nacional; naturalmente, preferiría ver a nuestro pueblo tal como era antaño, como una masa inmóvil e inerte, en vez de manifestándose en formas no del todo desarrolladas, primitivas, por decirlo de alguna manera, e inapropiadas para nuestro siglo europeo. En general, todos esos viejos teóricos del pasado amaban al pueblo (aunque no resulta fácil darse cuenta), pero lo amaban sólo en teoría, es decir, en las representaciones de sus sueños y bajo las formas en que deseaban verlo, lo que es tanto como decir que no lo amaban en absoluto. No obstante, hay que decir en su descargo que nunca conocieron al pueblo, ni juzgaron necesario conocerlo o tratarlo. No puede decirse que *distorsionaran los hechos*, sino sencillamente que no comprendían nada, de suerte que muchas, muchísimas veces, atribuían el oro más puro del espíritu y el pensamiento del pueblo ruso, sus sentimientos más profundos y sinceros, a vulgaridad, ignorancia y obtusa necesidad. En cuanto el pueblo adoptaba aspectos y actitudes que no estaban en plena consonancia con lo que a ellos les hubiera gustado (y su ideal, en su mayor parte, era el populacho parisino), eran capaces de rechazarlo de plano. «Ante todo hay que descartar la idea de que se trata

de una guerra santa —exclama Granovski en su folleto sobre la cuestión de Oriente —; en nuestros días, nadie se levantará para participar en una cruzada (no va con la época) ni se movilizará para liberar el Santo Sepulcro», etc., etc. Las mismas razones aduce el teórico de *El Mensajero de Europa*: tampoco a él le gustan esos principios y arremete contra ellos. Le disgusta muchísimo, por ejemplo, que nuestro pueblo y nuestra sociedad contribuyan a una causa que no es de su agrado. Le gustaría ver un criterio más ilustrado, más acorde con nuestra época, por decirlo de algún modo. Pero hemos vuelto a apartarnos de nuestro propósito.

Omitamos el comienzo de ese pasaje del artículo en el que se analiza el movimiento ruso en favor de los eslavos, comienzo muy característico en su género, pero no podemos detenernos en cada línea. Esto es lo que dice el autor un poco más adelante.

II

A LA MANERA DE KIFA MOKIÉVICH^[60]

Sin embargo, no puede negarse que entre las múltiples opiniones sobre esta cuestión que han aparecido en nuestros periódicos, ha habido algunas bastante extrañas y desprovistas de tacto; dejando a un lado aquellas en las que se advierte el deseo excesivo del escritor de poner de relieve su personalidad, pues eso carece de importancia, debemos señalar las que analizan los sentimientos de los ciudadanos rusos que no son de nacionalidad rusa. Por desgracia, todavía no hemos abandonado esa mala costumbre; ahora bien, la naturaleza misma de la cuestión que nos ocupa exigía una especial prudencia con respecto a todas las nacionalidades que forman parte del conjunto de la nación rusa. Señalemos también que, de una manera general, no conviene dar al movimiento en favor de los eslavos un carácter demasiado confesional, hablando a cada momento de «nuestros correligionarios». Para animar a la sociedad rusa a ayudar a los eslavos basta con invocar las razones que pueden unir a todos los ciudadanos rusos, prescindiendo de aquellas que pueden dividirlos. Si explicamos nuestra simpatía por los eslavos recurriendo principalmente al hecho de que son nuestros correligionarios, ¿qué actitud vamos a adoptar con aquella parte de nuestra población musulmana que se ponga a recaudar fondos en favor de los turcos o exprese su deseo de unirse al ejército turco...? Los disturbios que han estallado en algunas localidades del Cáucaso deben recordarnos que el gran ruso ortodoxo forma parte de una familia, que no es el único hijo de Rusia, aunque sí el de más edad.

Bastaría este solo pasaje para demostrar hasta qué punto el europeísmo teórico de ciertos «señaladores de caminos», chapados a la antigua y perseverantes en su terquedad, se ha apartado del sentido común y a qué grado pueden llegar sus elucubraciones a lo Kifa Mokiévich. El autor nos anonada y se atormenta él mismo con cuestiones que sorprenden por su carácter artificioso y afectado, teórico e irreal, y, sobre todo, por su absoluta y sorprendente intrascendencia. «Si recaudamos fondos para nuestros correligionarios, ¿qué actitud vamos a adoptar con aquella parte de nuestra población musulmana que se ponga a reunir fondos para los turcos o exprese su deseo de unirse al ejército turco?» Pero vamos a ver, ¿cabe hacer una pregunta así? ¿Y puede haber alguna vacilación en la respuesta? Cualquier ruso sencillo y con sentido común os dará en el acto la respuesta más precisa. Y no sólo cualquier ruso,

sino cualquier europeo, cualquier norteamericano nos dará la respuesta más clara; aunque el europeo, antes de responder, nos miraría lleno de asombro. En ese sentido, y de una manera general, señalaremos que, con harta frecuencia, nuestro occidentalismo ruso, es decir, nuestro europeísmo, al arraigar en tierra rusa, ha ido adquiriendo poco a poco matices que no son nada europeos, de suerte que alguna idea europea, trasplantada a nuestro país por ciertos «señaladores de caminos», a veces se vuelve totalmente irreconocible, tanto se desfigura al entrar en el torrente de las teorías rusas y al aplicarse a la vida rusa, que, por añadidura, el teórico en cuestión ignora totalmente y ni siquiera considera necesario conocer. Así que, ya veis, «qué actitud vamos a adoptar con aquella parte de nuestra población musulmana que...», etc. Pues muy fácil: en primer lugar, si estamos en guerra con los turcos y nuestros tártaros, por ejemplo, empiezan a ayudar a los turcos enviándoles dinero o engrosando sus ejércitos, antes incluso de que la sociedad se manifieste al respecto, creo que el gobierno los trataría como traidores al Estado y, desde luego, sabría pararlos a tiempo. Pongamos que no se ha declarado la guerra, pero los turcos empiezan a degollar eslavos, que cuentan con la simpatía de todos los rusos; en tal caso, si los musulmanes de Rusia se propusieran ayudar a los turcos con dinero o con hombres, ¿pensáis que habría un solo ruso que no se sentiría ofendido e indignado...? Parece usted pensar que todo el problema consiste en el carácter confesional de las contribuciones; es decir, si los rusos ayudan a los eslavos *en calidad de correligionarios*, ¿cómo puede prohibirse a los tártaros rusos, sin conculcar la igualdad de derechos cívicos ni el sentido de la equidad, que asistan de la misma manera a sus correligionarios turcos? Al contrario, pueden hacerlo y tienen todo su derecho, por la sencilla razón de que el ruso, al ayudar al eslavo contra los turcos, no tiene ninguna intención de convertirse en enemigo de los tártaros ni de declararle la guerra, mientras que el tártaro, al ayudar al turco, rompe con Rusia, se convierte en traidor a su patria y, al unirse al ejército turco, le declara directamente la guerra. Además, cuando yo, en mi condición de ruso, entrego mi donativo en favor del eslavo que está en guerra con el turco, incluso cuando lo hago en calidad de correligionario, no estoy deseando su victoria sobre el turco porque este último sea musulmán, sino simplemente porque degüella eslavos, mientras que el tártaro se pasa a las filas del turco sólo porque yo soy cristiano y supuestamente deseo acabar con el islam, cuando yo no pretendo tal cosa, sino sólo defender a mis correligionarios... Al ayudar al eslavo, no sólo no estoy atacando la fe del tártaro, sino que ni siquiera presto atención a que el turco sea musulmán: que sea todo lo musulmán que quiera, mientras deje en paz al eslavo. Llegados a este punto, habrá quien diga: «Basta que respaldes a tu correligionario en su lucha contra los turcos para que vayas contra el tártaro ruso y contra su fe, porque entre ellos está vigente la *shariah* y el sultán es el califa de todos los musulmanes. Según el Corán, el *raia*^[61] no puede ser libre ni gozar de los mismos derechos que el musulmán; al ayudarlo a ponerse en pie de igualdad, el ruso, a ojos de cualquier musulmán, no sólo va contra los turcos, sino también contra todo el

islam». Pero en tal caso el instigador de la guerra religiosa será el tártaro, no yo; y convendréis conmigo en que se trata de una objeción de una índole muy distinta, y aquí ya no valen triquiñuelas ni artimañas de ningún tipo... ¿De verdad piensa usted que todo el mal estriba en la religión común? ¿Se figura que si yo ocultase al tártaro que estoy ayudando al eslavo porque es mi correligionario y pretendiera, por el contrario, que lo ayudo movido por cualquier otro principio, por ejemplo, porque está oprimido por el turco y carece de libertad —«bien supremo de los hombres»—, el tártaro me creería? Al contrario, me atrevo a asegurar que, a ojos de cualquier musulmán, ayudar a un *raia* contra un musulmán, cualquiera que sea el pretexto que se invoque, es exactamente lo mismo que ayudar a un *raia* en nombre de la fe. ¿Es que no lo sabía usted? Y sin embargo, ha escrito usted ni más ni menos: «Para animar a la sociedad rusa a ayudar a los eslavos basta con invocar las razones que pueden unir a todos los ciudadanos rusos, prescindiendo de aquellas que pueden separarlos...». Al escribir eso, está usted pensando en la unidad de la fe como motivo de división y en los musulmanes rusos, como se apresura a aclarar. Propone usted «la lucha por la libertad» como el pretexto o «motivo» mejor y más elevado, según su expresión, para las contribuciones rusas en favor de los eslavos; y por lo visto, está usted absolutamente convencido de que «la lucha de los eslavos por la libertad» agradaría muchísimo al tártaro y borraría de su ánimo cualquier rastro de inquietud. Pero vuelvo a asegurarle que para el musulmán ruso —si es de los que están dispuestos a ayudar a los turcos—, todos los motivos son iguales y que, independientemente de la razón que se invoque para iniciar la guerra, a sus ojos será siempre una guerra religiosa. En cualquier caso, el ruso no tiene la culpa de que el tártaro piense de esa manera...

III

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Me molesta mucho tener que extenderme tanto. Si hubiera alguna posibilidad de guerra entre Francia y Turquía, y los musulmanes dependientes de Francia —los árabes de Argelia— dieran muestras de agitación ante esa perspectiva, ¿pensáis que los franceses no los reprimirían en el acto de la manera más enérgica? ¿Es que iban a andarse con ceremonias y a ocultar vergonzosamente sus «motivos» mejores y más nobles para que los musulmanes no se sintieran ofendidos y ultrajados de alguna manera? Escribe usted una lección moral para Rusia entera empleando palabras llenas de majestad: «La agitación que se ha manifestado en ciertas localidades del Cáucaso (anoto, de pasada, que usted mismo reconoce que ha habido disturbios) debe recordarnos que el gran ruso ortodoxo forma parte de una familia, que no es el único hijo de Rusia, aunque sí el de más edad». Admitamos que son unas palabras majestuosas, pero ¿qué puede hacer el gran ruso en caso de que realmente se

produzcan disturbios en el Cáucaso? ¿Qué culpa tiene el hijo mayor de la familia si el musulmán del Cáucaso, el hijo menor, es tan quisquilloso con respecto a su fe y se figura que, cuando el hermano mayor marcha contra el turco, se posiciona también contra él y contra todo el islam...? Teme usted que «el hermano mayor de la familia» (el gran ruso) hiera de alguna manera los sentimientos del hermano menor (tártaro o caucásico). ¡Qué preocupación tan humana y llena de consideraciones elevadas! Subraya usted que el gran ruso ortodoxo no es «el único hijo de Rusia, aunque sí el de más edad». Pero, permítame, ¿a qué se refiere usted? La tierra rusa pertenece a los rusos, *nada más* que a los rusos; es una tierra rusa, *no hay en ella ni un grano de tierra tártara*. Los tártaros, antiguos opresores de la tierra rusa, no son más que intrusos. Pero los rusos, al subyugarlos, recuperar la tierra que les habían quitado y conquistarlos, no se vengaron del tártaro por los doscientos años de martirio; no lo humilló como el turco musulmán humilló y atormentó al *raia*, que no le había causado nunca ningún daño; al contrario, le concedió derechos civiles iguales a los suyos y lo situó en una posición de igualdad que probablemente no tiene parangón en los países más civilizados de Occidente, tan ilustrado según usted. Hasta es posible que el musulmán ruso haya gozado a veces de mayores privilegios que el propio ruso, que el propietario y dueño de la tierra rusa... El ruso jamás ha humillado la fe del tártaro, jamás lo ha oprimido ni lo ha perseguido; y créame cuando le digo que en ningún país de Occidente, ni del mundo entero, encontrará usted una tolerancia tan amplia y tan humana como en el alma de un verdadero ruso. Créame también cuando afirmo que es más bien el tártaro quien desea mantenerse al margen del ruso (en virtud, precisamente, de su fe musulmana) y no el ruso del tártaro. Cualquier persona que haya vivido cerca de los tártaros se lo confirmará. En cualquier caso, el dueño de la tierra rusa es el ruso (gran ruso, pequeño ruso y ruso blanco viene a ser lo mismo) y siempre será así; y si el ruso ortodoxo juzga necesario declarar la guerra a los musulmanes turcos, tenga usted la seguridad de que nunca permitirá que en su propia tierra nadie le ponga un *veto*. Y en cuanto a eso de andarnos con tales remilgos con los tártaros, hasta el punto de no atrevernos siquiera a manifestar ante ellos los sentimientos más nobles y espontáneos, que no pueden ofender a nadie — sentimientos de compasión por el eslavo martirizado, aunque sea en condición de correligionarios—, y además disimular todo lo que constituye nuestra misión, nuestro futuro y, sobre todo, nuestro deber, es una exigencia ridícula y humillante para un ruso... ¿Cómo voy a ofender al tártaro por sentir compasión por mi fe y por mis correligionarios? ¿En qué agravio su religión? ¿Qué culpa tengo yo si, según sus ideas, cualquier guerra contra el turco adquiere inevitablemente un carácter confesional? El ruso no puede modificar los conceptos fundamentales de todo el islam. Dice usted: «Venga, actuemos con delicadeza, andémonos con tapujos, procuremos no ofenderlos...». Pero, permítame, si el musulmán es tan susceptible, ¿no le ofenderá también que en la calle en la que se alza su mezquita haya una iglesia ortodoxa? ¿No será mejor quitarla de allí para que no se ofenda? ¿Y no debería el

ruso marcharse de su propio país? ¿No debería meterse debajo de la mesa, donde nadie lo vea ni lo oiga, por la sencilla razón de que su hermano menor, el tártaro, vive en la tierra rusa?...

Ha hablado usted de «cuestionar». «Debemos señalar aquellos artículos aparecidos en los periódicos rusos en los que *se cuestionan* los sentimientos de los ciudadanos rusos que no son de nacionalidad rusa. Por desgracia, esa mala costumbre persiste aún entre nosotros; ahora bien, la naturaleza del caso que nos ocupa exige una particular prudencia en relación con todas las nacionalidades que forman la población general de Rusia.» ¿Qué costumbre es ésa? Me atrevo a asegurarle que no es más que una nota falsa del viejo liberalismo teórico, que ni siquiera sabe aplicar con sensatez una idea liberal importada de Europa. No, señor, ni usted ni yo somos quienes para enseñar al pueblo tolerancia religiosa ni para darle lecciones de libertad de conciencia. Sobre ese particular es él quien tiene algo que enseñarle a usted, así como a toda Europa. En cualquier caso, habla usted de los periódicos, de la prensa rusa. Y, dígame, ¿dónde está ese cuestionamiento? ¿Y cuál es esa *costumbre* tan arraigada de la que tanto se lamenta usted? ¿La costumbre de cuestionar de nuestra literatura? Pero también eso es una fantasía del liberalismo teórico que no se compadece con la realidad. Le aseguro a usted que nuestra literatura nunca ha denunciado a nadie por su fe, ni siquiera por ciertos sentimientos de patriotismo local. Y si alguna vez se han dado casos aislados, son tan raros y excepcionales que hasta avergüenza y sonroja convertirlos en regla general: «Esa costumbre persiste todavía entre nosotros». Además ¿de qué denuncia o cuestionamiento estamos hablando? Hay unos hechos de los que es imposible no hablar. No sé a qué artículos se refiere usted ni a qué comentarios alude. Recuerdo haber leído alguna información sobre los disturbios causados por el incipiente fanatismo en el Cáucaso; usted mismo acaba de definir esos disturbios como *hechos irrefutables*. También se dice que predicadores del fanatismo, procedentes de Turquía, han penetrado en Crimea; pero no voy a entrar a discutir si esos disturbios se han producido o no, porque no lo sé con certeza. Sólo me gustaría hacerle una pregunta: si un periódico informara de tales rumores o incluso hechos, ¿podríamos afirmar que «está cuestionando los sentimientos de la población no ortodoxa»? Supongamos que esos disturbios se hayan producido, ¿cómo vamos a silenciarlos, y mucho menos en un periódico, cuya misión consiste en informar al público de tales sucesos? Al actuar de ese modo, está previniendo de un peligro. Si nos callamos y permitimos que los acontecimientos sigan su curso, es decir, que el fanatismo gane terreno, tanto los fanáticos como los rusos que viven cerca pagarán las consecuencias. Si un periódico publicara *deliberadamente* informaciones falsas con intención de formular una *acusación* al gobierno y fomentar una persecución, entonces, naturalmente, podríamos hablar de cuestionamiento y denuncia, pero si los hechos son ciertos, ¿por qué tenemos que guardar silencio? Además, ¿quién ha perseguido en Rusia a la población no ortodoxa por su fe, por sus «sentimientos religiosos» e incluso simplemente por sus sentimientos, en la acepción

más amplia del término? Al contrario, en ese sentido incluso hemos dado muestras de excesiva debilidad, a diferencia, por ejemplo, de lo que ha sucedido en los Estados más ilustrados de Europa. En lo que respecta a los sentimientos religiosos, en la actualidad casi nadie persigue a nuestros propios cismáticos, y con mayor razón a los seguidores de otras confesiones; y si en los últimos tiempos se han producido algunas persecuciones aisladas y excepcionales contra los *stundistas*^[62], en seguida han sido condenadas en los términos más duros por toda la prensa. Por cierto, ¿no deberíamos dar la razón a esos periódicos alemanes que nos han acusado y siguen acusándonos de perseguir y martirizar a nuestros alemanes de las provincias bálticas por su fe y sus *sentimientos*?... Qué pena, qué pena tan grande que no cite usted ningún artículo ni invoque ningún hecho, para que supiéramos exactamente de qué cuestionamientos habla usted. Debería usted conocer y comprender el valor de las palabras y no bromear con términos como «cuestionar».

Pero lo principal es que no le gusta a usted el concepto de «religión común». «Ayudad por otros motivos —parece decir usted—, pero no en nombre de una religión común.» Pero es que, en primer lugar, no se trata de un «motivo» artificioso, rebuscado, sino que ha surgido y se ha expresado por sí mismo, y todos lo han invocado a una sola voz. Es un motivo histórico, y esa *historia* sigue estando vigente. «*No conviene* —escribe usted— dar un carácter confesional al movimiento en favor de los eslavos, hablando a cada momento de “nuestros correligionarios”.» Pero ¿qué hacemos con la historia y con la vida viva? Convenga o no convenga darle ese carácter, el hecho se impone por sí mismo. Examine la siguiente cuestión: el turco degüella al eslavo porque éste, que es un cristiano, un *raia*, se atreve a demandar derechos iguales a los del turco. Que el búlgaro se convierta al islam y el turco dejará en seguida de atormentarlo; al contrario, lo reconocerá como un igual, pues así lo enseña el Corán. En consecuencia, si el búlgaro soporta tan atroces suplicios, es, sin duda, por su condición de cristiano; está tan claro como el agua. Y si es así, ¿cómo va el ruso a rehuir la «cuestión religiosa» cuando da su donativo en favor de los eslavos? ¡Ni se le pasa por la cabeza rehuirla! Además, dejando a un lado la necesidad histórica y las circunstancias presentes, el ruso no conoce ni puede imaginar nada más elevado que el cristianismo. A toda su tierra, a toda su comunidad, a toda Rusia da el nombre de cristiandad o *krestianstvo*^[63]. Estudie en profundidad la ortodoxia: no es simplemente una práctica religiosa y un ritual, sino un sentimiento vivo que se ha convertido para nuestro pueblo en una de esas fuerzas vitales fundamentales sin las cuales una nación no puede existir. En el cristianismo ruso, en verdad, no hay ni rastro de misticismo; en él todo se reduce a amor por la humanidad y a la imagen de Cristo; al menos, eso es lo fundamental. En Europa hace ya mucho tiempo que la gente, no sin razón, mira con prevención el clericalismo y la ideología de la Iglesia, porque allí, sobre todo en algunos lugares, obstaculizan el curso de la vida viva, cualquier avance vital, y no dejan de estorbar la religión misma. Pero ¿qué parecido puede haber entre nuestra serena y pacífica ortodoxia y el clericalismo europeo, con

sus tinieblas, sus prejuicios, sus conspiraciones y su crueldad? ¿Cómo no iba a estar la ortodoxia cercana al pueblo? Las aspiraciones nacionales tienen su origen en el conjunto del pueblo, no se crean en las redacciones de los periódicos: «Convengan o dejen de convenir», las cosas son como son. Más adelante escribe usted, por ejemplo: «La noble causa de la libertad ha visto a los rusos entre las filas de sus defensores. Ya desde ese punto de vista, aún más elevado que la simpatía motivada por una religión común, e incluso por la unidad de la raza, la causa de los eslavos es una causa sagrada». Tiene usted razón, es un motivo muy elevado, pero ¿qué expresa el motivo de la religión común? En este caso la religión común nos muestra al desdichado, al torturado, al crucificado, y es su opresión lo que me indigna y me subleva. Eso significa: «Ofrece tu vida por el oprimido, por aquel a quien sientes cercano; no hay proeza más alta». ¡He ahí lo que dice el motivo de la religión común! Por otro lado, me gustaría señalar —aunque sólo en términos generales— que es peligroso buscar «consignas» para las buenas obras. Si yo, por ejemplo, ayudo al eslavo porque es mi correligionario, eso no constituye ninguna consigna, sino que responde simplemente a su posición histórica en un momento dado: «Es un correligionario y por tanto un cristiano, y ésa es la razón de que lo opriman y lo torturen». Pero si digo que lo ayudo por «la noble causa de la libertad», sólo por eso estoy poniendo de relieve la razón de mi ayuda. Y si hay que buscar una razón para la ayuda, entonces los montenegrinos, por ejemplo, y los herzegovinos, que han sido los más activos en la noble lucha por la libertad, serán los más dignos de ayuda, mientras los serbios no lo serán tanto; en cuanto a los búlgaros, ni siquiera han combatido por su libertad, a no ser al principio, formando unas partidas insignificantes en las montañas. Se han limitado a aullar de dolor cuando los verdugos cortaban a sus hijos pequeños un dedo cada cinco minutos, para prolongar su suplicio a ojos de su padre y de su madre, que no se defendían siquiera; sólo eran capaces de llorar y retorcerse las manos como dementes, mientras besaban los pies de los verdugos para que pusieran fin a sus atrocidades y les devolvieran a sus pobres hijitos. Así pues, estos últimos son probablemente poco dignos de ayuda, porque no han hecho más que sufrir, sin luchar por la noble causa de la libertad, «ese bien supremo de los hombres». Supongamos que no tenga usted unas ideas tan mezquinas, pero reconozca que al aducir razones y «motivos» para amar a los semejantes casi siempre se llega a opiniones y conclusiones similares. Lo mejor es ayudar al prójimo simplemente porque es desdichado. Eso es lo que significa precisamente ayudar al correligionario: se lo repito: la palabra «correligionario» no representa ni mucho menos una consigna clerical, sino que tiene una significación histórica. Créame cuando le digo que la «religión común» ama y aprecia en gran medida la grande y noble causa de la libertad; y más aún: sabe y sabrá morir por ella siempre que sea menester. Pero por el momento no hago más que manifestarme contra una aplicación incorrecta de las ideas europeas a la realidad rusa...

CAPÍTULO PRIMERO

I

UN CASO QUE NO ES TAN SENCILLO COMO PARECE

El 15 de octubre se dictó sentencia contra esa madrastra que, como recordaréis, hace seis meses, en el mes de mayo, arrojó por la ventana de un cuarto piso a su pequeña hijastra, una niña de seis años, que milagrosamente salió ilesa. Esa madrastra, una campesina de veinte años llamada Yekaterina Kornílova, se había casado con un viudo que, según ha declarado ella misma, la reñía, no le permitía visitar a sus deudos, ni tampoco los recibía en su casa, no paraba de alabar a su difunta esposa, diciendo que sabía llevar mejor la casa, etc. En una palabra, «se había conducido con ella de tal modo que había dejado de amarla», y para vengarse de él se le ocurrió la idea de arrojar por la ventana a la hija que había tenido con su primera esposa, a la que siempre estaba poniéndole de ejemplo, y así lo hizo. En suma, la historia — excepto la salvación milagrosa de la niña— parece bastante sencilla y clara. El tribunal consideró el caso desde ese punto de vista, es decir, como si se tratara de un asunto muy «sencillo», y también del modo más sencillo condenó a Yekaterina Kornílova, «que en el momento de cometer el crimen tenía más de diecisiete años y menos de veinte, a dos años y ocho meses de trabajos forzados, a cuyo término quedará relegada de por vida a Siberia».

Sin embargo, a pesar de esa sencillez y claridad, algunos aspectos del caso parecen no haberse dilucidado del todo. La acusada (una mujer bastante bonita de cara) fue juzgada cuando se hallaba en el último estadio de su embarazo, hasta el punto de que en la sala del tribunal se hallaba presente una comadrona por lo que pudiera pasar. Ya en mayo, cuando se cometió el crimen (en aquel momento la acusada se encontraba en el cuarto mes de embarazo), escribí en mi *Diario* (aunque de forma breve y sumaria, ocupándome de los procedimientos rutinarios y burocráticos de nuestra abogacía) las siguientes palabras: «Lo que resulta desconcertante... es que el acto de esa madrastra monstruosa es *de lo más extraño* y tal vez requeriría un análisis minucioso y profundo, que podría servir para atenuar la culpabilidad de la acusada». Eso es lo que escribí entonces. Ahora repasemos los hechos. En primer lugar, la propia acusada, nada más cometer el crimen, reconoció su culpabilidad y se entregó ella misma. En la misma comisaría confesó que ya desde la víspera había decidido acabar con su hijastra, a la que había llegado a odiar por el resentimiento que sentía contra su marido, pero aquella tarde la presencia del marido

se lo había impedido. Al día siguiente, cuando éste se marchó al trabajo, abrió la ventana, puso a un lado las macetas con flores que había en el alféizar y le dijo a la niña que se subiese y mirara por la ventana. Naturalmente, la niña obedeció, puede que incluso con gusto, pensando que vería Dios sabe qué; pero en cuanto llegó arriba y, puesta de rodillas y con las manos apoyadas en el marco, echó un vistazo, la madrastra la levantó por las piernas y la niña se precipitó al vacío. Después de ver cómo la niña caía, la delincuente (según ella misma ha declarado) cerró la ventana, se vistió, salió de la habitación, echó el cerrojo y se dirigió a la comisaría para dar cuenta de lo que había sucedido. Ésos son los hechos, que en apariencia no pueden ser más sencillos; y sin embargo, qué fantástico parece todo, ¿no es cierto? Hasta la fecha se ha acusado con frecuencia a nuestros jurados de pronunciar sentencias absolutorias verdaderamente increíbles. En ocasiones se sublevaba incluso el sentido moral de personas que no tenían nada que ver con el caso. Entendemos que alguien se compadezca del delincuente, pero no se puede llamar bien al mal en un asunto tan importante y grave como un proceso judicial; y sin embargo, se han dictado sentencias absolutorias que llegaban casi a ese extremo, es decir, que *casi* reconocían el mal como un bien, o al menos estaban muy cerca de hacerlo. Se trataba, en tales casos, de un sentimentalismo falso o de una incomprensión del principio mismo de la justicia: no se entendía que en un juicio el objetivo primordial, el principio fundamental, es definir y especificar, en la medida de lo posible, en qué consiste el mal y en proclamarlo públicamente como tal. Sólo entonces puede hablarse de aliviar la suerte del criminal, de preocuparse por su rehabilitación, etc., cuestiones muy profundas e importantes, pero que no tienen nada que ver con la acción judicial, sino que pertenecen a otras áreas de la vida social, áreas —justo es reconocerlo— tan mal definidas y formuladas en nuestro país que apenas hemos dicho la primera palabra al respecto. Y mientras tanto, en nuestros tribunales esas dos *ideas diferentes* se confunden, dando a veces resultados extrañísimos. Es como si el crimen no se reconociera como tal; al contrario, parece como si los propios tribunales le dijeran a la sociedad que el crimen no existe, que no es más que una enfermedad causada por el estado anormal de la sociedad, pensamiento maravillosamente exacto en *algunos* casos concretos y en *algunas* categorías de fenómenos, pero absolutamente erróneo cuando se aplica en bloque y en general, pues hay una línea que no se puede cruzar, ya que entonces despersonalizaríamos completamente al hombre, le privaríamos de su individualidad y de su vida, lo reduciríamos al nivel de una brizna de hierba a merced de la primera ráfaga de viento; en suma, tendríamos que anunciar que una nueva ciencia acaba de descubrir una nueva naturaleza humana. Pero de esa ciencia no hay rastro alguno ni vestigio. De manera que todos esos veredictos indulgentes de nuestros jurados, en virtud de los cuales a veces un crimen claramente demostrado y reconocido por el propio criminal se niega de plano: «No es culpable, no cometió el crimen, no mató»; todos esos veredictos indulgentes (exceptuando unos pocos casos en que fueron apropiados y correctos) han sorprendido al pueblo y han sido recibidos

por la sociedad con ironía y perplejidad. Pues bien, ahora que acabo de leer la sentencia de la campesina Kornílova (dos años y ocho meses de trabajos forzados), me ha venido de pronto una idea a la cabeza: que en este caso deberían haberla absuelto, que en este caso habrían podido decir: «No ha habido crimen, no tuvo intención de matar, no la arrojó por la ventana». No obstante, no voy a recurrir a abstracciones o sentimientos para desarrollar mi idea. *Simplemente* me parece que en este caso había un motivo más que legítimo para absolver a la acusada: su embarazo.

De todos es sabido que una mujer embarazada (y más aún cuando es primeriza) está sujeta con harta frecuencia a ciertas influencias e impresiones peregrinas, a las que su espíritu se somete de manera extraña e irracional. Esas influencias adoptan a veces —aunque, desde luego, en casos muy raros— formas extraordinarias, anormales, casi absurdas. Poco importa que esos sucesos (es decir, esas manifestaciones verdaderamente extraordinarias) se produzcan rara vez: en el presente caso la certidumbre de que suceden, o incluso de que pueden suceder, es más que suficiente para quienes tienen que decidir sobre la suerte de un ser humano. El doctor Nikitin, que reconoció a la acusada (después de cometido el delito), declaró que, según su opinión, Kornílova cometió su crimen *conscientemente*, aunque debían tenerse en cuenta su irritación y un posible arrebató pasional. Pero, en primer lugar, ¿qué significa la palabra «conscientemente» en este caso? Es raro que el hombre haga algo inconscientemente, a no ser que se encuentre en un estado de sonambulismo, demencia o *delirium tremens*. ¿Es que no reconoce la propia medicina que puede cometerse un acto con plena conciencia y al mismo tiempo no ser totalmente responsable? Fijaos en los locos, por ejemplo: la mayoría de sus actos insensatos los realizan con plena conciencia y los recuerdan; más aún, os proporcionan una descripción, los defienden y discuten con vosotros, a veces con tanta lógica que os quedáis sin argumentos. Cierto que no soy médico, pero recuerdo, por ejemplo, que, siendo yo niño, se contaba de una dama de Moscú que, cada vez que se quedaba embarazada, sentía un inusitado e irreprimible deseo de robar (siempre en periodos concretos de su embarazo). Robaba objetos y dinero a los conocidos a quienes iba a visitar y a los amigos que iban a verla, y hurtaba cuanto podía en las tiendas y comercios en los que entraba a comprar algo. Luego sus familiares restituían esos objetos robados a sus legítimos dueños. Y sin embargo, se trataba de una dama nada pobre, educada, perteneciente a la buena sociedad; una vez superados esos días de extraña pasión, la idea de robar ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Todo el mundo, incluyendo los médicos, llegó entonces a la conclusión de que se trataba de un impulso pasajero relacionado con el embarazo. Sin embargo, ella era consciente de que robaba, se daba perfecta cuenta de lo que estaba haciendo. Conservaba la conciencia, pero no podía resistir la tentación. Hay que admitir que, hasta la fecha, la ciencia médica no ha podido decir nada definitivo sobre tales fenómenos; me refiero a su aspecto psíquico: ¿en virtud de qué leyes se verifican esas crisis en el alma humana, esos sometimientos e influencias, esos actos de locura sin locura, y cómo

interviene en tales casos la conciencia, en qué consiste su papel? La posibilidad de influencias y sujeciones extraordinarias durante el embarazo parece indudable, y con eso basta... ¿Y qué importa, repito, que esas influencias particularmente insólitas se manifiesten tan rara vez? Para la conciencia de la persona que juzga es suficiente la consideración de que tales anomalías pueden producirse. Supongo que algunos dirán: no le dio por robar, como a esa dama, ni se inventó algo extraordinario, sino que actuó *según un plan*, es decir, simplemente trató de vengarse de su odiado marido asesinando a la hija que había tenido con su primera mujer, cuyo ejemplo siempre estaba mencionándole. Bueno, que digan lo que quieran: todo eso puede ser comprensible, pero *en absoluto sencillo*; puede que sea lógico, pero estaréis de acuerdo conmigo en que, de no haber estado embarazada, es posible que no hubiera actuado con esa lógica. Por ejemplo, podría haber sucedido lo siguiente: al quedarse sola con su hijastra, atormentada por su marido y enfadada con él, habría pensado, llena de amarga irritación: «Voy a tirar por la ventana a esa maldita niña, para que se entere»; lo habría pensado, *pero no lo habría hecho*. Habría sido culpable de pensamiento, pero no de obra. Pero al estar embarazada *lo pensó y lo hizo*. En uno y otro caso la lógica es la misma, aunque hay una gran diferencia.

Si la hubieran absuelto, los miembros del jurado habrían tenido, al menos, una base en la que apoyarse: «Aunque esos impulsos patológicos son raros, lo cierto es que se dan. ¿Y si en el presente caso estuviéramos ante un impulso motivado por el embarazo?». Es un argumento a tener en cuenta. Al menos en ese caso todo el mundo habría comprendido las razones de la clemencia y no se habrían suscitado dudas. Poco importa que hubieran podido incurrir en un error: vale más equivocarse por exceso de clemencia que por exceso de severidad, tanto más cuanto que en este caso no hay manera de verificar nada. La acusada es la primera en considerarse culpable; confesó inmediatamente después de cometer el crimen y volvió a confesar seis meses más tarde en la vista. Así que probablemente acabará en Siberia, considerándose culpable en su conciencia y en lo más hondo de su alma; y es posible que muera arrepintiéndose en la hora final y considerándose una asesina. Y ni a ella misma ni a nadie se le ocurrirá pensar que durante el embarazo puede producirse un impulso patológico, que probablemente éste fue la causa de todo y que, si no hubiera estado embarazada, no habría sucedido nada... Sí, de los dos errores posibles es mejor elegir el de la misericordia. Uno duerme mejor después... Pero ¿qué estoy diciendo? El hombre atareado no tiene tiempo de pensar en su descanso; el hombre atareado tiene cien casos semejantes de los que ocuparse y duerme a pierna suelta cuando, exhausto, se mete en la cama. Es el hombre ocioso, que analiza dos casos semejantes a lo largo de todo un año, el que tiene tiempo para pensar. Tal vez empiece a darle vueltas al asunto, a falta de algo mejor con lo que llenar el tiempo. En una palabra, la ociosidad es la madre de todos los vicios.

A propósito, había una comadrona en el tribunal; y fijaos bien: al condenar a la acusada, condenaron también a su hijo, antes de venir al mundo. ¿No es cierto que

resulta extraño? Supongamos que esa apreciación no sea del todo plausible, pero estaréis de acuerdo conmigo en que se parece mucho, muchísimo, a la verdad. En realidad, ¿no lo han condenado, antes de nacer, a seguir a Siberia a su madre, que debe alimentarlo? Si acompaña a su madre, se verá privado de su padre; y si se arreglan las cosas para que se quede con su padre (no sé si puede hacerse), se verá privado de su madre... En una palabra, antes incluso de venir al mundo, se ha quedado sin familia, eso en primer lugar; luego, cuando crezca, se enterará de lo que ha hecho su madre y tal vez... Sin embargo, ¿quién sabe lo que puede pasar? Más vale considerar la situación *de una manera sencilla*. Si actuamos de esa manera, desaparecen todas las fantasmagorías. Así es como hay que proceder en la vida. Hasta soy de la opinión de que toda esa clase de cosas, tan extraordinarias en apariencia, en realidad se producen de la manera más ordinaria y con un prosaísmo que roza lo indecoroso. Porque, en realidad, miren ustedes: ese Kornílov vuelve a quedarse viudo; es libre una vez más, porque la deportación de su mujer a Siberia lleva aparejada la anulación del matrimonio; pero es el caso que su mujer, que ya no es su mujer, va a darle un hijo dentro de unos días (porque seguramente le permitirán dar a luz antes de ponerse en camino), y mientras esté recuperándose en la enfermería de la prisión, o donde la lleven temporalmente, apuesto cualquier cosa a que Kornílov irá a verla de la forma más prosaica, e incluso, por qué no, acompañado de esa misma hijastra a la que la mujer arrojó por la ventana; se reunirán y hablarán de los asuntos más menudos y cotidianos, de una tela de mala calidad, de unos buenos zapatos y de unas botas de fieltro para el camino. Y quién sabe, puede que se sientan más unidos ahora que están separados, cuando antes no hacían más que discutir. Acaso no se dirijan ni una sola palabra de reproche y se limiten a lamentarse de su destino, llenos de compasión el uno por el otro. Y esa misma niña que fue arrojada por la ventana seguramente irá todos los días «a ver a su mamá», enviada por su padre, y le llevará dulces: «Tome, mamá. Papá le manda un poco de té y azúcar, y mañana vendrá a verla». Lo más trágico será que probablemente llorarán a lágrima viva cuando se despidan en la estación, en el último minuto, entre el segundo y el tercer tañido de la campana; también la niña aullará de dolor, con la boca abierta hasta las orejas, cuando los vea, mientras ellos seguramente se inclinarán hasta el suelo, primero él y después ella. «Perdóname, madrecita Yekaterina Prokófievna; no me guardes rencor», dirá él. «Perdóname también tú, padrecito Vasili Ivánovich (o como se llame); soy culpable ante ti, lo que he hecho no tiene perdón...», dirá ella. Y a todo ello se unirá el llanto del recién nacido, que probablemente se encontrará también allí, ya se lo lleve ella o se lo quede él. En suma, nuestro pueblo nunca nos proporcionará materia para un poema, ¿no es cierto? Es el pueblo más prosaico del mundo, hasta el punto de que acaba uno sintiendo casi vergüenza. Porque, decidme, ¿qué habría pasado, por ejemplo, en Europa? ¡A qué pasiones y venganzas se habrían entregado los protagonistas, y con qué dignidad! Tratad de describir este caso en un relato, paso por paso, empezando por la joven mujer de un viudo, siguiendo con el episodio de la

ventana y el momento en que ella se asoma para ver los daños que ha sufrido la niña, luego el instante en que se dirige a la comisaría y, a continuación, el juicio, con la presencia de la comadrona, y el momento de los últimos adioses y reverencias y... y figuraos, he estado a punto de escribir: «Y no saldría nada»; y sin embargo, podría resultar algo mejor que todos nuestros poemas y novelas con esos héroes «con la vida hecha pedazos y una perspicacia asombrosa». La verdad es que no entiendo dónde tienen los ojos nuestros novelistas: ¡ahí tienen un tema, ahí tienen una verdad como un puño para describir paso a paso! Aunque, después de todo, me he olvidado de esa antigua regla: no es el tema lo que importa, sino la mirada; si sabe uno mirar, encontrará el tema, y si uno no tiene ojos, si está ciego, no encontrará nada en ningún sitio. Ah, la mirada es muy importante: lo que para unos es un poema, para otros no es más que un montón de basura...

¿No sería posible suavizar de alguna manera la condena de Kornílova? ¿Es de todo punto imposible? En verdad, ha podido producirse un error... ¡Sí, sigo pensando que se trata de un error!

II

UNAS OBSERVACIONES SOBRE LA SENCILLEZ Y LA SIMPLIFICACIÓN

Paso a ocuparme de otra cuestión. Me gustaría decir unas palabras sobre la sencillez en general. Me ha venido a la memoria una pequeña anécdota de la que fui testigo hace bastante tiempo. Hace unos trece años, en una época muy «turbia» según unos y muy «rectilínea» según otros^[64], una tarde de invierno entré en una biblioteca pública de la calle Meschánskaia (así se llamaba entonces), no lejos de mi casa: había decidido escribir un artículo crítico y necesitaba una novela de Thackeray para citar ciertos pasajes. Me atendió una señorita (una señorita de las de entonces^[65]). Le pedí la novela y ella me escuchó con expresión severa:

—Aquí no tenemos semejantes estupideces —me atajó con un desprecio indescriptible que, Dios es testigo, no merecía.

Naturalmente, no me sorprendí y comprendí en seguida de qué se trataba. En aquella época tales incidentes no eran raros; esa forma de actuar representaba una novedad y algunas personas se entregaban a ella con entusiasmo y precipitación. Las ideas, una vez vulgarizadas, adoptaban un aspecto de lo más chabacano. Eran los años en que se denigraba terriblemente a Pushkin y «las botas» se ponían por las nubes^[66]. En cualquier caso, traté de razonar con ella:

—¿Es que considera usted que las obras de Thackeray son una estupidez? —le pregunté, adoptando un aire de lo más humilde.

—Debería darle vergüenza preguntarlo. Los viejos tiempos han pasado; ahora hay una demanda de asuntos racionales...

Al oír esas palabras, salí a la calle, dejando muy contenta a la señorita de la lección que me había dado. Pero la simpleza de su concepción me había chocado mucho, y fue entonces cuando empecé a reflexionar sobre la *sencillez* en general y sobre la tendencia rusa a generalizar en particular. Esa capacidad para darnos por satisfechos con las cosas más simples, pequeñas e insignificantes es cuando menos sorprendente. Algunos me dirán que se trata de un caso absurdo y sin importancia, que la señorita era una tonta de pocas entendederas y, sobre todo, maleducada; que no merece la pena recordar esa anécdota; que esa señorita se figuraba probablemente que antes de ella toda Rusia estaba llena de imbéciles, pero que ahora, de pronto, había surgido un montón de personas inteligentes, entre las que se encontraba ella misma. Sé de sobra todo eso, como también que las habilidades de aquella señorita sólo daban para pronunciar esos comentarios sobre los «asuntos racionales» y sobre Thackeray, que además no eran de su propia cosecha, como se veía en su cara; pero de todas formas ese incidente se me ha quedado grabado en la memoria como un símil, como un apólogo, casi podría decir que como un emblema. Considerad los juicios que vemos en nuestros días, considerad las «demandas racionales» y las apreciaciones de nuestra época, no sólo sobre Thackeray, sino sobre el pueblo ruso en su conjunto: ¡qué *simplezas* oímos a veces! ¡Qué rigidez, qué facilidad para sentirse satisfecho con lo más nimio e insignificante, qué ansia general por quedarse tranquilo cuanto antes, por pronunciar una sentencia que permita no seguir pensando!. Y creedme, esa tendencia perdurará mucho tiempo entre nosotros. Fijaos: todo el mundo cree ahora en la sinceridad y la realidad del movimiento nacional de este año y, sin embargo, no basta ni siquiera esa fe, se requiere algo aún más sencillo. Un miembro de cierto comité relataba un día en mi presencia que había recibido bastantes cartas con cuestiones como las siguientes: «¿Por qué es absolutamente necesario que sean esclavos? ¿Por qué ayudamos a los esclavos en cuanto esclavos? Si los escandinavos se encontraran en la misma situación, ¿los ayudaríamos como a los esclavos? En suma, ¿a qué viene esa consigna de *eslavos*?». (¿Os acordáis de la preocupación por la consigna de la unidad de la fe que se transparentaba en ese artículo de *El Mensajero de Europa* del que me ocupé en el último número de mi *Diario*?) A primera vista, podría pensarse que en este caso no se trata de sencillez, de ansia de simplificación, sino que, por el contrario, esas cuestiones revelan un fondo de inquietud; pero la sencillez consiste precisamente en el esfuerzo por llegar al *nihil* y a la *tabula rasa*; es decir, por quedarse también tranquilo. Porque ¿hay algo más simple y tranquilizador que el cero? Y no perdáis de vista que en esas preguntas resuena también, aunque de un modo indirecto, el sonido de las «cuestiones racionales» y del «debería usted avergonzarse».

No cabe duda de que a muchas personas inteligentes y, por decirlo de algún modo, elevadas, no les gustó nada oír la voz serena y humilde, pero también firme y poderosa del pueblo, y no porque no le comprendieran, sino, al contrario, porque le comprendían demasiado bien, hasta el punto de que se quedaron un poco

desconcertados. Al menos, se perciben señales certeras de que se está iniciando una fuerte reacción. No hablo de esas voces inocentes que ya se oían antes, que no podían dejar de gruñir y manifestar su disconformidad en nombre de sus caros y viejos principios sobre viejas cuestiones como, por ejemplo, que «no hay que apresurarse ni precipitarse por una cuestión tan cruda y poco enjundiosa como ayudar a los esclavos simplemente porque se supone que son nuestros hermanos», etc. No, no me refiero a esos viejos racionalmente liberales que rumian viejas frases, sino a una verdadera reacción contra el movimiento popular que, según todos los indicios, no va a tardar en levantar la cabeza. Esa reacción acabará uniendo, con la mayor naturalidad y aún sin proponérselo, a esos señores que, habiendo simplificado desde hace mucho su visión de Rusia hasta límites extremos de claridad, están dispuestos a decir: «Que se prohíba de una vez ese movimiento para que todo recobre el orden mortecino de antaño». Y no olvidéis que no es la naturaleza fantástica de ese «fenómeno» lo que molesta a esos simplificadores, es decir, el hecho de que lo que ellos consideraban inerte y estúpida sencillez de pronto se haya atrevido a abrir la boca, como si en verdad fuera algo consciente y vivo. Podemos entender ese disgusto: simplemente se sienten ofendidos. Pero nada de eso: les ha disgustado todo ese fenómeno porque, por fantástico que fuera, se volvió de pronto comprensible para cualquiera: «¿Cómo se ha atrevido a hacerse de pronto comprensible para cualquiera, cómo se ha atrevido a adoptar un aspecto tan sencillo y razonable?». Esa indignación, como ya he dicho antes, ha encontrado apoyo entre nuestros viejos intelectuales, que procuran con todas sus fuerzas «simplificar» y rebajar ese «fenómeno» razonable a la categoría de una manifestación elemental y primitiva que, aunque bienintencionada, es fruto de la ignorancia y puede resultar perjudicial. En suma, esa reacción se ocupa ante todo, con todas sus fuerzas y todos sus medios, de simplificar... Sin embargo, esa simplificación excesiva en la manera de considerar ciertos fenómenos puede llevaros a veces a perder vuestra propia causa. En algunos casos la sencillez acaba perjudicando a los propios simplificadores. La sencillez no se adapta; la sencillez es «rectilínea» y arrogante por encima de todo. La sencillez es enemiga del análisis. El resultado es que, con harta frecuencia, esa misma sencillez os impide comprender el asunto e incluso verlo, produciéndose el efecto contrario, es decir, que vuestro criterio, aun en contra de su voluntad, deja de ser sencillo y se vuelve fantástico. Eso es lo que sucede precisamente en nuestro país, como consecuencia del divorcio mutuo, prolongado y cada vez más pronunciado entre una Rusia y la otra. Ese divorcio tuvo su origen justamente en *la sencillez con que una parte de Rusia juzgaba a la otra*. Se inició hace muchísimo tiempo, como se sabe, ya en la época de Pedro el Grande, cuando se elaboró por primera vez una simplificación extrema de la concepción que la Rusia de arriba tenía de la Rusia popular; desde entonces, esa concepción no ha hecho más que simplificarse de generación en generación.

III

DOS SUICIDIOS

Hace poco tuve ocasión de hablar con uno de nuestros escritores^[67] (gran artista) de la comicidad de la vida y de lo difícil que resulta definir un fenómeno, darle un nombre apropiado. Acababa de comentarle que, aunque conocía desde hacía casi cuarenta años *La desgracia de tener ingenio*^[68], hasta ese último año no había comprendido como es debido a uno de los personajes más llamativos de esa comedia, Molchalin, y eso después de que él, el escritor del que estoy hablando, me aclarara su verdadera dimensión, retratándolo en uno de sus ensayos cómicos^[69]. (Me ocuparé de Molchalin en otra ocasión; es un tema que merece la pena.)

—¿Y sabe usted? —me dijo de pronto mi interlocutor, que parecía profundamente preocupado por esa idea desde hacía tiempo—. Cualquier cosa que escriba o retrate, cualquier detalle que introduzca en una obra de arte, nunca estará a la altura de la realidad. Ya puede usted representar lo que quiera: el resultado será siempre más débil que la realidad. Se figura usted que ha plasmado en su obra el aspecto más cómico de cierto fenómeno de la vida, que ha captado el lado más grotesco... ¡pues se equivoca! La realidad no tardará en mostrarle otro cariz de ese mismo fenómeno que usted ni siquiera había sospechado y que va mucho más allá de todo lo que su imaginación y su poder de observación han sido capaces de crear...

Eso lo sabía yo ya desde 1846, el año en que empecé a escribir, y puede que incluso desde antes... La verdad es que esa cuestión me había chocado más de una vez y me había causado no pocas dudas sobre la utilidad del arte, dada su manifiesta impotencia. Efectivamente: observad cualquier hecho de la vida real, incluso uno que no tenga nada de especial a primera vista; por poco ojo que tengáis y a poco que sepáis mirar, descubriréis una profundidad que no se encuentra ni siquiera en Shakespeare. Y a eso se reduce toda la cuestión: a *tener ojo y saber mirar*. Porque no sólo para crear y escribir obras literarias, sino también para captar un hecho, se requieren en cierta manera dotes de artista. Para algunos observadores todos los fenómenos de la vida se desarrollan según la más conmovedora sencillez y son tan comprensibles que no merece la pena pensar en ellos, ni siquiera prestarles atención. Pero a otros observadores esos mismos fenómenos les obsesionan tanto que (según sucede no pocas veces) al final son incapaces de generalizar y simplificar, de estirarlos en línea recta y encontrar así la tranquilidad; recurren a una simplificación de otro género y *lisa y llanamente* se alojan una bala en el cráneo, para acabar de una vez con todos sus problemas y acallar su mente atormentada. No son más que los dos extremos, pero entre ellos se sitúan todas las variedades del intelecto humano. Desde luego, nunca llegamos a agotar todo el significado de un fenómeno, nunca alcanzamos su final o su comienzo. Únicamente conocemos el flujo diario de los acontecimientos perceptibles, y sólo por medio de los sentidos; en cuanto a los fines y los comienzos, siguen perteneciendo para el hombre al dominio de la fantasía.

A propósito, uno de mis estimados corresponsales me informó el pasado verano de un extraño suicidio que aún está por aclarar y del que hace tiempo que quería hablar. En ese suicidio todos los detalles, tanto los externos como los internos, constituyen un enigma. Siguiendo los dictados de la naturaleza humana, he tratado de resolver ese enigma, «poder agarrarme a algo y tranquilizarme». La suicida era una joven muchacha de veintitrés o veinticuatro años, no más, hija de un emigrante ruso^[70] muy conocido y nacida en el extranjero, rusa por su sangre, pero apenas por su educación. Creo que los periódicos hicieron una vaga mención al caso en su momento, pero los detalles son hartos curiosos: «Empapó un algodón en cloroformo, se lo llevó a la cara y se acostó en la cama... Así murió». Antes de morir, escribió la siguiente nota:

Je m'en vais entreprendre un long voyage. Si cela ne réussit pas qu'on se rassemble pour fêter ma résurrection avec du Clicquot. Si cela réussit, je prie qu'on ne me laisse enterrer que tout à fait morte, puisqu'il est très désagréable de se réveiller dans un cercueil sous terre. Ce n'est pas chic!

Que traducido viene a decir:

Me apresto a emprender un largo viaje. Si el intento no sale bien, que todos se reúnan para celebrar mi resurrección con copas de Clicquot. *Si sale bien*, ruego que no me entierren hasta que esté muerta del todo, pues resulta muy desagradable despertarse en un ataúd bajo tierra. *¡No es nada chic!*

En mi opinión, en ese abominable y grosero «chic» resuena una nota de desafío, quizá de indignación, de ira... pero ¿contra qué? Sólo las naturalezas vulgares se suicidan por razones materiales, visibles, externas, y el tono de esa nota muestra que en su caso no se trata de razones de ese tipo. Entonces, ¿contra qué iba dirigida su irritación?... ¿Contra la presunta sencillez de la realidad? ¿Contra la falta de sentido de la vida? ¿Pertenería al número de esos hartos conocidos censores y negadores de la vida a los que irrita la «estupidez» de la presencia del hombre en la tierra, por lo que tiene de absurdo y accidental, la tiranía de una causalidad ciega, con la que no es posible reconciliarse? Nos encontramos ante un alma que se ha rebelado contra el carácter «rectilíneo» de los acontecimientos, incapaz de soportar esa visión, que le habían inculcado desde la infancia en la casa paterna. Pero lo más horrible es que murió sin que le asaltara ninguna duda precisa. Lo más probable es que en su alma no hubiera lugar para dudas conscientes, para lo que se conoce como «problemas»: es muy posible que creyera con toda su alma, al pie de la letra, todo lo que le habían enseñado desde la infancia. De modo que murió simplemente «de fría tristeza y hastío», con un sufrimiento de alguna manera animal e instintivo; era, ni más ni menos, como si se ahogara, como si le faltara el aire. Su alma no soportaba instintivamente ese carácter rectilíneo e instintivamente reclamaba algo más complejo.

Hace un mes todos los periódicos de San Petersburgo publicaron unas breves líneas en cuerpo menor sobre un suicidio acaecido en la ciudad: una pobre muchacha,

costurera de profesión, se arrojó por la ventana de un cuarto piso «porque no podía encontrar un trabajo que asegurara su subsistencia». Esas informaciones añadían que había saltado y había caído al suelo *llevando un icono en las manos*^[71]. ¡Qué rasgo tan extraño e inaudito, tratándose de una suicida, eso de llevar un icono en las manos! Nos encontramos ante un suicidio humilde, resignado. Por lo visto, en este caso no hubo queja ni reproche: simplemente se le hizo insoportable seguir viviendo —«Dios no lo deseaba»— y murió después de decir sus oraciones. Hay cosas que, por muy sencillas que parezcan a primera vista, se enquistan en el pensamiento, te vuelven a la cabeza una y otra vez y en cierto modo te hacen sentirte culpable. Esa alma humilde, que causó su propia ruina, nos atormenta lo queramos o no. Es esa muerte lo que me trajo a la memoria el suicidio de la hija de ese emigrante, del que me habían informado en verano. ¡Pero esas criaturas son tan diferentes como si pertenecieran a planetas distintos! ¡Y qué dispares sus muertes! ¿Cuál de esas dos almas sufrió más en la tierra, si es que es oportuno y pertinente formularse una pregunta tan vana?

IV UNA SENTENCIA

A propósito, he aquí el razonamiento de un suicida *por aburrimento*, naturalmente materialista:

En efecto, ¿qué derecho tenía esa naturaleza a traerme al mundo en virtud de no sé qué leyes eternas? Fui creado con una conciencia y he *tomado conciencia* de esa naturaleza: ¿qué derecho tenía a dotarme de conciencia sin contar con mi consentimiento? Consciente tanto como sufriente; pero yo no quiero sufrir... ¿Por qué iba a consentir en sufrir? La naturaleza, a través de mi conciencia, me revela cierta armonía del todo. La conciencia humana ha creado las religiones a partir de esa revelación. La naturaleza me dice que, aunque sé perfectamente que no puedo participar ni participaré jamás en esa «armonía del todo» y que nunca comprenderé lo que significa, debo acatar esa revelación, someterme, aceptar el sufrimiento en nombre de la armonía del todo y prestarme a vivir. Pero si tuviera que elegir en conciencia, no cabe duda de que preferiría ser feliz en el único momento en que existo; en cuanto al todo y a la armonía, una vez que sea aniquilado, poco puede importarme si perduran o desaparecen al mismo tiempo que yo. La cuestión es por qué tendría que preocuparme de que perduren después de mi muerte. Más valdría haber sido creado como los demás animales, es decir, vivir sin tener una concepción racional de mí mismo. Mi conciencia no es precisamente una armonía, sino al contrario, una disonancia, porque por su culpa soy infeliz. ¡Fijaos en quiénes son felices en el mundo, en qué personas *aceptan* vivir! Justamente las que se parecen a los animales y, debido al escaso desarrollo de su conciencia, están más cerca de su condición. Ésas se prestan a vivir de buena gana, pero a condición de hacerlo como los animales; es decir, comen, beben, duermen, construyen un nido y traen niños al mundo. En el lenguaje de los hombres comer, beber y dormir significa enriquecerse y robar; construir un nido significa ante todo robar. Habrá quien objete, quizá, que es posible construir un nido siguiendo bases racionales, principios sociales científicamente probados, sin que sea necesario robar, como ha sido el caso hasta ahora. De acuerdo, pero yo pregunto: ¿para qué? ¿Para qué gastar tantos esfuerzos en organizar la vida social de una manera correcta, razonable y moralmente justa? A eso, naturalmente, nadie me puede contestar. A lo sumo podrían responderme: «Para encontrar satisfacción». Sí, si yo fuera una flor o una vaca, encontraría satisfacción. Pero, mientras me esté haciendo preguntas todo el tiempo, como sucede ahora, no puedo ser feliz, ni aunque gozara de la dicha suprema e *inmediata* de amar al prójimo y ser amado por la humanidad, pues sé que mañana mismo todo eso puede

desaparecer: yo, toda esa felicidad, todo ese amor y toda la humanidad volveremos a la nada, al caos primigenio. En esas condiciones no puedo aceptar ninguna clase de felicidad: no es que me niegue a aceptarla, no es que me obceque con algún principio, sino simplemente que no puedo ni podré ser feliz mientras sea consciente de que mañana me espera la nada. Es un sentimiento, un sentimiento espontáneo, y no puedo dominarlo. Si al menos sólo yo muriera, si al menos la humanidad perdurara eternamente, tal vez hallaría algún consuelo. Pero nuestro planeta no es eterno y a la humanidad se le ha concedido un plazo tan breve como el que se me ha concedido a mí. Y por más razonable, alegre, justa y sagrada que sea la vida de los hombres sobre la tierra, mañana también ella quedará reducida a polvo. Puede que, por alguna razón, todo eso sea necesario, en virtud de no sé qué leyes todopoderosas, eternas y ciegas de la naturaleza, pero yo os digo que esa idea encierra un profundísimo desprecio por la humanidad, que me indigna en lo más hondo y se me hace tanto más insoportable cuanto que no se puede culpar a nadie.

Y, en fin, aunque juzgáramos posible hacer realidad ese cuento de una humanidad organizada según bases racionales y científicas, aunque creyéramos en la futura felicidad de los hombres, el mero pensamiento de que la naturaleza, en virtud de no sé qué leyes ciegas, ha considerado necesario atormentar a los hombres durante milenios antes de concederles esa felicidad, ese mero pensamiento resultaría insoportablemente repulsivo. Añadid a eso que esa misma naturaleza, después de permitir que el hombre alcance al fin la felicidad, mañana, por alguna razón, considerará indispensable reducir todo eso a polvo, a pesar de todos los sufrimientos que la humanidad ha tenido que pagar por esa felicidad; y, sobre todo, que no me lo ocultará ni a mí ni a mi conciencia, como ha hecho con la vaca... Involuntariamente le viene a uno a la cabeza un pensamiento bastante chusco, aunque insoportablemente triste: «¿Y si al hombre sólo lo hubieran puesto en la tierra para llevar a cabo un ensayo desvergonzado, únicamente para comprobar si una criatura semejante puede vivir o no sobre la tierra?». Lo que ese pensamiento tiene de triste es, sobre todo, que una vez más no hay nadie a quien culpar; nadie ha realizado el experimento; no podemos maldecir a nadie; simplemente todo ha sucedido en virtud de las leyes ciegas de la naturaleza, que me resultan totalmente incomprensibles, con las que mi conciencia no puede estar de acuerdo en absoluto. *Ergo*:

Como a mis cuestiones sobre la felicidad la naturaleza se limita a responderme, a través de mi conciencia, que sólo puedo ser feliz en armonía con el todo, que no comprendo y que, sin duda, jamás seré capaz de comprender.

Como la naturaleza no sólo no reconoce mi derecho a pedirle cuentas, sino que ni siquiera me responde, y no porque no quiera, sino porque no puede.

Como me he convencido de que la naturaleza, para responder a mis cuestiones, me ha asignado (inconscientemente) *mi propio yo* y me responde a través de mi conciencia (porque me estoy diciendo todas esas cosas a mí mismo).

Como, por último, dadas las circunstancias, debo asumir a la vez los papeles de demandante y demandado, de juez y parte, y encuentro toda esa farsa de la naturaleza totalmente absurda, considerando incluso humillante tener que soportarla.

En consecuencia, en mi indiscutible calidad de demandante y demandado, de juez y parte, condeno a esa naturaleza, que con tanta desconsideración y rudeza me ha traído al mundo para sufrir, a perecer conmigo... Y como no puedo aniquilar a la naturaleza, me aniquilo a mí mismo, llevado únicamente del hastío que me causa soportar una tiranía por la que no se puede culpar a nadie.

N. N.

CAPÍTULO SEGUNDO

III LOS MEJORES

Los mejores: he ahí un tema al que merece la pena dedicar unas cuantas palabras.

Cabe calificar de tales a los hombres sin los cuales ninguna sociedad ni ninguna nación pueden vivir y perdurar, por más que disfrute de la más amplia igualdad de derechos. Naturalmente, los *mejores* son de dos tipos: 1) aquellos ante los cuales el pueblo mismo y la nación misma se inclinan voluntaria y libremente, reconociendo su valor genuino; y 2) aquellos ante los cuales todo el mundo, o al menos una gran parte del pueblo y la nación, se inclinan con cierta obligación, como si recibieran ese calificativo de «mejores» un poco por convención, y no de manera plena y efectiva. No puede uno quejarse de la existencia de esa categoría «convencional» de mejores, reconocidos oficialmente como tales, por decirlo así, en virtud del interés supremo del orden y de la solidez del gobierno, pues los «mejores» de esa clase son el producto de una ley histórica y han existido hasta la fecha en todas las naciones y Estados, desde que el mundo es mundo, de suerte que ninguna sociedad ha podido organizarse y constituirse en un todo sin recurrir a cierta violencia voluntaria de ese género. Toda sociedad, para perdurar y subsistir, debe respetar necesariamente algo y a alguien; y, lo más importante, ese respeto debe ser común a toda la sociedad, no depender del arbitrio de cada cual. Como los mejores de la primera categoría, es decir, los verdaderamente valerosos y ante los cuales toda la nación —o una gran parte de ella— se inclina de buena gana y sin reticencias, resultan a veces inencontrables, porque tienen cierto carácter ideal, son de difícil definición, se distinguen por algunas rarezas y peculiaridades y lucen con harta frecuencia cierto aire indecoroso en su aspecto exterior, se suele considerar mejores en su lugar a personas que lo son *convencionalmente*, que forman, por decirlo así, una casta de individuos mejores que cuentan con apoyo oficial. Es como si nos dijeran: «Ésos son a los que tenéis que respetar». Y si, además, esos mejores «convencionales» coinciden realmente con los mejores de la primera categoría (porque no todos los de la primera categoría tienen un aspecto indecoroso) y son también verdaderamente valiosos, no sólo se alcanza el objetivo plenamente, sino por partida doble. En nuestro país esos individuos mejores han sido, desde los tiempos más remotos, la guardia de los príncipes, luego los boyardos, el clero (pero sólo sus representantes más conspicuos), incluso algunos comerciantes señalados (aunque muy poco numerosos). No debe olvidarse que esos individuos mejores, tanto entre nosotros como en todas partes, es decir, en Europa, siempre han acabado elaborando un código bastante rígido de reglas de valentía y honor, y aunque ese código, en su conjunto, siempre era bastante arbitrario y a veces se apartaba muchísimo de los ideales del pueblo, representaba en ciertos aspectos un notable avance. El hombre «mejor» estaba obligado, por ejemplo, a morir por la patria, si se le exigía tal sacrificio, y moría realmente en aras del honor, «para que mi linaje no sufra ningún menoscabo»; y no cabe duda de que era algo incomparablemente mejor que el derecho a la deshonra, en virtud del cual un hombre lo abandona todo y a todos en un momento de peligro y corre a esconderse: «Que perezca todo el mundo con tal de que yo salve el pellejo». Así fueron las cosas durante mucho tiempo en nuestro país y debe señalarse

una vez más que en Rusia esos mejores convencionales, con muchísima frecuencia y en numerosísimos aspectos, coincidían en sus ideales con los mejores no convencionales, es decir, populares. Desde luego, no en todo ni mucho menos, pero al menos se puede decir bien alto que en aquella época la distancia moral entre los boyardos y el pueblo ruso era incomparablemente menor que la que había en casi todos los lugares de Europa entre los tiranos victoriosos, los señores, y los esclavos vencidos, el pueblo.

Pero de pronto se produjo un cambio radical en la organización de nuestros mejores: por decreto imperial, a todos ellos se les dividió en catorce categorías, unas superiores a otras, conformando una especie de escalera dividida en «clases», de suerte que se configuraron catorce categorías del valor humano, cada una con un nombre en alemán^[72]. Esa transformación, en su desarrollo posterior, no alcanzó plenamente el fin primordial para el que se había introducido, ya que los «mejores» de antaño ocuparon en seguida las catorce categorías nuevas; la única novedad fue que, en lugar de boyardos, empezaron a llamarse nobles; pero en cierto modo cumplió su objetivo, porque contribuyó en gran medida a desterrar las viejas barreras. Se produjo una afluencia de fuerzas nuevas procedentes de los estratos bajos de la sociedad —fuerzas democráticas, según nuestra terminología— y sobre todo de las filas de los seminaristas. Ese flujo aportó muchos elementos vivificantes y fecundos a la categoría de los mejores, pues aparecieron hombres con capacidades y concepciones nuevas, con una educación inaudita para aquella época, aunque al mismo tiempo penetrados de un profundo desprecio por su origen y un ansia apremiante de transformarse cuanto antes, por medio de los grados, en nobles de pura sangre. Debe señalarse que, además de los seminaristas, sólo un reducidísimo número de personas procedentes del pueblo o de la clase de los comerciantes, por ejemplo, consiguieron introducirse en la categoría de los «mejores», y la nobleza siguió siendo la cabeza de la nación. Esa categoría estaba muy bien organizada, y, mientras el dinero, la propiedad y el saco de oro eran ya los amos de toda Europa y se les consideraba con total sinceridad lo más valioso y mejor que había en los hombres y entre los hombres, en Rusia —como aún nos acordamos— un general, por ejemplo, gozaba de tan alta consideración que hasta el comerciante más acaudalado consideraba un inmenso honor conseguir que fuera a cenar a su casa. No hace mucho leí una anécdota a la que nunca habría dado crédito si no hubiera sabido que era absolutamente cierta; es el caso que una dama petersburguesa, de la más alta sociedad, delante de todo el mundo, durante un concierto, echó de su butaca a la mujer de un comerciante multimillonario y se sentó en ella, insultándola además públicamente. ¡Y eso sucedió hace sólo treinta años! No obstante, hay que decir que esos «mejores», tan celosos de su posición, se dieron algunas reglas muy saludables, por ejemplo, la cuasi *obligación* de adquirir alguna educación, de suerte que toda esa casta de «mejores» era al mismo tiempo la clase más instruida de Rusia, la guardiana y portadora de la ilustración rusa, cualquiera que fuese. Ni que decir tiene que

también era la única guardiana y portadora de las reglas del honor, pero ya según un modelo europeo de principio a fin, de manera que la letra y la forma acabaron imponiéndose totalmente a la sinceridad del contenido: había mucho honor, pero en última instancia las personas honradas eran poco numerosas. En ese periodo, sobre todo en sus postrimerías, la clase de los «mejores» se había separado ya mucho del pueblo en sus ideales del «hombre mejor», hasta el punto de que se reía abiertamente de casi todas las concepciones populares de lo «mejor». Pero de pronto se consumó una de las transformaciones más colosales que Rusia haya conocido nunca: se abolió el régimen de servidumbre y se produjo un profundo cambio en todo. Ciertamente que las catorce clases siguieron vigentes, pero los «mejores» parecieron vacilar. De repente era como si el antiguo hechizo hubiera dejado de actuar sobre la masa de la sociedad, como si algo hubiera cambiado en la idea que se tenía de los «mejores». En verdad, ese cambio no siempre fue para mejor; además, a partir de ese momento, empezó a percibirse un elemento de indeterminación y vaguedad en el concepto de los «mejores»; sea como fuere, la idea que se tenía antes ya no resultaba satisfactoria, de suerte que muchos empezaron a plantearse en conciencia cuestiones muy serias: «¿A quiénes había que considerar ahora los “mejores”? Y, sobre todo, ¿de dónde sacarlos, dónde encontrarlos, quién se encargaría de proclamar su primacía, y sobre qué bases? ¿Era necesario que alguien se ocupara de eso? Y, por último, ¿conocemos esas bases nuevas? ¿Podemos estar seguros de que son las idóneas para volver a construir tantas cosas?». Así pues, muchos empezaron entonces a formularse esa clase de preguntas...

CAPÍTULO PRIMERO
LA MANSA
(RELATO FANTÁSTICO)

NOTA DEL AUTOR

Pido disculpas a mis lectores porque, por una vez, en lugar de ofrecerles el *Diario* en su forma habitual, les brindo un simple relato. Pero lo cierto es que este relato me ha ocupado la mayor parte del mes. En cualquier caso, apelo a la indulgencia del lector.

En cuanto al relato mismo debo decir lo siguiente: lo he denominado «fantástico», aunque lo considero realista en grado sumo. Pero lo cierto es que contiene también un elemento fantástico, precisamente la forma misma del relato. Antes de pasar adelante, considero necesario ofrecer algunas aclaraciones sobre ese particular.

El caso es que no se trata de un relato ni de unas anotaciones. Imaginaos a un marido que tiene delante de sí, tendida sobre una mesa, a su mujer, que se ha suicidado unas horas antes arrojándose por la ventana. Está anonadado y aún no ha conseguido ordenar sus ideas. Va y viene por las habitaciones y se esfuerza por comprender lo que ha pasado, por «concentrar sus pensamientos en un punto». Añadamos a eso que es un hipocondríaco inveterado, uno de esos hombres que conversan consigo mismos. De modo que se está hablando, se cuenta lo ocurrido y procura *poner las cosas en claro*. A pesar de la aparente coherencia de su discurso, se contradice varias veces, tanto en la lógica como en los sentimientos. Tan pronto trata de justificarse como acusa a la difunta o se pierde en explicaciones accesorias, y sus consideraciones nos revelan la crudeza de sus pensamientos y de su corazón, así como la profundidad de sus sentimientos. Poco a poco consigue realmente *poner las cosas en claro* y concentrar «sus pensamientos en un punto». La sucesión de pensamientos que evoca acaba conduciéndole inexorablemente a *la verdad*; y esa verdad eleva inexorablemente su espíritu y su corazón. Al final hasta el tono del relato cambia, en comparación con el caótico comienzo. La verdad se revela al desdichado de manera bastante neta y precisa, al menos para sí mismo.

Ése es el tema. Naturalmente, el desarrollo del relato se prolonga durante varias horas, con cortes, interrupciones y una forma un tanto confusa: tan pronto está hablando consigo mismo como se dirige a un oyente invisible o a cierto juez. Pero así es como ocurren siempre las cosas en la realidad. Si un taquígrafo hubiera podido oírlo y anotar todo, habría resultado una narración más caótica e informe que la que

yo ofrezco, pero creo que el fondo psicológico habría sido el mismo. Pues bien, ese supuesto de que un taquígrafo lo hubiera anotado todo (yo me habría limitado a pulir esas notas) es lo que llamo «fantástico» en este relato. Es un procedimiento que la literatura ha empleado ya más de una vez: Victor Hugo, por ejemplo, en su obra maestra *El último día de un condenado a muerte*, se valió de un recurso casi idéntico y, si bien en su narración no aparece ningún taquígrafo, incurrió en una inverosimilitud aún mayor al suponer que un condenado a muerte dispone de la posibilidad (y el tiempo necesario) para tomar notas no sólo en su último día, sino incluso en su última hora y literalmente en su último minuto. Pero si no se hubiera permitido esa licencia, no existiría la obra, la más realista y verdadera de cuantas escribió.

CAPÍTULO PRIMERO

I

QUIÉN ERA YO Y QUIÉN ERA ELLA

... Mientras ella esté aquí, todo va bien: a cada instante me acerco a mirarla, pero ¿qué será de mí cuando se la lleven mañana y me quede solo? Ahora está en la sala, sobre la mesa, o mejor, sobre las dos mesas de juego que han puesto juntas; el ataúd lo traerán mañana, un ataúd blanco, guarnecido de *gros de Naples*... pero no es de eso de lo que quería hablar... No hago más que ir de un lado a otro, tratando de encontrar alguna explicación. Hace ya seis horas que lo intento y aún no he conseguido concentrar mis pensamientos en un solo punto. El caso es que no paro de ir de aquí para allá, de aquí para allá... Así es como han sucedido las cosas. Simplemente voy a contarlos por orden. (¡Por orden!) Señores, yo no soy ningún literato, como ya os habréis dado cuenta, pero no importa: contaré las cosas como las entiendo. Eso es precisamente lo que me espanta: ¡que lo entiendo todo!

Por si quieren saberlo les diré —pues hay que empezar a contar las cosas por el principio— que ella había venido a mi casa a empeñar algunos objetos para poder pagar un anuncio en *La Voz* en el que, entre otras cosas, se decía que una institutriz aceptaría trabajar fuera de la ciudad, dar clases a domicilio, etc. Eso era al comienzo mismo, cuando yo, naturalmente, no la distinguía de los demás: venía como tantos otros, nada más. Luego empecé a fijarme en ella. Era delgadita, muy rubia, más bien alta que baja; conmigo siempre se mostraba un poco incómoda, como si se sintiera cohibida (creo que era así con cualquier extraño, y yo, ni que decir tiene, le importaba tanto como cualquier otro, quiero decir como persona, no como prestamista). En cuanto recibía el dinero, daba media vuelta y se marchaba. Y todo en silencio. Otros

discuten, piden, regatean para que les den más; pero ella no, cogía lo que le daban... Creo que estoy perdiendo el hilo... Sí; lo primero que me sorprendió fueron los objetos que me traía: unos zarcillos de plata bañados en oro, un medalloncito de poca monta; objetos, en fin, de muy escaso valor. Ella misma sabía que no valían nada, pero yo veía en su cara que para ella eran preciosísimos; y, en efecto, más tarde me enteré de que era todo lo que le habían dejado sus padres. Sólo una vez me permití reírme de sus cosas. Por lo demás, como comprenderán ustedes, nunca me permito tales reacciones; el tono que adopto con mis clientes es el de un auténtico caballero: pocas palabras, corteses y severas. «Severidad, severidad y severidad.» Pero un día se le ocurrió traerme los restos (y nunca mejor dicho) de una vieja chaquetilla de piel de liebre, y yo no pude contenerme y le dije algo que pretendía ser una broma. ¡Dios santo, se puso como la grana! Tenía ojos grandes, azules, pensativos, pero ¡cómo centellearon! No obstante, no dijo ni una palabra, cogió sus «restos» y se marchó. Fue entonces cuando por primera vez reparé y pensé en ella de esa manera, es decir, de una manera *especial*. Sí; aún me acuerdo de una impresión, la impresión principal, si ustedes quieren, la síntesis de todo: a saber, que era terriblemente joven, tan joven que uno le habría echado catorce años, cuando en verdad sólo le faltaban tres meses para cumplir los dieciséis. No obstante, no es eso lo que quería decir, no es ahí, ni mucho menos, donde está la síntesis. Al día siguiente apareció de nuevo. Más tarde me enteré de que había ofrecido la chaquetilla de marras a Dobronrávov y a Mózer, pero ellos no aceptan nada más que oro, así que no quisieron hablar siquiera del asunto. Yo, en cambio, le había aceptado una vez un camafeo (una baratija, la verdad), aunque después, al reflexionar, me había asombrado: yo tampoco acepto más que oro y plata, y sin embargo a ella le tomé el camafeo. Fue la segunda vez que pensé en ella, lo recuerdo muy bien.

En aquella ocasión, es decir, después de haber estado en casa de Mózer, me trajo una boquilla de ámbar, un objeto curioso para un aficionado, pero para nosotros una vez más desprovisto de valor, pues nosotros sólo aceptamos oro. Como volvía después del *motín* de la víspera, la recibí con severidad. En mi caso, severidad significa sequedad. No obstante, al entregarle los dos rublos, no pude contenerme y le dije con cierto enfado: «Lo hago únicamente *por usted*; Mózer nunca le habría aceptado una cosa así». Subrayé de manera especial las palabras «por usted», con intención de darles *cierto sentido*. Estaba enfadado. Al oír ese «por usted», ella volvió a ponerse colorada, pero se calló, no arrojó el dinero, lo aceptó. ¡Lo que hace la pobreza! ¡Pero qué colorada se puso! Me di cuenta de que la había ofendido. Cuando se fue, me pregunté de pronto: ¿acaso esa victoria sobre ella no vale dos rublos? ¡Je, je, je! Recuerdo que me hice dos veces esa misma pregunta: «¿Los vale? ¿Los vale?». Y, riendo, contesté afirmativamente. Me sentí entonces muy contento. Pero no era un mal sentimiento: lo había hecho a propósito, de manera deliberada; quería probarla, porque empezaban a fermentar en mí ciertas ideas que la concernían. Fue la tercera vez que pensé en ella de manera *especial*.

... En fin, fue en ese momento cuando empezó todo. Naturalmente, en seguida procuré informarme de todas las circunstancias por medio de terceros y esperaba su llegada con particular impaciencia. Pues presentía que no tardaría en volver. Cuando se presentó, entablé una amable conversación, haciendo gala de una extremada cortesía. No carezco de educación ni de modales. ¡Hum! Entonces me di cuenta de que era buena y sumisa. Las personas buenas y sumisas no se resisten mucho y, aunque no son muy expansivas, no saben eludir la conversación: responden con parquedad, pero responden, y, cuanto más avanza la conversación, más cosas dicen; basta con no cansaros, si queréis conseguir algo. Ni que decir tiene que en esa ocasión no me explicó nada. Sólo después me enteré de lo del anuncio de *La Voz* y de todo lo demás. En aquella época empleaba sus últimos recursos en anuncios; al principio, naturalmente, con pretensiones: «Institutriz, aceptaría trabajar en provincias; enviar condiciones por correo». Luego: «Se acepta cualquier clase de trabajo: clases, dama de compañía, ama de llaves, cuidado de enfermos, costura», etc., etc. Ya saben cómo es eso. Desde luego, todos esos detalles se fueron añadiendo al anuncio poco a poco; al final, cuando ya era presa de la desesperación, llegó a escribir: «Por la manutención, sin salario». ¡No, no encontraba colocación! Decidí entonces ponerla a prueba por última vez: cogí el número del día de *La Voz* y le enseñé un anuncio: «Muchacha joven, huérfana de padre y madre, trabajaría de institutriz de niños pequeños, preferentemente en casa de un viudo maduro. Puede ayudar a llevar la casa».

—Ya ve usted, esa chica lo ha publicado hoy por la mañana y seguro que por la tarde ya ha encontrado colocación. ¡Así es como hay que redactar los anuncios!

De nuevo se puso colorada, de nuevo sus ojos echaron chispas, se dio la vuelta y se marchó al punto. Esa actitud me gustó mucho. No obstante, yo ya estaba entonces seguro de todo y no tenía nada que temer: nadie iba a aceptar sus boquillas. Aunque la verdad es que ya andaba escasa hasta de boquillas. Así pues, dos días más tarde volvió a aparecer, muy pálida y agitada, y yo comprendí que le había ocurrido algo en casa, como así era. En seguida contaré lo que pasó, pero primero quiero recordar cómo ese día la deslumbré y me gané su estima. Y de pronto adopté esa resolución. El caso es que me trajo ese icono (se había resignado a traerlo)... ¡Ah, oigan, oigan! Fue entonces cuando empezó todo, hasta aquí no he hecho más que embarullarme... Pero ahora quiero recordarlo todo, cada menudencia, cada detalle. Lo único que quiero es concentrar mis pensamientos en un punto, pero no lo consigo; y todos esos detalles, esos pequeños detalles...

Era un icono de la Virgen. La Virgen con el Niño, una imagen doméstica, hogareña, antigua, con marco de plata bañada en oro, y debía valer... bueno, pongamos unos seis rublos. Me di cuenta de que le tenía apego al icono y de que lo empeñaba entero, sin retirar el marco. Le dije que era mejor que lo retirara y que se llevara la imagen, pues, después de todo, eso de empeñar imágenes, en fin...

—¿Lo tiene usted prohibido?

—No, prohibido no, pero hágase usted cargo...

—Bueno, pues quíteselo.

—¿Sabe usted? Voy a dejarlo como está —le dije después de unos instantes de reflexión—. Y lo pondré allí, en el nicho, con los demás iconos, bajo la lamparilla. — (Desde que había abierto la casa de empeños siempre lucía allí una lamparilla)—. Y le daré sin más diez rublos.

—No necesito diez, deme cinco; lo rescataré sin falta.

—¿No quiere diez? El icono los vale —añadí, advirtiendo que sus ojitos de nuevo echaban chispas. Ella no dijo nada. Le alargué cinco rublos—. No desprecie usted a nadie, también yo me he visto en tales apuros, si no peores, y si ahora me ve usted metido en este negocio... es por lo mucho que he tenido que soportar...

—¿Se venga usted de la sociedad? ¿Eh? —me interrumpió de pronto con una sonrisa bastante sarcástica, en la que, no obstante, había mucha inocencia (quiero decir que no iba dirigida a mí en particular, porque en ese momento ella no me distinguía en absoluto de los demás, así que lo dijo casi sin ánimo de ofender).

«¡Vaya! —pensé—. Ya veo cómo eres, y que tienes carácter, como se estila ahora.»

—Mire —observé al punto entre bromista y misterioso—. Soy una parte de ese todo que desea hacer el mal y siempre acaba engendrando el bien...

Ella me dirigió una mirada fugaz y llena de curiosidad, en la que, por cierto, había mucho de infantil.

—Espere... ¿Qué pensamiento es ése? ¿De dónde lo ha sacado? Lo he oído en alguna parte...

—No se devane los sesos: son las palabras con que Mefistófeles se presenta a Fausto. ¿Ha leído usted *Fausto*?

—No... no detenidamente.

—En otras palabras que no lo ha leído. Pues debería hacerlo. Pero vuelvo a ver en sus labios un mohín de burla. Le ruego que no me atribuya el mal gusto de querer realzar mi papel de prestamista haciéndome pasar por Mefistófeles. Un prestamista es siempre un prestamista. Ya lo sabemos.

—Qué raro es usted... No tenía la menor intención de decirle algo así...

Quería decir: «No esperaba que fuera usted un hombre cultivado»; pero no lo dijo; en cualquier caso, yo sabía que lo había pensado. Ese detalle le había encantado.

—Ya ve usted —observé—, en cualquier ámbito se puede hacer el bien. Naturalmente, no estoy hablando de mí; yo no hago más que el mal, pero...

—Claro que se puede hacer el bien en cualquier coyuntura —dijo ella, dirigiéndome una mirada rápida y penetrante—. En cualquier coyuntura, no lo dude usted —añadió de pronto.

¡Ah, me acuerdo! ¡Me acuerdo de todos esos instantes! Y me gustaría añadir que, cuando los jóvenes, esos simpáticos jóvenes, quieren decir algo inteligente y profundo, con excesiva sinceridad y candidez ponen una cara en la que puede leerse:

«Presta atención, que voy a decirte una cosa inteligente y profunda». Y no por vanidad, como nosotros, sino porque conceden un gran valor a todo eso, porque creen en sus palabras, las respetan y suponen que vosotros las respetáis tanto como ellos. ¡Ah, la sinceridad! ¡Eso es lo que les da la victoria! ¡Y qué encantadora era en ella!

¡Lo recuerdo, no he olvidado nada! Cuando se fue, me decidí de pronto. Ese mismo día hice las últimas pesquisas y me enteré de todo lo que me quedaba por saber, hasta de los detalles más íntimos de su vida presente; los secretos de su vida anterior los conocía por Lukeria, que entonces estaba a su servicio y a la que había sobornado unos días antes. Esos detalles eran tan terribles que no entiendo cómo había sido capaz de reírse poco antes y de interesarse por las palabras de Mefistófeles, cuando vivía en medio de tales horrores. ¡Pero así es la juventud! Eso pensé entonces de ella con orgullo y alegría, porque había en su actitud grandeza de ánimo: «Aunque me encuentre al borde del abismo, las grandiosas palabras de Goethe siguen resplandeciendo para mí». Los jóvenes siempre tienen grandeza de ánimo, aunque sea una pizca y no siempre la encaucen en la dirección correcta. Estoy hablando de ella, sólo de ella. Y lo principal es que ya entonces la consideraba *mía* y no dudaba de mi poder. Y saben ustedes, es un pensamiento de lo más voluptuoso, cuando ya no se duda.

Pero ¿qué estoy haciendo? Si sigo así, ¿cómo voy a concentrar mis ideas en un punto? Vamos, vamos. ¡Eso no es lo importante, Dios mío!

II

LA PETICIÓN DE MANO

«Los detalles íntimos» de los que me enteré pueden resumirse en unas pocas palabras: su padre y su madre habían muerto hacía tiempo, tres años antes, y ella había quedado al cuidado de unas tías estrafalarias. Aunque ese calificativo se queda corto. Una de ellas era viuda y estaba cargada de hijos, nada menos que seis, todos de poca edad; la otra era una vieja solterona detestable. Ambas eran detestables. Su padre había sido funcionario, pero no había pasado de escribiente, y su nobleza era personal, no hereditaria^[73]; en resumidas cuentas: todo estaba a mi favor. Yo parecía surgir de un mundo superior: no en vano, era capitán ayudante retirado de un renombrado regimiento, noble de nacimiento, independiente y demás; y en cuanto a la casa de empeños, sólo podía infundir respeto a las tías. Durante tres años había sido esclava de sus tías, pero, a pesar de todo, había pasado no sé qué examen; había conseguido pasarlo, arrancando algún momento a su despiadada labor cotidiana, lo que daba muestras de su aspiración por lo noble y lo sublime. Pero ¿para qué quería yo casarme? Sin embargo, no merece la pena hablar de mí; ya nos ocuparemos de eso más tarde... ¡Como si fuera de eso de lo que se trata! Daba lecciones a los hijos de sus tías, cosía ropa blanca, y al final, por si no bastara con eso, le hacían fregar los

suelos, a pesar de lo débil que tenía el pecho. La verdad es que hasta le pegaban y le echaban en cara cada mendrugo de pan. Y acabaron concibiendo la idea de venderla. ¡Uf! Pasaré por alto esos inmundos detalles. Más tarde ella misma me lo contó todo con pelos y señales. Todo aquello lo venía observando desde hacía un año un grueso comerciante del vecindario, y no un comerciante cualquiera, pues era propietario de dos tiendas de ultramarinos. A base de palizas, había mandado ya a la tumba a dos mujeres y andaba buscando una tercera; y miren por donde le había echado el ojo a ella: «Es tranquila —pensaba—, ha crecido en la pobreza; pero si me caso es sólo pensando en mis huérfanos». Y, en efecto, tenía hijos. Hizo su petición, empezó a negociar con las tías; añadiré que el hombre tenía unos cincuenta años. Ella estaba horrorizada. Fue entonces cuando empezó a frecuentar mi negocio para poder poner sus anuncios en *La Voz*. Finalmente, suplicó a sus tías que le dieran algún tiempo para pensarlo. Se lo concedieron, pero muy poco, y no dejaban de atosigarla: «Ni nosotras mismas sabemos qué vamos a comer y encima tenemos que alimentar una boca de más». Estaba al tanto de todas esas cosas y aquel día, después de lo que había sucedido por la mañana, me decidí. Esa misma tarde se presentó el comerciante; había traído de su tienda una libra de caramelos por valor de medio rublo; ella estaba sentada a su lado, pero yo llamé a Lukeria, que se hallaba en la cocina, y le pedí que se acercara y le susurrara que la esperaba junto al portón y que tenía algo urgente que comunicarle. Estaba muy satisfecho de mí. En general, todo ese día me había sentido muy contento.

Allí, junto al portón, delante de Lukeria, le anuncié —había que ver lo sorprendida que estaba por el mero hecho de que la hubiera llamado— que consideraría una felicidad y un honor... En segundo lugar, le dije que no se asombrara de mi manera de proceder y de ese encuentro junto al portón: «Soy un hombre sincero y he estudiado las circunstancias del caso». Y no mentía al calificarme de hombre sincero. Bueno, dejemos eso. Hablé no sólo de forma correcta, es decir, demostrando que era un hombre educado, sino también con originalidad, que es lo principal. ¿Qué pasa? ¿Acaso está mal reconocerlo? Quiero juzgarme y me juzgo. Debo hablar en pro y en contra, y así lo hago. Más tarde recordaría esa escena con placer, por absurdo que pueda parecer: en aquella ocasión declaré con toda claridad, sin empacho alguno, que, en primer lugar, no tenía mucho talento ni era muy inteligente, y quizá tampoco especialmente bondadoso; que era más bien un egoísta barato (recuerdo que esa expresión se me ocurrió por el camino y quedé muy satisfecho de ella) y que era más que probable que tuviera muchos otros rasgos desagradables. Todo eso lo dije con un orgullo de una clase muy especial; ya saben cómo se dicen esas cosas. Desde luego, tuve el suficiente buen gusto para, después de confesarle con nobleza mis defectos, no ponerme a enumerar mis virtudes, diciendo, por ejemplo: «Pero, en compensación, poseo tales y tales cualidades». Vi que ella aún tenía muchísimo miedo, pero yo no atenué mis palabras; al contrario, advirtiéndolo asustada que estaba, cargué las tintas a propósito; le dije claramente que no pasaría

hambre, pero que se olvidara de los vestidos, de los teatros y de los bailes, al menos hasta más tarde, cuando hubiera alcanzando mi propósito. Ese tono severo me entusiasmaba. Añadí, también como sin darle importancia, en la medida de lo posible, que si había elegido esa ocupación, es decir, si mantenía esa casa de empeños, era con un solo fin, que había determinada circunstancia... La verdad es que tenía derecho a hablar de esa manera: ese fin y esa circunstancia existían realmente. Debo confesarles, señores, que soy el primero que durante toda mi vida he odiado esa casa de préstamos, pero, en verdad, aunque resulte ridículo decirse a sí mismo frases enigmáticas, «me estaba vengando de la sociedad». ¡Sí, así es, así es! De manera que su broma de esa mañana, cuando me preguntó si me «estaba vengando», era injusta. Es decir, entiéndanme, si yo le hubiera dicho de manera expresa: «Sí, me vengo de la sociedad», ella se habría reído a carcajadas, como por la mañana, y la verdad es que habría sido ridículo. Mientras que, mediante una alusión indirecta y soltando una frase enigmática, fui capaz de excitar su imaginación. Además, en aquel momento no tenía miedo de nada: sabía que, en cualquier caso, el grueso comerciante le repugnaba más que yo y que, allí de pie junto al portón, aparecía como su liberador. Me daba perfecta cuenta. ¡Ah, el ser humano entiende especialmente bien las vilezas! Pero ¿era eso una vileza? ¿Se puede condenar a un hombre por algo así? ¿Acaso no la amaba ya entonces?

Esperen. Ni que decir tiene que no le hablé para nada de una buena acción; al contrario, muy al contrario: «Soy yo quien debe sentirse agradecido, no *usted*». La verdad es que lo expresé hasta con palabras, incapaz de contenerme, y debió de resultar estúpido porque advertí una fugaz arruga en su frente. Pero en conjunto había ganado totalmente la partida. Esperen. Si hay que recordar toda esa inmundicia, debo mencionar una última porquería: mientras estaba allí delante de ella, esto es lo que me daba vueltas en la cabeza: «Eres alto, apuesto, bien educado y, en fin, sin que suene a fanfarronada, nada feo». Eso era lo que se me pasaba por la imaginación. Naturalmente, ella me dio el *sí* allí mismo. Pero... pero debo añadir una cosa más: estuvo un buen rato pensando antes de aceptarme. Tan sumida estaba en sus reflexiones que estuve a punto de preguntarle: «¿Y bien?»; y al final no pude contenerme y se lo pregunté con cierto rebuscamiento: «¿Y bien, señorita?».

—Espere un momento, déjeme que lo piense.

¡Y tenía una expresión tan seria que ya entonces podría haberlo adivinado todo! Pero en vez de eso, me sentí ofendido: «¿Será posible que entre el tendero y yo no sepa a quién elegir?». ¡Ah, entonces todavía no entendía! ¡Entonces no entendía nada, absolutamente nada! ¡No he entendido nada hasta hoy! Recuerdo que Lukeria salió corriendo detrás de mí cuando ya me iba, se detuvo en medio del camino y me dijo atropelladamente: «Dios le recompensará, señor, por casarse con nuestra querida señorita, pero no se lo diga; es orgullosa».

¡Conque orgullosa!, me dije. Pero a mí me gustan las mujeres con orgullo. Están especialmente bien cuando... bueno, cuando uno ya no duda del poder que tiene

sobre ellas, ¿no es así? ¡Ah, hombre vil y torpe! ¡Ah, qué satisfecho me sentía! Pero miren ustedes: cuando ella estaba entonces junto al portón, sumida en sus reflexiones, antes de darme el sí, me asombraba, saben, que por su mente pudiera estar pasando el siguiente pensamiento: «Ya que seré infeliz tanto con uno como con otro, ¿no sería mejor elegir sin más al peor, es decir, al comerciante gordo, para que me mate a golpes cuanto antes durante una borrachera?». ¿Eh? ¿Qué dicen ustedes? ¿Creen que pudo albergar ese pensamiento?

Ahora tampoco lo entiendo. ¡Ahora tampoco entiendo nada! Acabo de decir que pudo albergar este pensamiento: de dos desgracias, elegir la peor, es decir, al comerciante. Pero ¿quién era el peor para ella entonces, el comerciante o yo? ¿El comerciante o el prestamista que citaba a Goethe? ¡Ésa es la cuestión! ¿Qué cuestión? Tampoco ahora comprendes nada: ¡tienes la respuesta encima de la mesa y sigues hablando de una «cuestión»! ¡Al diablo conmigo! En este caso no se trata de mí... Aunque, por lo demás, ¿qué puede importarme ahora que se trate o no de mí? Eso es lo que no puedo dilucidar. Será mejor que me vaya a la cama. Me duele la cabeza...

III

EL MÁS NOBLE DE LOS HOMBRES, PERO NI YO MISMO LO CREO

No he podido conciliar el sueño. ¿Cómo iba a dormir con ese latido martilleándome las sienes? Me gustaría desentrañar todo eso, todo ese fango. ¡Ah, el fango! ¡De qué fango la saqué entonces! ¡Debía comprenderlo, valorar mi conducta! Me agradaban también otros pensamientos, por ejemplo, que yo tenía cuarenta y un años y ella sólo dieciséis. Eso me encantaba; esa sensación de desigualdad es deliciosa, deliciosa.

Yo quería, por ejemplo, celebrar una boda *à l'anglaise*, es decir, que estuviéramos sólo nosotros, con dos testigos a lo sumo, de los cuales uno sería Lukeria, y luego coger en seguida un tren, aunque fuera para ir a Moscú (donde, por cierto, tenía que despachar un asunto) y pasar un par de semanas en un hotel. Pero ella se opuso, no lo permitió, y tuve que ir a presentar mis respetos a las tías, como parientes de cuyas manos la recibía. Cedí y tributé los debidos honores a las tías. Hasta regalé cien rublos a cada una y les prometí más, naturalmente sin decírselo a ella, para no disgustarla con tan sórdidos detalles. Al punto las tías se deshicieron en atenciones. Hubo una discusión a propósito de la dote: ella no tenía nada (y esa última palabra hay que entenderla en sentido casi literal), pero no quería nada tampoco. No obstante, conseguí convencerla de que no podía casarse sin nada, así que yo mismo me encargué de reunir la dote, pues ¿quién iba a hacerlo si no? Bueno, dejemos de hablar de mí. También conseguí entonces comunicarle alguna de mis ideas, para que al menos las conociera. Es posible que me precipitara. Lo importante es que, desde el principio, a pesar de sus esfuerzos por refrenarse, corría a mi encuentro con amor, me

recibía con alegría, cuando yo llegaba por la tarde, me contaba balbuceando (¡ese encantador balbuceo de la inocencia!) toda su infancia y su adolescencia y me hablaba de la casa paterna y de sus padres. Pero yo me apresuré a echar un jarro de agua fría sobre su entusiasmo. En eso consistía mi plan. A sus arrebatos respondía con mi silencio, un silencio benévolo, naturalmente... pero en cualquier caso ella se dio cuenta en seguida de las diferencias que había entre nosotros y de que yo era un enigma. ¡Y eso era precisamente lo que pretendía! ¡Tal vez cometí toda esa estupidez con el único propósito de plantearle un enigma! Severidad ante todo... Así pues, cuando la llevé a mi casa, impuse un régimen de severidad. En suma, aunque estaba entonces muy contento, me creé todo un sistema. ¡Ah, surgió por sí solo, sin ningún esfuerzo por mi parte! Y no podía ser de otra manera: el curso de los acontecimientos me obligó a organizar ese sistema... Entonces, ¿por qué me acuso a mí mismo? Era un sistema de verdad. No, escuchen, cuando se juzga a un hombre, hay que hacerlo con conocimiento de causa... Escuchen.

No sé por dónde empezar, porque se trata de algo muy difícil. En cuanto empieza uno a justificarse, surgen las dificultades. Vean ustedes: la juventud desprecia, por ejemplo, el dinero... Yo en seguida puse el acento en el dinero, insistí una y otra vez en esa cuestión. Y lo hice con tanto empecinamiento que ella se encerró cada vez más en el silencio. Abría mucho los ojos, escuchaba, miraba y callaba. Fíjense ustedes, los jóvenes son magnánimos —me refiero a los jóvenes bondadosos—, magnánimos e impetuosos, pero poco tolerantes: en cuanto algo no les cuadra, ya están expresando su desprecio. Yo quería que tuviera amplitud de miras; quería que esa actitud prendiera en su corazón, que fuera carne de su carne, ¿me comprenden? Pongamos un ejemplo trivial: ¿cómo podía explicar a una persona así que tuviera una casa de empeños? Naturalmente no me puse a hablar sin más de la cuestión, pues habría parecido que le estaba pidiendo perdón por mi negocio, sino que procedí con orgullo, por decirlo así, y casi no pronuncié palabra. Soy todo un maestro en eso de hablar sin decir apenas nada; he pasado toda mi vida expresándome de ese modo y he soportado verdaderas tragedias sin despegar los labios. ¡Ah, yo también he sido desgraciado! He sido rechazado por todos; sí, rechazado y olvidado, y nadie lo sabe. Y de pronto, esa muchacha de dieciséis años se enteró de ciertos detalles de mi vida por boca de unos miserables, y creía saberlo todo, cuando el verdadero secreto seguía guardado en el pecho de quien esto escribe. Yo callaba todo el tiempo, sobre todo cuando estaba con ella, y eso hasta el día de ayer. ¿Por qué callaba? Porque soy un hombre orgulloso. Quería que lo comprendiese por sí misma, sin que mediara mi ayuda, sin los comentarios de esos miserables. ¡Quería que *ella misma adivinara* quién era yo y me comprendiera a fondo! Al llevarla a mi casa, quería que me tributara un respeto absoluto. Quería que me rindiera pleitesía por mis sufrimientos, pues lo merecía. Ah, siempre he sido orgulloso, siempre he sido partidario del todo o nada. Precisamente porque no puedo aceptar una felicidad a medias y lo quería todo, precisamente por eso, me vi obligado a proceder de ese modo: «¡Descúbrela tú misma y aprecia mi

valía!». Porque convendrán conmigo en que, si me hubiera puesto a darle explicaciones y a dejar caer pistas, si me hubiera andado con rodeos y le hubiera suplicado respeto, habría sido lo mismo que pedir limosna... Y sin embargo... Y sin embargo, ¡no sé a qué viene todo esto!

¡Es estúpido, estúpido, estúpido! Le expliqué entonces en dos palabras, con toda claridad y crudeza (recalco lo de la crudeza), que la magnanimidad de la juventud es encantadora, pero no vale un céntimo. ¿Por qué? Porque apenas le cuesta nada, la adquiere sin haber vivido; todo eso, por decirlo de alguna manera, no son más que «las primeras impresiones del ser», ¡pero espera a verte en dificultades! La magnanimidad barata siempre es fácil; incluso entregar la vida es barato, porque en la juventud hierve la sangre, hay un exceso de energía y se siente un anhelo apasionado de belleza. En lugar de eso, trate usted de realizar una proeza de la magnanimidad que sea difícil, silenciosa, anodina, sin brillo, expuesta a la calumnia, donde el sacrificio inmenso no reporte ni un ápice de gloria, donde usted, hombre intachable, aparezca ante todos como un canalla, cuando en verdad es la persona más honrada del mundo. ¡Vamos, pruebe a llevar a cabo esa heroicidad! ¡Pero no, no se decidirá! Pues yo no he hecho otra cosa en mi vida que cargar con la cruz de semejante proeza. Al principio me contradecía, ¡y cómo!, pero luego se fue callando, hasta quedar muda del todo, limitándose a poner los ojos como platos y escucharme con atención. Y... y, además, vi de pronto una sonrisa incrédula, silenciosa, desagradable. Y con esa sonrisa la llevé a mi casa. La verdad es que no tenía ningún otro lugar al que ir...

IV

PLANES Y MÁS PLANES

¿Quién de nosotros empezó?

Ninguno. Los acontecimientos siguieron su propio curso desde el principio. Ya he dicho que al llevarla a mi casa instauré un régimen de severidad; sin embargo, lo suavicé inmediatamente. Ya antes de casarnos le había explicado que se encargaría de recibir los objetos empeñados y de entregar el dinero, y ella no había objetado nada (no se olviden de ese detalle). Además, se entregó a su tarea con entusiasmo. Naturalmente, la casa y el mobiliario siguieron como antes. La vivienda se componía de dos habitaciones: una sala grande, una parte de la cual estaba ocupada por el negocio, y otra, también grande, nuestra habitación, pieza común, en la que teníamos el dormitorio. Mis muebles eran bastante pobres; hasta las tías los tenían mejores. La urna de los iconos con la lamparilla se hallaba en la sala donde estaba el negocio; en mi habitación tenía un armario con varios libros y la arqueta, cuyas llaves llevo siempre conmigo; allí también estaba la cama, un par de mesas y unas sillas. Ya antes de casarnos le había dicho que para los gastos corrientes, es decir, para la manutención suya, mía y de Lukeria, a quien había tomado a nuestro servicio, había

fijado la suma de un rublo diario, no más. «Necesito reunir treinta mil rublos en tres años —le dije—, y no hay otro modo de lograrlo.» Ella no opuso ninguna objeción, pero yo mismo aumenté la suma en treinta kopeks. Otro tanto sucedió con el teatro. Le había dicho durante nuestro noviazgo que no iríamos al teatro, pero luego decidí llevarla una vez al mes, y de una manera conveniente, reservando localidades en el patio de butacas. Fuimos juntos tres veces y vimos, si no recuerdo mal, *La búsqueda de la felicidad* y *Las aves canoras*. (¡Ah, al diablo con eso, qué puede importar!) Íbamos en silencio y en silencio regresábamos. ¿Por qué, por qué decidimos callar desde el principio? Pues desde el primer momento no hubo discusiones, sino silencio. Recuerdo que ella me miraba de soslayo, y yo, en cuanto me daba cuenta, me empecinaba aún más en mi silencio. A decir verdad, fui yo, no ella, quien se obstinó en callar. Hubo un par de arrebatos por su parte, en los que se arrojó en mis brazos; pero, como se trataba de arrebatos enfermizos, histéricos, y lo que yo necesitaba era una dicha firme y respeto por su parte, la acogí con frialdad. Y tenía razón: siempre que se producía uno de esos arrebatos, discutíamos al día siguiente.

Bueno, en rigor no puede hablarse de discusiones, pero sí de silencio, y además su actitud era cada vez más insolente. «Rebelión e independencia», eso es lo que tenía en la cabeza, pero no sabía cómo actuar. Sí, ese rostro manso iba adquiriendo una expresión cada vez más insolente. No me creerán, pero la verdad es que me fue cogiendo asco; estoy seguro. Y no cabe duda de que a veces se salía de sus casillas. Pero díganme, después de haber escapado de ese fango y de esa miseria, después de haber fregado tantos suelos, ¿cómo era posible que, de buenas a primeras, se pusiera a echar pestes de nuestra pobreza? Y miren ustedes: no se trataba de pobreza, sino de economía; cuando era necesario, nos permitíamos algún lujo, por ejemplo en la ropa blanca o en el aseo. Yo siempre había imaginado que a la mujer le gusta que su marido sea aseado. Sin embargo, ella no se quejaba de la pobreza, sino de mi pretendida cicatería en el gobierno de la casa. «Tiene un fin —se decía probablemente—, quiere mostrar firmeza de carácter.» Ella misma renunció de pronto al teatro. Y cada vez se acentuaba más ese mohín de burla... mientras yo redoblaba mi silencio, redoblaba mi silencio...

¿Debería haber tratado de justificarme? Lo principal aquí era la casa de empeños. Déjenme que me explique: yo sabía que una mujer, y más aún de dieciséis años, no tiene más remedio que someterse por entero a su marido. Las mujeres carecen de originalidad; eso es un axioma; ¡incluso ahora es para mí un axioma! Poco importa que yazga encima de la mesa: la verdad es la verdad, y ni siquiera el propio Stuart Mill puede cambiarla. Pero la mujer amante... ¡Ah, la mujer amante adora incluso los vicios y los crímenes del ser amado! Él mismo no hallará nunca las justificaciones a sus fechorías que ella sabrá encontrar. Todo eso es magnánimo, pero no original. A las mujeres lo único que las pierde es su falta de originalidad. ¿Y qué puede importar, lo repito, que me señalen esa mesa de ahí? ¿Acaso es original que yazga sobre la mesa? ¡Ay!

Escuchen: en aquel entonces yo estaba convencido de su amor. A veces hasta se me arrojaba al cuello. Eso significa que me quería o, mejor dicho, que deseaba quererme. Sí, así era: deseaba quererme, buscaba la manera de quererme. Pero lo principal es que no había fechorías de ningún tipo a las que hubiera que buscar justificación. Dirán ustedes: «Un prestamista»; todo el mundo lo dice. ¿Y qué pasa porque sea prestamista? Sus razones habrá para que el más generoso de los hombres se haya convertido en prestamista. Miren ustedes, ciertas ideas... Quiero decir que resulta bastante estúpido expresar ciertas ideas con palabras. Hasta el punto de que uno mismo siente vergüenza. ¿Y por qué? Por nada. Porque todos nosotros somos una basura y no soportamos la verdad; no se me ocurre otra razón. Acabo de decir «el más generoso de los hombres». Suena ridículo, pero así era en realidad. ¡Es la verdad, una verdad como un templo! Sí, *tenía derecho* entonces a tratar de asegurar mi futuro y a abrir esa casa de préstamos: «Vosotros, hombres, me habéis rechazado, me habéis expulsado con vuestro despectivo silencio. Al apasionado afán con que buscaba vuestra compañía habéis respondido con una ofensa que no olvidaré mientras viva. Por tanto, tenía derecho a levantar un muro entre vosotros y yo, a amasar esos treinta mil rublos y a acabar mis días en algún lugar de Crimea, en la costa meridional, entre montañas y viñedos, en mi propia hacienda, comprada con esos treinta mil rublos; y, sobre todo, lejos de todos vosotros, pero sin ningún rencor, con un ideal en el alma, en compañía de mi querida esposa y de mis hijos, si Dios tenía a bien concedérmelos, y ayudando a los campesinos de los alrededores». Naturalmente, está bien que yo mismo diga ahora esas cosas de mí, pero ¿podría haber cometido mayor estupidez que expresarlas entonces en voz alta? De ahí mi orgulloso silencio; de ahí que pasáramos el tiempo sin hablarnos. Pues, ¿qué habría podido entender ella? Tenía dieciséis años, estaba en la primera juventud, ¿cómo iba a comprender mis justificaciones, mis sufrimientos? Había en ella mucha rigidez, desconocimiento de la vida, convicciones juveniles baratas, esa ceguera de las «almas bellas», pero ante todo estaba la casa de empeños, ¡y eso era más que suficiente! (Pero ¿acaso era un prestamista ladrón? ¿Es que no veía cómo me comportaba y que nunca pedía de más?) ¡Ah, qué terrible es la verdad en este mundo! ¡Esa criatura encantadora, sumisa, celestial, era un tirano, un tirano implacable de mi alma, un verdugo! ¡Me calumniaría a mí mismo si no lo dijera! ¿Creen ustedes que no la quería? ¿Quién puede decir que no la quería? ¿Es que no ven la ironía, la perversa ironía del destino y de la naturaleza? ¡Estamos malditos! ¡La vida de los hombres, en general, está maldita! (¡Y la mía en particular!) ¡Ahora me doy cuenta de que me equivoqué en algo! ¡Algo no salió como debía! Todo estaba claro, mi plan era tan claro como el cielo: «Severo, orgulloso, no necesita consuelo moral de nadie, sufre en silencio». Y así era en realidad, ¡no mentía, no mentía! «Con el tiempo ella misma descubrirá mi generosidad, por más que ahora no sepa verla; y el día que la descubra, la apreciará diez veces más y se pondrá de rodillas ante mí, juntando las manos en ardiente plegaria.» Ése era el plan. Pero debí olvidar o perder de vista algún detalle. Hubo

algo que no supe hacer. Pero basta, basta. ¿Y a quién pedir perdón ahora? No se puede volver atrás en el tiempo. ¡Sé valiente, hombre, demuestra tu orgullo! ¡No fue culpa tuya!...

En fin, diré la verdad; no tendré miedo de mirar la verdad a la cara. ¡La culpa la tuvo *ella*, la culpa la tuvo *ella*!...

V

LA MANSA SE REBELA

Las disputas empezaron cuando a ella, de pronto, se le ocurrió hacer los préstamos a su manera y tasar los objetos por encima de su valor; incluso un par de veces se atrevió a discutir el tema conmigo. Yo le manifesté mi desacuerdo. Y fue entonces cuando apareció esa viuda de capitán.

Se presentó la anciana con un medallón, regalo de su difunto marido; bueno, ya se sabe, un recuerdo. Le di treinta rublos. Se puso a gemir y a implorar con voz lastimera que no lo vendiéramos; naturalmente, yo la tranquilice. Resumiendo, a los cinco días volvió para cambiarlo por un brazalete que no valía ni ocho rublos; ni que decir tiene que me negué. Es probable que adivinara algo en los ojos de mi mujer, pues el caso es que volvió en mi ausencia, y que ella le cambió el medallón.

Al enterarme ese mismo día, le hablé con mansedumbre, pero en términos firmes y razonables. Estaba sentada en la cama, mirando el suelo, dando golpecitos en la alfombra con la punta del pie derecho (un gesto muy suyo); en sus labios se dibujaba una sonrisa maliciosa. Entonces, sin levantar lo más mínimo la voz, le aclaré con la mayor serenidad que ese dinero era *mío*, que tenía derecho a ver la vida con *mis propios* ojos y que, cuando la había invitado a entrar en mi casa, no le había ocultado nada.

De pronto ella se levantó de un salto, temblando de pies a cabeza, y, llevada de la cólera que sentía contra mí —¿pueden creerlo?—, se puso a patalear; era una fiera, una furia; era una fiera enfurecida. Estaba paralizado de asombro: nunca me había esperado semejante arrebató. Pero no perdí el dominio de mí mismo, ni siquiera me moví, y con la misma voz serena de antes le declaré con toda claridad que a partir de ese momento le prohibía participar en mis ocupaciones. Ella se rió en mi cara y salió a la calle.

El caso es que no tenía derecho a marcharse así. Ya antes de casarnos habíamos convenido en que no iría a ninguna parte sin mí. Cuando volvió por la tarde, no le dirigí la palabra.

Al día siguiente también se marchó por la mañana, y al otro lo mismo. Yo cerré el negocio y fui a ver a sus tías. Después de la boda había roto toda relación con ellas: ni las recibía en mi casa ni aparecía por la suya. Me enteré de que no había ido a verlas. Me escucharon con curiosidad y se rieron en mis propias narices: «Se lo tiene

merecido», me dijeron. Pero ya había contado yo con sus burlas. A continuación soborné a la menor de las tías, la soltera, prometiéndole cien rublos, de los que le adelanté veinticinco. Al cabo de dos días vino a verme y me dijo: «En el asunto está mezclado un oficial, el teniente Yefímovich, antiguo compañero suyo de regimiento». Yo me quedé muy sorprendido. Ese Yefímovich era la persona que más me había perjudicado en el regimiento, pero un mes antes había tenido el descaro de presentarse en mi negocio un par de veces, con el pretexto de empeñar un objeto, y recuerdo que había empezado a bromear con mi mujer. Yo entonces me acerqué y le dije que, en consideración a nuestras antiguas relaciones, hiciera el favor de no volver a aparecer por allí; pero no se me pasó por la cabeza que pudiera suceder algo semejante; simplemente, pensé que era un insolente. Y ahora, de pronto, la tía me anunciaba que ya habían concertado una entrevista y que, detrás de todo aquel asunto, estaba una antigua conocida de las tías, Yulia Samsónovna, viuda de un coronel: «Es a su casa adonde se dirige ahora su esposa».

Abreviaré la historia. El asunto vino a costarme cerca de trescientos rublos, pero a los dos días había arreglado las cosas de tal modo que pude instalarme en la habitación contigua, detrás de una puerta entornada, y escuchar ese primer *rendez-vous* a solas entre mi mujer y Yefímovich. Unas horas antes, la víspera, habíamos tenido una disputa breve, pero muy significativa para mí.

Regresó al anochecer, se sentó en la cama, me dirigió una mirada burlona y empezó a dar golpecitos en la alfombra con el pie. De pronto, mientras la miraba, me acometió la idea de que en ese último mes o, mejor dicho, en esas últimas dos semanas, su carácter había cambiado de manera drástica; hasta podría decirse que se había convertido en su propia antítesis. Era una criatura violenta, agresiva, no puedo decir que desvergonzada, pero sí descomedida y con ganas de armar gresca. Buscaba la manera de armar gresca. Pero su mansedumbre se lo impedía. Cuando una mujer así se rebela, se ve en seguida que, aunque se pase de la raya, ella misma tiene que forzarse y aguijonearse, y que a pesar de todo no puede quebrar su sentido de la moralidad y de la decencia. Por eso tales mujeres a veces llegan tan lejos que uno no puede creer a sus propios ojos. Un alma habituada a la depravación, por el contrario, siempre atenúa las cosas; procede de una forma más infame, pero con cierta apariencia de decoro y decencia, con la pretensión de quedar por encima de vosotros.

—¿Es verdad que le expulsaron a usted del regimiento porque tuvo miedo de batirse en duelo? —preguntó de pronto, de buenas a primeras, y sus ojos centellearon.

—Sí; por decisión de los oficiales se me obligó a abandonar el regimiento, aunque había pedido el retiro antes de eso.

—¿Le expulsaron por cobarde?

—Sí, eso decía la sentencia. Pero no me negué a batirme por cobardía, sino porque no quise someterme a su tiránica decisión y desafiar a un hombre cuando no me sentía ofendido. Debe usted saber —no pude dejar de añadir— que rebelarse contra esa clase de tiranía y afrontar todas las consecuencias requiere mucha más

valentía que batirse en duelo.

No había podido contenerme y había pronunciado una frase que sonaba como una justificación; y era eso lo que ella estaba esperando, esa nueva humillación mía. Estalló en una risa maligna.

—¿Y es verdad también que, durante tres años, iba por las calles de San Petersburgo como un vagabundo, pidiendo limosna, y que pasaba las noches debajo de las mesas de billar?

—Y también en la plaza de la Paja, en la casa Viázemski^[74]. Sí, es verdad; después de abandonar el regimiento, tuve que soportar muchas situaciones oprobiosas y denigrantes, pero sin sufrir ningún menoscabo moral, porque ya entonces era yo el primero en detestar mi conducta. Aquello no fue más que un desmayo de la voluntad y de la razón, motivado por lo desesperado de mi situación. Pero todo eso pertenece ya al pasado...

—¡Ah, sí, ahora es usted todo un personaje, un financiero!

Era una alusión a la casa de préstamos. Pero yo ya había conseguido dominarme. Me di cuenta de que deseaba escuchar explicaciones humillantes para mí y no se las proporcioné. En ese momento sonó la campanilla, anunciando la llegada de un cliente, y yo pasé a la sala. Una hora más tarde, estando ya vestida para salir, se detuvo delante de mí y me dijo:

—Pero usted no me dijo nada de eso antes de la boda.

Yo no respondí y ella se marchó.

En suma, al día siguiente me encontraba en aquella habitación contigua, detrás de la puerta, y escuchaba cómo se decidía mi suerte; llevaba en el bolsillo un revólver. Ella se había puesto sus mejores galas y estaba sentada a la mesa, mientras Yefímovich se pavoneaba delante de ella. Y figúrense, todo resultó (lo digo en mi honor) como había previsto y supuesto, aunque ni yo mismo fuese consciente de mis previsiones y suposiciones. No sé si me expreso de manera comprensible.

Esto es lo que pasó. Estuve escuchando una hora entera y durante toda esa hora asistí a un duelo entre la mujer más noble y de espíritu más elevado y un individuo mundano, depravado y limitado, con un alma rastrera. ¿Cómo es posible, pensaba yo, que esa mujer mansa, ingenua y poco locuaz sepa todas esas cosas? Ni el autor más ingenioso de comedias ligeras habría sido capaz de escribir esa escena de burlas, carcajadas ingenuas y santo desprecio de la virtud en aras del vicio. ¡Y qué chispeantes eran sus palabras y sus breves comentarios, qué ingenio denotaban sus rápidas respuestas, cuánta verdad había en sus reprobaciones! Y al mismo tiempo, ¡cuánta ingenuidad casi virginal! Se reía en su propia cara de sus declaraciones de amor, de sus gestos, de sus proposiciones. Yefímovich, que había acudido con la idea de un asalto sin contemplaciones y que no había esperado encontrar resistencia, se encontró de pronto desarmado. Al principio yo no podía dejar de pensar que se trataba de simple coquetería por parte de ella... «de la coquetería de un ser perverso, pero ingenioso, que quiere hacerse valer». Pero la verdad resplandeció como el sol,

sin que cupiera albergar ninguna duda. Sólo llevada de un odio impetuoso e insincero hacia mí, había sido capaz esa criatura inexperta de concertar esa cita, pero cuando llegó el momento de la verdad, se le abrieron de pronto los ojos. Había tratado de ofenderme de cualquier manera, pero, una vez decidida a cometer semejante vileza, no había podido soportar tamaña irregularidad. Y en verdad, ¿cómo habría podido Yefímovich o cualquier otro de esos individuos mundanos seducir a una mujer como ella, tan pura e inocente, con tales ideales? Al contrario, para ella sólo era motivo de risa. Toda la verdad resplandeció en su alma y la indignación hizo brotar sarcasmos de su corazón. Lo repito: aquel bufón se vio al final completamente desarmado y se quedó sentado, con el ceño fruncido, sin responder apenas, hasta el punto de que empecé a temer que se atreviera a ultrajarla movido de un bajo espíritu de venganza. Y vuelvo a repetirlo: puedo decir en mi honor que escuché toda esa escena sin apenas asombro. Era como si estuviera asistiendo a algo conocido. Me parecía que había acudido a ese lugar para contemplar precisamente eso. Había ido sin creer en nada, sin dar crédito a ninguna acusación, aunque me había guardado el revólver en el bolsillo... ¡ésa es la verdad! Pero ¿podía acaso imaginar otra conducta por su parte? En tal caso, ¿por qué la quería? ¿Por qué la tenía en tan alta estima? ¿Por qué me había casado con ella? Ah, naturalmente, quedé entonces completamente convencido de lo mucho que me odiaba, pero también de lo pura que era. Interrumpí bruscamente la escena abriendo la puerta. Yefímovich pegó un salto, yo cogí a mi mujer de la mano y la invité a salir conmigo. Yefímovich se recobró y, de pronto, estalló en una carcajada sonora y estridente:

—¡Ah, no puedo decir nada contra los santos deberes conyugales! ¡Llévesela! ¡Llévesela! Ya sabe —me gritó cuando salía— que un hombre de honor no puede batirse con usted, pero de todos modos, por respeto a la señora, me pongo a su disposición... Suponiendo que tenga usted valor...

—¿Has oído? —le pregunté, deteniéndola un segundo en el umbral.

Luego, a lo largo de todo el camino, no intercambiamos ni una sola palabra. Yo la llevaba del brazo y ella no oponía resistencia. Al contrario, estaba terriblemente sorprendida, pero ese estado sólo duró hasta que llegamos a casa. Una vez dentro, se sentó en una silla y me miró fijamente. Estaba muy pálida; aunque sus labios se habían plegado en ese mohín de burla, me miraba con solemne y severa expresión de desafío; por lo visto, en los primeros momentos estaba plenamente convencida de que iba a matarla de un disparo. Pero yo saqué el revólver del bolsillo sin abrir la boca y lo dejé en la mesa. Ella me miró y luego volvió los ojos al revólver. (No se olviden de que ella conocía ese revólver. Lo había adquirido cuando abrí la casa de empeños y estaba cargado desde entonces. Cuando puse ese negocio, tomé la decisión de no tener grandes mastines ni un criado musculoso, como el que servía a Mózer, por ejemplo. A mis clientes les abría la cocinera. Pero en una actividad como la nuestra, no puede uno privarse, por lo que pueda pasar, de un medio de defensa personal, y yo me había decidido por un revólver cargado. Durante los primeros días que pasó en mi

casa, ella se interesó mucho por el revólver y me hizo algunas preguntas al respecto; yo le expliqué incluso el mecanismo y el modo de usarlo y una vez hasta la persuadí para que disparara sobre un blanco. Tengan todo eso en cuenta.) Sin prestar atención a su mirada asustada, me tumbé en la cama a medio vestir. Estaba muy cansado: eran ya cerca de las once. Ella siguió sentada en el mismo sitio, sin moverse, cerca de una hora; luego apagó la vela y se tumbó, vestida también, en el sofá que había junto a la pared. Era la primera vez que no dormía a mi lado; no pierdan tampoco de vista ese detalle...

VI

UN RECUERDO TERRIBLE

Paso a ocuparme ahora de ese recuerdo terrible...

Me desperté a eso de las ocho, si no recuerdo mal; la luz de la mañana entraba ya en la habitación. Me desperté de golpe, con plena conciencia, y abrí en seguida los ojos. Ella estaba junto a la mesa y tenía el revólver entre las manos. No se dio cuenta de que me había despertado y la estaba mirando. De pronto vi que se acercaba hacia mí con el revólver. Me apresuré a cerrar los ojos y fingí que estaba profundamente dormido.

Llegó hasta la cama y se detuvo a mi lado. Yo lo oía todo; se había hecho un silencio de muerte, pero oía también ese silencio. En ese momento, sacudido por una especie de movimiento convulsivo, abrí los párpados en contra de mi voluntad, sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Ella me miraba fijamente a los ojos y acercaba el revólver a mi sien. Nuestras miradas se encontraron, pero eso no duró más que un instante. Haciendo un esfuerzo, volví a cerrar los párpados y en ese momento decidí con toda mi alma que no volvería a moverme ni abriría los ojos, pasase lo que pasase.

Sucede a veces que un hombre profundamente dormido abre de pronto los ojos y hasta levanta por un segundo la cabeza y pasea la mirada por la habitación; al cabo de un momento, vuelve a apoyar la cabeza en la almohada, se queda otra vez dormido y no se acuerda luego de nada. Cuando, después de que nuestras miradas se encontraran y de sentir el revólver junto a mi sien, volví a cerrar los ojos y me quedé inmóvil, como si estuviera profundamente dormido, ella pudo suponer perfectamente que en verdad estaba dormido y que no había visto nada, tanto más cuanto que era de todo punto inverosímil que, en caso de haber visto lo que había visto, volviera a cerrar los ojos en un momento *semejante*.

Sí, inverosímil. Pero de todos modos también podía adivinar la verdad: esa idea cruzó por mi mente en ese mismo instante. ¡Ah, qué torbellino de pensamientos y de sensaciones se desencadenó en un momento en mi cabeza! ¡Viva la electricidad del pensamiento humano! En ese caso (me dije), si ella ha adivinado la verdad y sabe que no duermo, le habrá impresionado la serenidad con que acepto la muerte, y es posible

que ahora le tiemble la mano. Su decisión inicial podría desvanecerse al enfrentarse con una impresión nueva y extraordinaria. Dicen que quien llega a una cumbre se siente atraído por el fondo del abismo. Creo que muchos suicidios y asesinatos se cometen únicamente porque ya se tiene el revólver en la mano. También aquí hay un abismo, una pendiente de cuarenta y cinco grados por la que uno no puede dejar de deslizarse, y algo os empuja irremisiblemente a apretar el gatillo. Pero la conciencia de que yo lo había visto todo, lo sabía todo y esperaba en silencio que ella me matara podía detenerla en su caída.

El silencio se prolongaba, y de pronto sentí en la sien, junto a los cabellos, el frío contacto del hierro. Se preguntarán ustedes si albergaba la firme esperanza de salvarme. Les responderé como si me hallara delante de Dios: no tenía la menor esperanza, como mucho una probabilidad sobre cien. ¿Por qué entonces aceptaba la muerte? Y yo pregunto a mi vez: ¿qué me importaba ya la vida después de haber visto cómo la mujer a la que adoraba me apuntaba con un revólver? Además, percibía con cada fibra de mi ser que en aquel instante se libraba entre nosotros una batalla, un duelo terrible a vida o muerte, un duelo en el que tomaba parte aquel mismo cobarde de la víspera, el hombre a quien sus compañeros habían expulsado del regimiento por cobardía. Yo lo sabía, y ella lo sabía también, a poco que hubiera adivinado que en verdad no dormía.

Es posible que no sucediera nada de eso, que en aquel instante no tuviera tales pensamientos, pero, en cualquier caso, debió de suceder así, aunque no pensara en nada, porque desde entonces no he hecho otra cosa —en todas las horas de mi vida— que repasar una y otra vez esos acontecimientos.

Pero ahora me preguntarán: ¿por qué no hizo usted nada para impedir que cometiera ese acto criminal? Ah, yo mismo me he hecho mil veces esa pregunta, cada vez que rememoraba ese segundo con un escalofrío en la espalda. Pero entonces mi alma estaba sumida en la más negra desesperación: iba a morir, iba a morir; por tanto, ¿a quién podía salvar? Además, ¿qué les hace pensar que tuviera interés en salvar a nadie? ¿Quién puede saber lo que sentía yo en ese momento?

No obstante, mi mente hervía de actividad; los segundos pasaban, reinaba un silencio de muerte; ella seguía a mi lado; ¡y de pronto me estremecí de esperanza! Abrí bruscamente los ojos. Ella ya no estaba en la habitación. Me levanté de la cama: ¡había ganado la partida y ella había quedado vencida para siempre!

Fui a tomar el té. El samovar siempre se preparaba en la primera habitación y el té lo vertía ella misma. Me senté a la mesa en silencio y cogí el vaso que ella me tendía. Al cabo de unos cinco minutos la miré. Estaba terriblemente pálida, aún más pálida que la víspera, y tenía los ojos fijos en mí. De pronto... de pronto, al ver que la estaba mirando, esbozó una tenue sonrisa con sus pálidos labios y a sus ojos asomó una leve expresión inquisitiva. «Probablemente sigue albergando dudas y preguntándose: ¿lo sabe o no lo sabe? ¿Lo vio o no lo vio?» Aparté la mirada con indiferencia. Después de tomar el té, cerré el negocio, fui al mercado y compré una cama de hierro y un

biombo. De vuelta en casa, mandé que pusieran la cama en la sala, con el biombo alrededor. La cama era para ella, pero no le dije ni una palabra. Y esa cama le dio a entender, sin que mediara otra explicación, que «lo había visto todo y lo sabía todo» y que no cabía ya ninguna duda. Por la noche dejé el revólver encima de la mesa, como siempre. Ella se acostó en silencio en su nueva cama: nuestro matrimonio estaba roto; «la había vencido, pero no la había perdonado». Esa noche fue presa del delirio y por la mañana tenía fiebre. Guardó cama seis semanas.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

EL SUEÑO DEL ORGULLO

Lukeria acaba de anunciarme que no se quedará en mi casa y que, en cuanto entierren a la señora, se marchará. Recé de rodillas por espacio de cinco minutos; tenía intención de rezar una hora entera, pero no hacía más que pensar y pensar; y siempre esas ideas morbosas, ese dolor de cabeza... ¿cómo se puede rezar así? ¡Hasta sería pecado! También es extraño que no tenga ganas de dormir: cuando se sufre una enorme desgracia, una desgracia apenas soportable, pasados los primeros y más fuertes arrebatos, siempre se tienen ganas de dormir. Según dicen, los condenados a muerte duermen a pierna suelta la última noche. Así debe ser, así lo quiere la naturaleza; de otro modo, no alcanzarían las fuerzas... Me tumbé en el diván, pero no logré conciliar el sueño...

... Lukeria, yo y una enfermera diplomada del hospital a la que había contratado la atendimos día y noche durante las seis semanas que estuvo enferma. No escatimé el dinero; hasta me complacía gastarlo en ella. Hice venir al doctor Schroeder y le pagué diez rublos por visita. Cuando recobró el conocimiento, empecé a pasar menos tiempo a su lado. Pero ¿a qué vienen tantos detalles? Cuando al fin pudo levantarse, se sentó con la mayor mansedumbre, sin pronunciar palabra, a la mesita que entre tanto yo había comprado para ella y había puesto en la habitación... Sí, es verdad, pasábamos todo el tiempo en silencio; más tarde intercambiamos alguna palabra, pero nada más que banalidades. Desde luego, mi laconismo era premeditado, pero me daba perfecta cuenta de que ella se alegraba de no tener que decir una palabra de más. Y eso me parecía muy natural en su caso. «Está demasiado impresionada y se siente demasiado vencida —pensé—; es necesario darle tiempo para que se olvide y se acostumbre.» Así pues, guardábamos silencio; pero yo, en mi corazón, no dejaba de prepararme para el futuro. Me figuraba que ella hacía lo mismo, y me resultaba terriblemente interesante tratar de adivinar qué estaría pensando en esos momentos.

Y diré más: nadie sabe cuánto sufrí, cuánto gemí durante su enfermedad. Pero gemía para mis adentros, ahogaba los gemidos en mi pecho, incluso delante de Lukeria. No podía imaginarme, ni siquiera suponer, que ella se muriera sin enterarse de todo eso. Pero cuando estuvo fuera de peligro y empezó a recobrar la salud, me tranquilicé en seguida, lo recuerdo muy bien. Es más, decidí entonces *aplazar nuestro futuro* cuanto fuera posible y dejar las cosas como estaban. Sí, me sucedió entonces algo extraño y singular, no puedo calificarlo de otro modo: había vencido y la mera conciencia de ese hecho era más que suficiente para mí. Así pasamos todo el invierno. ¡Ah, ese invierno me sentí más satisfecho que nunca!

Debo confesarles una cosa: ha habido en mi vida una terrible circunstancia externa que hasta el momento presente, es decir, hasta que se produjo la desgracia de mi mujer, me ha oprimido cada día y cada hora. Me refiero a la pérdida de la reputación y a mi salida del regimiento. En una palabra: se había cometido conmigo una injusticia incalificable. Ciertamente que a mis compañeros no les caía simpático por mi carácter difícil, o acaso ridículo, pues suele suceder que, lo que para uno es elevado, valioso y sagrado, resulta risible para sus compañeros. ¡Ah, a mí no me han querido nunca, ni siquiera en la escuela! En ningún momento, en ningún lugar he gozado de cariño. Ni siquiera Lukeria me aprecia. Ese incidente del regimiento, aunque en parte se debió a la aversión que me profesaban, tuvo sin duda un carácter fortuito. En ese sentido me gustaría añadir que no hay nada más ofensivo e insoportable que ser víctima de un acontecimiento que bien pudiera no haberse producido, de un desdichado cúmulo de circunstancias que podrían haber pasado de largo, como una nube. Para una persona inteligente es algo humillante.

El incidente fue el siguiente:

En el teatro, durante un entreacto, salí al ambigú. Un húsar llamado A. entró de pronto y, delante de los oficiales y del público allí presente, empezó a contarles a otros dos húsares que el capitán Bezúmtsev, de nuestro regimiento, acababa de armar un escándalo en el pasillo y que «parecía borracho». La conversación no pasó de ahí; en cualquier caso se trataba de un error, porque el capitán Bezúmtsev no estaba borracho y, en realidad, el escándalo no había sido tal. Los húsares cambiaron de tema y ahí quedó la cosa, pero al día siguiente la anécdota se difundió por nuestro regimiento; en seguida empezó a comentarse que el único miembro de nuestra unidad que se encontraba en el ambigú era yo y que, cuando el húsar A. había hablado con insolencia del capitán Bezúmtsev, no me había acercado para reprenderle. Pero ¿a santo de qué iba yo a intervenir? Si le tenía ojeriza a Bezúmtsev era un asunto personal. ¿Por qué tenía yo que inmiscuirme? Sin embargo, nuestros oficiales consideraban que aquel asunto no era personal, sino que afectaba a todo el regimiento, y que, como yo era el único oficial de la unidad que estaba presente, había dado a entender a los oficiales y civiles que se hallaban en el ambigú que algunos oficiales de nuestro regimiento no se preocupaban mucho de su propio honor ni del de su unidad. Yo no podía compartir semejante apreciación. Me hicieron saber

que aún podía arreglarlo todo, que, aunque era un poco tarde, todavía estaba a tiempo de exigir una explicación formal a A. Yo no quería y, como estaba irritado, me negué con altivez. Luego, sin más dilación, pedí el retiro: a eso se reducía toda la historia. Abandoné el ejército con la cabeza bien alta, pero con el ánimo quebrantado. Mi voluntad y mi razón flaquearon. A eso hay que añadir que, por aquel entonces, el marido de mi hermana acabó de dilapidar en Moscú nuestra modesta fortuna, incluida la ínfima parte que me correspondía, así que de pronto me encontré en la calle y sin un céntimo. Podría haber ingresado en el servicio civil, pero no lo hice: después de haber llevado tan brillante uniforme, no me veía trabajando en alguna oficina del ferrocarril. En resumidas cuentas: si tenía que afrontar la vergüenza, la infamia y la degradación, lo haría de verdad. Eso fue lo que elegí. Se sucedieron tres años de sombríos recuerdos, incluso ese episodio de la casa Viázemski. Hace año y medio murió en Moscú mi madrina, una anciana rica; para mi sorpresa, me había incluido entre sus herederos, dejándome tres mil rublos. Después de pensarlo un tiempo, decidí mi destino. Opté por abrir una casa de préstamos, sin pedir perdón a nadie: dinero, luego un lugar apartado y una nueva vida lejos de mis viejos recuerdos. Ése era mi plan. No obstante, mi sombrío pasado y mi reputación perdida para siempre me atormentaban cada día, cada hora. Fue entonces cuando me casé. ¿Fue nuestra unión fruto de la casualidad? No sabría decirlo. Pero cuando la conduje a mi casa, pensé que llevaba conmigo a un amigo, pues lo necesitaba de veras. Mas me daba perfecta cuenta de que a ese amigo tenía que prepararlo, pulirlo y hasta vencerlo. ¿Y cómo podía explicar de pronto todas esas cosas a esa muchacha de dieciséis años, con sus ideas preconcebidas? Por ejemplo, ¿cómo habría podido convencerla, sin la ayuda fortuita de ese terrible episodio del revólver, de que no era un cobarde y de que había sido injustamente acusado en el regimiento? Pero ese terrible episodio se produjo en el momento oportuno. Al soportar que me apuntara con el revólver, me vengué de todo mi sombrío pasado. Cierto que no lo sabía nadie, pero lo sabía *ella*, y yo no necesitaba nada más, porque ella lo era todo para mí, ¡toda la esperanza de ese futuro que entreveía en sueños! Era la única persona que concebía como compañera y no necesitaba ninguna otra, y he aquí que de pronto se había enterado. Se había enterado, al menos, de que había actuado injustamente al confabularse con mis enemigos. Esa idea me extasiaba. Yo ya no podía ser un canalla a sus ojos, sino a lo sumo un hombre raro, pero ese pensamiento, después de todo lo que había pasado, no me desagradaba tanto: la rareza no es vicio; al contrario, a veces las mujeres la encuentran atractiva. En suma, demoré el desenlace a propósito: lo que había sucedido bastaba con creces, por el momento, para mi serenidad y me proporcionaba abundantes imágenes y alimento para mis sueños. Eso es lo malo, que soy un soñador: tenía suficiente material para mis sueños; en cuanto a ella, pensaba que podía *aguardar*.

Así pasó todo el invierno, en una especie de espera de algo. Me gustaba mirarla de soslayo, cuando estaba sentada a su mesita. Se dedicaba a sus ocupaciones, repasaba la ropa blanca, y por la tarde, a veces, leía libros que tomaba de mi armario.

La elección de esos libros también hablaba en mi favor. No salía casi nunca de casa. Al atardecer, después de cenar, la sacaba todos los días a estirar las piernas; dábamos un pequeño paseo, pero no en completo silencio, como antes. Yo me esforzaba para que pareciera que no callábamos, para dar a mis comentarios una apariencia de conversación cordial, aunque, como ya he dicho, ninguno de los dos era muy locuaz. Por mi parte esa actitud era premeditada; en cuanto a ella, pensaba que había que «darle tiempo». Ciertamente es extraño que ni una sola vez, casi hasta el final del invierno, se me pasara por la cabeza que, mientras a mí me gustaba mirarla de soslayo, en todo ese tiempo no la sorprendiera nunca mirándome. Suponía que se debía a su timidez. Además, después de la enfermedad, tenía un aire tan apocado, tan temeroso, tan desamparado... Sí, es mejor esperar y «un buen día ella misma se acercara a ti...».

Esa idea ejercía sobre mí un encanto irresistible. Añadiré otro detalle: a veces me sugestionaba de manera deliberada, por decirlo así, y llegaba a convencer a mi espíritu y mi razón de que estaba enfadado con ella. Tal estado se prolongaba algún tiempo. Pero ese odio no llegaba nunca a madurar y a arraigar en mi alma. Además, yo mismo me daba cuenta de que no era más que esa especie de juego. E incluso entonces, aunque hubiera roto la vida conyugal comprando la cama y el biombo, nunca pude considerar que fuera culpable. Y no porque juzgara a la ligera su ofensa, sino porque desde el primer día, antes incluso de comprar la cama, tenía el propósito de perdonarla completamente. En una palabra: eso era una rareza por mi parte, ya que soy muy severo en cuanto atañe a la moralidad. Al contrario, la veía tan derrotada, tan humillada, tan abrumada que a veces me inspiraba una profunda compasión, aunque, a pesar de todo, en ocasiones me complacía la idea de su humillación. Sí, me gustaba pensar en nuestra desigualdad...

A lo largo de aquel invierno tuve ocasión de ocuparme deliberadamente de algunas buenas obras. Perdoné dos deudas, presté dinero a una pobre mujer sin exigirle ninguna prenda. A mi esposa no le dije ni una palabra, ni había sido mi intención que se enterara; pero aquella mujer vino a darme las gracias casi de rodillas. Y de ese modo el asunto salió a la luz. Tuve la impresión de que acogió esa historia con agrado.

Pero se acercaba la primavera, estábamos ya a mediados de abril, habíamos quitado las dobles ventanas y el sol inundaba de rayos brillantes nuestras silenciosas habitaciones. No obstante, un velo pendía delante de mí y cegaba mi razón. ¡Un velo terrible, fatal! ¡Pero esa venda cayó de golpe de mis ojos y de pronto lo vi y lo comprendí todo! ¿Fue una casualidad? ¿El destino eligió ese día? ¿O un rayo de sol alumbró el pensamiento y la intuición en mi mente embotada? No, no se trató de un pensamiento ni de una intuición, sino de una especie de nervio que de pronto empezó a vibrar; un nervio que parecía atrofiado se estremeció, se reanimó y bañó de luz mi alma entumecida y mi diabólico orgullo. Entonces fue como si me levantara de un salto de mi asiento. Y todo sucedió de un modo súbito e inesperado. Sucedió poco

antes del atardecer, a eso de las cinco, después de la cena...

II

DE PRONTO CAYÓ EL VELO

Antes de continuar, debo decir dos palabras. Desde hacía un mes había notado que se había sumido en un extraño ensimismamiento; no era que guardara silencio, sino que estaba ensimismada. También de ese detalle me di cuenta de repente. Estaba sentada a la mesa, con la cabeza inclinada sobre su labor, y no se daba cuenta de que la estaba mirando. De pronto me quedé sorprendido de que se hubiera vuelto tan delgada y endeble y de que tuviera la cara tan pálida y los labios tan exangües; todo eso, sumado a su ensimismamiento, me chocó de una manera extraordinaria. Ya antes había oído una tosecilla seca, sobre todo por la noche. Me levanté al momento y, sin decirle nada, fui a ver al doctor Schroeder para pedirle que pasara a verla.

Schroeder vino al día siguiente. Ella se quedó muy sorprendida y no hacía más que mirarnos.

—¡Pero si ya estoy bien! —dijo con un atisbo de sonrisa.

Schroeder no la examinó con mucho detenimiento (esos médicos resultan a veces descuidados por pura altanería) y, cuando pasamos a la habitación contigua, se limitó a decirme que eran las secuelas de la enfermedad y que sería una buena idea llevarla en primavera a algún lugar de la costa o, si eso no era posible, pasar una temporada en el campo. En suma, no dijo nada, sólo que estaba débil o algo por el estilo. Cuando Schroeder se marchó, repitió de pronto, mirándome con una seriedad terrible:

—¡Pero si estoy bien, completamente bien!

No obstante, nada más pronunciar esas palabras, se puso colorada, al parecer de vergüenza. ¡Ah, ahora lo entiendo! Le daba vergüenza que yo siguiera siendo *su marido*, que me preocupara por ella como un verdadero esposo. Pero entonces no lo comprendí y atribuí ese rubor a su modestia. (¡El velo!)

Y he aquí que, al cabo de un mes, un día claro y soleado de abril, a eso de las cinco, estaba sentado junto a la caja, echando cuentas. De pronto oí que ella, en nuestra habitación, sentada a su mesita, con la labor en el regazo, se ponía a cantar en voz muy baja. Ni siquiera hoy consigo explicarme la enorme impresión que me causó esa novedad. Hasta ese momento casi nunca la había oído cantar, a no ser en los primeros días, cuando la llevé a mi casa y aún podíamos divertirnos tirando al blanco con el revólver. Pero entonces su voz era todavía bastante fuerte y sonora, y, aunque a veces vacilaba, resultaba agradable y denotaba salud. Ahora su canción sonaba muy débil... Ah, no es que fuera triste (se trataba de una romanza), sino que su voz parecía rota o cascada, como si no pudiese cumplir su cometido o la cancioncilla misma estuviese enferma. Cantaba a media voz y, de pronto, en una nota más alta, la voz se quebró... la pobre vocecilla se quebró de una forma lastimosa; ella entonces

carraspeó y se puso a cantar de nuevo muy, muy bajo...

Pueden reírse ustedes de mis emociones, pero nadie entenderá nunca por qué me alteré de ese modo. No, aún no me compadecía de ella, se trataba de algo totalmente distinto. Al principio, al menos en los primeros minutos, me dominaron un desconcierto repentino y un asombro terrible, terrible y extraño, doloroso y casi vengativo: «¡Está cantando, y en mi presencia!». *¿Es que se ha olvidado de mí?*

Durante un tiempo me quedé donde estaba, totalmente aturdido; luego, de pronto, me levanté, cogí el sombrero y salí, sin darme apenas cuenta de lo que estaba haciendo. Al menos no sabía adónde me dirigía ni con qué objeto. Lukeria me ayudó a ponerme el abrigo.

—¿Está cantando? —le dije sin apenas darme cuenta.

Lukeria no entendió a qué me refería y me miró asombrada; por lo demás, mi forma de actuar era en verdad incomprensible.

—¿Es la primera vez que canta?

—No, a veces canta cuando no está usted —respondió Lukeria.

Me acuerdo de todo. Bajé por la escalera, salí a la calle y eché a andar sin dirección ni rumbo. Llegué a la esquina y me quedé mirando el vacío. Los transeúntes me empujaban, pero yo no sentía nada. Llamé a un cochero y le dije, no sé por qué razón, que me llevara al Puente de la Policía. Pero al momento siguiente le di veinte kopeks y lo despedí.

—Por las molestias —le dije con una sonrisa estúpida, sintiendo de pronto una especie de júbilo en el corazón.

Volví a casa apretando el paso. Esa nota quebrada, esa pobre nota interrumpida, resonaba de nuevo en mi alma. Apenas podía respirar. ¡El velo estaba cayendo de mis ojos! Si se había puesto a cantar en mi presencia, eso quería decir que por un instante se había olvidado de mí... Era un hecho indudable y al mismo tiempo terrible. Así lo sentía mi corazón. Pero el júbilo llenaba mi alma de luz y se imponía a ese miedo.

¡Ah, ironía del destino! A lo largo de todo ese invierno mi alma no había albergado otro sentimiento que ese júbilo (¿cómo era posible?), pero ¿dónde había estado yo todo ese invierno? ¿Había sido consciente de lo que había sucedido en mi alma? Subí a toda prisa las escaleras y entré no sé si con cierto temor. Sólo recuerdo que el suelo parecía tambalearse y que tenía la sensación de flotar en medio de un río. Entré en la habitación; ella estaba sentada en el mismo sitio de antes, con la cabeza inclinada sobre su labor, pero ya no cantaba. Me dirigió una mirada fugaz y desatenta, pero no era una mirada, sino ese gesto instintivo e indiferente con que se acoge la entrada de una persona en la habitación en la que nos encontramos.

Fui derecho a ella y me senté a su lado en una silla, como fuera de mí. Ella me dirigió una mirada rápida, con expresión asustada; cogí su mano y no recuerdo lo que le dije o, mejor dicho, lo que quise decirle, porque ni siquiera podía hablar como es debido. Mi voz se quebraba y se negaba a obedecerme. La verdad es que no sabía qué decir y no hacía más que jadear.

—Hablemos... ¿Sabes?... ¡Di algo! —balbucí de manera incomprensible.

Pero ¿podía decir algo sensato? Ella se estremeció de nuevo y se apartó llena de espanto, mirándome a la cara, pero de pronto asomó a sus ojos una expresión de *grave asombro*... Sí, de grave asombro. Ella me miraba con sus grandes ojos. Esa gravedad, ese grave asombro fue como un mazazo: «¿Sigues pretendiendo que te ame? ¿Que te ame?», parecía preguntarme ese asombro, aunque no pronunció palabra. Pero yo lo leí todo, todo. Temblando de pies a cabeza, me arrojé a sus pies. Sí, caí a sus pies. Ella se levantó rápidamente, pero yo le cogí las manos con fuerza extraordinaria y la retuve.

¡Era plenamente consciente de mi desesperación, plenamente consciente! Pero, créanme, en mi corazón bullía un arrebato tan incontenible que pensé que me iba a morir. Besaba sus pies, ebrio de felicidad. Sí, de felicidad, de una felicidad ilimitada e infinita, aunque me daba cuenta de que mi situación era desesperada, irremediable. Lloraba y quería decir algo, pero no podía hablar. Pronto el miedo y la sorpresa cedieron su lugar a una suerte de reflexión inquieta, a una pregunta acuciante, y entonces me miró extrañada, incluso desconcertada; quería comprender algo cuanto antes, y se le escapó una sonrisa. Le daba una vergüenza terrible que le besara los pies y los apartaba, pero yo seguía besando el lugar en que se habían posado. Ella lo vio y se echó a reír avergonzada (ya saben cómo se ríe a veces la gente de pura vergüenza). Me daba cuenta de que estaba al borde de un ataque de histeria, sus manos temblaban, pero no presté atención a esas señales y continué balbuciendo que la amaba, que no me levantaría: «Déjame besar tu vestido... adorarte de rodillas toda la vida...». Ya no sé nada más, ya no recuerdo nada más... De pronto ella estalló en sollozos y se estremeció; luego tuvo un violento ataque de histeria. La había asustado.

La llevé a la cama. Cuando se le pasó la crisis, se incorporó, me cogió las manos con aire terriblemente abatido y me pidió que me tranquilizara: «¡Deje de atormentarse, cálmese!», y de nuevo se echó a llorar. No me aparté de su lado en toda la tarde. No paraba de decirle que la llevaría a Boulogne para que tomara baños de mar, en seguida, inmediatamente, en dos semanas; que aquella tarde había oído que tenía la voz muy débil; que cerraría el negocio, se lo vendería a Dobronrávov e iniciaríamos una nueva vida. ¡Pero lo principal era ir a Boulogne, a Boulogne! Ella me escuchaba, cada vez más asustada. En cualquier caso, para mí lo más importante no era eso, sino que cada vez sentía mayores deseos de arrojarme de nuevo a sus pies, de volver a besárselos, así como el suelo que habían pisado, de adorarla. «No te pediré nada más, nada más —repetía una y otra vez—. No me respondas, no prestes atención siquiera a mis palabras; déjame tan sólo que te contemple desde un rincón, conviérteme en un objeto, en un perrito...» Ella lloraba.

—Y yo creía que me iba a dejar usted así —se le escapó de pronto sin querer, tan sin querer que tal vez no se dio cuenta de lo que decía, y sin embargo fue la frase más importante, más fatídica y más comprensible de cuantas pronunció aquella tarde. ¡Al oírla, sentí como si me clavaran un puñal en el corazón! Esa frase me lo explicaba

todo, pero mientras estaba a mi lado, delante de mis ojos, albergaba una esperanza inquebrantable y era inmensamente feliz. ¡Ah!, esa tarde la fatigué muchísimo, yo mismo me daba cuenta, pero no podía dejar de pensar que iba a arreglarlo todo en ese mismo instante. Por último, ya entrada la noche, se quedó totalmente exhausta; la convencí para que cerrara los ojos, y ella se durmió al instante, con un sueño profundo. Yo temía que empezara a delirar, y no me equivoqué, pero su delirio fue muy ligero. Pasé toda la noche levantándome y acercándome sin hacer ruido, con las zapatillas puestas, para contemplarla. Al ver a esa criatura enferma tendida en ese pobre lecho, en esa cama metálica que me había costado tres rublos, me retorció las manos. Me postraba de hinojos, pero no me atrevía a besarle los pies (¡sin su consentimiento!). Me ponía a rezar a Dios, pero en seguida me incorporaba. Lukeria me observaba y salía cada dos por tres de la cocina. Fui a su encuentro y le dije que se acostara, que al día siguiente empezaría «una nueva vida».

Y yo mismo tenía una confianza ciega, loca, terrible en que así sería. ¡Ah, me sentía embargado de entusiasmo! Sólo esperaba que llegara la mañana. Lo principal es que no temía ninguna desgracia, a pesar de los síntomas. Aún no había recobrado del todo el sentido de la realidad, aunque el velo había caído, y tardé mucho tiempo en recuperarlo. ¡Ah, no me ha vuelto hasta hoy, hasta el día de hoy! Y en verdad, ¿cómo habría podido recobrarlo entonces? En aquel momento ella estaba todavía viva, se encontraba delante de mí y yo delante de ella. «Mañana, cuando se despierte, se lo diré todo y ella comprenderá.» Así era como razonaba en aquel instante, ni más ni menos, de ahí mi entusiasmo. Lo principal era ese viaje a Boulogne. Por alguna razón, pensaba que todo dependía de ese viaje, que en Boulogne se produciría algo decisivo. «¡A Boulogne, a Boulogne!...» Y aguardaba como loco la mañana.

III

LO COMPRENDO DEMASIADO BIEN

¡Y todo eso sucedió hace sólo unos días, hace sólo cinco días, el martes pasado! Ah, si hubiera dispuesto de algo más de tiempo, si ella hubiera esperado un poco, habría disipado las tinieblas. ¿Acaso no había recobrado la tranquilidad? Al día siguiente me escuchaba ya con una sonrisa, a pesar de su confusión... A lo largo de ese tiempo, de esos cinco días, se sintió dominada ante todo por la confusión o la vergüenza. También tenía miedo, mucho miedo. No voy a discutir, no voy a entrar en contradicciones como si estuviera loco: tenía miedo, ¿y cómo podía no tenerlo? Hacía mucho tiempo que nos habíamos convertido en extraños, que nos habíamos alejado el uno del otro, y de pronto todo eso... Pero yo no me cuidaba de su miedo, engeguedo como estaba por la visión de esa nueva vida... Es cierto, es indudablemente cierto que cometí un error. Y puede que más de uno. Esa misma mañana, nada más despertarme (era miércoles), cometí un error: de pronto quise que

fuera mi amiga. Actué con premura, con demasiada premura, pero esa confesión — ¡en realidad se trataba de mucho más que de una confesión!— era necesaria, imprescindible. No le oculté siquiera lo que me había ocultado a mí mismo a lo largo de toda mi vida. Le dije sin más que durante todo el invierno no había dudado de su amor. Le aclaré que había abierto esa casa de empeños en un momento de desfallecimiento de la voluntad y de la razón, que con esa idea personal había buscado una suerte de autoflagelación y autoglorificación. Le expliqué que en aquella ocasión, en el ambigú, me había comportado en verdad como un cobarde, llevado de mi carácter, de mi inseguridad. Me había intimidado el ambiente, me había intimidado el lugar, me había intimidado el pensamiento de que, si intervenía, tal vez me pusiera en ridículo. No me había dado miedo el duelo, sino la posibilidad de hacer el ridículo... Y más tarde no había querido dar mi brazo a torcer, y de ese modo había hecho sufrir a todo el mundo, y también a ella, y luego me había casado con ella para atormentarla por ese motivo. La mayor parte del tiempo hablé como si fuera presa de un ataque de fiebre. Ella misma me cogía las manos y me rogaba que no siguiera: «Exagera usted... se atormenta a sí mismo». ¡Y de nuevo rompió a llorar y estuvo a punto de sufrir otra crisis! No dejaba de pedirme que no hablara más de esas cosas y las olvidara.

Yo prestaba poca o ninguna atención a sus ruegos. ¡Sólo pensaba en la primavera, en Boulogne! ¡Allí lucía el sol, nuestro nuevo sol! Sólo le hablaba de eso. Cerré la casa de préstamos, traspasé el negocio a Dobronrávov. A mi mujer le propuse de pronto que repartiéramos todo entre los pobres, salvo los tres mil rublos iniciales que había recibido de mi madrina, que emplearíamos para viajar a Boulogne; luego regresaríamos e iniciaríamos una nueva vida de trabajo. Así lo decidimos, pues ella no dijo nada... No hacía más que sonreír. Creo que sonreía más que nada por delicadeza, para no apenarme. Me daba cuenta de que la estaba abrumando: no vayan a suponer que era tan tonto y tan egoísta para no verlo. Me daba cuenta de todo, hasta de los menores detalles; me daba cuenta y lo sabía mejor que nadie. ¡Toda mi desesperación estaba allí mismo, delante de mis ojos!

Le dije todo de mí y de ella. Y también de Lukeria. Le dije que había llorado... Ah, cambiaba de conversación, procuraba también no hacer alusión a ciertas cosas. E incluso ella se animó una o dos veces. ¡Lo recuerdo, lo recuerdo muy bien! ¿Por qué dicen ustedes que miraba y no veía nada? Si no hubiera sucedido *eso*, todo se habría enderezado. Hará cosa de un par de días, cuando la conversación se ocupó de las lecturas y de los libros que había leído ese invierno, me contó riendo esa escena entre Gil Blas y el arzobispo de Granada. Era una risa infantil, dulce, como la que tenía antes de que nos casáramos. (¡Un momento! ¡Un momento!) ¡Qué alegre me sentía! No obstante, me impresionó muchísimo esa historia del arzobispo: así que ese invierno, estando en casa, había encontrado la serenidad de ánimo y la felicidad necesarias para disfrutar de esa obra maestra. Eso quería decir que había empezado a tranquilizarse por completo; había empezado a creer firmemente que iba a dejarla *así*:

«Y yo que creía que iba a dejarme *así*». ¡Ésas fueron las palabras que pronunció el martes! ¡Ah, era un pensamiento propio de una niña de diez años! ¡Pero ella lo creía, creía de verdad que todo iba a quedar *así*: ella sentada a su mesa y yo a la mía, y así hasta los sesenta años!. ¡Y de pronto llegaba yo, el marido, y exigía que me amara! ¡Ah, qué malentendido! ¡Qué ceguera la mía!

También fue un error mirarla con tal entusiasmo. Tenía que haberme dominado, pues ese entusiasmo la asustó. Pero el caso es que me dominaba, pues ya no le besaba los pies. Ni una sola vez dejé traslucir que... que era su marido. ¡Ah, esa idea ni siquiera se me pasó por la cabeza, me limitaba a adorarla! ¡Pero era imposible callar del todo, no decir absolutamente nada! De pronto le comenté que me encantaba su conversación y que la consideraba incomparablemente —sí, incomparablemente— más cultivada y desarrollada que yo. Ella se puso muy colorada y me aseguro, toda confusa, que exageraba. Y fue entonces cuando, incapaz de contenerme y sin pararme a reflexionar, le conté con qué placer había asistido aquella tarde, detrás de la puerta, a su lucha —la lucha de su inocencia con ese sujeto— y cuánto me regocijé con su inteligencia y el brillo de su ingenio, entreverado de candor infantil. Pareció estremecerse de pies a cabeza, volvió a balbucir que exageraba, pero de pronto su rostro se ensombreció, se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos... Entonces no pude dominarme: volví a arrodillarme ante ella y me puse a besar sus pies; de nuevo todo acabó en un ataque de nervios, como el del martes. Eso fue ayer por la tarde, y a la mañana siguiente...

¿A la mañana siguiente? ¡Insensato, pero si ha sido esta misma mañana, hace apenas un instante, un solo instante!

Escuchen y traten de comprender: hace unas horas, cuando volvimos a reunirnos en torno al samovar (después de la crisis de la víspera), me sorprendió encontrarla tan serena. ¡Así es! Yo me había pasado toda la noche temblando de miedo por lo que había pasado la víspera. Pero de pronto se me acercó, se detuvo delante de mí y, juntando las manos (¡hace tan poco, tan poco!), empezó a decirme que era culpable y que lo sabía; que su culpa la había atormentado todo el invierno y seguía atormentándola ahora... que tenía en alta estima mi generosidad... «Seré su fiel esposa y le respetaré...» Al oír esas palabras, me puse en pie de un salto y la abracé como loco. La besé; la besé en la cara, en los labios, como hace un marido después de una larga separación. ¿Por qué se me ocurriría salir esa mañana? No fueron más que dos horas... Había ido a sacar nuestro pasaporte para el extranjero... ¡Ah, Dios mío! ¡Si hubiera vuelto cinco minutos antes, sólo cinco minutos!... Y luego esa muchedumbre ante nuestra puerta, esas miradas clavadas en mí... ¡Ah, Dios mío!

Lukeria dice (oh, ahora no la dejaré marcharse a ningún precio; lo sabe todo, pasó en casa todo el invierno y me lo contará todo), dice que, mientras estuve fuera, unos veinte minutos antes de mi regreso, entró de pronto en nuestra habitación para preguntar algo a la señora —no recuerdo qué— y vio que había sacado el icono (esa misma imagen de la Virgen) y lo tenía encima de la mesa, delante de ella, como si

acabara de rezar.

—¿Qué le pasa, señora?

—Nada, Lukeria, déjame... Espera, Lukeria.

Se acercó a ella y la besó.

—¿Es usted feliz, señora? —preguntó Lukeria.

—Sí, Lukeria.

—Hace mucho que el señor debió venir a pedirle perdón... Gracias a Dios que han hecho las paces.

—Bien, Lukeria —dijo ella—, puedes irte —y sonrió, pero de un modo extraño, tan extraño que Lukeria volvió a los diez minutos para ver lo que hacía.

—Me la encontré pegada a la pared, muy cerca de la ventana, con la mano apoyada en el muro y la cabeza en la mano. Estaba tan abismada en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que me encontraba en la otra habitación y la estaba mirando. Parecía sonreír; pensaba y sonreía. Después de contemplarla un rato, me di la vuelta y salí sin hacer ruido, pensando algo para mis adentros, cuando de pronto oí que abría la ventana. Me acerqué en seguida para decirle: «Hace frío, señora; tenga cuidado no vaya a resfriarse». Pero de pronto vi que se había subido al alféizar y se había puesto de pie, cuan larga era, delante de la ventana abierta, de espaldas a mí, con el icono en las manos. El corazón me dio un vuelco y grité: «¡Señora, señora!». Ella me oyó e hizo ademán de girarse, pero en el último momento cambió de opinión, dio un paso al frente, apretó el icono contra el pecho y se arrojó por la ventana.

Lo único que recuerdo es que, cuando llegué al portal, aún estaba caliente. Pero lo peor es que todo el mundo me miraba. Al principio gritaban, pero de pronto callaron y me abrieron paso... Y fue entonces cuando la vi en el suelo, con el icono en las manos. Recuerdo de una manera muy confusa que me acerqué en silencio y pasé largo rato mirándola; todos me rodeaban y me decían algo. Lukeria también estaba allí, pero yo no la vi. Dice que habló conmigo. Sólo recuerdo a un señor que no dejaba de gritarme: «¡Le ha salido un puñado de sangre por la boca! ¡Un puñado! ¡Un puñado!», y me mostraba la sangre sobre el pavimento. Creo recordar que toqué la sangre con el dedo, me lo manché y me quedé mirándolo (eso sí lo recuerdo), mientras ese hombre seguía diciendo: «¡Un puñado de sangre! ¡Un puñado!».

—¿Qué quiere decir con eso de un «puñado»? —vociferé con todas mis fuerzas (según me ha asegurado la gente) y me abalancé sobre él con los brazos en alto.

¡Ah, qué absurdo, qué absurdo! ¡No hay quien lo entienda! ¡Es inverosímil! ¡Imposible!

IV

SÓLO LLEGUÉ CINCO MINUTOS TARDE

¿No tengo razón? ¿Es eso verosímil? ¿Se puede considerar posible? ¿Por qué

motivo murió esa mujer?

Ah, créanme, lo comprendo; pero sigo preguntándome por qué motivo murió. ¿Se asustó de mi amor, se planteó seriamente si debía o no aceptarlo e, incapaz de afrontar esa cuestión, prefirió morir? Ya sé que es absurdo devanarse los sesos: había hecho demasiadas promesas y tenía miedo de no poder cumplirlas; está claro. Pero hay algunas circunstancias verdaderamente terribles.

¿Por qué motivo murió? La pregunta sigue ahí, martilleando mi cerebro. Podría haber dejado las cosas *así*, si es lo que ella deseaba. ¡Pero ella no creía que eso fuera posible! No, no, estoy mintiendo, no es eso. Se trata simplemente de que tenía que ser honrada conmigo: tenía que amarme con toda el alma, no como habría amado a un comerciante. Y como era demasiado casta y demasiado pura para aceptar la clase de amor que habría satisfecho a un comerciante, no quiso engañarme. No quiso engañarme con un amor a medias o una cuarta parte de amor vestido de amor verdadero. ¡Era muy honrada, señores! Yo quise entonces inculcarle amplitud de miras, ¿recuerdan? ¡Qué idea tan extraña!

Darí cualquier cosa por saber si de verdad me quería. No sé si me despreciaba o no. Creo que no. Es de lo más extraño: ¿por qué a lo largo de todo el invierno no se me pasó por la cabeza ni una sola vez que pudiera despreciarme? Estaba plenamente convencido de lo contrario hasta el momento aquel en que me miró con *grave asombro*. Sí señor, con *grave asombro*. Entonces comprendí de golpe que me despreciaba. ¡Lo comprendí de manera irrevocable, de una vez para siempre! ¡Ah, hubiera preferido que me despreciara, incluso hasta el final de mis días, con tal de que siguiera viva, viva! Hace apenas unas horas aún andaba y hablaba. ¡No entiendo cómo es posible que se haya arrojado por la ventana! ¿Cómo podía figurarme una cosa así incluso cinco minutos antes? He llamado a Lukeria. ¡Ahora no dejaré que se marche por nada del mundo!

Ah, aún podríamos habernos puesto de acuerdo. Es verdad que a lo largo de ese invierno nos habíamos alejado mucho el uno del otro, pero ¿acaso no habría podido recomponerse la situación? ¿Por qué, por qué no habríamos podido entendernos e iniciar una nueva vida? Soy un hombre generoso y ella también lo era... ¡así que teníamos algo en común! Habrían bastado unas cuantas palabras, dos días a lo sumo, y ella lo habría entendido todo...

Lo más doloroso es que todo parece obra del azar, de un azar vulgar, bárbaro, ciego. ¡Eso es lo que me duele! ¡Cinco minutos, sólo me retrasé cinco minutos! Si hubiera llegado cinco minutos antes, ese momento habría pasado de largo como una nube, y esa idea no habría vuelto a cruzar por su imaginación. Habría terminado por comprenderlo todo. Y ahora las habitaciones vuelven a estar vacías, de nuevo me veo solo. Ahí sigue el péndulo con su tictac, indiferente a todo, ajeno a cualquier pesar. Ya no tengo a nadie... ¡Ésa es mi desgracia!

Voy y vengo, no hago más que ir de un lado a otro de la habitación. Ya lo sé, ya lo sé, no me digan nada: ¿les parece ridículo que me queje del azar y de esos cinco

minutos? Pero es una evidencia. Considerad sólo este detalle: ni siquiera dejó una esquila con estas palabras: «No culpen a nadie de mi muerte», como hace todo el mundo. ¿Es posible que no comprendiera que hasta podía comprometer a Lukeria? «Estabas sola con ella, así que fuiste tú quien la empujó.» En el mejor de los casos, aunque no la acusaran de nada, podían haberla atosigado a preguntas, de no ser porque cuatro personas habían visto desde las ventanas del pabellón y desde el patio cómo se encaramaba en el alféizar con el icono en la mano y ella misma se arrojaba al vacío. Pero también es obra del azar que hubiera allí personas para verlo. No, todo fue cosa de un instante, de un instante en el que no se dio cuenta de lo que hacía. ¡Fue un impulso, un arrebató! ¿Qué importa que hubiera rezado delante del icono? Eso no quiere decir que tuviera intención de matarse. Es posible que toda la escena no se prolongara más de diez minutos; todo se decidió cuando estaba pegada a la pared, con la cabeza apoyada en la mano, sonriendo. De pronto se le ocurrió esa idea, la cabeza empezó a darle vueltas y fue incapaz de resistirse.

Digan ustedes lo que quieran, pero nos encontramos ante un malentendido evidente. Podría haber seguido viviendo conmigo. ¿Y si la causa fue la anemia? ¿Y si se debió todo simplemente a la anemia, al agotamiento de la energía vital? Ese invierno la había dejado extenuada, eso es todo...

¡¡¡Llegué tarde!!!

¡Qué pequeñita se la ve en el ataúd! ¡Cómo se le ha afilado la nariz! Las pestañas son largas como flechas. ¡Y a pesar de la caída no se rompió ni se quebró nada! Sólo ese «puñado de sangre». Una cucharadita de té, más bien. Hemorragia interna. Qué idea tan extraña: ¿y si fuera posible no enterrarla? Lo digo porque si se la llevan... ¡No, es casi imposible que se la lleven! Ah, sé muy bien que tienen que llevársela, no estoy loco ni deliro; al contrario, nunca he tenido la mente más despejada. Pero ¿cómo es posible que de nuevo no haya nadie en la casa, que me quede de nuevo solo en las dos habitaciones, rodeado de objetos empeñados? ¡Delirio, delirio, eso sí que es un delirio! ¡Tanto la hice sufrir que acabó matándose, eso es todo!

¿Qué me importan ahora vuestras leyes? ¿De qué me valen vuestras costumbres, vuestra moral, vuestra vida, vuestro Estado, vuestra religión? Que me juzguen vuestros magistrados, que me lleven ante el tribunal, ante un tribunal público, y yo diré que no reconozco nada. El juez gritará: «¡Cállese, oficial!». Y yo le responderé: «¿Qué fuerza puedes invocar ahora para obligarme a que te obedezca? ¿Por qué un tenebroso azar ha destruido lo que más quería? ¿Qué me importan ya vuestras leyes? No quiero saber nada de vosotros». ¡Ah, me da todo lo mismo!

¡Ciega, ciega! ¡Está muerta, no oye! ¡No sabes de qué paraíso te habría rodeado! ¡Ese paraíso estaba en mi alma y yo lo habría extendido a tu alrededor! Es verdad que no me habrías querido, pero ¿qué importa eso? Habríamos dejado las cosas *así*, todo habría quedado *así*. Simplemente me habrías hablado como un amigo, y nos habríamos regocijado juntos, nos habríamos reído alegremente, mirándonos a los ojos. Así habríamos vivido. ¡Y poco habría importado que te hubieras enamorado de

otro! Pasearías y te reirías con él, y yo te contemplaría desde el otro lado de la calle... ¡Ah, lo aceptaría todo con tal de que abriera los ojos, aunque sólo fuera una vez! ¡Por un instante, nada más que por un instante! ¡Y me mirara como hace unas horas, cuando estaba delante de mí y me juraba que sería una esposa fiel! ¡Ah, una mirada le bastaría para comprenderlo todo!

¡Azar! ¡Ah, naturaleza! Los hombres están solos en el mundo, ¡ésa es la desgracia! «¿Queda aún un hombre vivo en la llanura?», clama el paladín de las leyendas rusas. Lo mismo clamo yo, que nada tengo de paladín, y nadie me responde. Dicen que el sol da vida al universo. Contemplad el sol cuando sale... ¿no es por ventura un cadáver? Todo está muerto y los cadáveres yacen por doquier. Hombres solos rodeados de silencio: ¡eso es el mundo! «Amaos los unos a los otros.» ¿Quién dijo eso? ¿Quién nos dio ese mandamiento? El péndulo sigue con su insensible y repugnante tictac. Son las dos de la madrugada. Sus botines están junto a la cama, como esperándola... No, en serio, cuando mañana se la lleven, ¿qué será de mí?

CAPÍTULO PRIMERO

I

UNAS PALABRAS MÁS SOBRE UN CASO QUE NO ES TAN SENCILLO COMO PARECE

Hace exactamente dos meses, en el número de octubre de mi *Diario*, dediqué algunas consideraciones a una desdichada delincuente, Yekaterina Prokófeva Kornílova, esa joven madrastra que en el mes de mayo, en un ataque de cólera contra su marido, arrojó por la ventana a su hijastra de seis años. El caso alcanzó especial notoriedad por el hecho de que la pequeña, que había caído desde un cuarto piso, no sufrió lesiones ni daños y en la actualidad se encuentra viva y goza de buena salud. No voy a recordar en detalle mi artículo de octubre, que tal vez los lectores todavía no han olvidado. Sólo quiero mencionar el objeto de ese artículo: de pronto me había parecido que ese asunto era absolutamente extraordinario y había llegado a la conclusión de que no se podía examinar con una *sencillez excesiva*. La desdichada delincuente estaba embarazada, soliviantada por los reproches de su marido, sufría. La causa del delito no había sido el deseo de vengarse de las recriminaciones y ofensas de su marido, sino un «impulso achacable a su estado». En mi opinión, había pasado varios días o incluso semanas en ese estado particular, muy poco estudiado pero incuestionable, de ciertas mujeres embarazadas, cuya personalidad sufre cambios extraños y está sometida a inexplicables sugerencias e influencias, una especie de locura sin locura que a veces puede llevar a cometer tremendas monstruosidades. Ponía el ejemplo, que conocí en la infancia, de una señora de Moscú que, en un determinado periodo de su embarazo, sucumbía a un extraño deseo y se entregaba a una extraña pasión: el robo. Sin embargo, la señora en cuestión se desplazaba en coche y no tenía ninguna necesidad de los objetos que sustraía, lo que no impedía que robara conscientemente y dándose perfecta cuenta de lo que hacía. Era plenamente consciente de sus actos, pero no podía resistirse a esa singular tentación. Eso es lo que escribí hace dos meses, y debo confesar que mis palabras respondían a un propósito remoto y desprovisto de esperanza: ayudar de alguna manera a esa desdichada y aliviar un tanto su suerte, a pesar de la terrible sentencia que ya se había pronunciado contra ella. En mi artículo no pude contenerme y declaré que —ya que nuestros jurados se decantan con tanta frecuencia por veredictos absolutorios, sobre todo tratándose de mujeres, a pesar de su confesión completa y de las pruebas irrefutables del crimen, determinadas sin sombra de sospecha por el

tribunal—, en mi opinión, se podría haber absuelto a Kornílova. (Justo unos días después de que se dictara sentencia contra esa infeliz embarazada llamada Kornílova, a la que se condenó a trabajos forzados y a pasar el resto de su vida en Siberia, se absolvió de todos sus cargos a una extrañísima criminal y asesina llamada Kirílova.) Por lo demás, transcribiré lo que escribí entonces:

Si la hubieran absuelto, los miembros del jurado habrían tenido al menos una base sobre la que apoyarse: «Aunque esos impulsos patológicos son raros, lo cierto es que se dan. ¿Y si en el presente caso estuviéramos ante un impulso motivado por el embarazo?». Es un argumento a tener en cuenta. Al menos en ese caso todo el mundo habría comprendido las razones de la clemencia y no se habrían suscitado dudas. Poco importa que hubieran podido incurrir en un error: vale más equivocarse por exceso de clemencia que por exceso de severidad, tanto más cuanto que en este caso no hay manera de verificar nada. La acusada es la primera en reconocerse culpable; confesó inmediatamente después de cometer el crimen y volvió a confesar seis meses más tarde en la vista. Así que probablemente acabará en Siberia, juzgándose culpable en su conciencia y en lo más hondo de su alma; y es posible que muera arrepintiéndose en la hora final y considerándose una asesina. Y ni a ella ni a nadie se le ocurrirá pensar que durante el embarazo puede producirse un impulso patológico, que probablemente éste fue la causa de todo y que, si no hubiera estado embarazada, no habría sucedido nada... Sí, de los dos errores posibles es mejor elegir el de la misericordia.

Después de escribir esas líneas, arrebatado por mi idea, me puse a especular y añadí que esa pobre delincuente de veinte años, que al cabo de unos días tendría que dar a luz en la cárcel, quizá se había reconciliado ya con su marido; que quizá su marido (ahora libre y con derecho a casarse de nuevo) iba a verla a la cárcel, en espera de que la trasladaran al penal, y que ambos lloraban y se lamentaban; que quizá incluso la niña maltratada iba a visitar a su «mamá», olvidada ya de todo y animada de un deseo sincero de consolarla. Hasta esboqué la escena de la despedida en la estación. Todos esas «especulaciones» fluyeron entonces de mi pluma no con la intención de producir un efecto o dibujar un cuadro, sino simplemente porque sentía la verdad de la vida, que en ese caso me decía que, aunque los dos, marido y mujer, estaban plenamente convencidos de la gravedad del delito, *no podían menos* que perdonarse y reconciliarse, y no sólo por caridad cristiana, sino por la intuición involuntaria e instintiva de que el delito cometido, por evidente e indudable que pudiera parecer a sus mentes sencillas, en realidad *podía no ser un delito*, sino más bien una especie de extraño suceso, que se había producido de una manera extraña, como si no hubiera sido fruto de la voluntad, sino resultado de la decisión de Dios de castigarlos a ambos por sus pecados...

Una vez terminado ese artículo y publicado el número de mi *Diario*, decidí, bajo la impresión de mis propias especulaciones, hacer todo lo posible por visitar a Kornílova en la cárcel. Confieso que sentía una gran curiosidad por comprobar cuánto había de cierto en lo que había escrito sobre ella y en las especulaciones a las que me había entregado. Se produjo entonces una circunstancia muy afortunada que me proporcionó la posibilidad de visitarla y conocerla. Y puede imaginar el lector cuál no sería mi sorpresa cuando descubrí que al menos las tres cuartas partes de mis especulaciones respondían a la verdad: había adivinado lo que había sucedido como

si hubiera estado presente. En efecto, el marido la había visitado y seguía visitándola; en efecto, ambos lloran y se compadecen el uno del otro, se despiden y se perdonan. «La niña vendría también de buena gana —me dijo la propia Kornílova—, pero está en un colegio, en un internado.» Lamento no poder referir todos los datos que recabé sobre la vida de esa familia destrozada; hay detalles muy curiosos, a su manera, naturalmente. Ah, ni que decir tiene que me equivoqué en algunas cosas, pero acerté en lo fundamental. Kornílov, por ejemplo, aunque es de origen campesino, viste a la manera alemana, es mucho más joven de lo que yo había supuesto, trabaja en una empresa que se dedica a la fabricación de papel moneda y recibe un sueldo mensual bastante considerable para un campesino; en suma, su situación es bastante mejor de lo que yo había imaginado. En cuanto a ella, es costurera, oficio que sigue desempeñando incluso ahora, en la cárcel, donde se ocupa de labores de costura por encargo y gana un buen dinero. En una palabra: que no tratan sólo de «una pieza de tela y unas botas de fieltro para el camino, de té y azúcar», sino que el tono de su conversación es algo más elevado. Cuando la visité por primera vez, hacía ya varios días que había dado a luz, y no a un niño, sino a una niña, etc. En fin, diferencias de detalle, pero en lo fundamental, en lo esencial, ningún error.

Se encontraba entonces, con ocasión del parto, en una celda especial, que ocupaba ella sola; en un rincón, al lado de la cama, estaba la recién nacida, a la que habían bautizado la víspera. Cuando entré, la criatura emitió un débil grito, con ese peculiar estremecimiento en la voz de todos los recién nacidos. Por cierto, esa prisión por alguna razón no recibe el nombre de prisión, sino de «casa de detención preventiva de delincuentes». No obstante, alberga un elevado número de detenidos, sobre todo personas acusadas de delitos harto curiosos, de las que quizá vuelva a ocuparme en su momento. Pero añadiré de pasada que saqué una impresión muy reconfortante, al menos en lo que respecta a la sección femenina de la cárcel, viendo el comportamiento tan humanitario de las celadoras con las reclusas. Más tarde visité otras secciones, por ejemplo la destinada a las delincuentes con niños de pecho. Vi con mis propios ojos la solicitud, la atención y los cuidados que les prodigaban las serviciales responsables inmediatas. Y, aunque no dispuse de mucho tiempo para profundizar en mis observaciones, descubrí rasgos, palabras, actos y gestos muy reveladores. Mi primer encuentro con Kornílova se prolongó unos veinte minutos. Es una mujer bastante joven y atractiva, con una mirada inteligente y a la vez muy ingenua. Al principio, durante un par de minutos, se mostró algo sorprendida de mi visita, pero no tardó en convencerse de que tenía a su lado a un hombre que estaba *de su parte* y se compadecía de ella, como le dije al entrar, y no puso reparos en sincerarse conmigo. No es una mujer muy locuaz ni elocuente, pero, cuando habla, se expresa con firmeza y claridad, con evidente veracidad y siempre en un tono amable, aunque sin sombra de obsequiosidad o rebuscamiento. Me trató no ya como a un igual, sino casi como a un amigo. Probablemente se encontraba todavía bajo la influencia del parto reciente y del recuerdo, también reciente, de la sentencia

pronunciada contra ella (en los últimos días del embarazo), estaba algo agitada e incluso lloró al recordar que uno de los testigos afirmaba haberle oído unas palabras el mismo día del delito que ella afirmaba no haber pronunciado nunca. Estaba muy dolida por la injusticia de ese testimonio, pero lo que me sorprendió fue que se expresara sin rencor, limitándose a exclamar. «¡Se ve que tal es mi destino!». Poco después, al referirme yo a su hija recién nacida, esbozó una sonrisa: «La bautizamos ayer». «¿Cómo se llama?», le pregunté. «Yekaterina, igual que yo.» Esa sonrisa de una madre, condenada a presidio, al pensar en su hija nacida en la cárcel, después de una sentencia que condenaba también a la criatura, antes incluso de nacer... esa sonrisa me causó una extraña y dolorosa impresión. Cuando de forma muy prudente empecé a interrogarla sobre su delito, el tono de sus respuestas me produjo en seguida una impresión muy favorable. Todas eran directas y claras, sin ningún tipo de evasiva, así que no tardé en darme cuenta de que no necesitaba andarme con precauciones de ningún tipo. Admitía sin reservas que era culpable de todo lo que la habían acusado. También me sorprendió que, al hablar de su marido (recordemos que había arrojado a la niña por la ventana en un ataque de ira contra él), no se expresara con resentimiento ni le dirigiera palabras acusatorias, sino todo lo contrario. «Pero ¿cómo sucedió todo?» Y ella me contó sin ambages cómo se produjeron los hechos: «Quería hacerle daño, pero era como si no estuviera siguiendo los dictados de mi propia voluntad, sino actuando según los designios de otra persona». Recuerdo que añadió (respondiendo a una pregunta que le había formulado) que, si bien se dirigió en seguida a la comisaría para informar de lo que había sucedido, «no había tenido intención de acudir a ese lugar, aunque sin saber muy bien cómo me encontré allí, y confesé lo que había hecho».

El día antes de mi visita me enteré de que su abogado defensor, el señor L., había interpuesto un recurso de casación; así pues, aún quedaba una esperanza, aunque remota. No obstante, yo barajaba en mi cabeza otra posibilidad, de la que no diré nada ahora, pero de la que informé a ella al término de mi visita. La mujer me escuchó sin confiar demasiado en el éxito de mi plan, pero se convenció plenamente de la simpatía que le profesaba y me lo agradeció. Cuando le pregunté si podía serle útil de alguna manera, adivinó en seguida a qué me refería y respondió que no necesitaba nada, que tenía dinero y no le faltaba el trabajo. Pero el tono de sus palabras revelaba que no se había ofendido lo más mínimo por mi ofrecimiento, de suerte que, en caso de no haber dispuesto de recursos, seguramente no se habría negado a aceptar una pequeña suma.

Después de esa primera entrevista, la visité un par de veces más. En una ocasión, entre otras cosas, le hablé de la sentencia que absolvía de todos sus cargos a la asesina Kirílova, dictada sólo unos días después de que ella, Kornílova, fuese condenada, pero no advertí en ella el menor rastro de envidia o de rencor. Es evidente que se considera culpable de un crimen horrendo. Al observarla más de cerca, no

pude dejar de advertir que en el fondo de ese carácter femenino bastante curioso había una gran dosis de ecuanimidad, orden y, lo que más me interesó, alegría. En cualquier caso, es evidente que la atormentan los recuerdos: con profundo y sincero pesar lamenta la crueldad que había empleado con la niña, su «falta de cariño», las palizas que le propinaba en respuesta a los continuos reproches de su marido, que siempre la estaba comparando con su difunta esposa, de quien por lo visto sentía celos, como yo había supuesto. Es evidente que le preocupaba, entre otras cosas, la idea de que su marido era ahora libre y podía volver a casarse, y un día me confió con gran satisfacción, en cuanto entré en su celda, que su marido había ido a verla hacía poco y le había dicho que «bastantes preocupaciones tenía en ese momento para pensar en casarse»; era una prueba, pensé yo, de que había sido ella la primera en abordar esa cuestión. Lo repito una vez más: es plenamente consciente de que, después de la sentencia pronunciada contra ella, su marido ya no es su marido y de que su matrimonio está disuelto. En ese momento me dio por pensar que debían de haber tenido entrevistas y conversaciones la mar de curiosas.

En el curso de esas visitas tuve ocasión de hablar de ella con algunas celadoras de la cárcel y con la señora A. P. B., subdirectora de la institución. Me sorprendió la visible simpatía que en todas ellas había despertado Kornílova. La señora A. P. B. me comunicó, entre otras cosas, un detalle interesante en el que había reparado: cuando Kornílova ingresó en la prisión (poco después de la comisión del delito), parecía una criatura totalmente distinta: grosera, maleducada, desagradable, respondona. Pero, antes de que pasaran dos o tres semanas, se convirtió de pronto en una persona completamente distinta: buena, amable, mansa, «y así ha sido hasta la fecha». Ese testimonio me pareció revelador para su *caso*. Lo malo era que su *caso* ya se había visto y resuelto, y el fallo pronunciado. Y he aquí que hace unos días me informaron de que la sentencia del tribunal, contra la que se había interpuesto demanda de casación, se había anulado (por haber conculcado el artículo 693 del Código penal) y que el caso sería examinado de nuevo por otra sala del tribunal, con la participación de un jurado. Así pues, en el momento presente, Kornílova vuelve a ser una acusada, no una condenada a trabajos forzados, y es de nuevo la esposa legítima de su marido, ¡y él su esposo legítimo! En consecuencia, vuelve a brillar para ella un rayo de esperanza. Quiera Dios que esa alma joven, que ha sufrido ya tanto, no sea aplastada definitivamente por una nueva condena. Al alma humana le resulta difícil soportar tales conmociones: es como si a un hombre, condenado a morir fusilado, lo desatarán de pronto del poste, le hicieran concebir esperanzas, le retiraran la venda de los ojos, le mostraran de nuevo el sol, y al cabo de cinco minutos lo cogieran otra vez y volvieran a amarrarlo al poste. ¿Es posible que no se preste la menor atención al hecho de que la acusada estaba embarazada en el momento de la comisión del delito? El elemento más importante de la acusación consiste, naturalmente, en que cometió el delito *conscientemente*; pero, vuelvo a repetirlo: ¿qué papel desempeña la conciencia en un caso como éste? Pudo conservar intacta la conciencia, pero no ser capaz de

resistir un deseo insensato, pervertido por un impulso morboso, por muy consciente que fuera de lo que hacía. ¿Realmente os parece algo tan imposible? De no haber estado embarazada, es probable que se hubiera dicho, en el momento de ese ataque de ira: «Qué niña tan repugnante. De buena gana la tiraría por la ventana; así aprendería ése a no estar recordándome a su madre todo el tiempo». Lo habría pensado, pero no lo habría hecho, mientras que, estando embarazada, *no pudo resistirse* y lo hizo. ¿Es que no pudieron suceder así las cosas? ¿Y qué importa que ella misma reconozca que ya la víspera tuvo intención de arrojar a la niña por la ventana, aunque la presencia del marido le impidió llevar a cabo su plan? Esa intención criminal, tan lógica y firmemente concebida y tan metódicamente ejecutada a la mañana siguiente (retirando las macetas de flores y demás), no puede considerarse, de ninguna de las maneras, un delito corriente cometido con premeditación: en este caso se produjo algo antinatural y anormal. Fíjense en un solo detalle: después de tirar a la niña y quedarse mirando por la ventana para ver cómo caía (en un primer momento la niña perdió el conocimiento y desde arriba podía parecer que había muerto), la criminal cierra la ventana, se viste... y se va a la comisaría, donde lo confiesa todo. Pero ¿a santo de qué iba a acusarse si había planeado el crimen con toda tranquilidad y resolución, organizándolo todo con sangre fría? ¿Quién podía atestiguar que había sido ella quien había arrojado a la niña por la ventana? ¿Quién podía afirmar que la niña no había cometido una imprudencia y había caído por sí sola? Hasta podía haber convencido a su marido, cuando éste regresara, de que la niña se había caído sola y de que ella no era culpable de nada (de ese modo se habría vengado del marido sin cargar con ninguna culpa). E incluso si se hubiera dado cuenta, al mirar por la ventana, de que la niña no había sufrido daños, de que estaba viva y podía testificar contra ella, no habría tenido nada que temer: ¿qué valor podía tener para la investigación judicial las declaraciones de una niña de seis años, que afirmaba que la habían levantado en vilo y arrojado por la ventana? Cualquier perito médico habría confirmado que, en el momento en que perdió el equilibrio y cayó (es decir, en caso de que hubiera caído sola), la niña podía haber tenido la impresión de que alguien la cogía por detrás y la empujaba. Entonces, ¿qué razón tenía la mujer para correr a denunciarse a sí misma? Sin duda habrá quien responda: «Estaba desesperada, quería acabar con su vida de una forma u otra». En efecto, no puede encontrarse otra explicación; pero esa sola explicación demuestra en qué grado de tensión emocional y desasosiego se hallaba esa mujer *embarazada*. Sus propias palabras son significativas: «No tenía intención de ir a la comisaría, pero, sin saber muy bien cómo, acabé allí». Eso significa que estaba actuando como en una especie de delirio, «que no era dueña de sus actos», pese a ser plenamente consciente de lo que hacía.

Por otro lado, el testimonio de la señora A. P. B. también aclara muchas cosas: «Era una criatura totalmente distinta, grosera, maleducada, y al cabo de dos o tres semanas se convirtió en una persona mansa, amable, afectuosa». ¿A qué se debió ese cambio? A que había pasado cierto periodo patológico del embarazo, un periodo de

desfallecimiento de la voluntad y de «locura sin locura»: una vez desaparecido ese impulso morboso, surgió una persona distinta.

Ahora bien: si a esa mujer que ha sufrido y padecido tanto la condenan a trabajos forzados otra vez, si la atormentan y la aplastan con una *segunda* condena; si a esa criatura de veinte años, que apenas acaba de empezar a vivir, con una niña de pecho en sus brazos, la envían al penal... ¿Qué pasará? ¿Sacará mucho provecho de los trabajos forzados? ¿No se endurecerá, no se corromperá, no se agriará su carácter para siempre? ¿A quién ha reformado nunca el penal? Y lo más importante: todas esas medidas se toman cuando no se han despejado las dudas sobre los impulsos patológicos ligados a su embarazo de entonces. Vuelvo a repetir lo que dije hace dos meses: «Vale más equivocarse por exceso de clemencia que por exceso de severidad». Absolved a esa desdichada y acaso evitaréis que perezca un alma joven, que quizá tenga mucha vida por delante y disponga de muchas ocasiones para hacer el bien. No cabe duda de que en el penal todo eso se perderá, ya que su alma se corromperá; mientras que ahora, en cambio, la terrible lección que ha recibido puede que la aparte del mal durante el resto de su vida; y, sobre todo, es posible que contribuya en gran medida al desarrollo y la maduración de esas semillas y esa inclinación por el bien que, con toda evidencia y seguridad, esa joven alma guarda en su seno. E incluso si su corazón se hubiera endurecido y encallecido, la clemencia sin duda lo ablandaría. Pero yo os aseguro que en absoluto es una criatura endurecida y encallecida, y no soy el único que puede dar fe de ello. ¿No sería posible absolverla, *correr el riesgo* de absolverla?

III

AFIRMACIONES GRATUITAS

Mi artículo «Una sentencia» se basa en una idea fundamental y suprema de la existencia humana: que es inevitable e indispensable tener la convicción de que el alma humana es inmortal. La idea que subyace en esa confesión de un hombre que va a morir «por suicidio lógico» es la necesidad de una conclusión inmediata: que sin fe en el alma y en la inmortalidad de esa alma la existencia humana es antinatural, inconcebible e insoportable. Y me parecía que había expresado con claridad la fórmula del suicida lógico, que había dado con ella. No tiene fe en la inmortalidad, como explica al comienzo mismo. Poco a poco la idea de que su existencia carece de sentido y su odio ante la indiferencia del mundo que le rodea le llevan a la inevitable convicción de que la existencia del hombre en la tierra es un completo sinsentido. Le parece tan claro como el día que sólo pueden *avenirse* a vivir las personas que se parecen a los animales inferiores, que se asemejan a ellos por la escasa evolución de su conciencia y el importante desarrollo de necesidades puramente carnales. Se avienen a vivir precisamente como los animales, es decir, para «comer, beber, dormir,

construir un nido y tener hijos». Ah, sí, zampar, dormir, hacer cochinadas, tenderse en un blando lecho: todo eso seguirá atando al hombre a la tierra mucho tiempo, pero no a sus representantes superiores. Sin embargo, esos representantes superiores imperan y siempre han imperado en el mundo, y el resultado siempre ha sido que millones de hombres los han seguido en el momento oportuno. ¿Qué son una palabra y un pensamiento superiores? Esa palabra, ese pensamiento (sin los cuales la humanidad no puede vivir) suelen expresarlos por primera vez hombres pobres, desconocidos, carentes de toda significación y a menudo incluso perseguidos, que mueren oprimidos y en la oscuridad. Pero ese pensamiento, esa palabra que ellos pronunciaron, no mueren ni desaparecen nunca sin dejar huella; no pueden desaparecer jamás desde el momento en que han sido pronunciados, lo que constituye un hecho hasta sorprendente en la historia de la humanidad. En la generación siguiente o al cabo de dos o tres decenios el pensamiento del genio envuelve a todos y a todo, se apodera de todos y de todo, y se revela que no triunfan los millones de hombres ni las fuerzas materiales, en apariencia tan terribles e inquebrantables, ni el dinero, ni la espada, ni el poder, sino un pensamiento imperceptible en un principio, a menudo pronunciado por un hombre supuestamente insignificante. El señor N. P. escribe que la publicación de semejante confesión en mi *Diario* «sirve» (¿a quién, a qué sirve?) «de ridículo y lamentable anacronismo»..., pues en la actualidad nos encontramos en «un siglo de convicciones de hierro, un siglo de opiniones positivas, un siglo que tiene por bandera: “¡Vivir cueste lo que cueste!”...». (¡Desde luego, desde luego! Probablemente por eso se han multiplicado de tal modo en nuestra época los suicidios entre las clases educadas.) Le aseguro al respetable señor N. P., y a cuantos piensan como él, que, en su momento, ese «hierro» se doblará como una pluma ante una idea, por insignificante que pueda parecer en un principio a los señores de «convicciones de hierro». En lo que a mí respecta, uno de los mayores temores que me inspira nuestro futuro —incluso nuestro futuro más inmediato— es el hecho de que, en mi opinión, en una parte muy grande, demasiado grande, de la clase intelectual rusa, en razón de no sé qué extraña y singular... predestinación, por decirlo de alguna manera, arraiga cada vez más, y a una velocidad extraordinaria, una absoluta falta de fe en el alma y su inmortalidad. Y lo de menos es que esa falta de fe arraigue en forma de convicción (entre nosotros siempre ha habido muy pocas convicciones), sino que cuaje también en forma de una extraña y general indiferencia por esa idea suprema de la existencia humana, una indiferencia a veces incluso ridícula. Sólo Dios sabe de dónde ha salido y en virtud de qué leyes ha prosperado entre nosotros: no sólo afecta a esa idea, sino a todo lo que es vital, a la verdad de la vida, a todo lo que da vida y la sustenta, a todo lo que la mantiene sana y acaba con la descomposición y la putrefacción. En nuestra época esa indiferencia se ha convertido casi en una especialidad rusa, al menos en comparación con otras naciones europeas. Hace ya tiempo que ha penetrado en las familias rusas educadas y casi las ha destruido. Ni el hombre ni la nación pueden existir sin alguna idea suprema. Pero en

este mundo *sólo* hay una idea suprema, la idea de la inmortalidad del alma humana, pues todas las restantes ideas «supremas» que pueden hacer vivir al hombre *derivan únicamente de ésta*. Habrá quien no esté de acuerdo conmigo en ese punto (me refiero a la unicidad de la fuente de todos los conceptos elevados de este mundo), pero por ahora no quiero entablar ninguna discusión y me limito a exponer mi idea sin demostraciones de ningún tipo. No es algo que pueda explicarse de golpe, vale más proceder poco a poco. Ya tendré tiempo de profundizar más adelante.

Mi suicida es precisamente un representante apasionado de esa idea, es decir, de la necesidad del suicidio; no es un indiferente ni un hombre con convicciones de hierro. Sufre y se atormenta de verdad, como creo haber expresado de manera clara. Le parece incontestable que no puede seguir viviendo; de sobra sabe que tiene razón y que nada puede rebatir esa conclusión. No puede dejar de plantearse las cuestiones más elevadas y fundamentales: «¿Para qué vivir cuando uno es consciente de que vivir como un animal es repugnante, anormal e insatisfactorio para un hombre? ¿Qué es lo que, en tal caso, puede atarlo a la tierra?». Es incapaz de dar respuesta a esas cuestiones y lo sabe, porque, aunque reconozca que existe «una armonía del todo», según su expresión, se dice a sí mismo: «Yo no la comprendo ni podré comprenderla nunca; por tanto, la conclusión necesaria e inevitable es que jamás participaré en esa armonía». Es esa conclusión irrefutable la que acaba con él. ¿Dónde está el mal aquí? ¿En qué consiste su error? El mal estriba únicamente en que ha perdido la fe en la inmortalidad.

Pero él mismo busca apasionadamente (es decir, buscó mientras vivió, y con no poco sufrimiento) algún tipo de consuelo; trató de encontrarlo en el «amor a la humanidad»: «Si no yo, que al menos la humanidad en su conjunto sea feliz y pueda alcanzar un día la armonía. Ese pensamiento podría sujetarme a la tierra», declara. Desde luego es un pensamiento generoso, generoso y doloroso. Pero el convencimiento irrefutable de que la vida de la humanidad no es en esencia más que un instante, como la suya propia, y de que al día siguiente de que se alcance esa «armonía» (si es posible creer que ese sueño sea accesible) la humanidad se transformará en la misma *nada* que él mismo, en virtud de las leyes ciegas de la naturaleza, y eso después de todos los sufrimientos padecidos para alcanzar ese sueño: ese pensamiento le produce una indignación insoportable, precisamente por su amor a la humanidad. Se siente ofendido en nombre de toda la humanidad y, en razón de la ley del reflejo de las ideas, acaba perdiendo incluso su amor por la humanidad. De la misma manera, se ha observado más de una vez que, en una familia que se muere de hambre, el padre o la madre, cuando el sufrimiento de los hijos se le vuelve insoportable, acaba odiando a esos mismos niños a los que tanto ha querido hasta entonces, precisamente porque sus sufrimientos se le han vuelto *insoportables*. Más aún: afirmo que la conciencia de una incapacidad total para proporcionar cualquier clase de socorro, ayuda o alivio a la humanidad sufriente, unida al convencimiento pleno de ese sufrimiento, puede incluso *transformar en vuestro corazón el amor a la*

humanidad en odio a la humanidad. Naturalmente, esos señores de las convicciones de hierro no lo creerán y no entenderán nada: para ellos el amor a la humanidad y a su felicidad son conceptos tan baratos, dispuestos de forma tan conveniente, establecidos y definidos desde hace tanto tiempo que ni siquiera merece la pena pensar en ellos. Pero estoy decidido a que se rían de verdad; declaro (también en este caso sin pruebas, al menos *por el momento*) que el amor a la humanidad es totalmente inconcebible, incomprensible y *de todo punto imposible si no se tiene fe en la inmortalidad del alma humana.* Quienes han privado al hombre de la fe en su inmortalidad pretenden reemplazar esa fe, en el sentido de idea suprema de la vida, por el «amor a la humanidad»; esos hombres, digo, están actuando en contra de sus propias convicciones, pues, en lugar de inculcar el amor a la humanidad en el corazón de quienes han perdido la fe, siembran la semilla del odio a la humanidad. Los sabios de convicciones de hierro pueden encogerse de hombros al oír esa afirmación. Pero esa idea es más sabia que su sabiduría y estoy firmemente convencido de que un día se convertirá en un axioma para la humanidad. Una vez más vuelvo a expresar una idea sin aportar ninguna prueba; al menos por el momento.

Incluso afirmo y me aventuro a declarar que el amor a la humanidad, *en términos generales*, es, *como idea*, una de las más inaccesibles a la mente humana. Precisamente como idea. Sólo el sentimiento puede justificarla. Pero ese sentimiento únicamente es posible cuando se acompaña de la convicción en la inmortalidad del alma humana. (De nuevo estoy hablando sin aportar pruebas.)

En definitiva, es evidente que el suicidio, una vez perdida la idea de la inmortalidad, se convierte en una necesidad absoluta e incluso ineludible para cualquier hombre, a poco que su nivel intelectual sea superior al de un animal. Por el contrario, la inmortalidad, que promete una vida eterna, ata más firmemente al hombre a la tierra. Podría parecer que se trata de una contradicción: con tal cantidad de vida —una vida eterna además de la terrena—, ¿por qué conceder tal importancia a esa última? Pero sucede justamente lo contrario, ya que sólo la fe en su inmortalidad permite al hombre comprender la razón de su presencia en el mundo. Sin ese convencimiento en su inmortalidad, los vínculos entre el ser humano y el mundo tienden a romperse; se vuelven más frágiles, se corrompen, y la pérdida del sentido supremo de la vida (aunque sólo se sienta en forma de una angustia inconsciente), conduce inexorablemente al suicidio. Dándole la vuelta a ese argumento, se llega a la moraleja de mi artículo de octubre: «Si la convicción de la inmortalidad es tan indispensable para la vida humana, se puede llegar a la conclusión de que es el estado normal de la humanidad; y, en tal caso, la misma inmortalidad del alma humana *es una realidad indudable*». En una palabra, la idea de la inmortalidad es la vida misma, la vida viva, su fórmula definitiva y la fuente principal de verdad y comprensión de la humanidad. Tal era el propósito de mi artículo, que suponía evidente para cualquiera que lo leyera con atención.

IV

UNAS PALABRAS SOBRE LA JUVENTUD

A propósito. Habrá quien me señale que en nuestra época también se suicidan personas que nunca se han preocupado de cuestión elevada alguna; y sin embargo, se suicidan, de una manera enigmática, sin ninguna razón aparente. En efecto, asistimos a muchísimos suicidios (y esa abundancia también es un enigma a su manera), extraños y misteriosos, que no se explican por la pobreza o por alguna ofensa; se producen sin ninguna razón aparente, sin que medien falta de recursos, un amor no correspondido, los celos, la enfermedad, la hipocondría o la locura; simplemente ocurren, Dios sabrá por qué. En nuestra época esos casos ejercen una enorme fascinación y, como no hay modo de negar que constituyen una verdadera epidemia, se han convertido para muchos en una cuestión de lo más inquietante. Naturalmente, no voy a ponerme a explicar todos esos suicidios^[75], entre otras cosas porque no sería capaz; pero estoy firmemente convencido de que la mayor parte, en su conjunto, tiene su origen directa o indirectamente en una misma enfermedad espiritual: la ausencia en el alma de una idea suprema de la existencia. En ese sentido, nuestra indiferencia, en cuanto enfermedad rusa contemporánea, ha corroído todas las almas. Cierto que entre nosotros algunas personas hasta rezan y van a la iglesia, pero no creen en la inmortalidad de su alma; mejor dicho, no es que no creen, sino simplemente que jamás piensan en esa cuestión. Y sin embargo, no suele tratarse de gente con convicciones de hierro ni de individuos embrutecidos ni de hombres de tipo inferior. Pero es que sólo de la fe, como ya hemos dicho más arriba, se deriva cualquier sentido supremo, cualquier significación de la vida, cualquier deseo y ansia de vida. Ah, lo repito una vez más: no son pocos los que pretenden vivir sin ningún ideal, sin ninguna concepción elevada de la vida, simplemente como animales, como miembros de un orden inferior; no obstante también hay muchos —lo que no deja de ser curioso— que pueden parecer extraordinariamente toscos y viciosos, pero cuya naturaleza, acaso sin saberlo ellos mismos, aspira desde hace tiempo a encontrar un significado y un objetivo superiores a su vida. Tales personas no hallan satisfacción en la buena mesa, en los pasteles de pescado, en los caballos de raza, en la disipación, en los honores, en el poder, en la veneración de sus subordinados, en los porteros que guardan las puertas de sus casas. Un hombre de esa clase se pegará un tiro aparentemente *sin razón alguna*, pero en verdad le empuja a ello, aunque él mismo no se dé cuenta, la nostalgia de un sentido superior de la vida, que no encuentra en ninguna parte. Algunos de ellos, además, se pegarán un tiro después de haberse entregado a alguna escandalosa villanía, abominación o monstruosidad. Ah, naturalmente, al examinar muchos de esos casos, resulta difícil creer que hayan puesto fin a sus días por «nostalgia de objetivos superiores en la vida»: «Pero si no pensaban en objetivos de ningún tipo; si jamás han hablado de algo parecido; si se han limitado a cometer “ruindades”», se oirá un clamor general. Supongamos que no

se hayan preocupado de nada, que se hayan limitado a cometer ruindades: ¿tenéis una idea precisa de los complejos caminos por los que, en la vida de una sociedad, esa nostalgia de valores elevados puede llegar a ciertas almas y contagiarlas? Las ideas flotan en el aire, pero obedecen inevitablemente a ciertas leyes; las ideas viven y se difunden de acuerdo con leyes que nos resulta muy difícil definir; las ideas son contagiosas. ¿Y sabéis una cosa? Pues que, dentro de la disposición general de la vida, tal idea, tal preocupación o tal angustia, accesible sólo a un espíritu muy instruido y desarrollado, se puede transmitir de pronto a un ser casi iletrado, tosco y hasta entonces ajeno a cualquier preocupación, contagiando de repente esa alma con su influencia. Habrá quien vuelva a señalarme que en nuestra época se suicidan hasta niños o adolescentes que apenas saben aún lo que es la vida. Pero yo albergo la convicción secreta de que nuestra juventud sufre y se angustia porque carece de objetivos vitales superiores. En nuestras familias apenas se menciona la cuestión de los objetivos vitales superiores; y en cuanto a la idea de la inmortalidad, no sólo no se piensa en ella, sino que a menudo se hacen bromas a su costa, y eso en presencia de los niños, desde su más tierna infancia, quizá incluso con un propósito didáctico deliberado.

«Pero entre nosotros la familia no existe», me objetó hace poco uno de nuestros escritores de más talento^[76]. Y en cierto modo tenía razón: dada nuestra indiferencia general por los objetivos vitales superiores, es posible que la familia haya empezado a desmoronarse en ciertas capas de nuestra nación. Al menos es de todo punto evidente que nuestra joven generación está condenada a buscar por sí misma sus propios ideales y el sentido superior de la vida. Pero ese aislamiento, ese abandono a sus propias fuerzas, resulta terrible. Esa cuestión es de una importancia capital en los tiempos que corren, en el instante presente de nuestra vida. La posición en que se encuentra nuestra juventud le impide encontrar en parte alguna cualquier indicación sobre el sentido supremo de la existencia. De nuestros intelectuales y, en general, de quienes la guían, sólo puede obtener en estos momentos, lo repito, una visión bastante satírica, pero nada *positiva*; me refiero a que no le presentan nada en lo que pueda creer, nada que pueda respetar o adorar, nada por lo que merezca la pena afanarse, y esas cosas son muy necesarias y esenciales a los jóvenes, que siempre, en todo momento y lugar, han tenido sed de ellas. Tal vez sería posible transmitirles algunos preceptos justos en el ámbito de la familia o de la escuela, pero tanto una como otra (no sin ciertas excepciones, se entiende) se han vuelto demasiado indiferentes a ese objetivo, en virtud de otros muchos principios y fines más prácticos e inmediatos. No cabe duda de que los jóvenes que el 6 diciembre se reunieron en la plaza de Kazán^[77] eran un «rebaño» conducido por unos astutos sinvergüenzas, al menos a juzgar por los *hechos* revelados por *Novedades de Moscú*. No sé qué resultará de ese asunto ni cuáles serán sus consecuencias. Me parece evidente que nos encontramos ante una payasada maliciosa e inmoral, ante una imitación simiesca de actitudes ajenas, pero en cualquier caso sólo pudieron reunirlos asegurándoles que se

manifestaban en nombre de una idea suprema y hermosa, en nombre de un sacrificio admirable en aras de sublimes objetivos. Aun admitiendo que sólo a unos pocos preocupe la «búsqueda de un ideal», es indudable que ese pequeño grupo domina a todos los demás y los conduce. Y ahora, ¿a quién debemos culpar de que tengan un ideal tan monstruoso? Naturalmente a ellos mismos, pero no sólo a ellos. Ah, no cabe duda de que incluso la realidad que hoy les circunda podría salvarlos de su monstruosa lejanía de todo lo que es esencial y real, de su cruda incomprensión de los hechos más sencillos; pero la cuestión es que en los tiempos que corren se ha producido en la juventud un divorcio con el suelo y la verdad popular que debe sorprender y espantar incluso a sus «padres», que llevan ya tanto tiempo apartados de todo lo ruso y pasan su vida en una placidez beatífica, pronunciando críticas altaneras a la tierra rusa. Y ahí podemos ver una lección, una lección a la familia, a la escuela y a esos críticos tan beatíficamente instalados en sus convicciones: ni ellos mismos reconocen a *sus propios sucesores* y reniegan de ellos, pero... ¿cabe culpar de *todo* a esos «padres»? ¿No son ellos mismos un producto y una consecuencia de ciertas leyes especiales y fatídicas, de ciertas predestinaciones que han afectado a toda la capa intelectual de la sociedad rusa desde hace casi ya dos siglos, más o menos hasta las grandes reformas del presente reinado? Sí, es evidente que dos siglos de alejamiento del suelo nativo y de *cualquier clase de actividad* acaban dejando su huella. No basta con acusar, es preciso buscar remedios. En mi opinión, aún se pueden encontrar, pero deben buscarse en el pueblo, en sus valores sagrados y en nuestra unión con él. No obstante... no obstante, de esa cuestión me ocuparé en otro momento. En parte he emprendido la redacción de este *Diario* con el propósito de hablar de esos remedios, mientras las fuerzas me lo permitan.

V

DEL SUICIDIO Y DE LA ARROGANCIA

Pero debo terminar con el señor N. P. Le ha pasado lo que a muchas personas de su «tipo»: consideran estúpido lo que les resulta evidente y no les lleva mucho tiempo comprender. Son más propensos a despreciar la claridad que a alabarla. Muy distinta es su actitud ante las manifestaciones enrevesadas o brumosas. «Ah, como no lo entendemos, debe de ser muy profundo.»

Dice que el «razonamiento» de mi suicida no es más que «el desvarío de un hombre medio loco» y que es «*cosa sabida desde hace mucho tiempo*». Estoy casi convencido de que sólo «conoció» ese «razonamiento» cuando leyó mi artículo. En lo que respecta al «desvarío de un hombre medio loco», ese desvarío (¿lo conocen también el señor N. P. y todos los de su cuerda?), es decir, la conclusión de la ineluctabilidad del suicidio, es para mucha, para muchísima gente en Europa, la última palabra de la ciencia. He expresado esa «última palabra de la ciencia» de una

manera concisa, clara y accesible, pero con la única intención de rechazarla, no por medio del razonamiento ni de la lógica, ya que desde el punto de vista lógico es irrefutable (y desafío no sólo al señor N. P., sino a cualquier otro, a refutar con ayuda de la lógica «ese desvarío de un hombre medio loco»), sino mediante la fe, apelando a la necesidad de la fe en la inmortalidad del alma humana y a la convicción de que esa fe es la única fuente de vida viva que hay en el mundo: de vida, de salud, de ideas saludables, de deducciones y conclusiones saludables...

Pero, para terminar, me gustaría hacer referencia a un asunto ya puramente cómico. En ese mismo número de octubre, informaba del suicidio de la hija de un emigrante: «Empapó un algodón en cloroformo, se lo llevó a la cara y se acostó en la cama. Así murió. Antes de morir escribió una nota: “Me apresto a emprender un largo viaje. Si el intento no sale bien, que se reúnan para celebrar mi resurrección con copas de Clicquot. Si sale bien, ruego que no me entierren hasta que esté muerta del todo, pues resulta muy desagradable despertarse en un ataúd bajo tierra. *¡No es nada chic!*»”.

El señor N. P., lleno de arrogancia, se enfada con esa suicida «frívola» y saca la conclusión de que su acto «no es digno de la menor atención». También se enfada conmigo por la «ingenuidad suprema» de mi pregunta: ¿cuál de las dos suicidas sufrió más en el mundo? Y es en ese punto cuando se vuelve ridículo. De buenas a primeras añade: «Me atrevería a afirmar que una persona que desea *festejar* su vuelta a la vida con una copa de champán en la mano [pues claro que ha de ser en la mano], no *ha sufrido* mucho en esta vida, cuando la retoma de manera tan solemne, sin alterar sus costumbres y sin pensar siquiera en ellas...».

¡Qué idea y qué razonamiento tan ridículos! Lo que más le ha fascinado es el champán: «Quien bebe champán probablemente no puede sufrir». No obstante, si le hubiera gustado tanto el champán, habría seguido viviendo para beberlo, pero lo que hizo fue referirse a él antes de morir, antes de morir de verdad, sabiendo muy bien que seguramente iba a morir. No podía tener mucha confianza en sus posibilidades de volver a la vida, y además esa eventualidad no le ofrecía ningún atractivo, porque en su caso volver a la vida significaba enfrentarse a un nuevo intento de suicidio. Aquí el champán no significa nada; seguramente no tenía la menor intención de beberlo... ¿De verdad es necesario explicarlo? Mencionó el champán porque, antes de morir, deseaba permitirse una extravagancia abyecta y repugnante. Eligió el champán porque no pudo encontrar un cuadro más abyecto y repugnante que una borrachera para celebrar su «resurrección de entre los muertos». Necesitaba escribir algo así para cubrir de barro todo lo que dejaba en el mundo, para maldecir la tierra y su propia vida, para escupir sobre ellas y dejar constancia de ese escupitajo a sus deudos, a quienes abandonaba. ¿Cómo explicar tanto rencor en una muchacha de diecisiete años? (N. B.: en mi artículo afirmaba que tenía veinte años, pero en realidad no pasaba de los diecisiete, como me comentaron después algunas personas más enteradas del caso.) ¿Y contra quién iba dirigido ese rencor? Nadie la había ofendido,

no tenía necesidad de nada; se diría que murió también sin ningún motivo. Pero es precisamente esa nota, es precisamente el hecho de que en un momento semejante estuviera tan *interesada* en permitirse una extravagancia tan abyecta y repugnante (los hechos no ofrecen lugar a dudas), es precisamente todo eso lo que lleva a pensar que su vida había sido incomparablemente más pura de lo que sugiere esa ocurrencia abominable, y que el rencor, la inmensa amargura de su ocurrencia, testimonian, por el contrario, los sufrimientos y las torturas a que estaba sometida su alma, así como la desesperación del momento postrero de su vida. Si se hubiera dado muerte llevada de cierto apático hastío, sin saber muy bien por qué, no se habría entregado a esa extravagancia. Para analizar esa disposición de espíritu es necesario adoptar una actitud más humana. En este caso el sufrimiento es evidente, y no cabe duda de que murió de angustia espiritual, después de muchos tormentos. ¿Cómo pudo atormentarse tanto una criatura de sólo diecisiete años? Pero ésa es la terrible cuestión de nuestro tiempo. He avanzado la hipótesis de que murió de angustia (una angustia demasiado precoz) y del convencimiento de que su vida carecía de sentido... y que ambas afecciones eran consecuencia exclusiva de la depravada educación que recibió en casa de sus padres, una educación basada en un concepto erróneo del sentido supremo y los objetivos de la vida, que destruyó deliberadamente en su alma cualquier fe en su inmortalidad. Todo eso no pasa de ser una hipótesis personal, pero lo cierto es que no pudo quitarse la vida con la única intención de dejar esa miserable nota y asombrar a la gente, como parece sugerir el señor N. P. «Que nadie odie su carne.» Acabar con la propia vida es algo muy serio, por mucho que se quiera adoptar un aire desenfadado, y la epidemia de suicidios que se extiende entre nuestra clase intelectual es un asunto muy serio, que requiere una observación y un examen constantes. Hace año y medio un miembro muy capaz y competente de nuestro sistema judicial me mostraba un mazo de cartas y esquelas de suicidas, todas autógrafas y escritas poco antes de morir, es decir, cinco minutos antes de quitarse la vida. Recuerdo dos líneas trazadas por una muchacha de quince años; recuerdo también una nota garrapateada a lápiz en un coche en marcha, en el que el autor se pegó un tiro antes de llegar a su destino. Creo que si el señor N. P. echara un vistazo a esos interesantes documentos, quizá se produciría algún cambio en su espíritu y se insinuaría un atisbo de congoja en su plácido corazón. Aunque no estoy seguro. En cualquier caso, tales sucesos deben analizarse de manera más humana y con mucha menos altanería. Es probable que todos nosotros seamos culpables de semejantes hechos, y no serán las convicciones de hierro las que nos salven de las desastrosas consecuencias de nuestra complacencia y de nuestra arrogancia, cuando se cumplan los plazos y tengamos que sufrir las consecuencias.

Pero basta. Con esas palabras he respondido no sólo al señor N. P., sino a muchos otros que piensan como él.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

UNA ANÉCDOTA DE LA VIDA INFANTIL

Voy a contaros una cosa antes de que se me olvide.

En las afueras de San Petersburgo, en realidad más allá de los límites de la ciudad, viven una madre y su hijita de doce años. No es una familia acomodada, pero la madre tiene un empleo y se gana la vida con su trabajo; la hija, por su parte, acude a una escuela de San Petersburgo, y siempre que va o vuelve de la escuela coge un coche público que cubre varias veces al día, a horas fijas, el trayecto entre Gostini Dvor y la localidad en que ellas habitan.

No hace mucho, dos meses a lo sumo, justo cuando el invierno llegó de forma tan brusca como inopinada, iniciándose una semana entera de días serenos y despejados, con dos o tres grados bajo cero, y los trineos empezaron a circular, la madre se quedó mirando a la hija y le dijo:

—Sasha, no veo que repases tus lecciones; hace ya varias tardes que me he dado cuenta. ¿Es que te las sabes?

—Ah, mamá, no te preocupes; estoy bien preparada; hace una semana que las tengo aprendidas.

—Bueno, si es así...

A la mañana siguiente Sasha se dirigió a la escuela, y por la tarde, pasadas ya las cinco, el conductor del coche público en el que Sasha debía volver a su casa, apeándose un momento junto a la puerta de la casa, le entregó a la madre una esquila que decía lo siguiente:

«Querida mamá, durante toda la semana he sido una niña muy mala. Me han puesto tres ceros y te he estado mintiendo todo el tiempo. Me da vergüenza volver a casa, así que he decidido no regresar. Adiós, querida mamá. Perdóname. Tu Sasha».

Ya podéis figuraros el estado de la madre. Naturalmente, quiso dejar sus ocupaciones en el acto para correr a la ciudad a buscar a Sasha, o al menos algún rastro de ella. Pero ¿adónde ir? ¿Cómo actuar? Dio la casualidad de que se encontraba allí un amigo cercano, que compartía sinceramente su preocupación, y que se ofreció a dirigirse inmediatamente a San Petersburgo para hacer averiguaciones en la escuela y buscar sin descanso en casa de todos los conocidos, aunque le llevara toda la noche. La principal consideración que llevó a la madre a confiar en la atenta solicitud de ese buen hombre y a quedarse en casa fue que, en ese tiempo, Sasha podía regresar por su propio pie, arrepentida de su decisión inicial, y, al no encontrar a su madre en casa, marcharse de nuevo. Además, decidieron dar parte a la policía en cuanto amaneciese, en caso de que Sasha no hubiera aparecido en toda la noche. Puede imaginar el lector, sin necesidad de descripción alguna, las horas

terribles que pasó en casa la mujer.

—Y hete aquí —cuenta la madre— que a eso de las diez oigo de pronto, sobre la nieve del patio y después sobre la escalera, esos pasos raudos y menudos tan familiares. La puerta se abre y... aparece Sasha.

—¡Mamá! ¡Ah, mamá! ¡Cuánto me alegro de haber vuelto a tu lado!

Juntó las manos, luego se cubrió el rostro y se sentó en la cama. Estaba cansadísima, extenuada. A continuación se produjeron, como puede imaginarse, las primeras exclamaciones, las primeras preguntas. La madre procedía con mucha cautela, sin atreverse a hacerle ningún reproche.

—Ah, mamá, después de mentirte ayer sobre las lecciones, tomé la siguiente decisión: no ir más a la escuela y no volver a tu lado; porque, una vez que dejara de ir a la escuela, ¿cómo iba a estar engañándote todos los días?

—¿Y qué es lo que te proponías hacer? Si no ibas a la escuela ni venías aquí, ¿dónde pensabas vivir?

—En la calle. En cuanto se hiciera de día, pasearía por las calles. Mi pelliza abriga mucho, y si arreciara el frío, me refugiaría en el Pasaje; para comer compraría cada día un panecillo; en cuanto a la bebida, no sería ningún problema, pues ahora hay nieve por todas partes. Me bastaría con un panecillo. Contaba con quince kopeks y cada panecillo cuesta tres, así que habría tenido para cinco días.

—¿Y luego?

—No lo sé, no hacía planes a largo plazo.

—¿Y dónde pensabas pasar la noche?

—Ah, se me había ocurrido una solución. Cuando oscureciera y se hiciera tarde, pensaba encaminarme a las vías del tren, más allá de la estación, pues allí apenas se ve un alma y hay un montón de vagones estacionados. Me subiría a uno de esos vagones, que sin duda no se iba a mover de su sitio, y pasaría la noche en su interior. Y eso fue lo que me propuse. Anduve mucho, hasta dejar bien atrás la estación, y llegué a un lugar completamente desierto. A un lado vi unos vagones estacionados, pero no como esos en los que viaja la gente. «Me meteré en uno de ellos —pensé— y nadie me verá.» Pero apenas había empezado a subir, cuando un vigilante me gritó de pronto:

»—¿Adónde vas? Son vagones para transportar muertos.

»Al oír esas palabras, bajé de un salto, y en ese momento vi que el hombre se estaba acercando.

»—¿Qué estás haciendo aquí?

»Me alejé corriendo como una loca; él seguía gritando, pero yo no hacía más que correr. Qué miedo pasé. Después de deambular un buen rato por las calles, vi de pronto un edificio grande de piedra, un edificio en construcción (apenas unos muros de ladrillo, con planchas de madera en lugar de puertas y ventanas), rodeado de una valla. Pensé que si encontraba un medio de entrar, nadie me vería, pues estaba muy oscuro. Me metí en una callejuela y encontré un lugar tapado con planchas, pero por

el que se podía pasar. Me deslicé en el interior y fui a parar a un hoyo con el suelo de tierra; tanteando la pared, llegué a un rincón, donde había unas tablas y unos ladrillos. “Sobre estas tablas pasaré la noche”, pensé. Y me tumbé. Pero al cabo de un instante oí como si alguien estuviera hablando en susurros. Me incorporé y en el mismo rincón oí hablar en voz queda a unas personas y me pareció sentir que unos ojos me miraban. Entonces me asusté muchísimo, salí corriendo por la misma puerta y me encontré de nuevo en la calle, desde donde oí que me llamaban. Conseguí escapar. ¡Y yo que había pensado que la casa estaba vacía!

»Cuando me vi de nuevo fuera, me sentí de pronto muy cansada. Cansadísima, agotada. Vagaba por las calles; los transeúntes iban y venían; no sabía qué hora era. Salí a la Avenida Nevski, pasé junto a Gostini Dvor y me eché a llorar. “Ojalá pasara un hombre bueno y se apiadara de una niña que no tiene dónde pasar la noche — pensé—. Se lo confesaría todo y él me diría: ‘Ven a dormir a nuestra casa’”. Pensaba en esas cosas sin dejar de andar, cuando de pronto vi que nuestro coche estaba allí parado y se disponía a cubrir el trayecto por última vez. ¡Y yo que creía que había partido hacía ya un buen rato! “¡Ah, volveré con mamá!”, pensé. Me monté, y ahora me siento muy contenta de haber vuelto, mamá. ¡Nunca volveré a mentirte y estudiaré mucho, mamá! ¡Ah, mamá!

—Yo le pregunté —prosiguió la madre—: Sasha, ¿de verdad se te ha ocurrido a ti sola todo eso de no ir a la escuela y de vivir en la calle?

—Mira, mamá, hace tiempo que me he hecho amiga de una niña de mi edad que va a un colegio distinto. ¿Me crearás si te digo que no va casi nunca a clase, aunque en su casa asegura que va todos los días? Me comentó que le aburre estudiar y que en la calle se lo pasa muy bien. «Cuando salgo de casa —me dijo—, no hago más que pasear; hace ya dos semanas que no aparezco por el colegio. Miro los escaparates, entro en el Pasaje, como un panecillo y hasta el atardecer no vuelvo a casa.» Cuando oí esas cosas, pensé: «Lo mismo me gustaría hacer a mí». Y empecé a aburrirme en el colegio. Pero hasta el día de ayer no tenía intención de hacer nada parecido; sólo ayer, después de mentirte, me decidí...

Esa anécdota es verídica. Ni que decir tiene que la madre ha tomado ya medidas. Cuando me refirieron la historia, pensé que no estaría de más incluirla en mi *Diario*. Recibí autorización para publicarla, naturalmente conservando el más estricto anonimato. Ya sé que habrá quien me objete: «Es un caso aislado y lo único que prueba es la estupidez asombrosa de la niña». Pero a mí me consta que la niña no es nada estúpida. También sé que en esas almas jóvenes, que ya han salido de la primera infancia pero aún están lejos de alcanzar los primeros estadios de la madurez, a veces pueden germinar nociones, ensoñaciones y decisiones sorprendentes y fantásticas. Esa edad (entre los doce y los trece años) es extraordinariamente interesante, y aún más en las chicas que en los chicos. Y a propósito de los chicos: ¿os acordáis de que hará cosa de cuatro años apareció en los periódicos la noticia de que tres jóvenes alumnos se habían escapado de un instituto con intención de viajar a América y que

los cogieron ya bastante lejos de su ciudad, en posesión de una pistola? En general, también antaño —hace una o dos generaciones— las cabezas de esos jovencitos estaban tan llenas de ensoñaciones y fantasías como las de los jóvenes actuales, pero estos últimos son más decididos y mucho menos propensos a dudas y reflexiones. Los jóvenes de antes podían concebir algún proyecto (por ejemplo, huir a Venecia, después de haber leído los relatos de Hoffmann y George Sand ambientados en esa ciudad; he conocido un caso), pero nunca se decidían a ponerlo en práctica; a lo más que llegaban era a confiárselo en secreto a algún compañero. En cambio los jóvenes de hoy los conciben y los ejecutan. Por lo demás, a los jóvenes de antaño les paraban los pies el sentido del deber, la conciencia de sus obligaciones para con sus padres y ciertas creencias y principios. Pero en nuestros días es evidente que esos sentimientos y vínculos se han debilitado. Los muchachos se ven sometidos a menos restricciones, tanto externas como internas. Tal vez por eso su cerebro funcione de forma más unilateral; naturalmente, alguna razón debe haber para todo eso.

Pero lo principal es que no se trata en absoluto de casos aislados, atribuibles a la estupidez. Vuelvo a repetirlo: esa edad, extraordinariamente interesante, requiere una atención especial de nuestros pedagogos, tan obsesionados con la pedagogía, así como de los padres, tan obsesionados en estos tiempos que corren con «asuntos» que les competen y con otros que no les competen. ¡Y qué fácil es que pueda suceder algo absolutamente terrible! ¿Y a quién? ¡Nada menos que a nuestros propios hijos! Basta pensar en ese pasaje de la historia en que la niña, «de pronto muy *cansada*, se echa a llorar y piensa: “Ojalá pasara un hombre bueno, que se apiadara de una niña que no tiene dónde pasar la noche y la invitara a ir a su casa”». Imaginad con qué facilidad se podría haber cumplido ese deseo, que revela su pueril inocencia y su inmadurez, ya que esos «hombres buenos» pululan por todas partes, tanto en las calles como en las casas más ricas. ¿Y luego, por la mañana? O bien el agujero en el hielo del río o bien *la vergüenza de confesar* y, después, la capacidad creciente de guardar el secreto y de *congraciarse con el recuerdo*, para más tarde analizarlo desde otro punto de vista, siempre pensando y repensando, pero con una extraordinaria sucesión de imágenes diferentes; todo eso sucedería poco a poco y por sí mismo; y al final, quién sabe, tal vez le entraran ganas de repetir la experiencia, y luego todo lo demás. ¡Y todo eso a los doce años! Y todo eso a la chita callando. ¡A la chita callando, en toda la acepción del término! ¿Y esa otra chica que en lugar de ir al colegio se entretenía mirando escaparates y entrando en el Pasaje, la que sirvió de ejemplo a la muchacha de nuestra historia? Ya antes había oído hablar de chicos a los que les aburre estudiar y se divierten *vagabundeando*. (N. B.: el vagabundeo es una costumbre enfermiza y en parte típica de nuestro país; una de las cosas que nos distinguen de Europa, un hábito que acaba convirtiéndose en una pasión enfermiza, y que no es raro adquirir en la infancia. Me ocuparé sin falta en otro momento de esa pasión nacional nuestra.) Pero hete aquí que también puede haber chicas *vagabundas*. Supongamos que sigan siendo totalmente inocentes; pero, aunque sean tan inocentes como los primeros

moradores del Paraíso, no podrán sustraerse al «conocimiento del bien y del mal», aunque sólo sea un poco, aunque sólo sea con la imaginación, en sus ensoñaciones. Porque la calle es una escuela en la que se aprende muy deprisa. Pero lo más importante, no dejaré de repetirlo, es lo siguiente: se trata de una edad muy interesante, una edad que, por una parte, conserva intactas la inocencia y la inmadurez más pueriles y conmovedoras, y, por otro, ha adquirido ya una rápida y hasta ávida capacidad de concebir y asimilar rápidamente realidades y conceptos de los que, según muchos padres y pedagogos, los niños no deberían tener la menor idea. Es esa dualidad, es la unión de esas dos mitades tan desparejas en un mismo individuo lo que constituye un elemento extraordinariamente peligroso y un factor tan crítico en la vida de esas tiernas criaturas.

Diario de un escritor

(1877)

CAPÍTULO SEGUNDO

III

UNA VIEJA HISTORIA SOBRE EL CÍRCULO DE PETRASHEVSKI

En el momento presente, como todo el mundo sabe, se está celebrando el juicio contra los participantes en el incidente de la plaza de Kazán del 6 de diciembre. Es probable que mis lectores estén al tanto de la marcha del proceso por las informaciones de los periódicos. Pero me sorprendió encontrar en un diario un comentario referente a los antiguos miembros del círculo de Petrashevski, esa conocida asociación criminal de finales de los años cuarenta a la que yo mismo pertencí, lo que me valió diez años de deportación en Siberia, incluyendo cuatro de trabajos forzados. Ese comentario apareció en un acalorado editorial de *La Gaceta de San Petersburgo* relativo al incidente de la plaza de Kazán. Entre otras cosas, en ese artículo se citaban algunas líneas excelentes de la obra del señor Stronin *La política como ciencia*, que a continuación reproduzco íntegras. Se trata de un consejo para los jóvenes que se acercan «al pueblo»:

En lugar de acercaros al pueblo, sería mejor que aprovecharais vuestras oportunidades; él mismo se acercará a vosotros. Tenéis criados, una cocinera, una doncella, un cochero, un lacayo, un portero. Si queréis ser demócratas, pedídes que se sienten a vuestra mesa, que tomen el té con vosotros; introducidlos en vuestra vida familiar. En lugar de explicarles que Dios no existe y en qué consiste una proclamación, como trata de hacer cualquier liberal estúpido, enseñadles más bien lo que son la adición y la sustracción, la escritura y el alfabeto. Y al mismo tiempo, sed honrados, atentos y serios con vuestros alumnos, sin familiaridades; y, en general, proporcionadles un ejemplo de buen comportamiento moral, o al menos mejor de lo habitual.

Veamos ahora lo que se dice en concreto del círculo de Petrashevski. Esto es lo que comenta el autor del citado editorial:

Otro pensamiento que suscita involuntariamente «el incidente de la plaza de Kazán» revela un aspecto bastante tranquilizador de nuestra conciencia social; me refiero a que los héroes de todos los lamentables incidentes de este tipo se vuelven cada vez más insignificantes y carentes de interés incluso para los espíritus más exaltados. Antaño, hace cincuenta años, los responsables de delitos políticos en Rusia procedían de un medio social e intelectual superior (los decembristas); en los años cuarenta, el tipo del criminal político ruso degeneró de manera significativa (el círculo de Petrashevski); a comienzos de los años sesenta se vio reducido al llamado proletariado pensante (el grupo de Chernishevski); a principios de los años setenta cayó al nivel de estudiantes fracasados e ignorantes y de nihilistas de baja estofa (el grupo de Necháiev); en el asunto Dolgushin figura ya entre las filas de los propagandistas una chusma semianalfabeta; y, finalmente, en el «incidente de la plaza de Kazán» no sólo tenemos una chusma semianalfabeta, sino también un elemento de matiz claramente judío y algunos obreros fabriles depravados. Esa degradación progresiva es la mejor prueba de que la

propaganda política criminal, después de todas las reformas liberales del presente reinado, ya no puede contar con ganarse las voluntades de los elementos educados de la sociedad; y en cuanto a la masa del pueblo, su influencia es aún menor, porque la masa del pueblo ha demostrado cómo recibe a los profetas indeseados...

La idea del autor sobre el escaso alcance de la propaganda revolucionaria es sin duda atinada, aunque no está expresada con claridad; por el bien de la causa, podría haber definido con mucha mayor precisión bastantes cosas. Pero me gustaría señalar, en relación sólo con el círculo de Petrashevski, que el autor se equivoca cuando lo pone de ejemplo de la degradación del criminal político en comparación con los decembristas. Podría añadir que hace ya mucho tiempo que he oído esa idea de la «degradación»; se ha repetido más de una vez en la prensa, y ésa es la razón de que, habiéndome topado aquí con ella, haya decidido detenerme en su comentario. En mi opinión, la transformación radical del tipo del delincuente político data sólo de los últimos veinte años; los miembros del círculo de Petrashevski eran totalmente equiparables a los decembristas, al menos si nos fijamos en las características fundamentales que señala el propio autor del artículo. El autor dice que los decembristas procedían «de un medio social e intelectual superior». Pero ¿acaso puede decirse otra cosa de los miembros del círculo de Petrashevski? Es posible que entre los decembristas hubiera, en efecto, más personas ligadas a la sociedad más elevada y más rica; pero los decembristas eran incomparablemente más numerosos que los miembros del círculo de Petrashevski, entre quienes había también no pocos individuos relacionados o emparentados con la mejor sociedad, así como también personas muy ricas. Además, la alta sociedad no simpatizó lo más mínimo con el proyecto de los decembristas, en el que no participó ni siquiera de manera indirecta, de suerte que, en ese sentido, no podía atribuirles ningún significado especial. El tipo de los decembristas era mucho más militar que el de los seguidores de Petrashevski, entre quienes tampoco faltaban los militares. En suma, no sé dónde ve el autor las diferencias. Unos y otros pertenecían incuestionablemente a la misma sociedad de señores, por decirlo de alguna manera; así pues, en lo que respecta a ese rasgo característico del tipo del delincuente político de aquella época, no había ninguna diferencia entre los decembristas y los seguidores de Petrashevski. Si hubo entre los seguidores de Petrashevski algunos profesionales (muy pocos), fue en su condición de hombres instruidos, condición que también les habría abierto las puertas del grupo de los decembristas. Pero, hablando en general, los burgueses y los profesionales no podían ser muy numerosos ni entre los decembristas ni entre los seguidores de Petrashevski, aunque sólo sea porque en aquella época su presencia era bastante escasa. En lo que respecta a la pretendida superioridad intelectual de los decembristas sobre los seguidores de Petrashevski, el autor se equivoca de plano: la sociedad de los decembristas estaba compuesta por hombres incomparablemente menos instruidos que los miembros del círculo de Petrashevski. Estos últimos eran, en su mayoría, personas que habían estudiado en los más prestigiosos centros educativos:

universidades, el Liceo Alejandro, la Escuela de Jurisprudencia y otros establecimientos de enseñanza superior. Había entre ellos no pocos profesores y especialistas científicos. Más tarde, cuando fueron indultados, muchos de ellos alcanzaron gran notoriedad; si se considera el círculo de Petrashevski en su conjunto, es decir, no sólo los deportados a Siberia, sino también los que sufrieron su castigo en diversas fortalezas de Rusia o en el Cáucaso, los que fueron adscritos al servicio en ciudades remotas o, en fin, los que simplemente quedaron bajo vigilancia, salta a la vista cuántos de ellos se labraron con posterioridad un nombre como sabios, profesores, naturalistas, secretarios de sociedades científicas, autores de notables obras eruditas, directores de revistas, escritores y poetas de renombre y, en general, personas valiosas e instruidas. Lo repito, desde el punto de vista del nivel de formación, los seguidores de Petrashevski representaban un tipo superior a los decembristas.

Naturalmente, quienes siguen la «degeneración» del tipo pueden sacar muchas conclusiones equivocadas, en parte porque los seguidores de Petrashevski eran mucho menos numerosos que los decembristas, porque el grupo duró muy poco y porque la mayoría de sus componentes eran personas más jóvenes que los decembristas.

A modo de conclusión me gustaría señalar que, en general, el tipo del revolucionario ruso, a lo largo de todo este siglo, es el ejemplo más evidente de hasta qué punto nuestra sociedad avanzada y culta se ha separado del pueblo y ha olvidado las verdaderas necesidades y exigencias de éste (de hecho, ni siquiera quiere conocerlas). En lugar de preocuparse realmente de aliviar la suerte del pueblo, le propone soluciones que no pueden ser más ajenas a su espíritu y su forma de vida, soluciones que en absoluto podría aceptar, aun en caso de que las entendiera. Nuestros revolucionarios no dicen lo que deberían decir ni se ocupan de lo que deberían ocuparse, y eso desde hace ya un siglo. En los tiempos que corren, por razones muy variadas y complejas, de las que no dejaremos de ocuparnos en uno de los números futuros del *Diario*, se ha creado un tipo de revolucionario ruso tan alejado del pueblo que uno y otro son totalmente incapaces de comprenderse: el pueblo no entiende en absoluto qué es lo que quieren los revolucionarios y estos últimos han perdido tanto de vista al pueblo que ni siquiera son conscientes de su divorcio con él (como sí lo eran, por ejemplo, los miembros del círculo de Petrashevski). Al contrario, no sólo van directamente al pueblo con los mensajes más extraños, sino que tienen el firme y beatífico convencimiento de que el pueblo no dejará de comprenderlos. Ese embrollo sólo puede acabar por sí mismo, pero para ello es necesario que se complete y se cierre el círculo de nuestro europeísmo y que volvamos todos la vista a nuestro suelo nativo.

Con las reformas del presente reinado se ha iniciado de una forma natural y activa el estudio y el conocimiento de las necesidades del pueblo, en el contexto de la vida viva, no en el vacío y en abstracto, como antaño. De ese modo, está surgiendo entre

las clases intelectuales rusas una capa nueva y sin precedentes, que por fin entiende al pueblo y su suelo nativo. Esa capa nueva crecerá y se hará cada vez más fuerte y sólida, no cabe la menor duda. En esos hombres nuevos ponemos todas nuestras esperanzas...

IV

LA SÁTIRA RUSA. TIERRAS VÍRGENES. ÚLTIMAS CANCIONES. VIEJOS RECUERDOS.

A lo largo de este mes me he ocupado también de la literatura, es decir, de las bellas letras, y he leído con gran interés varias cosas. A propósito, no hace mucho leí el juicio de un extranjero sobre la sátira rusa, esto es, sobre nuestra sátira contemporánea, actual. Su autor, un francés, llegaba a una curiosa conclusión. He olvidado los términos exactos, pero el sentido era el siguiente: «Es como si la sátira rusa tuviera miedo de encontrar una buena acción en la sociedad. En presencia de una buena acción, se inquieta y no se calma hasta que descubre, en el fondo de ella, la intervención de algún canalla. Entonces se regocija y grita: “No se trata de una buena acción, no hay ningún motivo para alegrarse. ¡Ya lo ven, también en este caso nos hemos topado con un canalla!”».

¿Es justa esa valoración? No lo creo. Sólo sé que en nuestro país la sátira cuenta con brillantes representantes y que goza de gran predicamento. Al público le gusta mucho la sátira; sin embargo, tengo la certidumbre de que a ese mismo público le gusta muchísimo más la belleza positiva, por la que languidece y suspira. El conde Lev Tolstói es sin duda el escritor preferido del público ruso de todas las tendencias.

Nuestra sátira, por brillante que sea, adolece en verdad de cierta indeterminación: eso es lo más que puede decirse de ella. A veces es de todo punto imposible hacerse una idea general, global, de lo que nuestra sátira quiere decir. Se tiene la impresión de que carece de fundamento, pero ¿es posible que sea así? ¿En qué cree? ¿En nombre de qué denuncia? Todo eso parece desaparecer en las tinieblas de lo desconocido. No hay modo alguno de saber lo que considera bueno.

Y es esa cuestión la que os deja extrañamente pensativo.

He leído *Tierras vírgenes* de Turguénev y espero la segunda parte. A propósito: llevo escribiendo treinta años y a lo largo de ese tiempo me ha venido varias veces a la cabeza una divertida observación. Todos nuestros críticos (y sigo la vida literaria desde hace casi cuarenta años), tanto los actuales como los ya fallecidos; en suma, todos los que recuerdo, tanto los de antes como los de ahora, en cuanto se ponen a examinar la literatura contemporánea con cierta solemnidad (antaño, por ejemplo, las revistas publicaban en enero reseñas de todo el año anterior), siempre acaban recurriendo, poco más o menos, a la misma frase, que estampan con gran delectación: «En esta época en que la literatura ha llegado a tal grado de estancamiento», «En esta

época de marasmo literario», «Deambulando por el desierto de las bellas letras rusas», etc. Mil variantes de una misma idea. Pero es el caso que a lo largo de esos cuarenta años aparecieron las últimas obras de Pushkin, Gógol inició y concluyó su actividad, Lérmontov escribió sus obras, surgieron Ostrovski, Turguénev, Goncharov y al menos una decena más de autores de gran talento. ¡Y eso sólo en el campo de la literatura! Puede decirse con toda razón que apenas hay ejemplo de otra literatura en la que hayan aparecido, en un lapso de tiempo tan breve, tantos escritores de talento, y además de manera tan seguida, sin solución de continuidad. Y sin embargo, todavía hoy sigue hablándose (me parece que fue el mes pasado cuando me topé con un comentario al respecto) del marasmo de la literatura rusa y del «desierto de las bellas letras rusas». Por lo demás, sólo se trata de una observación divertida por mi parte, de algo completamente inocente y sin la menor importancia. Y siendo así, podemos reírnos un poco.

Naturalmente, no voy a decir nada de *Tierras vírgenes*; todo el mundo espera la segunda parte. Además, no es a mí a quien corresponde hablar de esa obra. El valor artístico de la creación de Turguénev está fuera de toda duda. Sólo me gustaría hacer una observación: en la página 92 de la novela (véase *El Mensajero de Europa*), en la parte de arriba, hay quince o veinte líneas en las que, en mi opinión, se concentra toda la idea de la obra y el autor parece expresar su punto de vista sobre la cuestión. Por desgracia, se trata de un punto de vista totalmente equivocado, con el que estoy en profundo desacuerdo. Son unas pocas palabras que el autor dedica a uno de los personajes de la novela, Solomin.

He leído *Últimas canciones* de Nekrásov en el número de enero de *Anales de la Patria*. Canciones apasionadas y palabras a medio decir, como siempre en Nekrásov, pero ¡qué lamentos de dolor de un hombre enfermo! Nuestro poeta está muy enfermo y —como me confesó a mí mismo— es plenamente consciente de su situación. Pero no puedo creerlo... Es un organismo fuerte y receptivo. Sufre terriblemente (tiene una especie de úlcera intestinal, enfermedad difícil de diagnosticar), pero no creo que no pueda aguantar hasta la primavera, y en primavera irá a tomar las aguas al extranjero, disfrutará de otro clima y se restablecerá rápidamente, estoy convencido. A los hombres nos pasan cosas muy raras. Nekrásov y yo nos hemos visto pocas veces, hemos tenido nuestras discrepancias, pero hay algo que jamás he podido olvidar: nuestro primer encuentro. Hace poco fui a ver a Nekrásov, y él, a pesar de que estaba enfermo y sufría mucho, dedicó sus primeras palabras a decirme que se acordaba de aquellos días. En aquella época (¡hace ya treinta años!) sucedió algo característico de la juventud, un acontecimiento lleno de frescura y belleza, de esos que dejan su huella para siempre en el corazón de las personas implicadas. Teníamos entonces poco más de veinte años. Yo vivía en San Petersburgo, hacía un año que había presentado mi dimisión en el Cuerpo de Ingenieros, sin saber muy bien por qué, y abrazaba los proyectos más vagos e indeterminados. Corría el mes de mayo de 1845. A comienzos del invierno me puse de pronto a escribir *Pobres gentes*, mi

primer relato (no había escrito nada hasta entonces). Una vez terminado, no sabía qué hacer con él, a quién ofrecérselo. No tenía ningún conocido en el mundo literario, a no ser acaso D. V. Grigoróvich, que por aquel entonces tampoco había escrito nada, salvo un pequeño artículo, «Los organilleros de San Petersburgo», que había aparecido en una antología. Creo recordar que se disponía a marcharse al campo para pasar allí el verano, y entre tanto se había quedado unos días en casa de Nekrásov. En una ocasión vino a verme y me dijo: «Lléveme su manuscrito (él mismo todavía no lo había leído). Nekrásov quiere publicar una antología el año que viene; voy a enseñárselo». Se lo llevé, vi a Nekrásov un momento y le estreché la mano. Sentía tanta vergüenza de haberme presentado con una obra mía que me marché de allí lo antes que pude, sin haber intercambiado apenas una palabra con Nekrásov. No confiaba mucho en el éxito y el «partido de *Los Anales de la Patria*», como se le llamaba entonces, me daba mucho miedo. Hacía ya varios años que leía con fervor a Belinski, pero se me antojaba una figura terrible y aterradora. «Se burlará de mis *Pobres gentes*», pensaba a veces. Pero sólo a veces. Había escrito esas páginas con pasión, casi con lágrimas. «¿Es posible que todo eso, todos los momentos que he pasado con la pluma en la mano, escribiendo esa novela; es posible que todo eso sea una mentira, un espejismo, un sentimiento falso?» Pero esos pensamientos, claro está, sólo duraban un instante, y al punto se renovaban las dudas. La tarde del mismo día en que entregué mi manuscrito fui a ver a un antiguo compañero, que vivía bastante lejos de mi casa. Nos pasamos toda la noche hablando de *Almas muertas* y releendo esa obra por enésima vez. Entonces esas cosas eran corrientes entre los jóvenes; se reunían dos o tres y decían: «¿Por qué no leemos a Gógol, señores?». Y se pasaban leyendo a veces la noche entera. Volví a casa pasadas ya las tres de la madrugada; era una de esas noches blancas de San Petersburgo, claras como el día. El tiempo era tibio, muy agradable; una vez en casa, en lugar de irme a la cama, abrí la ventana y me senté a un lado. De pronto, para mi gran sorpresa, sonó la campanilla y al cabo de un instante Grigoróvich y Nekrásov, muy excitados, casi llorando, se abalanzaron sobre mí con los brazos abiertos. La tarde del día anterior habían regresado temprano a casa, habían cogido mi manuscrito y se habían puesto a leerlo para ver qué tal era: «Bastará con diez páginas para hacernos una idea». Pero, una vez leídas esas diez páginas, decidieron leer otras diez, y así siguieron, ya sin interrupción, toda la noche, hasta la mañana, turnándose cuando uno se cansaba. «A Nekrásov le tocó leer el pasaje de la muerte del estudiante —me contó Grigoróvich más tarde, cuando nos quedamos solos— y al llegar a la escena en que el padre corre detrás del ataúd, le tembló la voz, no una sola vez, sino dos, y de pronto, sin poder contenerse, dio un manotazo en el manuscrito y exclamó: “¡Ah, qué hombre!”. Se refería a usted. Así pasamos toda la noche.» Cuando terminaron la lectura (¡nada menos que siete pliegos!) decidieron de común acuerdo venir a verme sin pérdida de tiempo. «¿Qué importa que esté durmiendo? Lo despertaremos. ¡Esto es más importante que el sueño!» Más tarde, conociendo mejor el carácter de Nekrásov, me he maravillado a

menudo de ese momento: es un hombre reservado, casi receloso, cauto, poco comunicativo. Así, al menos, me ha parecido siempre, de suerte que en ese primer encuentro se puso de manifiesto un sentimiento en verdad muy profundo. Se quedaron en mi casa media hora, y en todo ese tiempo Dios sabe de cuántas cosas hablamos; nos entendíamos con medias palabras, nos expresábamos sobre todo mediante exclamaciones, de manera atropellada; hablamos de poesía, de la verdad, de la «situación de entonces», naturalmente, así como de Gógol, de quien citamos pasajes de *El inspector* y de *Almas muertas*, pero sobre todo de Belinski. «Hoy mismo le llevaré su relato, y ya verá usted qué hombre... ¡Ah, qué hombre! Cuando lo conozca, se dará usted cuenta de que es un espíritu superior», decía Nekrásov muy excitado, zarandeándome por los hombros con ambas manos. «Bueno, ahora acuéstese, nosotros ya nos vamos. Pero no deje de ir a vernos mañana.» ¡Como si hubiera podido dormirme después de una visita como aquella! Qué entusiasmo, qué éxito... Pero ante todo, lo recuerdo perfectamente, lo que más apreciaba era el sentimiento: «Otros tendrán éxito; la gente los alabará, los saludará, los felicitará, pero éstos han venido a despertarme, con los ojos llenos de lágrimas, a las cuatro de la madrugada, porque “esto es más importante que el sueño”... ¡Ah, qué dicha!». Eso es lo que me decía. ¡Cómo iba a dormir en un momento semejante!

Nekrásov llevó el manuscrito a Belinski ese mismo día. Veneraba a Belinski, a quien había profesado más cariño que a ningún otro de sus conocidos a lo largo de toda su vida. Por aquel entonces los escritos de Nekrásov todavía no habían alcanzado las cotas a las que llegaría poco después, un año más tarde. Nekrásov había llegado a San Petersburgo, por lo que yo sé, a los dieciséis años, completamente solo. Había empezado a escribir más o menos a esa misma edad. No tengo muchas noticias de su primer encuentro con Belinski, pero éste había adivinado su talento desde el principio y es posible que ejerciera una poderosa influencia en su concepción de la poesía. A pesar de la juventud de Nekrásov en aquella época y de la diferencia de edad, es indiscutible que compartieron momentos y palabras de esas que nunca se olvidan y atan indisolublemente. «¡Ha nacido un nuevo Gógol!», gritó Nekrásov, entrando en casa de Belinski con *Pobres gentes* en la mano. «Según ustedes, los Gógol brotan como los hongos», respondió con severidad Belinski, tomando el manuscrito. Cuando Nekrásov volvió por la tarde, Belinski lo recibió «sencillamente emocionado»: «¡Tráigalo, tráigalo en seguida!».

Así pues, me llevaron a su casa (era ya el tercer día). Recuerdo que a la primera mirada me sorprendió mucho su aspecto, su nariz, su frente; por alguna razón, me había imaginado de otra manera a «ese crítico terrible y aterrador». Me recibió con extraordinaria gravedad y reserva. «Bueno, supongo que así es como debe ser», pensé, pero apenas había pasado un minuto cuando todo cambió: aquella gravedad no era la de un gran personaje, la de un gran crítico que conoce a un escritor novel de veintidós años, sino que se debía, por decirlo de alguna manera, al respeto que le merecían los sentimientos que deseaba comunicarme lo más pronto posible, las

importantes palabras que tanto le urgía decirme. Habló con apasionamiento, los ojos le centelleaban: «¿Se da usted cuenta de lo que ha escrito? —me repitió varias veces, en esa especie de chillido que le era tan propio. Siempre acababa chillando cuando hablaba bajo el efecto de una intensa emoción—. Ha podido escribir todo eso guiado únicamente de su sensibilidad innata de artista, pero ¿es usted consciente de la terrible verdad que nos ha mostrado? No es posible que con sus veinte años pueda usted entenderlo. Su desdichado funcionario se ha afanado tanto en el servicio y ha llegado a tal extremo que su humildad ya no le permite siquiera reconocer su propia desdicha, considera fuera de lugar la menor queja y ni siquiera se cree con derecho a sentirse desdichado; así, cuando un hombre bueno, el general, le da esos cien rublos, se queda anonadado, abrumado por la sorpresa, incapaz de creer que “vuestra excelencia” —no “su excelencia”, sino “vuestra excelencia”, como le hace usted decir—, pueda compadecerse de un hombre como él. Y ese botón que se le cae y ese momento en que besa la mano del general... ¡no es compasión lo que se siente por ese desdichado, sino horror, horror! ¡Hay algo horrible en esa gratitud! ¡Es una tragedia! Ha penetrado usted en el fondo de la cuestión, nos ha mostrado de un plumazo su aspecto fundamental. Nosotros, publicistas y críticos, no hacemos más que razonar sobre esas cuestiones, procuramos explicarlas mediante palabras, pero usted, un artista, de un solo trazo, así sin más, ha revelado la esencia misma en una imagen que puede tocarse con la mano, de suerte que hasta el lector menos dado a la reflexión lo comprende todo al momento. ¡He ahí el secreto de la creación literaria, he ahí la verdad del arte! ¡Así es como el artista sirve a la verdad! A usted, en su condición de artista, se le ha revelado y anunciado la verdad, se le ha concedido como un don. Debe usted apreciar ese don y serle fiel. Si lo hace, se convertirá en un gran escritor...».

Todo eso me dijo entonces. Todo eso dijo después, hablando de mí, a muchos otros, algunos de los cuales aún viven y pueden atestiguarlo. Salí de su casa en un estado de embriaguez. Me detuve en una esquina de su casa, miré el cielo, el día radiante, la gente que pasaba, y sentí con todo mi ser que acababa de producirse en mi vida un momento solemne, un giro irrevocable, que se había iniciado algo completamente nuevo, algo que ni siquiera en mis sueños más disparatados me había atrevido a imaginar. (Y yo era entonces un soñador empedernido.) «¿Es posible que sea tan grande? —me decía avergonzado, en una especie de tímida exaltación. ¡Ah, no se rían ustedes! Luego no he vuelto a pensar nunca que fuera grande, pero en aquel momento, ¿cómo podía resistirme a esa idea?—. ¡Ah, seré digno de esos elogios! ¡Y qué hombres, qué hombres! ¡Eso sí que son hombres! Me haré merecedor de esas alabanzas, me esforzaré por convertirme en alguien tan admirable como ellos. ¡Seré “fiel”! ¡Ah, qué frívolo soy! ¡Si Belinski supiera cuántos sentimientos vergonzosos y sucios guardo en mi corazón! Y todo el mundo dice que esos literatos son orgullosos y altaneros. Por lo demás, hombres así sólo se encuentran en Rusia; están solos, pero son los únicos que conocen la verdad, y la verdad, el bien y la

justicia siempre acaban imponiéndose y triunfando sobre el vicio y el mal. Así que venceremos. ¡Ah, me uniré a ellos, seré uno de ellos!»

Todo eso pensé; recuerdo aquel instante con la mayor nitidez. Nunca he podido olvidarlo. Fue el momento más maravilloso de mi vida. Cuando me encontraba en el penal, su mero recuerdo bastaba para fortalecer mi espíritu. Aún hoy sigo recordándolo con emoción. Y hete aquí que treinta años después, sentado a la cabecera de Nekrásov, hace sólo unos días, he vuelto a acordarme de ese instante y he tenido la sensación de volver a vivirlo. No rememoré todos los detalles, sólo le comenté que habíamos compartido tales momentos, y me di cuenta de que también él se acordaba. Sabía que no podía haber olvidado algo así. Cuando volví del penal, me enseñó un poema de uno de sus libros: «Lo escribí pensando en usted», me dijo. Y sin embargo, hemos pasado toda la vida separados. En su lecho de enfermo evoca ahora a los amigos que ya no están:

Sus cantos proféticos quedaron a medias,
cayeron víctimas de la maldad y la traición
en la flor de la edad; sus retratos, desde la pared,
me miran con aire de reproche.

Con aire de reproche, qué expresión tan amarga. ¿Acaso hemos sido «fieles»? ¿Lo hemos sido? Que cada cual responda como le dicten su razón y su conciencia. Pero leed esas dolientes canciones, y quiera Dios que nuestro querido y apasionado poeta se restablezca. ¡Ese poeta obsesionado con el sufrimiento!...

I

LA CELEBRACIÓN DEL SANTO

¿Os acordáis de *Infancia y Adolescencia* del conde Tolstói? Aparece allí un niño, el héroe de toda la composición. Pero no es un niño como los demás ni como su hermano Volodia. No tendrá más de doce años, pero atraviesan su cabeza y su corazón pensamientos y sentimientos que no son propios de un niño de su edad. Se entrega con pasión a sus sueños y sus sensaciones y sabe ya que vale más guardarlos en su interior. Su púdica inocencia y su supremo orgullo le impiden revelarlos. Envidia a su hermano y lo considera incomparablemente superior a él, sobre todo en lo que respecta a destreza y apostura; y sin embargo, tiene el oscuro presentimiento de que su hermano le es muy inferior en todos los sentidos, pero ahuyenta ese pensamiento y lo considera una bajeza. Se mira al espejo bastante a menudo y llega a la conclusión de que es monstruosamente feo. A veces se figura que nadie le quiere, que todo el mundo lo desprecia... En suma, es un muchacho muy poco corriente, que sin embargo pertenece a ese tipo de familias de la nobleza medio alta de las que el conde Tolstói, siguiendo el legado de Pushkin, se ha erigido de manera plena y

absoluta en historiador y poeta. Y he aquí que en casa de ese niño, una gran casa solariega de Moscú, se han reunido ya los invitados para celebrar el santo de la hermana; con los mayores acuden también los pequeños, niños y niñas. Empiezan los juegos, los bailes. Nuestro héroe es muy desmañado, baila peor que nadie; quiere parecer ingenioso, pero no lo consigue; y encima, como hecho a propósito, hay muchas niñas guapas; y vuelve ese eterno pensamiento, esa eterna sospecha de que es inferior a todos. Desesperado, está dispuesto a hacer lo que sea para sorprender a los presentes. De pronto, fuera de sí, con el sentimiento de quien se arroja a un abismo que se abre bajo sus pies, delante de todas las chicas y de todos esos orgullosos muchachos mayores que no le hacen el menor caso, le saca la lengua a su preceptor y le propina un puñetazo con todas sus fuerzas. «¡Ahora todos saben quién es! ¡Se ha dado a conocer!» Lo sacan ignominiosamente de la habitación y lo encierran en la despensa. Sintiéndose desgraciado para siempre, el muchacho se entrega a sus sueños: se ha escapado de su casa, se ha enrolado en el ejército, ha matado a un montón de turcos en un combate y ha caído herido. «¡Victoria! ¿Dónde está nuestro salvador?», gritan todos, abrazándole y besándole. De nuevo se encuentra en Moscú, paseando por el bulevar Tverskói con el brazo en cabestrillo; el soberano le recibe... Pero en ese momento se le ocurre que la puerta va a abrirse y el preceptor va a entrar con un manojo de varas, y sus sueños se desvanecen como polvo. Se pone a pensar en otra cosa. De pronto descubre la razón por la que «nadie le quiere»: probablemente es un expósito y todos se lo ocultan... Su cerebro es un hervidero de imágenes: ahora se ve muerto; cuando entran en la despensa, se encuentran con su cadáver: «¡Pobre muchacho! —dice todo el mundo, compadeciéndole—. ¡Era un buen muchacho! ¡Es usted quien lo ha matado!», exclama el padre, dirigiéndose al preceptor... Y las lágrimas ahogan al soñador... Toda esa historia termina con el niño enfermo, presa de la fiebre y del delirio. Es un estudio psicológico sobre el alma infantil de una gran profundidad y admirablemente escrito.

Tengo mis motivos para recordar con tanto detalle ese estudio. He recibido una carta de K-v en la que se describe la muerte de un niño, de un chiquillo también de doce años, y... y es más que probable que haya algunas semejanzas. Por lo demás, voy a citar unos pasajes de esa carta sin cambiar una sola coma. Es un *asunto* interesante.

El 8 de noviembre, después de la comida, se difundió por la ciudad la noticia de que se había producido un *suicidio*: un chico de doce o trece años, alumno del instituto, se había ahorcado. El maestro de la clase había castigado al muchacho porque no se sabía la lección, obligándole a quedarse en la escuela hasta las cinco. El muchacho, que no dejaba de ir de un lado a otro de la habitación, descubrió por casualidad una polea; desató la cuerda, la sujetó al clavo del que suele colgar el llamado cuadro de honor, retirado ese día por alguna razón, y se ahorcó. El guardia, que estaba fregando los suelos en las habitaciones vecinas, descubrió al desdichado y fue corriendo a avisar al inspector, que acudió al momento; sacaron al suicida del nudo corredizo, pero no pudieron devolverlo a la vida... ¿Cuál fue la causa del suicidio? El chico no había dado muestras de un comportamiento agresivo o violento; en general, era un buen estudiante y sólo había recibido malas calificaciones en los últimos tiempos, motivo por el que el maestro le había castigado... La gente dice que ese día tanto el muchacho como su padre, un hombre muy severo, celebraban su santo. Tal vez, con su entusiasmo de

niño, había soñado con el alegre recibimiento que le harían en casa su madre, su padre y sus hermanos... Y en lugar de eso, está allí solo, hambriento, en un edificio vacío, pensando en el terrible enfado que se cogerá su padre, en la humillación, en la vergüenza y quizá en el castigo que tendrá que soportar. Conocía la alternativa del suicidio (¿qué niño no la conoce hoy día?). Uno siente una pena enorme por el pobre niño, por el inspector, hombre y pedagogo excelente al que sus alumnos adoran, por la escuela, cuyos muros han sido testigos de semejante desgracia. ¿Qué sentirán los compañeros del difunto y los demás niños que estudian allí —entre ellos los de las clases preparatorias, todos muy pequeños— cuando se enteren de lo que ha pasado? ¿No será nuestra enseñanza demasiado rigurosa? ¿No se le estará concediendo demasiada importancia a las notas y a los cuadros de honor, de cuyos ganchos se cuelgan los alumnos? ¿No habrá un exceso de formalismo y de árida sequedad en nuestro sistema educativo?

Desde luego, uno siente una pena terrible del pobre muchacho que celebraba su santo, pero no voy a extenderme sobre las causas probables de este luctuoso *caso*, ni en particular sobre el tema de «las calificaciones, la severidad excesiva» y demás. Todas esas cosas existían también antaño y, sin embargo, no se producían suicidios; es evidente que ésa no es la causa. He hablado del episodio de *Adolescencia* por la semejanza que se advierte entre los dos casos, pero hay una enorme diferencia. No cabe duda de que Misha, que celebraba su santo, no se mató sólo por rencor y por miedo. Ambos sentimientos —tanto el rencor como la cobardía enfermiza— son demasiado sencillos y más bien habrían encontrado *una salida en sí mismos*. No obstante, el miedo al castigo pudo ejercer en verdad cierta influencia, sobre todo en ese estado de mórbida ansiedad, pero, aun así, debió de tratarse de un sentimiento mucho más complejo, y es muy posible que se produjera algo semejante a lo que describe el conde Tolstói; a saber, cuestiones infantiles reprimidas, aún poco conscientes, la poderosa sensación de una injusticia opresiva, el sentimiento angustioso, precoz y doloroso de la propia insignificancia, la formulación, planteada de forma cada vez más enfermiza y acuciante, de la siguiente cuestión: «¿Por qué no me quiere *nadie*?», el deseo apasionado de ganarse la compasión ajena, o lo que es lo mismo, el deseo apasionado de que *todos* nos quieran, así como muchísimas otras complicaciones y sutilezas. El caso es que sin duda intervinieron esos u otros matices, pero también se perciben rasgos de una realidad nueva, completamente distinta de la que imperaba en una serena familia de terratenientes moscovitas de clase media alta, sólidamente establecida desde tiempos antiguos, cuyo *historiador* ha sido entre nosotros el conde Lev Tolstói, que apareció, por lo visto, en el preciso instante en que la antigua estructura de la nobleza rusa, basada en el viejo modo de vida de los terratenientes, se enfrentaba a una situación nueva y desconocida, a un desafío radical, o al menos a una redefinición bajo formas nuevas, aún no manifiestas y casi totalmente desconocidas. En el caso que nos ocupa se advierte un rasgo particular de la época en que vivimos. El chico del conde Tolstói podía soñar, vertiendo lágrimas amargas y abrumado por una tierna emoción, con el momento en que *ellos* entraran, lo encontrarán muerto y, llenos de amor, empezaran a lamentarse y a culparse. Podía soñar incluso con el suicidio, pero *sólo* soñar: el severo orden de una familia noble consolidada por la historia habría impreso su marca incluso en un niño de doce años y

no habría permitido que su *sueño* se convirtiera en *realidad*; en cambio, el otro muchacho en cuanto *lo soñó lo llevó a la práctica*. No obstante, al subrayar ese detalle, no sólo tengo en mente la actual epidemia de suicidios. Me da la impresión de que aquí hay algo que no va bien, de que numerosos aspectos de la vida rusa se han quedado sin un observador, sin un *historiador*. Al menos, está claro que la vida de la nobleza medio alta, descrita de forma tan vívida por nuestros literatos, ya no constituye más que un rincón insignificante y particular de la vida rusa. ¿Quién será el *historiador* de los demás rincones, numerosísimos, a lo que parece? Y si en ese caos que reina de un tiempo a esta parte en nuestra sociedad, pero de especial manera en los últimos años, se ha vuelto acaso imposible para el artista —aunque tuviera la talla de Shakespeare— encontrar una ley normal y un hilo conductor, ¿quién iluminará al menos una parte de ese caos, sin soñar siquiera con un hilo conductor? Lo principal es que nadie parece capaz todavía de hacer algo semejante; es como si fuera demasiado pronto incluso para nuestros más grandes artistas. No puede negarse que nuestro modo de vida se está desintegrando y, en consecuencia, también la familia. En cualquier caso, es indudable que está surgiendo también una vida distinta, basada en principios nuevos. ¿Quién los descubrirá y nos los señalará? ¿Quién puede definir y enunciar, aunque sea de manera somera, las leyes tanto de esa desintegración como de esa nueva formación? ¿O es demasiado pronto? Pero ¿hemos tomado nota de todo lo que ha pasado, de los acontecimientos que han conducido a esta situación?

CAPÍTULO TERCERO

I

LOS FUNERALES DE UN «HOMBRE UNIVERSAL»

Tenía intención de hablar de muchas cosas en este número de marzo de mi *Diario*. Y una vez más ha sucedido que un asunto del que sólo quería decir unas palabras ha ocupado todo el espacio. Hay un montón de temas que me propongo tratar desde hace un año, pero no lo consigo. Sobre algunas cuestiones en particular habría mucho que decir, pero ocurre con harta frecuencia que, ante la imposibilidad de decir muchas cosas, se renuncia incluso a abordar la cuestión.

También en esta ocasión pretendía, además de analizar todos esos temas «importantes», decir dos palabras sobre arte, aunque fuera de pasada. He visto a Rossi^[78] en *Hamlet* y he sacado la conclusión de que en lugar de ver a Hamlet he visto al señor Rossi. Pero más vale no empezar con la cuestión, cuando no tengo intención de decirlo todo. Me habría gustado hablar (un poco nada más) del cuadro de Semiradski^[79] y, sobre todo, intercalar al menos un par de palabras sobre el idealismo y el realismo en el arte, sobre Repin y Rafael^[80], pero es evidente que tendré que dejarlo para mejor ocasión.

A continuación me habría gustado ocuparme, de manera algo más detallada, de algunas de las cartas que he recibido desde que publico el *Diario*, en especial las anónimas. En general, no puedo responder a todas las cartas que recibo, y mucho menos a las anónimas, claro está; sin embargo, en estos casi dieciocho meses he extraído de esa correspondencia (sobre temas de interés general) algunas observaciones que tal vez no carezcan de interés, al menos desde mi punto de vista. Por lo menos permiten sacar algunas conclusiones particulares, basadas en la experiencia, sobre el estado actual de los espíritus en Rusia, sobre las cosas que interesan a nuestras mentes inquietas y la dirección que éstas están tomando, así como también sobre quiénes son esas mentes inquietas; en ese sentido, se ponen de manifiesto algunos rasgos curiosos relacionados con la edad, el sexo, las condiciones de vida e incluso las distintas regiones de Rusia. Creo que sería posible dedicar algún espacio, en un número futuro del *Diario*, a analizar al menos unas cuantas cartas anónimas, así como sus características, y estoy seguro de que el resultado no sería demasiado aburrido, pues aparecen opiniones de todo tipo. Naturalmente, no se puede decir ni comunicar todo, ni siquiera, quizá, lo más interesante. Por eso me da miedo ponerme manos a la obra, pues no sé si seré capaz de dominar el tema.

No obstante, ahora quiero ocuparme de una carta, no anónima, sino firmada por la señorita L., a la que conozco bien, una muchacha muy joven, judía, con la que coincidí en San Petersburgo y que ahora me escribe desde la ciudad de M. Apenas he hablado con la señorita L., a quien respeto mucho, de la «cuestión judía», aunque da la impresión de ser una hebrea estricta y seria. Me doy cuenta de que su carta no viene muy a cuento después del capítulo entero que acabo de escribir sobre los judíos. Sería demasiado seguir insistiendo en el mismo tema. Pero aquí se trata de otra cosa, o al menos se pone de manifiesto un aspecto de la cuestión totalmente distinto, al tiempo que se alude a una posible solución. Espero que la señorita L. tenga la bondad de perdonarme por citar aquí esa parte de su carta que se ocupa de los funerales del doctor Hindenburg en la ciudad de M.; fue bajo la impresión inmediata de ese acontecimiento que escribí esas líneas tan sinceras y conmovedoras en su verdad. Tampoco he querido ocultar que esas palabras han sido escritas por una hebrea, que esos sentimientos son los de una hebrea...

Le escribo estas consideraciones bajo la reciente impresión de una marcha fúnebre. Acabamos de enterrar al doctor Hindenburg, de ochenta y cuatro años de edad. Como era protestante, primero fue llevado a la iglesia y sólo después al cementerio. Jamás había visto en un entierro tanta compasión, tantas palabras salidas del corazón, tantas lágrimas ardientes... Murió en tal estado de pobreza que ni siquiera dejó dinero para pagar el sepelio.

Llevaba ya cincuenta y ocho años ejerciendo su profesión en M., y en todo ese tiempo hizo mucho bien. ¡Si usted supiera, Fiódor Mijaílovich, qué clase de hombre era! Médico y comadrón, su nombre pasará aquí a la posteridad; ya circulan leyendas sobre su persona. El pueblo llano lo llamaba «padre», lo distinguía con su cariño, lo adoraba, pero sólo ahora que ha muerto ha comprendido lo mucho que ha perdido. Mientras estuvo de cuerpo presente, no quedó un solo vecino, creo, que no llorara ante su féretro ni le besara los pies; en especial las judías pobres, a las que tanto ayudó, lloraban y rezaban para que Dios lo acogiera en su gloria. Hoy vino nuestra antigua cocinera, una mujer terriblemente pobre, y dijo que, durante el nacimiento de su último hijo, el médico, viendo que no había nadie en casa, dio treinta kopeks para hacer una sopa; más tarde acudía cada día y dejaba veinte kopeks; y, cuando vio que se había restablecido, le envió un par de perdices. En otra ocasión, llamado por una parturienta indigente a más no poder (ésas eran las mujeres que requerían sus servicios), comprobó que no había nada con lo que envolver al niño; decidió entonces quitarse la camisa y el pañuelo (siempre llevaba un pañuelo anudado a la cabeza), los rasgó y entregó las tiras a la mujer.

Acababa de curar a un judío pobre, leñador de oficio, cuando su mujer cayó enferma, y a continuación sus hijos; el médico acudía dos veces al día, y una vez que todos se recuperaron, preguntó al judío: «¿Cómo vas a pagarme?». El hombre le contestó que no tenía nada, salvo una cabra que vendería ese mismo día. Y así lo hizo, obteniendo cuatro rublos, que llevó al médico; éste, entonces, dio al criado doce rublos, además de esos cuatro, y lo envió a comprar una vaca; a continuación, le dijo al leñador que se fuera a su casa; al cabo de una hora, el criado le llevó la vaca y le dijo que el médico creía que la leche de cabra no les sentaba bien.

Así pasó toda su vida. Se citan casos en que llegó a entregar treinta y cuarenta rublos a los indigentes; y lo mismo hacía con las mujeres pobres de las aldeas.

Así pues, lo enterraron como a un santo. Todos los pobres cerraron sus tiendas y se unieron al cortejo fúnebre. Es costumbre entre los judíos que unos niños canten salmos en los entierros, pero no se les permite hacerlo cuando el difunto pertenece a otra confesión. En esta ocasión, no obstante, los niños marchaban delante del ataúd y cantaban los salmos a pleno pulmón. En todas las sinagogas se rezó por su alma y las campanas de todas las iglesias repicaron durante el desfile del cortejo. Había una banda militar, y unos músicos judíos fueron a ver al hijo del difunto y le pidieron permiso para tocar durante la marcha, pues lo consideraban un honor. Todos los pobres aportaron algo —unos diez kopeks, otros cinco— y los judíos ricos ofrecieron cuantiosas donaciones y encargaron una enorme y magnífica corona de flores naturales, con cintas blancas y negras a los lados, donde habían consignado,

en letras de oro, sus principales merecimientos, como, por ejemplo, la fundación de un hospital, etc.; no pude leer todo lo que se decía allí; y en cualquier caso, ¿quién podría enumerar todas sus buenas obras?

Sobre su tumba el pastor y el rabino pronunciaron sendos discursos, y ambos lloraban; en cuanto a él, llevaba su uniforme viejo y gastado, con un astroso pañuelo anudado a la cabeza, esa cabeza tan querida; se diría que estuviera durmiendo, tan fresco era el color de su rostro...

II UN CASO AISLADO

Un caso aislado, dirá alguno. Bueno, señores, pido perdón una vez más: una vez más veo en un caso aislado casi el comienzo de la solución de toda la cuestión... me refiero a la «cuestión judía», como titulé el segundo capítulo de este *Diario*. A propósito, ¿por qué he llamado a ese viejo médico un «hombre universal»? No era un hombre universal, sino más bien un hombre común. Esa ciudad de M. es la capital provincial de una región occidental, en la que viven muchos judíos, así como alemanes, rusos, naturalmente, polacos, lituanos; y toda esa gente, todas esas nacionalidades, reconocían a ese anciano recto como a uno de los suyos. Él mismo era protestante y alemán, alemán de los pies a la cabeza: su manera de comprar una vaca y enviársela a un judío pobre es un rasgo de típico *Witz*^[81] germano. Empieza desconcertándole: «¿Cómo vas a pagarme?». Ni que decir tiene que, cuando el pobre hombre vende su última cabra para pagar a su «benefactor», no siente el menor resquemor; al contrario, lamenta amargamente que sólo le paguen por su cabra cuatro rublos, porque «ese pobre anciano que trabaja para todos los menesterosos también tiene que vivir; ¿cómo van a compensar cuatro rublos todo el bien que ha hecho a mi familia?». El anciano es un viejo zorro y se ríe para sus adentros, pero su corazón late con fuerza: «Voy a enseñarle a ese pobre hombre cómo gastamos bromas los alemanes». Cómo debió de reírse para sus adentros cuando le envió al judío la vaca y qué reconfortado debió de sentirse toda esa noche, que quizá pasó en la miserable chabola de una pobre parturienta judía. A los ochenta años sería más conveniente que pasara la noche durmiendo y diera descanso a sus huesos viejos y cansados. Si yo fuera pintor, ahí tendría un cuadro «de género» del que ocuparme: esa noche pasada en casa de la parturienta judía. Me gusta muchísimo el realismo en el arte, pero las telas de algunos de nuestros realistas contemporáneos carecen de «centro moral», como me decía el otro día un vigoroso poeta y refinado artista al hablarme del cuadro de Semiradski. Creo que en el tema del cuadro de «género» que propongo habría un centro de ese tipo. ¡Y qué asunto tan extraordinario para un artista! En primer lugar, tenemos la miseria inimaginable, hedionda, sin paliativos, de la cabaña de la pobre judía. Y se podría hacer gala de mucho humor, que vendría muy a propósito, pues el humor es, a fin de cuentas, la agudeza de un sentimiento profundo, una definición que me agrada sobremanera. Con discreción y delicadeza un artista podría sacar mucho

partido redistribuyendo esos objetos miserables, esos utensilios domésticos, en la vieja cabaña, y con esa *curiosa* redistribución conseguiría al punto que se os encogiera el corazón. También la iluminación podría convertirse en un elemento interesante: una vela de sebo, que gotea por todas partes, acaba de consumirse en una mesa torcida, y, a través del único ventanuco, helado y cubierto de escarcha, penetra la claridad de un nuevo día, un nuevo día de fatigas para los pobres. Las parturientas difíciles suelen alumbrar sus criaturas por la mañana: sufren toda la noche y dan a luz al amanecer. El viejo doctor, muy fatigado, deja por un momento a la madre y se ocupa del recién nacido. No hay nada para envolverlo, ni una venda ni un trapo (esa pobreza existe, señores, puedo jurarlo; eso es realismo puro, un realismo que, por decirlo de alguna manera, roza lo fantástico), y el probo anciano se ha quitado su raída levita y su camisa, que ahora está haciendo tiras. Tiene un aire severo y concentrado. El pobre judío recién nacido patalea en la cama delante de él; el cristiano lo coge en sus brazos y lo envuelve en la camisa que acaba de quitarse de los hombros. ¡Ahí está la solución de la cuestión judía, señores! El torso desnudo de ese médico de ochenta años, que tiembla del frío de la mañana, podría ocupar un lugar destacado en el cuadro, así como también el rostro del anciano y el de la joven parturienta extenuada, que mira al recién nacido y las maniobras del médico. Cristo ve todo eso desde lo alto y el médico lo sabe: «Este pobre judío crecerá y quizá algún día se quitará la camisa para dársela a un cristiano, recordando lo que le han contado de su nacimiento», piensa el anciano para sus adentros, con una fe ingenua y generosa. ¿Ocurrirá así? Lo más probable es que no, pero no hay que descartarlo por completo; lo mejor que podemos hacer en este mundo es creer que eso puede ocurrir y ocurrirá. Y el médico tiene derecho a creerlo, porque a él ya le ha ocurrido: «Lo que yo he hecho, lo hará otro; ¿en qué soy yo mejor que los demás?», argumenta para darse ánimos. Una judía vieja, cansada y cubierta de harapos, la madre de la parturienta, se afana junto a la estufa. El marido, que ha ido a por un saco de astillas, abre la puerta de la cabaña y una nube de vapor helado irrumpe por un momento en la habitación. En el suelo, sobre un lecho de fieltro, duermen a pierna suelta dos niños de corta edad. En suma, la ambientación podría ser muy sugestiva. Hasta los treinta kopeks de cobre que el médico ha contado y ha dejado sobre la mesa para que preparen una sopa a la parturienta añadirían otro detalle: un montoncito de piezas de cobre de tres kopeks, cuidadosamente apiladas, no arrojadas de cualquier manera. Incluso podría incluirse algún adorno de nácar, como en el cuadro de Semiradski, donde podemos ver un objeto de nácar pintado con admirable maestría: a los médicos se les regala a veces (para no darles demasiado dinero) unas figurillas muy bonitas; así pues, junto al montoncito de monedas de cobre, descansa la pitillera de nácar del médico. Sí, estoy seguro, ese cuadrado tendría un «centro moral». Ojalá lo pinte alguien.

¡Un caso aislado! Hará cosa de un par de años, en una localidad del sur de Rusia (cuyo nombre he olvidado), la prensa se ocupó de un médico que una mañana muy

calurosa, después de darse un baño, se dirigió a toda prisa a su casa, refrescado y revigorizado, para tomar el café; por ese motivo se negó a prestar ayuda a un ahogado al que acababan de sacar del agua, a pesar de los ruegos de la multitud. Creo recordar que lo llevaron a juicio. Y sin embargo, es posible que fuese un hombre cultivado, imbuido de ideas nuevas, un progresista, pero de esos que reclaman «racionalmente» nuevas leyes y derechos para todos y no prestan atención a los casos individuales. Hasta es posible que pensara que los casos individuales son más bien perjudiciales, puesto que demoran la solución general de la cuestión, y que, en lo que respecta a los casos individuales, «cuanto peor, mejor». Pero sin casos individuales no pueden instituirse derechos comunes. El hombre universal del que nos hemos ocupado hace un momento, aunque sea un caso aislado, consiguió reunir en torno a su tumba a una ciudad entera. Esas campesinas rusas y esas pobres judías se apretujaban junto a su ataúd, y juntas lloraban y le besaban los pies. Cincuenta y ocho años de servicios a la humanidad en esa ciudad, cincuenta y ocho años de amor infatigable unieron a todos, al menos por un vez, al pie del ataúd, embargados de una misma emoción y un mismo pesar. La ciudad entera participó en el cortejo fúnebre, repicaron las campanas de *todas* las iglesias, se entonaron oraciones en todas las lenguas. El pastor, bañado en lágrimas, pronunció su discurso delante de la tumba abierta. El rabino esperaba a su lado y, cuando el pastor terminó, ocupó su lugar y pronunció su discurso vertiendo las mismas lágrimas. Pues bien, en ese momento casi se resolvió la llamada «cuestión judía». El pastor y el rabino se unieron en un amor común y faltó poco para que se abrazaran delante de esa tumba, en presencia de cristianos y judíos. ¿Qué importa que al separarse todos volvieran a caer en sus viejos prejuicios?: gota a gota, el agua horada la piedra; esos «hombres universales» conquistan el mundo uniéndolo; los prejuicios irán palideciendo ante cada nuevo caso aislado, hasta acabar desapareciendo. Sobre ese anciano circulan ya leyendas, escribe la señorita L., que también es judía y que también lloró sobre la cabeza «tan querida» de ese amigo de la humanidad. Pero las leyendas son el primer paso hacia la acción, son un recuerdo vivo, un recordatorio incesante de esos «conquistadores del mundo», a los que pertenece la tierra. Cuando os hayáis persuadido de que en verdad son conquistadores y de que son personas así las que en verdad «heredarán la tierra», casi os habréis unido en un todo. Todo eso es muy sencillo, sólo una cosa parece ardua: convencerse de que sin esos casos aislados no se alcanzará ningún resultado; todo puede estar a punto de desmoronarse, pero ellos volverán a unirlo. Son ellos quienes inspiran pensamientos, quienes nos donan la fe, quienes representan la experiencia viva y, por tanto, también una prueba. Y no hay ninguna necesidad de esperar a que todos los hombres, o al menos una inmensa mayoría, sean tan buenos como ellos: se necesitan muy pocas personas así para salvar el mundo, tan poderosas son. Y si eso es así, ¿cómo no vamos a abrigar esperanzas?

CAPÍTULO SEGUNDO

I

EL SUEÑO DE UN HOMBRE RIDÍCULO (RELATO FANTÁSTICO)

1

Soy un hombre ridículo. Ahora me tildan de loco, lo que representaría un ascenso en el escalafón, si no siguiera siendo a sus ojos tan ridículo como antes. Pero yo no se lo tengo en cuenta y quiero a todo el mundo, aunque se rían de mí... incluso en ese caso hay algo que me los hace especialmente queridos. De buena gana me reiría con ellos, no de mí mismo, sino del afecto que me inspiran, si no me diese tanta pena verlos. Pena porque, a diferencia de mí, no conocen la verdad. ¡Ah, qué duro es ser el único que conoce la verdad! Pero nunca lo comprenderán. No, no lo comprenderán.

Antaño la idea de parecer ridículo me hacía sufrir mucho. Y no es que lo pareciera, es que lo era. Siempre he sido un hombre ridículo y probablemente lo he sabido desde el día de mi nacimiento. Probablemente lo he sabido desde la edad de siete años. Luego fui al colegio y más tarde a la universidad... ¿y qué quieren que les diga? Cuanto más estudiaba, más cuenta me daba de que era ridículo. De suerte que, en mi caso, cuanto más profundizaba en mis estudios universitarios más evidente me parecía que la única razón de esos conocimientos era demostrarme, revelarme, que era un hombre ridículo. Y en la vida me ha sucedido lo mismo que en los estudios. De año en año ha crecido y se ha reforzado en mí la conciencia de ser un hombre ridículo en todos los sentidos. Todo el mundo se ha reído siempre de mí. Pero ninguno sabía ni sospechaba que si había en este mundo un hombre que supiera mejor que nadie lo ridículo que era, ese hombre era yo; y eso era lo que más me afligía, que no lo supieran, aunque la culpa la tenía yo: siempre he sido tan orgulloso que nunca y bajo ninguna circunstancia he querido confesárselo a nadie. Ese orgullo ha ido creciendo en mí con el paso de los años, de manera que si en algún momento hubiera llegado a reconocer ante otra persona que era un hombre ridículo, creo que esa misma tarde, sin perder un segundo, me habría saltado la tapa de los sesos. ¡Ah, cuánto me hacía sufrir, en mi adolescencia, el temor de no saber contenerme y de confesárselo todo de golpe a mis compañeros! Pero a medida que fui madurando, sin saber por qué, me fui tranquilizando, aunque de año en año me iba haciendo más y

más consciente de mi terrible peculiaridad. Y digo bien «sin saber por qué», pues aún sigo buscando la razón exacta. Quizá porque en mi alma fue acrecentándose un sufrimiento terrible, motivado por una circunstancia que estaba infinitamente por encima de mí; a saber, la convicción, que acabó dominándome, de que en este mundo, estemos donde estemos, *todo da lo mismo*. Hacía mucho tiempo que lo sospechaba, pero el convencimiento pleno sólo surgió el último año, y como por arte de magia. De pronto sentí que me *daba lo mismo* que el mundo existiera o que no hubiera nada en ninguna parte. Empecé a sentir y percibir con todo mi ser que *a mi alrededor no había nada*. Al principio seguía pareciéndome que antaño había habido muchas cosas, pero luego llegué a la conclusión de que tampoco antes había habido nada, de que no había sido más que una figuración mía. Poco a poco me convencí de que tampoco en el futuro habría nunca nada. Entonces, de buenas a primeras, dejé de enfadarme con los hombres y hasta dejé casi de prestarles atención. En verdad, todo eso se manifestaba incluso en las cosas más insignificantes: por ejemplo, cuando iba por las calles, tropezaba con la gente. Y no porque estuviera sumido en mis pensamientos: no tenía nada en lo que pensar, había dejado de pensar definitivamente: me daba todo lo mismo. Si al menos hubiera encontrado soluciones a las cuestiones que me acuciaban; pero no resolví ni una sola, y eso que las había a cientos. Pero como *nada me importaba*, todas las cuestiones se desvanecían.

Y así, al poco tiempo, descubrí la verdad. La descubrí el pasado mes de noviembre, el 3 de noviembre, para ser más exactos; a partir de esa fecha puedo recordar cada instante de mi existencia. Era una noche sombría, la más sombría que pueda imaginarse. Me dirigía a casa, pasadas ya las diez, y recuerdo que iba pensando en que no era posible concebir ambiente más sombrío que aquél. Ni siquiera en sentido físico. Había estado lloviendo todo el día, una lluvia fría y lóbrega a más no poder, una lluvia incluso amenazante, me acuerdo muy bien, con una manifiesta hostilidad por los hombres; luego, de pronto, a eso de las once, cesó, y empezó a percibirse una terrible humedad, más húmeda y fría que la misma lluvia; y, si uno clavaba la mirada en la lejanía, creía percibir una especie de vapor levantándose de todo, de cada piedra del pavimento, de cada callejón. De pronto me dije que si se apagaran todas las luces de gas, se sentiría uno mejor, pues esas luces, al iluminar todo eso, llenaban de tristeza el corazón. Ese día casi no había probado bocado; desde primeras horas de la tarde había estado en casa de un ingeniero, al que acompañaban dos amigos. Apenas había abierto la boca, así que es de suponer que mi presencia les aburriese. Estaban hablando de no sé qué asunto controvertido y de pronto se acaloraron. Pero yo me daba cuenta de que todo aquello les daba lo mismo y de que sólo se acaloraban para guardar las formas. De pronto les dije lo siguiente: «Pero, señores, todo eso les da lo mismo». Ellos no se ofendieron, pero se rieron de mí. Sólo porque no les había dicho aquello en son de reproche, sino simplemente porque me daba igual. Se dieron cuenta de que todo me daba igual, y eso les hizo gracia.

Cuando se me ocurrió pensar en las luces de gas, mientras andaba por la calle,

alcé los ojos al cielo. Estaba terriblemente oscuro, pero podían distinguirse con claridad las nubes deshilachadas, y entre ellas insondables manchas negras. De pronto reparé en una estrellita que destacaba en una de esas manchas y me puse a mirarla fijamente. Lo hice así porque esa estrellita me sugirió una idea: decidí que esa noche acabaría con mi vida. Había tomado esa firme decisión dos meses antes, y, a pesar de mi pobreza, había comprado un magnífico revólver que había cargado ese mismo día. Pero habían pasado ya dos meses y seguía guardado en un cajón; me importaba tan poco todo que quería aprovechar un momento en que no me resultase todo tan indiferente, aunque no sabría decir por qué razón. Así pues, desde hacía dos meses, cada noche, al regresar a casa, pensaba que me iba a pegar un tiro. Seguía aguardando el momento oportuno. Y de pronto esa estrellita me había sugerido la idea, así que decidí que sería *sin falta* esa noche. Lo que no sé es por qué la estrellita me sugirió esa idea.

Y en el momento en que estaba mirando el cielo, esa niña me cogió del codo. La calle estaba ya desierta, no había apenas un alma. A lo lejos un cochero dormitaba en su tálburi. La niña tendría unos ocho años, llevaba un pañuelo y un vestidito raído; estaba toda mojada, pero lo que más me llamó la atención fueron sus zapatos empapados y agujereados, que aún me parece estar viendo. Atrajeron mi mirada de manera especial. De pronto se puso a tirarme del codo y a llamarme. No lloraba, pero gritaba con voz entrecortada unas palabras que no podía articular bien, pues todo su cuerpo se estremecía de frío. Algo la aterrorizaba y chillaba con desesperación: «¡Mamá! ¡Mamá!». Estuve a punto de volverme hacia ella, pero al final no dije una palabra y seguí mi camino; no obstante, ella corría detrás de mí y me cogía de la manga; en su voz se percibía esa nota que en los niños muertos de miedo denota desesperación. Conozco esa nota. Aunque no llegó a acabar sus frases, comprendí que su madre agonizaba en alguna parte, o que le había sucedido algo, y que ella había salido corriendo para llamar a alguien, para encontrar a alguien que socorriera a su madre. Pero yo no la seguí; al contrario, de pronto se me ocurrió la idea de apartarla de mi lado. En primer lugar le dije que fuera a buscar a un guardia. Pero ella juntó las manos y, sollozando y jadeando, siguió corriendo a un lado, sin apartarse de mí. En ese momento di una patada en el suelo y le grité. Ella, entonces, se limitó a exclamar: «¡Señor, señor!...», pero de pronto se alejó y atravesó la calle a todo correr: había descubierto a otro transeúnte y se aprestaba a abordarlo.

Subí a mi quinto piso. Vivo de alquiler en una pensión. Mi habitación es mísera y pequeña, con una claraboya semicircular. Mi mobiliario se compone de un sofá de hule, una mesa en la que se apilan varios libros, un par de sillas y un cómodo sillón, muy viejo, pero de estilo Voltaire. Me senté, encendí una vela y me quedé pensativo. En la habitación contigua, detrás del tabique, seguía aquel barullo, que duraba ya tres días. Vivía allí un capitán retirado, que tenía diversos invitados, unos seis o siete gandules, que bebían vodka y jugaban a los naipes con una baraja vieja. La noche anterior había estallado una trifulca, y sabía que dos de ellos se habían tirado de los

pelos durante un buen rato. La patrona quería quejarse, pero le tiene mucho miedo al capitán. Además de ese inquilino, vive en nuestra pensión una señora delgada y baja de estatura, viuda de un oficial, con tres hijos de corta edad que habían caído enfermos en ese alojamiento. Tanto a ella como a los niños les da pavor el capitán y se pasan la noche temblando y santiguándose; el más pequeño ha llegado a tener convulsiones de puro miedo. Ese capitán, lo sé de buena fuente, a veces detiene a los transeúntes en la Avenida Nevski y les pide limosna. Nadie se decide a contratarlo, pero lo extraño (y es por eso por lo que me ocupo aquí de la cuestión) es que, durante el mes que lleva viviendo entre nosotros, el capitán no me ha causado la menor molestia. Naturalmente, he evitado su compañía desde el principio, y él mismo me ha encontrado aburrido desde nuestro primer encuentro; pero, por mucho que griten al otro lado del tabique y por muchas personas que se reúnan en su habitación, a mí me da lo mismo. Me paso toda la noche sentado y la verdad es que no les oigo: hasta tal punto me desentiendo de ellos. No consigo pegar ojo hasta el amanecer; y así llevo ya un año. Me siento en mi sillón, junto a la mesa, y allí me quedó toda la noche, sin hacer nada. Sólo leo libros de día. Ni siquiera pienso; tan sólo algunas confusas ideas rondan mi cabeza, y yo las dejo vagar a sus anchas. Durante la noche se consume una vela entera.

Me senté en silencio junto a la mesa, saqué el revólver y lo puse delante de mí. En ese momento, lo recuerdo muy bien, me pregunté: «Entonces, ¿estás decidido?». Y me respondí con pleno convencimiento: «Sí». Es decir, que me iba a pegar un tiro. Sabía que esa noche, sin falta, me levantaría la tapa de los sesos, pero ignoraba cuánto tiempo pasaría aún allí sentado. Y no cabe duda de que me habría pegado un tiro, de no haber sido por esa niña.

2

Para que vean: aunque me daba todo igual, podía sentir, por ejemplo, el dolor. Si alguien me hubiera golpeado, me habría hecho daño. Y lo mismo sucedía en el ámbito moral: si se producía un acontecimiento muy triste, sentía pena, igual que antes, cuando no me daba todo igual en la vida. Y en esa ocasión también sentí pena: a una niña estaba obligado a prestarle ayuda. Entonces, ¿por qué no había socorrido a aquélla? Por una idea que se me ocurrió entonces: mientras me tiraba de la manga y me llamaba, se me había planteado de pronto un dilema, y no había sabido resolverlo. Era un dilema ocioso, pero me había irritado. Me había irritado porque, si había tomado la decisión de acabar con mi vida esa misma noche, todo lo que pudiera suceder en el mundo debería resultarme más indiferente que nunca. Entonces, ¿por qué sentía de pronto que no me daba todo igual y que me compadecía de la niña? Recuerdo que sentí una pena enorme, que acabó transformándose en un dolor extraño e incluso totalmente inverosímil, dada mi situación. En verdad, no encuentro mejor manera de definir esa sensación fugaz que experimenté en ese momento, sensación

que no me abandonó ni siquiera en casa, cuando ya me había sentado junto a la mesa; estaba muy irritado, como hacía tiempo que no lo estaba. Las consideraciones se sucedían una tras otra. Me parecía evidente que, si era un hombre y no una nulidad — puesto que todavía no me había transformado en una nulidad—, estaba vivo, y en consecuencia podía sufrir, enfadarme y avergonzarme de mis actos. De acuerdo. Pero si iba a matarme al cabo de dos horas, pongamos, ¿qué se me daba a mí esa niña y qué podía importarme la vergüenza y cualquier otra cosa en el mundo? Estaba a punto de transformarme en un cero, en un cero absoluto. ¿Era posible que la conciencia de que en un momento iba a dejar *totalmente* de existir y que, en consecuencia, todo lo demás dejaría también de existir, no hubiera ejercido la menor influencia ni en mi sentimiento de lástima por la niña ni en mi sentimiento de vergüenza después de la villanía que había cometido? La razón de que diera una patada en el suelo y gritara con voz salvaje a la pobre niña era que me decía: «Bueno, no sólo no siento ninguna compasión, sino que puedo comportarme de la manera más inhumana, porque dentro de dos horas todo habrá desaparecido». ¿Creerán ustedes que ése fue el motivo por el que grité? Ahora mismo estoy casi convencido. Me parecía evidente que a partir de ese momento era como si la vida y el mundo dependieran de mí. Puedo decir incluso que en ese momento el mundo me parecía creado exclusivamente para mí: en cuanto me pegara un tiro, el mundo dejaría de existir, al menos para mí. Dejando a un lado la cuestión de que, quizá, después de mí no habría nada para nadie, y de que el mundo entero, en cuanto se apagara mi conciencia, se desvanecería inmediatamente como una fantasmagoría, como un simple atributo de mi conciencia, que se anularía, pues quizá todo ese mundo y todas esas personas sólo existían en mí. Recuerdo que no paraba de darle vueltas a esas nuevas cuestiones que se amontonaban en mi cabeza, hasta que llegué a considerarlas desde un punto de vista muy distinto y a imaginar algo completamente nuevo. Por ejemplo, de pronto se me ocurrió esta extraña idea: si hubiera vivido antes en la Luna o en Marte y hubiera cometido el acto más vergonzoso e innoble que pueda imaginarse, y fuese vejado y deshonrado de un modo como, a lo sumo, puede concebirse y representarse en algún sueño o pesadilla, y si más tarde me hubiese encontrado en la Tierra, conservando la conciencia de lo que había hecho en otro planeta y sabiendo, además, que nunca y en ningún caso regresaría, al contemplar la Luna desde la Tierra, ¿me daría *todo igual* o no? ¿Me sentiría avergonzado de mi acto o no? Cuestiones vanas y superfluas, pues el revólver estaba ya delante de mí, y yo sabía con todo mi ser que *eso* seguramente iba a suceder; pero esas cuestiones me soliviantaban y me sacaban de mis casillas. Era como si no pudiera morir sin haber resuelto antes cierto asunto. En suma, esa niña me salvó porque, al pasar de una cuestión a otra, iba demorando el momento del disparo. Entre tanto, en la habitación del capitán se había restablecido el silencio: habían dejado de jugar a los naipes y se habían echado a dormir, sin dejar de rezongar y de lanzarse desganados insultos. De repente me quedé dormido en mi sillón, delante de la mesa, algo que no me había

sucedido nunca. Me quedé completamente dormido, sin ni siquiera darme cuenta. Como es bien sabido, los sueños son una cosa de lo más extraña: unos se perciben con una claridad pavorosa y sus detalles son tan precisos que parecen cincelados por un orfebre; en otros, en cambio, ni siquiera se da uno cuenta de los saltos que da en el tiempo y en el espacio. Creo que los sueños no los gobierna la razón, sino el deseo, no la cabeza, sino el corazón, y no obstante, ¡qué tretas tan astutas ejecutaba a veces la razón en mis sueños! Por lo demás, la razón adopta a veces en los sueños una actitud totalmente incomprensible. Por ejemplo, mi hermano ha muerto hace cinco años. En ocasiones sueño con él: toma parte en mis asuntos, nos interesamos mucho él uno por el otro, y sin embargo, a lo largo de todo el sueño, no olvido ni pierdo de vista en ningún instante que mi hermano está muerto y enterrado. ¿Cómo no me sorprende que, a pesar de estar muerto, se encuentre a mi lado y comparta mis preocupaciones? ¿Por qué mi razón acepta todo eso sin rechistar? Pero basta. Paso a ocuparme de mi sueño. ¡Sí, fue entonces, el 3 de noviembre, cuando tuve ese sueño! Ahora se burlan de mí diciéndome que, después de todo, no fue más que un sueño. Pero ¿acaso no da lo mismo que fuera un sueño o no lo fuera, desde el momento en que ese sueño me reveló la Verdad? Pues una vez que se ha visto y conocido la verdad, se sabe que es la verdad, que no hay ni puede haber otra, ya esté uno dormido o despierto. Bueno, aceptemos que fuera un sueño, pero el caso es que yo iba a poner fin a esa vida que ustedes estiman tanto; en cambio, mi sueño... ¡ah, mi sueño me reveló una vida nueva, grande, renovada, poderosa!

Escuchen.

3

He dicho que me quedé dormido sin darme cuenta; hasta tenía la impresión de que seguía razonando sobre los mismos dilemas. De pronto soñé que cogía el revólver y, sin levantarme del sillón, lo dirigía directamente contra el corazón, contra el corazón, no contra la cabeza; con anterioridad había decidido que me dispararía sin falta en la cabeza, en la sien derecha, para ser más precisos. Después de apuntarme al pecho, aguardé uno o dos segundos, y de pronto la vela, la mesa y la pared que había delante de mí empezaron a moverse y a oscilar. Sin perder más tiempo, apreté el gatillo.

En los sueños a veces caéis desde las alturas o recibís una puñalada o una paliza, pero nunca sentís dolor, a menos que os golpeéis de verdad con el cabecero de la cama; entonces sentís dolor y casi siempre os despertáis. Así sucedió también en mi sueño: no sentí dolor, pero después del disparo me pareció que todo se desbarataba en mi interior y a continuación se apagaba, al tiempo que a mi alrededor se hacía la noche. Era como si me hubiera quedado sordo y mudo; estaba tendido de espaldas, cuan largo era, sobre algo duro; no veía nada ni podía hacer el menor movimiento. En torno a mí se oían pasos y gritos; reconocí la voz de bajo del capitán y los chillidos de

la patrona; de repente se produjo otro intervalo, y a continuación me vi transportado en un ataúd cerrado. Sentía que el ataúd se balanceaba y pensaba en esa cuestión; en ese instante, por primera vez, comprendí que estaba muerto, completamente muerto; lo sabía, no tenía la menor duda; no veía nada ni podía moverme y, sin embargo, sentía y razonaba. Pero no tardé en congraciarme con esa idea y, como suele suceder en los sueños, acepté los hechos sin poner objeciones.

Y he aquí que me enterraban. Todos se marchaban y yo me quedaba solo, completamente solo. No me movía. Antaño, cuando estando despierto me imaginaba que me iban a enterrar, la única idea relacionada con la tumba era una sensación de humedad y frío. Lo mismo sentí ahora: un frío tremendo, sobre todo en las puntas de los dedos de los pies; eso era lo único que sentía.

Estaba allí tumbado y, por extraño que parezca, no esperaba nada, aceptando sin más que un muerto nada debe esperar. Pero el ambiente era húmedo. No sé cuánto tiempo pasó: una hora, varios días, muchos días. Pero de pronto sobre mi ojo izquierdo cerrado cayó una gota de agua que se había filtrado a través de la tapa del ataúd, al cabo de un minuto una segunda, un minuto más tarde una tercera, y así sucesivamente, siempre a intervalos de un minuto. Una profunda indignación inflamó mi pecho y al momento sentí un dolor físico en el corazón. «Es la herida abierta por el disparo —pensé—; tengo allí alojada una bala.» La gota seguía cayendo a cada minuto, justamente sobre mi ojo cerrado. De pronto invoqué, no con la voz, pues no podía moverme, sino con todo mi ser, a Quien había dispuesto todo lo que me estaba sucediendo:

—Quienquiera que seas, si es que existes y si hay algo más racional que lo que está ocurriendo en este momento, haz que ese orden se cumpla también aquí. Y si pretendes vengarte de mi insensato suicidio mediante el horror y el absurdo de una nueva existencia, has de saber que ningún suplicio que puedas infligirme podrá equipararse jamás con el desprecio que iré acumulando en silencio, ¡aunque me esperen millones de años de martirio...!

Después de esa invocación, callé. Durante casi un minuto entero reinó un hondo silencio, luego volvió a caer otra gota, pero yo sabía —lo sabía y lo creía con una fe inquebrantable e ilimitada— que todo iba a cambiar sin falta. Y he aquí que de pronto se abrió mi tumba. La verdad es que no sé si retiraron la tierra y apartaron la tapa, pero el caso es que un ser oscuro y desconocido se apoderó de mí, y ambos nos encontramos en el espacio. En ese momento recobré la vista: era una noche profunda; ¡jamás había visto una tiniebla semejante! Ambos flotábamos en el espacio, muy lejos ya de la Tierra. No le formulé ninguna pregunta a mi guía; me limité a aguardar, lleno de orgullo. Me decía que no tenía miedo y casi desfallecía de placer al pensar que no lo tenía. No recuerdo cuánto duró nuestro vuelo ni tampoco soy capaz de imaginármelo: todo sucedió como siempre en los sueños, en que uno salta a través del tiempo y del espacio, quebranta las leyes de la razón y la existencia, y sólo se detiene en aquellos lugares que anhela nuestro corazón. Recuerdo que vi de pronto en la

oscuridad una estrellita.

—¿Es Sirio? —no pude dejar de inquirir, a pesar de mi resolución de no hacer preguntas.

—No, es la misma estrella que viste entre las nubes, cuando regresabas a casa —me respondió la criatura que me llevaba, de la que sólo sabía que su rostro tenía cierta apariencia humana.

Pero, cosa extraña, esa criatura no me gustaba, hasta me inspiraba una profunda aversión. Había esperado una nada completa, y con esa expectativa me había pegado un tiro en el corazón. Y ahora estaba en manos de esa criatura que sin duda no era humana, pero que *era*, existía. «¡Así que hay vida después de la muerte! —pensé con esa extraña frivolidad de los sueños, pero la esencia de mi corazón seguía siendo la misma—. Incluso si hay que volver a *ser* —me dije—, si hay que volver a vivir porque una voluntad ajena e ineluctable así lo ordena, no quiero que nadie me venza ni me humille.»

—Sabes que no te temo y por eso me desprecias —le dije de repente a mi acompañante, incapaz de guardarme esa humillante pregunta, que llevaba implícita una confesión, y sintiendo que todo ese bochorno se me clavaba en el corazón como una aguja.

La criatura no respondió a mi pregunta, pero yo sentí de pronto que no me despreciaba ni se burlaba de mí, que ni siquiera me compadecía, y que nuestro viaje tenía una meta desconocida y misteriosa que no me concernía a mí solo. El miedo iba aumentando en mi corazón. Sin palabras, mi silencioso compañero me estaba comunicando algo que me causaba un profundo dolor y me traspasaba de parte a parte. Atravesamos espacios oscuros e ignotos. Hacía ya tiempo que había dejado de ver las constelaciones conocidas. Sabía que hay estrellas en la vastedad del firmamento cuyos rayos tardan miles y millones de años en llegar a la Tierra. Quizá habíamos llegado ya a esas regiones. Esperaba algo con una angustia terrible que me desgarraba el corazón. Y de pronto un sentimiento desconocido y preñado de nostalgia me conmovió: ¡había visto de golpe nuestro sol! Sabía que no podía ser *nuestro* Sol, padre de *nuestra* Tierra, que nos encontrábamos a una distancia infinita de nuestro Sol, pero de algún modo reconocí con todo mi ser que era un sol exactamente como el nuestro, su réplica y su doble. Un sentimiento dulce y entrañable llenó de éxtasis mi alma: la fuerza nutricia de la luz, la misma que me había engendrado, repercutía en mi corazón y lo resucitaba, y yo sentía de nuevo la vida, la vida de antes, por primera vez desde mi entierro.

—Pero si es el Sol, si es exactamente el mismo Sol que el nuestro —exclamé—, ¿dónde está la Tierra?

Y mi acompañante me señaló una estrellita que centelleaba en la oscuridad con un resplandor esmeralda. Nos dirigíamos directamente hacia allí.

—¿Es posible que haya tales repeticiones en el universo, que tal sea la ley de la naturaleza?... Y si eso de allí es la Tierra, ¿será una Tierra como la nuestra..., igual

que la nuestra, desdichada, miserable, pero querida y eternamente amada, que despierte en sus hijos, incluso en los más ingratos, el mismo doloroso amor que la nuestra...? —grité, estremeciéndome de un amor arrebatador y apasionado por esa vieja Tierra nativa que había abandonado. La imagen de la pobre niña a la que había ofendido pasó como un relámpago por mi recuerdo.

—Lo verás todo —me respondió mi acompañante, y en sus palabras vibraba cierta tristeza.

Nos acercábamos rápidamente al planeta, que iba creciendo a mis ojos; ya podía distinguir el océano, los contornos de Europa; de pronto brotó en mi corazón un sentimiento extraño, una especie de celos desmesurados y sagrados: «¿Cómo es posible que exista semejante réplica y por qué? Amo y sólo puedo amar esa Tierra que acabo de abandonar, a la que regué con mi sangre, cuando, ingrato de mí, me quité la vida de un disparo en el corazón. Nunca, nunca dejé de amar esa Tierra; incluso la noche que la abandoné la amé, acaso de forma más dolorosa que nunca. ¿Existe el sufrimiento en esta nueva Tierra? ¡En nuestra Tierra sólo podemos amar de verdad mediante el sufrimiento, a través del sufrimiento! No sabemos amar de otra manera, no conocemos otra clase de amor. Quiero sufrir para poder amar. ¡Ansío, anhelo, en este mismo instante, besar e inundar con mis lágrimas esa Tierra única que he dejado y no quiero, no acepto vivir en ninguna otra...!»

Pero mi acompañante ya me había dejado. De pronto me encontré, sin saber muy bien cómo, en esa otra Tierra, un día luminoso, soleado y magnífico, digno de un paraíso. Creo que me hallaba en una de esas islas que en nuestra Tierra constituyen el archipiélago griego, o acaso en el continente, en algún lugar del litoral próximo a ese archipiélago. ¡Ah, todo era exactamente igual que en nuestro planeta, pero todo parecía envuelto en un resplandor festivo, como si al fin se hubiera alcanzado un triunfo glorioso y sagrado! Un acariciante mar de color esmeralda rompía suavemente contra la orilla, besándola con un amor visible, evidente, casi consciente. Unos árboles altos y magníficos se alzaban en todo su esplendor, y sus innumerables hojillas, estoy convencido, me daban la bienvenida con su delicado y deleitoso murmullo, y parecían susurrar palabras de amor. La hierba centelleaba de flores coruscantes y aromáticas. Las aves surcaban los cielos en bandadas y se posaban en mis hombros y en mis manos sin temor y me golpeaban alegremente con sus gentiles y trémulas alas. Y finalmente veía y conocía a los hombres de esa Tierra dichosa. Unos se acercaban a mí por su propio pie, me rodeaban y me besaban. Hijos del Sol, de su propio sol. ¡Ah, y qué hermosos eran! Jamás había visto en nuestra Tierra una belleza humana como aquélla. Tal vez sólo en nuestros niños, en su más tierna infancia, podría encontrarse un lejano y pálido reflejo de esa belleza. Los ojos de esos hombres venturosos centelleaban con un brillo claro. Sus rostros irradiaban sabiduría y una suerte de conocimiento revestido de serenidad, pero eran rostros alegres: en las palabras y voces de esos hombres vibraba una alegría infantil. ¡Ah, me bastó una sola mirada a esos rostros para comprenderlo todo, todo! Era una Tierra no mancillada por

el pecado original, en la que habitaban hombres que no habían pecado y que vivían en un paraíso como aquel del que habían gozado nuestros ancestros antes de la caída, según las tradiciones de toda la humanidad, con la única diferencia de que esa Tierra era en todas partes un mismo paraíso. Esos hombres, que se apretaban a mi alrededor y me acariciaban entre risas alegres, acabaron conduciéndome a sus moradas; no había uno solo que no se desviviera por tranquilizarme. ¡Ah, no me hicieron ninguna pregunta, pero era como si lo supieran todo de mí —o ésa era la impresión que yo tenía— y quisieran borrar de mi rostro cuanto antes cualquier vestigio de sufrimiento!

4

Y vuelvo a repetirlo una vez más: ¡poco importa que no fuera más que un sueño! El recuerdo del amor de esos hombres inocentes y hermosos no se borrará nunca de mi corazón, y siento que incluso ahora su amor se derrama sobre mí. Los vi con mis propios ojos, llegué a conocerlos y a convencerme de su existencia, los amé y más tarde sufrí por ellos. ¡Ah, ya entonces comprendí en seguida que en muchos aspectos no podría entenderlos! Como progresista ruso moderno y vil petersburgués que soy, me parecía incomprendible, por ejemplo, que, sabiendo tantísimas cosas, no poseyeran nuestra ciencia. Pero pronto comprendí que su conocimiento se completaba y se alimentaba con descubrimientos diferentes de los de la Tierra y que sus aspiraciones también eran distintas. No deseaban nada y estaban tranquilos; no aspiraban al conocimiento de la vida tanto como nosotros, porque su vida era plena. Pero su saber era más profundo y elevado que nuestra ciencia, pues nuestra ciencia trata de explicar en qué consiste la vida, aspira a conocerla para enseñar a otros a vivir; ellos no tenían necesidad de ciencia para saber cómo tenían que vivir, como no tardé en darme cuenta, aunque no fui capaz de entender su conocimiento. Me mostraban sus árboles, y no conseguía comprender por qué les testimoniaban tanto afecto: era como si hablaran con sus semejantes. ¡Y saben ustedes, es posible que no me equivoque cuando digo que hablaban con ellos! Sí, habían descubierto su lengua, y estoy convencido de que se entendían. De la misma manera contemplaban toda la naturaleza —los animales vivían con ellos en paz, no les atacaban y les profesaban afecto, subyugados por su amor—. Me enseñaban las estrellas y me decían cosas sobre ellas que escapaban a mi comprensión, pero estoy convencido de que tenían algún tipo de contacto con esos cuerpos celestes, no sólo por medio del pensamiento, sino a través de algún canal más inmediato. Ah, esos hombres no se esforzaban para que les comprendiera, me amaban sin necesidad de eso, pero yo sabía que jamás me entenderían, por eso casi nunca les hablaba de nuestra Tierra. Me contentaba con besar en su presencia la Tierra que les albergaba y a adorarlos sin pronunciar palabra; ellos lo veían y se dejaban adorar sin avergonzarse, porque estaban llenos de amor. No sufrían por mí cuando a veces, bañado en lágrimas, les besaba los pies, pues en sus alegres corazones eran conscientes del inmenso amor con que me lo pagarían. En

ocasiones me preguntaba con asombro cómo era posible que, en todo ese tiempo, no me hubieran ofendido ni una sola vez, ni hubieran exacerbado nunca mis celos y mi envidia. En algún momento me pregunté cómo un hombre como yo, jactancioso y embustero, se había abstenido de hablarles de sus conocimientos, de los que, desde luego, no tenían la menor idea, ni había albergado el menor deseo de sorprenderlos con las cosas que sabía, aunque sólo fuera por el amor que les profesaba. Estaban tan llenos de vida y eran tan alegres como los niños. Vagaban por sus magníficos bosques y arboledas, cantaban sus hermosas canciones, comían alimentos ligeros, frutos de sus árboles, miel de sus bosques y leche de sus apreciados animales. Dedicaban poco tiempo y cuidado a procurarse alimentos y vestido. Se amaban y engendraban hijos, pero jamás observé entre ellos esos arrebatos de *cruel* lascivia que afectan a casi todo el mundo en nuestra Tierra —a todos y cada uno— y que constituyen la única fuente de casi todos los pecados de la humanidad. Se alegraban de los recién nacidos, a los que acogían como nuevos participantes en su felicidad. No había disputas ni celos entre ellos; ni siquiera sabían lo que significaban esos conceptos. Sus hijos eran hijos de todos, porque todos constituían una sola familia. Apenas conocían las enfermedades, pero no escapaban a la muerte; en cualquier caso, sus ancianos se apagaban con total serenidad, como si se quedaran dormidos, rodeados de personas que los despedían, los bendecían y les sonreían, de suerte que partían entre semblantes alegres. En tales ocasiones no contemplé escenas de duelo ni lágrimas, sólo un amor que parecía multiplicarse hasta alcanzar el éxtasis, pero se trataba de un éxtasis sereno, pleno, contemplativo. Hubiera podido pensarse que se mantenían en contacto con sus difuntos incluso después de la muerte, que la unión de su vida terrenal no se veía interrumpida por aquélla. Apenas me comprendían cuando les preguntaba por la vida eterna; por lo visto, estaban tan firmemente persuadidos de su existencia que no albergaban la menor duda al respecto. No disponían de templos, pero mantenían una suerte de unión esencial, viva e ininterrumpida con la Totalidad del universo; no profesaban ninguna religión, pero albergaban la firme certeza de que, cuando su felicidad terrenal alcanzara los límites de la naturaleza terrestre, todos gozarían, tanto los vivos como los muertos, de un contacto aún mayor con la Totalidad del universo. Aguardaban ese momento con alegría, pero sin ansia, sin que la espera les hiciera sufrir, como si en sus corazones se insinuara ya un presentimiento de ese instante que se comunicaban unos a otros. Por las noches, antes de entregarse al sueño, gustaban de constituir coros armoniosos y ordenados. En esas canciones transmitían todos los sentimientos que habían experimentado durante el día, del que se despedían entre alabanzas. Ensalzaban la naturaleza, la tierra, el mar, los bosques. Les encantaba componer una canción tras otra y se elogiaban como niños; esas canciones eran muy sencillas, pero ponían todo su corazón en ellas y traspasaban el alma. Se diría que no sólo sus cantos, sino su vida entera, tenían como objetivo el deleite mutuo. Era una suerte de devoción recíproca, completa y total. Algunas de sus canciones, solemnes y triunfales, me resultaban casi incomprensibles.

Entendía las palabras, pero nunca podía penetrar plenamente su significado, que parecía inaccesible a mi mente, aunque mi corazón, instintivamente, lo desentrañaba cada vez más. A menudo les decía que había presentido todo eso desde hacía mucho tiempo, que había vislumbrado toda esa alegría y esa gloria ya en nuestra Tierra, cuando me vencía una nostalgia que a veces se transformaba en una tristeza insoportable; que había intuido su existencia y su gloria en los sueños de mi corazón y en las fantasías de mi mente; que a menudo, en nuestra Tierra, me había sentido incapaz de contemplar la puesta de sol sin llorar... Que mi inquina por los hombres de nuestra Tierra siempre había estado entreverada de tristeza: ¿por qué no podía odiarlos, puesto que no los amaba? ¿Por qué no podía dejar de perdonarlos? ¿Por qué mi amor por ellos estaba impregnado de tristeza? ¿Por qué no podía amarlos sin odiarlos? Ellos me escuchaban y yo veía que no podían concebir lo que les decía, pero no lamentaba haberles hablado de esa cuestión: sabía que entendían toda la fuerza de mi pena por aquellos a quienes había abandonado. Sí, cuando me contemplaban con su mirada dulce y transida de amor, cuando sentía que en su presencia mi corazón se volvía tan inocente y sincero como el suyo, no lamentaba no poder entenderlos. La sensación de la plenitud de la vida me dejaba sin aliento y no podía hacer otra cosa que adorarlos en silencio.

Ah, todo el mundo se ríe ahora en mi cara y afirma que es imposible ver en sueños detalles como los que estoy describiendo, que en mi sueño sólo vi o percibí una mera sensación que mi propio corazón engendró en un momento de delirio, y que todos esos pormenores los elaboré al despertar. Y cuando reconocí que tal vez tuvieran razón... Señor, cómo se rieron en mis barbas y qué diversión les procuré. Ah, sí, naturalmente sólo estaba dominado por la sensación que me dejó ese sueño, y sólo él perduraba en mi corazón herido y sangrante; pero las imágenes y formas reales de mi sueño, es decir, las que en realidad vi en el momento en que soñaba, guardaban tal armonía, eran tan hermosas y seductoras y contenían tanta verdad que, al despertarme, no fui capaz de recrearlas con nuestro pobre lenguaje, de suerte que tuvieron que borrarse de mi mente; en suma, es probable que, inconscientemente, me viera obligado a recomponer después algunos detalles, sin duda distorsionándolos, llevado sobre todo del deseo apasionado de expresarlos lo antes posible de un modo u otro. Pero ¿cómo no iba a creer que todo eso sucedió de veras? ¿Que mi experiencia acaso resultara mil veces mejor, más luminosa y alegre de lo que he relatado? Aun suponiendo que fuera un sueño, todo eso no ha podido dejar de ser. Miren ustedes, voy a confiarles un secreto: ¡es posible que todo eso no haya sido un sueño en absoluto! Pues lo que sucedió fue algo de tal naturaleza, algo tan terriblemente verdadero, que no puede achacarse a un sueño. Supongamos que ese sueño lo engendrara mi corazón, pero ¿acaso el corazón por sí solo habría sido capaz de alumbrar esa terrible verdad que más tarde se me reveló? ¿Cómo habría podido inventármelo solo? ¿Cómo iba a ser una fantasía de mi corazón? ¿Acaso mi pobre corazón y mi caprichosa e insignificante inteligencia podrían elevarse hasta

semejante revelación de la verdad? Ah, juzguen ustedes mismos: hasta aquí lo he ocultado, pero ahora voy a revelar toda la verdad. El caso es que yo... ¡los corrompí a todos!

5

¡Sí, sí, acabé corrompiéndolos a todos! No sé cómo pudo suceder, no lo recuerdo con claridad. El sueño se prolongó miles de años y sólo me dejó una impresión de conjunto. Lo único que sé es que la causa de su caída en el pecado fui yo. Como una abominable triquina, como un germen pestífero que infecta países enteros, así contagié yo toda esa Tierra feliz, que hasta mi llegada desconocía lo que era el pecado. Aprendieron a mentir, se aficionaron a los embustes y conocieron su hermosura. ¡Ah, es posible que todo comenzara de manera *inocente*, como una broma, por mera coquetería o juego amoroso! Puede que no fuera más que un germen, pero ese germen de mentira penetró en sus corazones y les agradó. No tardaron en aparecer la voluptuosidad, que a su vez engendró los celos, que dieron paso a la crueldad... Ah, no sé cómo sucedió, no lo recuerdo ya, pero pronto, muy pronto, se vertió la primera gota de sangre. Se sorprendieron y se horrorizaron, y empezaron a separarse, a desunirse. Se formaron alianzas, pero ahora de unos contra otros. Surgieron las recriminaciones, los reproches. Conocieron la vergüenza y la erigieron en virtud. Apareció el concepto del honor, y cada bandería blandía su enseña. Empezaron a maltratar a los animales, que se apartaron de ellos, se ocultaron en el bosque y se convirtieron en sus enemigos. Se inició una batalla por la separación, por la particularización, por la individualidad, por lo «mío» y lo «tuyo». Empezaron a hablar distintas lenguas. Conocieron la tristeza y se aficionaron a ella; tenían sed de sufrimientos y decían que sólo era posible alcanzar la Verdad a través del sufrimiento. Fue entonces cuando hizo su aparición la ciencia. Cuando se malearon, empezaron a hablar de la fraternidad y de la humanidad, y comprendieron esas ideas. Cuando se volvieron criminales, inventaron la justicia y redactaron códigos enteros para salvaguardarla, y para asegurarse del respeto a esos códigos levantaron la guillotina. Apenas se acordaban de lo que habían perdido; ni siquiera querían creer que antaño habían sido inocentes y felices. Hasta se reían de la posibilidad de esa dicha pasada y la consideraban un sueño. Ni siquiera podían imaginársela mediante formas e imágenes, pero lo más extraño y prodigioso era que, una vez perdido cualquier rastro de fe en su felicidad anterior, a la que calificaban de cuento de hadas, sentían tal deseo de volver a ser inocentes y felices que se prosternaban como niños ante los deseos de sus corazones, deificaban esos deseos, levantaban templos y se ponían a adorar su propia idea, sus propios «deseos», aunque estaban plenamente convencidos de que no podían cumplirse ni realizarse, a pesar de lo cual seguían adorándolos con lágrimas y genuflexiones. Sin embargo, si hubiesen podido volver al estado de inocencia y felicidad que habían perdido, si alguien les

hubiera mostrado su situación anterior y les hubiera ofrecido la posibilidad de recobrarla, seguramente la habrían rechazado. A mí me decían: «Bueno, seremos mentirosos, malvados e injustos; lo *sabemos*, lo lamentamos, nos atormentamos y nos castigamos quizá con mayor severidad de la que emplearía ese Juez misericordioso que nos juzgará y cuyo nombre desconocemos. No obstante, hemos descubierto la ciencia y gracias a ella encontraremos de nuevo la verdad, que ahora aceptaremos de manera consciente. El conocimiento es superior al sentimiento; la conciencia de la vida, superior a la vida. La ciencia nos proporcionará la verdadera sabiduría, ésta a su vez nos revelará las leyes, y el conocimiento de las leyes de la felicidad es superior a la felicidad». Eso es lo que decían, y después de pronunciar tales palabras cada uno se amaba más a sí mismo que a los demás; y, en realidad, no podían actuar de otra manera. Cada uno empezó a mostrarse tan celoso de su individualidad que procuraba por todos los medios empequeñecer y rebajar la de los demás, convirtiendo esa tarea en el objeto de su vida. Apareció la esclavitud, incluso la esclavitud voluntaria: los débiles se sometían de buen grado a los más fuertes, simplemente para que éstos les ayudaran a subyugar a quienes todavía eran más débiles que ellos. Surgieron hombres justos que se acercaban a esos hombres con lágrimas en los ojos y les hablaban de su orgullo, de su falta de mesura y armonía, de la pérdida de cualquier sentimiento de vergüenza. Pero los fuertes se burlaban de ellos o los lapidaban. Sangre sagrada corrió por el pórtico de los templos. Más tarde hicieron su aparición algunos hombres que trataron de encontrar algún medio de volver a unir a todos, pero de tal modo que cada uno, sin dejar de amarse a sí mismo más que a los demás, no se convirtiera en una molestia para nadie, de suerte que todos convivieran en una especie de sociedad basada en la concordia. Esa idea dio origen a grandes guerras. Al mismo tiempo todas las partes enfrentadas estaban firmemente convencidas de que la ciencia, la verdadera sabiduría y el instinto de conservación acabarían uniendo a los hombres en una sociedad armoniosa y racional; y entre tanto, para acelerar las cosas, los «sabios» se apresuraban a exterminar a los «no sabios» y a quienes no comprendían su idea, a fin de que no fuesen un obstáculo para su triunfo. Pero el instinto de conservación no tardó en debilitarse, y surgieron hombres orgullosos y voluptuosos que demandaban abiertamente «todo o nada». Para conseguirlo todo recurrían al crimen y, si no tenían éxito en su empresa, al suicidio. Aparecieron religiones consagradas al culto del no ser y de la autodestrucción en aras del eterno reposo en la nada. Finalmente esos hombres se cansaron de sus absurdos esfuerzos y en sus rostros se reflejó el dolor; entonces empezaron a proclamar que en el sufrimiento había belleza, pues sólo él encerraba algún tipo de pensamiento. En sus cantos ensalzaron el sufrimiento. Yo iba entre ellos, estrujándome las manos y doliéndome de su suerte, aunque es posible que los quisiera más que antes, cuando el sufrimiento aún no había marcado sus rostros y eran inocentes y tan bellos. Sentía más cariño por su tierra mancillada que cuando era un paraíso, por la única razón de que en ella había hecho su aparición el dolor. Ay, siempre he amado el dolor y la pena, pero sólo para mí, para mí solo; en cambio, al

pensar en su suerte, me compadecía y lloraba. Les tendía las manos y, lleno de desesperación, me acusaba, me maldecía y me despreciaba. Les decía que todo era culpa mía, sólo mía; que yo les había llevado la corrupción, la peste y la mentira. Les suplicaba que me crucificaran y les enseñaba a levantar una cruz. No podía darme muerte, me faltaban las fuerzas, pero quería sufrir el suplicio de sus manos, ansiaba el suplicio, ardía en deseos de verter hasta la última gota de mi sangre en esos tormentos. Pero ellos se limitaban a reírse de mí y acabaron considerándome un alienado. Hasta me defendían diciendo que sólo habían tomado lo que habían querido y que todo lo que ahora estaba sucediendo no podría haberse desarrollado de otra manera. Por último, declararon que me había convertido en un peligro para ellos y que, si no me callaba, me recluirían en un manicomio. En ese momento el dolor traspasó mi alma con tanta fuerza que se me encogió el corazón y sentí que me moría; entonces... entonces me desperté.

Era ya de mañana, aunque no había amanecido; serían más o menos las seis. Desperté en el mismo sillón; la vela se había consumido del todo; en la habitación del capitán todos dormían; a mi alrededor reinaba un silencio inhabitual en nuestra casa. Lo primero que hice fue levantarme de un salto, lleno de sorpresa: nunca me había sucedido nada parecido, y eso era válido hasta para los detalles más anodinos e insignificantes; por ejemplo, nunca me había quedado dormido en mi sillón. De pronto, mientras estaba allí de pie, acabando de espabilarme, mis ojos fueron a dar con el revólver, listo, cargado, ¡pero en un instante lo aparté de mí! ¡Ah, ahora quería vivir, vivir! Levanté las manos e invoqué la eterna Verdad; más que invocar, lloré; un entusiasmo, un entusiasmo inconmensurable henchía todo mi ser. ¡Sí, quería vivir y predicar! ¡Ah, en ese mismo instante decidí dedicar a la predicación mi vida entera! Iré a predicar, quiero predicar, pero ¿qué? La verdad, puesto que la he visto, la he visto con mis propios ojos, ¡la he visto en toda su gloria!

¡Desde entonces no he dejado de predicar! Y debo añadir que amo a todos los que rien de mí, los amo más que a nadie. Desconozco la razón y no sabría explicarlo, pero así es. Dicen que me equivoco y que, si ya ahora me equivoco, ¿qué no sucederá en el futuro? Y tienen toda la razón: me equivoco, y es posible que la cosa vaya a peor. No cabe duda de que me equivocaré muchas veces antes de encontrar el modo apropiado de predicar, es decir, las palabras y los actos adecuados, pues es una tarea muy complicada. Incluso ahora lo veo con toda claridad, pero díganme: ¿quién no se equivoca? Y sin embargo, todos persiguen un mismo objetivo, al menos todos aspiran a un mismo objetivo, desde el sabio hasta el último bandido, pero lo buscan por caminos diferentes. Es una verdad antigua, pero también hay algo nuevo: a saber, que no puedo equivocarme tanto. Porque he visto la verdad, la he visto, y sé que los hombres pueden ser felices y dichosos sin perder la capacidad de vivir en la Tierra. No puedo ni quiero creer que el mal sea el estado normal de los hombres. Y es precisamente esa fe lo que les lleva a burlarse de mí. Pero cómo voy a creer otra cosa:

he visto la verdad; no es que la haya descubierto mediante una operación de mi inteligencia, sino que la he visto, la he visto, y su *imagen viva* ha llenado mi alma para siempre. La vi en una plenitud tan completa que no puedo creer que no exista entre los hombres. Así pues, ¿cómo iba a estar equivocado? Me extraviaré, sin duda, más de una vez, y hasta es posible que pronuncie palabras ajenas, aunque no por mucho tiempo: la imagen viva de lo que he visto me acompañará siempre y siempre me corregirá y me guiará. Ah, reboso salud y vigor, y no dejaré de caminar, aunque ese viaje me lleve mil años. Les confesaré algo: al principio quería ocultar el hecho de que había corrompido a todos, pero se trataba de un error. ¡Ése fue mi primer error! No obstante, la Verdad me susurró que estaba *mintiendo*, me salvó y me puso en el camino correcto. No sé cómo construir el paraíso, pues no consigo expresarlo con palabras. Después de mi sueño perdí las palabras. Al menos, las palabras esenciales, las más necesarias. Pero no importa: vagaré por el mundo y hablaré sin descanso, pues, al fin y al cabo, lo he visto con mis propios ojos, aunque no soy capaz de transmitirlo con palabras. Pero eso es precisamente lo que los bromistas no entienden: «Lo que ha visto es un sueño —dicen—, un delirio, una alucinación». ¡Ah! ¿Acaso es eso inteligente? ¡Y se sienten tan orgullosos de sí mismos! ¿Un sueño? ¿Y qué es un sueño? ¿Acaso nuestra vida no es un sueño? Y diré más: supongamos que esa aspiración no se cumpla nunca, que el paraíso nunca llegue a ser una realidad (¡entiendo muy bien que eso pueda suceder!); aun en ese caso, seguiría predicando. Y sin embargo, sería tan sencillo: ¡en un solo día, *en una sola hora*, todo podría arreglarse sin más! Lo esencial es amar a los semejantes como a uno mismo, eso es lo esencial; y en eso consiste todo, casi no se necesita nada más: en seguida encontraréis el modo de organizar todo lo demás. Y no obstante, no es más que una verdad antigua, que se ha repetido y leído millones de veces, pero que aún no ha conseguido arraigar. «La conciencia de la vida es superior a la vida; el conocimiento de las leyes de la felicidad, superior a la felicidad.» ¡Eso es contra lo que hay que luchar! Y yo lo haré. Bastaría con que todos quisieran y todo se arreglaría en un momento.

En cuanto a la niña pequeña, la he encontrado... ¡Y seguiré mi camino! ¡Sí, seguiré mi camino!

II

LA EXCARCELACIÓN DE LA ACUSADA KORNÍLOVA

El 22 de abril del presente año, en el tribunal provincial de esta ciudad, se procedió a revisar el proceso de la acusada Kornílova, con un tribunal y un jurado nuevos. El fallo anterior, pronunciado el año pasado, fue anulado por el Senado porque el informe pericial de los médicos se juzgo insuficiente. Es posible que la mayoría de

mis lectores se acuerde de ese caso. Una joven madrastra (que a la sazón era menor de edad), estando embarazada, en un ataque de rabia contra su marido, que siempre estaba poniéndole de ejemplo a su primera esposa, después de una violenta disputa, arrojó por la ventana de un cuarto piso (desde unos once metros de altura) a su hijastra de seis años, fruto del primer matrimonio de su marido, produciéndose algo que casi cabe calificar de milagroso: la criatura no se mató ni quedó lisiada ni sufrió lesiones de ningún tipo, y no tardó en recobrar el conocimiento. En estos momentos está viva y goza de buena salud. Ese acto bestial de la joven mujer estuvo acompañado de decisiones tan insensatas y misteriosas que uno no podía dejar de preguntarse si estaba en su sano juicio cuando cometió los hechos. ¿No se hallaría, por ejemplo, en un estado de trastorno transitorio causado por el embarazo? Cuando se despertó aquella mañana, después de que su marido ya se hubiese marchado al trabajo, dejó que la niña siguiera durmiendo; luego la vistió, la calzó y le sirvió el café. A continuación abrió la ventana y la empujó. Sin mirar siquiera hacia abajo, para ver lo que había sucedido con la niña, se vistió y se dirigió a la comisaría, donde informó de lo que había pasado y respondió a las preguntas de forma grosera y extraña. Cuando, al cabo de varias horas, le comunicaron que la pequeña estaba sana y salva, observó, sin expresar alegría ni pesar, con la mayor indiferencia y sangre fría, como sumida en sus pensamientos: «Tiene más vidas que un gato». Luego, durante el mes y medio siguiente, en las dos prisiones en las que estuvo detenida, siguió mostrándose sombría, grosera, reservada. Y de pronto esos rasgos desaparecieron como por ensalmo: durante los cuatro meses previos al alumbramiento, así como durante y después del primer proceso, la directora de la sección femenina de la cárcel no hacía más que elogiarla: había dado muestras de un carácter ecuánime, sereno, afable, abierto. No obstante, ya he descrito antes todo eso. En suma, la sentencia anterior ha sido revocada y el 22 de abril se pronunció un nuevo veredicto, que absolvía a Kornílova.

Me hallaba presente en la sala del tribunal, y saqué muchas impresiones. Lo único que lamento es la imposibilidad absoluta de transmitir las todas, viéndome obligado literalmente a pronunciar unas pocas palabras. Por lo demás, si me ocupo de este proceso es porque he escrito mucho sobre este caso con anterioridad y no considero superfluo informar a los lectores de su desenlace. La vista de la causa duró dos veces más tiempo que la anterior. La composición del jurado era particularmente significativa. Se llamó a un nuevo testigo, la directora de la sección femenina de la cárcel. Su deposición sobre el carácter de Kornílova fue de mucho peso y favoreció en gran medida la causa de la acusada. Muy notable fue también el testimonio del marido: se comportó con extraordinaria probidad y no ocultó nada, ni las discusiones, ni las ofensas que le había infligido, defendió a su mujer, y habló con la mano en el corazón, de forma sincera y franca. No es más que un campesino, aunque es cierto que viste como un alemán, lee libros y recibe un sueldo mensual de treinta rublos. También fue digna de mención la elección de los peritos. Se designó a seis personas,

todas ellas personalidades relevantes y reconocidas de la medicina; cinco de ellos prestaron declaración; tres manifestaron sin vacilación que, en el presente caso, la condición patológica propia del embarazo sin duda *pudo* influir en la comisión del delito. Sólo el doctor Florinski mostró su desacuerdo con esa opinión, pero, por fortuna, no es psiquiatra, de modo que no se concedió la menor importancia a su dictamen. El último en declarar fue nuestro conocido psiquiatra Diúkov, que estuvo hablando durante casi una hora, respondiendo a las preguntas del fiscal y del presidente del tribunal. Sería difícil imaginar una comprensión más sutil del alma humana y de sus estados patológicos. También llamaba la atención la riqueza y variedad de sus observaciones, acumuladas a lo largo de muchos años y llenas de interés. En cuanto a mí, escuché con verdadera admiración algunos de los comentarios de ese perito. Su dictamen fue plenamente favorable a la acusada: afirmó de manera *clara y terminante* que, en su opinión, cuando la acusada cometió su terrible delito, se encontraba sin duda bajo los efectos de un estado patológico.

El resultado fue que el propio fiscal, pese a su terrible discurso, retiró el cargo de premeditación, el más grave de todos. El abogado defensor, señor Liustig, también refutó con bastante habilidad algunos elementos de la acusación, desmontando por completo el principal —el pretendido odio que desde hacía tiempo la madrastra profesaba a la niña—, que quedó reducido a un mero chismorreo de comadres. Luego, después de una larga intervención del presidente del tribunal, los miembros del jurado se retiraron a deliberar y en menos de un cuarto de hora pronunciaron un veredicto absolutorio que motivó casi una explosión de júbilo entre el numeroso público. Muchos se santiguaban; otros se felicitaban mutuamente y se estrechaban la mano. El marido de la absuelta se la llevó a casa esa misma noche, a eso de las once, y ella, feliz, volvió a entrar en su hogar, después de casi un año de ausencia, con la impresión de la tremenda lección que había recibido, que no olvidará en su vida, y la conciencia de la intervención manifiesta de la mano de Dios en todo ese asunto, empezando por la milagrosa salvación de la niña.

CAPÍTULO PRIMERO

II

A PROPÓSITO DE LAS CARTAS ANÓNIMAS E INJURIOSAS

No he viajado al extranjero y en estos momentos me encuentro en la provincia de Kursk. Mi médico, al enterarse de que tenía la oportunidad de pasar el verano en el campo, y en una provincia como Kursk, me prescribió que tomara las aguas de Essentuki, añadiendo que su efecto sería mucho más beneficioso que las de Ems, a las que, según él, ya estoy acostumbrado. Considero un deber informar de que he recibido muchísimas cartas de mis lectores, que expresan su más sincera preocupación por mi enfermedad, anunciada por mí en estas mismas páginas. Y, en general, he de confesar que, desde que empecé a publicar el *Diario*, he recibido y sigo recibiendo muchas cartas, tanto firmadas como anónimas, en las que no sólo se me elogia, sino que se me apoya y se me anima en mi labor con tales muestras de simpatía que, lo digo con toda sinceridad, nunca creí merecer. Guardo esas cartas como un preciado tesoro... ¿acaso es empalagoso manifestarlo en letras de molde? ¿Está mal que valore y aprecie la atención general? Alguno dirá que estoy elogiándome y alabándome. Pues que lo diga, pero yo sé bien que no se trata de jactancia, sino de manifestar mi gratitud, mi sentimiento sincero; soy lo bastante mayor para comprender que estas manifestaciones mías van a irritar a ciertos señores. Pero esos señores, por lo que parece, no son muy numerosos. De los varios centenares de cartas que he recibido en los dieciocho meses que llevo publicando el *Diario*, al menos cien (y seguramente más) eran anónimas, pero de esas cien sólo dos eran manifiestamente hostiles. Los hay que no están de acuerdo con mis convicciones y exponen con abierta franqueza sus objeciones, pero siempre de manera seria y sincera, sin la menor alusión personal; lo único que lamento, tanto en lo que respecta a las cartas anónimas como a las firmadas, es la imposibilidad de responder a todas, dado su elevado número. Pero las dos cartas a las que me refiero constituyen una excepción, pues han sido escritas no para objetar, sino para injuriar. Son los señores que han redactado esas cartas los que se irritarán al leer mis manifestaciones de agradecimiento. La última en llegar se refiere precisamente al anuncio de mi enfermedad. Mi corresponsal anónimo se enfadaba de verdad: ¿cómo me atrevía a mencionar en letras de molde un asunto tan personal y privado como mi enfermedad? Y en su carta hacía una parodia bastante grosera e indecente de mi anuncio. No obstante, dejando a un lado el objeto principal de la carta —la injuria—, no pude

dejar de hacerme la siguiente pregunta: si, por ejemplo, debido a motivos de salud, me viera obligado a emprender un viaje para curarme y, en consecuencia, no pudiera publicar a su debido tiempo el número de mayo del *Diario*, y lo uniera al de junio; si me pareciera demasiado seco y sucinto, amén de algo desconsiderado —pues en cada número del *Diario* he anunciado siempre la fecha de publicación del número siguiente—, anunciar sin ninguna explicación que el número siguiente aparecería al mismo tiempo que el de junio, ¿por qué no revelar la causa de semejante irregularidad? ¿Acaso en mi anuncio entraba en tantos detalles sobre mi enfermedad? Todo eso, desde luego, son naderías; si se tratara de un hombre que se ha sentido profundamente herido en su sentido de las conveniencias literarias y sociales, nos encontraríamos ante un personaje curioso, aunque tal vez en parte probo, quizá ajeno a la literatura, pero animado de un desinteresado amor a ella, que arde, por decirlo así, en el loable fuego de la observancia al decoro literario; y, si bien hace gala de unas exigencias que rayan en lo puntilloso, no es menos cierto que las extrae de una fuente respetable y digna de interés; en consecuencia, aunque sólo fuera por delicadeza, no podría negar a esa carta anónima cierta clase de respeto. Pero las injurias lo han estropeado todo: es evidente que su única intención era insultarme. No cabe duda de que no vale la pena mencionar aquí esa cuestión, pero hace tiempo que quería dedicar un par de palabras a las cartas anónimas en general —me refiero, hablando en propiedad, a las cartas anónimas injuriosas— y me alegro de haber encontrado una ocasión oportuna.

El caso es que desde hace tiempo tengo la impresión de que nuestra época, tan inestable, tan transitoria, tan pródiga en cambios y tan incapaz de satisfacer a nadie (y así debe ser), debe alumbrar sin falta una gran cantidad de individuos que se sienten, por decirlo así, preteridos, olvidados, privados de cualquier atención, y que están llenos de rencor: «¿Por qué —se dicen— *ellos* están todas partes y yo en ninguna? ¿Por qué nadie repara en mí?». En ese estado de irritación personal y, por decirlo de algún modo, de sueños frustrados, ese señor es capaz, a veces, de coger una caja de cerillas y prender fuego a algo, hasta tal punto le mortifica ese sentimiento; es una reacción que entiendo muy bien y para juzgarla es menester armarse más de humanidad que de indignación. Pero encender una cerilla y prender fuego es una medida extrema, propia de un temperamento decidido y byroniano. Por suerte, los temperamentos menos resueltos disponen de salidas menos tremebundas. Una de esas salidas puede consistir simplemente en cometer alguna ruindad, en propalar una calumnia, un rumor o una mentira, o en enviar una carta anónima e injuriosa. En suma, hace tiempo que he empezado a sospechar, y sigo sospechando, que la nuestra debe ser una época de grandes reformas y acontecimientos —de eso no me cabe la menor duda—, pero al mismo tiempo una época en la que proliferan las cartas anónimas e injuriosas. En lo que respecta a la literatura, la cosa está muy clara: las cartas anónimas e injuriosas constituyen una parte integral, por decirlo de alguna manera, de la literatura rusa contemporánea y la acompañan en sus diversas

tendencias: ¿qué escritor o editor no las recibe? He recabado información en diversas redacciones y en una de ellas —precisamente en una que ha surgido de pronto, ha causado una impresión rápida y repentina y se ha ganado el favor del público, cosechando un éxito con el que los editores nunca contaron— uno de sus principales colaboradores me dijo que recibían tal cantidad de cartas anónimas e injuriosas que, una vez abiertas, ni siquiera se molestaban en leerlas. Quiso describirme en detalle el contenido de algunas de esas misivas, pero a las primeras palabras prorrumpió en una carcajada irrefrenable. Y así debe ser: nuestros inexpertos anónimos ni siquiera sospechan, por lo visto, que, cuanto más groseras son sus cartas, más inocentes e inofensivas resultan. Es un rasgo positivo: demuestra que nuestros escritores anónimos son fogosos, no saben contenerse y no comprenden que cuanto más cortés y digno es el tono de una carta anónima, más corrosiva resulta y mayor efecto produce. Por lo visto, ese jesuitismo no se ha desarrollado entre nosotros lo suficiente y no ha alcanzado su segunda fase *superior*, encontrándose todavía en sus inicios; en consecuencia, es fruto de un primer arrebato irrefrenable, no de una maldad premeditada y cultivada con tenacidad. No responde, por ejemplo, al concepto que uno tiene de la venganza española, con su estudiada contención y su disposición a afrontar grandes sacrificios con tal de alcanzar su objetivo. Nuestro ofensor anónimo está muy lejos de ser ese misterioso desconocido del drama de Lermontov *Mascarada*, un personaje colosal que, habiendo recibido un día una bofetada de cierto oficial, se retira durante treinta años al desierto para meditar en su venganza. No, en él sigue actuando nuestra naturaleza eslava, que todo lo que reclama es desahogarse cuanto antes y acabar de una vez (e incluso, a lo que parece, reconciliarse lo antes posible); convendréis conmigo en que todo eso, en cierto sentido, es una buena noticia, porque de algún modo respira lozanía, juventud, frescura, y alude a algo así como a la primavera de la vida, aunque, hay que reconocerlo, no deja de ser repugnante. Considero mi deber añadir una observación más: parece que nuestra joven generación, me refiero a sus representantes de menos edad, casi adolescentes, no escriben anónimos injuriosos. Recibo muchas cartas de jóvenes y todas están firmadas. Sólo carecen de firma las que expresan sentimientos demasiado amistosos. En cuanto a los jóvenes que discrepan de mí en algún punto, siempre firman sus misivas. (Hay indicios y señales que nos indican con toda claridad que un anónimo injurioso no procede de la generación joven, que no es obra de adolescentes.) Así pues, es evidente que nuestra juventud entiende que, en primer lugar, uno puede escribir una carta muy incisiva, pero que una firma añade un extraordinario valor a las razones expresadas, que el carácter de una carta de ese tipo mejora con la firma, que le confiere un elemento de franqueza, valor y decisión a la hora de afirmar y defender las convicciones propias, y que la dureza misma de las expresiones testimonia únicamente la pasión de las convicciones, no el afán de ofender. En definitiva, es evidente que el ofensor que no estampa su firma desea, ante todo, desahogarse con injurias de carretero, darse, por encima de todo, ese placer, que

no persigue ningún otro fin. Y aunque sabe que está cometiendo una villanía y que con ello se perjudica a sí mismo —es decir, mitiga el efecto de su carta—, no puede abstenerse de insultar. Ese rasgo —me refiero a esa urgencia— es digno de mención, pues predomina incluso en nuestros círculos intelectuales. Y que nadie se burle de mí cuando afirmo que ese rasgo *predomina* entre nosotros; estoy convencido de que no exagero y de que, en los tiempos que corren, nos encontramos, por decirlo de alguna manera, en ese preciso grado de desarrollo de nuestra sociedad. Adviertan ustedes, además, que es muy posible no escribir un anónimo injurioso en toda la vida y, no obstante, ser en el fondo del alma un ofensor anónimo; y esta última consideración también es significativa. Qué importa que en año y medio sólo haya recibido dos cartas injuriosas; lo único que demuestra ese dato es mi inocuidad y mi falta de notoriedad, así como la exigüidad de mi radio de acción, y pone de manifiesto, sobre todo, que sólo tengo que habérmelas con gente bien educada. Otras personalidades, más conspicuas que yo (y, en consecuencia, sólo por eso más susceptibles a la crítica) y, además, obligadas, por el carácter e índole de sus publicaciones, a moverse en un radio de acción mucho más amplio, reciben, en año y medio, no dos, sino tal vez doscientas cartas injuriosas. En definitiva, estoy convencido de que la civilización europea nos ha inculcado muy poco humanismo y de que, en nuestro país, el número de personas que desea escupir sus insultos cuanto antes y de manera inmediata, cada vez que algo les desagrade un poco, es tan elevado que aterra decirlo; y aún mayor es el número de quienes desean insultar impunemente, de forma anónima y segura, desde detrás de una puerta, posibilidad que ofrecen precisamente las cartas anónimas: no se puede dar una paliza a una carta, una carta no se ruboriza.

Antaño no existía entre nosotros el concepto europeo del honor; nuestros boyardos se insultaban e incluso se pegaban sin andarse con cumplidos, y una bofetada no se consideraba un atentado grave y definitivo al honor. En cambio, tenían su propia idea del honor, que no se parecía a la que se estilaba en Europa, pero que no era menos sagrada y menos importante; en aras de esa idea del honor un boyardo estaba dispuesto a sacrificar su hacienda, su posición en la corte e incluso el favor del zar. Pero, con el cambio de traje y la adopción de la espada europea, se introdujo en nuestro país el concepto europeo del honor, que durante dos siglos no se tomó en serio; el antiguo se olvidó y se despreció, mientras el nuevo se acogía con desconfianza y escepticismo. Lo adoptaron de manera maquinal, por decirlo de alguna manera, pero en el fondo de su alma se olvidaron de lo que era el honor, perdieron la necesidad íntima de esa exigencia; resulta terrible reconocerlo, pero es posible que sólo hubiera unas pocas excepciones.

En esos dos siglos de nuestro periodo europeo, que podría calificarse de edad de la espada, el honor y la conciencia —por extraño que pueda parecer— se conservaron mejor y de forma más íntegra en el seno del pueblo, al que apenas rozó esa edad de la espada de nuestra historia. Qué importa que nuestro pueblo pueda ser sucio, ignorante y bárbaro; qué importa que haya quien se burle de mi suposición sin la menor

indulgencia: la vida me ha enseñado que nuestro pueblo es incomparablemente más puro de corazón que nuestras clases superiores y que su intelecto no se ha desdoblado hasta el punto de admitir, junto a la idea más luminosa, su antítesis más repugnante, y eso sin apenas transición, como sucede a cada momento entre nuestras clases cultivadas, que se quedan con ambas ideas, sin saber cuál creer, a cuál dar la primacía en la práctica, y encima se refieren a ese estado de alma con expresiones tales como «riqueza de desarrollo» o «bienes de la cultura europea»; además, aunque se muere de aburrimiento y asco en medio de toda esa riqueza, no deja de burlarse con todas sus fuerzas de las gentes sencillas, aún no rozadas por una civilización extranjera, de la ingenuidad y el candor de sus creencias... Pero es un tema muy amplio. Me gustaría decir una sola cosa: hasta el representante más grosero de nuestro pueblo se avergonzaría de ciertas ideas e impulsos de algunos de nuestros «hombres superiores», estoy convencido de ello, y volvería la espalda asqueado ante la mayoría de los actos de nuestra clase intelectual. Estoy convencido de que no comprende, ni comprenderá en mucho tiempo, que es posible cometer a solas, detrás de las puertas, cuando nadie le ve a uno, auténticas vilezas, y considerarlas completamente permisibles y moralmente tolerables por la única razón de que no hay testigos y nadie nos ve; y sin embargo, es una práctica de lo más corriente entre nuestras clases cultivadas, que no causa el menor remordimiento de conciencia; más bien al contrario, produce una enorme satisfacción en la mente y las cualidades superiores de un espíritu elevado. Según la manera de pensar del pueblo, lo que es innoble en público lo es también en privado. No obstante, seguimos considerando al pueblo un conjunto de seres obscenos, degenerados, ignorantes y deslenguados, que sólo encuentran placer en la injuria. En ese sentido no estaría de más recordar una anécdota, tanto más cuanto que ha pasado mucho tiempo y las cosas han cambiado no poco. En la época de mi juventud, estaba muy extendida entre los militares la creencia de que el soldado ruso, como pertenecía al pueblo, era muy aficionado a las obscenidades, las injurias y las palabrotas; por eso, con la intención de hacerse populares, algunos oficiales, durante la instrucción, por ejemplo, se permitían proferir unas blasfemias tremendas, que pronunciaban con tal refinamiento y tales giros que los soldados literalmente se ruborizaban; luego, ya en el cuartel, procuraban olvidar las expresiones de sus superiores, y toda la compañía hacía callar a quien las recordaba. *Yo mismo he sido testigo de ese hecho.* Sin embargo, los oficiales se quedaban muy satisfechos de lo bien que habían sabido calar el espíritu del soldado ruso. Por lo demás, hasta Gógol, en su *Correspondencia con mis amigos*, aconseja a uno de ellos que, cuando se viera en la tesitura de reprender en público a un siervo de la gleba, recurriera sin falta a los términos más soeces, y hasta le indicaba cuáles; a saber: precisamente los más mordaces, los que implican, por decirlo de alguna manera, una obscenidad más moral que física, para que hubiera en el insulto el máximo de refinamiento. Algunos representantes del pueblo, por desgracia, emplean un lenguaje bastante obsceno, pero no todos, ni mucho menos, sino más bien un

número insignificante (¿me creerá alguien?); y lo más importante (hecho que no admite ninguna discusión), emplea un lenguaje blasfemo más bien maquinalmente que llevado de una suerte de refinamiento premeditado, más por costumbre que de manera deliberada; y en lo que respecta a este último caso, es decir, a la blasfemia deliberada, puede decirse que se da en muy pocos individuos, entre vagabundos, borrachos y demás morralla a la que el pueblo desprecia. El pueblo puede blasfemar por costumbre, pero sabe que es un hábito reprobable y lo condena. De manera que para apartar al pueblo de la blasfemia se requeriría, en mi opinión, una deshabituación mecánica, no una disuasión de índole moral. En general, esa idea según la cual a nuestro pueblo le gustan las blasfemias más zafias ha enraizado, me parece a mí, en nuestras capas ilustradas, sobre todo después de que consumaran totalmente su ruptura moral con el pueblo, que condujo, como es bien sabido, a esa incapacidad de las clases intelectuales —que observamos en nuestros días— para comprender al pueblo. Fue entonces cuando surgió toda clase de ideas falsas sobre nuestro pueblo. Podrán no creerme y no dar crédito a mi testimonio cuando afirmo que nuestro pueblo no se compone en absoluto de esos tipos deslenguados que la gente ha seguido imaginando y describiendo hasta la fecha, pero estoy convencido de que cuanto digo responde a la verdad. Las mismas esperanzas que pongo en nuestro pueblo albergo por nuestra generación joven. El pueblo y la joven generación de nuestra clase intelectual se unirán de pronto y en muchos sentidos se comprenderán mejor y tendrán una relación más estrecha de lo que vemos en nuestra época y en nuestra generación. Entre nuestros jóvenes se advierte mucha seriedad, sólo sería de desear que estuvieran mejor dirigidos. Y ya que estamos hablando de la juventud: hace poco un individuo muy joven me envió una carta con las objeciones más acerbas sobre cierta cuestión que no viene al caso, y al final de la carta, bastante mordaz (pero en absoluto descortés), firmaba *en toutes lettres*, añadiendo incluso su dirección. Yo le invité a que viniera a verme para aclarar las cosas. Se presentó y me dejó impresionado por la pasión y seriedad con que trataba el asunto. Nos pusimos de acuerdo en algún punto y se marchó muy pensativo. Señalaré también que, a mi parecer, nuestra joven generación sabe discutir mucho mejor que sus mayores, me refiero en concreto a su manera de discutir: escuchan y dejan hablar, y esa actitud se debe, precisamente, a que para ellos la dilucidación de la cuestión es más importante que el amor propio. Antes de marcharse, lamentó la rudeza de su carta, comportándose en todo momento con auténtica dignidad. Nuestra juventud carece de guías, ¡eso es lo que pasa! Y qué falta le hacen, cuántas veces sigue con entusiasmo a hombres que no lo merecen, a poco que sean sinceros. ¿Cómo debe ser ese guía —o esos guías— del futuro, quienquiera que pueda ser? ¿Nos deparará el destino de nuestra patria un hombre semejante? ¡He ahí la cuestión!

III

PLAN DE UN RELATO SATÍRICO BASADO EN LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aún no he terminado con los ofensores anónimos. Es el caso que un hombre así puede representar un tipo literario sumamente interesante para una novela o relato. Ante todo, se le puede y se le debe considerar desde otro punto de vista, desde el punto de vista social, humano, y conciliarlo con el carácter ruso en general y con los factores contemporáneos que han motivado la aparición de ese tipo en particular entre nosotros. En efecto, apenas os ponéis a trabajar en ese carácter, cuando os dais cuenta de que es inevitable que en nuestro país haya esa clase de gente o, mejor dicho, que en los tiempos que corren no podemos esperar otra cosa que tipos así, y que, si todavía son relativamente poco numerosos, ello se debe a la especial misericordia de Dios. En efecto, todas esas personas se han criado en las inestables familias de nuestro tiempo, con padres descontentos y escépticos, que no han transmitido a sus hijos más que indiferencia por todas las cuestiones esenciales y poco más que una inquietud indeterminada por cierto acontecimiento futuro, terriblemente fantástico, pero en el que creen incluso esos llamados realistas *de manual* y fríos detractores de nuestro presente. Y que además les han transmitido, ni que decir tiene, su impotente risa escéptica, apenas consciente, pero siempre plenamente satisfecha. ¿Cuántos niños han crecido, en los últimos veinte o veinticinco años, en medio de esos envidiosos repugnantes que han dilapidado sus últimos recursos y han dejado a sus hijos la pobreza y su bajeza como único legado? ¿Acaso ha habido pocas familias de ese tipo? Supongamos ahora que un joven encuentra un empleo. Carece de prestancia, «no tiene ingenio» ni relaciones de ningún tipo. Posee un talento natural que, por lo demás, a nadie le falta, pero como en su caso sólo le ha servido para entregarse a esa estéril actitud despectiva que en nuestro país se considera liberalismo desde hace veinticinco años, a nuestro héroe le entran en seguida ínfulas de genio. ¡Dios mío, cómo no va dar muestras de un amor propio ilimitado un hombre que ha crecido sin el menor apoyo moral! Al principio se pavonea de una manera terrible, pero a pesar de todo no carece de inteligencia (prefiero tomar como modelo a un hombre más inteligente que la media y no al revés, pues sólo en esos casos puede darse un hombre de ese tipo), no tarda en darse cuenta de que ese desprecio, después de todo, es algo negativo que no lleva a ninguna parte. Puede que satisficiera a su padre, porque no era más que un vejestorio, a pesar de su liberalismo, pero él, su hijo, es un genio, sólo que hasta ahora no ha tenido ocasión de demostrarlo. Ah, naturalmente, en su fuero interno está dispuesto a cometer la mayor vileza, «pues ¿por qué no se debe recurrir a la vileza para conseguir algo? Además, en los tiempos que corren, ¿quién puede demostrar que una vileza es una vileza?», etc. En suma, ha crecido en medio de esas cuestiones formularias. Pero no tarda en comprender que, ahora, hasta para sacar provecho de la vileza, es preciso hacer cola mucho tiempo;

además, incluso una persona como él es consciente de que entre la disposición amoral a cometer una vileza y el hecho mismo de cometerla hay un gran trecho, y de que antes de ponerse manos a la obra se requiere práctica. Ni que decir tiene que, si fuera un poco más tonto, se resignaría en un abrir y cerrar de ojos: «Al diablo con las aspiraciones elevadas; más vale ponerse bajo el ala de éste o aquél, seguir su estela con sumisión y tenacidad y... hacer carrera». Pero su amor propio y su convencimiento de que es un genio se lo impide durante mucho tiempo: ni siquiera con el pensamiento consigue compaginar el glorioso destino que concibe para sí con el de éste o aquél. «No, por ahora nos quedaremos en la oposición; y si me quieren, que vengan a buscarme de rodillas.» Y sigue esperando a que alguien venga de rodillas, rabia que te rabia, y entre tanto alguien a su lado sube un peldaño más en el escalafón, otro llega a su altura, un tercero se convierte en su jefe, ese mismo individuo al que, antaño, en los tiempos de la «escuela superior», le puso un apodo y le compuso un epigrama en verso, cuando publicaba un diario escolar manuscrito y pasaba por un genio. «¡No, esto ya es un insulto! ¿Por qué él y no yo? ¡Y no queda un puesto libre en ninguna parte! No —piensa—, aquí no puedo prosperar. ¿Qué sentido tiene trabajar en la administración? Mi porvenir está en la literatura», y empieza a enviar sus obras a las redacciones, al principio de *incógnito*, luego firmando con su nombre y apellidos. Ni que decir tiene que no le contestan; él se impacienta y se pone a llamar personalmente a la puerta de las redacciones. Y cuando le devuelven un manuscrito, se permite hasta gastar alguna broma y hacer chistes, lleno de bilis por dentro, aliviando de algún modo su corazón, aunque de poca ayuda le sirve. «No, está visto que todos los puestos están ocupados», se dice con una amarga sonrisa. Lo que más le atormenta es la fatal necesidad de encontrarse siempre y en todas partes con personas que valen menos que él. ¡Ah, nunca será capaz de entender que un hombre pueda alegrarse de que haya alguien mejor que él! Y es entonces cuando se le ocurre por primera vez la idea de enviar algún anónimo insultante a una de las redacciones que más le han ofendido. Lo escribe, lo envía, vuelve otra vez a la carga, y la cosa le gusta. Pero no obtiene ningún resultado y a su alrededor todo sigue como antes, sordo, mudo y ciego. «No, está claro que aquí no puedo prosperar», concluye de una vez por todas y toma, por fin, la resolución de «pegarse a alguien». Elige a un *personaje*, precisamente a su jefe, el director, decisión en la que quizá influyan la casualidad o sus insignificantes relaciones. Después de todo, el Poprischin^[82] de Gógol empezó a distinguirse aguzando plumas; gracias a esa habilidad fue convocado en el domicilio de su excelencia, donde vio a la hija del director y aguzó dos plumas para ella. Pero los tiempos de los Poprischin han pasado: las plumas ya no se afilan, y además nuestro héroe tenía que ser fiel a su carácter: no son plumas lo que tiene en la cabeza, sino los sueños más osados. Resumiendo, en poquísimos tiempo llega al convencimiento de que se ha ganado el corazón de la hija del director, de que ésta bebe los vientos por él. «Aquí sí que puedo prosperar —piensa—; además, ¿para qué sirven las mujeres si no es para permitir que los hombres inteligentes prosperen? A

eso se reduce, en el fondo, toda la cuestión femenina, si se la examina de manera realista. Y sobre todo, no hay por qué sentir vergüenza: ¿acaso escasean los hombres a quienes las mujeres han allanado el camino?» Pero... pero en ese momento, como en el caso de Poprischin, aparece un ayudante. Poprischin reacciona de acuerdo con su carácter: se vuelve loco de tanto soñar que es el rey de España. ¡Y era natural! ¿Qué otra cosa podía hacer el humillado Poprischin, sin relaciones, sin porvenir, sin audacia ni iniciativa de ningún tipo, y encima en el San Petersburgo de aquella época, aparte de entregarse a las fantasías más disparatadas y creer en su realidad? Pero nuestro Poprischin, el Poprischin de nuestro tiempo, por nada del mundo querrá creer que no es más que un trasunto del Poprischin original, una réplica suya, sólo que a treinta años de distancia. Su alma está llena de truenos y relámpagos, de desprecio y de sarcasmos, y acaba entregándose a otra fantasía, sólo que de un tipo distinto. Recuerda la existencia de las cartas anónimas, a las que ya ha recurrido una vez, y se arriesga a escribir una breve misiva, pero el destinatario ya no es un redactor de periódico, sino alguien más distinguido: siente que entra en una nueva fase práctica. Ah, cómo se encierra en su tabuco, ocultándose de la mirada de su patrona; cómo tiembla ante la idea de que alguien pueda verlo. Pero se pone a escribir una línea tras otra, desfigurando la letra, llena cuatro páginas de insultos y calumnias y las relee con fruición; después de pasar la noche ocupado en esa labor, al amanecer sella la carta y la dirige al ayudante que se ha prometido con la hija del director. Ha desfigurado la letra, así que no tiene nada que temer. A partir de entonces no hace más que contar las horas; ya ha debido llegar la carta, esa carta dirigida al novio en la que se habla de su prometida: está seguro de que renunciará a su mano y se asustará, pues no es una carta cualquiera, sino un *chef-d'oeuvre*. Nuestro joven amigo sabe perfectamente que es un canalla redomado, pero eso le alegra: «Estamos en la época del desdoblamiento mental y de la manga ancha; en los tiempos que corren con un pensamiento rectilíneo no se va a ninguna parte».

Naturalmente, la carta no produjo ningún efecto y la boda se celebró, pero, una vez dado el primer paso, nuestro héroe parece haber encontrado su carrera. Se diría subyugado por una suerte de espejismo, como Poprischin. Se entrega con pasión a esa nueva actividad: las cartas anónimas. Se informa de la vida de su jefe, se sume en consideraciones, vierte todo lo que ha ido acumulando en su interior a lo largo de esos años de servicio insatisfactorio, de amor propio herido, de bilis y de envidia. Critica todos los actos del general, lo ridiculiza de la forma más despiadada, y eso en varias cartas, en toda una serie de cartas. ¡Cuánto disfrutaba al principio! Los actos del general, su esposa, su amante, su estúpida manera de llevar el departamento: todo, todo lo describe en sus cartas. Poco a poco se aventura incluso a tratar cuestiones de estado; redacta una carta para el ministro en la que, sin andarse con ceremonias, le propone reformar Rusia. «Sí, el ministro sin duda se quedará impresionado, mi genio le sorprenderá, y la carta tal vez llegue... a ese personaje que... En suma, *courage, mon enfant*; y cuando se pongan a buscar al autor, me daré a conocer, sin el menor

empacho.» En definitiva, se emborracha con sus propias obras y no para de imaginar cómo los destinatarios abren sus cartas y las caras que ponen... En esa disposición de ánimo a veces se permite alguna travesura y a modo de broma escribe a los personajes más ridículos, sin desdeñar siquiera a cierto Yegor Yegórovich, su antiguo jefe de negociado, que estuvo a punto de volverse loco al recibir un anónimo en el que se decía que su mujer tenía una relación amorosa con el comisario de policía local (lo peor es que la mitad de la información podía ser cierta). Así pasó algún tiempo, pero... pero de pronto le asaltó una extraña idea; a saber: que él, Poprischin, no era más que Poprischin, el mismísimo Poprischin, pero un millón de veces más vil, y que todos esos pasquines escritos en su rincón, todo ese poder anónimo que se atribuía, en verdad era un mero espejismo, nada más, y además un espejismo de lo más repugnante, de lo más innoble y nauseabundo, peor incluso que esa locura de creerse rey de España. Y en ese preciso instante se produjo una circunstancia ya seria, no más o menos ignominiosa: «¿Qué es la ignominia? Una nadería; en los tiempos que corren sólo la temen los boticarios»; no, se trataba de algo real y verdaderamente terrible. Es el caso que, a pesar de su discernimiento, no fue capaz de contenerse y, en los tiempos en que estaba tan entusiasmado con su nueva carrera, precisamente después de haber enviado su carta al ministro, dejó escapar un comentario sobre sus misivas, ¿y ante quién? Ante esa alemana, su patrona. Es evidente que no se lo dijo todo, pues ella no lo habría comprendido; sólo alguna alusión, así como de pasada, porque se le desbordaba el corazón; pero cuál no sería su sorpresa cuando, un mes más tarde, un funcionario insignificante de otro departamento, que ocupaba una habitación apartada en casa de la misma patrona, un hombrecillo taciturno y rencoroso, se enfadó de pronto por algún motivo y le dio a entender, cuando se cruzaron en el pasillo, que él —es decir, ese funcionario insignificante— era un «hombre íntegro y no escribía cartas anónimas como ciertos señores». ¡Figúrense! Al principio no se asustó mucho; al contrario, después de sondearlo —condescendiendo, con ese fin, a una reconciliación más bien humillante—, pudo convencerse de que apenas sabía nada. Pero... ¿y si después de todo sabía algo? Además, hacía ya tiempo que en el departamento corrían rumores de que había alguien que enviaba cartas insultantes a las autoridades sirviéndose del correo local, y que tenía que ser sin falta alguien que trabajaba allí. El desdichado empieza a cavilar y hasta es incapaz de conciliar el sueño por la noche. En suma, puede uno imaginarse con particular nitidez su tormento interior, su desconfianza, sus meteduras de pata. Por último, adquiere casi la convicción plena de que todo el mundo conoce su secreto y de que, si no lo dicen, es porque esperan el momento oportuno; pero que su expulsión del servicio ya está decidida, que, naturalmente, no se contentarán con eso; en definitiva, está al borde de la locura. Y he aquí que un día, hallándose en la oficina, siente que su corazón se anega de un rencor casi ilimitado por todos y por todo: «Ah, gente despreciable y malvada —piensa—, ¡cómo se puede fingir de ese modo! Porque todos saben que soy yo; lo saben del primero al último; lo comentan en voz baja

cuando paso junto a ellos, conocen el documento que ya me tienen preparado en el despacho del director y... ¡se hacen los tontos! ¡Me lo ocultan todo! Quieren pasar un buen rato viendo cómo me echan... ¡Pero eso no sucederá! ¡No sucederá!». Y hete aquí que al cabo de una hora tiene que llevar casualmente un papel al despacho de su excelencia. Entra, deja respetuosamente el papel sobre el escritorio; el general está ocupado y no le presta atención; él se da media vuelta para marcharse sin hacer ruido, pone la mano en el pomo... pero de pronto, como si cayera al abismo, se arroja a los pies de su excelencia, cuando un segundo antes no tenía la menor intención de dar un paso semejante: «De todos modos estoy perdido. ¡Es mejor que lo confiese yo mismo!». «Hable bajo, excelencia; hable bajo, se lo ruego. Que no se entere nadie allí fuera; ¡voy a contárselo todo, todo, todo!», implora como un loco ante su atónito superior, al tiempo que le tiende ridículamente las manos. Y de pronto, de forma entrecortada e inconexa, temblando de pies a cabeza, lo confiesa todo de la forma más necia, dejando absolutamente estupefacto a su excelencia, que jamás había sospechado nada. Pero incluso en esa tesitura nuestro héroe se mantiene fiel a su carácter, pues ¿por qué se ha arrojado a los pies del general? Porque está enfermo, desde luego, porque le atormentan las sospechas, pero *sobre todo* porque —a pesar de su miedo, de su humillación y de su sentimiento de culpa— sigue figurándose, como un pobre idiota emborrachado de presunción, que su excelencia, después de escucharle, maravillado de su genio, por decirlo así, iba a abrirle los brazos, a tenderle esa mano que ha firmado tantos documentos útiles a la patria y a apretarlo contra su pecho. «¡A qué extremo has llegado —diría—, desdichado joven lleno de talento! ¡Ah, la culpa de todo es mía, mía, por no haber reparado en ti! Asumo toda la culpa. ¡Ah, Dios mío, qué cosas se ven obligados a hacer nuestros jóvenes de talento por culpa de nuestro viejo orden y nuestros viejos prejuicios! Pero ven aquí, déjame que te abrace; comparte conmigo mi puesto y... y reformaremos el departamento de arriba abajo.» Pero no fue eso lo que sucedió. Más tarde, mucho tiempo después, acosado por la humillación y el oprobio, al recordar el puntapié que el general le había propinado en plena cara, acusaba casi sinceramente al destino y a sus semejantes: «Una vez en la vida —se dirá— abrí mi corazón a los hombres, ¿y qué recibí a cambio?». Puede uno imaginarse un desenlace de lo más natural y moderno: por ejemplo, una vez expulsado del servicio, acepta contraer un matrimonio ficticio, por una cantidad de cien rublos, de suerte que después de la ceremonia él se irá por un lado y ella por otro, con su verdadero señor. «Y todos felices y contentos», como dice un comisario de Schedrin en un caso similar.

En definitiva, me parece que el tipo del ofensor anónimo constituye un tema bastante bueno para un relato. Y serio. Desde luego, se necesitaría a un Gógol, pero... me alegro de haber concebido al menos la idea. Quizá alguna vez me decida a tratarla en una novela.

CAPÍTULO PRIMERO

I

UNA CONVERSACIÓN CON UN CONOCIDO DE MOSCÚ. COMENTARIO SOBRE UN LIBRO NUEVO.

Después de publicar en San Petersburgo, con retraso, el número de mayo-junio de mi *Diario*, regresé a la provincia de Kursk y, al pasar por Moscú, tuve ocasión de hablar de esto y aquello con uno de mis antiguos conocidos moscovitas, un hombre al que veo rara vez, pero por el que siento una profunda estima. No voy a reproducir íntegro el diálogo, aunque me enteré de aspectos harto curiosos, que jamás habría sospechado, de diversas cuestiones de actualidad. Pero, al despedirme de mi interlocutor, le mencioné entre otras cosas que, aprovechando la ocasión, quería dar un pequeño rodeo, desviándome unas ciento cincuenta verstas de Moscú, para visitar el lugar en el que había pasado mi primera infancia y mi adolescencia, una aldea que pertenecía entonces a mis padres, pero que desde hacía tiempo era propiedad de un familiar. No había estado allí en cuarenta años; varias veces había querido emprender ese viaje, pero nunca lo había conseguido, a pesar de que esa pequeña e insignificante localidad había dejado en mi alma una huella honda y poderosa que había perdurado toda la vida y de que cualquiera de sus rincones rebosaba de recuerdos muy caros a mi corazón.

—De modo que hay recuerdos y lugares por los que siente usted predilección; a todos nos pasa lo mismo. Sería curioso averiguar qué preciados recuerdos tienen, si es que tienen alguno, los jóvenes de hoy, los niños y los adolescentes. Sobre todo, ¿cuáles serán? ¿De qué tipo?

Que los niños de hoy también tienen recuerdos sagrados no ofrece ninguna duda, pues de lo contrario se habría secado la vida viva. El hombre no podría vivir sin ese algo sagrado y precioso que le aportan los recuerdos de infancia. Por lo visto, hay quienes no piensan en ello, pero de todos modos conservan esos recuerdos de manera inconsciente. Puede tratarse incluso de recuerdos penosos y amargos, pero hasta los sufrimientos vividos se transforman después en algo sagrado para el alma. El hombre, en general, está hecho de tal manera que ama los sufrimientos que ha padecido. Además, la necesidad le lleva a marcar mojones en su pasado que le permitan orientarse más tarde en la vida y sacar conclusiones de conjunto, con miras al buen orden y edificación personal. En ese sentido, los recuerdos más intensos e influyentes son casi siempre los que se conservan de la infancia. Por eso no cabe duda de que los

niños de hoy guardarán a lo largo de su vida recuerdos e impresiones, y quizá muy fuertes y sagrados. Pero en qué consisten en concreto esos recuerdos, qué es lo que guardarán a lo largo de su vida, cómo se forma en ellos ese preciado bagaje: he ahí, sin duda, una serie de cuestiones serias e interesantes. Si fuera posible, al menos en parte, adelantar alguna respuesta, podríamos disipar muchas inquietantes dudas del momento y quizá mucha gente concibiera una fe jubilosa en la juventud rusa; sobre todo, podríamos tener algún barrunto de nuestro futuro, del futuro tan enigmático de nuestro país. Lo malo es que nunca ha habido en nuestra historia una época que proporcione menos datos que la nuestra para predecir y adivinar nuestro futuro siempre enigmático. Y la familia rusa nunca ha estado tan quebrantada, desintegrada, desarraigada y desfigurada como ahora. ¿Dónde encontrar ahora una *Infancia* y una *Adolescencia* que pudieran recrearse en un relato tan armonioso y detallado como, por ejemplo, aquel en el que el conde Lev Tolstói describió *su época* y a su familia o como *Guerra y paz*, del mismo autor? Esos poemas *ya no son más que cuadros históricos de un pasado lejano*. Ah, no pretendo decir en absoluto que sean unos cuadros encantadores; por nada del mundo querría que se repitieran en nuestra época: no es eso de lo que estoy hablando. Sólo me refiero a su *carácter*, a lo acabado, preciso y definido de su carácter, cualidades que permitieron un retrato tan claro y minucioso de una época como el de los dos poemas del conde Tolstói. En la actualidad no hay nada de eso, ni definición ni claridad. La familia rusa contemporánea se transforma cada vez más en una familia *casual*. Sí, en una *familia casual*: ésa es la definición de la familia rusa contemporánea. Es como si de pronto, incluso súbitamente, hubiera perdido su antigua fisonomía, y la nueva... ¿será capaz de crearse un nuevo rostro, que responda a sus deseos y satisfaga las exigencias del alma rusa? Hay hasta personas muy serias que afirman sin ambages que la familia rusa ya «no existe». Naturalmente sólo se refieren a la familia rusa de la clase intelectual, es decir, de las capas superiores, no del pueblo. Pero ¿acaso en la actualidad esa familia del pueblo no constituye también un problema?

—Lo que no admite dudas —me dijo mi interlocutor— es que en muy poco tiempo en el seno del pueblo surgirán nuevas cuestiones; de hecho ya han surgido: un conjunto, una batería terrible de cuestiones nuevas, inéditas, que no se habían planteado hasta ahora, y todo ello con la mayor naturalidad. Pero ¿quién responderá a esas cuestiones del pueblo? ¿Quién de nosotros está preparado para contestarlas? ¿Quién será el primero en hacerlo? ¿Quién aguarda y se prepara para ese momento? He ahí el problema, nuestro problema, que reviste la mayor importancia.

Claro que reviste la mayor importancia. Un cambio tan brusco en nuestra vida como la reforma del 19 de febrero^[83], así como todas las reformas posteriores, y, sobre todo, la instrucción elemental (aunque sólo se trate del más leve contacto con ella), todas esas circunstancias, sin duda, engendran y han engendrado ya cuestiones que posteriormente se precisarán, se combinarán y adquirirán consistencia; y en verdad, ¿quién responderá a esas cuestiones? ¿Quién está más cerca del pueblo? ¿El

clero? Pero hace ya mucho tiempo que nuestro clero no responde a las cuestiones del pueblo. Exceptuando a algunos sacerdotes aún inflamados de fervor por Cristo, que suelen pasar desapercibidos y no salir del anonimato, precisamente porque no buscan nada para sí mismos y viven sólo para sus feligreses, exceptuando a esos que, ay, por lo que parece, son muy poco numerosos, los demás, si se les presiona demasiado para que proporcionen alguna respuesta, pueden acabar denunciando a quienes preguntan. Otros alejan tanto a los feligreses mediante exacciones desproporcionadas que nadie irá a preguntarles nada. Sobre ese tema podrían añadirse muchas cosas, pero lo dejaremos para más adelante. Otro de los que está cerca del pueblo es el maestro de escuela. Pero ¿para qué valen y para qué están preparados nuestros maestros de escuela? ¿Qué ha representado hasta la fecha esa corporación, nueva y apenas incipiente, pero que tan importante papel está llamada a desempeñar en el futuro, y a qué está en condiciones de responder? A eso es mejor no contestar. Así pues, sólo quedan respuestas azarosas, pronunciadas por transeúntes, vagabundos y, en fin, por antiguos propietarios (a la autoridades, por supuesto, ni las menciono) en las ciudades, en las paradas de postas, en las estaciones de ferrocarril, en las calles, en los mercados. Ah, sin duda habrá multitud de respuestas, probablemente más que preguntas... respuestas buenas y malas, estúpidas y sabias, pero su carácter principal será, por lo que parece, que cada una de ellas engendrará tres nuevas preguntas, y así sucesivamente *in crescendo*. El resultado será el caos, pero ese caos no será malo del todo: las soluciones prematuras de los problemas son peores que el caos.

—Y sobre todo, más vale no hablar de esa cuestión. Lo soportarán.

Claro que lo soportarán, y lo soportarán sin nosotros, con o sin personas que proporcionen respuestas. Rusia es poderosa y ha soportado cosas peores. Un país con esa misión, esos objetivos y esas dimensiones no se apartará así como así de su camino secular. Cualquiera que crea en Rusia sabe que hará frente a *todo* con decisión, incluso a las preguntas, y que, en esencia, seguirá siendo la misma Rusia sagrada de siempre; no importa que su fisonomía cambie: no hay nada que temer en esas transformaciones ni razones para demorar o posponer las cuestiones: quien crea en Rusia hasta se avergonzará de semejante actitud. Su misión es tan alta y tan claro el presentimiento interior que tiene de esa misión (sobre todo ahora, en nuestra época, en especial en el momento presente) que cualquiera que crea en esa misión debe estar por encima de todas las dudas y temores. «Aquí están la paciencia y la fe de los santos», como dicen las Sagradas Escrituras.

Aquella mañana acababa de ver, por primera vez, el anuncio en los periódicos de la publicación en volumen independiente de la octava y última parte de *Anna Karénina*, que había sido rechazada por la redacción de *El Mensajero Ruso*, donde había aparecido toda la novela, desde la primera parte. De todos era sabido que esa octava y última parte había sido rechazada por discrepancias con la línea editorial de la revista y las convicciones de los redactores, y, más en concreto, por la opinión que el autor tiene de la cuestión de Oriente y de la guerra del año pasado. Decidí comprar

el libro sin perder un instante y, al despedirme de mi interlocutor, le hice una pregunta al respecto, pues sabía que conocía desde hacía tiempo su contenido. Él se echó a reír.

—¡Es la cosa más inocente que pueda imaginarse! —respondió—. Realmente no puedo entender por qué *El Mensajero Ruso* no ha querido publicarla. Sobre todo teniendo en cuenta que el autor les había autorizado a expresar todas las reservas y añadir todas las notas que consideraran pertinentes, en caso de no estar de acuerdo con él. Así que podrían haber incluido una aclaración en la que se dijera que, según ellos, el autor...

No obstante, no voy a reproducir aquí el contenido de esa aclaración propuesta por mi interlocutor, tanto más cuanto que al formularla seguía riéndose. Pero al final añadió, ya en serio:

—El autor de *Anna Karénina*, a pesar de su inmenso talento literario, es uno de esos espíritus rusos que sólo ven con claridad lo que tienen delante de los ojos y que, por tanto, inciden en ese punto. Por lo visto, son incapaces de girar la cabeza a derecha o izquierda para averiguar lo que sucede a su lado: para ello tendrían que volver todo el cuerpo, toda su masa. Cuando así lo hacen, puede que empiecen a decir exactamente lo contrario de lo que decían antes, pero en uno y otro caso son siempre absolutamente sinceros. Ese cambio puede no producirse, pero también puede verificarse al cabo de un mes, y entonces el respetable autor clamará con la misma pasión que hay que enviar voluntarios y hacer hilas, y dirá todo lo que nosotros decimos...

Compré el libro, lo leí y no lo encontré tan «inocente». Y como, a pesar de mi repugnancia a meterme en críticas de obras y autores contemporáneos, he decidido hablar sin falta de ese tema en mi *Diario* (puede que incluso en este mismo número), he juzgado que no era superfluo incluir aquí mi conversación con ese amigo, al que pido disculpas por mi indiscreción...

II

HAMBRE DE RUMORES Y DE «LAS NOTICIAS QUE NOS OCULTAN». LA EXPRESIÓN «LO QUE NOS OCULTAN» PUEDE TENER FUTURO, DE MODO QUE HAY QUE TOMAR ALGUNAS MEDIDAS PREVENTIVAS. UNAS PALABRAS MÁS SOBRE LA FAMILIA CASUAL.

Esos «lugares de mi infancia» que me disponía a visitar distan de Moscú ciento cincuenta verstas, de las cuales ciento cuarenta pueden hacerse en ferrocarril; pero para cubrir esa distancia necesité casi diez horas, pues las paradas y los transbordos son constantes; además, en una estación tuvimos que esperar tres horas para cambiar de tren. Y todo eso acompañado de las incomodidades de los ferrocarriles rusos, de la actitud desconsiderada y casi altanera hacia vosotros y vuestras necesidades de los controladores y las «autoridades». Todo el mundo conoce desde hace tiempo el lema

de los ferrocarriles rusos: «El ferrocarril no se ha hecho para los pasajeros, sino los pasajeros para el ferrocarril». No hay empleado del ferrocarril, desde el revisor hasta el director, que dude de ese axioma y no os contemple con una sorpresa burlona cuando afirmáis en su presencia que el ferrocarril se ha hecho para los pasajeros. Y lo más importante, no os escuchará.

A propósito, este verano he recorrido por lo menos cuatro mil verstas, y lo que más me ha impresionado ha sido el pueblo; en todas partes el pueblo hablaba de la guerra. El interés y la ardiente curiosidad con que el pueblo sencillo preguntaba por la guerra y escuchaba las novedades no admite parangón. En algunos vagones hasta tuve ocasión de ver a varios mujiks leyendo el periódico, la mayoría de las veces en voz alta. Me tocó sentarme entre ellos: un comerciante os mira primero con atención y a continuación, sobre todo si os ve con un periódico en la mano o en el regazo, se informa al punto, con la mayor cortesía: «¿De dónde viene usted?». Y cuando le respondéis que de Moscú o de San Petersburgo (o lo que le parece aún más interesante, del sur, de Odessa, por ejemplo), no deja de preguntar: «¿Qué se dice de la guerra?». Luego, a poco que os ganéis su confianza con vuestra respuesta o con vuestra disposición a responder, abandona esa expresión de curiosidad, adopta otra de misterio, y, con la misma prudencia de antes, se acerca a vosotros y os pregunta, bajando la voz: «Pero ¿es que no sucede nada de particular?», es decir, algo más particular de lo que cuentan los periódicos, algo «que nos ocultan». En ese sentido me gustaría añadir que entre el pueblo apenas se advierte ningún descontento contra el gobierno por haber declarado la guerra, ni siquiera entre los individuos más malévolos; claro que hay malevolencia, pero de una clase especial: por ejemplo, durante una parada, sales al andén y de pronto oyes: «Hemos sufrido diecisiete mil bajas. ¡Acaba de llegar un telegrama!». Miras a tu alrededor y adviertes que quien habla de ese modo es un jovenzuelo cuyo rostro expresa una especie de embriaguez maligna, y no porque se alegre de la muerte de diecisiete mil de los nuestros, nada de eso; se trata de otra cosa: es como si un incendio hubiera arrasado con sus llamas todas las pertenencias de un hombre: su isba, su dinero, su ganado. «Miradme, hermanos ortodoxos, lo he perdido todo. Visto harapos y me he quedado solo en el mundo.» En esos momentos la cara de ese hombre también expresa cierto regocijo, causado por esa embriaguez maligna. Pero en lo que respecta a los «diecisiete mil muertos», había también otra cosa: «Ese telegrama existe, sólo que no lo dan a conocer; lo ocultan, no lo sacan a la luz... pero yo lo he visto, lo he leído...», eso es lo que se sobreentiende. No pude contenerme y, sin pensármelo dos veces, me acerqué al grupo y dije que todo eso eran disparates, rumores estúpidos, que no podían haber matado a diecisiete mil de los nuestros, que todo iba bien. El jovenzuelo (que tenía aspecto de comerciante, aunque probablemente era un mujik) se turbó un poco, pero no mucho: «Somos gente ignorante y lo que decimos no nos lo hemos inventado; nos limitamos a repetir lo que hemos oído». La muchedumbre no tardó en dispersarse, pues en ese momento sonó el timbre. La escena se me antoja curiosa

porque sucedió el 19 de julio, a eso de las cinco de la tarde. La víspera, el 18, se produjo la batalla de Plevna. ¿Cómo podía alguien, y mucho menos en medio de un viaje en tren, haber recibido ya un telegrama? Desde luego, se trata de una mera coincidencia. No creo, de todos modos, que ese muchacho fuera el difusor e inventor de ese rumor falso; lo más probable es que se lo oyera a alguna otra persona. No hay que olvidar que los fabricantes de rumores falsos, y naturalmente de rumores malintencionados referentes a derrotas y desgracias, se han multiplicado en Rusia este verano y que, sin duda, perseguían fines muy distintos que la simple propalación de infundios.

Dado el apasionado espíritu patriótico del pueblo en esta guerra; dada la *conciencia* del significado y los objetivos de esta guerra, de la que nuestro pueblo ha dado muestras desde el año pasado; dada la fervorosa y devota fe del pueblo en su zar... todos esos retrasos y esos secretismos en torno a las noticias que llegan del teatro de las operaciones no sólo no son beneficiosos, sino claramente perjudiciales. Desde luego, nadie puede exigir ni desear que se hagan públicos los planes estratégicos, los efectivos con que cuentan las tropas antes de entrar en combate, los secretos militares y demás, pero hay noticias que aparecen antes en los periódicos de Viena que en los nuestros; esas informaciones, al menos, deberían saberse antes aquí^[84].

Sentado en un banco de la estación, donde tuve que aguardar tres horas para cambiar de tren, me sentía en una pésima disposición de ánimo y todo me irritaba. Como no tenía nada que hacer, se me ocurrió averiguar a qué se debía mi mal humor: ¿obedecía sólo a razones de índole general, o concurrían también otras más ocasionales e inmediatas? No tuve que reflexionar mucho rato, pues de pronto di con la causa y me eché a reír. Todo se reducía a un encuentro que había tenido poco antes en el vagón, dos estaciones más atrás. En el compartimento entró de pronto un *gentleman*, un auténtico *gentleman*, muy parecido a esos *gentlemen* rusos que deambulan por el extranjero. Le acompañaba su hijo, un chico de unos ocho años como mucho, quizá menos. El chico iba muy bien vestido; llevaba un traje de niño a la última moda europea, una chaqueta deslumbrante, zapatos elegantes y ropa interior de batista. Era evidente que el padre se desvivía por él. De pronto el niño, que acababa de sentarse, le dijo a su padre: «Papá, dame un cigarrillo». Entonces el padre se llevó la mano al bolsillo, sacó una pitillera de nácar, tomó dos cigarrillos —uno para él y otro para el niño— y ambos se pusieron a fumar como si tal cosa, revelando con ello que se trataba de una vieja costumbre. El *gentleman* se sumió en no sé qué cavilaciones, mientras el niño miraba por la ventanilla del vagón, al tiempo que daba chupadas a su cigarro. Se lo acabó en un abrir y cerrar de ojos y, no había pasado un cuarto de hora, cuando ya estaba diciéndole del nuevo al padre: «Papá, dame un cigarrillo», y otra vez los dos se pusieron a fumar; en el lapso de dos paradas, que fue el tiempo que pasé con ellos en el mismo compartimento, el chico se fumó al menos cuatro cigarrillos. Jamás había visto nada semejante y estaba muy sorprendido. El

frágil y débil pecho de un niño tan pequeño, que aún no ha acabado de formarse, se ha acostumbrado ya a semejante horror. ¿Qué puede explicar un hábito tan anormalmente precoz? Sin duda, el ejemplo del padre: los niños son muy dados a la imitación. Pero ¿cómo puede permitir un padre que su hijo se envenene de ese modo? Tisis, catarros de las vías respiratorias, cavernas en los pulmones: eso es lo que irremediablemente le espera al desdichado niño; desde luego, las posibilidades son de nueve sobre diez, como nadie ignora. ¡Y es el propio padre quien estimula en su hijo ese hábito anormalmente precoz! No consigo imaginar qué es lo que quería demostrar con eso aquel *gentleman*: ¿que desprecia los prejuicios? ¿Que es partidario de esa nueva idea de que todas las prohibiciones de antaño son estúpidas y de que, por el contrario, todo está permitido? No logro entenderlo. Ese caso sigue pareciéndome inexplicable, casi quimérico. Nunca en la vida me había encontrado con un padre semejante y, probablemente, esa experiencia no se repetirá. ¡Con qué padres tan sorprendentes se topa uno en los tiempos que corren! Por lo demás, en seguida dejé de reírme. Sólo me había reído por la prontitud con que había averiguado la causa de mi mal humor. En ese punto, aunque no guardaba ninguna relación directa con el presente episodio, me acordé de la conversación de la víspera con mi amigo de Moscú, en la que nos ocupamos de los recuerdos preciosos y sagrados de su infancia que los niños de hoy día podían conservar a lo largo de su vida; y entonces me vinieron a la memoria mis disquisiciones sobre el *carácter fortuito* de la familia moderna... y de nuevo me sumé en consideraciones bastante desagradables...

Habrá quien se pregunte qué es eso del *carácter fortuito* y a qué me refiero con esa expresión. Ahí va la respuesta: el carácter fortuito de la familia rusa moderna consiste, a mi juicio, en que los padres de hoy día carecen de cualquier idea común relativa a la familia: no tienen ninguna idea común en la que creer, que les sirva de vínculo y que puedan transmitir a sus hijos, inculcándoles esa fe para el resto de sus vidas. Advertid que esa idea, esa fe, hasta podría ser errónea, de suerte que los niños mejores la rechazasen más tarde, o al menos la mejoraran para sus propios hijos; pero, a pesar de todo, la mera presencia de esa idea común, que une a la sociedad y a la familia, constituye ya un principio de orden; me refiero a un orden moral, sometido, no cabe duda, a cambios, progresos y modificaciones, pero orden al fin y al cabo. Mientras que en nuestra época no hay ningún orden de ese tipo, porque no hay nada común, nada que una, nada en lo que los padres puedan creer; en lugar de eso, tenemos, en primer lugar, una negación global y general de lo anterior (pero sólo la negación, sin nada positivo); en segundo, un intento de decir algo positivo, pero no general ni capaz de servir de vínculo; simplemente cada uno trata de expresar su propia idea; son, por tanto, intentos individuales y aislados, sin experiencia, sin práctica, en los que ni siquiera sus autores tienen una fe plena. Esos intentos a veces parten de un principio magnífico, pero no son sostenidos ni exhaustivos, y en ocasiones resultan absolutamente extravagantes, como los que propugnan la permisión en bloque de todo lo que antes estaba prohibido, fundándose en el

principio de que todo lo viejo es estúpido, y eso llevado hasta los extremos más absurdos, como, por ejemplo, permitir que un niño de siete años fume. Por último, en tercer lugar, nos encontramos con una actitud perezosa de los padres, que se muestran indolentes, apáticos y egoístas. «Bueno, que sea lo que sea, ¿para qué vamos a preocuparnos? Los chicos harán lo mismo que todos; de algún modo se las arreglarán. Bastantes quebraderos de cabeza nos dan. ¡Cuánto mejor estaríamos sin ellos!» Y el resultado es el desorden, la disgregación, el *carácter casual* de la familia rusa; casi no nos queda otra esperanza que confiar en Dios: «¡Ojalá nos envíe alguna idea general que nos permita volver a unirnos!».

Semejante orden de cosas engendra, sin duda, desesperanza, que a su vez alimenta la indolencia, mientras en los individuos apasionados estimula una desidia cínica y maligna. Pero incluso ahora hay muchos padres que no son indolentes, sino, por el contrario, muy solícitos. La mayoría de ellos tiene ideas. Uno, habiendo oído algunas cosas que, admitámoslo, no son nada estúpidas y habiendo leído dos o tres libros inteligentes, saca de pronto la conclusión de que la cuestión de la educación y de sus deberes hacia la familia se reduce al bistec: «Un bistec muy poco hecho y se acabó, como dice Liebig», etc. Otro, un hombre honorabilísimo que en sus tiempos hasta brilló por su ingenio, ha despedido ya a tres niñeras: «No se puede con esas bribonas. Se lo había prohibido terminantemente, pero ayer entré de pronto en la habitación de los niños e imaginaos lo que oigo: estaba acostando en la cuna a Lízochka y al mismo le enseñaba el Avemaría y la santiguaba: “Señor, ten piedad de papá y de mamá...”. ¡Y eso que se lo tenía terminantemente prohibido! He decidido contratar a una inglesa, pero ¿irán mejor las cosas con ella?». Un tercero busca una amante para su hijo, que apenas tiene quince años. «Si no, saben, se aficionará a esos terribles hábitos infantiles, o se irá por las calles y contraerá alguna enfermedad desagradable... No, más vale tomar medidas por adelantado...» Un cuarto inicia a su hijo de diecisiete años en las «ideas» más avanzadas y éste, con la mayor naturalidad (pues ¿qué puede esperarse de ciertos conocimientos cuando se adquieren antes de vivir y de adquirir experiencia?), reduce esos conceptos avanzados (a menudo muy respetables) al siguiente enunciado: «Puesto que no hay nada sagrado, se puede cometer cualquier abominación». Admitamos que en estos casos se trata de padres vehementes, pero ¿en cuántos de ellos esa vehemencia está justificada por algún motivo serio, por algún pensamiento, por algún sufrimiento? ¿Hay muchos padres así en nuestro país? En la mayor parte de los casos no se trata más que de repetir ideas liberales ajenas, y lo que el hijo conserva a lo largo de su vida, amén de todo lo demás, es el recuerdo ridículo de su padre, su imagen grotesca.

Pero esos padres «solícitos» no son muy numerosos; los indolentes son muchísimo más habituales. Cuando una sociedad atraviesa un momento de transición y disgregación, surgen la indolencia y la apatía, porque en esa coyuntura son pocos los que pueden ver con claridad el camino y no se extravían. La mayoría de la gente se embarulla, pierde el hilo y acaba desistiendo: «¡Al diablo con todo! ¡De qué

obligaciones estamos hablando, cuando no hay nadie que sea capaz de decir algo sensato! Bastante tengo con vivir como buenamente puedo, para que encima me salgan con eso de los deberes». Y esos indolentes, si disponen de medios, cumplen con todo *como es debido*: llevan a sus hijos bien vestidos, les dan bien de comer, contratan institutrices y más tarde preceptores; sus hijos pueden acabar ingresando en la universidad... pero no han tenido un padre ni una familia; y los jóvenes entran en la vida completamente solos, sin que su corazón haya vivido, sin que se haya ligado de algún modo a su pasado, a su familia, a su infancia. Y eso no es todo: cuanto se ha dicho sólo es válido para los ricos, para los que no carecen de nada, pero ¿hay muchos así? La mayoría, la inmensa mayoría, son pobres; en tales casos, si el padre no se ocupa de la familia, el destino de los niños depende casi por entero del azar. La miseria y las preocupaciones de los padres se graban en su corazón desde la infancia, en forma de cuadros sombríos y recuerdos a veces de la naturaleza más siniestra. Hasta en la vejez los hijos se acordarán de la cobardía de sus padres, de las disputas en el seno de la familia, de las peleas, de las recriminaciones, de los reproches amargos e incluso de las maldiciones proferidas contra ellos, bocas superfluas, y, lo que es peor todavía, a veces se acordarán de la indignidad de su padre, de las vilezas cometidas para conseguir un empleo o algo de dinero, de las infames intrigas o de su abyecto servilismo. Y durante mucho tiempo, quizá durante toda su vida, ese hombre tenderá a culpar ciegamente a las personas que pueblan su pasado, pues no ha guardado ningún recuerdo de su infancia que pueda atenuar ese cieno de sus evocaciones, nada que le permita dirigir una mirada justa, objetiva y, en consecuencia, *absolutoria* a esas personas remotas y lejanas, junto a las que pasó tan tristemente sus primeros años. Y eso en el mejor de los casos, pues la mayoría de esos niños no sólo llevan consigo toda la vida el fango de los *recuerdos*, sino que se aprovisionan deliberadamente de ese fango, se llenan los bolsillos de él antes de ponerse en camino, para poder utilizarlo después en la vida, y ya no rechinando los dientes de dolor, como sus padres, sino con la mayor despreocupación: «Todos chapotean en el fango; sólo los soñadores se desviven por los ideales; se está mejor en el fango».

«Pero ¿qué quiere usted? ¿Qué recuerdos deberían extraer de la infancia para estar en condiciones de limpiar el fango de sus familias y poder dirigir a sus padres una mirada *absolutoria*, como dice usted?» A eso sólo puedo responder lo siguiente: «¿Qué puedo decir yo solo, cuando la sociedad entera carece de respuestas?». Como ya he dicho, los padres actuales no tienen nada en común, nada que les una. No tienen ninguna gran idea (la han perdido), en sus corazones no late ninguna fe ciega en esa idea. Pero sólo una fe ciega de ese tipo es capaz de engendrar *elementos hermosos* en los recuerdos de los niños, y eso a pesar de las terribles condiciones de su infancia, de la pobreza e incluso de todo el fango moral que los ha rodeado desde la cuna. Ah, hay casos en que incluso el padre más degenerado, si conserva en el alma aunque sea una imagen precaria de alguna gran idea anterior y de su fe ciega en ella, puede sembrar

en las almas receptivas y ansiosas de sus desdichados hijos la semilla de esa gran idea y de ese sentimiento sublime, y más tarde sus hijos le perdonarán de todo corazón, atendiendo sólo a esa buena acción, sin tener en cuenta todo lo demás. Sin algún vestigio de algo positivo y bello el hombre no puede salir de la infancia y entrar en la vida; sin algún vestigio de algo positivo y bello no se puede poner a una generación en el camino de la vida. Mirad a vuestro alrededor: ¿acaso los padres de hoy, los fervientes y solícitos, no creen en esas cosas? Ah, creen plenamente que es imposible educar a una generación y ponerla en el camino de la vida sin una idea moral y cívica que sea común y pueda servir de vínculo. Pero todos ellos, en conjunto, han perdido la unidad; han perdido cualquier elemento común y se han disgregado en fragmentos; sólo están unidos en lo negativo, y además de cualquier manera, pero se han separado en lo positivo; en realidad, no tienen ninguna fe en nada, pues repiten razonamientos ajenos, se han entregado a una vida ajena y una idea ajena, y han perdido cualquier vínculo con la vida rusa nativa.

Por lo demás, vuelvo a repetir que esos padres fervientes son pocos; los indolentes son infinitamente más numerosos. A propósito, ¿os acordáis del proceso de los Dzhunkovski? Es un caso muy reciente que se vio en el Tribunal Provincial de Kaluga el 10 de junio del presente año. En medio de la batahola de los acontecimientos recientes, es posible que poca gente le haya prestado atención. He leído alguna información al respecto en el periódico *Tiempo Nuevo*, pero desconozco si ha sido reproducida en otros medios. Se trata del proceso de los terratenientes de Przemisl, mayor Aleksandr Afanásev Dzhunkovski, de cincuenta años, y su mujer, Yekaterina Petrova Dzhunkóvskaia, de cuarenta, acusados de infligir malos tratos a sus hijos menores Nikolái, Aleksandr y Olga... Llegados a este punto, conviene señalar que los niños en cuestión tienen las siguientes edades: Nikolái, trece años; Olga, doce; y Aleksandr, once. Añadiré también, adelantándome a los acontecimientos, que el tribunal absolvió a los acusados.

Ese proceso, a mi juicio, ha puesto de relieve con absoluta crudeza muchos aspectos típicos de nuestra realidad; sin embargo, lo que más choca es que parece un suceso totalmente habitual y cotidiano. Uno siente que en estos tiempos hay muchísimas familias rusas de ese tipo; desde luego, no del todo idénticas, pues no en todas partes se encuentran particularidades como ese hábito de *rascarse los pies* (del que se hablará más adelante), pero el meollo del asunto, el rasgo fundamental de multitud de familias semejantes es el mismo. Se trata, en efecto, del tipo de «familia indolente» del que acabamos de ocuparnos, si no del tipo arquetípico y paradigmático (sobre todo a juzgar por ciertos detalles muy peculiares y exclusivos), al menos de una variedad notable. Pero que los lectores juzguen por sí mismos. Los acusados fueron llevados a juicio por orden de la Audiencia de Moscú. Permitidme que os recuerde de qué se les acusaba. Para ello reproduzco la información de *Tiempo Nuevo* tal como apareció allí, aunque de forma abreviada.

III

EL CASO DEL MATRIMONIO DZHUNKOVSKI Y SUS HIJOS

Los acusados Dzhunkovski, que no carecen de medios de fortuna y cuentan con una servidumbre acorde con su posición, trataban a tres de sus hijos, Nikolái, Aleksandr y Olga, de forma muy distinta que a sus otros hijos. No sólo no se comportaban con ellos como padres ni les manifestaban afecto, sino que los dejaban sin vigilancia, no les prestaban la atención necesaria (en lo que respecta a alimentación, alojamiento, ropa y lecho), les obligaban a ocuparse de tareas como rascarles los pies y cosas semejantes, con lo que suscitaban y alimentaban un descontento y una irritación que les llevó a comportarse con su difunta hermana como más adelante se dirá. Todo eso no podía dejar de tener una mala influencia en la salud de los niños. Así, por ejemplo, como ha quedado de manifiesto a lo largo de la causa, Olga sufre de epilepsia; además, no preocupándose de la vigilancia de sus hijos ni velando por su desarrollo moral, los acusados recurrían a medidas correctivas con sus hijos pequeños que no pueden calificarse de indulgentes. Así, los acusados encerraban a los niños en el retrete durante periodos prolongados, los dejaban en casa, en una habitación fría y casi sin comida, o los mandaban a comer y dormir al cuarto de los criados, poniéndolos en contacto de ese modo con personas que poco podían contribuir a su educación; por último, les pegaban a menudo con lo primero que les venía a mano, propinándoles incluso puñetazos y azotándolos con varas, ramas secas o el látigo destinado a los caballos, empleándose con tanta crueldad que daba espanto verlo; según la deposición de Aleksandr, después de un correctivo de ese tipo la espalda les dolía cinco días. Esas palizas no siempre eran consecuencia de alguna insignificante travesura, sino que se infligían sin razón alguna, cuando a los padres les venía en gana. Serguéieva, mujer de un soldado, que trabajaba como lavandera en casa de los Dzhunkovski, ha declarado, entre otras cosas, que los acusados no querían a sus hijos Nikolái, Aleksandr y Olga, que dormían separados de los otros niños, en una habitación de la planta baja, sobre una pieza de fieltro dispuesta directamente sobre el suelo, cubriéndose con lo primero que encontraban a mano (sólo disponían de una manta hecha jirones); comían lo mismo que los criados, de suerte que siempre tenían hambre. Iban mal vestidos: en verano con varias camisas y en invierno con abrigos cortos. Dzhunkóvskaia era peor para esos niños que una madrastra; les pegaba, sobre todo a Aleksandr, con lo primero que encontraba, y si no directamente con los puños. Cuando azotaba a Nikolái, el espectáculo era terrible. Por traviesos que sean los niños, no dejan de ser niños. Se les castigaba sobre todo por la tarde, cuando se les obligaba a rascar los pies de su madre, operación que se prolongaba durante una hora e incluso más, hasta que la madre se quedaba dormida. De esa tarea se ocupaban antes las criadas, entre ellas Serguéieva, que acabó negándose porque se le hinchó la mano. De la deposición de Usachkova se desprende que Aleksandr y Olga se tumbaban en el suelo, sobre almohadones sucios. «En general vivían en medio de la

suciedad; la pocilga estaba más limpia que su habitación.» Liubímov, de origen noble, que vivió en casa de los Dzhunkovski en calidad de preceptor hasta agosto de 1875, ha afirmado que Nikolái, Olga y Aleksandr estaban muy desatendidos y que a veces iban descalzos. En la deposición de la señorita Shishova (alumna del Instituto Nicolás), que fue institutriz de los hijos de los acusados hasta agosto de 1874, deposición que fue leída ante el tribunal, al no comparecer la testigo, se menciona que la señora Dzhunkóvskaia es una mujer egoísta que, como su marido, nunca mostraba ningún afecto por sus hijos Aleksandr y Nikolái. Shishova atribuye la ausencia de cualquier vestigio de orden en la casa y la indiferencia de los acusados para con sus hijos a la indolencia con que encaraban cualquier cuestión, incluso las que les concernían; sus asuntos siempre estaban embrollados, vivían en un continuo ajeteo y no sabían llevar la casa. La señora Dzhunkóvskaia procuraba evitar toda molestia y encargaba a su marido que castigara a los niños, y él se aplicaba a la tarea; aunque la testigo no asistió a los correctivos, afirma, sin embargo, que «en los castigos no se apreciaba ninguna crueldad». «A veces —prosigue Shishova, estudiante de pedagogía—, cuando los niños cometían una travesura, la señora Dzhunkóvskaia e incluso yo los encerrábamos en el retrete, pero esa habitación no es más fría que el resto de la casa y, además, se caldeaba.» La propia Shishova azotaba a los niños con una correa, «aunque pequeña». Mientras la testigo vivió en la casa nunca se dejó sin comer a los niños durante varios días.

Luego los pequeños Nikolái y Aleksandr ofrecieron ante el juez testimonios reticentes, de los que se desprendía, no obstante, que se les azotaba con varas, con el látigo destinado a los caballos y también con ramas secas, de las que asimismo se servía el preceptor Liubímov. Una vez a Aleksandr le dolió la espalda durante cinco días, después de que su madre le azotara por haber cogido una patata de la cocina para que su hermana Olga desayunase.

En su defensa, Dzhunkovski invocó la total depravación de sus hijos y en apoyo de su tesis aportó el siguiente testimonio: después de la muerte de Yekaterina, su hija mayor, cuando su cuerpo aún estaba sobre la mesa, Nikolái y Aleksandr cortaron unas ramas en el jardín y golpearon a la muerta en el rostro, al tiempo que decían: «Ahora nos vas a pagar todos tus chivatazos».

En la vista los acusados no se reconocieron culpables.

Dzhunkovski aseguró que gastaba en la educación de sus hijos más de lo que sus medios le permitían, pero que por desgracia no había alcanzado su objetivo y que sus hijos se volvían cada vez peores.

El hijo mayor, Nikolái, había sido un buen chico hasta que ingresó en el instituto, pero, después de pasar un tiempo en la escuela, aprendió a robar; antes de ingresar en el instituto sabía decir sus oraciones, pero luego las olvidó, por la simple razón de que se declaró católico; en consecuencia, no había recibido instrucción religiosa de ningún tipo, aunque se presentó una partida de nacimiento en la que se afirmaba que Nikolái era de confesión ortodoxa.

En su última declaración la señora Dzhunkóvskaia afirmó que había contratado varias institutrices para sus hijos, pero que, por desgracia, se había equivocado con todas, lo mismo que con el preceptor; ahora, sin embargo, de los niños se estaba ocupando su propio padre, y ella albergaba la esperanza de que se corrigieran.

Así se desarrolló el proceso. Como se ha dicho más arriba, los acusados fueron absueltos. ¿Y qué otra cosa podía esperarse? Lo sorprendente no es que los hayan absuelto, sino que les imputaran un delito y los llevaran a juicio. ¿Qué persona, qué tribunal puede acusarlos? ¿Y de qué? Ah, desde luego hay un tribunal que puede acusarlos y anunciarles claramente de qué, pero no una sala de lo criminal con jurado que juzga en virtud de una ley escrita. En las leyes escritas no hay ningún artículo que tipifique como delito la indolencia, la incompetencia y la falta de corazón de los padres para con los hijos. De otro modo habría que condenar a media Rusia, y acaso me quede corto. ¿Y a qué nos referimos cuando hablamos de falta de corazón? Si al menos se tratara de sevicias crueles, de algo aterrador e inhumano. Pero me acuerdo de que el abogado defensor, en el caso Kroneberg, acusado de malos tratos a su hija, abrió el código y leyó los artículos relativos a malos tratos, sevicias crueles y demás, con la intención de demostrar que a su cliente no se le podía aplicar ninguno de esos artículos, que definían con toda claridad y precisión lo que debe considerarse sevicias crueles e inhumanas. Y recuerdo que esas definiciones de actos de crueldad eran tan atroces que guardaban una estrecha semejanza con los castigos infligidos por los *bashibuzuks*^[85] a los búlgaros; puede que no se mencionaran el empalamiento o el arrancamiento de la piel a tiras, pero sí la rotura de costillas, brazos, piernas y no sé qué más, de suerte que una correa, y además pequeña, según la deposición de la señorita Shishova, no puede, de ningún modo, caer bajo ningún artículo del código y servir de base para la acusación. «Se les golpeaba con varas.» Pero ¿quién no pega a sus hijos con una vara? El noventa por ciento de los rusos lo hace. No hay manera de aplicarles el Código penal. «Se les pegaba sin ninguna razón, por una patata.» «No, señor, no por una patata —respondería el señor Dzhunkovski—, sino por todo a la vez, por su depravación, por haber azotado en el rostro, los muy desalmados, a mi hija muerta Yekaterina.» «Se les encerraba en el retrete.» «Pero estaba caldeado; y además, qué quiere usted: una cárcel es siempre una cárcel.» «Se les daba la misma comida que a los criados y se les enviaba a dormir a una especie de pocilga, sobre una estera o algo así y con una sola manta hecha jirones.» «Pero lo hacíamos como castigo; además, ¿qué importa que la manta estuviera hecha jirones? Aun así, gasto en la educación de mis hijos más de lo que permiten mis medios y espero que la ley no me meta las manos en los bolsillos para ver lo que tengo.» «Pero ¿por qué no mostraba afecto por sus hijos?» «Haga el favor de mostrarme el artículo del Código que me obliga, bajo pena de castigo penal, a mostrar afecto por mis hijos, en especial cuando son unos granujas despiadados, ladronzuelos inmundos, auténticos monstruos...» «Y, por último, ¿por qué no eligió otro sistema educativo para sus

hijos?» «¿Y qué sistema educativo prescribe el Código penal bajo pena de castigo? Además, esas cosas no atañen a la ley...»

En suma, lo que quiero decir es que era imposible llevar el caso Dzhunkovski a la sala de lo criminal. Y así lo han demostrado los hechos: los absolvieron y el procesamiento no condujo a nada. Y sin embargo, el lector percibe que de ese caso puede derivarse —que quizá se ha derivado ya— toda una tragedia. Ah, ese caso requiere otro tribunal; pero ¿cuál?

¿Cuál? Ahí tenemos, por ejemplo, a la señorita Shishova, profesora, que presta declaración y pronuncia ya la sentencia. Señalemos que esa señorita Shishova, si bien azotaba a los niños con una correa («aunque pequeña»), parece una mujer muy lista. No se puede definir de una forma más precisa e inteligente el carácter de los Dzhunkovski que como ella lo ha hecho. La señora Dzhunkóvskaia es una *mujer egoísta*, dice. En casa de los Dzhunkovski *reina el desorden, motivado por la indolencia con que los acusados encaran cualquier cuestión, incluso las que les conciernen*. Sus asuntos están siempre embrollados, viven en un continuo ajeteo; no saben llevar la casa, se atormentan y, sin embargo, lo que buscan por encima de todo es tranquilidad: la señora Dzhunkóvskaia, que procuraba continuamente *evitar toda molestia*, encargaba incluso a su marido que castigara a los niños... En definitiva, la impresión que la señora Shishova ha sacado de casa de los Dzhunkovski es que son unos egoístas desalmados y, lo que es más importante, unos egoístas indolentes. Todo se debe a su indolencia; hasta sus corazones son indolentes. Por culpa de la indolencia, sin duda, reina un eterno desorden en la casa y en sus asuntos, a pesar de que buscan por encima de todo la tranquilidad: «¡Ah, váyase al diablo y déjeme vivir en paz!». ¡Dios sabrá de dónde viene esa indolencia, esa apatía! ¿Tan desconcertados se encuentran en medio del caos de la vida moderna, en el que tan difícil resulta comprender algo? ¿O se trata más bien de que la vida moderna apenas ha ofrecido respuestas a sus necesidades espirituales, a sus deseos e inquietudes? ¿O acaso su incapacidad para comprender lo que sucede a su alrededor ha hecho añicos sus conceptos, de suerte que ya no pueden recomponerlos y han caído en el desencanto? No lo sé, no lo sé; pero, a lo que parece, son personas con instrucción que antaño —y puede que también ahora— estimaban lo bello y lo sublime. Y lo del rascado de los pies no contradice esa opinión, pues constituye un indicio de algo así como un indolente y apático desencanto, una indolente necesidad de regalo, un ansia de apartamiento, de tranquilidad, de calor. Se trata de una cuestión de nervios, en la que influye no tanto la pereza como esa ansia de tranquilidad y apartamiento, es decir, de desentenderse de todos sus deberes y obligaciones. Naturalmente, hay en todo ello cierta dosis de egoísmo, y los egoístas son caprichosos y pusilánimes ante el deber: sienten una repugnancia eterna y cobarde a cargar con cualquier deber. Advertid que ese permanente y apasionado deseo de liberarse de cualquier obligación engendra y desarrolla casi siempre en el egoísta, por contraste, el convencimiento de que todas las personas con las que se relaciona le deben algo, como si estuvieran sujetas a

alguna deuda o tuvieran que pagar algún tributo o carga. Por absurda que pueda parecer esa fantasía, acaba enraizando y transformándose en un iracundo desprecio por todo el mundo y un resentimiento amargo y a menudo feroz por todos y por todo. El incumplimiento de esos deberes imaginarios acaba convirtiéndose en sus corazones en una especie de ofensa, de suerte que puedes pasarte la vida entera intentando averiguar por qué un egoísta de ese tipo está siempre enfadado contigo y te profesa tanto rencor. Ese sentimiento de hostilidad suele hacerse extensivo también a los propios hijos... ¡Ah, a los hijos ante todo! En efecto, los hijos son las víctimas propiciatorias de ese egoísmo caprichoso; además, son los que están más a mano y, lo que es peor, los padres no se sienten limitados por ninguna traba: «¡Son mis hijos! ¡Me pertenecen!». No os sorprendáis de que ese sentimiento de odio, exacerbado en todo momento por el recuerdo de no haber cumplido con el deber que comportan los hijos, exacerbado por la presencia constante de esos pequeños individuos que reclaman toda vuestra atención con la mayor insolencia (¡ay, no con insolencia, sino a la manera de los niños!), que no comprenden que vuestra tranquilidad es necesaria y no le conceden ningún valor; no os sorprendáis, digo, de que ese sentimiento de odio incluso por los propios hijos pueda acabar degenerando en una verdadera necesidad de venganza y, estimulado e incitado por la impunidad, incluso en ferocidad. Sí, la indolencia siempre engendra ferocidad, acaba en ferocidad. Y esa ferocidad no hunde sus raíces en la crueldad, sino precisamente en la indolencia. No estamos ante corazones crueles, sino simplemente indolentes. Y he aquí que esa señora, tan amante de la tranquilidad que hasta le gusta que le rasquen los pies, enfurecida finalmente porque es *la única* que no dispone de un instante de tranquilidad, ya que a su alrededor todo se encuentra en el mayor desorden, reclamando su presencia y su atención constantes... esa señora por lo último salta de la cama, coge unas ramas secas y azota a su propio hijo con saña, furor y una alegría malsana, hasta el punto de que «daba espanto verlo», como testimonia una criada. ¿Y por qué? Porque el niño había cogido de la cocina unas patatas y se las había dado a su hermana hambrienta (que sufre de epilepsia); es decir, le azota por sus buenos sentimientos, porque su corazón infantil aún no se ha corrompido ni encallecido. «No importa —dice ella—. Te lo había prohibido y no me has escuchado. Así que toma: para que aprendas a no imaginarte buenas obras y te ocupes de las malas que yo te ordene.» Decid lo queráis, pero nos encontramos ante un caso de histeria. Los niños duermen en medio de la suciedad («hasta la pocilga estaba más limpia»), con una sola manta hecha jirones para los tres: «Que se queden allí, se lo merecen —piensa la madre—. ¡No me dan ni un instante de paz!». Y no piensa así porque sea dura de corazón, no (hasta es posible que sea de natural afable y bondadoso), sino porque no la dejan tranquila, no le conceden un instante de sosiego; y además, la situación no deja de empeorar, pues los niños van creciendo («¡Vaya falta que nos hacen! ¡Qué bien estaríamos sin ellos!»), cometen travesuras y cada día exigen más trabajo y atenciones. No, aunque se trate de un caso de histeria, es una histeria que se ha ido acumulando a lo largo de años.

Junto a esa madre enferma (pues ha llegado a extremos patológicos), comparece ante el tribunal también el padre, el señor Dzhunkovski. Puede que también él sea un hombre muy bondadoso; al parecer, no carece de instrucción y no tiene nada de cínico; al contrario, es consciente de su papel de padre, hasta el punto de que lleva un peso en el corazón. Durante la vista se queja de sus hijos casi con lágrimas en los ojos: «He hecho por ellos todo lo que he podido: he contratado preceptores, institutrices; he gastado en ellos más de lo que me permitían mis medios, pero son unos monstruos, se dedican a robar, golpearon en la cara a su hermana muerta». En suma, considera que le asiste toda la razón. Los niños están allí mismo, a su lado; sorprende que ofrecieran «testimonios prudentes, contenidos», es decir que se quejaran poco y apenas se defendieran; no creo que la única razón de esa actitud estribe en el miedo a sus padres, bajo cuya custodia, sin embargo, volverán a quedar. Al contrario, podría pensarse que el hecho mismo de que su padre haya sido llevado ante la justicia acusado de malos tratos debería infundirles valor. Se trata, simplemente, de que les desagrada participar en un proceso en el que se acusa a su padre, encontrarse a su lado y testificar contra él; en cambio, el padre, sin pensar en el futuro ni preguntarse qué sentimientos se grabarán en el corazón de los niños a partir de ese día, sin sospechar siquiera la carga que les impone para el resto de sus vidas, los acusa y revela todo lo malo que hay en ellos, todos sus actos vergonzosos; se queja ante el tribunal, ante el público, ante la sociedad. Pero cree que le asiste la razón y la señora Dzhunkóvskaia cree incluso en el futuro, ¡cree con toda su alma! Declara ante el tribunal que la culpa de *todo* la tienen los malos preceptores e institutrices, de los que ya se ha desengañado, y que ahora que su marido va a ocuparse de la educación de los niños, éstos «se enmendarán del todo» (¡seguro! ¡Seguro!). En cualquier caso, que Dios les asista.

A propósito, me gustaría hacer unas observaciones sobre las travesuras de los pequeños Dzhunkovski.

Desde luego, indigna y repugna que golpearan con una vara el rostro de su hermana muerta para vengarse de que los hubiera delatado. Pero esforcémonos por ser imparciales y les aseguro que llegaremos a la conclusión de que hasta ese acto no es más que una chiquillada, es decir, una «fantasía» infantil. Ese modo de proceder debe achacarse a la imaginación infantil, no a un corazón depravado. La imaginación infantil, por su propia naturaleza, y especialmente a determinada edad, es extraordinariamente impresionable y proclive a lo fantástico. Sobre todo en esas familias en que, a pesar de vivir con apreturas y de estar siempre a la vista de alguien, los niños forman un grupo aparte, debido a las preocupaciones y la continua falta de tiempo de los padres: «¡Estudiad, leed un libro, no hagáis travesuras!». Eso es todo lo que oyen, y ellos se sientan en los sitios designados con sus libros, sin atreverse a mover siquiera los pies. En su pocilga, por las noches, antes de dormirse, o mientras estudian sus tediosas lecciones, o cuando los encierran en el retrete, los pequeños Dzhunkovski pudieron coger la costumbre de entregarse a extrañas ensoñaciones,

tanto buenas y tiernas como abominables, o simplemente ensoñaciones infantiles, fabulosas y fantásticas: «Si fuera mayor, iría a la guerra y después volvería; el profesorzuelo me preguntaría: ¿dónde has estado? ¿Cómo te has atrevido a abandonar la clase? Entonces yo sacaría del bolsillo la cruz de san Jorge y me la pondría en la solapa; al verla, él se asustaría y se arrodillaría». Cuando la hermana murió, uno de los tres, tratando de calentarse bajo su extremo de la manta deshilachada, pudo imaginar, antes de quedarse dormido: «Sabes, Nikolái, Dios la ha castigado por mala y acusica. Ahora nos ve desde arriba y querría chivarse, pero ya no puede. ¡Mañana la azotaremos con una vara para que lo vea desde arriba y rabie por no poder chivarse!». Me atrevería a jurar que, al cabo de unos días, los niños quizá se arrepintieron en el fondo de su corazón de haber cometido una necedad tan repulsiva. Los corazones infantiles son tiernos. Sobre ese particular puedo referir una pequeña anécdota. Una madre murió, dejando siete hijos. Uno de ellos, una niña de siete u ocho años, al ver a su mamá muerta, estalló en terribles sollozos. Tanto lloraba que la llevaron a la habitación de los niños en un estado casi de histeria, sin saber cómo consolarla. A una estúpida gorrana que estaba presente se le ocurrió decirle para aplacarla: «No llores. ¿Por qué lloras de ese modo? Si no te quería. ¿No te acuerdas de que te castigaba y te obligaba a quedarte en un rincón?». La muy estúpida pensaba que era lo mejor que se podía hacer: la niña dejaría de llorar y se calmaría; y en efecto, logró su objetivo: la niña interrumpió al punto su llanto. Y no sólo eso, sino que al día siguiente, durante el entierro, se mostró fría, estirada, resentida, como si pensara: «No me quería». Le gustaba la idea de que haber sido tratada injustamente, de no haber recibido atenciones ni cariño. Doy fe de que eso le ocurrió a una niña de ocho años. Pero esa «fantasía» infantil no duró mucho: unos días más tarde la niña volvió a sentir tanta pena por su madre que cayó enferma, y nunca más, a lo largo de toda su vida, pudo recordarla sin un sentimiento de veneración. Ni que decir tiene que a los pequeños Dzhunkovski se les debió castigar por lo que le hicieron a su hermana muerta, y además con severidad, pero no era más que un acto pueril, necio, fruto de la fantasía: un acto puramente infantil, que en ningún caso revela un corazón pervertido. En cuanto a la estratagema del pequeño Nikolái en el instituto, declarándose católico para no recibir instrucción religiosa, no es más, en última instancia, que una travesura infantil: una de esas fanfarronadas a que recurren los escolares para alardear ante sus compañeros: «Ya veis —dice—, todos vosotros tenéis que estudiar el catecismo, pero yo me he librado. Los he engañado a todos gracias a que mi apellido parece polaco». Está claro que no es más que una *chiquillada de escolar*, necia, fea y merecedora del más severo castigo, pero no es razón para desesperar del chico, para creer que está ya corrompido y se ha convertido en un granuja. No obstante, da la impresión de que eso es lo que cree Dzhunkovski padre: no se habría quejado tan amargamente en el juicio si no lo creyera.

En nuestros tribunales, cuando se absuelve a los acusados (sobre todo cuando, siendo culpables de toda evidencia, los jueces los declaran inocentes llevados de un

mero sentimiento de piedad), sucede a veces que el presidente de la sala, al anunciar al acusado su puesta en libertad, le dirige unas palabras edificantes que versan sobre el modo en que debe aceptar esa liberación y las conclusiones que debe extraer de esa experiencia para no volver a incurrir en los mismos errores. En tales casos, el presidente de la sala habla en nombre de toda la sociedad, del Estado; son palabras importantes, preceptos elevados. Es posible que al matrimonio Dzhunkovski les notificasen su absolución sin ninguna admonición de esa índole; lo desconozco, pero puedo imaginarme lo que habría podido decir el presidente de la sala al anunciarles su puesta en libertad. Creo que se habría expresado más o menos en los siguientes términos.

IV

DISCURSO IMAGINARIO DEL PRESIDENTE DE LA SALA

Acusados, habéis sido absueltos, pero recordar que, además de este tribunal, hay otro: el de vuestra propia conciencia. Comportaos de tal modo que también ese tribunal os absuelva, al menos más adelante. Habéis declarado que, a partir de ahora, tenéis la intención de ocuparos de la educación e instrucción de vuestros hijos: si lo hubierais hecho antes, tal vez no habríais tenido que comparecer hoy ante este tribunal, enfrentados a vuestros propios hijos. Pero hay algo que me llena de inquietud: ¿tendréis fuerzas suficientes para poner en práctica vuestras buenas intenciones? Pues no basta con tomar una decisión de ese cariz, también hay que preguntarse si dispondrá uno del celo y la paciencia necesarios para llevarla a cabo. No quiero ni me atrevo a decir que seáis unos padres desalmados, que odiéis a vuestros hijos. De hecho, odiar a los propios hijos es algo casi antinatural y, por tanto, imposible. Y odiar a unos niños tan pequeños sería algo irracional y hasta ridículo. Pero la indolencia, la indiferencia, la falta de costumbre, por pura desidia, de cumplir con un deber cívico tan primordial, natural y supremo como la educación de los propios hijos, pueden engendrar, en efecto, desamor, y acaso odio y hasta una necesidad personal de venganza, sobre todo a medida que crecen, a medida que aumentan sus exigencias naturales, a medida que vais tomando conciencia de que requieren mucho trabajo, muchas fatigas, y, en consecuencia, de que debéis sacrificar en aras de su bienestar gran parte de vuestras aspiraciones a una vida retirada y tranquila. Además, la creciente afición de los niños desatendidos por las travesuras, la adquisición de malos hábitos y la evidente perversión de sus mentes y corazones pueden acabar infundiendo una auténtica aversión hasta en el ánimo de los padres. En vuestras quejas ardientes y llorosas sobre los vicios de vuestros hijos, hemos visto y oído vuestra aflicción profunda y genuina, la aflicción de unos padres desdichados, escandalizados por sus hijos. Pero reflexionad un momento y considerad la siguiente cuestión: ¿qué podía haberlos hecho mejores? Se ha revelado en el juicio, por

ejemplo, que solíais encerrarlos durante horas en el retrete para castigar su pereza y sus travesuras. Cierto que una cárcel es una cárcel y que vuestro retrete estaba *caldeado*, de modo que no puede hablarse de un trato cruel; pero ¿estáis seguros? Estando allí encerrado, sintiendo su humillación y su vergüenza, el niño podía encallecerse, y su cabeza podía dar abrigo a las elucubraciones más cínicas y distorsionadas; podía perder para siempre cualquier sentimiento de afecto, de afecto por el nido paterno e incluso por vosotros, sus padres, ya que podía figurarse que no teníais en cuenta para nada sus sentimientos por vosotros ni su dignidad humana, pues un niño, por pequeño que sea, ya se ha formado una idea de su dignidad humana, no lo olvidéis. Por lo visto nunca os habéis parado a pensar que conservará durante toda su vida esas ideas —y sobre todo esas impresiones intensas, aunque infantiles—, que probablemente las llevará en su corazón hasta la tumba. Además, ¿recurrísteis previamente a algún otro medio para evitarle la humillación de encerrarlo en semejante lugar, cubriéndolo de ese modo de oprobio y de ridículo? Pues no cabe duda de que más adelante, en el transcurso de su vida, se planteará esa cuestión. Afirmáis haber hecho por vuestros hijos *todo* lo que estaba en vuestra mano, y por lo visto estáis convencidos de ello, pero yo no creo que hayáis hecho todo; y, al oírlo proclamar con tanta amargura, me persuadí de que incluso vosotros mismos albergabais profundas dudas al respecto. Afirmáis que contratasteis preceptores y gastasteis más de lo que vuestros medios os permitían. No cabe duda de que los niños necesitan preceptores y de que, al procurárselos, actuasteis como padres responsables; pero contratar un preceptor para que enseñe a los niños no significa, en ningún caso, *descargar* sobre él toda la responsabilidad, para quitároslos de encima, como suele decirse, y que no os molesten. Y por lo visto, eso es precisamente lo que hicisteis: pensasteis que, al desembolsar una cantidad, habíais hecho todo e incluso más, pues ese dispendio estaba «por encima de vuestros medios». Pero yo os aseguro que sólo habéis hecho la mínima parte de lo que podríais haber hecho; vuestra actuación se redujo a renunciar a vuestras obligaciones y deberes de padres, al tiempo que pensabais que no podíais hacer más. Olvidabais que sus pequeñas almas infantiles exigen un contacto constante e ininterrumpido con las almas de sus padres; exigen que moralmente estéis siempre en un pedestal, por decirlo así, como un objeto de amor, grande y genuino respeto y hermosa imitación. El saber es el saber; pero un padre debe estar siempre delante de sus hijos como un ejemplo plausible y conspicuo de todas las conclusiones morales que su espíritu y su corazón puedan extraer del saber. Vuestros afectuosos y visibles cuidados y vuestro cariño calentarán como un rayo de sol todo lo que se ha sembrado en sus almas, y los frutos serán abundantes y hermosos. No obstante, al parecer, nada sembrasteis por vosotros mismos, confiasteis la tarea a un sembrador ajeno a vuestra familia y reclamasteis una cosecha; pero vuestra inexperiencia en tales cuestiones os llevó a reclamarla demasiado pronto y, al no recibirla, os enfadasteis y os volvisteis crueles... con unos niños pequeños, con vuestros propios hijos, y también pronto, demasiado pronto.

Todo se debe a que la educación de los hijos es un trabajo y un deber, gratos a algunos padres, a pesar de los desvelos agobiantes, la falta de medios y hasta la pobreza, mientras para muchos otros —para la mayoría de los padres acomodados— constituyen una tarea opresiva y una obligación de lo más penosa. Por eso procuran librarse recurriendo al dinero, cuando lo tienen. Y si el dinero no ayuda o, como sucede en muchos casos, no se dispone de medios, suelen recurrir a la severidad, a la crueldad, a los malos tratos, a las varas de abedul. Os voy a explicar lo que son las varas de abedul. Las varas de abedul, en una familia, es el producto de la indolencia de los padres, el resultado inevitable de esa pereza. Todo lo que podría lograrse mediante el trabajo y el amor, mediante una labor incesante sobre los niños y con los niños, todo lo que podría obtenerse mediante el razonamiento, las explicaciones, la persuasión, la paciencia, la educación y el ejemplo, los padres débiles, perezosos e impacientes esperan lograrlo por medio de las varas de abedul. «No explico, ordeno; no persuado, obligo.» ¿Cuál será el resultado? Pues que el niño astuto y taimado se someterá y os engañará, y vuestras varas de abedul, en lugar de corregirlo, sólo servirán para corromperlo. Al niño débil, pusilánime y de corazón tierno lo embruteceréis. Y, por último, al niño bueno, ingenuo, de corazón franco y sincero, primero lo atormentaréis, luego lo volveréis insensible, y acabaréis perdiendo su favor. A un corazón infantil le resulta penoso, a menudo muy penoso, desentenderse de aquellos a quienes ama; pero, una vez que lo consigue, arraiga en él un cinismo terrible, anormalmente precoz, así como un rencor que pervierte su idea de la justicia. Desde luego, sólo en el caso de que la crueldad proceda del egoísmo de los padres y de que el dueño de la tierra, no habiendo sembrado con sus propias manos, exija una buena cosecha. En tales casos, lo más frecuente es que la crueldad y la injusticia de los padres se incrementen, sin que nada pueda frenarlas. «Olvídate de los buenos actos que se te ocurran y acomete los malos que yo te ordene.» A ese lema se acaba llegando, y a los niños se les castiga hasta por sus buenas acciones, por coger una patata de la cocina y llevársela a su hermana: ¿cómo no va volverse duro de corazón? ¿Cómo no van a pervertirse sus ideas? Sin ser crueles y hasta queriéndolos, los castigabais con vuestra negligencia, con vuestras humillaciones: dormían en una habitación inmunda, sobre una especie de yacija; no comían a vuestra misma mesa, sino con los criados. Y naturalmente pensabais que acabarían sintiendo su culpabilidad y corrigiéndose. En caso contrario habría que suponer que actuabais de ese modo porque los odiabais, porque querías vengaros de ellos y causarles algún daño. Pero el tribunal no ha querido sacar esa conclusión y ha atribuido vuestros actos a unas ideas educativas equivocadas. En cualquier caso, ahora os disponéis a educarlos e instruirlos vosotros mismos: empresa difícil, aunque a vuestra esposa le parezca fácil.

Vuestros hijos no se encuentran en la sala, pues los he mandado sacar, así que puedo ocuparme del aspecto más importante de esa ardua empresa que os disponéis a afrontar. Lo más importante es que ambas partes tendréis que perdonaros muchas

cosas. Ellos tendrán que pedirnos perdón por las amargas y penosas sensaciones de sus corazones infantiles, su endurecimiento y sus vicios. Y vosotros tendréis que haceros perdonar vuestro egoísmo, vuestra negligencia, la desnaturalización de vuestros sentimientos hacia ellos, vuestra crueldad y, por último, el hecho de haber comparecido ante este tribunal por su causa. Os lo digo porque estoy seguro de que, al abandonar esta sala, no os culparéis de nada, sino que les echaréis a ellos toda la culpa. Así pues, al afrontar la ardua tarea de educar a vuestros hijos, debéis preguntaros si podéis culparos a vosotros mismos de todas vuestras faltas y desmanes, en lugar de culparlos a ellos. Si podéis, tendréis éxito en vuestra empresa. Pues eso querrá decir que Dios os ha quitado la venda de los ojos y ha iluminado vuestra conciencia. Si no os sentís capaces, más vale que renunciéis a vuestro propósito.

La segunda tarea difícil que os aguarda es borrar y aniquilar muchas impresiones y recuerdos del pasado, sustituyéndolos por otros. Pero para ello es necesario olvidar tantas cosas y crear tantas otras nuevas que me pregunto qué camino vais a seguir para conseguirlo. Ah, si aprendéis a amarlos, sin duda lograréis vuestro objetivo. Pero también el amor es una dura tarea. ¿Podréis creerme si os digo que también hay que aprender a amar? Y finalmente, ¿estáis seguros de que no os detendrán ni os arredrarán en vuestro admirable propósito ciertas preocupaciones menudas, ordinarias, intrascendentes y cotidianas en las que ahora quizá ni siquiera pensáis, pero que pueden representar un poderosísimo obstáculo en vuestros nobles designios? Cualquier padre responsable y razonable sabe, por ejemplo, que delante de sus hijos, en la vida cotidiana, debe abstenerse de cierta incuria, por decirlo de alguna manera, en las relaciones familiares, de cierta falta de disciplina y permisividad; que debe prescindir de hábitos nocivos y perniciosos, y, sobre todo, no desentenderse nunca de la opinión que los hijos puedan formarse de él, de la impresión desagradable, negativa y cómica que con tanta frecuencia despierta en su ánimo nuestra despreocupada conducta en el seno del hogar. ¿Me creeréis si os digo que un padre responsable a veces debe reeducarse por completo en consideración a sus hijos? Ah, si los padres son buenos, si el amor que profesan a sus hijos es fervoroso y ardiente, los hijos les perdonarán muchas cosas, y no sólo olvidarán muchos aspectos cómicos y desagradables, sino que no condenarán de manera inapelable algunos actos en verdad reprobables; al contrario, sus corazones encontrarán sin falta circunstancias atenuantes. Pero todo puede ser muy distinto en familias donde reinan la discordia y la falta de cariño. Vuestra esposa, como ha quedado de manifiesto en la vista, tiene la mala costumbre de pedir que le rasquen los pies antes de dormirse. Una criada ha declarado que esa obligación le resultaba incluso penosa, que se le «hinchaban las manos». ¡Imaginaos lo que pensará ese niño, vuestro hijo, al que obligabais a sustituir a la criada! Ah, si la madre le hubiera profesado un cariño sincero y profundo, del que el muchacho no pudiera dudar, recordaría esa debilidad de una persona tan querida con una sonrisa, y no sólo ahora, sino también más adelante, aunque quizá

sintiera enfado y malestar en el momento de cumplir con esa imposición. Pero me imagino lo que pensaba y lo que sentía, lo que le venía a la cabeza cuando pasaba una hora, y aún más, ocupado de esa tarea ridícula, delante de una criatura a la que no quería, que en cualquier momento podía ponerse en pie de un salto y empezar a golpearlo sin razón alguna. En esos momentos, tenía que parecerle sin duda vejatorio que se le exigiera ese servicio, una muestra de desconsideración y desdén. No podía menos de darse cuenta, o, mejor dicho, de sentir, que su madre no lo necesitaba como hijo; que como hijo lo despreciaba, se olvidaba de él, lo mandaba a dormir a una suerte de yacija; que si se acordaba de su existencia era sólo para pegarle; que no lo necesitaba como hijo, sino como una especie de criado que le rascara los pies. ¡Y después os quejáis de que se hayan corrompido, de que se hayan vuelto unos desalmados, «de que hayan aprendido a robar»! Haced un esfuerzo y tratad de imaginaros a vuestro hijo en el futuro, a la edad de treinta años, pongamos, y pensad en la repugnancia, el enfado y el desprecio con que recordará ese episodio de su infancia... No os quepa ninguna duda de que lo recordará mientras viva. No perdonará, odiará sus recuerdos y su infancia, maldecirá el nido paterno y a quienes lo compartían con él. Esos recuerdos son los que ahora tenéis que extirpar y transformar sin falta, ahogar bajo otras impresiones nuevas, poderosas y sagradas. ¡Qué tarea tan ingente! ¡Hasta da miedo pensarlo! ¡Sí, la empresa que vais a acometer es mucho más difícil de lo que vuestra esposa se imagina!

Que mis palabras no os enfaden ni os ofendan. Al pronunciarlas, cumplo con una obligación inexcusable. Hablo en nombre de la sociedad, del Estado, de la patria. Vosotros sois padres; ellos, vuestros hijos; vosotros sois la Rusia de hoy; ellos, la de mañana. ¿Qué será de Rusia si los padres se desentienden de su deber cívico y procuran aislarse, o, mejor dicho, separarse, por pura pereza y cinismo, de la sociedad, de su pueblo y de sus obligaciones más elementales para con ellos? Lo más terrible es que se trata de un fenómeno muy extendido: vosotros no sois los únicos, otros han incurrido en el mismo error, aunque tal vez guiados por motivos distintos. Pero lo que más mueve a reflexión es que, lejos de encontraros entre los peores padres de hoy día, en muchos sentidos os alineáis entre los mejores, ya que en vuestros corazones no ha muerto la conciencia de vuestro deber, aunque no lo hayáis cumplido. No negáis de manera taxativa que tengáis un deber. No sois fríos egoístas; al contrario, os enfadáis —no voy a dilucidar ahora si con vosotros mismos o con vuestros hijos—; pero os habéis mostrado capaces de tomaros a pecho vuestro fracaso, que os causa una profunda pesadumbre. Así pues, que Dios os asista en vuestra resolución de reparar vuestros errores. Buscad el amor y acumuladlo en vuestros corazones. El amor es tan poderoso que hasta a nosotros mismos nos regenera. Sólo mediante el amor podemos conquistar el corazón de nuestros hijos, no esgrimiendo el derecho natural que tenemos sobre ellos. Además, la misma naturaleza nos ayuda más en esta obligación que en cualquier otra, ya que es imposible no amar a los hijos. ¿Cómo no íbamos a amarlos? Si dejamos de amar a

nuestros hijos, ¿a quién podríamos amar y qué sería de nosotros mismos? Recordad también que sólo por los niños y sus cabecitas rubias el Salvador nos ha prometido «acortar los tiempos y los plazos». Gracias a ellos se abreviarán los tormentos de la regeneración de la sociedad humana en otra más perfecta. ¡Que se alcance de una vez esa perfección y concluyan los sufrimientos y las incertidumbres de nuestra civilización!

Y ahora, marchad; habéis sido absueltos...

CAPÍTULO SEGUNDO

I

UNAS PALABRAS MÁS SOBRE LA DISGREGACIÓN. LA OCTAVA PARTE DE ANNA KARÉNINA.

En nuestros días, muchos rusos instruidos se han acostumbrado a decir: «¿Qué pueblo? ¡Yo también soy pueblo!». En la octava parte de *Anna Karénina*, Levin, el héroe predilecto del autor de la novela, dice de sí mismo que él también *es pueblo*. Hace algún tiempo, hablando de *Anna Karénina*, calificué a ese Levin de «puro de corazón». Sigo creyendo en la pureza de su corazón, pero dudo que sea pueblo; al contrario, ahora me doy cuenta de que, a pesar de todo su amor, lucha por la disgregación. Me he convencido al leer esa octava parte de *Anna Karénina*, que ya mencioné al comienzo del presente número de julio-agosto de mi *Diario*. Desde luego, Levin no es una persona real, sino una invención del novelista. No obstante, ese novelista, que tiene un inmenso talento, un ingenio notable, y es un hombre respetado por toda la Rusia culta, se sirve en parte de ese personaje ideal, es decir, inventado, para exponer su propia visión de la realidad rusa contemporánea, como advierte cualquier lector de esa notable obra. Así pues, al juzgar a ese Levin inexistente, también estamos juzgando la visión que tiene de la realidad contemporánea uno de los rusos más notables de nuestra época. Y eso constituye ya un tema de debate muy serio, incluso en estos tiempos tan agitados, tan llenos de acontecimientos impresionantes, pasmosos, que se suceden sin apenas pausa. La visión de un escritor ruso tan relevante, y en especial sobre un asunto tan importante para todos los rusos como el movimiento nacional que, en estos dos últimos años, ha unido a todos los rusos en torno a la cuestión de Oriente, se expresa de manera precisa y definitiva en esa octava y última parte de su obra, rechazada por la redacción de *El Mensajero Ruso* porque las convicciones del autor no coincidían con las suyas, y que ha aparecido recientemente en volumen aparte. Si no he entendido mal, las tesis esenciales del autor, en lo fundamental, pueden resumirse del siguiente

modo: en primer lugar, que el pueblo no comparte en absoluto los objetivos del llamado movimiento nacional, que ni siquiera los comprende; en segundo, que todo eso lo han fabricado de manera deliberada ciertos personajes conocidos, a los que luego han apoyado los periodistas por interés, pues de ese modo podían captar más lectores; en tercero, que todos los voluntarios eran unos irresponsables, unos borrachos o simplemente unos imbéciles; en cuarto, que todo ese pretendido movimiento nacional ruso a favor de los eslavos no sólo ha sido fabricado por personas conocidas y apoyado por periodistas venales, sino que se ha creado, por decirlo así, en contra de nuestros principios fundamentales; y en quinto y último lugar, que todos los actos de barbarie y las atrocidades sin precedentes cometidas con los eslavos no pueden despertar en nosotros, rusos, ningún sentimiento espontáneo de compasión, que «ese sentimiento espontáneo a favor de los eslavos oprimidos *no existe ni puede existir*». Ese último punto se expresa de manera taxativa y categórica.

De manera que ese Levin «puro de corazón» se apunta a la disgregación y se aparta de la inmensa mayoría de los rusos. En cualquier caso, sus opiniones no son nuevas ni originales. Habrían sido muy bien recibidas y apreciadas por numerosas personas que el invierno pasado, en San Petersburgo, pensaban casi de la misma manera, personas que no se encuentran precisamente en el último peldaño de la escala social; así que es una pena que el libro haya aparecido con cierto retraso. No sabría decir qué ha motivado esa oscura disgregación de Levin y ese apartamiento tan sombrío. Ciertamente se trata de un hombre ardiente, «inquieta», aficionado a analizarlo todo y que, bien mirado, no tiene ninguna confianza en sí mismo. Pero de todos modos sigo manteniendo que es un hombre «puro de corazón», aunque es difícil imaginar por qué caminos misteriosos, y en ocasiones incluso ridículos, los sentimientos menos naturales, más artificiales y más deformes pueden penetrar a veces en el corazón más puro y sincero del mundo. Por lo demás, quiero señalar también que, en contra de lo que muchos afirman —y aunque yo mismo me doy perfecta cuenta (como ya he comentado más arriba) de que el autor se vale de Levin para expresar muchas de sus propias opiniones y pareceres, poniéndolas en boca de Levin casi a la fuerza y a veces, incluso, perjudicando claramente el plan artístico de la obra—, no hay que confundir el personaje de Levin, tal como lo ha representado el autor, con el autor mismo. Lo digo con una suerte de amarga perplejidad porque, a pesar de que muchas de las cosas que el novelista pone en boca de Levin evidentemente sólo le conciernen al propio Levin, en su condición de personaje literario, reconozco que no esperaba eso de un escritor tan grande.

II

CONFESIÓN DE UN ESLAVÓFILO

No, no es eso. Aquí me veo obligado a expresar algunos sentimientos personales,

aunque, al empezar a publicar mi *Diario* el año pasado, me había propuesto no meterme a crítico literario. Pero los sentimientos nada tienen que ver con la crítica, pese a que los exprese a propósito de una obra literaria. En este *Diario* voy anotando mis impresiones sobre los acontecimientos de actualidad que más me llaman la atención; pero, no sé por qué motivo, me he impuesto deliberadamente la obligación, totalmente arbitraria, de guardar silencio sobre mis impresiones acaso más intensas, desde el momento en que afectan a la literatura rusa. Desde luego, en el fondo de esa decisión había un razonamiento justo, pero seguirlo al pie de la letra no sería justo, como ahora me doy cuenta, ante todo porque supondría atenerse al espíritu de la letra. Además, la obra literaria sobre la que he guardado silencio hasta ahora, a mi juicio no es sólo una obra literaria, sino más bien un *hecho* de una importancia muy distinta. Puede que me exprese con una ingenuidad excesiva, pero no puedo dejar de decir lo siguiente: ese *hecho* —mi impresión de esa novela, de esa obra ficción, de ese «poema»— coincidió en mi alma, esa primavera, con el acontecimiento capital de la declaración de la guerra en la que estamos inmersos, y ambos hechos, ambas impresiones, se relacionaron en mi cabeza, pues encontré sorprendentes puntos de contacto. En lugar de reiros de mí, os ruego que me escuchéis con mayor atención.

En muchos aspectos mis convicciones son puramente eslavófilas, aunque tal vez no sea un eslavófilo de los pies a la cabeza. Hasta la fecha a los eslavófilos se los interpreta de distintas maneras. Para unos, incluso hoy día, la doctrina eslavófila no es más que el *kvas* y los rábanos, como en los viejos tiempos de Belinski, por poner un ejemplo. Belinski *realmente* no iba más lejos en su concepción de la doctrina eslavófila. Para otros (y, debo señalar, para muchos otros, tal vez incluso para la mayoría de los propios eslavófilos), la doctrina eslavófila representa la aspiración a la liberación y unión de todos los eslavos bajo el liderazgo supremo de Rusia, un liderazgo que no tiene por qué ser estrictamente político. Y, en fin, para un tercer grupo de personas la doctrina eslavófila representa e implica, además de esa unión de los eslavos bajo el liderazgo de Rusia, la alianza espiritual de todos los que creen que nuestra gran Rusia, a la cabeza de los eslavos unidos, dirá al mundo entero, a toda la humanidad y civilización europeas, su palabra nueva y saludable, una palabra que el mundo no ha oído jamás. Esa palabra redundará en beneficio de una verdadera unión de toda la humanidad en una alianza nueva, fraternal y universal, cuyos principios fundamentales se encuentran ya en el genio de los eslavos y, por encima de todo, en el espíritu del gran pueblo ruso, que durante tanto tiempo ha sufrido y durante tantos siglos ha sido condenado al silencio, pero que siempre ha conservado poderosas fuerzas para la clarificación y la solución de muchos amargos y fatídicos malentendidos de la civilización occidental. A esa última categoría de convencidos y creyentes pertenezco yo.

Tampoco en este caso hay motivo para las risas y las burlas: esas palabras son antiguas, esa fe se remonta a tiempos remotos; el solo hecho de que esa fe no haya muerto ni esas palabras hayan enmudecido, sino que, por el contrario, cada vez

resuenen con más fuerza, ampliando su círculo y ganando nuevos adeptos, nuevos partidarios convencidos, ese solo hecho debería llevar a los adversarios y escarnecedores de esa *doctrina* a considerarla con algo más de seriedad y abandonar esa animosidad vana y petrificada. Pero dejémoslo ahí por el momento. El caso es que en primavera dio comienzo nuestra gran guerra por una gran aspiración que, tarde o temprano, a pesar de los fracasos pasajeros que demoran la solución del conflicto, acabará haciéndose realidad, aunque la presente guerra no permita esa plasmación plena que nosotros deseáramos. La aspiración que perseguimos con esta guerra es tan grande que Europa, incapaz de comprenderla, se muestra indignada de nuestra *perfidia*, pues no puede creer lo que declaramos al iniciar la guerra, y no tiene más remedio que tratar de perjudicarnos de cualquier manera y con todos los medios que están a su alcance, uniéndose a nuestro enemigo en una alianza política —aunque no de forma manifiesta y formal— para dañarnos y combatirnos, aunque sea de manera secreta, en espera de una confrontación abierta. ¡Y todo se debe, naturalmente, a las intenciones y objetivos que hemos declarado! «La gran águila oriental planea sobre el mundo y sus alas resplandecen en las cumbres de la cristiandad.» No busca someter, conquistar o ampliar sus fronteras, sino liberar, socorrer a los oprimidos y desamparados, darles una nueva vida para su propio bien y el de la humanidad. Pueden hacerse todos los cálculos que se quieran, considerar el asunto con el mayor escepticismo, pero en el fondo ése es nuestro objetivo, ese mismo, y eso es lo que Europa no acaba de creer. Y no os quepa duda de que lo que le asusta no es tanto el supuesto reforzamiento de Rusia como el hecho de que sea capaz de afrontar tales empresas y objetivos. Prestad especial atención a ese detalle. Empezar algo que no comporte un beneficio directo para uno mismo a Europa le parece tan inusitado y tan ajeno a las prácticas internacionales que, naturalmente, acoge el proceder de Rusia no sólo como la conducta bárbara de una nación «atrasada, brutal e ignorante», capaz de cometer la *estupidez* y la *vileza* de embarcarse en los tiempos que corren en algo semejante a las cruzadas de los siglos oscuros, sino incluso como un acto inmoral, peligroso para Europa, que podría amenazar su elevada civilización. Y ahora os pregunto: ¿qué países europeos nos profesan en estos momentos una estima especial? Hasta nuestros *amigos*, nuestros amigos declarados y formales, por decirlo de alguna manera, afirman abiertamente que *se alegran de nuestros reveses*. Una derrota de los rusos les causa más placer que sus propias victorias; las anhelan y las disfrutan. En cuanto a nuestros éxitos, hace mucho tiempo que esos amigos se han puesto de acuerdo para emplear todas sus fuerzas en sacar más beneficio de las victorias de Rusia que la propia Rusia...

Pero de ese tema nos ocuparemos más adelante. Ahora estaba hablando, en particular, de la impresión que todos los que creen en el grandioso futuro y el significado universal de Rusia debieron llevarse esta primavera, después de la declaración de guerra. Esa guerra inaudita, que se emprende para dar vida y libertad a los débiles y oprimidos, no para quitárselas; ese objetivo de guerra tan generoso, del

que el mundo hace tiempo que no tenía noticias, surgió de pronto, para todos los que creen en nuestro país, como un hecho que confirmaba su fe de manera solemne y memorable. Ya no era un sueño o una conjetura, sino una realidad que *empezaba a cumplirse*. «Si ya ha empezado a cumplirse, acabará plasmándose todo, hasta esa gran palabra nueva que Rusia, a la cabeza de una alianza eslava, dirá a Europa. En verdad, esa palabra ya se ha pronunciado a medias, aunque Europa es tan incapaz de comprenderla que pasará mucho tiempo antes de que pueda creer en ella.» Eso es lo que pensaban los «creyentes». Sí, la impresión fue solemne y memorable, y, como no podía ser de otra manera, la fe de los creyentes se templó y se reforzó aún más. No obstante, la obra iniciada era tan grande que incluso los creyentes se vieron asaltados por inquietantes preguntas: «¡Rusia y Europa! Rusia desenvaina la espada contra los turcos, pero quién sabe, acaso tenga que luchar también con Europa... ¿y no es algo prematuro? Enfrentarse a Europa no es lo mismo que enfrentarse a los turcos, y no es algo que deba hacerse sólo con la espada». Así lo han entendido siempre los creyentes. Pero ¿estamos preparados para esa otra confrontación? Es verdad que la palabra ya se ha pronunciado a medias, pero, dejando a un lado a Europa, ¿la entendemos nosotros mismos? Nosotros, los creyentes, profetizamos, por ejemplo, que sólo Rusia dispone de los elementos necesarios para resolver la cuestión fatídica a la que se enfrenta toda Europa, la de nuestros hermanos desheredados, y sin lucha y sin derramamiento de sangre, sin odios y sin maldad, pero que esa palabra sólo la pronunciará cuando Europa nade en su propia sangre, porque hasta ese momento nadie en Europa la escucharía, y en caso de escucharla, no la entendería en absoluto. Sí, nosotros los creyentes creemos eso; pero, por el momento, ¿qué nos responden en Rusia nuestros propios compatriotas? Nos responden que todo eso no son más que elucubraciones exaltadas, arrebatos místicos, sueños descabellados, desvaríos, y nos piden pruebas, evidencias sólidas, hechos indiscutibles. Y por ahora, ¿qué podemos mostrarles en apoyo de nuestras *profecías*? ¿La emancipación de los campesinos, ese hecho que aún sigue sin comprenderse de manera generalizada como un paso más en la manifestación de la fuerza espiritual rusa? ¿El carácter innato y natural de nuestra fraternidad, que en nuestros días se libera cada vez más de todo lo que la ha oprimido durante siglos, a pesar de la basura y el fango con que en la actualidad se topa a cada paso, que ensucian y distorsionan sus rasgos, volviéndolos irreconocibles? Pero supongamos que mostramos esas cosas: nos responderán que son otra manifestación de nuestros arrebatos místicos, de nuestros sueños descabellados, no hechos; que esos ejemplos pueden interpretarse de maneras muy diversas y encontradas, que aún no están en condiciones de probar nada. Eso es lo que nos responderá casi todo el mundo; y es el caso que nosotros, que tan mal nos entendemos y tan poca fe tenemos en nosotros mismos, nos disponemos a enfrentarnos a Europa. ¡A Europa, esa cosa sagrada y terrible! Y no podéis imaginaros, señores, lo querida que es Europa para nosotros, soñadores eslavófilos —aunque, según vosotros, la odiamos—. ¡Europa, esa tierra de santas maravillas! No podéis imaginaros lo queridas que nos resultan

esas «maravillas» y como amamos y veneramos, con un amor y una veneración más que fraternales, a las grandes razas que la habitan, así como todos sus grandes y hermosos logros. No podéis imaginaros cuántas lágrimas derramamos y cómo se nos encoge el corazón, cómo nos atormentamos y nos alarmamos cuando pensamos en el destino de esas regiones tan queridas y *cercanas*, y cómo nos asustan esos nubarrones de tormenta que van cubriendo su horizonte. Vosotros, señores europeizantes y occidentalistas, jamás habéis amado tanto a Europa como nosotros, soñadores eslavófilos, aunque según vosotros somos sus enemigos jurados. Sí, esa tierra nos es querida, futura conquista pacífica del gran espíritu cristiano preservado en Oriente... Y lo que más tememos en el posible enfrentamiento con Europa, en el transcurso de la presente guerra, es que Europa no nos comprenda y que, como antes, como siempre, nos reciba con altanería, con desprecio y con su espada, como si fuéramos bárbaros salvajes, indignos de hablar en su presencia. Sí, preguntémonos, ¿qué le diremos o le mostraremos para que nos entienda? Por lo visto, seguimos teniendo muy pocas cosas que le resulten *comprensibles* y por las que pueda respetarnos. Nuestra idea fundamental y principal, nuestra incipiente «palabra nueva» tardará mucho, muchísimo tiempo en comprenderlas. Necesita hechos que pueda comprender *ahora*, que sean inteligibles para su *actual* punto de vista. Nos preguntará: «¿Dónde está vuestra civilización? ¿Puede discernirse alguna estructura económica en medio de ese caos que vemos en vuestro país? ¿Dónde está *vuestra* ciencia, *vuestro* arte, *vuestra* literatura?».

III

ANNA KARÉNINA COMO HECHO DE ESPECIAL IMPORTANCIA

Y hete aquí que en esa misma época, es decir, una tarde de la pasada primavera, me encontré en la calle con uno de mis escritores predilectos^[86]. Nos vemos muy poco, una vez cada varios meses, y siempre por casualidad, cuando menos lo esperamos, en plena calle. Es uno de los miembros más prominentes de ese grupo de cinco o seis hombres de letras a los que suele llamarse, no sé por qué razón, «la pléyade»^[87]. Al menos la crítica, siguiendo en eso a los lectores, los ha situado aparte y por encima de los demás escritores, y eso desde hace ya bastante tiempo... siempre el mismo grupo de cinco: «la pléyade» no se amplía. Me gusta toparme con ese novelista a quien tanto aprecio y estimo, y me alegra demostrarle, entre otras cosas, que no creo ni quiero creer que esté viejo, como él mismo afirma, y que no volverá a escribir. De cualquier breve conversación con él extraigo siempre alguna reflexión sutil y clarividente. En esa ocasión teníamos muchas cosas que comentar, pues la guerra ya había comenzado. Pero él, sin preámbulo alguno, se puso a hablar directamente de *Anna Karénina*. Yo acababa de leer la séptima parte de la novela, la última que apareció en *El Mensajero Ruso*. Mi interlocutor es un hombre que no suele dar

muestras de entusiasmo. No obstante, en esta ocasión, me sorprendió la firmeza y la apasionada insistencia de su opinión sobre *Anna Karénina*.

—Es una obra sin precedentes, de primer orden. ¿Cuál de nuestros escritores puede rivalizar con su autor? Y en Europa, ¿quién puede presentar algo semejante? En el curso de los últimos años, y aun antes, ¿ha aparecido en alguna de sus literaturas una obra que aguante la comparación?

Lo que más me sorprendió en su juicio, que yo compartía plenamente, fue que esa referencia a Europa no podía venir más a propósito, teniendo en cuenta las preguntas e incertidumbres que en aquel momento nos asaltaban a muchos de nosotros. Ese libro adquirió a mis ojos las dimensiones de un hecho capaz de responder por nosotros ante Europa, ese hecho tan buscado que pudiéramos mostrar a Europa. Ya sé que algunos proclamarán entre risas que no es más que una obra literaria, una simple novela, que resulta ridículo exagerar de ese modo y presentarse ante Europa con una novela. Ya sé que clamarán y se reirán, pero no os preocupéis: no exagero y veo las cosas como son. Sé muy bien que no es más que una novela, que sólo es una gota de lo que nos hace falta; pero en mi opinión, lo importante en este caso es que esa gota ya existe, que es una realidad, que está ahí; en consecuencia, si ya existe, si el genio ruso ha podido engendrar ese *hecho*, es evidente que no está condenado a la impotencia, que puede crear, que puede ofrecer *algo propio*, que puede empezar a pronunciar *su propia* palabra y acabar de decirla cuando lleguen el momento y las circunstancias oportunas. Además, es mucho más que una gota. Ah, no estoy exagerando: se muy bien que no sólo en un miembro cualquiera de esa pléyade, sino en toda ella en su conjunto, no encontraréis lo que, hablando en sentido estricto, suele llamarse una fuerza creadora, genial. En toda nuestra literatura sólo hay tres genios incontestables, que hayan pronunciado incuestionablemente una «palabra nueva»: Lomonósov^[88], Pushkin y en parte Gógol. Y toda la pléyade de la que estamos hablando (incluyendo el autor de *Anna Karénina*) surge directamente de Pushkin, uno de los rusos más grandes, al que, sin embargo, aún estamos lejos de comprender y analizar a fondo. Hay en Pushkin dos ideas principales; ambas incluyen un modelo de la misión y los objetivos futuros de Rusia, y, en consecuencia, del destino que nos aguarda. La primera idea es la *universalidad* de Rusia, su receptividad, la genuina, incuestionable y profunda afinidad de su genio con los genios de todos los tiempos y de todos los pueblos del mundo. Pushkin expresa esa idea no como una mera indicación, doctrina o teoría, no como una ensoñación o una profecía, sino que la pone *en práctica*, la plasma para siempre en sus geniales creaciones, que son su más clara demostración. Es un representante del mundo antiguo; también es un alemán y un inglés profundamente consciente de su genio y de la ansiedad de sus aspiraciones (*El festín durante la peste*); es, asimismo, un poeta del Oriente. A todos esos pueblos les ha dicho y les ha anunciado que el genio ruso los conoce, que los ha comprendido, que los siente cerca, como un hermano, que puede *reencarnarse* en ellos en toda su plenitud, que el espíritu ruso es el único al que se le ha concedido la universalidad,

así como la misión futura de asimilar y unir las distintas nacionalidades y eliminar todas sus contradicciones. La otra idea de Pushkin es la vuelta al pueblo, la decisión de depositar todas sus esperanzas en su fuerza; el convencimiento, que adquiere el carácter de legado, de que en el pueblo y sólo en él encontraremos la integridad del genio ruso y la conciencia de su misión. Y eso, una vez más, Pushkin no se limita a señalarlo, sino que es el primero en ponerlo en práctica. Sólo con él se inicia en nuestro país una vuelta verdadera y consciente al pueblo, algo que habría sido inconcebible incluso antes de las reformas de Pedro el Grande. Todos los miembros de nuestra *pléyade* actual han trabajado siguiendo sus orientaciones; ninguno de ellos ha dicho nada *nuevo* después de él. De cualquiera de sus logros se advierten ya esbozos o trasuntos en Pushkin. Además, no han elaborado más que una pequeña parte de lo que él les había indicado. No obstante, han desplegado en su labor tal derroche de energías, tal profundidad y precisión que Pushkin, sin duda, los reconocería como herederos. Desde luego, la idea que subyace en *Anna Karénina* no es nueva y no carece de ejemplos en nuestro país. No cabe duda de que en su lugar podríamos mostrar a Europa directamente su fuente, es decir, al propio Pushkin, como la prueba más evidente, sólida e irrefutable de la originalidad del genio ruso y de su derecho a alcanzar el más alto significado mundial, plenamente humano y unificador, en el futuro. (Por desgracia, por más que nos esforcemos en demostraciones, pasará mucho tiempo antes de que Europa lea a nuestros autores, y cuando los lea, tardará mucho tiempo en comprenderlos y apreciarlos. En realidad, no está en condiciones de apreciarlos, no porque carezca de la capacidad necesaria, sino porque para ella constituimos un mundo totalmente distinto, como si nos hubiésemos caído de la luna, de suerte que hasta les resulta difícil reconocer nuestra existencia. Lo sé muy bien, y si hablo de «mostrar a Europa», lo hago solamente pensando en el derecho que nos asiste a defender nuestra originalidad frente a Europa.) En cualquier caso, *Anna Karénina* es una obra de arte perfecta y ha aparecido en el momento oportuno; no hay nada en las literaturas europeas contemporáneas que se le pueda comparar; por otro lado, la idea de la novela contiene algo nuestro, *muy nuestro*, precisamente aquello que nos diferencia del mundo europeo, aquello que constituye nuestra «nueva palabra» nacional, al menos en sus inicios: una palabra que no se escucha en Europa y que, sin embargo, le es muy necesaria, a pesar de su orgullo.

No puedo meterme aquí a hacer crítica literaria, así que me limitaré a decir unas pocas palabras. En *Anna Karénina* se examinan los conceptos de la culpa y de la transgresión humanas. Los personajes se nos muestran bajo condiciones anormales. El mal existe antes que ellos. Atrapados en un torbellino de mentiras, los hombres transgreden las normas y se pierden irremisiblemente. Como puede verse, se trata de uno de los temas más viejos y más dilectos de Europa. Pero ¿cómo resuelve Europa esa cuestión? Por lo general, la resuelve de dos maneras. Primera solución: la ley es promulgada, sancionada, formulada y establecida en el curso de milenios. El mal y el bien han sido definidos, sopesados; sus dimensiones y sus grados han sido

determinados a lo largo de la historia por los sabios de la humanidad, mediante un trabajo incesante sobre el alma humana y una indagación, en alto grado científica, sobre el alcance de las fuerzas unificadoras de la sociedad humana. A ese código así elaborado se exige una observancia ciega. Quien no lo acata, quien lo transgrede, lo paga con su libertad, con su hacienda, con su vida; lo paga de un modo literal e inhumano. «Ya sé —confiesa esa civilización— que es una actitud ciega, cruel e imposible, ya que no hay modo de elaborar una fórmula definitiva para la humanidad cuando se encuentra a mitad de su camino, pero, como no hay otra salida, conviene atenerse a lo que está escrito, y de un modo literal e inhumano; de otro modo, las cosas irán aún peor. Al mismo tiempo, a pesar de lo anormal y absurdo de la estructura a la que damos el nombre de gran civilización europea, debemos procurar que las facultades del espíritu humano se preserven sanas e intactas, que la sociedad no pierda la fe de que se encamina a la perfección, que no se atreva a pensar que se ha eclipsado el ideal de lo bello y lo sublime, que los conceptos de bien y mal se han pervertido y desfigurado, que las convenciones han acabado ocupando el lugar de la norma razonable, que la sencillez y la naturalidad se están perdiendo, aplastadas por una acumulación constante de mentiras.» La segunda solución proclama lo contrario: «Dado que la sociedad adolece de una construcción anormal, no puede pedirse a los seres humanos que sean responsables de las consecuencias de sus actos. En definitiva, el criminal está exento de toda responsabilidad y el crimen, por el momento, no existe. Para acabar con los crímenes y la culpabilidad humana, hay que poner fin a la anormalidad que aqueja a la sociedad y a su estructura. Dado que enderezar el estado de cosas existente supone un proceso largo y desesperado, y que además no se han encontrado los remedios adecuados, conviene destruir toda la sociedad y barrer el orden antiguo para, a continuación, levantarlo todo de nuevo, sobre la base de otros principios, aún desconocidos, pero que no pueden ser peores que los que informan el orden actual; al contrario, ofrecen muchas posibilidades de éxito. Nuestra principal esperanza descansa en la ciencia». He ahí la segunda solución: esperar el hormiguero futuro y entre tanto anegar la tierra en sangre. El mundo de Europa occidental no ofrece otras soluciones al problema de la culpa y de la transgresión humanas.

En cambio, en el juicio del autor ruso sobre la culpa y la transgresión humanas queda perfectamente claro que ningún hormiguero, ningún triunfo del «cuarto estado», ninguna abolición de la pobreza ni ninguna organización del trabajo librerá a la humanidad de la anormalidad y, en consecuencia, de la culpabilidad y la transgresión. Todo eso se expresa en una monumental exploración del alma humana, con una profundidad y una fuerza terribles, con un realismo en la representación artística inédito hasta la fecha entre nosotros. En ese libro queda perfectamente demostrado que el mal está arraigado en el hombre mucho más hondo de lo que los curanderos socialistas suponen; que ninguna estructura social puede eliminar el mal; que el alma humana no cambiará nunca; que la anormalidad y el pecado tienen su

asiento en esa misma alma; y, por último, que las leyes del espíritu humano siguen siendo tan poco conocidas, tan oscuras para la ciencia, tan indeterminadas y tan misteriosas que no hay ni puede haber curanderos, ni siquiera jueces *definitivos*, sólo Aquel que dice: «A mí me corresponde la venganza y el pago»^[89]. Sólo Él conoce *todo* el secreto de este mundo y el destino final del hombre. En cuanto al hombre, aún no puede aventurarse a resolver nada con el orgullo de su infalibilidad; no se han cumplido los tiempos ni los plazos. El juez humano debe saber que no es el juez definitivo, que él mismo es un pecador, que la balanza y la medida serán un absurdo en sus manos *a menos que* él mismo, al tomarlas en su mano, no se incline ante la ley del misterio aún insoluble y no recurra a la única salida: la misericordia y el Amor. Pero, para que el hombre no caiga en la desesperación, incapaz de conocer su camino y su destino y persuadido de la inevitabilidad misteriosa y fatal del mal, se le muestra una salida, indicada de manera genial por el poeta en una admirable escena de la penúltima parte de la novela, la escena de la enfermedad mortal de la heroína, cuando transgresores y enemigos se transforman de pronto en seres superiores, en hermanos que se lo perdonan todo, en seres que, mediante el perdón mutuo, se desembarazan de la mentira, de la culpa y del delito, y, en consecuencia, se absuelven unos a otros, plenamente conscientes de que tienen derecho a ello. Pero después, al final de la novela, en el cuadro sombrío y terrible de la caída de un alma humana, seguida paso a paso, de la descripción de ese irresistible estado de ánimo en que el mal, habiéndose apoderado de un ser humano, pone trabas a cada uno de sus movimientos, paraliza toda capacidad de resistencia, todo pensamiento, todo deseo de luchar con las tinieblas que caen sobre el alma y que ésta, conscientemente, con deleite, con la pasión de la venganza, acepta en lugar de la luz; en ese cuadro hay un ejemplo tan vigoroso para un juez humano, para aquel que tiene en sus manos la balanza y la medida, que no puede dejar de exclamar, lleno de espanto y de perplejidad: «No, no siempre me corresponden la venganza y la retribución», y no imputará cruelmente al criminal caído en las tinieblas el hecho de haber desdeñado el camino que eternamente nos señala la luz y haberlo rechazado *conscientemente*. Al menos, no se atenderá al espíritu de la letra.

Dado que disponemos de obras literarias concebidas y ejecutadas con tanta fuerza, ¿por qué no habríamos de tener también, *más adelante, nuestra propia* ciencia y nuestras propias soluciones económicas y sociales? ¿Por qué nos niega Europa nuestra originalidad, la capacidad de decir *nuestra propia* palabra? He ahí la cuestión que surge por sí misma. Sería ridículo suponer que la naturaleza sólo nos ha dotado de talento literario. Todo lo demás depende de la historia, de las circunstancias, de las condiciones temporales. Así, al menos, podrían razonar nuestros rusos europeos, mientras aguardan el juicio de los europeos de Europa...

IV

UN HACENDADO RECIBE LA FE EN DIOS DE UN CAMPESINO

Ahora que he expresado mis sentimientos, puede que se entienda cuánto me ha afectado la deserción de semejante escritor, su alejamiento de la gran causa común de Rusia y el paradójico infundio que lanza sobre el pueblo en la malhadada octava parte, publicada en tomo aparte. Simplemente le retira sus más preciadas cualidades y le despoja del sentido principal de su vida. Habría encontrado muchísimo más satisfactorio que nuestro pueblo no hubiera alzado la voz en todas partes a favor de sus hermanos, que sufren por su fe. Sólo en ese sentido niega los hechos, a pesar de las evidencias. Desde luego, todo eso lo expresan los personajes ficticios de su novela, pero, vuelvo a repetirlo, detrás de ellos asoma con toda claridad el propio autor. Ciertamente es un libro sincero y que el autor habla con el corazón. Hasta los asuntos más espinosos (y los hay) se deslizan como por casualidad, de manera que, a pesar de lo espinosos que puedan ser, uno se los toma al pie de la letra, sin sospechar la menor mala intención. Sin embargo, sigo pensando que ese libro no es nada inocente. Naturalmente en estos momentos no puede ejercer ninguna influencia, más allá de ofrecer un nuevo respaldo a las opiniones de un grupito muy concreto. Pero el hecho de que semejante autor escriba esas cosas es muy triste. Es triste para el futuro. Pero entremos en materia: quiero exponer mis objeciones y señalar lo que más me ha sorprendido.

En primer lugar me gustaría decir unas palabras sobre Levin, sin duda el héroe principal de la novela; en él se expresan los aspectos positivos, en una especie de contraste con todas las anormalidades que han causado el sufrimiento y la ruina de los demás personajes de la novela; es evidente que el autor lo ha elegido para que exprese todas esas cosas. Y sin embargo, Levin no ha alcanzado la perfección; siempre le falta algo, y el autor ha tenido que ocuparse de esa cuestión y resolverla, para que Levin no siguiera suscitando dudas e interrogantes. Más adelante comprenderá el lector por qué me detengo en ese punto, en lugar de pasar directamente al argumento principal.

Levin es feliz, la novela acaba en su momento de mayor gloria, pero aún le falta la paz interior, la paz del espíritu. Le atormentan las cuestiones eternas del hombre: Dios, la vida eterna, el bien y el mal, etc. Le atormenta no ser creyente y no hallar reposo allí donde todo el mundo lo encuentra, es decir, en el interés material, en la deificación de su propia persona o de sus propios ídolos, en la vanidad y demás. Una señal de grandeza de espíritu, ¿no es cierto? Pero no podía esperarse menos de Levin. Por lo visto, Levin ha leído mucho: conoce las obras de los filósofos, de los positivistas y de los simples naturalistas. Pero nada le satisface; al contrario, le confunde aún más, de manera que, en el tiempo libre que le deja la administración de la hacienda, corre a los bosques y florestas, se enfada e incluso no estima a Kitty como se merece. Y he aquí que un día se topa con un campesino que, al hablarle de

otros dos campesinos llamados Mitiuja y Fokanich, de prendas morales muy distintas, se expresa del siguiente modo^[90]:

—[...] ¡Cómo no va a sacar provecho Mitiuja! No para de apretar hasta que obtiene lo que se le debe. No tiene piedad por ningún cristiano; en cambio, el tío Fokanich no es capaz de despellejar a nadie. En un caso ofrecerá un préstamo; en otro, una rebaja. Y a veces no reclama lo que se le debe, porque es un buen hombre.

—Pero ¿por qué perdona las deudas?

—Pues porque no todas las personas son iguales; hay quien vive sólo para sus necesidades, como por ejemplo Mitiuja, que sólo piensa en llenar la andorga, mientras que Fokanich es un anciano justo. Vive para su alma y no se olvida de Dios.

—¿Qué quieres decir con eso de que no se olvida de Dios y de que vive para su alma? —exclamó Levin, casi gritando.

—Pues qué va a ser, que se atiene a la verdad, a la palabra de Dios. No todas las personas son iguales. Tampoco usted le hace daño a nadie.

—¡Bueno, bueno, adiós! —dijo Levin, con la respiración entrecortada por la emoción y, dando media vuelta, cogió su bastón y se alejó a grandes pasos en dirección a su casa.

No obstante, volvió a internarse en el bosque, se tendió al pie de unos álamos temblones y se puso a reflexionar, casi en estado de éxtasis. Había encontrado la palabra, resuelto todos los enigmas seculares, y eso gracias a las palabras sencillas de un campesino: «Vivir para el alma, no olvidarse de Dios». Está claro que el campesino no le había dicho nada nuevo: todas esas cosas las sabía ya desde hacía tiempo. Pero el campesino le había sugerido la idea y apuntado la solución en el momento más delicado. Sigue luego una serie de consideraciones de Levin, muy atinadas y expresadas con gran finura. La idea de Levin puede resumirse así: ¿por qué buscar mediante la inteligencia lo que la vida misma nos *ha dado*, aquello que hay en cada hombre en el momento de nacer y que, aun sin quererlo, debe seguir y de hecho sigue? Todo hombre nace con conciencia, con una noción del bien y del mal, y, en consecuencia, con un fin concreto en la vida: vivir para el bien y no desear el mal. Y lo mismo vale para el campesino que para el señor; para el francés que para el ruso o el turco: todos honran el bien (aunque muchos de ellos de una forma muy peculiar). «Pero yo —se dice Levin— quería conocer todo eso mediante las matemáticas, la ciencia, la razón, o estaba esperando algún milagro, cuando todo eso se me ha concedido de balde, ha nacido conmigo.» Y de lo que se da de balde no hay pruebas directas: todo el mundo comprende o puede comprender que hay que *amar al prójimo como a uno mismo*. Ese conocimiento, en esencia, contiene toda la *ley* humana, tal como nos la anunció el propio Cristo. No obstante, ese conocimiento es innato; en definitiva, se nos ha concedido como una gracia, pues la razón jamás podría proporcionárnoslo: ¿por qué? Pues porque «amar al prójimo», si se analiza con la razón, es irracional.

¿De dónde he sacado eso? —se pregunta Levin—. ¿Me ha probado la razón que debo amar al prójimo y no estrangularlo? Me lo dijeron cuando era niño, y *yo lo creí con alborozo*, porque me decían algo que estaba en mi alma. Pero ¿quién lo ha descubierto? No la razón. La razón ha descubierto la lucha por la existencia y la ley que exige estrangular a cualquiera que se interponga en la satisfacción de mis deseos. He ahí la deducción de la razón. Pero el amor al prójimo la razón no puede descubrirlo, porque

es irracional.

Más adelante Levin rememora una escena reciente con unos niños. Los niños se habían puesto a cocer frambuesas en tazas al calor de una vela y a beber leche a chorros. Cuando su madre los sorprendió en plena faena, les explicó que si estropeaban la vajilla y malgastaban la leche, no les quedaría ni una cosa ni la otra. Pero no cabe duda de que los niños no la creyeron, pues no podían imaginarse «el verdadero valor de las cosas que disfrutaban y, por tanto, no podían entender que estaban destruyendo sus propios medios de subsistencia».

Todo eso es de lo más normal —pensaron—, pero carece de interés y de importancia, pues siempre ha sido y será así. Todo es siempre lo mismo. Ni siquiera hay que pensar en ello, pues es algo que nos viene dado; y nosotros queremos inventar algo propio, algo nuevo. Por eso se nos ocurrió poner las frambuesas en una taza y cocerlas al calor de una vela, así como beber la leche a chorros. Es algo divertido y nuevo, y en ningún caso peor que beber de la taza.

¿Acaso no es lo mismo que hacemos nosotros, lo mismo que hago yo cuando trato de servirme de la razón para descubrir el significado de las fuerzas de la naturaleza y el sentido de la vida humana?, siguió pensando Levin.

¿Y acaso no es lo mismo que hacen todas las teorías filosóficas cuando tratan de llevar al hombre por el camino del pensamiento, un camino extraño y que le resulta ajeno, al conocimiento de algo que sabe desde hace tiempo, y además con tanta seguridad que sin eso no podría vivir? ¿No se advierte con toda claridad en el desarrollo de la teoría de cualquier filósofo que conoce de antemano, y de manera tan certera como el campesino Fiódor, en ningún caso con mayor claridad, el sentido principal de la vida y que sólo busca volver, por el incierto camino de la inteligencia, a lo que todos conocemos?

Supongamos que se dejara a los niños arreglárselas solos, fabricar sus propios platos, ordeñar a las vacas, etc. ¿Harían travesuras? Se morirían de hambre. ¿Pues que prueben a dejarnos solos a nosotros con nuestras pasiones y nuestros pensamientos, sin el concepto de un Dios único y creador! O sin el concepto de lo que es el bien, sin ninguna explicación de lo que es moralmente malo.

¡Tratad de construir algo sin esos conceptos!

No hacemos más que destruir, porque estamos espiritualmente saciados. ¡Igual que los niños!

En suma, las dudas han terminado; a partir de ahora Levin tiene fe. Pero ¿en qué? Todavía no lo ha definido con precisión, mas ya cree. No obstante, ¿es eso fe? Él mismo se plantea alegremente esa cuestión: «¿Acaso es eso fe?». Hay que suponer que todavía no. Más aún: es harto dudoso que los hombres como Levin puedan alcanzar una fe definitiva. A Levin le gusta considerarse pueblo, pero es el hijo de un señor, de un señor moscovita de clase media alta, cuyo historiador por antonomasia ha sido el conde L. Tolstói. El campesino no puede decir a Levin nada nuevo, pero en cualquier caso le sugiere la idea, y de esa idea arranca su fe. Eso solo debería haber hecho ver a Levin que de modo alguno es pueblo y que no puede decir de sí mismo: «Soy pueblo». Pero ya nos ocuparemos de esa cuestión más adelante. Sólo quiero decir que los hombres como Levin, por mucho que hayan vivido entre el pueblo o junto al pueblo, nunca se transformarán plenamente en pueblo; más aún, muchos de sus rasgos no los entenderán jamás. No basta con pensar que uno mismo forma parte del pueblo o con tratar de llegar a serlo mediante un acto de la voluntad, por lo demás bastante excéntrico. Puede ser un propietario, y un propietario laborioso, que conoce las faenas de los campesinos, es capaz de segar y enganchar una carreta y sabe que la

miel en panal se sirve con pepinillos frescos, pero, por mucho que lo intente, en su alma seguirán quedando rastros de lo que, a mi juicio, puede llamarse *ociosidad*, la misma ociosidad, física y espiritual que, por más que le pese, ha recibido en herencia y que, naturalmente, el pueblo descubre en cualquier señor, pues no lo ve con nuestros propios ojos. Pero de esa cuestión me ocuparé también más adelante. Y volverá a destruir su fe, la destruirá él mismo; no le durará mucho: de pronto surgirá cualquier nuevo escollo y todo se irá a pique. En sus primeros pasos por la vida, Kitty dio un traspiés; ahora bien, ¿por qué lo dio? Si tropezó, es que no podía dejar de hacerlo; no cabe la menor duda de que ese traspiés se debió a esta o aquella razón. Es evidente que en este caso todo dependió de leyes que pueden definirse con total precisión. Y si eso es así, resulta que la ciencia está por todas partes. ¿En qué lugar queda entonces la providencia? ¿Qué papel desempeña aquí? ¿Dónde está la responsabilidad humana? Y si la providencia no existe, ¿cómo puedo creer en Dios? Etcétera, etcétera. Coged una línea recta y seguidla hasta el infinito. En suma, esa alma honrada es el alma más ociosa y caótica que pueda imaginarse, de otro modo no sería un señor ruso cultivado de nuestra época, y además de las capas medio altas de la nobleza.

Todo eso lo prueba de forma brillante una hora después de haber adquirido esa nueva fe; trata de demostrar que el pueblo ruso no siente lo que pueden sentir todos los hombres; destruye el alma del pueblo de la manera más arbitraria; y, por si eso fuera poco, declara que él no siente ninguna compasión por el sufrimiento humano. Afirma que «no hay ni puede haber un sentimiento espontáneo a favor de los esclavos oprimidos», es decir, no sólo en él, sino en ningún ruso: «Yo también soy pueblo». En muy poca estima tiene al pueblo ruso. Y ese desdén, por lo demás, viene de antaño. Apenas ha pasado una hora desde la adquisición de la nueva fe y ya estamos otra vez cociendo frambuesas al calor de una vela.

CAPÍTULO TERCERO

II

TOUT CE QUI N'EST PAS EXPRESSÉMENT PERMIS EST DÉFENDU^[91]

La guerra le fue declarada a Turquía el año pasado no por Rusia ni en Rusia, sino en los países eslavos por los príncipes gobernantes eslavos, es decir, por los soberanos príncipe Milan de Serbia y príncipe Nikolái de Montenegro, que tomaron las armas contra Turquía por las persecuciones, atrocidades, saqueos y masacres inauditos infligidos a los eslavos dependientes de ellos, incluidos los herzegovinos, a quienes esas mismas atrocidades obligaron finalmente a levantarse contra sus opresores. Las

torturas y masacres inauditas que han sufrido los herzegovinos son de dominio público en toda Europa. Las noticias de esos horrores llegaron también a Rusia, donde primero las conocieron las clases cultivadas y finalmente el pueblo. Su carácter inusitado hizo que se difundieran por todas partes. Llegaron informaciones de que cientos de miles de personas, ancianos, mujeres embarazadas y niños abandonados, habían dejado sus hogares, cruzado la frontera de Turquía y buscado refugio en cualquier país vecino al que hubieran podido llegar, sin pan, sin techo, sin ropa, llevados por ese miedo puramente animal del instinto de conservación. Los príncipes, la Iglesia y los representantes eclesiásticos alzaron su voz en apoyo de esos desdichados y se pusieron a recaudar fondos. Nuestro pueblo también empezó a hacer donativos; las ofrendas confluyeron en lugares específicos, redacciones de revistas, secciones de antiguos comités eslavos: y en esa actividad no había nada ilegal, antigubernamental o inmoral. Al contrario, me atrevería a decir que no era más que una buena acción. Por otro lado, ni Rusia ni nadie en Rusia tiene la culpa de que esos príncipes eslavos hayan emprendido una guerra contra Turquía. Es verdad que uno de esos dirigentes, en concreto el príncipe Milan de Serbia, no era un gobernante plenamente independiente; más bien estaba sometido al sultán por ciertos vínculos de vasallaje, de suerte que en un periódico ruso le acusaron amargamente de ser un rebelde, por decirlo así, y, para cubrirlo de oprobio y de vergüenza, afirmaron que se había sublevado contra su «soberano». Pero, una vez más, eso sólo atañe al príncipe Milan, que es el único que debe responder. Ni Rusia ni nadie en Rusia ha declarado la guerra del año pasado; en consecuencia, no se ha causado ninguna ofensa al sultán. Cierto que entre tanto los donativos no dejaban de afluir, pero eso ya es otra cuestión. Mas he aquí que, de pronto, un general ruso que en ese momento no estaba en activo, hombre aún de mediana edad y que sólo ostentaba el grado de mayor-general, aunque había alcanzado cierta notoriedad por sus campañas anteriores, bastante felices, en Asia central, se trasladó por propia iniciativa a Serbia y ofreció sus servicios al príncipe Milan. Fue aceptado y enrolado, si bien no en calidad de comandante en jefe del ejército serbio, como pretendía un rumor muy persistente entre nosotros. Entonces empezaron a acudir voluntarios rusos, aunque sin duda no eran los primeros, pues ya los había habido antes, es decir, antes de la decisión de Chernáev; al mismo tiempo se intensificaron las recogidas de ofrendas, en las que participó toda Rusia. Sólo Dios sabe a cuánto ascendería el número de voluntarios a lo largo de todo el año anterior, aunque no pasaría de unos cuantos miles; no obstante, su partida para Serbia fue saludada por toda Rusia, sobre todo por el pueblo, el pueblo de verdad, no la chusma, como se empeña en afirmar el iracundo Levin; considera chusma a los voluntarios. Pero no hubo nada de eso; las cosas no se hicieron a escondidas, sino a plena luz del día; todo el mundo ha podido ver y convencerse, y todo el mundo, es decir, toda Rusia, ha considerado que se trataba de una buena obra. El pueblo ha dado muestras de tanta nobleza, sensibilidad y buen juicio que todo el movimiento popular del año pasado en beneficio de los eslavos quedará, sin ninguna duda, como una de las

páginas más hermosas de su historia. No obstante, defender al pueblo de los Levin, demostrar a éstos que no se trataba de ninguna chusma ni de alborotadores, sino, por el contrario, de hombres conscientes de su decisión... demostrar todo eso, en mi opinión, es totalmente superfluo e innecesario; más aún, hasta resulta ofensivo para el pueblo. Lo principal es que todo se ha hecho abiertamente, a la vista de todos: se han producido hechos sorprendentes, reveladores, que han sido registrados, que quedarán en la memoria y no se olvidarán, que no pueden ponerse en duda. Pero ya hablaremos del pueblo más adelante; en cuanto a los voluntarios, ¿cómo no iba a haber, junto a quienes se disponían a emprender un sacrificio supremo en beneficio del prójimo (como Kiréiev), algunos calaveras, aventureros, juerguistas, etc.? Hubo de todo, como siempre y en todas partes. A decir verdad, todavía no se ha hecho el recuento de los borrachos, juerguistas y gandules, si es que los hubo entre los voluntarios que marcharon a un lugar tan lejano a ofrecer su vida por una causa noble, de modo que no hay razón para pronunciar juicios tan contrarios e incluso infamantes. Pero afirmar que los voluntarios del año pasado eran *todos* unos juerguistas, unos borrachos y unos perdidos carece, cuando menos, de sentido, ya que, vuelvo a repetirlo, las cosas no se hicieron a escondidas, sino a la vista de todos. En cualquier caso, es evidente que el año pasado ningún ruso declaró la guerra a ninguna potencia vecina a espaldas del gobierno. Iván Ivánovich Ragósov y la condesa Lidia Ivánovna no habrían podido declarar la guerra a los turcos, aunque hubiesen querido. Más aún, ni siquiera reclutaron voluntarios, no atrajeron ni contrataron a nadie; cada uno fue de forma *plenamente voluntaria*, como todo el mundo sabe de sobra. Pero es cierto que ayudaron a los voluntarios, que además enviaron dinero a los países eslavos para socorrer a los desdichados, víctimas de mutilaciones y torturas, y, sobre todo, que ayudaron con su dinero a quienes se habían levantado en armas para defenderse. ¡Claro que es cierto! ¡E incluso lo hicieron con el ferviente deseo de que esas sanguijuelas turcas mordieran el polvo! ¡Sí, por supuesto que es cierto! Pero toda la cuestión se reduce a lo siguiente: ¿fue eso una declaración de guerra? Y, en caso de que no lo fuera, ¿había prohibido el gobierno todas esas actividades? Es decir, ¿había prohibido ayudar con dinero a quienes luchaban al lado de los cristianos y deseaban que los turcos mordieran el polvo? Una vez más pienso que esas actuaciones no estaban prohibidas, pues todo se hizo a plena luz del día; todos lo vieron, todos participaron, y los voluntarios recibieron su pasaporte para el extranjero de manos del propio gobierno. Por lo demás, no sé si habrá una ley que rece así: «Los particulares no pueden *tomar parte* en una guerra sin autorización del gobierno», es decir, no pueden entrar al servicio de un soberano extranjero sin una autorización especial de su gobierno. Es posible que exista realmente una ley de ese tipo, una ley muy antigua que aún no ha sido derogada; pero entonces el gobierno podría haber invocado esa ley. Así pues, ¿qué tiene que ver Levin con todo eso? ¿En qué medida le afecta? Y sin embargo, es precisamente eso lo que le preocupa.

—*Pardon, monsieur, mais il me semble que tout ce qui n'est pas expressément*

défendu est permis.

—*Au contraire, monsieur: tout ce qui n'est pas expressément permis est défendu.*

Lo que traducido viene a decir lo siguiente:

—Perdón, señor, pero me parece que todo lo que no ha sido expresamente prohibido está permitido.

—Al contrario, señor: todo lo que no ha sido expresamente permitido está prohibido.

He ahí un breve diálogo cómico, acaecido en Francia, entre un hombre de orden y otro de desorden. Pero ese portavoz del orden está encargado de mantener el orden; lo interpreta y lo defiende, tal es su función. En cambio, ¿qué podemos decir de Levin? ¿Es acaso un especialista en la materia? Todo el tiempo está temiendo que se conculque algún derecho. Y entre tanto el pueblo en su conjunto, compadeciéndose de los cristianos oprimidos, sabía de sobra que le asistía la razón y que no hacía nada que fuera contra la voluntad de su zar, con quien estaba de todo corazón. Sí, lo sabía. Y eso es lo que pensaban quienes equipaban a los voluntarios. Ninguno de ellos acariciaba, aunque fuera en secreto, la ridícula idea de que estaba actuando en contra de la voluntad del gobierno. Esperaba la palabra del zar con paciencia y gran esperanza, todos la presentían y no se han equivocado. En definitiva, la acusación de declaración de guerra carece de cualquier fundamento, se cae por su propio peso y no hay modo de sostenerla.

Pero Levin y el príncipe intentan exculpar al pueblo. Niegan categóricamente la participación del pueblo en el movimiento del año pasado y, en cambio, afirman con no menos rotundidad que el pueblo no entendió nada, que en realidad no podía entender nada, que todo había sido promovido de forma artificial por periodistas ávidos de suscriptores, que había sido fabricado deliberadamente por los Ragósov, etc.

—Las opiniones personales no significan nada en este caso —dijo Serguéi Ivánovich—. Las opiniones personales no cuentan cuando toda Rusia, el pueblo, ha declarado su voluntad.

—Pero perdóneme. Yo no lo veo así. El pueblo *no tiene la menor idea* —dijo el príncipe.

—Pero, papá... ¿cómo puedes decir eso? ¿Y el domingo en la iglesia? —dijo Dolly, que había seguido la conversación.

—¿Y qué es lo que pasó el domingo en la iglesia? Al sacerdote le *ordenaron* que leyera un papel. Y él lo hizo. Pero los feligreses *no entendieron nada*, emitieron unos suspiros, *como hacen siempre que escuchan un sermón* —prosiguió el príncipe—. Luego les dijeron que estaban recaudando fondos para una causa piadosa, y entonces ellos *sacaron su kopek* y lo dieron. Pero *ni ellos mismos saben* por qué lo hicieron.

Es una opinión absurda, que contradice los hechos, pero se explica fácilmente en boca del príncipe, uno de los antiguos tutores del pueblo, uno de los antiguos propietarios de siervos que, por bueno que sea, no puede menos que despreciar a sus siervos y considerarse infinitamente más inteligente que ellos. «Emitieron unos suspiros —dice— y no entendieron nada.» Pero he aquí la opinión de Levin que, al menos, no pertenece a la categoría de los antiguos propietarios de siervos:

—No necesito preguntar —dijo Serguéi Ivánovich—. Hemos visto y seguimos viendo a cientos y cientos de personas que lo dejan todo para servir una causa justa; acuden de todos los rincones de Rusia y expresan de forma clara y precisa su opinión y su objetivo. Contribuyen con unos céntimos o parten ellos mismos, diciendo sin ambages por qué lo hacen. ¿Qué significa eso?

—Significa, en mi opinión —dijo Levin, que empezaba a acalorarse—, que en un país de ochenta millones de habitantes, siempre habrá no cientos, como ahora, sino decenas de miles de personas *que han perdido su posición social, gente temeraria dispuesta a cualquier cosa, ya sea unirse a la banda de Pugachov o marchar a Jiva^[92] o a Serbia...*

—¡Te digo que no son cientos de individuos ni gente temeraria, sino los mejores representantes del pueblo! —exclamó Serguéi Ivánovich, tan alterado como si estuviera defendiendo sus últimos recursos—. ¿Y qué me dices de los donativos? Así expresa el pueblo su voluntad.

—La palabra «pueblo» es muy imprecisa —dijo Levin—. Puede que los escribanos provinciales, los profesores y tal vez uno de cada mil campesinos sepan lo que quiere decir. Los ochenta millones restantes, como Mijaílich, no sólo no manifiestan su voluntad, sino que ni siquiera tienen la menor idea de sobre qué deberían expresarla. Así pues, ¿qué derecho tenemos a decir que tal es la voluntad del pueblo?

Pero en general es necesario señalar aquí, de una vez para siempre, que la expresión «voluntad del pueblo» resulta totalmente inapropiada para referirse al movimiento del año pasado, y que no sirve para nada, precisamente porque no significa nada. No fue la voluntad del pueblo lo que quedó de manifiesto el año pasado, sino, en primer lugar, su inmensa compasión; en segundo, su celo por Cristo; y, en tercero, una suerte de penitencia, algo así como un ayuno: sí, podría expresarse en esos términos. Lo explicaré más abajo, pero ahora añadiré que me alegra mucho oír de labios de Levin expresiones como «unirse a la banda de Pugachov» y demás referidas a los voluntarios del año anterior. Al menos, ya no puedo atribuir esas opiniones al autor, lo que me produce una enorme satisfacción, pues me doy perfecta cuenta de que ejerce sus derechos de artista; ha comprendido maravillosamente que el acalorado hipocondríaco de Levin, en cuanto personaje literario creado por él, debía ser completamente fiel a su carácter en un momento determinado de la discusión, es decir, rematar con las injurias más ofensivas su juicio tanto sobre los voluntarios como sobre el pueblo ruso que los jalea. Sin embargo, dado que realmente se ha acusado al pueblo de estúpido y obtuso por su movimiento del año anterior y la alusión a la banda de Pugachov se ha repetido hasta la saciedad, he decidido que éste es el lugar apropiado para intentar explicar, de la manera más breve posible, cómo debemos entender el enigma del movimiento *consciente* que nuestro pueblo emprendió el año anterior en ayuda de los eslavos. Pues realmente en ciertos círculos se ha hecho un verdadero enigma de todo eso: «¿Cómo es posible —dicen— que un pueblo que hasta ayer no ha oído hablar de los eslavos y que no sabe nada —ni geografía ni historia—, de pronto haga acopio de todas sus fuerzas para ayudar a los eslavos? ¡Vaya una devoción tan repentina!». A ese argumento han recurrido no sólo ciertos círculos, sino también algunos ancianos canosos, como el viejo príncipe, que los han comentado en sus casinos; y, por lo que se ve, también satisface a Levin, ya que sirve de apoyo a su teoría sobre el carácter artificial del movimiento, creado por determinadas personas para lograr determinados objetivos. Ciertamente que Serguéi

Ivánovich se opone a Levin, presentándose como una especie de abogado defensor del carácter consciente del movimiento popular, pero defiende mal su causa, acaba también acalorándose, y, en general, como ya he dicho, aparece siempre bajo una luz cómica. Sin embargo, la cuestión del carácter consciente y razonado del sentimiento popular a favor de los cristianos oprimidos está tan clara y puede definirse con tanta precisión que no puedo resistir la tentación de explicar cómo, a mi modo de ver, debemos entenderla para evitar la confusión y, sobre todo, los *enigmas*.

III

DEL INFALIBLE CONOCIMIENTO QUE EL ILETRADO E INCULTO PUEBLO RUSO TIENE DE LA VERDADERA ESENCIA DE LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Desde el origen mismo del pueblo ruso y de su Estado, desde los tiempos en que la tierra rusa recibió el bautismo, no han dejado de surgir peregrinos deseosos de visitar los Santos Lugares, el Santo Sepulcro, el monte Athos, etc. Ya en tiempos de las cruzadas, un abad ruso viajó a Jerusalén, donde fue recibido afectuosamente por el rey Balduino, según cuenta con gran maestría en el relato de su viaje. Desde entonces las peregrinaciones a los Santos Lugares de Oriente han continuado hasta nuestros días. En Rusia, incluso en la actualidad, hay muchos monjes que han vivido en el monte Athos. Así pues, el pueblo ruso, ignorante y carente de cualquier instrucción —me refiero a los más oscuros mujiks de aldea—, sin saber nada de historia ni de geografía, están perfectamente enterados, y desde hace mucho tiempo, de que los Santos Lugares y todos los cristianos orientales que allí moran están en poder de impíos agarenos mahometanos, los turcos, y que la vida de los cristianos en todo el Oriente es extremadamente difícil y dura. El pueblo ruso lo sabe con dolor de su corazón; y uno de los rasgos históricos del pueblo ruso consiste en que siempre ha concedido un alto valor a la peregrinación a los Santos Lugares, concebida como un acto de penitencia. Su corazón siempre le ha empujado hacia allí: es un rasgo histórico. Gente sin un céntimo, ancianos, soldados licenciados y campesinas viejas que no saben una palabra de geografía, parten de sus aldeas con unas alforjas de mendicante al hombro, y a veces, después de pasar calamidades sin cuento, llegan realmente a Tierra Santa. Y luego, cuando regresan al terruño, sus paisanos escuchan con reverencia el relato de su peregrinación. En general, al pueblo ruso le gustan mucho las narraciones relativas a las «cosas de Dios». Los campesinos, sus hijos, y en las ciudades los artesanos y hasta los comerciantes escuchan esos relatos conmovidos y emocionados. Os planteo ahora una pregunta, a modo de ejemplo: ¿quién ha leído las *Vidas de santos*? En los conventos algún que otro monje y entre los laicos algún profesor por necesidad profesional o algún anciano excéntrico que observa el ayuno y acude a las vísperas. Hasta es difícil procurarse un ejemplar: hay

que comprarlo, pues cuando uno lo pide prestado en la parroquia se lo niegan. Pero creedme cuando os digo que el conocimiento de las *Vidas de santos* está muy extendido en toda la tierra rusa: ah, no de todo el libro, desde luego, pero al menos se tiene una idea de su espíritu. ¿Y por qué? Pues porque hay muchísimos narradores y narradoras de vidas de santos. Narran con gran maestría y precisión esas historias, sin añadir una sola palabra de su propia cosecha, y la gente los escucha con agrado. Yo mismo escuché de niño esos relatos antes incluso de aprender a leer. Más tarde los escuché hasta en el presidio, entre los criminales, que los oían y suspiraban. Esas historias no se transmiten por medio de libros, sino de viva voz. En esas narraciones y en las que se ocupan de los Santos Lugares el pueblo ruso encuentra algo penitencial y purificador, por decirlo de algún modo. Hasta la gente más infame y ruin, explotadores y usureros, sienten a veces el extraño e irresistible deseo de partir en peregrinación, de purificarse mediante los padecimientos y alguna noble acción, de cumplir una antigua promesa. Y si no viajan a Oriente, a Jerusalén, al menos encaminan sus pasos a los santos lugares rusos, a Kíev, a los taumaturgos de las islas Solovki. Nekrásov, cuando creó su gran «Vlas», no podía, como gran artista que era, imaginarse a su personaje de otro modo que como un peregrino penitente, cargado de cadenas. Es imposible no prestar atención a ese rasgo histórico de la vida de nuestro pueblo, aunque sólo sea porque no se observa en ningún otro pueblo de Europa. Es difícil decir qué saldrá de ahí, tanto más cuanto que nuestro pueblo se está instruyendo, gracias a las escuelas y los planes de alfabetización, y sin duda tendrá que afrontar nuevas cuestiones que podrían cambiar muchas cosas. Pero por ahora eso es lo único —me refiero a ese rasgo— que puede explicar *el enigma del carácter consciente* del movimiento popular del año pasado en apoyo de los «hermanos eslavos», como se decía oficialmente hace un año y como se dice ahora casi en tono de burla. En verdad, nuestro pueblo no sabía casi nada de los eslavos, y es posible que el porcentaje de los que habían oído hablar, muy por encima, de esos serbios, montenegrinos y búlgaros que comparten nuestra fe no fuera de uno por cada mil, como dice Levin, sino de uno por cada muchos miles. Pero en cambio nuestro pueblo, casi en su conjunto, o al menos *en su inmensa mayoría*, ha oído decir y sabe que algunos cristianos ortodoxos viven bajo el yugo de Mahoma, que sufren y padecen, y que incluso los lugares más santos, Jerusalén, el monte Athos, pertenecen a los infieles. Hará cosa de veinte años o más pudo oír hablar de los tormentos de los cristianos orientales y del sojuzgamiento de los Santos Lugares, cuando el difunto soberano inició contra Turquía y luego contra Europa la guerra que terminó en Sebastopol. También entonces, en los albores de la guerra, se habló en las altas esferas de los Santos Lugares, y puede que el pueblo no haya olvidado esas palabras. Además, las atrocidades contra los eslavos se iniciaron mucho antes de que estallara el movimiento del año pasado en su favor; de hecho, hacía casi un año que se hablaba y se escribía entre nosotros de esa cuestión; yo mismo oí cómo el pueblo se preguntaba ya entonces: «¿Es cierto que el turco ha vuelto a sublevarse?». Asimismo

hay otra consideración, aunque no inmediata, que en mi opinión ha contribuido a todo esto, es decir, al movimiento del año anterior: la propia época. Hace ya relativamente mucho tiempo que se produjo en nuestro país la emancipación de los siervos, y a lo largo de esos años, ¿qué es lo que ha visto el pueblo en su seno? Entre otras cosas, la propagación del alcoholismo, la proliferación y el reforzamiento de los campesinos ricos, el acoso de la pobreza y no pocas veces la impronta de la bestialidad en su cara. ¡Ah, es probable que sean ya muchos, muchos, quienes sienten el corazón encogido por una especie de angustia, una angustia penitente, una angustia que se acusa a sí misma, entreverada de un anhelo de algo mejor, algo sagrado...! Y de pronto se difunde el rumor de que a los cristianos se les maltrata y se les tortura por su fe, por su Iglesia, de que los cristianos dan su vida por Cristo y cargan con la cruz (ya que si consentían en renegar de la cruz y aceptaban el islam se les dejaría en paz y hasta se les recompensaría: todo eso el pueblo lo sabe de sobra). Se organizaron recogidas de donativos, luego se difundió el rumor de que un general ruso había partido para ayudar a los cristianos; más tarde empezaron a surgir voluntarios: todo eso conmovió al pueblo. Realmente fue una conmoción, como he dicho más arriba, una especie de *llamada a hacer penitencia y guardar ayuno*. Quien no podía ir en persona, entregaba los céntimos de que dispusiera, pero todos jalearon a los voluntarios, todo el mundo, toda Rusia. El viejo príncipe, que se encontraba en Carlsbad, no podía comprender ese movimiento y regresó, en el momento de su máximo apogeo, con una sonrisa burlona en los labios. Pero ¿qué podía comprender de Rusia y del hombre ruso ese vejstorio aficionado a los casinos? Levin, hombre inteligente, podría haber comprendido mucho más, pero le nubló el entendimiento la consideración de que el pueblo no sabe nada de historia ni de geografía, y, sobre todo, la indignación de que unos cuantos Ragóзов hubiesen declarado la guerra sin solicitar antes su opinión. Pero es el caso que no hubo declaración de guerra; en cuanto al pueblo, se apoderó de él una especie de sentimiento general de contrición y penitencia, un ansia de participar en algo santo, en la causa de Cristo y de quienes llevan celosamente su cruz: eso fue todo. Así pues, el movimiento en cuestión fue penitencial y a la vez histórico. Advertid que, cuando hablo de ese rasgo histórico del pueblo ruso, es decir, de su celo por «la causa de Dios», por los Santos Lugares, por los cristianos oprimidos y, en general, por todo lo que es *penitente y divino*, en ningún caso estoy alabando al pueblo ruso: ni lo alabo ni lo censuro, me limito a constatar un hecho *que puede explicar muchas cosas*. ¿Qué le vamos a hacer si tenemos semejante *rasgo histórico*? No sé qué saldrá de ahí, pero es muy posible que acabe saliendo algo. En la vida de los pueblos lo más importante siempre acaba concordando con sus particularidades nacionales más señaladas y características. Por ejemplo, *cada vez* que Rusia entra en guerra con el sultán, el rasgo histórico que he señalado más arriba parece producir en el pueblo una actitud conscientemente nacional hacia esa guerra, de modo que no debe sorprender la ardorosa participación del pueblo en ella, por mucho que no sepa historia ni geografía. Sabe lo que necesita saber. Ah, nuestro

pueblo es ignorante y analfabeto, no cabe duda, y hasta en sentido moral se le podrían decir muchas cosas altamente instructivas y reveladoras sobre ese rasgo histórico tan anticuado. Habría que explicarle que todas sus romerías y peregrinaciones no traslucen otra cosa que una comprensión mezquina de sus deberes y obligaciones; que no hay necesidad de ir tan lejos para buscar el bien; que más valdría que dejara de beber, pusiera atención en incrementar su hacienda, acumulase algunos medios económicos, dejara de pegar a su mujer, se interesara por las escuelas, las carreteras y demás; en definitiva, que contribuyera de alguna manera a que Rusia, su patria, empezara de una vez a parecerse a otras «naciones europeas desarrolladas». Por último, podría explicarse al peregrino que Dios no tiene necesidad de su romería a los Santos Lugares, dado que no redundaría en su propio beneficio, ni en el de su familia ni el de nadie, sino que más bien constituye un perjuicio, ya que el peregrino, al partir para tan largo viaje, abandona su hogar y su patria, y además para satisfacer un fin egoísta, la salvación de su alma, cuando sería mucho más grato a Dios que empleara sus horas de asueto en alguna obra útil al prójimo: cultivar el huerto, cuidar de los terneros, etc., etc. En suma, se le podrían decir muchas cosas oportunas; pero ¿qué puede hacerse si ese rasgo histórico y esa ansia de bien han adoptado en nuestro pueblo *casi esa única forma*, esto es, una forma *penitencial*, ya sea a modo de peregrinación o de sacrificio? Al menos, mientras espera las «luces» de la instrucción, Levin, que es un hombre inteligente, podría tomar en consideración *ese rasgo histórico* de nuestro pueblo. Podría comprender, al menos, que muchos voluntarios, así como el pueblo que los jalea, actuaban movidos por buenos propósitos, pensaban que estaban haciendo una buena obra (¡sobre ese punto no cabe la menor disputa!), y eran, en cualquier caso, dignos representantes del pueblo, no de una «cultura deslumbrante», desde luego, pero en ningún caso gente perdida, cabezas huecas, chusma, alborotadores, sino al contrario, tal vez la flor y nata del pueblo. Toda esa empresa se desarrolló abiertamente como una causa cristiana, y para muchos, para muchísimos, fue en lo más profundo de su alma una obra purificadora y penitencial. ¡Y al actuar de ese modo, ninguno de ellos se sintió culpable ante el zar! Al contrario, todos sabían que en su piadoso corazón el zar liberador hacía causa común con su pueblo. Todos esperaban con emoción y esperanza que el zar expresara su voluntad, que dejara oír su voz, mientras nosotros, nosotros, retirados en nuestros rincones, nos regocijábamos de que el gran pueblo ruso hubiera justificado la inmensa y eterna esperanza que habíamos depositado en él. En consecuencia, ¿cómo se puede comparar, en el sentido que sea, el noble y humilde proceder de ese pueblo con la banda de Pugachov, la comuna y demás? Sólo un hipocondríaco como Levin, cuyo grado de irritación llega al paroxismo, puede afirmar tal cosa. ¡A lo que puede llevar la susceptibilidad!

IV
EL OFUSCAMIENTO DE LEVIN. UNA CUESTIÓN: ¿EJERCE ALGUNA INFLUENCIA LA DISTANCIA EN EL AMOR A LA HUMANIDAD? ¿PUEDE COMPARTIRSE LA OPINIÓN DE UN PRISIONERO TURCO SOBRE LA HUMANIDAD DE CIERTAS DAMAS RUSAS? Y, POR ÚLTIMO, ¿QUÉ NOS ENSEÑAN NUESTROS MAESTROS?

Pero el ofuscamiento de Levin va más lejos: afirma machacona y terminantemente que «*no se da ni puede darse un sentimiento espontáneo de compasión*» por los sufrimientos de los eslavos. Serguéi Ivánovich dice:

—[...] No ha habido declaración de guerra, sólo la expresión de un sentimiento humano, cristiano. Están matando a hermanos nuestros, de la misma sangre y de la misma fe. Supongamos que no sean hermanos ni correligionarios, sino sencillamente mujeres, ancianos y niños; el sentimiento se subleva, y los rusos hacen cuanto pueden para ayudar a poner fin a esos horrores. Imagínate que vas por la calle y ves que un borracho está pegando a una mujer o a un niño; no creo que te pararas a preguntar si se le había declarado la guerra o no a ese hombre, sino que te abalanzarías sobre él para defender a la víctima.

—Pero no lo mataría —dijo Levin.

—Sí, lo matarías.

—No lo sé. Si viera una escena de ese tipo, me dejaría llevar por un sentimiento inmediato; *pero no puedo decirlo de antemano*. Y en el caso de la opresión de los eslavos, no se da ni puede darse ese sentimiento inmediato.

—Puede que sea así para ti, pero no para los demás —dijo Serguéi Ivánovich, frunciendo el ceño con aire descontento—. En el pueblo se conservan vivas diversas leyendas sobre cristianos ortodoxos que sufren bajo el yugo de los «impíos agarenos». El pueblo ha oído hablar del sufrimiento de sus hermanos y ha levantado la voz.

—Es posible —dijo Levin de manera evasiva—, pero yo no lo veo; *yo también soy pueblo y no siento eso*.

Y de nuevo: «Yo también soy pueblo». Vuelvo a repetirlo: hace apenas dos horas que el tal Levin acaba de recibir su fe de un campesino, o al menos se figura que éste le ha revelado el modo de creer. No estoy alabando al campesino ni rebajando a Levin y no pretendo ponerme a juzgar ahora cuál de esos dos modos de creer es mejor, qué estado de ánimo es más elevado y desarrollado, etc., etc. Pero convendréis conmigo, vuelvo a repetirlo, en que ese solo hecho debería bastar para que Levin comprendiera que hay una diferencia *esencial* entre el pueblo y él. No se cansa de decir: «Yo también soy pueblo». Pero ¿por qué está tan seguro de que él también es pueblo? Porque sabe enganchar una carreta, porque sabe que los pepinillos con miel están muy ricos. ¡Vaya gente! ¡Y qué petulancia, qué orgullo, qué arrogancia!

Y sin embargo, no es eso lo más importante. Levin asegura que *no se da ni puede darse un sentimiento espontáneo por los eslavos oprimidos*. Se le replica que «el pueblo ha oído hablar de los sufrimientos de sus hermanos y ha alzado su voz», y él responde: «Puede ser, pero yo no lo veo; ¡yo también soy pueblo y *no siento eso!*».

¿Se refiere a que no siente compasión? Advertid que la discusión entre Levin y

Serguéi Ivánovich sobre la compasión y el sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos se desarrolla de manera algo sesgada, como con la intención de conceder la victoria a Levin. Serguéi Ivánovich, por ejemplo, pone todo su empeño en afirmar que si Levin saliera a la calle y viera que un borracho está pegando a una mujer, se abalanzaría sobre él para defenderla. «¡Pero no lo mataría!», objeta Levin. «Sí, lo matarías», insiste Serguéi Ivánovich, y es evidente que dice una bobada, pues para socorrer a una mujer maltratada por un borracho no hace falta matar a este último. Se la puede proteger sin llegar a esos extremos. Y, sobre todo, aquí no se trata de una reyerta callejera; la comparación es falsa y carece de fundamento. Están hablando de los esclavos, de las atrocidades, de las torturas y de los asesinatos a que son sometidos, y Levin sabe de sobra que es de los esclavos de lo que están hablando. En consecuencia, cuando dice que no sabe si prestaría ayuda, que no ve ni *siente nada*, etcétera, está reconociendo que no siente compasión por los sufrimientos de los esclavos (ni por los de una mujer golpeada por un borracho), al tiempo que insiste en que no se da ni puede darse un sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos. Eso es literalmente lo que dice.

Aquí nos encontramos con un hecho psicológico bastante interesante. El libro se publicó hace dos meses y medio, y hace dos meses y medio se sabía ya perfectamente que los innumerables relatos sobre las torturas incontables y los tormentos de los esclavos decían la pura verdad, una verdad que ahora pueden atestiguar miles de observadores y testigos oculares de todas las naciones. Lo que hemos sabido a lo largo de los últimos dieciocho meses sobre las atrocidades infligidas a los esclavos supera los desvaríos de la mente más enferma y enloquecida. En primer lugar, se sabe que esas matanzas no son casuales, sino sistemáticas, instigadas deliberadamente y alentadas por todos los medios. Los muertos se cuentan por miles y por decenas de miles. Las torturas han alcanzado tal grado de refinamiento que jamás hemos leído ni oído nada semejante. Desollaban vivos a los padres en presencia de sus hijos; a los niños de pecho los lanzaban al aire delante de sus madres y los cogían después con la punta de la bayoneta; a las mujeres se las violaba y a continuación se las apuñalaba; y lo peor de todo, a los niños se les torturaba y se les insultaba. Levin dice que no siente *nada* (!) y afirma acaloradamente que no se da ni puede darse un sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos. Pero me atrevo a asegurarle al señor Levin que ese sentimiento puede darse y que yo mismo he sido testigo más de una vez. Por ejemplo, he visto a un señor a quien no le gusta hablar de sus sentimientos, pero que al oír cómo a un niño de dos años le traspasaron los ojos con una aguja en presencia de su hermana y después lo empalaron, de suerte que murió lentamente y estuvo dando gritos mucho tiempo; ese señor, al oír ese caso, casi se puso enfermo, se pasó toda la noche en vela y dos días más tarde se encontraba aún tan deprimido y destrozado que no podía ocuparse de sus tareas. Me atrevo a asegurarle también al señor Levin que ese caballero es un hombre honrado y de lo más respetable, que dista mucho de ser un despojo y mucho menos un bandido de la banda de Pugachov. Sólo

quería comentar que puede darse un sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos, y además muy intenso, y en todas las capas de la sociedad. Pero Levin insiste en que *no se da ni puede darse* y en que él no siente *nada*. Para mí es un enigma. Por supuesto que hay individuos totalmente insensibles, groseros y perversos. Pero se diría que Levin no es uno de ellos; se le describe como un hombre muy sensible. ¿No se tratará simplemente de un efecto de la distancia? En efecto, en algunas naturalezas se observa una peculiaridad *psicológica* que les lleva a razonar más o menos así: «Yo no lo veo; todo eso sucede tan lejos que no puedo sentir nada». Bromas aparte, imaginaos que el planeta Marte estuviera habitado y que sus moradores les sacaran los ojos a los niños. Puede que aquí en la Tierra no nos diera pena, al menos no mucha. Y es probable que lo mismo suceda en la Tierra, cuando hay grandes distancias de por medio: «¡Ah, todo eso sucede en el otro hemisferio, no en el nuestro!». Puede que el individuo en cuestión no lo diga explícitamente, pero es lo que siente, es decir, no siente *nada*. En ese caso, si la distancia ejerce realmente una influencia tan importante en los sentimientos humanitarios, es inevitable no hacerse esta otra pregunta: «¿A qué distancia se desvanece el amor a la humanidad?». Y Levin, en verdad, representa un gran enigma en lo que respecta al amor a la humanidad. Afirma sin ambages que *no sabe* si mataría:

Si viera una escena de ese tipo, me abandonaría a un sentimiento inmediato, pero no puedo decirlo de antemano.

¡En definitiva, que no sabe lo que haría! Y sin embargo, es un hombre sensible, y en su condición de tal se resiste a matar... a un turco. Imaginaos la siguiente escena: Levin ya se encuentra allí, con el rifle y la bayoneta calada, y a dos pasos de él un turco se apresta con voluptuosidad a sacarle los ojos con una aguja a una criatura a la que ya tiene en brazos. La hermanita del pequeño, una niña de siete años, grita y se abalanza como loca sobre el turco tratando de arrebatárselo a su víctima. Y ahí está Levin, pensativo y vacilante.

«No sé qué hacer. No siento nada. Yo también soy pueblo. No se da ni puede darse un sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos.»

No, en serio, ¿qué haría después de todo lo que nos ha dicho? ¿Cómo no iba a salvar al niño? ¿Acaso dejaría que lo torturara? ¿Acaso no lo arrancaría cuanto antes de las garras de ese villano turco?

—Sí, se lo arrebataría, pero entonces tal vez tendría que propinarle un fuerte golpe al turco.

—¡Pues propínaselo!

—¡Que se lo propine! ¿Y si no quiere entregarme al niño y desenvaina su sable? En ese caso tal vez tendría que matar al turco.

—¡Pues máttalo!

—¡No! ¡Cómo voy a matarlo! No, no puedo matar al turco. No, mejor que le

saque los ojos al niño y lo torture. Yo me voy a buscar a Kitty.

Así procedería Levin, como se desprende claramente de sus convicciones y de todo lo que dice. Pues afirma sin ambages que *no sabe* si ayudaría a una mujer o a un niño si para ello tuviera que matar a un turco. De los turcos le da muchísima pena.

—Hace veinte años habríamos callado —dice Serguéi Ivánovich—, pero ahora se oye la voz del pueblo ruso, que está dispuesto a alzarse como un solo hombre y a sacrificarse por sus hermanos oprimidos; es un gran paso y una muestra de fuerza.

—Pero no se trata sólo de sacrificarse, sino de matar turcos —dijo tímidamente Levin—. El pueblo ofrece donativos y está dispuesto a hacer más sacrificios en beneficio de su alma, pero no en nombre del crimen...

O sea, dicho en otras palabras: «Toma, niña, acepta este dinero que donamos en beneficio de nuestra alma, pero deja que le saquen los ojos a tu hermanito. No se puede matar a un turco...».

Y más adelante el autor mismo dice de Levin:

No podía aceptar que decenas de hombres, entre ellos su propio hermano, tuvieran derecho a decir, basándose en lo que les habían contado unos centenares de voluntarios venidos de la capital, unos picos de oro, que tanto ellos como la prensa expresaban la voluntad y el pensamiento del pueblo, y además un pensamiento *que encontraba su expresión en la venganza y el asesinato*.

Eso es injusto: aquí no puede hablarse de *venganza* de ningún tipo. En estos momentos estamos en guerra con esos turcos sedientos de sangre y sólo oímos hablar de las mayores muestras de humanidad por parte de los rusos. Hasta me atrevería a decir que pocos ejércitos europeos se habrían comportado con semejante enemigo como lo está haciendo el nuestro. Hace poco, dos o tres de nuestros periódicos sugirieron que acaso fuera conveniente, precisamente para reducir las atrocidades, tomar represalias contra los turcos cuando se demostrara de manera fehaciente que eran responsables de sevicias y torturas. Matan prisioneros y heridos después de someterlos a suplicios inauditos, como cortarles la nariz y otros miembros. Han surgido entre ellos especialistas en el exterminio de niños de pecho, expertos que cogen al pequeño por las dos piernas y al punto lo dividen en dos, entre el regocijo y las carcajadas de sus compañeros *bashibuzuks*. Esa nación, cuyo gusto por la vileza y la falacia no conoce límites, niega las atrocidades que ha cometido. Los ministros del sultán aseguran que es imposible que hayan dado muerte a los prisioneros, ya que «el Corán lo prohíbe». Hace poco el emperador alemán, un soberano con sentimientos humanitarios, rechazó indignado la queja oficial y mentirosa, aireada a los cuatro vientos, que los turcos presentaron por las supuestas atrocidades rusas y declaró que no creía una sola palabra. Se diría que no es posible actuar humanamente con esa nación infame, pero eso es lo que estamos haciendo. Hasta me atrevo a exponer mi opinión personal de que sería mejor no tomar represalias contra los turcos convictos de asesinato de prisioneros y heridos. No creo que tal medida mitigara su crueldad. Dicen que ya ahora, cuando caen prisioneros, tienen una expresión aterrorizada y

recelosa, pues están *firmemente convencidos* de que les van a cortar la cabeza en ese mismo instante. Sería mejor que el comportamiento humano y magnánimo de los rusos a lo largo de esta guerra no se viera empañado por actos de represalia. Pero no se puede tolerar que les saquen los ojos a los niños, y para acabar definitivamente con todas esas barbaridades hay que liberar cuanto antes a los oprimidos, y quitarles de una vez para siempre las armas a los tiranos. Y no hay razón para que se preocupen ustedes: en cuanto los desarmemos, se pondrán a vender batas y jabones, como nuestros tártaros de Kazán, a los que ya me he referido; ahora bien, para arrebatarnos las armas, es necesario entablar combate. Pero combate y venganza no son la misma cosa. Que Levin no se preocupe por el turco.

Tampoco tendría que haberse preocupado por él el año pasado. ¿Es que no conoce al ruso, al soldado ruso? Hasta han aparecido reportajes en los que se afirma que a nuestro soldado se le visto más de una vez compartir su rancho con los prisioneros, alimentarlos, consolarlos, aunque en el fragor de la batalla pueda traspasar con su bayoneta al infame enemigo. Y creedme cuando os digo que ese soldado lo sabe todo del turco; sabe que si él hubiera caído en sus manos, ese mismo prisionero turco le habría cortado la cabeza para componer con ella, en unión de otras, una media luna, en cuyo centro destacaría una infamante estrella compuesta de otras partes del cuerpo. Todo eso lo sabe el soldado y, sin embargo, alimenta a los prisioneros turcos, extenuados por el combate. «También son hombres, aunque no sean cristianos.» El corresponsal de un diario inglés, al contemplar tales hechos, exclamó: «Éste es un ejército de caballeros». Y Levin debería saber mejor que otros que sin duda es un ejército de caballeros. Cuando los búlgaros, en algunas ciudades, preguntaron a su alteza el comandante en jefe^[93] qué debían hacer con los bienes de los turcos huidos, éste les respondió: «Reunid esos bienes y conservadlos hasta que vuelvan; labrad sus campos y cosechadlos, reservándoos un tercio del grano como remuneración por vuestro trabajo». También esas palabras son dignas de un caballero; vuelvo a repetir que Levin no tendría por qué preocuparse del turco: ¿dónde está la venganza? ¿Dónde las represalias? Por encima de todo, Levin, que tan bien conoce la sociedad rusa, podría concluir que al turco lo salvará nuestro falaz europeísmo y el absurdo, artificial y simplista sentimentalismo tan frecuente en nuestros círculos cultivados. ¿Ha oído hablar Levin de esas señoras rusas que arrojan flores a los prisioneros turcos conducidos en vagones y les ofrecen tabaco caro y dulces? Se ha publicado que un turco, al volver a ponerse en marcha el tren, gargajeó ruidosamente y lanzó un enérgico escupitajo sobre ese grupo de humanitarias señoras rusas que agitaban sus pañuelos en señal de despedida. Desde luego, es difícil estar totalmente de acuerdo con la opinión de ese insensible turco, y Levin puede considerar que las atenciones que esas señoras prodigaban a los turcos no eran más que una muestra de sentimentalismo histérico y falso europeísmo liberal: «¡Mirad qué humanitarias somos, a qué grado ha llegado nuestro europeísmo y cómo sabemos manifestarlo!». Pero ¿acaso el propio Levin no predica y manifiesta el mismo simplismo, el mismo

sentimentalismo europeo? Nuestros soldados matan turcos en la guerra, en combate leal, no para *vengarse*, sino simplemente *porque* no hay otra manera de arrebatarnos sus infames armas. Y lo mismo sucedía el año pasado. Si no les quitaran las armas y, para no tener que matarlos, se retiraran, al momento volverían a cortarles los pechos a las mujeres y a sacarles los ojos a los niños. ¿Qué hacer entonces? ¿Dejar que sigan sacando ojos con tal de no matar a ningún turco? Pero eso supone una perversión de los conceptos; eso es caer en el sentimentalismo más estúpido y grosero; eso es de un simplismo desafortunado; eso representa una perversión total de la naturaleza. Además, el soldado que está obligado a matar al turco arriesga su propia vida y se expone a sufrir torturas y tormentos. ¿Es que el pueblo ruso sólo se ha levantado en armas para vengarse y matar? ¿Y cuándo se ha visto que socorrer a personas que están siendo masacradas y exterminadas en distritos enteros, a mujeres violadas y a niños que no tienen a nadie en el mundo que los defienda; cuándo se ha visto que eso se considere una acción grosera, ridícula, casi inmoral, y que se atribuya a sed de venganza y de sangre? ¡Y semejante insensibilidad va de la mano del sentimentalismo! ¿Acaso el propio Levin no tiene un hijo pequeño al que quiere con toda su alma? ¿Es que no se convierte cada sesión de baño del pequeño en un acontecimiento en toda la casa? ¿Cómo no sangra su corazón cuando oye y lee esas noticias de matanzas masivas, de niños descalabrados que se arrastran junto a sus madres violadas, asesinadas, con los pechos cortados? Eso sucedió en una iglesia búlgara, donde se encontraron doscientos cadáveres en esas condiciones después de que la ciudad fuera saqueada. Levin lee todo eso y se queda meditabundo:

—Kitty está hoy de buen humor y ha comido con apetito; hemos bañado al niño, que ya empieza a reconocermelo. ¿Qué me importa a mí lo que pasa en el otro hemisferio? *No se da ni puede darse un sentimiento espontáneo por los esclavos oprimidos*, por eso no siento *nada*.

¿Es así como termina Levin su epopeya? ¿Es a él a quien el autor quiere presentarnos como modelo de hombre honrado y justo? Los hombres como el autor de *Anna Karénina* son los instructores de la sociedad, nuestros instructores; nosotros no somos más que sus discípulos. Pero ¿qué es lo que nos enseñan?

CAPÍTULO SEGUNDO

I

UNA MENTIRA SE PALÍA CON OTRA

En una ocasión Don Quijote, el famosísimo Caballero de la Triste Figura, el más generoso caballero que ha conocido el mundo, el alma más cándida y uno de los corazones más grandes, deambulando con su fiel escudero Sancho en busca de aventuras, fue presa de cierta perplejidad que le mantuvo meditabundo un buen rato. Le había dado por pensar que a menudo los grandes caballeros de antaño, empezando por Amadís de Gaula, cuyas historias se han conservado en esos libros veraces a más no poder llamados novelas de caballerías (por cuya adquisición Don Quijote no había dudado en vender algunos de los mejores acres de su modesta hacienda), que a menudo esos caballeros, en el transcurso de sus andanzas, tan útiles para todo el mundo y tan gloriosas, se habían encontrado de manera repentina e inesperada con ejércitos enteros, hasta de cien mil guerreros, enviados por una potencia malvada, por magos perversos y envidiosos que querían impedirles a toda costa que alcanzaran su noble objetivo y pudieran reunirse de una vez con sus hermosas damas. Lo habitual era que el caballero, al toparse con tan monstruoso ejército de malandrines, desenvainara su espada, invocara el nombre de su dama para recabar su apoyo espiritual y a continuación arremetiera contra sus enemigos, sin dejar uno solo con vida. Se diría que la cosa está muy clara, pero a Don Quijote le asaltaron algunas dudas sobre la siguiente cuestión: de repente le pareció imposible que un solo caballero, por muy fuerte que fuera y por más mandobles que prodigara con su victoriosa espada durante una jornada entera, sin cansarse, pudiera derribar a cien mil enemigos, y en un solo encuentro. Para matar a un hombre se requiere cierto tiempo; y para acabar con cien mil se requiere bastante más; por muchos mandobles que aseste, una sola persona no logrará tal propósito en el transcurso de unas cuantas horas y de una tacada. Sin embargo, en esos libros verídicos se afirmaba que tales hazañas se habían consumado en un solo encuentro. ¿Cómo era posible?

He resuelto el enigma, amigo Sancho —dijo por fin Don Quijote—. Todos esos gigantes, todos esos malignos hechiceros eran fuerzas impuras, y sus ejércitos compartían ese carácter mágico e impuro. Es de suponer que esos ejércitos no estaban compuestos por hombres de carne y hueso como nosotros. Tales hombres no eran más que una ilusión, un producto de la magia, y, con toda probabilidad, sus cuerpos no se parecían a los nuestros, sino más bien a los de las babosas, los gusanos y las arañas, por ejemplo. Así pues, la espada firme y afilada del caballero, esgrimida por su poderosa mano, al caer sobre esos cuerpos, los traspasaba al instante, casi sin ninguna resistencia, como si cortara el aire. En

ese caso, de un solo mandoble podía atravesar, efectivamente, tres o cuatro cuerpos, e incluso diez, si estaban muy apretujados. Así se entiende que el asunto se resolviera con tanta rapidez y que un caballero pudiera en verdad aniquilar en unas horas a ejércitos enteros de criaturas malignas y monstruos...^[94]

En ese pasaje el gran poeta y conocedor de los hombres ha reparado en uno de los aspectos más profundos y misteriosos del alma humana. ¡Ah, estamos hablando de un gran libro, no de esos que se escriben en nuestros días! Libros así sólo se le conceden a la humanidad cada varios siglos. Y en cada página de ese libro se encuentran observaciones sobre los aspectos más profundos de la naturaleza humana. Señalemos al menos el siguiente hecho: ese Sancho, personificación del sentido común, de la prudencia, de la astucia y del justo medio, acaba convirtiéndose en amigo y compañero del hombre más loco del mundo. ¡Precisamente él y no otro! Todo el tiempo está embaucándolo y engañándolo como a un niño, y a la vez está plenamente convencido de su gran inteligencia, le conmueve en lo más íntimo su grandeza de alma, cree a pies juntillas en todos los sueños fantásticos del gran caballero y ni una sola vez pone en duda que acabará entregándole una ínsula. ¡Cuán de desear sería que nuestra juventud conociera a fondo esas grandiosas producciones de la literatura universal! No sé lo que enseñan ahora en las clases de literatura, pero el conocimiento de ese libro, el más grande y más triste de cuantos ha creado el genio humano, elevaría sin duda el alma de los jóvenes merced a la grandeza de su pensamiento, despertaría en su corazón profundos interrogantes y contribuiría a apartar su espíritu de la adoración del eterno y estúpido ídolo de la mediocridad, la fatuidad autosatisfecha y la insulsa sensatez. El hombre no olvidará llevar consigo ese libro, el más *triste* de todos, el día del Juicio Final. Mostrará el más profundo y fatal misterio del hombre y de la humanidad, revelado por ese libro. Mostrará que la más sublime belleza del hombre, su más sublime pureza, su castidad, su inocencia, su gentileza, su valentía y, por último, su inteligencia más sublime, más de una vez (ay, por desgracia muy a menudo) se pierden sin haber reportado ningún beneficio a la humanidad, convirtiéndose incluso en objeto de burlas, simplemente porque todos esos nobilísimos y preciadísimos dones, que tan a menudo se conceden al hombre, no se acompañan del don más importante; a saber, el *genio* necesario para dominar toda la riqueza y el poder de esos dones, y para dirigir y encauzar todo su potencial hacia una actividad juiciosa, no fantástica y descabellada, que redunde en bien de la humanidad. Pero, ay, el genio se concede en tan escasa cantidad a las razas y a los pueblos y es tan raro que el espectáculo de esa ironía maligna del destino, que tan a menudo convierte los esfuerzos de algunos de los hombres más nobles y de los más fervientes filántropos en blanco de burlas, risas y pedradas, simplemente porque en el momento decisivo no han logrado discernir el verdadero sentido de las cosas y encontrar su *palabra nueva*; ese espectáculo de la pérdida infructuosa de fuerzas tan nobles y cuantiosas puede llevar a la desesperanza, en verdad, a más de un amigo de la humanidad, suscitando no ya risas, sino lágrimas amargas, acibarando para siempre

su corazón, hasta entonces puro y creyente, con el veneno de la duda...

No obstante, sólo quería señalar ese curiosísimo rasgo que, junto a centenares de observaciones no menos profundas, Cervantes reveló en el corazón humano. El más soñador de los hombres, que lleva hasta la locura su fe en el sueño más fantasioso que pueda imaginarse, de pronto se ve asaltado por una duda y una perplejidad que está a punto de dar al traste con su fe. Y lo curioso es lo que le hace vacilar: no la absurdidad de lo que constituye la base de su locura, no la absurdidad de creer en caballeros andantes que recorren el mundo por el bien de la humanidad, no la absurdidad de los prodigios mágicos relatados en esos «libros verídicos», sino una circunstancia secundaria, externa y totalmente particular. ¡Ese hombre fantástico de pronto *siente nostalgia del realismo*! No es la aparición de ejércitos mágicos lo que le desconcierta: ah, eso no le suscita ninguna duda. ¿Cómo iban a dejar constancia de su valor esos grandes y magníficos caballeros si no se les enviaran todas esas pruebas, si no existieran esos gigantes envidiosos y esos hechiceros malignos? El ideal del caballero andante es tan elevado, tan hermoso y útil y ha conquistado hasta tan punto el corazón del noble Don Quijote que se le ha vuelto totalmente imposible renunciar a esa fe, pues eso equivaldría a traicionar su ideal, su deber y su amor a Dulcinea y a la humanidad. (Cuando renuncia, cuando se cura de su locura y *recupera la razón*, a la vuelta de su segunda salida, en la que resulta vencido por el inteligente y sensato bachiller^[95] Sansón Carrasco, escéptico y sarcástico, no tarda en morir, plácidamente, con una triste sonrisa, consolando al lloroso Sancho, distinguiendo a todos con el inmenso amor que encierra su santo corazón y comprendiendo, no obstante, que ya no le queda nada por hacer en este mundo.) No, lo que le desconcierta simplemente es esa consideración indiscutible y matemática de que, por mucho que blanda su espada un caballero y por grande que sea su fuerza, no es posible derrotar a un ejército de cien mil hombres en unas horas, ni siquiera en un día, no dejando uno solo con vida. Y sin embargo, así está escrito en esos libros verídicos. En consecuencia, lo que allí se dice es mentira. Y si una cosa es falsa, todo es falso. Entonces, ¿cómo salvar la *verdad*? Y he aquí que para salvar la verdad inventa otra ilusión, pero dos veces, tres veces más fantástica, tosca y absurda que la primera: se imagina cientos de miles de hombres ficticios con cuerpo de molusco, que la espada afilada del caballero puede traspasar con rapidez y facilidad diez veces mayores que un cuerpo humano corriente. De esa manera *el realismo* queda satisfecho, *salvada la verdad*, y él ya puede creer, sin sombra alguna de duda, en la ilusión primera y principal; y todo eso, una vez más, merced únicamente a una segunda ilusión bastante más absurda, que inventa con la única intención de amparar *el realismo* de la primera.

Preguntaos a vosotros mismos: ¿no os ha sucedido lo mismo acaso un centenar de veces a lo largo de vuestra vida? Os encapricháis de algún sueño, idea, teoría o convicción, os choca algún hecho externo o, en fin, os hechiza una mujer. Aspiráis al objeto de vuestro amor con todas las fuerzas de vuestra alma. En verdad, por muy ciegos que estéis, por mucho que os engañe vuestro corazón, si hay en ese objeto de

vuestro amor una mentira, una *alucinación*, algo que habéis exagerado y distorsionado llevados de vuestra pasión y de vuestro impulso inicial —únicamente para convertirlo en vuestro ídolo y adorarlo—, no cabe duda de que sois conscientes de ello en lo más profundo de vuestro ser; la duda os atosiga, atormenta vuestro espíritu, se insinúa a cada momento y os impide vivir tranquilos con vuestro adorado sueño. Pues bien, ¿no os acordáis, no os confesáis siquiera a vosotros mismos cómo de pronto conseguisteis tranquilizaros? ¿No es verdad que inventasteis un nuevo sueño, una nueva mentira, quizá incluso terriblemente tosca, pero en la que os apresurasteis a creer de buena gana, por la única razón de que disipaba vuestra duda primigenia?

CAPÍTULO SEGUNDO

I

EL SUICIDIO DE HARTUNG Y NUESTRA ETERNA CUESTIÓN: ¿QUIÉN ES CULPABLE?

Todos los periódicos rusos han comentado recientemente (y siguen comentando) el suicidio del general Hartung, en Moscú, durante la sesión del Tribunal Provincial, un cuarto de hora después de conocer que el jurado lo había declarado culpable. Así pues, creo que todos los lectores del *Diario* están más o menos enterados de ese sorprendente y trágico suceso y que no es necesario entrar en detalles. En sus aspectos fundamentales los hechos son los siguientes: un hombre con un cargo importante y de la mejor sociedad se conchabó con un antiguo sastre llamado Sanftleben, a la sazón prestamista y usurero, y no sólo porque se viera obligado a pedirle prestado dinero, sino casi en calidad de amigo; por ejemplo, había aceptado convertirse en su albacea, y al parecer de muy buena gana. Luego, al morir Sanftleben, se produjeron algunos sucesos escandalosos: un talonario desapareció de no se sabe dónde; en flagrante vulneración de las prescripciones legales, Hartung se llevó a su domicilio letras de cambio, títulos y documentos. Según ha quedado demostrado, Hartung se puso de acuerdo con una parte de los herederos en detrimento de la otra (aunque es probable que ni él mismo lo sospechara). Luego uno de los herederos irrumpió en su casa y el desdichado albacea se dio cuenta de la clase de gente con la que se había mezclado. Después se produjeron las acusaciones formales: robo de letras de cambio y de un talonario, falsificación de letras, desaparición de títulos por valor de cien mil o incluso doscientos mil rublos... Más tarde comenzó el juicio. El fiscal hasta se felicitó de que se celebrara, y el hecho de que un general se sentara en el mismo banquillo que los representantes del pueblo ofreció a la Temis^[96] rusa la posibilidad de proclamar el triunfo de la igualdad ante la ley de los grandes y poderosos con los pequeños e insignificantes.

No obstante, el proceso se desarrolló de la manera más normal (por mucho que se haya dicho al respecto) y finalmente los miembros del jurado dictaron un veredicto condenatorio casi inevitable, en el que a Hartung se le declaró «culpable de malversación». El tribunal se retiró a deliberar, pero el general Hartung no quiso aguardar a conocer el fallo: pasó a otra habitación, según dicen, se sentó a la mesa y se cogió la desdichada cabeza con ambas manos; luego, de pronto, sonó un disparo: se había dado muerte, alojándose una bala en el corazón con un revólver que había

cargado previamente. Encontraron una nota, redactada también con antelación, en la que juraba ante *Dios todopoderoso* que no había sustraído nada y perdonaba a sus enemigos. Así pues, murió convencido de su inocencia y caballerosidad.

Esa muerte ha conmocionado a todo el mundo en Moscú y a todos los periódicos de Rusia. Según se dice, tanto los jueces como el fiscal salieron de sus despachos completamente pálidos. Los jurados, por lo visto, también estaban confusos. Los diarios han hablado incluso de una «sentencia manifiestamente injusta», y uno de ellos ha afirmado que ya no se puede acusar a nuestros tribunales de pronunciar sentencias demasiado blandas e indulgentes: «He ahí un ejemplo: un inocente ha perecido». Otros señalan con razón que es casi imposible no conceder crédito a esas últimas y solemnes palabras de un hombre; en consecuencia, puede concluirse con casi toda seguridad que se ha cometido un lamentable error judicial. Se ha dicho y escrito muchísimo en los periódicos sobre el particular. Hay que reconocer que algunas de las reacciones de la prensa han sido extrañas: había algún elemento falso, puede que ferviente y sincero, pero falso. Se tiene pena de Hartung, pero se trata más bien de una tragedia (muy honda), de una fatalidad de la vida rusa, no de un error imputable a alguien. O, mejor dicho, todo el mundo es aquí culpable: la moral y los hábitos de nuestra clase intelectual, los caracteres que se han creado y formado en esa sociedad, y, por último, los usos y costumbres de nuestros jóvenes tribunales, copiados de fuera e insuficientemente rusificados. Pero afirmar que todo el mundo en conjunto es culpable es lo mismo que decir que nadie lo es. De todas las reseñas periodísticas la que más me ha gustado es la de *Tiempo Nuevo*. Precisamente el día antes de que se pronunciara la sentencia estuve hablando con uno de nuestros más finos juristas y concedores de la vida rusa, y resultó que los dos habíamos llegado a la misma conclusión en este caso; mi interlocutor aludió muy oportunamente al «carácter trágico» de ese caso y a las razones de esa tragedia. Al día siguiente, en el folletón de *El Desconocido*, leí unas reflexiones muy parecidas a las que habíamos intercambiado la víspera. Así pues, si digo ahora unas palabras, lo hago sólo sobre aspectos particulares y «concretos».

II

EL CABALLERO RUSO. UN CABALLERO NO PUEDE MENOS DE SER UN CABALLERO HASTA EL FINAL.

Es el caso que los caracteres antiguos no han cambiado y, por lo visto, tardarán mucho en cambiar, pues para todo se requiere tiempo y siempre hay que contar con la naturaleza. Me refiero a los caracteres de nuestra sociedad ilustrada. Aquí, por lo demás, me gustaría señalar de forma denodada e insistente que no estaría bien que cambiáramos de pronto como veletas, porque el rasgo más aborrecible de nuestras capas cultas es precisamente esa ligereza e inconsistencia, cualidades que tienen algo

de lacayuno y traen a la memoria la imagen de un criado vestido de señor. Por ejemplo, una de las peculiaridades de nuestros aspirantes a caballeros, si por alguna circunstancia entran en contacto con personas adineradas e ilustres, y sobre todo si consiguen penetrar en su círculo, es *el gusto por las apariencias*, la necesidad de hacer ostentación. Advertid que no me estoy refiriendo personalmente a Hartung, pues desconozco por completo su biografía; sólo quiero esbozar algunos rasgos de un representante de nuestras clases cultas conocido de todos, una persona a la que podría sucederle lo mismo que al general Hartung, si concurren las circunstancias oportunas. Pongamos el caso, por ejemplo, de un hombre insignificante, con un cargo modesto y sin un céntimo en el bolsillo, que de pronto se codea con la alta sociedad o al menos entra en contacto con ella. Y de pronto ese pobre hombre, cuyo único bien es su capacidad para infiltrarse en la alta sociedad, adquiere su propio carruaje, una vivienda «digna», criados, trajes, guantes. Puede que quiera hacer carrera, abrirse camino, pero lo más frecuente es que quiera ser como los demás: «Todo el mundo vive así, ¿por qué yo no?». Siente cierta vergüenza que no consigue superar; en una palabra: tiene una noción bastante peculiar del honor y la respetabilidad, y demuestra no tener ni un adarme de dignidad personal. En paralelo con algo tan primordial como el sentimiento de la dignidad personal sólo puede colocarse, a mi juicio, la incomprensión, casi generalizada en nuestra época ilustrada y europea, de la libertad y de aquello en lo que consiste; pero ya volveremos sobre ese punto más adelante. El segundo y también casi trágico rasgo de nuestro ruso instruido es su docilidad, su disposición a condescender. Ah, hay muchos campesinos ricos y bolsistas que son unos canallas redomados, pero que al menos muestran firmeza; también hay personas honradas que muestran firmeza, aunque son muy poco numerosas; en la mayoría de los rusos honrados impera precisamente esa pronta aquiescencia, esa necesidad de ceder, de condescender. Y por lo común esa actitud no está dictada por la bondad, y mucho menos por la cobardía, sino que se trata de una especie de delicadeza o vaya usted a saber de qué. Por ejemplo, cuántas veces habéis tenido que lidiar con un individuo terco que os presiona e insiste para que expreséis vuestro parecer, compartáis su opinión, adoptéis su punto de vista e incluso le cedáis su voto en cualquier asamblea, aunque es posible que en vuestro fuero interno esa posibilidad no os haga la menor gracia. También seduce mucho al ruso la palabra «todos»: «Soy como todos.» «Comparto la opinión general.» «¡Todos a una, hurra!» Pero concurre también otra circunstancia extraña: al hombre ruso le gusta mucho cautivarse y seducirse a sí mismo, persuadirse y convencerse. No le apetece hacer esto o aquello, por ejemplo convertirse en albacea de Sanftleben, pero se dice: «¿Por qué no? Lo haré...».

Entre las clases cultivadas rusas no es raro encontrar individuos que, en cierto sentido, resultan encantadores, pero que al mismo tiempo presentan esas malhadadas peculiaridades del caballero ruso a las que acabo de referirme. Algunos son muy inocentes, casi schillerianos; su desconocimiento de los «asuntos» resulta casi

conmover, pero el sentimiento del honor es muy fuerte en ellos: algunos llegan a pegarse un tiro, como Hartung, si creen que han perdido el honor. Hasta es posible que esas personas sean muy numerosas. Pero dudo que sepan, por ejemplo, a cuánto ascienden sus deudas. Y no porque todos ellos sean unos juerguistas; al contrario, algunos son maridos y padres excelentes, pero un padre puede derrochar tanto dinero como un juerguista. No son pocos los que inician su andadura con los escasos restos del antiguo patrimonio familiar, que no tardan en disiparse en los primeros tiempos de su juventud. Entonces se casan, ingresan en la administración, consiguen un puesto normalillo, nada del otro mundo, pero que al menos les proporciona unos ingresos y una base para vivir, algo ya sólido, muy diferente de ese vagabundeo mundano de sus años anteriores. No obstante, las deudas siguen aumentando; ni que decir tiene que las paga, porque es un caballero, pero lo hace contrayendo nuevas deudas. Puede afirmarse rotundamente que muchos de ellos, al sopesar a veces su situación, a solas consigo mismos, podrían proclamar con osadía y gran dignidad: «No hemos robado nada ni tenemos intención de hacerlo». Y sin embargo, podría pasar algo como lo que a continuación se expone: en caso de necesidad (me refiero a un caso de necesidad extrema) sería capaz de pedir prestados a la niñera de sus hijos los diez rublos que ésta ha conseguido ahorrar. Bueno, ¿y por qué no? Además, por lo común, la vieja niñera lleva mucho tiempo viviendo en la casa y es como un miembro más de la familia, con quien se mantiene una relación estrecha y amistosa. Se la trata con cariño e incluso se le confían las llaves más importantes. El bueno del general, su señor, le ha prometido hace tiempo una plaza en el asilo para cuando sea vieja, pero sus numerosos asuntos le impiden ocuparse de esa cuestión que, por lo demás, debería haber arreglado ya hace tiempo. No obstante, la niñera no se atreve a recordárselo; como mucho se lo menciona una vez al año, temblando de pies a cabeza al pensar que está molestando a un hombre tan nervioso y atareado como el general. «Es un buen hombre, él mismo se acordará», piensa alguna que otra vez, cuando se deja caer con sus viejos huesos en la cama. En cuanto a los diez rublos, hasta le da vergüenza mencionárselos, pues la viejecita tiene su conciencia. Y de pronto el general se muere y la viejecita se queda sin plaza en el asilo y sin los diez rublos. Desde luego, todo eso no son más que naderías y menudencias, pero si de repente, en el otro mundo, alguien le recordara al general que no le ha devuelto los diez rublos a la niñera, se pondría terriblemente colorado: «¿Qué diez rublos? ¡No es posible! ¡Ah, sí, es verdad, hace cuatro años! *Mais comment, comment*, ¿cómo ha podido suceder?». ¡Y esa deuda le atormentaría más que aquella otra de diez mil rublos que ha dejado insatisfecha! Se sentiría profundamente avergonzado: «Ah, les juro que no era ésa mi intención; les juro que ni siquiera pensaba en eso, se me había olvidado». Pero allí arriba al pobre general sólo lo escucharían los ángeles (porque sin duda estaría en el paraíso), mientras la vieja niñera se quedaría en la tierra sin los diez rublos, y a veces hasta sentiría pena de él: «Que Dios lo tenga en su gloria; es pecado recordar algo así; era un hombre bondadosísimo y el señor más justo que pueda

imaginarse».

Y otra cosa más: si ese hombre encantador encontrara el modo de volver a la tierra, en su antigua condición de general, ¿le devolvería los diez rublos a la niñera?

Pero esos individuos no siempre toman dinero prestado. Ahí tenéis a su amigo, el nobilísimo Iván Petróvich, que le pide que le extienda una letra de cambio por valor de seis mil rublos: «La depositaré en mi banco —dice—, me la descontarán y yo te entregaré, queridísimo amigo, un pagaré por esa cantidad». No hay nada que pensar. Le firma la letra. Luego se encuentra con frecuencia a Iván Petróvich en el casino; naturalmente, ambos han olvidado la letra, porque los dos son, por decirlo de alguna manera, la flor y nata de la respetabilidad; y de pronto, al cabo de seis meses, los seis mil rublos caen de golpe sobre los hombros del general: «Haga el favor de pagar, excelencia». Y entonces esos individuos se abalanzan sobre personas como Sanftleben y firman documentos a un interés del ciento por ciento.

Creedme cuando os digo que con esa historia no he pretendido acusar de ningún modo al difunto general Hartung. No le conocía de nada ni dispongo de ninguna información personal sobre él. Sólo he pretendido esbozar a grandes rasgos el carácter de un miembro de nuestra sociedad, de un hombre que, de haberse visto envuelto en un embrollo semejante al del general Hartung con Sanftleben, habría corrido su misma suerte, incluyendo el suicidio. Por eso, en el caso Hartung, soy de la opinión de que no hay razón para vilipendiar al tribunal ni para que éste se sienta avergonzado. Nos encontramos ante una fatalidad, ante una tragedia: el general Hartung, hasta el último instante, se consideró inocente y dejó una nota...

—Así es —dirán algunos—, dejó una nota... Y es imposible que en un momento semejante un hombre, y además creyente, según se ha demostrado, pueda mentir. Así pues, no sustrajo nada, puesto que así lo declara solemnemente. Tampoco cabe la posibilidad de que transigiera con su conciencia: por ofuscada y confusa que estuviera su razón en medio de todo ese embrollo, cuando dice: «No he robado», es inevitable que sepa si ha robado o no. Porque aquí la cuestión se reduce a lo siguiente: ¿se llenó los bolsillos o no? Si había robado algo, ¿cómo podía no saberlo?

Es una apreciación totalmente justa, pero es posible, y hasta probable, que en su nota sólo se estuviera refiriendo a sí mismo: «Ni he robado ni he tenido intención de robar». Pero otros pudieron hacerlo.

—Es de todo punto imposible —me objetarán—. ¡Si permitió que otros robaran y, sabiéndolo, no dijo nada en su condición de albacea, entonces *también él robó!* El general Hartung no podía ignorar que entre una cosa y otra no hay ninguna diferencia.

A eso responderé lo siguiente: en primer lugar, puede discutirse ese argumento de que «si lo sabía y guardó silencio también él robó»; en segundo, hay de todos modos una diferencia indiscutible; y en tercero, el general Hartung pudo escribir en sentido meramente literal, como diciendo: «Yo, personalmente, no robé nada ni *tuve intención* de robar; otros lo hicieron contra mi voluntad. Sólo soy culpable de

debilidad, no de fraude, porque no tuve intención de robar nada a nadie y hasta me opuse a esa idea. Fueron otros quienes lo hicieron...». Pudo escribir en ese sentido sus palabras fatales, pero al mismo tiempo, honrado y noble como era, no podía admitir de ninguna manera que «si había permitido que otros robaran era como si él mismo hubiera robado». Iba a comparecer delante de Dios y sabía que no había tenido intención de robar ni de permitir que otros robaran, aunque había habido robo. Fijaos, además, en que no podía explicar de manera más detallada las palabras de esa nota; es decir, confesar que era culpable de debilidad, pero no de robo, etc. Tampoco podía, como caballero que era, denunciar a nadie, sobre todo en ese instante tan solemne en que «perdonaba a sus enemigos».

Y, en fin, lo más probable es que no pudiera, en el fondo de su corazón, confesar esa indulgencia, esa debilidad, esa benevolente complacencia. Es posible que se produjera un cúmulo de circunstancias que fue incapaz de comprender, incluso en el instante supremo, y así partió al otro mundo. «Han robado una libreta de letras de cambio»; y ciertas personas sensatas, en quienes confía plenamente, le convencen desde el principio de que eso carece de importancia, de que la libreta se perdió sola no se sabe cómo, porque en el fondo nadie la necesitaba. Le demuestran con cifras en la mano, matemáticamente, que esa libreta habría causado un perjuicio, no un beneficio, a los propios herederos. (Ese mismo argumento fue presentado más tarde, en el juicio, por la defensa, y parece atinado.) Puede que todo lo demás se le demostrara y se le explicara a Hartung en el mismo sentido. No sabía nada de negocios y se le podía convencer de cualquier cosa. «Crea usted —pudieron decirle— que también nosotros somos personas honradas y no queremos robar *nada* a los herederos, pero Sanftleben ha dejado tan embrollados sus asuntos que si ellos (los herederos) se enteraran de lo de la libreta y de todo lo demás, podrían acusarnos sin más de fraude; por tanto, hay que ocultárselo.» Naturalmente, esos «embrollos» en los asuntos de Sanftleben no se revelaron de golpe, sino poco a poco, de modo que Hartung fue enterándose de la verdad o, mejor dicho, perdiendo el apoyo de la verdad y hundiéndose en la mentira gradualmente, día a día. Y de pronto uno de los herederos irrumpió en su casa y, si no gritó que el general Hartung era un ladrón, es como si lo hubiera hecho, porque entró con aire victorioso, con una sonrisa triunfante y maliciosa, plenamente convencido de que podía armar cualquier tipo de escándalo en la vivienda del general. Sólo entonces el general comprendió de veras en qué nido de víboras se había metido. Luego perdió del todo la cabeza, empezó a proponer compromisos y transacciones y, naturalmente, fue enredándose cada vez más, mientras la acusación se aferraba con avidez a esos compromisos y transacciones, que presentaba como nuevos datos que lo desacreditaban. No escatimó nada. En suma, Hartung murió plenamente convencido de su inocencia personal, pero en sentido estricto no puede hablarse de error... de error judicial. Fue una fatalidad, una tragedia: una fuerza ciega, por alguna razón, eligió a Hartung para castigar una serie de *vicios* muy extendidos en esa clase social. Habrá diez mil hombres como él, pero

sólo Hartung pereció. Con su trágico fin, ese hombre inocente y honrado a carta cabal ha inspirado mucha más simpatía de lo que lo hubiera hecho cualquiera de esos otros diez mil, y su proceso ha tenido una gran repercusión en Rusia y ha servido de advertencia a quienes inciden en tales «vicios»; pero es poco probable que tal fuera la intención del destino, esa divinidad ciega, cuando lo golpeó.

III

LA MENTIRA ES INDISPENSABLE PARA LA VERDAD. MENTIRA SOBRE MENTIRA EQUIVALE A VERDAD. ¿ES ESO CIERTO?

Y sin embargo, se ha reavivado en mí una impresión ya antigua, de la que querría hacer partícipe al lector, aunque tal vez sea muy ingenua. Se refiere a nuestra justicia en general. Se suele considerar en todo el mundo que los juicios públicos con jurado son el colmo de la perfección: «Es una victoria —dicen—, el fruto supremo de la inteligencia». Y yo comparto esa opinión, porque si os dicen, por ejemplo: «Bueno, pues inventad algo mejor», os quedáis sin respuesta. En consecuencia, tiene uno que mostrarse de acuerdo, aunque sólo sea porque no puede inventar nada mejor. Y sin embargo, he aquí que sale a escena... es decir, que sube al estrado, el señor fiscal. Supongamos que es un hombre extraordinario, inteligente, concienzudo, instruido, cristiano convencido y conocedor de Rusia y de los rusos como pocos. Bueno, pues ese hombre tan concienzudo empieza diciendo que «hasta se alegra de que se haya cometido ese delito, porque al fin el malhechor —es decir, el acusado— recibirá su castigo, porque si supieran ustedes, miembros del jurado, qué canalla es ese tipo». Naturalmente, no emplea la palabra «canalla», pero da lo mismo: en los términos más corteses, gentiles y humanos acaba retratándolo peor que un canalla, peor que cualquier canalla. Con gran dolor de su corazón y la mayor delicadeza, refiere que ya su madre era de la misma ralea, que a fin de cuentas el acusado no tenía más remedio que robar, ya que su vil depravación lo hundía cada vez más en el abismo. Todos sus actos fueron cometidos de forma plenamente consciente y con la mayor premeditación. Acordaos de lo bien que le vino el incendio que se declaró en una calle cercana en el momento de la comisión del delito, pues la alarma causada por las llamas desvió la atención de los porteros y de todo el vecindario. «Ah, ni que decir tiene que no estoy acusándolo *directamente* de incendiario, pero convendrán conmigo, señores del jurado, en que nos encontramos ante una extraña coincidencia que inevitablemente le lleva a uno a pensar... Pero no digo más, no digo más. Claro que ustedes enviarán bien lejos de aquí a ese ladrón, a ese asesino (porque sin duda habría matado, de haber encontrado a alguien en la casa) y, en fin, a ese incendiario, ese incendiario empedernido y declarado, permitiendo de ese modo que la gente honrada respire libremente, que las amas de casa puedan salir tranquilas de sus hogares para ir a la compra, que los propietarios de inmuebles no tiemblen por sus

bienes, aunque los tengan asegurados en esta o aquella compañía de seguros. Pero no vale la pena que os diga todo esto: ¡basta con que lo miréis! Ahí lo tenéis, sentado delante de vosotros, sin atreverse a levantar los ojos ante las personas honradas. ¿Es que no basta una simple mirada para convencerse de que es un ladrón, un asesino y un incendiario? Sólo hay una cosa que lamento de verdad: que no haya tenido tiempo de cometer diez robos de ropa blanca, degollar a diez amas de casa y prender fuego a diez edificios, para que la misma desmesura de sus crímenes hubiera sacudido a nuestra sociedad, olvidada de sus deberes cívicos, obligándola a salir de una vez en su propia defensa, a abandonar esa criminal apatía cívica...»

Ah, ya sabemos que el señor fiscal se expresará en términos mucho más nobles. Nuestras palabras no son más que una parodia, dignas como mucho de una revista dominical de tintes humorísticos, de esas con coplillas y caricaturas. Supongamos que se tratara de uno de esos procesos que suscitan hondas cuestiones cívicas y sociales, y, sobre todo, que tuviera aspectos psicológicos, pues, como es bien sabido, los fiscales de toda Europa son extremadamente duchos en psicología. ¿Y qué? En cualquier caso la conclusión sería la misma; a saber, que es una pena que en lugar de un envenenamiento no se hubieran producido diez, treinta, quinientos, porque en tal caso el corazón os habría dado un vuelco y os habríais levantado como un solo hombre, etc., etc.

«Pero ¿adónde quiere usted ir a parar?», me objetarán algunos. Admitamos que poquísimos fiscales tienen dotes de orador, pero un fiscal es ante todo un funcionario público y debe actuar de acuerdo con su función; además, el fiscal siempre exagera la culpa, algo que no sólo no tiene nada de reprehensible, sino que, por el contrario, resulta muy útil. Pues así es como debe ser. Enfrente de él se encuentra el abogado defensor, que tiene licencia para rechazar una por una sus imputaciones. Y por si eso fuera poco, en toda Europa es costumbre aseverar, con la mayor cortesía, naturalmente, que el fiscal es estúpido, necio, algo ruin, y que «si alguien incendió anteayer una casa en la tercera línea de la isla Vasilevski, tuvo que ser el propio fiscal, ya que en ese momento se encontraba en la isla Vasilevski, en la onomástica del general Mijáilov, hombre excelente y noble donde los haya; que fue él quien prendió fuego a la casa no ofrece la menor duda porque (y aquí volvemos a la psicología), si no hubiera incendiado esa casa, llevado de su animosidad hacia el propietario, el comerciante Iván Borodati, nunca se le habría ocurrido lanzar esa acusación tan estúpida, inverosímil y vil, pretendiendo que el imputado había provocado el incendio para distraer la atención de la calle mientras perpetraba el presunto e improbable crimen. Lo que le inspiró esa idea fue su propia responsabilidad en el incendio». En fin, tened también en cuenta que al abogado defensor se le permite gesticular, verter lágrimas, rechinar los dientes, mesarse los cabellos, dar golpes en las sillas (aunque no blandirlas en el aire), y, por último, desmayarse, si es tan noble que no puede soportar tales injusticias; esas cosas, por lo visto, no le están permitidas al fiscal, por noble que sea, pues resultaría algo extraño que un funcionario público, vestido de uniforme,

de pronto se desmayara. Eso no se hace.

Vuelvo a repetir que todo lo que estoy diciendo es una caricatura, sólo una caricatura; nada de eso ha sucedido nunca, todo se desarrolla de la forma más noble, lo admito (¡aunque se aporreen las sillas y se produzcan desmayos!). Pero lo único que me interesa es el fondo del asunto, pues las expresiones más nobles pueden conducir al mismo resultado que las más groseras.

—Pero qué dice usted —me replicará alguno—. ¡Eso es precisamente lo que necesitamos, exageración por ambas partes! En ocasiones los miembros del jurado son hombres de poca instrucción, que además están muy ocupados, pues tienen que atender su tienda, su negocio; a veces son distraídos, a veces simplemente incapaces de entrar en honduras. Por eso es necesario que otros profundicen y les muestren todos los aspectos del caso, hasta los más improbables, para que esté completamente seguro de que la acusación ha examinado todas las posibilidades que puedan imaginarse y que no hay razón para seguir buscando; y también que la defensa, del mismo modo, enumere todas las suposiciones posibles e imposibles que permitan que el nombre del acusado quede más limpio que la nieve de las cumbres. Así, cuando se retiran a una sala especial para deliberar, saben ya mecánicamente, por decirlo de alguna manera, cuál va a ser, más o menos, el veredicto, de suerte que pueden tener la conciencia totalmente tranquila. La conclusión evidente es que todo eso es absolutamente indispensable para que resplandezca la verdad, tanto el encarnizado ataque como la encarnizada defensa, hasta el punto de que el encarnizado ataque de la acusación, en sentido estricto, acaba favoreciendo más al imputado que al propio fiscal, así que una vez más debemos decir que es imposible imaginar nada mejor.

En suma, la justicia moderna no sólo es la victoria o el fruto supremo de la inteligencia, sino también un instrumento de lo más sutil. Imposible no estar de acuerdo con tal apreciación. Además, los juicios son públicos; centenares de personas acuden a presenciarlos... ¿Y acaso puede pensarse que el único motivo de esa afluencia es la ociosidad, el gusto por el espectáculo? Claro que no: cualesquiera que sean las razones de su presencia, es necesario que partan con una impresión elevada, poderosa, edificante y saludable. Sin embargo, todos ven que el sistema se basa en una suerte de mentira... ¡Ah, no en el juicio, desde luego, y tampoco en el significado de la sentencia, sino simplemente, digamos, en ciertas prácticas copiadas de Europa con la mayor despreocupación, que han arraigado en nuestros representantes de la defensa y la acusación! Me vuelvo a mi casa y una vez allí me digo: «Conozco personalmente al fiscal, Iván Jristofórich; es un hombre muy inteligente y bondadoso, y sin embargo ha mentido, y sabía que estaba mintiendo. Ha convertido un caso que habría requerido una amonestación o un par de meses de cárcel en un crimen digno de veinte años de exilio en un lugar remoto. Supongamos que todo eso fuera necesario para aclarar el caso, pero de todas formas ha mentido, y lo ha hecho conscientemente, cuando estaba en juego la vida de un hombre. Cómo se puede aceptar algo así, sobre todo teniendo en cuenta que es un hombre de talento. Pues *il*

en reste toujours quelque chose^[97], sobre todo si la defensa no es muy competente y sólo sabe aporrear sillas. Supongamos incluso que Iván Jristofórich se haya dejado llevar por su amor propio, debilidad puramente humana, pero ¿puede servir eso de excusa en un caso de tanta gravedad? ¿Qué ha pasado con el hombre, el hombre superior, humano, civilizado?». ».

Bueno, supongamos que de todo eso surja la verdad, y que surja mecánicamente, por decirlo de alguna manera, a través de un proceso de lo más ingenioso; pero en tal caso es posible que el público se haya congregado en la sala para asistir a un espectáculo, para admirar ese proceso mecánico e ingenioso; escucha embelesado, por ejemplo, cómo el talentoso abogado defensor miente tan fantásticamente contra su conciencia y está a punto de ponerse a aplaudir desde sus asientos: «¡Hay que ver qué bien miente ese hombre!»». Pero ese espectáculo va sembrando entre el público el cinismo y la falsedad, que imperceptiblemente acaban arraigando en sus corazones. Se vuelven sensibles no a la verdad, sino al talento, con tal de que les divierta y les distraiga. Los impulsos humanos se embotan, y ya sólo los restablecerán los desmayos aparatosos. Y ahora, imaginad una vez más lo que sucede si el mentiroso tiene un inmenso talento.

Ya sé que todo esto no es más que un lamento vano por mi parte. Pero escuchad lo que os digo: la institución de los juicios públicos con jurado no es rusa; se ha copiado del extranjero. ¿Es que no cabe esperar que un día el sentimiento nacional ruso, el espíritu ruso, limen las asperezas, eliminen la falsedad... de las malas costumbres, y que entonces todo el proceso se desenvuelva de acuerdo con la verdad y la justicia? En realidad, esa pretensión es ahora imposible: gracias precisamente a esas malas costumbres brillan ahora la defensa y la acusación, pues los unos buscan ganar dinero y los otros hacer carrera. Pero algún día será posible que el fiscal hasta defienda al procesado, en lugar de acusarlo, de suerte que si los abogados defensores pretendieran rechazar incluso la pequeña parte de culpa que el fiscal atribuye al procesado, los miembros del jurado simplemente no les creerían.

Hasta pienso que semejante procedimiento contribuiría a que se dilucidara la verdad con mayor rapidez y fiabilidad que el anterior recurso mecánico de la amplificación, que consiste en el extremismo de la acusación y en el encarnizamiento de la defensa. Sin duda se me responderá que eso es de todo punto imposible, que no puede concebirse otra solución, puesto que así es como se hacen las cosas en Europa, y que *cuanto más mecánico sea todo mejor*.

Pues ese mecanismo, esa manera mecánica de revelar la verdad, puede que sea reemplazado en nuestro país... simplemente por la verdad. La amplificación artificiosa desaparecerá por ambas partes. Todo se volverá sincero y justo, y ya no parecerá que la búsqueda de la verdad sea un juego. En el estrado ya no se desarrollará un espectáculo ni un juego, sino un ejemplo, una lección, un precepto. Ciertamente que a los abogados se les pagará mucho menos. Pero quizá todas esas utopías sólo sean posibles cuando nos salgan alas y nos convirtamos en ángeles. Y entonces

ya no habrá tribunales...

CAPÍTULO PRIMERO

I

ACLARACIÓN CONCLUYENTE DE UN HECHO ANTIGUO

Al cumplirse dos años de la publicación del *Diario* con este último número de diciembre, considero necesario volver a decir unas palabras sobre una cuestión a la que ya he dedicado mucho espacio. Me había propuesto ocuparme del tema ya en el mes de mayo, pero por razones particulares decidí posponerlo hasta este número final. Una vez más me estoy refiriendo al caso de esa madrastra llamada Kornílova, que llena de rabia contra su marido arrojó por la ventana a su hijastra de seis años, que salió ilesa, pese a caer desde una altura de diez metros. Como se recordará, a la culpable la juzgaron y la condenaron; luego la sentencia fue revocada y por último la acusada quedó definitivamente en libertad después de un segundo juicio, celebrado el 22 de abril del presente año. (Véase el *Diario de un escritor*, octubre de 1876 y abril de 1877.)

He tenido cierta participación en ese caso. El presidente del tribunal, y luego también el fiscal, declararon públicamente que el veredicto condenatorio inicial que se dictó contra Kornílova había sido recusado precisamente en virtud de una idea expresada en mi diario; a saber, que «acaso el embarazo hubiera influido en el comportamiento de la acusada». Expuse y desarrollé esa idea instigado por las extraordinarias y extrañas peculiaridades psíquicas que por sí solas saltaban a la vista y llamaban la atención al leer los detalles del crimen. En cualquier caso, todo eso ya lo conocen los lectores. Probablemente también sepan que después de la instrucción más rigurosa y de las conclusiones más tercas e insistentes del fiscal, el jurado absolvió a Kornílova tras una deliberación que no duró más de diez minutos, y que el público abandonó la sala muy satisfecho del veredicto. Y sin embargo, en ese mismo instante, aquel mismo día, se me ocurrió la idea de que, en un asunto de tanta relevancia, que afecta a los más altos principios de la vida cívica y espiritual, sería de lo más deseable que todo se aclarara hasta donde fuera posible, a fin de que no quedara en la sociedad ni en el ánimo de los miembros del jurado que habían decidido la absolución la menor duda, vacilación o arrepentimiento por haber dejado en libertad, sin castigo alguno, a una mujer cuyo delito era incuestionable. El asunto afecta a los niños, al destino de los niños (a menudo horrible en Rusia, sobre todo entre las clases pobres), a la cuestión de la infancia... ¡Y he aquí que se absuelve, con la aprobación del público, a alguien que ha estado a punto de asesinar a un niño! Y yo

mismo he contribuido en cierta medida (según el testimonio del propio tribunal). Obré según mis convicciones, pero, una vez pronunciado el fallo, empezaron a atormentarme las dudas: ¿no iba a quedar en la sociedad un poso de insatisfacción, de incertidumbre, de desconfianza en la justicia, incluso de indignación? Nuestra prensa apenas se ocupó de la absolución de Kornílova: en ese momento la gente tenía otras cosas en la cabeza; el estallido de la guerra parecía inminente. Pero en *El Mensajero del Norte*, periódico que empezó a publicarse en aquel entonces, leí un artículo lleno de indignación por la absolución e incluso de irritación por mi participación en el asunto. El artículo en cuestión estaba escrito en un tono indigno, y no era yo el único blanco de las iras de *El Mensajero del Norte*: también Lev Tolstói era objeto de bromas feroces y mordaces por *Anna Karénina*. En condiciones normales no habría respondido personalmente al autor, pero en ese artículo vi reflejado precisamente lo que temía que hubiera calado en cierta parte de nuestra sociedad; a saber, una reacción de desconcierto, perplejidad e indignación ante la sentencia. Así pues, decidí esperar ocho meses enteros, para entre tanto poder acabar de convencerme, del modo más definitivo que fuera posible, de que la sentencia no había ejercido un efecto negativo en la acusada, sino que, por el contrario, la clemencia del tribunal había caído como buena semilla en tierra fértil, que la acusada *realmente era digna* de compasión y misericordia, que ese acceso de furor inexplicable y casi fantástico que le había llevado a cometer su delito no se había repetido *ni podía* repetirse nunca más, que era un alma bondadosa y sumisa, carente de instintos destructivos y criminales (algo de lo que pude convencerme a lo largo de todo el proceso), que para explicar el crimen de esa desdichada realmente había que apelar a alguna circunstancia particular y aleatoria, a una condición patológica, a un «impulso enfermizo», precisamente uno de esos ataques morbosos que son tan frecuentes en las mujeres (en presencia de otras condiciones y circunstancias adversas, naturalmente) en un determinado periodo del embarazo; y que, por consiguiente, ni los miembros del jurado ni la sociedad ni el público que estaba presente en la sala y acogió la sentencia con muestras evidentes de simpatía tienen razón alguna para dudar de la idoneidad del fallo ni para arrepentirse de su misericordia.

Por eso ahora, al cabo de ocho meses, estoy en condiciones de informar sobre algunos elementos nuevos de ese asunto, del que acaso ya esté todo el mundo cansado. Voy a hacer como si respondiera a la sociedad, es decir, a esa parte de la sociedad que, según me malicio, puede estar en desacuerdo con el fallo del jurado, albergar dudas y hasta sentir indignación... suponiendo que en nuestra sociedad haya habido un porcentaje de personas descontentas. Y puesto que de todas esas personas descontentas sólo conozco (y no personalmente, por lo demás) al «Observador» que escribió ese furibundo artículo en *El Mensajero del Norte*, voy a responder a ese «Observador». Lo más probable es que mis conclusiones no cambien lo más mínimo su forma de pensar, pero es posible que mis lectores me comprendan.

El «Observador», al referirse en su artículo al *asunto* Kornílova, le atribuye la

mayor importancia desde la primera línea: alude indignado a la suerte de los niños, niños indefensos, y lamenta que no se impusiera a la acusada la condena más severa. Habría que haber deportado a Siberia a esa mujer de veinte años, junto con la niña que había nacido en la cárcel (que, por tanto, también habría sido deportada), haber destruido esa joven familia. En tal caso, parecería conveniente examinar con detalle, seriedad y desapasionamiento los hechos que se juzgan. Y es el caso (¿pueden ustedes creerlo?) que el tal «Observador» *no conoce* la causa de la que se ocupa, dice lo primero que se le pasa por la cabeza, inventa cosas que nunca han sucedido y se las lanza a la cara a la ex acusada; *es evidente* que no se encontraba en la sala, que no ha escuchado los debates ni ha asistido a la lectura del fallo. ¡Y eso no le impide exigir con furor y encarnizamiento que se castigue a un ser humano! Estamos hablando de la suerte de un ser humano, de varios seres humanos; estamos hablando de partir una vida humana en dos, de forma despiadada y cruenta. Ciertamente que la desdichada ya había sido absuelta cuando el «Observador» publicó ese artículo, pero esos ataques influyen en la sociedad, en los tribunales, en la opinión pública; repercuten en los casos análogos que puedan juzgarse en el futuro; y, por último, ofenden a la interesada, pues carece de instrucción y está indefensa. Pero voy a reproducir ese artículo, al menos el pasaje que se ocupa del asunto Kornílova; transcribo las partes más esenciales, con algunos cortes insignificantes.

II

EXTRACTO DE UN ARTÍCULO

A los miembros del jurado les resulta muy difícil ponerse en el lugar de una mujer encinta; y más aún en el de la niña de seis años a la que esa mujer ha arrojado por la ventana de un cuarto piso. Hay que tener esa poderosa capacidad imaginativa que, como se sabe, distingue al señor Dostoyevski para comprender plenamente el estado de ánimo de esa mujer y tener una noción precisa de los impulsos irresistibles ligados al embarazo.

Él consiguió, efectivamente, comprender ese estado de ánimo, visitó a esa mujer en la cárcel, se quedó sorprendido de su humildad y en varios números de su *Diario* se erigió en su ferviente defensor. Pero el señor Dostoyevski es demasiado impresionable y, además, «las manifestaciones patológicas de la voluntad» son la especialidad del autor de *Los demonios*, *El idiota* y demás, de suerte que es disculpable que sienta debilidad por ellas. Yo contemplo el caso de manera más sencilla y afirmo que, después de varios casos en que se absuelve a personas acusadas de infligir malos tratos a niños —algo que se ha convertido en moneda corriente tanto en Rusia como en Inglaterra—, no queda ya ningún elemento que pueda disuadir a los criminales. ¿Cuántos casos de maltrato a niños son examinados por la justicia? Hay niños cuya vida —la mañana, la tarde y la noche— no es más que una serie de sufrimientos. Son seres inocentes cuya dura suerte hace que los trabajos forzados en las minas de los parricidas parezca una bendición, pues éstos al menos conocen el descanso, no tienen que vivir con un terror constante e invencible y gozan de plena tranquilidad espiritual, en la medida en que no tienen remordimientos de conciencia. De diez mil, y puede que de cien mil casos de maltrato a niños, sólo uno es llevado ante la justicia; uno, no importa cuál, que por alguna razón ha merecido mayor atención. Por ejemplo, una madrastra golpea continuamente (?) a una desdichada criatura de seis años y acaba arrojándola por la ventana de un cuarto piso; al enterarse de que la odiada niña no ha muerto, exclama: «Tiene más vidas que un gato». Ni manifestación repentina de odio por la niña ni arrepentimiento después de la comisión del crimen; todo es uniforme y lógico en la manifestación de una misma mala

voluntad. Y a esa mujer la absuelven. Si se dictan sentencias absolutorias en casos tan evidentes de maltrato infantil, ¿qué podemos esperar en otros menos perfilados y más complejos? Absoluciones, sin duda; absoluciones y más absoluciones. En Inglaterra, entre las clases incultas de los *roughs* urbanos, no son raros, como ya he señalado, los casos de malos tratos a niños. Pero me gustaría que me señalaran un solo ejemplo en que los jurados ingleses hayan dictado una sentencia absolutoria en un caso semejante. Ah, cuando se presenta ante nuestros jurados un cismático que ha pronunciado exabruptos contra la cúpula de la Iglesia, entonces ya es otra cosa. En Inglaterra ni siquiera sería llevado ante la justicia; en nuestro país no hay la menor esperanza de que lo absuelvan. Pero ¿es cuestión de arruinar la vida de una mujer joven simplemente porque haya maltratado a una niña? Después de todo es su madrastra, es decir, casi la madre de la víctima; sea como fuere, le da de comer y de beber, pero lo que más le da son golpes. Pero ese último detalle no sorprende a los rusos. Un amigo me contó que hace unos días cogió un coche y durante todo el trayecto el cochero no paró de fustigar al caballo. Cuando le hizo una pregunta al respecto, el cochero le respondió: «¡Es lo que se merece! ¡Hay que pegarle todo el tiempo y sin compasión!».

¡Ése ha sido tu destino, hombre ruso, a lo largo de los siglos! Es probable que también a la madrastra la pegaran de niña; así que te pones en su lugar y dices: «Eso es asunto suyo». Pero no debes hacer eso. Debes compadecerte de los pequeños; a ti ya no te pegarán, de suerte que no debes disculpar la crueldad con alguien que no ha nacido esclavo.

Se me dirá: «Está usted atacando la institución del jurado, cuando ya sin eso...», y demás. No estoy atacando esa institución ni tengo la menor intención de hacerlo; es buena, infinitamente mejor que esos juicios en los que no intervenía la conciencia pública. Estoy hablando con esa conciencia sobre algunas de sus manifestaciones [...].

Pero pegar a una niña durante un año y arrojarla luego por la ventana, condenándola a una muerte segura, es una cosa muy distinta. «El marido de la mujer absuelta —escribe el señor Dostoyevski en el número del *Diario* que ha salido hace unos días— se la llevó a casa esa misma noche, después de las diez, y ella volvió a entrar feliz en su hogar.» ¡Qué conmovedor! Pero pobre de la niña, si ha de seguir en la casa a la que vuelto esa «mujer feliz»; pobre de ella si vuelve alguna vez a la casa paterna.

«Impulso enfermizo ligado al embarazo»... Ahí tienen ustedes el lamentable concepto nuevo que han inventado. Por muy fuerte que sea ese impulso, una mujer que haya caído bajo su influjo no se abalanzará sobre su marido ni sobre sus vecinos. Todo el impulso se ha dirigido exclusivamente sobre una niña indefensa a la que estuvo tiranizando durante un año entero, sin sufrir impulso alguno. ¿En qué se ha basado el jurado para absolverla? En que un psiquiatra reconoció que, durante la comisión del crimen, la acusada se encontraba bajo los efectos de un «estado de ánimo enfermizo»; los tres psiquiatras restantes se limitaron a declarar que ese estado enfermizo de la embarazada había podido influir en la comisión del crimen; y un tocólogo, el profesor Florinski, que probablemente conocía mejor todos los síntomas del embarazo, expresó con rotundidad su desacuerdo con semejante opinión. Así pues, de cinco peritos, cuatro se negaron a admitir que en ese caso el crimen se hubiera cometido bajo «los impulsos enfermizos ligados al embarazo» y, en consecuencia, en un estado de irresponsabilidad. Pero el jurado la absolvió. Ah, poco importa: a fin de cuentas, no mató a la niña; y en cuanto a los malos tratos, «es lo que se merece».

III

ALTERAR Y MANIPULAR NO CUESTA NADA

Ahí tienen el artículo, ahí tienen la acusación; su rebosante indignación me afecta también a mí. Pero ahora ha llegado mi turno de preguntar al «Observador»: ¿cómo ha podido usted alterar los hechos hasta el punto de formular una acusación tan grave y presentarlo todo bajo un aspecto tan falso y contrahecho? ¿Cómo puede hablar de maltrato, de maltrato sistemático por parte de la *madrastra*? Escribe usted lisa y llanamente:

Una madrastra *golpea continuamente* a una desdichada criatura de seis años y acaba arrojándola por la ventana de un cuarto piso...

Y más adelante:

Pero golpear a una niña *durante un año entero* y luego arrojarla por la ventana, condenándola a una muerte segura...

Refiriéndose a la niña, exclama usted:

Pobre de ella si alguna vez vuelve a la casa paterna.

Y por último, pone usted en boca del jurado esta frase brutal:

Ah, poco importa; a fin de cuentas, no mató a la niña; y en cuanto a los malos tratos, «es lo que se merece».

En suma, ha distorsionado usted los hechos, ha presentado el caso de forma que parezca que el delito se produjo únicamente porque la madrastra odiaba a la niña, a la que martirizó y pegó por espacio de un año, hasta acabar arrojándola por la ventana. Ha retratado usted deliberadamente a la acusada como a una fiera, como a una madrastra de una maldad insaciable, con la única intención de justificar su artículo y despertar indignación en la opinión pública contra el clemente fallo del jurado. Y nosotros tenemos derecho a concluir que al alterar los hechos del caso no tenía usted otro propósito que el que acabo de indicar, porque no podía ni tenía usted derecho a no informarse en detalle de las circunstancias de un caso en el que se arroga la potestad de pronunciar un veredicto y exigir un castigo.

Sin embargo, esa fiera, esa madrastra brutal que odiaba a la niña y albergaba un deseo insaciable de maltratarla, *no ha existido nunca*, como ha quedado de manifiesto durante la instrucción. En un principio, en efecto, se avanzó la idea de que la madrastra había atormentado a la niña y, movida por el odio, había intentado matarla. Pero más tarde la acusación abandonó esa idea: era demasiado evidente que los motivos del crimen no tenían nada que ver con el odio; esos motivos han quedado completamente aclarados a lo largo del proceso y no guardan relación alguna con la niña. Además, ningún testigo pudo confirmar la crueldad de la madrastra y los pretendidos malos tratos. Sólo hubo un testimonio, el de una mujer que vivía en el mismo corredor (es una casa con muchos vecinos), según el cual Kornílova pegaba cruelmente a la criatura, pero la defensa demostró más tarde que ese testimonio respondía a «chismorreos de comadres», nada más. Sucedió lo que es habitual en familias de este tipo, dado su grado de instrucción y desarrollo; a saber, que ambos, tanto el padre como la madre, castigaban a la niña por sus travesuras, pero sólo de vez en cuando, e incluso rara vez, y no de forma inhumana, sino de un modo «paternal», como dicen ellos mismos; es decir, lo mismo que sigue ocurriendo, por desgracia, en todas las familias rusas de condición humilde, aunque los padres sientan

un profundo cariño por sus hijos y se preocupen mucho más por ellos (como sucede a menudo) que las familias rusas instruidas y pudientes, educadas a la europea. En el caso de Kornílova debemos hablar de torpeza, no de crueldad. De hecho, era una madrastra muy buena, que se ocupaba de la niña y velaba por ella. Sólo una vez la castigó con *severidad*: una mañana, al despertar, la niña fue azotada porque *había ensuciado la cama por la noche*. Pero en esa reacción el odio no interviene para nada. Cuando le señalé que ésa no era razón para infligir un castigo, que la naturaleza y el temperamento de los niños no son siempre idénticos, que una niña de seis años es demasiado pequeña para evitar esos accidentes, me respondió: «Pues a mí me habían dicho que eso es lo que había que hacer, que no hay otro medio para que aprenda». En esa ocasión le golpeó «seis veces» con una cuerda, pero de tal modo que le quedaron marcas; y éstas son las marcas que vio la vecina, única testigo del único caso de crueldad del que tuvo constancia el tribunal. Por esas señales, el marido, al volver del trabajo, castigó inmediatamente a su mujer, es decir, le pegó. Es un hombre severo, rígido, honrado y, por encima de todo, inflexible, aunque, como veis, conserva algunas de las costumbres de antaño. Pegaba a su mujer rara vez y nunca con saña (lo dice ella misma), sólo para apuntalar su autoridad de marido, según se deduce de su carácter. Quiere a su hija (aunque la castigaba por sus travesuras más a menudo que su madrastra), pero no es hombre capaz de consentir que maltraten a su hija sin motivo, ni siquiera su mujer. Así pues, el único caso de castigo severo (pues llegó a dejarle marcas) que se puso de manifiesto en la vista fue transformado por ese fiscal de *El Mensajero del Norte* en un maltrato sistemático y brutal, que se prolongó por espacio de un año; en un odio de madrastra que fue creciendo cada vez más, hasta que acabó arrojándola por la ventana. Pero Kornílova no pensaba siquiera en la niña cinco minutos antes de cometer su horrible crimen.

Usted, señor «Observador», se echará a reír y dirá: «¿Es que azotar hasta dejar señales no es un ejemplo de crueldad, de maltrato *propio de una madrastra?*». Sí, azotar hasta dejar señales es una brutalidad, no cabe duda, pero ese incidente (el único de que ha tenido constancia el tribunal, como he podido confirmar de manera fehaciente) no puede calificarse, lo repito, de malos tratos sistemáticos y continuados, infligidos por una madrastra cruel a lo largo de un año; es sólo un *caso aislado*, que revela la incompetencia de Kornílova para educar a una niña, así como una concepción falsa de cómo debe enseñarse, pero en ningún caso deja entrever que la acusada odiara a la niña o pensara que «es lo que se merece». Así pues, el retrato que usted ha hecho de esa mujer, presentándola como una páfida madrastra, difiere por completo de la imagen que se ha delineado en el juicio a partir de los hechos contrastados. Sí, arrojó a la niña por una ventana, crimen horrible y brutal, pero no lo hizo porque fuera una madrastra malvada: eso es lo primero que debe responderse a su acusación gratuita. ¿Por qué insiste en esa acusación cruel cuando sabe que no puede probarse, que el tribunal la rechazó y que no hubo un solo testigo que la corroborara? ¿Acaso únicamente para no perder el efecto literario? Al tratar de

demostrar que todo fue obra de una *madrastra*, que coronó con ese acto criminal un año entero de sevicias (totalmente inexistentes), distorsiona usted la impresión de cualquier lector poco informado del asunto, arranca de su alma la compasión y la misericordia (que involuntariamente debe desterrar al leer su artículo) por esa monstruosa madrastra; en cambio, si no la hubiera usted pintado como una maltratadora de niños, puede que sintiese en el fondo de su corazón cierta indulgencia por ella, en cuanto mujer enferma, patológicamente alterada y trastornada por el embarazo, como se desprende de los detalles fantásticos, peregrinos y enigmáticos del suceso. ¿Es el suyo un comportamiento correcto y humano, digno de una figura pública?

Pero no se detiene usted ahí. Afirma, una vez más con total contundencia y claridad, como un observador que hubiera estudiado el caso hasta en sus menores detalles:

«Impulso enfermizo ligado al embarazo»... Ahí tienen ustedes el lamentable concepto nuevo que han inventado. Por muy fuerte que sea ese impulso, una mujer que haya caído bajo su influjo *no se abalanzará sobre su marido* ni sobre sus vecinos. Todo el impulso se ha dirigido exclusivamente sobre una niña indefensa a la que estuvo tiranizando durante un año entero, sin sufrir impulso alguno. ¿En qué se ha basado el jurado para absolverla?

Pero ¿en qué se basa usted, señor «Observador», para distorsionar los hechos de esa manera? «¡No se abalanzará sobre su marido!» No obstante, si algo quedó claro durante la vista fue que las disputas con el marido llegaron a tal punto de furor y desmesura (aunque sólo en los últimos días) que acabaron conduciéndola al crimen. Esas peleas no tenían nada que ver con la niña, no la concernían en absoluto: *en esos días Kornílova ni siquiera pensaba en ella*. «En aquellos momentos no la necesitaba para nada», como se expresó ella misma.

No por usted, sino por mis lectores, voy a tratar de delinear los caracteres de ese marido y esa mujer que discuten, según la idea que me hice de ellos al principio, antes de que se dictara sentencia, y según se me revelaron más tarde, después de observarlos atentamente, una vez pronunciado el veredicto. No creo que se me pueda acusar de cometer una gran indiscreción, pues a lo largo de la vista salieron a relucir muchas más cosas. Y en cualquier caso, lo hago para justificarlos. Así pues, entremos en materia. El marido es, ante todo, un hombre rígido, recto, honrado y bondadoso a más no poder (podría decirse que hasta magnánimo, como se puso de manifiesto más adelante), pero un tanto demasiado puritano, incapaz de apartarse, por un exceso de ingenuidad y rigidez, de los principios y convicciones que adoptó en su día. También hay que tener en cuenta la diferencia de edad que los separa, pues él es mucho mayor y además viudo. Se pasa todo el día trabajando y, aunque viste a la alemana y parece un hombre «instruido», no ha recibido ninguna educación particular. Me gustaría señalar también que su aspecto exterior refleja a las mil maravillas su propia dignidad. A todo eso añadiré que no dice más palabras que las precisas y que es poco amigo de alegrías y risas; puede decirse que su temperamento es incluso algo

sombrío. Se casó con Kornílova siendo ésta muy joven. Ella era una muchacha honrada, costurera de profesión, que ganaba un buen dinero con su oficio.

No sé cómo se conocieron. Ella se casó con él de buen grado, «por amor». Pero muy pronto se produjeron desavenencias y, aunque tardaron bastante en alcanzar proporciones extremas, los malentendidos, las discordias y, por último, el encono, fueron creciendo por ambas partes, de manera lenta, pero continua e inexorable. El caso es —y quizá ahí esté la clave de todo— que los dos se profesaban un amor hasta demasiado apasionado, a pesar de sus crecientes desencuentros, y que ese sentimiento no decayó nunca. El amor reforzó y exacerbó sus exigencias recíprocas, haciéndolas cada vez más apremiantes. Y en ese punto intervino el carácter de ella. Un carácter bastante reservado y, a lo que parece, no exento de orgullo. Se dan casos así tanto entre las mujeres como entre los hombres; esos individuos, aunque pueden albergar en su corazón los sentimientos más ardientes, parecen avergonzarse de exteriorizarlos; no prodigan las caricias ni las palabras afectuosas ni los abrazos ni los arrebatos apasionados. Si por ese motivo se les tacha de falta de corazón y de sentimiento, se encierran aún más en sí mismos. En respuesta a las recriminaciones, rara vez tratan de aclarar las cosas; al contrario, dejan esa tarea al acusador: «Averígualo tú; si me amas, debes darte cuenta de que tengo razón». Y si él no se da cuenta y se encona más y más, también se exagera la irritación de ella. Y ese marido desde el principio la recriminó con dureza (aunque no con crueldad), le leyó la cartilla, le dio lecciones y le puso como ejemplo a su primera esposa, que era lo que a ella más le molestaba. En cualquier caso, las cosas no iban demasiado mal, pero acabó sucediendo que, cuando él le dirigía algún reproche o reprimenda, ella se ponía a discutir o lanzaba observaciones malintencionadas, en lugar de buscar un modo de aclarar la situación y acabar con los malentendidos, ofreciendo alguna explicación definitiva, exponiendo sus razones. Hasta acabaron por no pensar en ello. El resultado fue que el corazón de la mujer (el suyo primero, no el de su marido) fue llenándose de sentimientos sombríos, y el amor cedió su lugar al desencanto. Y ese proceso fue desarrollándose de forma bastante inconsciente: la vida de la clase trabajadora es dura y no queda mucho tiempo para pensar en los sentimientos. Él se va a su trabajo, ella se ocupa del cuidado de la casa, prepara la comida y hasta friega los suelos. A cada lado del largo corredor del edificio en el que viven, perteneciente a la administración, hay pequeñas habitaciones, una para cada empleado casado de ese departamento del Estado. Un día, con permiso de su marido, acudió a la celebración familiar del santo de su antiguo patrón, en cuya casa había aprendido a coser durante su infancia y adolescencia y a quien tanto ella como su marido seguían tratando. El marido, ocupado con su trabajo, en esa ocasión se quedó en casa. La fiesta fue muy animada, había muchos invitados, se sirvieron diversas viandas, la gente empezó a bailar. La celebración se prolongó hasta la mañana. La joven mujer, acostumbrada a una vida bastante aburrida en compañía de su marido, en una habitación exigua y siempre trabajando, seguramente se acordó de sus tiempos de soltera y disfrutó tanto «del

baile» que se olvidó de la hora a la que debía volver a casa. Al final acabaron convenciéndola para que se quedara a pasar allí la noche, pues vivía muy lejos. Entonces el marido, que por primera vez pasaba la noche sin su mujer, se enfadó. Y se enfadó de veras: al día siguiente, en lugar de acudir a su trabajo, fue a buscarla a casa de su antiguo patrón y la *castigó* allí mismo, delante de todo el mundo. Volvieron en silencio y durante dos días y dos noches no se dirigieron la palabra ni comieron juntos. Me fui enterando de esos detalles poco a poco; a pesar de mis preguntas, ella no tenía ganas de hablar de su estado de ánimo en aquel entonces. «No recuerdo en qué estuve pensando durante esos días; pero no paraba de pensar. A ella (a la niña) *ni siquiera la miraba*. Recuerdo muy bien cómo sucedió todo, pero no sabría decir cómo lo hice.» Y he aquí que a la mañana del tercer día el marido se fue temprano al trabajo; la niña seguía durmiendo. La madrastra estaba encendiendo la estufa. La niña finalmente se despertó y la madrastra, maquinalmente, como de costumbre, la lavó, la vistió, la calzó y le sirvió el desayuno... «sin pensar en ella lo más mínimo». La niña se sentó a la mesa, se tomó su taza de café, comió algo... «Y entonces de repente me fije en ella...»

IV

PSICÓLOGOS MALINTENCIONADOS. TOCÓLOGOS-PSIQUIATRAS.

Oiga usted, señor «Observador». Afirma con aplomo y rotundidad que la madrastra no vaciló, que actuó de manera premeditada, con total serenidad; que estuvo pegándola durante un año entero y al final, con absoluta frialdad, tomó la resolución de tirarla por la ventana. «*Ni arretrato repentino* de odio por la niña —escribe usted indignado— ni arrepentimiento después de cometer el crimen; todo es consecuente y lógico en la manifestación de *la misma* mala voluntad. Y a esa mujer la absuelven.» He ahí sus palabras literales. Pero el propio fiscal retiró el agravante de premeditación. ¿Es que no lo sabe usted, señor «Observador»? Lo retiró en público, solemnemente, a la vista de todos, en el momento más crucial del juicio. Y sin embargo, el fiscal acosó a la acusada con despiadada crueldad. Después de que el fiscal retirara ese cargo, ¿cómo puede usted, señor «Observador», afirmar que no fue una reacción espontánea, sino, por el contrario, que todo responde a la manifestación continuada y lógica de la misma mala voluntad? ¡Continuada y lógica! De manera que actuó de forma deliberada y premeditada. Permítame que, a grandes rasgos, le recuerde los hechos una vez más: la mujer ordena a la niña que se suba al alféizar y que mire por la ventana; cuando la niña se asoma, ella la levanta por las piernas y la arroja desde una altura de unos once metros. Luego cierra la ventana, se viste y se dirige a la comisaría para denunciarse a sí misma. Dígame, ¿responde eso a una actitud continuada y lógica? ¿No parece más bien algo fantástico? En primer lugar, ¿para qué dar de comer y de beber a la niña si ya lo tenía todo planeado de antemano?

¿Para qué esperar a que se bebiera el café y se tomara su pedazo de pan? ¿Cómo es posible (¿acaso es natural?) que no echara siquiera un vistazo por la ventana después de arrojar a la niña? Y haga el favor de decirme, ¿por qué se denunció? Si todo lo hizo por maldad, por odio a la niña, «a la que maltrató por espacio de un año entero», ¿por qué, después de matarla, después de concebir y llevar a cabo de una vez ese asesinato que había planificado con calma durante tanto tiempo... por qué corrió a denunciarse? Vale que quisiera matar a la odiada niña, pero ¿por qué iba a perderse? Por otro lado, si además del odio a la pequeña había otro motivo para matarla —me refiero al odio a su marido, al deseo de vengarse de él matando a su hija— ¿no podría haberle dicho simplemente que la niña se había subido a la ventana en una de sus travesuras y se había caído sola? En cualquier caso, habría alcanzado su objetivo, pues el padre habría quedado trastornado y deshecho, y nadie en el mundo habría podido acusarla de asesinato premeditado, por muchas sospechas que hubiere. ¿Dónde estaban las pruebas? Y aunque la niña quedara con vida, ¿quién iba a conceder crédito a sus balbuceos infantiles? Al contrario, la asesina habría alcanzado su objetivo de manera más completa y definitiva, es decir, su venganza habría sido más dolorosa y cruel, pues el marido, aunque albergara sospechas, habría tenido que soportar el tormento de ver cómo quedaba impune, pues no habría sido posible castigarla, esto es, llevarla ante la justicia. En cambio, al castigarse a sí misma en el acto, condenándose a pasar el resto de su vida en prisión, en Siberia, cumpliendo trabajos forzados, no hacía más que dar una alegría a su marido. Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Y cómo explicar que se vistiera y se arreglara antes de correr a su propia perdición? Ah, me dirán, es que no sólo quería vengarse de su marido y de la niña, sino también romper el matrimonio: ¡si la enviaban al penal, el matrimonio quedaba roto! Pero, incluso dejando a un lado que hay otros medios y maneras de romper un matrimonio que perder la libertad y la vida a la edad de diecinueve años, convendréis conmigo en que en el alma de esa persona que decide destruirse conscientemente, arrojarse al abismo que se abre bajo sus pies sin reflexionar un momento, sin la menor vacilación; convendréis conmigo en que en ese momento el alma de esa persona debía de ser presa de un sentimiento terrible, de una sombría desesperación, de unas ganas irresistibles de perderse, de un deseo de arrojarse al abismo y destruirse. Y siendo así, ¿puede afirmar alguien, sin haber perdido el juicio, que en su alma no hubo «un impulso repentino ni rastro alguno de arrepentimiento»? Si no hubo arrepentimiento, hubo oscuridad, maldición, locura. Al menos no puede decirse que todo fue consecuente, lógico, premeditado, que no hubo ninguna improvisación. Hay que estar sometido a algún «impulso enfermizo» para afirmar algo así. Si no hubiera corrido a denunciarse, si se hubiera quedado en casa, si hubiera mentado a los hombres y a su marido diciendo que la niña se había caído ella sola, todo sería realmente lógico y coherente y no podríamos hablar de una manifestación repentina de mala voluntad; pero el caso es que no perdió un instante en causar su propia ruina, y que lo hizo espontáneamente, sin que nada la obligara, y eso testimonia, al menos,

una confusión terrible en el alma de la asesina. Esa sombría disposición de ánimo se prolongó mucho tiempo, varios días. La expresión: «Tiene más vidas que un gato» la empleó el perito de la defensa (no la acusación) para describir delante del tribunal el estado de ánimo tenebroso, frío, semejante al de un moribundo, que se apoderó de la acusada después de cometer su crimen, no como una muestra de maligna y fría insensibilidad moral por su parte. Todo mi pecado consistió en que, habiendo leído entonces la primera sentencia del tribunal, habiéndome extrañado precisamente el carácter extraño y fantástico de todos los detalles del caso y habiendo tomado en consideración el hecho, señalado por los periódicos, de que estaba embarazada de cinco meses en el momento de cometer el crimen, no podía dejar de preguntarme, involuntariamente, si no habría ejercido alguna influencia el embarazo; me refiero a que, como escribí entonces, las cosas acaso sucedieron del siguiente modo: «Miró a la niña y pensó en un arranque de rabia: “¡De buena gana la tiraría por la ventana!”. Si no hubiera estado embarazada, tal vez lo habría pensado en un arranque de rabia, pero no lo habría hecho; pero, al estar embarazada, tal como lo pensó, lo hizo». Todo mi pecado se reduce a que en ese momento pensé y escribí eso. Ahora bien, ¿es que esas pocas palabras bastaron para que se revocara la sentencia y luego se absolviera a la acusada? ¿Se burla usted de los peritos, señor «Observador»? Afirma usted que sólo uno de los cinco sostuvo que la procesada realmente se encontraba bajo los efectos de un impulso enfermizo ligado al embarazo, mientras otros tres se limitaron a declarar que el embarazo podía haber ejercido alguna influencia, pero sin decantarse del todo por esa posibilidad. Y eso le vale a usted para deducir que sólo un experto justificó *plenamente* a la acusada, y otros cuatro no. Pero su razonamiento es falso: exige usted demasiado de la conciencia humana. Ya es bastante que tres peritos no quisieran justificar *plenamente* a la acusada, es decir, cargar con ese peso sobre su conciencia, pero los hechos son tan claros y evidentes que esos expertos vacilaron y acabaron reconociendo que no podían decir lisa y llanamente *no*, sino que se veían *obligados* a reconocer que «realmente pudo haberse producido alguna influencia patológica en el momento del crimen». Y para los miembros del jurado eso tenía el valor de un veredicto: si no podían dejar de admitir que «podía ser», es que realmente podía haber sido. Naturalmente, una duda tan profunda tenía que influir en los miembros del jurado y en su decisión, y así lo exigían los principios supremos de la justicia: ¿cómo iban a condenar a muerte a esa mujer cuando tres peritos tenían serias dudas de su plena culpabilidad y un cuarto, Diúkov, experto precisamente en enfermedades psíquicas, atribuyó la comisión del delito, de manera expresa y terminante, al desequilibrio emocional que afectaba en aquel momento a la acusada? No obstante, nuestro «Observador» se agarra sobre todo al señor Florinski, el quinto perito, que no comparte la opinión de los cuatro restantes: es tocólogo, dice, y por tanto debe conocer las enfermedades femeninas mejor que nadie. Pero ¿por qué debe conocer mejor las enfermedades mentales que los propios expertos en psiquiatría? ¿Porque es tocólogo y no se dedica a la psiquiatría, sino a algo completamente

distinto? Tampoco eso parece muy lógico.

V

UN INCIDENTE QUE, EN MI OPINIÓN, ACLARA MUCHAS COSAS

Voy a relatar ahora un incidente que, en mi opinión, puede ofrecer una explicación definitiva de ciertos aspectos de este caso y servir plenamente al propósito con que he escrito este artículo. Una mañana, tres días después de que se dictara el fallo que absolvía a la acusada Kornílova (22 de abril de 1877), el marido y la mujer vinieron a verme. Ya la víspera habían acudido al asilo infantil donde habían alojado a la niña arrojada por la ventana; y ese día habían vuelto a visitarla. Y por cierto, el destino de la pequeña está ahora asegurado y no hay razón para exclamar: «¡Pobre niña!», etc. El propio padre de la criatura, cuando encarcelaron a su mujer, llevó a la niña a ese asilo infantil, pues no estaba en condiciones de ocuparse de ella, ya que trabajaba de la mañana a la noche. Y una vez que volvió la mujer, decidieron dejarla allí, porque estaba muy a gusto. En cualquier caso, los días de fiesta suelen llevarla a casa. Las últimas navidades las pasó con ellos. A pesar de que trabaja el día entero y de que tiene que ocuparse de una niña de pecho (la nacida en prisión), la madrastra a veces encuentra tiempo para hacer un alto y pasarse por el asilo a ver a la niña, a la que lleva alguna golosina, etc. Cuando aún estaba en la cárcel, se acordaba del pecado que había cometido contra la niña y a menudo soñaba que hallaba el modo de volver a verla y de conseguir que olvidara lo que había sucedido. Esas fantasías no dejaban de ser extrañas en una mujer tan reservada e incluso desconfiada como era Kornílova durante el proceso. Pero estaba escrito que esas fantasías se convertirían en realidad. Antes de Navidad, hará cosa de un mes, como hacía ya unos seis meses que no tenía noticias del matrimonio Kornílov, pasé por su casa, y lo primero que me dijo Kornílova fue que la niña «se arroja a su cuello y la abraza llena de alegría cada vez que va a verla al asilo». Y cuando me disponía a marcharme, me confió de pronto: «Lo olvidará...».

Así pues, vinieron a verme una mañana, dos días después de que la absolvieran... Pero no hago más que apartarme del asunto y tengo que volver a hacerlo por un instante. En su artículo, el señor «Observador» hace chistes maliciosos a costa de mis visitas a Kornílova cuando estaba en prisión. «Realmente se puso en su lugar (en el lugar de una mujer embarazada) —escribe sobre mí—: visitó a la señora en cuestión en la cárcel, se quedó sorprendido de su humildad y en varios números de su *Diario* se convirtió en su ardiente defensor.» En primer lugar, no sé a qué viene aquí la palabra «señora», a qué viene ese mal tono. El «Observador» sabe perfectamente que no se trata de ninguna señora, sino de una simple campesina que trabaja de la mañana a la noche; cocina, friega los suelos y, cuando dispone de un poco de tiempo, se ocupa de labores de costura para ganar algún dinero. Cuando estaba en prisión, iba a

verla una vez al mes, me quedaba unos diez minutos, como mucho un cuarto de hora, la mayor parte del tiempo en la sala común reservada a las mujeres con niños de pecho en espera de juicio. ¿Qué hay de malo en que, llevado por la curiosidad, examinara a esa mujer y tratara de comprender su carácter? ¿Merece mi actitud tales bromas y chanzas? Pero volvamos a mi historia.

Así pues, vinieron a visitarme y se quedaron un rato; ambos estaban serios y pensativos. En aquel entonces al marido apenas lo conocía. Y de golpe me dijo: «Hace dos días, cuando volvimos a casa —es decir, después de la absolución, así que serían más de las once, y él se levanta a las cinco—, nos sentamos a la mesa sin perder un instante, y yo cogí el Evangelio y me puse a leerlo». Confieso que cuando me dijo esas palabras, lo miré y pensé: «Sí, no podía actuar de otra manera; es esa clase de hombre, un hombre de una pieza; debería haberlo adivinado». En suma, es un puritano, un hombre honrado a carta cabal, serio a más no poder, cuya bondad y nobleza está fuera de toda duda, pero que no hace ninguna concesión y no se aparta un ápice de sus convicciones. Ese hombre tiene una fe total en el matrimonio, lo considera un sacramento. Es uno de esos maridos que aún pueden encontrarse en nuestra Santa Rusia que, siguiendo los viejos usos y costumbres del país, al volver de la boda y quedarse a solas en el dormitorio con su joven esposa, lo primero que hacen es arrodillarse delante de un icono y rezar largo rato, pidiendo a Dios que bendiga su futuro. Y de un modo análogo actuó en esa ocasión: al llevar de nuevo a la mujer a su casa y renovar el matrimonio que había quedado roto por el terrible crimen que ella había cometido, lo primero que hizo fue abrir el Evangelio y ponerse a leerlo, sin dejar que nada se entrometiese en su viril y grave resolución, ni siquiera la evidencia de que esa mujer se caía casi de cansancio, de que había estado sometida a una terrible tensión ya cuando se preparaba para el juicio y de que ese último día crucial había soportado impresiones tan apabullantes, físicas y morales, que no habría sido pecado, ni siquiera en el caso de un puritano tan riguroso como él, permitir que descansara primero un momento y se repusiera, actitud que habría estado más en consonancia con el fin que perseguía al abrir el Evangelio delante de ella. Hasta el punto de que su actitud se me antojó algo torpe, demasiado estricta; me refiero a que bien pudo no alcanzar su objetivo. A un alma culpable —sobre todo como la de ella, demasiado consciente de su culpabilidad y que ha soportado ya muchos tormentos— no hay que reprocharle su culpa de manera tan evidente y *apresurada*, pues se corre el riesgo de producir una reacción contraria a la esperada, sobre todo en caso de que ya se haya arrepentido. Entonces el hombre de quien la mujer depende, alzándose por encima de ella con la aureola suprema de juez, asume a sus ojos un aire implacable, se introduce demasiado imperiosamente en su alma y aparta bruscamente el arrepentimiento y los buenos sentimientos que empezaban a brotar: «Una persona como tú no necesita descanso, bebida ni alimento; siéntate y escucha cómo se debe vivir». Cuando ya se disponían a marcharse, me las arreglé para señalar de pasada al marido que volviera a ocuparse de su *cometido* con algo menos de rigor, o, mejor

dicho, de premura, que tal vez una actitud menos ruda resultara más eficaz. Y de pronto me respondió lo siguiente: «Pero ella me contó entonces, en cuanto entramos en casa y nos pusimos a leer, que en la última visita que usted le hizo, le enseñó cómo debía comportarse en caso de que la deportaran a Siberia, y que le ofreció consejos sobre el modo de vivir allí...».

Y era verdad: justo la víspera del juicio, fui a verla a la cárcel. Nadie, ni yo ni el abogado defensor, albergábamos muchas esperanzas de que la absolvieran. Tampoco ella. Cuando entré, tenía una apariencia serena y se ocupaba de una labor de costura; la niña estaba algo pachucha. Pero lo cierto es que estaba no ya triste, sino abatida. Seguían asaltándome sombríos pensamientos sobre su futuro, y precisamente había ido allí para decirle unas palabras. En caso de que la deportaran, teníamos la firme esperanza de que fuera sólo a una colonia; y he ahí que una mujer que apenas había alcanzado la edad adulta, con una criatura en brazos, iba a ser enviada a Siberia. El matrimonio hecho pedazos, sola en una tierra extraña, indefensa, y aún joven y bonita... ¿Cómo resistir la tentación?, pensaba. En verdad, el destino la empujaba a su perdición, pues conozco Siberia: son allí numerosísimos los individuos dispuestos a seducir a una mujer joven; llegan de Rusia muchos hombres solteros, funcionarios y aventureros. Es fácil caer, pero los siberianos, tanto el pueblo sencillo como la burguesía, son implacables con la mujer caída. Nadie se interpone en su camino, pero una vez que una mujer ha perdido su reputación, nada puede hacer por restablecerla: la acompañará siempre el desprecio, los ultrajes, los reproches y las burlas; y eso hasta el final de sus días, hasta que la entierren. Le pondrán un apodo especial. Y la criatura (su hijita) *no tendrá más remedio* que seguir las huellas de su madre: dada su dudosa procedencia, no encontrará un marido bueno y respetable. En cambio, todo será muy distinto si la madre deportada se conduce en Siberia de manera honrada y rigurosa: una mujer joven, que se comporte honradamente, goza de un inmenso respeto. Todos la protegen, todos desean complacerla, todos se descubren a su paso. Una mujer así no dejará de encontrar un buen partido para su hija. Y con el tiempo, una vez que se haya dado a conocer y se haya ganado la confianza de sus vecinos, ella misma tendrá ocasión de volver a contraer matrimonio y de fundar una familia. (Nadie en Siberia, ni en el penal ni en el lugar de deportación, pregunta por el pasado, es decir, por la causa por la que uno ha acabado allí; nadie muestra excesiva curiosidad. Tal vez porque casi toda la población de Siberia, en el transcurso de los tres últimos siglos, desciende de exiliados, que son quienes han colonizado esas regiones.) Eso es lo que pretendía decirle a esa mujer joven que apenas había alcanzado la edad adulta. Y hasta había elegido a propósito el día previo al juicio para decirle todo eso: «Así quedará un recuerdo más vivo en su memoria, así se grabará con más fuerza en su alma», me dije. Después de escuchar cómo debía vivir en Siberia si la deportaban, me dio las gracias con aire sombrío y serio, sin levantar los ojos. Y he aquí que esa mujer cansada, extenuada, sacudida por las terribles impresiones del juicio, que duró varias horas, llega a casa, donde su marido la obliga

con severidad a que escuche el Evangelio, y no se dice: «Podía haberse compadecido de mí, podía haberlo dejado para mañana y haberme dado algo de comer y dejarme descansar». No le ofendió que *se elevara de ese modo delante de ella* (N. B.: hasta el criminal más inveterado, más consciente de su crimen e incluso más arrepentido, puede ofenderse de que otros *se eleven demasiado delante de él*); al contrario, no se le ocurrió nada mejor que contarle a su marido *sin más preámbulos* que también en prisión alguien le había enseñado cómo debía comportarse, cómo debía vivir en una tierra extraña, observando una conducta rigurosa y honrada. Y es evidente que actuó de esa manera porque sabía que ese relato agradaría a su marido, armonizaría con sus opiniones y le confortaría: «Eso quiere decir que se ha arrepentido de verdad y que desea vivir como Dios manda», pensaría. Y así fue, en efecto, pues cuando le aconsejé que no la asustara con una severidad demasiado apresurada, se limitó a decirme, con el corazón rebosante de alegría: «No hay razón para albergar temores ni sospechas; ella misma se alegra de ir por el buen camino...».

No sé, pero me parece que todo esto es fácil de comprender. Los lectores entenderán por qué estoy revelando esos detalles. Al menos ahora puede uno albergar la esperanza de que la gran misericordia del tribunal no ha corrompido aún más a la acusada; al contrario, es más que probable que esa clemencia haya caído en buen terreno. Pues lo mismo antes, cuando estaba en la cárcel, que ahora, no ha dejado de considerarse culpable, y atribuye su liberación únicamente a la gran magnanimidad del tribunal. No entiende la expresión «un impulso enfermizo ligado al embarazo». Y no cabe duda de que es culpable; era plenamente consciente cuando cometió su crimen; recuerda cada momento, cada detalle de todo lo que hizo; sólo hay una cosa que no sabe y que no ha podido aclararse hasta ahora: «*¿Cómo pudo decidirse a hacer algo así!*». Sí, señor «Observador», el tribunal ha perdonado a una auténtica criminal, a pesar del fatal «impulso enfermizo ligado al embarazo», del que tanto se burla usted, señor «Observador», y del que yo ahora estoy tan profunda y plenamente convencido. Bueno, llegados a este punto, decida usted mismo: si se hubiera anulado el matrimonio, si se hubiera apartado a esa mujer del hombre al que sin duda amaba y sigue amando y que constituye para ella toda su familia, y se la hubiera enviado a Siberia, sola, sin apoyos, con veinte años y una niña de pecho —a la depravación, a la ignominia (pues en Siberia seguramente habría caído)—, dígame, ¿qué sentido habría tenido dejar que se perdiera, destrozar una vida que ahora, según parece, ha vuelto a renacer, ha retornado a la senda de la verdad gracias a un severo proceso de purificación y arrepentimiento, y con un corazón renovado? ¿No es mejor corregir, reformar y rehabilitar a un ser humano que cortarle la cabeza? Cortar cabezas es fácil si uno sigue la ley al pie de la letra; siempre es más difícil obrar de acuerdo con la verdad, de un modo humano y paternal. Por último, ¿no sabía usted que con esa joven e inexperta madre de veinte años, probablemente condenada a la necesidad y la depravación, también se exiliaba a su hijita...? Pero permítame que le diga unas palabras sobre los niños.

VI

¿SOY UN ENEMIGO DE LOS NIÑOS? ¿QUÉ SIGNIFICA A VECES LA PALABRA «FELIZ»?

Todo su artículo, señor «Observador», es una protesta «contra la justificación del maltrato infantil». El hecho de que tome usted partido por los niños es algo que le honra, no cabe duda, pero a mí me trata con demasiada arrogancia:

Hay que tener —dice sobre mí— esa poderosa capacidad imaginativa que, como se sabe, distingue al señor Dostoyevski para comprender plenamente el estado de ánimo de esa mujer y tener una noción precisa de los impulsos irresistibles ligados al embarazo [...]. Pero el señor Dostoyevski es demasiado impresionable y, además, «las manifestaciones patológicas de la voluntad» son la especialidad del autor de *Los demonios*, *El idiota* y demás, de suerte que es disculpable que sienta debilidad por ellas. Yo contemplo el caso de manera más sencilla y afirmo que, después de varios casos en que se absuelve a personas acusadas de infligir malos tratos a niños —algo que se ha convertido en moneda corriente tanto en Rusia como en Inglaterra—, no queda ya ningún elemento que pueda disuadir a los criminales, etc., etc.

En primer lugar, en lo que respecta a «mi debilidad por las manifestaciones patológicas de la voluntad», sólo le diré que, en efecto, a veces he conseguido *desenmascarar* en mis novelas y relatos a ciertas personas que se consideran sanas y demostrarles que están enfermas. ¿Sabe que hay muchísima gente cuya enfermedad se debe precisamente a su buena salud, es decir, a su desmedida confianza en su normalidad, que les inculca una terrible presunción, un desvergonzado amor propio que a veces llega casi a convencerles de su infalibilidad? Pues bien, ésas son las personas que he mostrado más de una vez a mis lectores, y hasta es posible que haya llegado a demostrar que esos individuos no gozan de tanta salud como suponen, sino que, por el contrario, están muy enfermos y necesitan curarse. No veo en eso nada malo, pero el señor «Observador» es demasiado duro conmigo porque esa frase sobre «la justificación del maltrato infantil» va dirigida directamente contra mí; sólo la atenúa «un poco»: «Es disculpable», dice. Todo su artículo ha sido escrito para demostrar que, debido a mi predilección por «las manifestaciones patológicas de la voluntad», tengo tan distorsionado el sentido común que me compadezco más de una torturadora de niños, de una madrastra brutal y asesina, que de la víctima torturada, la débil y desdichada niñita que ha sido golpeada, insultada y, por último, casi asesinada. Encuentro ofensivo ese comentario. En oposición a mi morbosidad, el señor «Observador» proclama y resalta sin ambages, con prontitud y franqueza, su salud: «Yo contemplo el caso de manera más sencilla (que el señor Dostoyevski) y afirmo que, después de varios casos en que se absuelve a personas acusadas de infligir malos tratos a niños», etc., etc. Así pues, yo absuelvo a quienes maltratan a los niños. ¡Es una acusación terrible! Permítame usted que, llegados a este punto, me defienda. No voy a apelar a mis treinta años de actividad literaria para zanjar la cuestión de si soy un enemigo jurado de los niños y un defensor del maltrato infantil; sólo recordaré lo que he escrito en estos últimos dos años, es decir, el *Diario de un*

escritor. Cuando se desarrolló el proceso Kroneberg, me puse del lado de la niña, de la víctima, y no del verdugo, a pesar de mi inclinación por «las manifestaciones morbosas de la voluntad». En definitiva también yo a veces tomo partido por el sentido común, señor «Observador». Ahora hasta lamento que no saliera usted también entonces en defensa de la niña, señor «Observador»; seguramente habría escrito un artículo muy vehemente. Pero no recuerdo que se publicara entonces ningún artículo vehemente en defensa de la niña. En suma, no se decidió a intervenir. Luego, hace poco, el pasado verano, tomé partido por los hijos pequeños de los Dzhunkovski, que habían sido maltratados en casa de sus padres. Tampoco escribió usted nada sobre los Dzhunkovski; por lo demás, nadie escribió nada, y no es de extrañar, porque todo el mundo estaba ocupado con cuestiones políticas muy importantes. Por último, podría señalar no uno, sino varios casos, en que a lo largo de estos dos últimos años me he ocupado en mi *Diario* de los niños, de su educación, de su lamentable destino en nuestras familias, de los niños delincuentes internados en correccionales; hasta conté la historia de un niño en *El niño ante el árbol de Navidad de Cristo*, un suceso inventado, desde luego, pero que no atestigua precisamente insensibilidad e indiferencia por los niños. Y le diré algo más, señor «Observador»: cuando leí en el periódico la primera reseña sobre el crimen de Kornílova, sobre el veredicto irrevocable, cuando involuntariamente me asaltó la sospecha de que la criminal quizá no era tan criminal como parecía (advierta, señor «Observador», que ni siquiera entonces se dijo nada de «palizas propias de una madrastra» en las informaciones periodísticas que se ocuparon del caso, que ni siquiera entonces se mantuvo ese cargo) y decidí escribir algo en apoyo de Kornílova, me daba perfecta cuenta del paso que estaba dando. Y se lo confieso a usted ahora con toda sinceridad. Sabía muy bien que estaba escribiendo un artículo poco simpático, que estaba tomando partido por una persona culpable de haber maltratado a alguien, ¿y a quién? A una niña pequeña. Preveía que *algunas personas* me acusarían de insensibilidad, de presunción, incluso de «morbosidad»: «¿Defender a una madrastra que ha querido asesinar a una niña!». Intuía claramente la «rigidez» de ciertos jueces, como por ejemplo usted, señor «Observador», así que durante algún tiempo incluso dudé, aunque al final acabé decidiéndome: «Si creo que mi interpretación es verdadera, ¿voy a servir a la mentira por afán de popularidad?». A esa conclusión final llegué. Además, la fe en mis lectores me confirió ánimos: «Al final entenderán —pensaba— que no se me puede acusar de querer que el maltrato infantil quede impune y que, si salgo en defensa de la criminal, revelando mis sospechas de que en el momento de la comisión del delito era víctima de un estado patológico y padecía de algún desarreglo mental, no estoy justificando su crimen ni aprobando que golpeará a la niña y estuviera a punto de matarla; al contrario, me compadezco muchísimo de la niña, tanto como cualquiera...».

Me convierte usted en blanco de sus malignas bromas, señor «Observador», por una frase de mi artículo sobre la absolución de la acusada Kornílova. Dice usted:

«El marido de la mujer absuelta —escribe el señor Dostoyevski en el número del *Diario* que ha salido hace unos días— se la llevó a casa esa misma noche, después de las diez, y ella, volvió a entrar feliz en su hogar.» ¡Qué conmovedor! —añade usted—. Pero pobre de la niña, etc., etc.

No me considero capaz de escribir semejante bobada. Es verdad que cita usted una frase mía sin quitar ni poner nada, pero cortándola por la mitad y añadiendo un punto donde no lo había. De ese modo, le da usted el sentido que deseaba. Pero en mi escrito no hay ningún punto en ese lugar, la frase continúa, falta todavía la mitad; y creo que con esa otra mitad que ha omitido usted, la frase no es tan estúpida y «conmovedora» como parece. He aquí la frase que escribí, pero íntegra, sin cortes:

El marido de la mujer absuelta la llevó a casa esa misma noche, después de las diez, y ella volvió a entrar feliz en su hogar después de un año de ausencia, con la impresión de la gran lección recibida para el resto de su vida y de la intervención manifiesta del dedo de Dios en todo este asunto, empezando por el milagro de que la niña saliera indemne...

Y vea usted, señor «Observador», estoy dispuesto a reconocer mi error y pedirle disculpas por haberle reprochado que cortara mi frase por la mitad. En realidad, ahora me doy cuenta de que esa frase quizá no sea tan clara como pensaba y que puede malinterpretarse. Requiere una pequeña aclaración, que ya mismo me apresto a ensayar. En este caso, todo depende del sentido que doy a la palabra «feliz». No sólo cifraba la felicidad de la acusada en el hecho de que la hubieran dejado en libertad, sino en que hubiera vuelto a su hogar «con la impresión de la gran lección recibida para el resto de su vida» y la sensación de que se había producido «una intervención manifiesta del dedo de Dios». Pues no cabe felicidad mayor que convencerse de la misericordia de los hombres y de su amor al prójimo. ¡Ésa es una fe sin grietas, que dura para toda la vida! ¿Y qué felicidad más alta que la de creer? ¿Puede acaso esa antigua criminal concebir ahora alguna duda sobre los hombres, sobre la humanidad en su conjunto, sobre su destino sublime y sagrado? Volver a entrar en su casa, en ese hogar en el que ha estado a punto de perderse y de labrar su ruina, y hacerlo con esa impresión poderosísima de una fe nueva y grande, es la mayor felicidad que puede haber. Sabemos que algunos espíritus nobles y elevados sufrieron durante toda su vida porque no creían en el destino supremo de los hombres, en su bondad y sus ideales, en su origen divino, y que murieron sumidos en un doloroso desencanto. Usted, sin duda, se reirá de mí, y es posible que diga que también en este caso estoy dejando volar mi imaginación, que una mujer tan ignorante y tosca como Kornílova, de origen humilde y sin la menor instrucción, no puede albergar en su alma tales desilusiones ni sentimientos tan delicados. ¡Ah, no es verdad! Lo que sucede es que esa gente ignorante no sabe dar un nombre a esas impresiones y explicarlas en nuestro lenguaje, pero las sienten con la misma profundidad que nosotros, «personas instruidas», y acogen los sentimientos que les embargan con la misma felicidad o con la misma tristeza y pesar que nosotros.

Lo mismo que nosotros, esa gente puede sentirse desencantada de los hombres,

perder su fe en ellos. Si hubieran deportado a Kornílova a Siberia y allí hubiera labrado su ruina y su perdición, ¿cree usted que no habría sentido, en algún momento de amargura, todo el horror de su caída, y que no habría llevado en su corazón, quizá hasta el día de su muerte, un rencor tanto más amargo cuanto que carecía de objeto, pues a nadie podría acusar más que a sí misma? Pues vuelvo a repetirle que, incluso ahora, está plenamente convencida de que es *totalmente culpable*; lo único que no sabe es qué pudo sucederle en el momento en que cometió el delito. Pero ahora, sintiéndose culpable y teniéndose por tal, al verse de pronto perdonada por los hombres, gratificada con su misericordia y su bendición, ¿cómo no iba a regenerarse, a renacer a una vida nueva, más elevada que la anterior? Pues no la ha perdonado una sola persona, sino que se han apiadado *todos*, el tribunal, los miembros del jurado y, en consecuencia, la sociedad en su conjunto. Después de eso, ¿cómo no va a sentir durante toda su vida que ha contraído una enorme deuda con todos los que se apiadaron de ella, es decir, con la humanidad en su conjunto? Toda *gran* felicidad comporta una dosis de sufrimiento, ya que despierta en nosotros una conciencia superior. Es raro que la pena aclare tanto nuestra conciencia como una gran felicidad. Una gran felicidad, me refiero a una felicidad sublime, *obliga* al alma. (Lo repito: no cabe felicidad más grande que creer en la bondad humana y en el amor al prójimo.) Cuando a la gran pecadora, condenada a la lapidación, se le dijo: «Vete y no peques más», ¿acaso volvió a su casa y siguió pecando? Así pues, en el caso de Kornílova, toda la cuestión se reduce a saber en qué terreno ha caído la semilla. Por eso me ha parecido indispensable escribir ahora este artículo. Cuando leí hace siete meses su ataque, señor «Observador», decidí demorar mi respuesta hasta que hubiera completado mis informaciones. Y creo que, en virtud de los datos que he reunido, puedo decir sin temor a equivocarme que la semilla ha caído en buen terreno, que un ser humano ha resucitado, que no se ha causado ningún perjuicio a nadie, que el alma de la criminal está colmada de arrepentimiento y de la salutífera y eterna impresión de la ilimitada misericordia de los hombres, y que sería difícil, después de haberse beneficiado de tanta bondad y amor, que su corazón volviera a albergar malos pensamientos. Y vuelvo a repetirle, señor «Observador», que ni siquiera trata de justificarse invocando ese indudable «impulso enfermizo ligado al embarazo» que tanto le solivianta a usted. En suma, me pareció que no estaría de más informar de todos estos detalles, no sólo a usted, señor «Observador», sino a todos mis lectores y a todos los hombres misericordiosos que la absolvieron. En cuanto a la niña, señor «Observador», tampoco debe preocuparse ni exclamar: «¡Pobre criatura!». Se le ha asegurado también un buen porvenir y hay fundadas razones para esperar que «olvidará».

CAPÍTULO SEGUNDO

I

LA MUERTE DE NEKRÁSOV. LO QUE SE DIJO ANTE SU TUMBA.

Nekrásov ha muerto. Lo vi por última vez un mes antes de su fallecimiento. En aquella ocasión me pareció ya casi un cadáver, hasta el punto de que se me antojó extraño que hablara y moviera los labios. Pero no sólo hablaba, sino que conservaba íntegra toda su lucidez. Por lo visto, seguía sin creer en la posibilidad de una muerte inminente. Una semana antes de su fallecimiento sufrió una parálisis en el lado derecho del cuerpo, y el día 28 por la mañana me enteré de que Nekrásov había expirado la víspera. Ese mismo día fui a su casa. Lo que más me sorprendió fue su rostro, terriblemente demacrado y desfigurado por el sufrimiento. Al salir, pude oír la voz clara y lenta del salmista, que leía delante del cadáver: «No hay hombre que no haya pecado». Al volver a casa, no fui capaz de ponerme a trabajar; cogí los tres tomos de Nekrásov y empecé a leer desde la primera página. Así pasé toda la noche, hasta las seis de la madrugada, y tuve la impresión de volver a revivir aquellos treinta años. Los cuatro primeros poemas que abren el primer volumen de su poesía aparecieron en la *Antología Petersburguesa*, donde se publicó también mi primer relato. Luego, a medida que leía (y leía sin saltarme nada), toda mi vida parecía desfilar ante mis ojos. Reconocía y recordaba también aquellos versos suyos que leí por primera vez en Siberia, cuando, una vez cumplidos mis cuatro años de presidio, recobré por fin el derecho a tomar un libro en mis manos. Rememoraba también la impresión de entonces. En resumidas cuentas, esa noche releí casi dos terceras partes de todo lo que escribió Nekrásov, y por primera vez, literalmente, comprendí el importantísimo lugar que Nekrásov, como poeta, había ocupado en mi vida a lo largo de esos treinta años. Como poeta, desde luego. Personalmente no tuvimos mucho trato y sólo una vez hablamos con fervor y sin reservas, precisamente al principio de nuestra relación, en el año 1845, la época de *Pobres gentes*. Pero ya he contado ese episodio. Entonces compartimos algunos momentos en los que ese hombre enigmático, de una vez para siempre, descubrió ante mí los aspectos más esenciales y ocultos de su alma. Como se me reveló de golpe en aquella época, era un corazón herido desde la más tierna infancia, y esa herida *jamás cicatrizada* fue el principio y la fuente, a lo largo de su vida posterior, de toda su poesía apasionada y sufriente. En esa ocasión me habló con lágrimas en los ojos de su infancia, de lo mucho que le había hecho sufrir la desdichada vida en el hogar paterno, de su madre. Y la forma en que hablaba de ella, la profunda ternura con que la recordaba, sugerían ya entonces que si había algo sagrado en su vida, algo que pudiera salvarlo y servirle de faro, de estrella polar en los momentos más oscuros y críticos de su destino, era sin duda esa primera impresión de sus lágrimas infantiles, de sus sollozos infantiles compartidos con su martirizada madre, esa criatura a la que tanto quería, a la que abrazaba a hurtadillas para que no los vieran (según me contó). Creo que ninguna relación posterior en su vida pudo influir y ejercer un efecto tan poderoso en su voluntad y en

ciertas inclinaciones oscuras e irresistibles de su espíritu que se prolongaron durante toda su vida. Y esos impulsos oscuros se manifestaban ya en aquella época. Recuerdo que poco después nos distanciamos: nuestra intimidad no duró más que unos meses. Diversos malentendidos, circunstancias externas y algunas «buenas personas» contribuyeron a ese distanciamiento. Luego, muchos años más tarde, cuando yo ya había vuelto de Siberia, nos encontramos sólo alguna que otra vez, pero, a pesar de las diferencias ideológicas que ya entonces empezaban a manifestarse, cuando coincidíamos solíamos decirnos cosas bastante extrañas, como si ese sentimiento que había nacido en nuestra juventud, en el año 1845, siguiera vigente y no quisiera ni pudiera desvanecerse, aunque pasáramos años enteros sin vernos. Así, un día de 1863, si no recuerdo mal, me entregó un pequeño volumen con versos suyos y me señaló un poema, «Los desdichados», al tiempo que decía con solemnidad: «Lo escribí pensando en usted (es decir, en mi vida en Siberia), se refiere a usted». Y en fin, estos últimos años habíamos vuelto a vernos de vez en cuando, a raíz de publicar yo en su revista mi novela *El adolescente*.

En el funeral de Nekrásov nos congregamos varios miles de admiradores. Había muchísimos estudiantes. El cortejo se puso en marcha a las nueve de la mañana y se disgregó ya al atardecer, a la salida del cementerio. Se pronunciaron muchos discursos sobre su tumba, pero pocos escritores dejaron oír su voz. Entre otras cosas, se leyeron unos versos bellísimos. Dominado por una profunda emoción, me abrí paso hasta la tumba aún abierta, cubierta de flores y coronas, y, después de que hablaran los demás, pronuncié unas palabras con mi voz débil. Empecé diciendo que había sido un corazón herido desde la más tierna infancia y que esa herida, nunca cicatrizada, había sido la fuente de toda su poesía, del amor apasionado y hasta sufriente de ese hombre por todos los que padecen la violencia y la crueldad de una voluntad desenfrenada, por el penoso destino de la mujer rusa, por los niños en el seno de la familia rusa, por el hombre del pueblo, cuya suerte es a menudo tan amarga. Expresé también mi convencimiento de que, en nuestra poesía, Nekrásov cierra ese grupo de poetas que nos han aportado una «palabra nueva». En efecto, dejando a un lado cualquier consideración sobre el vigor artístico y el alcance de su poesía, Nekrásov fue original en grado sumo y, en verdad, aportó una palabra nueva. Coincidió en el tiempo, por ejemplo, con Tiútchev, poeta mucho más amplio y mucho más artista que él, y sin embargo, Tiútchev nunca ocupará en nuestra literatura un lugar tan destacado y memorable como el que sin duda corresponde a Nekrásov. En ese sentido, entre nuestros poetas (me refiero a los que han aportado una «palabra nueva») hay que situarlo inmediatamente después de Pushkin y Lérmontov. Cuando expresé en voz alta ese pensamiento, se produjo un pequeño incidente: entre el gentío alguien gritó que Nekrásov era *superior* a Pushkin y Lérmontov, a quienes calificó de meros «byronianos». Algunos se mostraron conformes y gritaron: «¡Sí, superior!». No obstante, yo no tenía intención de entrar en valoraciones sobre la importancia y los méritos respectivos de los tres poetas. En cualquier caso, esto es lo que sucedió

después: en *Noticias de la Bolsa* el señor Skabichevski, en su mensaje a la juventud relativo al significado de Nekrásov, ha señalado que cuando *alguien* (es decir, yo), ante la tumba de Nekrásov, «tuvo la ocurrencia de comparar su nombre con los de Pushkin y Lérmontov, todos vosotros (es decir, todos los estudiantes) gritasteis *a coro, a una sola voz*: “¡Es superior, superior a ellos!”». Me atrevo a asegurar al señor Skabichevski que no le han informado bien, pues me acuerdo perfectamente (espero no equivocarme) de que al principio sólo una voz gritó: «Superior, superior a ellos», y a continuación añadió que Pushkin y Lérmontov eran unos «byronianos», comentario mucho más propio y natural de una sola voz y de una opinión aislada que de un coro de mil voces; ese detalle, sin duda, habla a favor de mi versión de los hechos. Sólo después de que se oyera esa primera voz, se elevaron otras, pero no demasiadas; yo no oí un coro de mil voces, lo repito, y confío en no equivocarme.

Insisto tanto en ese punto porque me resultaría penoso ver que *toda* nuestra juventud incurre en semejante error. La gratitud para con los grandes hombres desaparecidos no debe faltar en el corazón de un joven. Sin duda, el grito irónico sobre los byronianos y las exclamaciones: «Superior, superior» no se profirieron con intención de entablar un debate literario delante de la tumba abierta del querido difunto, lo que habría estado fuera de lugar, sino que respondió a la ardiente necesidad de expresar, con la mayor vehemencia posible, la ternura, la gratitud y el entusiasmo que despertaba en los corazones la figura de ese poeta tan grande, que tanto nos ha conmovido y que seguimos sintiendo tan cercano, a pesar de estar ya enterrado (¡en cambio, esos otros grandes poetas del pasado están ya tan lejos!). Pero todo ese episodio me inspiró allí mismo el deseo de explicar mi punto de vista con mayor claridad en el siguiente número de mi *Diario*, exponer con mayor detalle mi opinión sobre un fenómeno tan notable y extraordinario en nuestra vida y nuestra poesía como Nekrásov, y detallar en qué consisten, a mi entender, la esencia y el sentido de ese fenómeno.

II

PUSHKIN, LÉRMONTOV Y NEKRÁSOV

En primer lugar, la palabra «byroniano» no debe emplearse como una injuria. El «byronismo» fue un fenómeno pasajero, pero también grande, sagrado y necesario en la vida de los pueblos europeos, y acaso también en la vida de toda la humanidad. El «byronismo» apareció en un momento en que la gente estaba terriblemente abatida, desilusionada y casi desesperada. Después de los arrebatadores entusiasmos por la nueva fe en los nuevos ideales proclamados a finales del siglo pasado en Francia, la nación más avanzada de Europa en aquella época, se produjeron unos resultados tan diferentes de los esperados, tan decepcionantes para la fe de los hombres, que es probable que jamás haya habido en la historia de Europa occidental una hora tan

triste. Y no fueron sólo causas externas (políticas) las que hicieron que los ídolos, levantados por un instante, cayeran de nuevo, sino también su inconsistencia intrínseca, algo que percibían con total claridad los corazones clarividentes y los espíritus avanzados. Aún no se dibujaba ninguna *salida* nueva, no se abría ninguna válvula nueva, y la humanidad se sentía cada vez más oprimida bajo el horizonte terriblemente bajo y estrecho del viejo mundo. Los ídolos antiguos yacían hechos pedazos. Y en ese preciso instante surgió un genio grande y poderoso, un poeta apasionado. En sus versos vibraba la tristeza de la humanidad de entonces, el sombrío desencanto que albergaba por su destino y sus ideales traicionados. Era una musa nueva e inédita hasta entonces, la musa de la pena y de la venganza, de la desesperanza y de la maldición. El espíritu byroniano de pronto pareció extenderse a toda la humanidad, que respondió al unísono a su llamada. Fue como abrir una válvula de escape; al menos, en medio de los universales y sordos gemidos, en gran medida inconscientes, fue un grito poderoso al que se unieron e hicieron coro todos los gritos y gemidos de la humanidad. ¿Cómo no iba a repercutir también en un espíritu tan grande, genial y descollante como Pushkin? Tampoco en la Rusia de aquel entonces ninguna inteligencia poderosa, ningún corazón magnánimo podía desentenderse de Byron. No sólo por simpatía a Europa y a la sociedad europea, a las que se contemplaba desde la distancia, sino porque en nuestro propio país, en ese preciso momento, se plantearon muchas cuestiones nuevas, insolubles y atormentadoras, que venían a unirse a muchas viejas desilusiones... Pero la grandeza de Pushkin, como genio conductor, consistió precisamente en que, rodeado de una incompreensión casi generalizada, dio en seguida con un camino seguro, *encontró esa grandiosa solución por la que los rusos tanto habíamos suspirado y nos la mostró*. Esa solución era el pueblo, *la sumisión a la verdad del pueblo ruso*. «Pushkin fue un fenómeno grande y extraordinario.» Pushkin fue «no sólo un hombre ruso, sino también el primer hombre ruso»^[98]. Si un ruso no entiende a Pushkin, no tiene derecho a llamarse ruso. Comprendió al pueblo ruso y discernió su misión con una profundidad y una amplitud que nadie ha alcanzado jamás. Y no me refiero sólo a que, gracias a la universalidad de su genio, a su capacidad para responder a las manifestaciones espirituales más diversas de las sociedades europeas y para reencarnarse casi en el genio de otros pueblos y nacionalidades, dio muestras de la universalidad y la amplitud de miras del espíritu ruso, adivinando la predestinación futura del genio ruso en el seno de la humanidad como principio de unidad, reconciliación y regeneración universales. No quiero mencionar tampoco que Pushkin fue el primero entre nosotros que, en medio de su dolor, exclamó con previsión profética:

¡Veré al pueblo liberado,
la esclavitud abolida por voluntad del zar!

Sólo hablaré del amor de Pushkin por el pueblo ruso. Era un amor que lo abarcaba

todo, un amor que nadie había manifestado antes de él. «No me ames a mí, ama lo que es *mío*»: he ahí lo que os dirá siempre el pueblo cuando quiera asegurarse de la sinceridad de vuestro amor.

Cualquier señor puede amar al pueblo, es decir, compadecerlo por su necesidad, su pobreza y su sufrimiento, sobre todo si se considera humanitario y educado a la europea. Pero lo que el pueblo *necesita* es que se lo ame no sólo por sus sufrimientos, sino por *sí mismo*. ¿Qué significa *amarlo por sí mismo*? «Debes amar lo que amo, honrar lo que honro», eso es lo que significa y eso es lo que os responderá el pueblo; de otro modo, nunca os reconocerá como uno de los suyos, por más pena que sintáis por él. Reconocerá siempre la falsedad, por más palabras lastimeras que empleéis para intentar seducirlo. Pushkin amaba al pueblo precisamente como el pueblo quiere que lo amen, y no se metió en conjeturas sobre cómo debía amarlo, no se preparó, no se puso a estudiarlo: él mismo se convirtió de pronto en pueblo. Se inclinó ante la verdad popular, reconoció la verdad popular como su propia verdad. A pesar de todos los vicios y de todos los hábitos reprobables del pueblo, Pushkin supo distinguir la grandeza esencial de su espíritu, en un momento en que casi nadie miraba al pueblo con buenos ojos, y acogió en su alma como ideal la esencia del pueblo. Y eso en un momento en que los partidarios más humanitarios del pueblo ruso, aquellos que habían recibido una formación europea, lamentaban abiertamente que nuestro pueblo fuera tan vil que no pudiera elevarse al nivel del populacho parisino. En verdad, esos partidarios siempre despreciaron al pueblo. Creían, sobre todo, que se componía de esclavos. Disculpaban su depravación apelando a la esclavitud, pero de todos modos no podían amar a un esclavo, pues un esclavo era una criatura repulsiva. Pushkin fue el primero en declarar que el hombre ruso *no es un esclavo* y que jamás lo ha sido, a pesar de los muchos siglos de esclavitud. Había esclavitud, pero no esclavos (en conjunto, se entiende, en general, fuera de algunos casos aislados): he ahí la tesis de Pushkin. Hasta el aspecto y las maneras del campesino ruso le llevaban a concluir que no era un esclavo y no podía ser un esclavo (pese a su condición de tal), rasgo que atestigua el profundo y espontáneo amor de Pushkin por el pueblo. Reconocía también el elevado concepto que nuestro pueblo tiene de la dignidad personal (una vez más en su conjunto, dejando a un lado las habituales e inevitables excepciones), previó la serena dignidad con que nuestro pueblo acogería su emancipación, algo que, por ejemplo, no comprendieron —mucho tiempo después de Pushkin— los más notables rusos educados a la europea, que se esperaban otra cosa. Ah, profesaban un sincero y ardiente amor por el pueblo, pero a su manera, es decir, a la europea. Ponían el grito en el cielo, denunciando el estado bestial del pueblo, la condición bestial a que lo reducía el régimen de servidumbre, pero también creían de todo corazón que nuestro pueblo era realmente bestial. Y de pronto ese pueblo acogió la libertad con viril dignidad, sin albergar la menor tentación de ofender a sus antiguos amos: «Tú ocúpate de lo tuyo y yo de lo mío; ve a verme si quieres; siempre respetaré lo bueno que hay en ti». Sí, a muchos ha desconcertado la actitud de nuestro campesino

después de su emancipación. Hasta hubo quien determinó que esa reacción era consecuencia de su atraso y de su embotamiento, vestigios de su antigua esclavitud. Y eso ahora. ¿Qué sería en los tiempos de Pushkin? ¿Acaso no oí yo mismo decir en mi juventud a algunas personas avanzadas y «competentes» que el personaje de Savélich, en *La hija del capitán*, siervo de los señores Griniov, que cae a los pies de Pugachov y le implora que perdone a su joven amo y que, si quiere hacer un escarmiento e inspirar terror, le cuelgue mejor a él, ya viejo; que ese personaje no sólo es el retrato de un esclavo, sino la apoteosis de la esclavitud rusa?

Pushkin amaba al pueblo no sólo por sus sufrimientos. El sufrimiento despierta compasión, y a menudo la compasión va de la mano con el desprecio. Pushkin amaba cuanto amaba ese pueblo, honraba cuanto éste honraba. Amaba la naturaleza rusa con pasión, con ternura; amaba la aldea rusa. No era un señor misericordioso y humano que se compadece del campesino por su amarga suerte, sino un hombre que era uña y carne con el pueblo, que había asimilado su esencia y casi su figura. Empequeñecer a Pushkin, presentándolo como un poeta cuya devoción por el pueblo respondía más a su gusto por la historia y el pasado que a una preocupación real, es un error y hasta un sinsentido. En ese interés por el pasado y por la historia vibra tal amor y tal admiración por el pueblo que serán patrimonio suyo *para siempre*, ahora y en el futuro, y no sólo de un pueblo histórico perdido en un pasado remoto. Nuestro pueblo ama su historia principalmente porque encuentra en ella, en toda su integridad, esos mismos motivos sagrados en los que ha creído hasta ahora, a pesar de todos sus sufrimientos y trabajos. Desde la majestuosa e inmensa figura del cronista en *Borís Godunov* hasta la descripción de los secuaces de Pugachov, en toda la obra de Pushkin aparece el pueblo en sus manifestaciones más profundas, y el pueblo acoge esas representaciones como reencarnaciones de su propia esencia. Pero ¿es eso todo? El espíritu ruso impregna las creaciones de Pushkin, la vena rusa late por doquier. En las grandes, inimitables e incomparables canciones, supuestamente compuestas por los eslavos occidentales, pero que en realidad son una manifestación del gran espíritu ruso, vibra toda la concepción rusa de la fraternidad eslava, se vuelca todo el corazón ruso, se plasma la visión del mundo del pueblo, conservada hasta nuestros días en sus canciones, leyendas, tradiciones y cuentos; se expresa todo lo que el pueblo ama y honra, sus ideales, héroes, zares; se representa a quienes defienden y se compadecen del pueblo, imágenes de virilidad, humildad, amor y abnegación. Y el encantador gracejo de Pushkin, como, por ejemplo, en la conversación de los dos campesinos borrachos o la fábula del oso a cuya compañera han dado muerte; ese rasgo añade un toque simpático, conmovedor y tierno a sus observaciones del pueblo. Si Pushkin hubiera vivido más, nos habría dejado, en su afán de comprender al pueblo, tesoros artísticos cuya influencia seguramente habría contribuido a acortar los tiempos y los plazos para que nuestra clase intelectual —tan orgullosa de su europeísmo que sigue levantándose por encima del pueblo— volviera a la verdad popular, a la fuerza popular y a la conciencia de la misión del pueblo. Pues ese mismo homenaje a la

verdad del pueblo es lo que veo a veces (¡ay, quizá sea el único de sus admiradores que lo ve!) en Nekrásov, al menos en sus obras más poderosas. Aprecio mucho, muchísimo, que «se doliera de los padecimientos del pueblo» y que hablara tan a menudo y con tanta pasión de esos padecimientos, pero aún aprecio más que en los momentos señalados, penosos y sublimes de su vida, a pesar de todas las influencias contrarias e incluso de sus propias convicciones, siguiera reverenciando la verdad del pueblo con todo su ser, como testimonian sus mejores creaciones. En ese sentido lo situó después de Pushkin y de Lérmontov y considero que, en parte, es portador de la misma palabra nueva (pues la «palabra» de Pushkin sigue siendo para nosotros una palabra nueva. Y no sólo nueva, sino también incomprendida y desconocida, considerada por muchos como una antigualla sin valor alguno).

Antes de volver a Nekrásov, me gustaría decir también un par de palabras sobre Lérmontov, para justificar el haberlo incluido entre quienes creen en la verdad del pueblo. No cabe duda de que Lérmontov era un byroniano, pero, gracias al vigor y originalidad de su poesía, un byroniano muy particular, burlón, caprichoso y desabrido, incapaz de creer siquiera en su propia inspiración, en su propio byronismo. Pero, si su morbosa personalidad de intelectual ruso atormentado por su europeísmo le hubiera dado un instante de paz, seguramente habría acabado por encontrar una salida, como Pushkin, en la sumisión a la verdad del pueblo: hay indicios obvios y precisos que así lo sugieren. También en su caso la muerte se lo impidió. En realidad, en todas sus poesías se muestra sombrío, caprichoso; quiere decir la verdad, pero a menudo miente, y esas mentiras, de las que él mismo es consciente, le atormentan; pero en cuanto se ocupa del pueblo, da muestras de lucidez y serenidad. Ama al soldado ruso, al cosaco; honra al pueblo. Y así un día escribe su canción inmortal sobre el joven comerciante Kaláshnikov, que mató, para vengar su honor, a un miembro de la guardia imperial llamado Kiribéievich y que, ante la mirada amenazante de Iván el Terrible, que lo ha convocado, responde que mató a Kiribéievich, servidor del soberano, «por propia voluntad, no por accidente». ¿Os acordáis, señores, del «siervo Shibánov»? El tal Shibánov era un siervo del príncipe Kurbski, ese emigrado ruso del siglo XVI que escribió a ese mismo zar Iván cartas críticas y casi insultantes desde el extranjero, donde se había refugiado por razones de seguridad. Después de escribir una de esas cartas, mandó llamar a su siervo Shibánov y le ordenó llevar la carta a Moscú y entregársela al zar en persona. Así lo hizo el siervo Shibánov. En la plaza del Kremlin abordó al zar en el momento en que éste salía de la catedral, rodeado de su cortejo, y le entregó el mensaje de su señor, el príncipe Kurbski. El zar levantó su cetro, que terminaba en punta, lo clavó en el pie de Shibánov, se apoyó en él y se puso a leer el mensaje. Shibánov, con el pie traspasado, no se movía. Y el zar, cuando contestó más tarde a la carta del príncipe Kurbski, escribió entre otras cosas: «Avergüenzate delante de tu siervo Shibánov». Lo que quería decir que él mismo se había avergonzado. Esa imagen de un «siervo» ruso debió de conmover el alma de Lérmontov. Su Kaláshnikov habla al zar sin

dirigirle ningún reproche ni recriminación por Kiribéievich; habla conociendo el castigo que le espera y le cuenta al zar «toda la verdad»: que ha matado a su favorito «por propia voluntad, no por accidente». Lo repito, si Lérmontov hubiera vivido más, habríamos tenido un gran poeta que también habría reconocido la verdad del pueblo y quizá un sincero y «*dolido portavoz de los padecimientos del pueblo*». Pero ese título había de corresponder a Nekrásov.

Vuelvo a repetir que no estoy comparando a Nekrásov con Pushkin; no trato de dilucidar quién es más alto y quién más bajo, porque en este caso no caben parangones; hasta la misma cuestión está fuera de lugar. Pushkin, por la amplitud y profundidad de su genio, sigue resplandeciendo como un sol sobre todo el pensamiento ruso. Es un gran anunciador, todavía incomprendido. Nekrásov no es más que un pequeño punto comparado con él, un pequeño planeta, pero surgido de ese gran sol. No obstante, dejando a un lado los intentos de medir quién es más grande, es justo reconocer que Nekrásov gozará de inmortalidad, una inmortalidad plenamente merecida, ya he dicho por qué: por haberse inclinado ante la verdad del pueblo, actitud que no se debió a imitación de ningún tipo y que ni siquiera fue del todo consciente, sino que respondió a una necesidad, a una fuerza irresistible. Y esa circunstancia es tanto más notable cuanto que Nekrásov, a lo largo de toda su vida, estuvo bajo la influencia de personas que, aunque amaban al pueblo, aunque se compadecían de él, y con la mayor sinceridad, nunca reconocieron la verdad del pueblo y siempre situaron su educación europea muy por encima de la verdad del espíritu popular. Incapaces de penetrar en el alma rusa y desconociendo lo que ésta espera y solicita, a menudo deseaban para nuestro pueblo, pese a todo el amor que le profesaban, lo que más podía contribuir a su daño. ¿No fueron ellos quienes apenas reconocieron, en el movimiento popular ruso de estos dos últimos años, el sublime impulso espiritual del pueblo, que quizá por primera vez se manifestó con tal plenitud y fuerza, testimoniando que sigue viva su saludable, poderosa e inquebrantable unión en un mismo y elevado pensamiento, y que casi puede prever su misión futura? Y no es sólo que no reconocieran la verdad de ese movimiento popular, sino que lo consideraron casi retrógrado, algo que revelaba la inconmensurable inconsciencia del pueblo ruso, su inveterado y secular atraso. En cuanto a Nekrásov, a pesar de su notable y vigorosísima inteligencia, carecía de una formación seria, o al menos amplia. Jamás pudo escapar de ciertas influencias, pues le faltaba la fuerza necesaria. Pero albergaba una fuerza propia en el alma, que no le abandonó ni un instante: su amor sincero, apasionado y, sobre todo, espontáneo al pueblo. Le dolían en el alma sus sufrimientos, pero no sólo veía en él la imagen de una criatura humillada por la esclavitud, una figura bestial, sino que, mediante la fuerza de su amor, fue capaz de comprender, casi inconscientemente, la belleza del pueblo, su vigor, su inteligencia, su sufriente humildad, y hasta llegó a albergar alguna fe en su misión futura. ¡Ah, cierto que cuando confiaba en su conciencia cometía muchos errores! Así, considerando con inquieto reproche al pueblo ya emancipado, pudo escribir, en una

improvisación publicada recientemente por primera vez:

... Pero ¿es el pueblo feliz?

La gran sensibilidad de su corazón le permitió intuir los sufrimientos del pueblo, pero si se le hubiera preguntado: «¿Qué es lo que necesita el pueblo y cómo puede conseguirlo?», probablemente habría ofrecido una respuesta muy equivocada y hasta perniciosa. En cualquier caso, no se le puede culpar por ello: en nuestro país el sentido político sigue siendo bastante raro, y Nekrásov, vuelvo a repetirlo, estuvo toda su vida sometido a influencias ajenas. Pero, gracias a su corazón, gracias a su gran inspiración poética, en algunos de sus mejores poemas llegó a tocar la esencia misma de lo popular. En ese sentido, era un poeta popular. Cualquier persona salida del pueblo, por poca instrucción que tenga, comprenderá muchas de las composiciones de Nekrásov. Pero sólo si tiene cierta instrucción. Carece totalmente de sentido plantearse si en estos momentos el pueblo ruso en su conjunto puede comprenderlo. ¿Qué puede comprender el «pueblo sencillo» en obras maestras como «Caballero por una hora», «Silencio» o «Mujeres rusas»? Incluso en su gran «Vlas», que puede resultar comprensible al pueblo (aunque no servirle de inspiración, pues hace mucho tiempo que esa poesía se ha apartado de la vida real), el pueblo seguramente distingue notas falsas. ¿Qué puede decirle al pueblo uno de sus poemas más vigorosos y conmovedores, «En el Volga»? Ése es el verdadero espíritu y el tono de Byron. No, Nekrásov sigue siendo un poeta para la clase intelectual, que habla del pueblo y de sus padecimientos con amor y pasión a esa misma clase intelectual. No me refiero al futuro: en el futuro el pueblo apreciará a Nekrásov. Comprenderá que una vez vivió un señor ruso bondadoso que vertía lágrimas amargas al contemplar los padecimientos del pueblo, y a quien no se le ocurrió nada mejor que, huyendo de su riqueza y de las tentaciones culpables de su vida de señor, acercarse a él, al pueblo, en sus momentos más difíciles, y purificar su corazón atormentado con su amor irresistible, pues el amor de Nekrásov por el pueblo no era más que *una salida para su propia pena...*

Pero antes de explicar cómo entiendo yo esa «propia pena» del querido poeta que acaba de dejarnos, no puedo dejar de señalar una circunstancia característica y curiosa que casi toda nuestra prensa resaltó en los artículos que consagró a Nekrásov inmediatamente después de su muerte.

III

POETA Y CIUDADANO.

CONSIDERACIONES GENERALES DE NEKRÁSOV COMO HOMBRE.

En cuanto todos los periódicos se pusieron a hablar de Nekrásov, con motivo de su

muerte y entierro, en cuanto empezaron a determinar su importancia, añadieron a una sola voz algunas consideraciones sobre cierto «sentido práctico» de Nekrásov, sobre ciertos defectos e incluso vicios, sobre cierta duplicidad en la imagen que nos ha dejado de su persona. Algunos periódicos apenas se refirieron a esa cuestión, mencionándola de pasada en un par de líneas, pero lo importante es que de todos modos había una alusión, como si fuera algo imprescindible de lo que no pudieran escapar. En otras publicaciones que dedicaron más espacio a Nekrásov el resultado fue aún más extraño. En efecto, sin formular acusaciones precisas y como evitando entrar en detalles por profundo y sincero respeto al difunto, se ponían a... justificarlo, lo que hacía que el asunto resultara aún más incomprensible. «Pero ¿por qué lo justifican ustedes? —se preguntaba uno casi sin querer—. Si saben algo, no hay razón para que lo oculten. Queremos saber si realmente necesita de vuestras justificaciones.» He ahí la cuestión que se planteaba. Pero no querían formular ninguna acusación, y se salían en seguida con disculpas y salvedades, como si desearan prevenir a alguien y, sobre todo, lo repito, como si no pudieran evitar esa alusión, por mucho que quisieran. En suma, una situación bastante curiosa, pero, si se analiza en profundidad, tanto ustedes como cualquier otra persona llegarán a la conclusión, a poco que recapaciten, de que se trata de un caso absolutamente normal, pues, una vez que empieza uno a hablar de Nekrásov como poeta, no puede dejar de hablar de él como individuo, porque en Nekrásov el poeta y el ciudadano están tan unidos, son tan inexplicables el uno sin el otro y, tomados juntos, se explican mutuamente con tanta claridad que, una vez que uno se refiere a él como poeta, no puede dejar de analizarlo como ciudadano; y siente que está obligado a actuar de ese modo, que no tiene escapatoria.

Pero ¿qué podemos decir y qué vemos exactamente? Se recurre a la expresión «espíritu práctico», refiriéndose a la habilidad para arreglar los asuntos propios, pero no se añade nada más; entonces empiezan las justificaciones: «Había sufrido mucho; desde niño había estado sometido a la acción corrosiva del ambiente». Incluso de joven, en San Petersburgo, abandonado y sin hogar, tuvo que soportar muchas privaciones; por eso se volvió un hombre «práctico» (como si no hubiera tenido más remedio). Otros van incluso más lejos y sugieren que, sin ese «sentido práctico», Nekrásov probablemente no habría podido llevar a cabo tantas obras útiles para el bien común, por ejemplo, publicar una revista, etc. ¿Significa eso que los buenos fines justifican los malos medios? Y eso hablando de Nekrásov, de un hombre que conmovió los corazones y, con sus versos, infundió entusiasmo y amor por las cosas buenas y bellas. Desde luego, todo eso se dice para disculparlo, pero me parece que Nekrásov no necesita tales disculpas. Las disculpas de ese tipo siempre parecen encerrar algo humillante, y se diría que ensombrecen y rebajan la imagen del destinatario hasta los límites de lo vulgar. En efecto, desde el momento en que empiezo a disculpar «la duplicidad y el espíritu práctico» de alguien, es como si insinuara que esa duplicidad es hasta natural en ciertas circunstancias, casi inevitable.

Y si es así, hay que reconciliarse con la imagen de un hombre que se golpea contra el suelo del templo, al tiempo que clama arrepentido: «¡He caído! ¡He caído!». Esa misma noche escribirá al respecto versos de una inmortal belleza, pero a la mañana siguiente, cuando la noche haya pasado y sus lágrimas se hayan secado, recobrará su «sentido práctico», porque, pese a todas las otras cosas, es *necesario*. Entonces, ¿qué significan los lamentos y gritos expresados mediante su poesía? El arte por el arte y nada más, y encima en el sentido más trivial, pues él mismo admira esos versos, los aprecia, se siente plenamente satisfecho, los imprime y cuenta con que darán esplendor a su revista y conmoverán los corazones jóvenes. No, si justificamos todo eso sin ofrecer ninguna explicación, nos arriesgamos a incurrir en un craso error y a generar más incomprensión. Si nos hubieran preguntado: «¿A quién vais a enterrar?», quienes acompañábamos su ataúd nos habríamos visto obligados a responder que «al más ilustre representante del arte por el arte que pueda imaginarse». Pero ¿era eso cierto? No, *la verdad es que no era cierto*; la verdad es que llevábamos a enterrar a un «sentido portavoz de los padecimientos del pueblo», a un hombre que no dejó de sufrir un instante por su propia suerte, que nunca pudo hallar la paz y que rechazaba con repugnancia y crueles remordimientos cualquier clase de componenda.

Hay que aclarar el caso, aclararlo con sinceridad e imparcialidad, y aceptar la conclusión a la que lleguemos, dejando a un lado la persona de la que se trata y cualquier otra consideración. Lo que se necesita es aclarar la esencia misma del asunto, en la medida de lo posible, a fin de proporcionar la imagen más precisa que se pueda de la personalidad y el carácter del difunto; eso es lo que exigen nuestros corazones, para que no quede la menor incertidumbre que pueda empañar su memoria y arrojar una sombra indigna, como sucede a menudo, sobre efigie tan sublime.

Yo conocía poco la «vida práctica» del difunto, así que no puedo abordar el aspecto anecdótico del asunto; y, aunque pudiera, no lo haría, porque tendría que sumergirme en lo que yo mismo califico de chismorreos. Pues estoy firmemente persuadido (ya antes lo estaba) de que, de todo lo que se ha dicho sobre el difunto, al menos la mitad, y puede que hasta las tres cuartas partes, es pura mentira. Mentira, necedad y chismorreos. Un hombre tan original y notable como Nekrásov no podía carecer de enemigos. Era inevitable que se exageraran episodios reales y verdaderos. Pero, una vez admitido todo eso, debemos constatar que algo queda. ¿De qué se trata? Pues de algo sombrío, oscuro, indudablemente doloroso, porque... ¿qué significan si no esos gemidos, esos gritos, esas lágrimas, esos reconocimientos de su «caída», esa confesión apasionada ante la sombra de su madre? ¿No se está autoflagelando, no se está castigando? Una vez más no quiero entrar en el aspecto anecdótico del caso, pero creo que el propio poeta anticipó, en sus aspectos fundamentales, esa sombría y dolorosa mitad de la vida, en una de sus primeras poesías, bosquejada, por lo visto, en los albores de su existencia, antes de conocer a Belinski (y retocada más tarde hasta alcanzar la forma con que se publicó). Éstos son los versos:

Ardían los fuegos vespertinos,
aullaba el viento, caía la lluvia,
cuando, procedente de Poltava,
entré en la capital.

Llevaba en la mano una larga vara,
de la que colgaba una alforja vacía,
a los hombros una pelliza de piel de cordero
y quince céntimos en el bolsillo.

Ni dinero ni oficio ni familia,
de aspecto ridículo y bajo de estatura,
pero han pasado ya cuarenta años...
Y tengo en el bolsillo un millón.

Un millón: he ahí el demonio de Nekrásov. ¿Significa eso que le gustaba tanto el oro, el lujo y los placeres que, para procurárselos, echó mano del «sentido práctico»? No, se trataba de un demonio distinto; del demonio más sombrío y degradante. Era el demonio del orgullo, el deseo de seguridad, la necesidad de asilarse de los hombres por medio de un firme muro, para contemplar con desapasionamiento y serenidad su maldad y sus amenazas. Creo que ese demonio ya se había insinuado en su corazón de niño, del niño de quince años que se encontró de pronto en el empedrado de San Petersburgo después de haber huido, poco más o menos, de la casa paterna. Su tímida y orgullosa alma infantil estaba desconcertada y ofendida; no quería buscar protectores, no deseaba llegar a acuerdos con esa muchedumbre extraña. No es que se hubiera aposentado en su corazón, a edad tan temprana, un sentimiento de desconfianza hacia los hombres; se trataba de un escepticismo demasiado precoz (y por tanto equivocado). «Puede que no sean tan malos, puede que no sean tan terribles como se dice —seguramente pensaba—, pero en cualquier caso no son más que una chusma débil y amedrentada, y por tanto pueden buscarte la ruina, incluso sin ninguna mala voluntad, en cuanto te cruces en su camino.» Puede que en esa época Nekrásov empezara a soñar; puede que entonces compusiera, en plena calle, esos versos: «Tengo en el bolsillo un millón».

Era una sed de seguridad sombría, lúgubre, huraña, cuyo fin era no depender de nadie. Creo que no me equivoco, pues recuerdo algunas cosas de la época en que nos conocimos. Al menos, ésa es la impresión que me produjo siempre. Pero, en cualquier caso, ese demonio era un demonio ruin. ¿Cómo podía aspirar a esa clase de *seguridad* el alma de Nekrásov, esa alma capaz de responder a todo lo sagrado y que nunca perdió la fe? ¿Acaso las almas privilegiadas se rodean de una seguridad así? Los hombres de esa clase se ponen en camino con los pies desnudos y las manos vacías, el corazón lleno de serenidad y luz. Su seguridad no reside en el oro. ¡El oro es brutalidad, violencia, despotismo! El oro puede antojársele seguridad precisamente a esa muchedumbre débil y amedrentada a la que Nekrásov tanto despreciaba. ¿Acaso esos cuadros de violencia y luego esa ansia de voluptuosidad y desenfreno encontraron cabida en un corazón como el suyo, en el corazón de un hombre que

habría podido decir a cualquiera: «Déjalo todo, coge tu báculo y sígueme»?:

Llévame al campo de los que perecen
por la magna causa del amor.

Pero el demonio se impuso, y el hombre se quedó en su sitio y no fue a ninguna parte.

Por todo eso pagó con el sufrimiento, un sufrimiento que duró toda la vida. En realidad, sólo conocemos sus versos, pero ¿qué sabemos de su lucha interior con ese demonio, lucha sin duda encarnizada y que se prolongó hasta el día de su muerte? Y no estoy hablando de las buenas obras de Nekrásov, a las que no daba publicidad, pero de las que sin duda se ocupó, y ya empiezan a oírse testimonios de la humanidad y la ternura de ese «espíritu práctico». El señor Suvorin ha publicado ya algo en esa línea, y estoy seguro de que saldrán a la luz muchos más testimonios favorables; no puede ser de otra manera. «Ah —me dirá alguno—, usted también lo está justificando, y con argumentos más inconsistentes que los nuestros.» No, no lo estoy justificando, sólo trato de aclarar un poco las cosas. Y llegados a este punto, voy a formular la pregunta final y definitiva.

IV

UN TESTIGO DE DESCARGO DE NEKRÁSOV

Ya Hamlet se sorprendía de las lágrimas de un actor que declamaba su papel y lloraba por una tal Hécuba: «¿Qué le importa Hécuba?», preguntaba Hamlet. Debemos plantear la cuestión con toda claridad: ¿sería nuestro Nekrásov como ese actor, es decir, capaz de llorar *sinceramente* por sí mismo y por ese tesoro espiritual sagrado del que él mismo se había privado, y de verter luego su pena (¡una pena auténtica!) en versos de una belleza inmortal, para consolarse al día siguiente... con la belleza de esos versos? ¿Con la belleza de los versos nada más? Y más aún: ¿de contemplar la belleza de esos versos como un asunto «práctico», capaz de procurarle ganancias, dinero, gloria, y valerse de ella con ese fin? ¿O, por el contrario, la pena del poeta persistía después de los versos, incapaz de hallar consuelo en la poesía? ¿Le oprimían y le atormentaban la belleza y el poder que se expresaba en ella? ¿Y si, incapaz de vencer a su eterno demonio, a las pasiones que le dominaron durante toda su vida, volvió a caer una vez más, y acabó resignándose tranquilamente a esa caída? ¿No resonarían con más fuerza sus gemidos y sus gritos en los secretos y sagrados momentos de arrepentimiento? ¿Se repetirían y se recrudecerían en su corazón cada vez, de suerte que al final él mismo pudo ver claramente cuánto le costaba ese demonio y cuán caros había pagado los bienes que de él había recibido? En suma, si era capaz de *acomodarse* momentáneamente a su demonio e incluso podía justificar su «sentido práctico» cuando hablaba con los demás, ¿ese acomodamiento y esa serenidad eran duraderas o, por el contrario, se desvanecían en el acto en su corazón,

dejándole un dolor, una vergüenza y un remordimiento aún más agudos? Entonces — si fuera posible resolver esa cuestión—, ¿qué nos quedaría? No nos quedaría más remedio que condenarlo porque, incapaz de vencer sus tentaciones, no se decidió a acabar con su vida, como hizo, por ejemplo, ese antiguo mártir del monasterio de las Cavernas que, no pudiendo derrotar a la serpiente de la pasión que le atormentaba, se enterró de cintura para abajo y murió: no había expulsado a su demonio, pero al menos lo había vencido. En ese caso, nosotros, cada uno de nosotros, nos encontraríamos en una situación humillante y ridícula, si pretendiéramos asumir el papel de jueces y pronunciar tales veredictos. De todos modos, el poeta que escribió sobre sí mismo:

Poeta puedes no serlo,
pero debes ser ciudadano,

parece reconocer que la gente tiene derecho a juzgarlo como «ciudadano». Como individuos, desde luego, nos habría avergonzado juzgarle. ¿Quiénes somos nosotros, cada uno de nosotros? La única diferencia es que nosotros no hablamos en voz alta de nosotros mismos y ocultamos nuestras miserias, a las que acabamos acomodándonos en nuestro fuero interno. El poeta lloraba, acaso, por actos que no nos harían fruncir el ceño si los hubiéramos cometido nosotros mismos. Porque sabemos de sus caídas y de su demonio por sus propios versos. De no ser por esos versos que, en sus momentos de sincero arrepentimiento, no temía divulgar, todo lo que se dice de él como hombre, de su «sentido práctico» y demás, todo eso habría muerto con él y se habría borrado de la memoria de sus semejantes, reducido al nivel de simples hablaturías, de suerte que no habría habido necesidad de ninguna justificación. Señalaré de pasada que, para un hombre tan práctico y que tan bien sabía arreglar sus asuntos, realmente no era muy práctico dar publicidad a sus gritos y gemidos de arrepentimiento, así que, después de todo, quizá no fuera tan práctico como afirman algunos. No obstante, lo repito, debe comparecer ante el tribunal de los ciudadanos, ya que él mismo lo reconoció. Así pues, si la pregunta que nos formulábamos más arriba: ¿se contentaría el poeta con esos versos suyos bañados con sus propias lágrimas y se reconciliaría consigo mismo, alcanzando una serenidad que le permitiera volver a ocuparse de sus «asuntos prácticos» con el corazón aliviado, o, por el contrario, esas reconciliaciones serían sólo momentáneas, de suerte que la vergüenza que le producían le llevaría a despreciarse y le causarían un dolor más intenso y amargo que duraría toda la vida? Si esa pregunta pudiera resolverse a favor de la segunda hipótesis, es evidente que podríamos reconciliarnos sin más con el «ciudadano» Nekrásov, pues sus propios sufrimientos habrían purificado plenamente su memoria a nuestros ojos. Claro que aquí surge una objeción: si no estamos en condiciones de resolver esa cuestión (¿y quién sería capaz de hacerlo?), más vale que no nos la planteemos. Pero es el caso que podemos resolverla. Hay un testigo que puede proporcionarnos la respuesta. Y ese testigo es el pueblo.

¡Es decir, su amor por el pueblo! Y, en primer lugar, ¿por qué un hombre tan «práctico» iba a sentir semejante amor por el pueblo? Una de dos: o se preocupaba de asuntos prácticos o sufría por el pueblo. Supongamos que no fuera más que un capricho: jugaba un poco y luego se retiraba. Pero Nekrásov no se retiró en toda su vida. Habrá quien diga: «El pueblo para él era su “Hécuba”, un motivo que le permitía llenar de lágrimas sus versos y obtener beneficios». Pero no estoy hablando de la dificultad de fingir el sincero amor que vibra en los versos de Nekrásov (sobre esa cuestión puede discutirse hasta la saciedad), sino que me limito a decir que para mí es evidente por qué Nekrásov amaba tanto al pueblo, por qué se sentía tan atraído por él en los momentos dolorosos de su vida, por qué acudía a él y qué era lo que encontraba. Pues porque, como he dicho más arriba, el amor al pueblo era para Nekrásov *una salida para su propio dolor*. Si admitís y aceptáis esa suposición, tendréis una visión clara de Nekrásov como poeta y como ciudadano. Servir al pueblo con todo su corazón y todo su talento significaba purificarse a sus propios ojos. El pueblo era para él una verdadera necesidad interior, y no sólo para escribir sus versos. En ese amor encontraba su justificación. Sus sentimientos por el pueblo elevaban su espíritu. Pero lo más importante es que no encontraba el objeto de su amor entre la gente que le rodeaba ni entre las cosas que esas personas honraban y reverenciaban. Al contrario, cuando sentía repugnancia por esa vida a la que había sucumbido en momentos de debilidad y vicio, se apartaba de esas personas y se aproximaba a los afligidos, a los sufrientes, a los simples de corazón y a los humillados; iba, se golpeaba contra las losas de su pobre iglesia aldeana y hallaba la curación. No habría elegido esa salida *si no hubiera tenido fe en ella*. En su amor al pueblo encontraba algo inmutable, una salida segura y sagrada para todo lo que le atormentaba. Y si eso es así, cabe deducir que no encontraba nada más sagrado, inmutable y verdadero que reverenciar. Naturalmente, no podía pretender que unas simples poesías sobre el pueblo lo justificaran todo. Y si eso es así, cabe deducir que reverenciaba *la verdad del pueblo*. Si no halló en su vida nada más digno de amor que el pueblo, es que reconoció *la verdad del pueblo y la verdad en el pueblo*, y aceptó que en él reside y se conserva la verdad. Aunque no lo reconociera con plena conciencia, asumiéndolo entre sus convicciones, lo admitía con el corazón como un hecho irrefutable e irrefutable. En ese campesino lleno de vicios, cuya imagen humillante y humillada tanto le atormentaba, encontraba también algo verdadero y sagrado que no podía menos de honrar, a lo que se sentía obligado a responder con todo su corazón. Ésa es la razón de que lo situara, cuando hablé más arriba de su importancia literaria, entre quienes reconocían la verdad del pueblo. Su eterna búsqueda de esa verdad, su eterno anhelo y aspiración a ella, atestiguan claramente, lo repito, que una necesidad interior, una necesidad suprema, le acercaba al pueblo; y a la vez, esa necesidad pone también de manifiesto su íntima, constante y eterna pena, una pena incesante, que jamás pudieron aplacar ningún sutil razonamiento de la tentación, ninguna paradoja, ninguna justificación práctica. Y si eso es así, cabe concluir que sufrió toda su vida...

En tal caso, ¿quiénes somos nosotros para juzgarlo? Y si somos jueces, no podemos ser fiscales.

Nekrásov es un tipo histórico ruso, uno de los ejemplos más relevantes de las muchas contradicciones y duplicidades en el ámbito de la moral y las convicciones en que puede incurrir el hombre ruso en esta triste época de transición. Pero ese hombre se ha ganado un hueco en nuestro corazón. ¡Los arrebatos de amor de ese poeta solían ser sinceros, puros y genuinos! El sentimiento que le llevaba al pueblo era tan elevado que le sitúa, como poeta, en el lugar más alto. Y en lo que respecta al hombre, al ciudadano, una vez más fue su amor al pueblo y lo mucho que sufrió por él lo que le permitió justificarse y expiar muchas cosas, suponiendo que efectivamente hubiera algo que expiar...

Diario de un escritor

(1880)

CAPÍTULO SEGUNDO

PUSHKIN (Ensayo)

(Discurso pronunciado el 8 de junio en la asamblea de la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa)

«Pushkin es una manifestación extraordinaria y quizá única del espíritu ruso», dijo Gógol. A eso añadiría yo que también profética. Pues no cabe duda de que su aparición tiene para todos los rusos algo de incontestablemente profético. Pushkin aparece en el preciso momento en que empezábamos a tomar conciencia de nosotros mismos, un proceso vacilante y apenas incipiente en nuestra sociedad, a un siglo de distancia de las reformas de Pedro el Grande, y su aparición contribuyó en gran medida a iluminar nuestro oscuro camino con una luz nueva y guiadora. En ese sentido es Pushkin profético y revelador. Divido la obra de nuestro gran poeta en tres periodos. No estoy hablando ahora como crítico literario: si me refiero a la actividad creadora de Pushkin, lo hago únicamente para aclarar mi pensamiento sobre su significado profético, así como lo que quiero decir con esas palabras. No obstante, me gustaría señalar de pasada que, en mi opinión, no existen límites rigurosos entre los diferentes periodos de la actividad de Pushkin. El comienzo de *Yevgueni Onieguin*, por ejemplo, pertenece todavía, creo yo, al primer periodo de la actividad del poeta, pero la obra termina en el segundo, cuando Pushkin ha encontrado ya sus ideales en la tierra natal, y su alma afectuosa y perspicaz se ha embebido de ellos y los ha distinguido con su amor. Se suele decir también que en el primer periodo de su actividad Pushkin imita a poetas europeos, Parny, André Chénier y otros, en especial Byron. Sí, no cabe duda de que los poetas de Europa ejercieron una gran influencia en el desarrollo de su genio, y que esa influencia se prolongó durante toda su vida. No obstante, hasta los primeros poemas de Pushkin son mucho más que meras imitaciones, pues ya en ellos halla expresión la extraordinaria originalidad de su genio. Imposible encontrar en las imitaciones un sufrimiento tan personal y un conocimiento de sí mismo tan profundo como los que revela Pushkin, por ejemplo, en *Los gitanos*, un poema que atribuyo al primer periodo de su actividad literaria. Por no hablar ya de su fuerza creadora y de su ímpetu poético, que jamás habrían alcanzado tales cotas de no ser más que un imitador. En el personaje de Aleko, el héroe del poema *Los gitanos*, se perfila ya una idea poderosa, profunda y totalmente rusa, que más tarde se expresará con tan armónica plenitud en *Yevgueni Onieguin*, donde vemos casi al mismo Aleko, pero ya no a una luz fantástica, sino bajo una forma palpablemente real y comprensible. En el personaje de Aleko, Pushkin nos descubre

y nos ofrece un retrato genial de ese desdichado vagabundo en su tierra natal, ese tipo histórico del ruso sufriente, cuya aparición era inevitable, desde un punto de vista histórico, en nuestra sociedad segregada del pueblo. Y es evidente que no lo descubrió sólo en Byron. Es un personaje genuino, trazado de manera impecable, un personaje constante, con una larga trayectoria en nuestra tierra. Esos vagabundos rusos sin hogar siguen deambulando por nuestro país todavía hoy y parece que tardarán mucho en desaparecer. Y aunque en nuestros días ya no frecuentan los campamentos gitanos buscando ideales universales en su modo de vida salvaje y peculiar ni se refugian en el seno de la naturaleza para escapar de la desatinada y absurda vida de las clases cultivadas rusas, se echan en brazos del socialismo, que aún no existía en tiempos de Aleko, se van con su nueva fe a otras tierras y trabajan con celo, firmemente persuadidos, como Aleko, de que, gracias a su peregrina actividad, alcanzarán sus objetivos y lograrán la felicidad no sólo para ellos mismos, sino para toda la humanidad. Pues, para poder encontrar la paz, el vagabundo ruso necesita a toda costa la felicidad universal: no se conformará con menos, siempre que no nos salgamos del ámbito de la teoría, naturalmente. Es el mismo hombre ruso, sólo que pertenece a una época distinta. Ese individuo, lo repito, surgió en nuestra sociedad educada, segregada del pueblo, de la fuerza del pueblo, justo a principios del segundo siglo después de las reformas de Pedro. Ah, la inmensa mayoría de los rusos instruidos, tanto en la época de Pushkin como en nuestros días, trabajaban y trabajan tranquilamente en la administración del Estado, en el departamento de Hacienda, en los ferrocarriles y en los bancos, o simplemente se ganaban la vida de diferentes maneras, o se ocupaban de las ciencias, dictaban conferencias, y todo eso de manera regular, perezosa y serena, cobrando su sueldo, jugando a los naipes, sin ninguna intención de huir a los campamentos gitanos o a cualquier otro lugar más propio de nuestra época. Todo lo más coquetean con un liberalismo «barnizado de socialismo europeo», al que se añade cierto carácter apacible de lo más ruso: un sello de la época, en cualquier caso. Poco importa que uno aún no haya empezado a preocuparse, mientras otro ya ha tenido tiempo de llegar a una puerta cerrada, contra la que se ha dado violentos cabezazos. Lo mismo les espera a todos a su debido tiempo, a menos que den con el camino salvador de la humilde comunión con el pueblo. Y poco importa que nos espere a todos el mismo destino: basta con los «elegidos», basta con una décima parte de los que han empezado a preocuparse para que la inmensa mayoría restante pierda para siempre el sosiego. Por supuesto, Aleko aún no sabe expresar su pena de un modo apropiado: en su caso, todo tiene aún cierto carácter abstracto; no siente más que nostalgia de la naturaleza, desprecio por la sociedad mundana, aspiraciones universales, dolor por una verdad que alguien perdió en algún lugar y que no consigue encontrar. Se percibe cierto eco de Jean-Jacques Rousseau. Naturalmente, ni él mismo podría decir en qué consiste esa verdad, dónde y en qué podría manifestarse y cuándo se perdió, pero su sufrimiento es sincero. Hombre fantaseador e impaciente, sigue buscando la salvación principalmente en

circunstancias externas, y así debe ser: «La verdad —se dice— se encuentra en algún lugar fuera de mí, quizá en otro país, en Europa, por ejemplo, con su sólida estructura histórica y su consolidada vida social y ciudadana.» Y nunca comprenderá que la verdad se encuentra ante todo en su interior; en realidad, ¿cómo iba a comprenderlo? Es un extraño en su propio país; hace ya un siglo que perdió el hábito de trabajar, carece de cultura, ha crecido como un interno, entre cuatro paredes; se ha ocupado de tareas extrañas y arbitrarias relacionadas con una u otra de las catorce clases en que se divide la sociedad rusa instruida. Aún no es más que una brizna de hierba, arrancada de la tierra y arrastrada por el viento. Él se da cuenta y sufre, ¡a menudo de manera terrible! Así pues, ¿qué importa que un hombre como él, que quizá pertenezca a la nobleza hereditaria, y hasta es muy probable que posea siervos, se conceda el pequeño capricho, que le permite su posición privilegiada, de dejarse seducir por una gente que vive «fuera de la ley» y pase un tiempo en un campamento gitano conduciendo un oso amaestrado? Se comprende que una mujer, «una mujer salvaje», como un poeta la ha llamado, sea quien le ofrezca más esperanzas de aliviar su pena; por tanto, se entrega a Zemfira con despreocupación y apasionada fe: «Aquí está la salida que busco —se dice—. Aquí puedo encontrar mi felicidad, en el seno de la naturaleza, lejos del mundo, aquí, entre hombres que no conocen la civilización ni la ley». ¿Y qué es lo que sucede? Pues que al primer encontronazo con las costumbres de esa vida salvaje, no puede contenerse y empapa sus manos en sangre. El desdichado soñador no sólo no está hecho para la armonía universal, sino tampoco para vivir entre gitanos, así que acaban echándole:

Déjanos, hombre orgulloso;
nosotros somos salvajes; no tenemos leyes,
no torturamos ni ejecutamos.

Todo eso, naturalmente, es pura ficción, pero el «hombre orgulloso» es real y está bien perfilado. Pushkin fue el primero que lo retrató entre nosotros, no hay que olvidarlo. Y es así, es así: en cuanto algo no le gusta, ataca con furia a su oponente y le castiga por la ofensa que le ha infligido, o, lo que es más cómodo aún, recordando que pertenece a una de las catorce clases, apelará tal vez a la justicia (casos así se han visto) que tortura y castiga; a ella recurrirá, con tal de obtener venganza de su ofensa personal. ¡No, ese poema genial no es una imitación! Sugiere ya la solución rusa al problema, al «maldito problema», de acuerdo con la fe y la verdad del pueblo. «Humíllate, hombre orgulloso, y ante todo renuncia a tu orgullo. Humíllate, hombre ocioso, y ante todo labra tu tierra natal», tal es la solución de acuerdo con la verdad y la razón del pueblo. «La verdad no está fuera de ti, sino en tu interior; encuéntrala en ti mismo, sométete, domínate, y verás la verdad. Esa verdad no está en las cosas, no está fuera de ti, en algún lugar allende los mares, sino ante todo en tu propio trabajo sobre ti mismo. Véncete, sométete, y serás libre como nunca has soñado; emprenderás una gran obra, liberarás también a los demás y hallarás la felicidad, ya

que tu vida se verá colmada y al fin comprenderás a tu pueblo y su santa verdad. No encontrarás la armonía universal ni entre los gitanos ni en ninguna otra parte mientras no seas digno de ella, mientras seas pérfido y orgulloso, mientras concibas la vida como un don, sin suponer siquiera que debes pagar por ella.» Esa respuesta al problema se sugiere ya claramente en la obra de Pushkin. Y se expresa con mayor rotundidad aún en *Yevgueni Onieguin*, poema que no se mueve ya en la pura ficción, sino que es de una realidad palpable, y donde la verdadera vida rusa se restituye con tal fuerza creadora y tal perfección como no se habían visto nunca antes de Pushkin y como quizá no vuelvan a verse jamás.

Onieguin llega de San Petersburgo, precisamente de San Petersburgo: sin duda era una precisión esencial para el poema, y Pushkin no podía omitir un detalle tan elocuente y realista en la biografía de su héroe. Vuelvo a repetir que se trata del mismo Aleko, como se verá más tarde, cuando, en medio del aburrimiento, exclame:

¿Por qué, como un asesor de Tula,
no padezco de parálisis?

Pero en ese momento, en el inicio del poema, aún no se ha convertido del todo en un individuo fatuo y mundano, no ha vivido lo suficiente para haberse desengañado por completo de la vida. En cualquier caso, ya empieza a visitarle y a inquietarle

el noble demonio de un tedio secreto.

En ese rincón perdido, en el corazón de su país, no se encuentra a gusto; naturalmente, no se siente en su casa. No sabe qué hacer, tiene la impresión de estar allí de visita. Más tarde, cuando deambule aburrido por su propia patria y por tierras extrañas, se sentirá, en su condición de hombre indudablemente sincero e inteligente, aún más extraño entre los extranjeros. Ciertamente que también ama a su país, pero no le inspira confianza. Desde luego, ha oído hablar de los ideales patrióticos, pero no cree en ellos. Sólo cree en la imposibilidad total de ocuparse de cualquier labor en su propio país y contempla a quienes sopesan esa eventualidad —no eran muchos en aquel entonces y tampoco lo son ahora— con una sonrisa triste y burlona. Mata a Lenski por mero hastío, un hastío que quizá nace del anhelo de un ideal universal —una posibilidad más que probable, tratándose de nuestro país—. Tatiana no es así: es una mujer fuerte, con firmes lazos que la atan a su tierra. Es más profunda que Onieguin y, sin duda, más inteligente. Su noble instinto le basta para intuir dónde está la verdad y en qué consiste, como se pone de manifiesto en el final del poema. Puede que Pushkin hubiera hecho mejor dando a su poema el nombre de Tatiana en vez del de Onieguin, pues no cabe duda de que ella es el personaje principal del poema. Es un tipo positivo, no negativo; es el tipo de la belleza positiva, la apoteosis de la mujer rusa; a ella elige el poeta para expresar la idea de su obra en la célebre escena del último encuentro de Tatiana y Onieguin. Hasta puede decirse, poco más o menos, que

jamás ha vuelto a recrearse en nuestra literatura un tipo positivo de mujer rusa que alcance semejante belleza, con la excepción acaso del personaje de Liza en *Nido de nobles* de Turguénev. Pero la costumbre de Onieguin de mirarlo todo por encima del hombro le impide conocer de verdad a Tatiana, cuando se encuentra con ella por primera vez en ese rincón perdido, bajo la modesta apariencia de una muchacha pura e inocente, que desde el principio se siente intimidada delante de él. No supo reconocer la perfección y plenitud de la pobre muchacha, y hasta es posible que la considerara un «embrión moral». ¡Un embrión moral, después de su carta a Onieguin! Si hay algún embrión moral en el poema, ése es el propio Onieguin, no cabe duda. En realidad, era incapaz de apreciarla en su justa medida: ¿conocía acaso el alma humana? Es un hombre abstracto, un soñador empedernido, lo ha sido toda su vida. No la reconocerá tampoco más tarde, en San Petersburgo, convertida ya en una dama de la alta sociedad, a pesar de que le escribe una carta en la que le dice que «su alma ha percibido todas sus perfecciones». No son más que palabras vacías: ella pasa por su vida sin que la reconozca ni la aprecie; en eso consiste la tragedia de su relación. ¡Ah, si durante su primer encuentro en la aldea hubiera estado presente algún Childe Harold, venido de Inglaterra, o incluso el propio lord Byron, y le hubiesen llamado la atención sobre el tímido y discreto encanto de la muchacha, Onieguin se habría sorprendido y maravillado, ya que a veces esos sufridores universales dan muestras de no poco servilismo espiritual! Pero nada de eso sucede y nuestro buscador de la armonía universal, después de haberla sermoneado y haberse comportado, a pesar de todo, con extremada honradez, desaparece y, con su dolor universal a cuestas y las manos manchadas en la sangre que ha vertido en un estúpido arrebato de ira, empieza a deambular por su patria, sin reparar en ella, exclamando entre maldiciones, a pesar de rebosar fuerza y salud:

Soy joven, estoy lleno de vida,
pero ¿qué me aguarda? ¡El hastío, el hastío!

Eso lo comprende Tatiana. En estrofas inmortales el poeta la ha mostrado visitando la casa de ese hombre tan singular y enigmático aun para ella. No voy a hablar de la maestría artística, de la belleza inasequible y la profundidad de esos versos. Ahora la vemos en el despacho del anfitrión, hojeando sus libros, examinando sus adornos y sus objetos, tratando de que éstos le revelen su alma y le resuelvan el enigma; por último ese «embrión moral» se queda pensativo, esboza una extraña sonrisa, y, presintiendo que ha resuelto el enigma, murmura en voz baja:

¿Y si fuera una parodia?

¡Sí, es lo que tenía que murmurar! ¡Ha resuelto el enigma! Cuando vuelven a encontrarse en San Petersburgo mucho tiempo después, lo conoce ya a fondo. A propósito, ¿quién ha dicho que la vida mundana y cortesana ha corrompido el alma de

Tatiana y que fue precisamente su condición de dama de la alta sociedad y sus nuevas concepciones mundanas las que determinaron, en parte, que rechazara a Onieguin? No, nada de eso. ¡Sigue siendo la misma Tania, la Tania que conoció en la aldea! No se ha echado a perder; al contrario, el esplendor de la vida petersburguesa la deprime y le hace sufrir; odia su condición de dama de la alta sociedad, y quien la juzgue de otro modo es que no entiende nada de lo que ha querido decir Pushkin. Con gran firmeza le dice a Onieguin:

Me he casado con otro
y le seré fiel toda la vida.

Pronuncia esas palabras precisamente como mujer rusa; son su apoteosis. En ellas expresa la verdad del poema. Ah, no voy a decir ni una palabra de sus convicciones religiosas, de su concepción del sacramento del matrimonio; no, lo pasaré por alto. Pero ¿por qué se negó a marcharse con él, a pesar de que ella misma le dijo que le amaba? ¿Porque, «como mujer rusa» (y no francesa ni meridional), se siente incapaz de dar ese paso definitivo, no tiene fuerzas para quebrar sus cadenas, para sacrificar en aras de su gusto los honores, la riqueza, la posición social, para romper con las convenciones de la virtud? No, la mujer rusa es intrépida, capaz de seguir con valentía aquello en lo que cree, como ha demostrado con creces. Pero «se ha casado con otro y le será fiel toda la vida». Pero fiel ¿a quién, a qué? ¿A qué obligaciones? ¿Fiel a ese viejo general al que no puede amar, pues ama a Onieguin, y con quien se casó únicamente porque su madre «se lo suplicó e imploró con lágrimas en los ojos», en un momento en que su alma ofendida y lacerada rebotaba de desesperación y no albergaba ninguna esperanza, ni un solo rayo de luz? Sí, fiel a ese general, su marido, hombre de honor al que ama, al que respeta y de quien se siente orgullosa. Puede que su madre «le suplicara», pero ella y no otra dio su consentimiento; fue ella quien le juró fidelidad. Puede que se casara por despecho, pero ahora es su marido, y su traición lo cubriría de vergüenza y de oprobio y le mataría. ¿Acaso puede alguien cimentar su felicidad en la desgracia ajena? La felicidad no reside sólo en las delicias del amor, sino también en la armonía suprema del alma. ¿Dónde hallará reposo el espíritu si ha dejado a sus espaldas un acto deshonesto, despiadado e inhumano? ¿Podría abandonarlo en aras sólo de su felicidad? Pero ¿qué felicidad es esa que se basa en la desgracia ajena? Imaginaos que os proponéis dirigir los destinos humanos con la única finalidad de hacer felices a los hombres, de otorgarles de una vez paz y tranquilidad; e imaginaos también que, para alcanzar esa meta, sea necesario e inevitable atormentar a un solo ser humano, a un individuo además no demasiado valioso, hasta ridículo a ojos de muchos, no algún Shakespeare, sino simplemente un anciano honrado, casado con una mujer joven, en cuyo amor tiene una fe ciega, aunque no conozca su corazón, a la que respeta, de la que está orgulloso, y por la que se siente feliz y tranquilo. ¡Basta cubrirle de oprobio, deshonrarle y hacerle sufrir, y ya podéis levantar vuestro edificio sobre las lágrimas de ese viejo deshonrado!

¿Aceptaríais, en esas condiciones, ser el arquitecto de semejante edificio? He ahí la cuestión. ¿Y podrías admitir por un solo instante la idea de que los hombres para quienes lo habéis construido aceptarían recibir de vuestras manos una felicidad cimentada en el sufrimiento de un ser humano, tal vez insignificante, pero martirizado de forma injusta e implacable, y que, en caso de aceptarla, serían dichosos para siempre? Decidme, ¿podría Tatiana, con su nobleza de alma y el dolor que encierra su corazón, actuar de otra manera? No; su alma pura y rusa razona así: «Qué importa que la única infeliz sea yo; qué importa que mi desdicha sea incomparablemente mayor que la que se abatiría sobre ese anciano; qué importa, en fin, que nadie, ni siquiera ese anciano, llegue nunca a conocer ni valorar mi sacrificio; no quiero ser feliz a costa de otro». En eso consiste la tragedia, que acaba consumándose; hay un límite que no se puede traspasar, es ya demasiado tarde, y Tatiana rechaza a Onieguin. Habrá quien diga: «Pero también Onieguin es desdichado. ¡Tatiana ha salvado a uno, pero ha condenado a otro!». No obstante, ésa es ya otra cuestión, quizá la más importante del poema. Y a propósito, esa cuestión de por qué Tatiana no se va con Onieguin ha tenido en nuestro país, al menos en nuestra literatura, una historia muy característica a su manera, por eso me he extendido tanto sobre este punto. Lo más característico de todo es que la solución moral de ese problema haya sido objeto de dudas durante tanto tiempo. Esto es lo que pienso yo: aunque Tatiana recobrara su libertad, si el viejo marido moría y ella enviudaba, ni siquiera entonces habría seguido a Onieguin. ¡Hay que comprender ese carácter en toda su profundidad! A fin de cuentas sabe muy bien la clase de hombre que es: un eterno vagabundo que de pronto descubre en un ambiente nuevo, elegante, inaccesible, a una mujer a la que antaño ha desdeñado; es esa posición lo que probablemente determina todo. Pues resulta que esa muchacha, a la que antes casi despreciaba, ahora es el ídolo de la alta sociedad: la alta sociedad, esa autoridad formidable para Onieguin, a pesar de todas sus aspiraciones universales. ¡Seguramente ésa es la razón de que caiga deslumbrado a sus pies! «Ahí está mi ideal —exclama—. Ahí está mi salvación, el remedio a mi tristeza, un remedio que no supe ver, cuando la felicidad era tan posible, estaba tan cerca.» Y como Aleko suspira por Zemfira, así suspira él ahora por Tatiana, creyendo haber encontrado en ese nuevo capricho de la imaginación la solución de todos sus problemas. ¿Es posible que Tatiana no se dé cuenta? ¿Es que no lo ha calado ya hace tiempo? Sabe muy bien que lo que él ama en realidad es su nueva quimera, no a ella, que sigue siendo la modesta Tatiana de antaño. Sabe que la toma por algo que no es, que no es a ella a quien ama, que tal vez no ame a nadie, que tal vez sea incapaz de amar, a pesar de lo muchísimo que sufre. Ama una quimera y él mismo es una quimera. Si le siguiera, él se desengañaría al día siguiente y se burlaría de su entusiasmo. No hay ningún suelo bajo sus pies; es una brizna de hierba arrastrada por el viento. Ella es muy distinta: incluso en medio de su desesperación, acosada por la dolorosa conciencia de que ha malgastado su vida, conserva un elemento firme e inquebrantable que sirve de asidero

a su alma: los recuerdos de su infancia, los recuerdos de su tierra natal, de esa aldea perdida donde empezó su existencia pura y humilde; la «cruz y la sombra de las ramas sobre la tumba de su pobre niñera». Ah, esos recuerdos y las imágenes del pasado son ahora lo más valioso que tiene; esas imágenes es todo lo que le queda, pero le salvan de caer en la desesperación definitiva. Y no son poca cosa, no, sino más bien mucho, pues constituyen todo su apoyo, algo inquebrantable e indestructible. Representan el contacto con su tierra natal, con su pueblo y sus valores sagrados. Mientras que Onieguin, ¿qué tiene y quién es? No va a seguirle por compasión, simplemente para consolarle, para concederle por un instante, llevada de su amorosa piedad, un remedo de felicidad, cuando sabe de antemano que al día siguiente se burlará de esa felicidad. No, hay almas fuertes y profundas que son incapaces de exponer a la vergüenza, de manera consciente, lo más sagrado que tienen, ni siquiera llevadas de una infinita compasión. No, Tatiana no podía seguir a Onieguin.

Así pues, en *Yevgueni Onieguin*, ese poema inmortal e incomparable, Pushkin se reveló como un gran escritor popular, el mayor que hasta entonces habían conocido nuestras letras. De un plumazo, con la mayor perspicacia y precisión, llegó al corazón mismo de nuestro ser, caló el alma de la sociedad encumbrada por encima del pueblo. Después de haber delineado al tipo del vagabundo ruso, un vagabundo que existía entonces y sigue existiendo hoy, después de haber sido el primero en descifrar, con su genial intuición, ese personaje, su destino histórico y su enorme importancia para nuestro futuro, después de haberlo contrastado con una mujer rusa que encarna un tipo de belleza indudable y positiva, Pushkin fue también el primer escritor ruso que introdujo en otras obras de ese mismo periodo toda una pléyade de magníficos tipos positivos, que encontró en el pueblo ruso. La principal belleza de esos tipos reside en su verdad, una verdad tan indiscutible y palpable que es imposible rechazarlos: se alzan como tallados en piedra. Vuelvo a recordar una vez más que no estoy hablando como crítico literario, por lo que no trataré de explicar mi pensamiento mediante un detallado examen literario de esas geniales creaciones de nuestro poeta. Se podría escribir un libro entero, por ejemplo, sobre el monje cronista^[99], si se quisiera mostrar toda la importancia y significado de esa majestuosa figura, que Pushkin extrajo de la tierra rusa, retrató, esculpió y situó delante de nosotros ya para siempre, en su humilde, grandiosa e indiscutible belleza espiritual, como testimonio de ese poderoso genio popular, capaz de producir imágenes de tan incontrovertible verdad. Es un tipo real, que existe; nadie puede refutarlo diciendo que es una invención, una mera fantasía e idealización del poeta. Cuando se le contempla, es inevitable no estar de acuerdo: sí, existe, y por tanto el espíritu del pueblo que lo ha creado existe, y la fuerza viva de ese espíritu existe, y esa fuerza es grande e ilimitada. En toda la obra de Pushkin puede sentirse esa fe en el carácter ruso, esa fe en su fuerza espiritual; y si hay fe, también debe haber esperanza; una esperanza inmensa en el hombre ruso.

Con la esperanza de la gloria y del bien,
contemplo el futuro sin miedo,

dijo el propio poeta en otra ocasión, pero esas palabras tuyas pueden aplicarse perfectamente a toda su actividad creadora y nacional. No ha habido jamás un escritor ruso, ni antes ni después de él, que estableciera una relación tan íntima y cordial con el pueblo. Ah sí, hay muchos conocedores del pueblo entre nuestros escritores, que han sabido describirlo con talento, precisión y afecto, pero si se les compara con Pushkin no son más que «señores» que escriben del pueblo, a excepción de uno o como mucho dos de sus seguidores. En los más dotados de ellos, incluso en las dos excepciones que acabo de mencionar, se advierte de pronto, aquí y allá, una actitud altanera, algo que procede de otro mundo y otro género de vida, una especie de pretensión de elevar el pueblo a su propio nivel para hacerlo feliz. En Pushkin, en cambio, se percibe un *auténtico* afán de fraternizar con el pueblo, algo que se resuelve casi en una suerte de ingenua ternura. Tomad el cuento del oso y del campesino que mata a la «dama osa» o recordad esos versos:

Amigo Iván, cuando empezamos a beber...

y comprenderéis lo que quiero decir.

Nuestro gran poeta dejó esos tesoros artísticos y esa visión poética a modo de indicadores para los escritores que vinieran después de él, para los futuros trabajadores que laboraran en los mismos campos. Puede decirse con total seguridad que, si Pushkin no hubiera existido, no habrían surgido los talentos que le sucedieron. Al menos, no se habrían manifestado, por grandes que fueran sus dones, con la fuerza y la claridad con que lograron expresarse después, ya en nuestros días. Pero no estoy hablando sólo de la poesía y de la creación artística: si no hubiera existido Pushkin, es posible que no se hubiera perfilado con tan irresistible vigor como lo ha hecho después (claro que no estoy hablando de todo el mundo, sino de unas pocas personas) esa fe en nuestra idiosincrasia rusa, esa esperanza ya consciente en nuestra fuerza nacional, esa creencia en un destino específicamente ruso dentro de la familia de las naciones europeas. Esa proeza de Pushkin se aprecia con especial claridad cuando se examina con atención el que considero su tercer periodo de actividad literaria.

No me cansaré de repetirlo: esos periodos no tienen límites estrictos. Algunas obras de ese tercer periodo, por ejemplo, habrían podido surgir en los inicios de la actividad literaria de nuestro poeta, pues Pushkin fue siempre, por decirlo de algún modo, un organismo integral y completo, que llevaba en su interior todos sus gérmenes creadores, sin tener que tomar nada de fuera. El mundo exterior no hizo más que despertar esos elementos que se acumulaban ya en lo más profundo de su ser. Pero ese organismo evolucionó, de suerte que pueden establecerse los periodos de esa evolución y marcarse, en cada uno de ellos, sus rasgos particulares y la transición

progresiva de un periodo al siguiente. Así pues, se puede atribuir al tercer periodo de Pushkin una serie de obras en las que prevalecen ideas universales, en las que se reflejan imágenes poéticas de otras naciones y se reencarnan sus genios. Algunas de esas obras no se publicaron hasta después de su muerte. Es en ese periodo de su actividad cuando nuestro poeta se convierte en algo casi milagroso, en un fenómeno inusitado y sin precedentes en el mundo entero. Desde luego, la literatura europea cuenta con genios literarios de una talla extraordinaria, Shakespeare, Cervantes, Schiller. Pero señaladme a uno solo de esos grandes genios que haya poseído esa receptividad por todo lo ajeno en la misma medida que Pushkin. Y esa capacidad, la más importante de nuestra nacionalidad, la comparte precisamente con nuestro pueblo; eso es lo que lo convierte, ante todo, en un poeta nacional. Los más grandes poetas europeos jamás han podido encarnar con tanta fuerza como Pushkin el genio de un pueblo extranjero, tal vez vecino, su espíritu, la esencia más profunda de ese espíritu y su anhelo por llevar a cabo su destino. Al contrario, al dirigir su atención sobre otra nación, los poetas europeos suelen recrearla a imagen de la suya propia y entenderla a su manera. Hasta los italianos de Shakespeare, por ejemplo, son casi iguales a los ingleses. Sólo Pushkin, entre todos los grandes poetas universales, posee la capacidad de asimilar en su totalidad el espíritu de una nación extranjera. Ahí están sus *Escenas de Fausto*, su *Caballero avaro* y la balada *Había una vez en el mundo un caballero pobre*. Releed su *Don Juan*: de no aparecer la firma de Pushkin, jamás habríais adivinado que no lo ha escrito un español. ¡Qué imágenes más profundas y fantásticas las de su poema *El festín durante la peste!* Pero en esas imágenes fantásticas vibra el genio de Inglaterra; esa maravillosa canción sobre la peste entonada por el héroe del poema o esa canción de Mary con estos versos:

De nuestros hijos en la ruidosa escuela
resonaban las voces,

son canciones inglesas; es la melancolía del genio británico, su llanto, su dolorosa premonición del porvenir. Recordad esos extraños versos:

Vagando un día por un valle salvaje...

Es una transposición casi literal de las tres primeras páginas de una extraña obra mística, escrita en prosa, por un miembro de una antigua secta religiosa inglesa; pero ¿seguro que no es más que una transposición? En la triste y solemne música de esos versos vibra el alma misma del protestantismo nórdico, de ese inglés herético, de ese místico desafortunado, con su aspiración desmañada, sombría e irresistible y toda la desmesura de sus sueños místicos. Al leer esos extraños versos, uno cree percibir el espíritu de los tiempos de la Reforma, empieza a entender ese fuego belicoso del protestantismo primitivo, así como la misma historia, y no sólo con el pensamiento; es como si uno mismo hubiera estado allí, como si hubiera pasado junto a un

campamento armado de sectarios, hubiera cantado con ellos sus himnos, hubiera llorado con ellos en sus éxtasis místicos y hubiera profesado sus creencias. Por cierto, junto a ese misticismo religioso, ahí tenéis las estrofas no menos religiosas del Corán —la *Imitación del Corán*—. ¿No es un musulmán el que habla, no es el espíritu mismo del Corán y de su cimitarra, la ingenua grandeza de la fe y su terrible fuerza sangrienta? Y luego nos encontramos con el mundo antiguo en *Las noches egipcias*; ahí están esos dioses terrenales que han impuesto a su pueblo su divinidad, que desprecian ya el genio popular y sus aspiraciones, que ya no creen en él, que se han convertido en dioses solitarios, que han enloquecido en su aislamiento, y que combaten su tedio y su mortal angustia con atrocidades fabulosas, con una voluptuosidad propia de insectos, esa voluptuosidad de la araña que devora al macho. No, lo digo sin ambages: no ha habido otro poeta con una receptividad tan universal como Pushkin, y no sólo es digna de elogio esa receptividad, sino su sorprendente profundidad, así como la capacidad de su espíritu para reencarnarse en el espíritu de otros pueblos, de una forma casi completa y por tanto también milagrosa, pues se trata de un fenómeno que no se ha visto jamás en ninguna otra parte ni en ningún otro poeta. Sólo se encuentra en Pushkin, y eso es lo que lo convierte, vuelvo a repetirlo, en un fenómeno insólito y sin precedentes, y para nosotros también profético, ya que... ya que en ese rasgo halla su expresión más plena la fuerza nacional rusa, el espíritu nacional de su poesía, ese espíritu nacional que se desarrollará más tarde y marcará nuestro futuro, ese espíritu ruso que vibra ya en nuestra época y que él anunció proféticamente. Pues ¿en qué otra cosa consiste la fuerza del espíritu nacional ruso más que en la aspiración última a la universalidad y la fraternidad humana? Poeta plenamente nacional, Pushkin sólo necesitó entrar en contacto con la fuerza del pueblo para prever la gran misión que le aguardaba. En ese sentido, es un visionario, un profeta.

En efecto, ¿qué significa para nosotros la reforma de Pedro, y no me refiero sólo al futuro, sino también a lo que ya ha sucedido, a lo que ya se ha cumplido, a lo que se ha verificado ante nuestros ojos? ¿Qué representó esa reforma para nosotros? Pues no consistió sólo en la adopción de trajes, costumbres, invenciones y adelantos científicos venidos de Europa. Analicemos, examinemos de cerca lo que pasó. Sí, es muy posible que, al iniciar sus reformas, Pedro tuviera en mente únicamente ese objetivo, es decir, el utilitarismo más inmediato, pero más tarde, cuando siguió desarrollando sus ideas, sin duda se dejó guiar por una especie de sexto sentido, que acabó llevándole a objetivos mucho más vastos que ese utilitarismo inmediato. De la misma manera, el pueblo ruso aceptó esas reformas no por meros motivos utilitarios, sino porque preveía ya un objetivo más lejano, incomparablemente más elevado que el utilitarismo inmediato; ese objetivo, vuelvo a repetirlo, lo presentía inconscientemente, pero también de manera espontánea y con todo su ser. ¡Pues a partir de ese momento aspiramos a una reunificación verdaderamente vital, a la unión de toda la humanidad! Aceptamos en nuestro corazón sin hostilidad (como, en

principio, debería esperarse), de manera amistosa, llenos de amor, el genio de las naciones extranjeras, de todas a la vez, sin hacer diferencias ni incurrir en preferencias raciales, sabiendo —merced a nuestro instinto y casi desde el primer momento— distinguir y eliminar las contradicciones, disculpar y borrar las diferencias, testimoniando con ello nuestra disponibilidad y nuestra inclinación —que acababa de manifestarse y revelarse— a la unión general y universal con todas las naciones de la gran raza aria. Sí, el destino del ruso es indudablemente paneuropeo y universal. Ser un ruso de verdad, un ruso de los pies a la cabeza, quizá no signifique otra cosa (en última instancia, debe subrayarse) que convertirse en un hermano de todo el género humano, en un *ciudadano del mundo*, si lo preferís. Ah, la esclavofilia, el occidentalismo y todo eso no es más que un gran malentendido, aunque haya sido históricamente necesario. A un ruso de verdad Europa y el destino de toda la gran raza aria le son tan caros como la propia Rusia, como el destino de su propia patria, porque nuestro destino es también la universalidad, que no debe ganarse con la espada, sino con la fuerza de la fraternidad y de nuestra aspiración fraternal a la unión de todos los hombres. Si os dignáis analizar nuestra historia a partir de las reformas de Pedro, encontraréis ya huellas e indicios de ese pensamiento, de ese sueño mío, si lo preferís, en el carácter de nuestras relaciones con los pueblos europeos, incluso en nuestra política oficial. Pues, ¿qué ha hecho Rusia a lo largo de estos dos últimos siglos sino servir a Europa, quizá mucho más que a sí misma? No creo que la única razón de esa circunstancia sea la torpeza de nuestros políticos. ¡Ah, los pueblos de Europa no saben el cariño que les profesamos! Estoy convencido de que en el futuro todos nosotros, del primero al último —es decir, no nosotros, sino los rusos del futuro —, comprenderemos lo que significa ser un ruso de verdad: esforzarse por acabar definitivamente con las contradicciones europeas, señalar que la solución al malestar europeo reside en el espíritu universal y conciliador de Rusia, acoger con amor fraternal a todos nuestros hermanos y, por último, decir acaso la última palabra de la gran armonía general, de la unidad fraternal y definitiva de todas las razas en la ley evangélica de Cristo. Sé muy bien que mis palabras pueden parecer exageradas, exaltadas y quiméricas. Es posible, pero no me arrepiento de haberlas pronunciado. Había que decirlas, y había que decirlas ahora, en este momento solemne en que rendimos homenaje a nuestro gran genio, que encarnó precisamente esa idea con su talento artístico. Además, esa idea ya se ha expresado muchas veces, no estoy diciendo nada nuevo. Lo principal es que todo esto puede parecer presuntuoso: «¿Cómo va a corresponder semejante destino —dirá alguno—, a nuestro pobre y atrasado país? ¿Estamos predestinados a decirle una palabra nueva a la humanidad?». Pero ¿acaso estoy hablando de gloria económica, de logros de la espada o de la ciencia? Sólo hablo de la fraternidad entre los hombres, únicamente comento que, de todas las naciones, quizá sea la rusa la más indicada, en virtud de su corazón, para lograr la unión fraternal y universal de los hombres, y que veo indicios de ello en nuestra historia, en nuestros hombres de talento, en el genio artístico de Pushkin.

Puede que nuestro país sea pobre, pero «Cristo, ataviado como un siervo, lo ha recorrido y bendecido»^[100]. ¿Por qué no habríamos de ser depositarios de Su última palabra? ¿Acaso no nació Él mismo en un pesebre? Vuelvo a repetirlo: al menos ahora podemos señalar a Pushkin, la universalidad y abarcadora humanidad de su genio. Después de todo, fue capaz de asimilar el genio de otras naciones y aceptarlo como si fuera suyo. Al menos en su arte, en su obra literaria, mostró de manera indiscutible la universalidad de las aspiraciones del espíritu ruso, lo que constituye ya de por sí un inmenso logro. Si nuestro pensamiento no es más que una fantasía, al menos con Pushkin tenemos una base sobre la que fundamentarla. Si hubiera vivido más tiempo, puede que nos hubiera mostrado grandes e inmortales imágenes del alma rusa que nuestros hermanos europeos habrían comprendido, acercándolos más a nosotros de lo que lo están ahora; acaso hubiera logrado explicarles toda la verdad de nuestras aspiraciones, y entonces ellos nos comprenderían mejor de lo que nos comprenden, habrían empezado a entrever nuestros propósitos y habrían dejado de mirarnos con esa desconfianza y altanería con que nos miran ahora. Si Pushkin hubiera vivido más tiempo, tal vez habría entre nosotros menos malentendidos y disputas de los que vemos ahora. Pero Dios lo dispuso de otro modo. Pushkin murió en pleno florecimiento de sus fuerzas creativas y es seguro que se llevó consigo a la tumba un gran secreto. Lo único que podemos hacer ahora es tratar de adivinar ese secreto sin él.

Notas

[1] Propietario de la revista conservadora *El Ciudadano*, donde Dostoyevski publicaba la sección del *Diario de un escritor* y de la que se convirtió en director en 1873. [*Esta nota, como las siguientes, salvo que se indique lo contrario, es del traductor.*] <<

[2] Novela satírica del príncipe Mescherski. <<

[3] Mijaíl Petróvich Pogodin (1800-1875), profesor de la Universidad de Moscú, historiador y articulista de opiniones conservadoras y nacionalistas. <<

[4] Probablemente el amigo es Vasili P. Botkin (1811-1869), escritor y crítico, y el jovencito Iván S. Turguénev. <<

[5] Feminista apasionada y directora en Ginebra de una institución moderna de enseñanza para jovencitas. <<

[6] Grupo de jóvenes oficiales e intelectuales pertenecientes a la nobleza que en diciembre de 1825 trataron de instaurar una monarquía constitucional. Fueron duramente represaliados por Nicolás I. Algunos fueron ajusticiados y otros enviados a Siberia; las mujeres de varios de ellos los siguieron voluntariamente al destierro. <<

[7] Así llama Dostoyevski, con tristeza y un punto de ironía, a los rusos residentes en el extranjero. <<

[8] Bebida rusa a base de cebada fermentada. <<

[9] Después de sus ataques de epilepsia, el escritor a veces no podía recordar lo que había hecho el día anterior. <<

[10] Yegor Petróvich Kovalevski (1811-1868), escritor y geógrafo. <<

[11] Se trata del poeta Nikolái Nekrásov (1821-1877), director de El Contemporáneo y después de Anales de la Patria. <<

[12] Fadéi V. Bulgarin (1789-1859), director del periódico *La Abeja del Norte*, defensor recalcitrante de la autocracia y colaborador de la policía secreta zarista. <<

[13] Madre. <<

[14] Un funcionario entero. <<

[15] Calumniad y algo quedará. <<

[16] *El diario de un loco* es una de las novelas petersburguesas de Gógol; la oda Dios es uno de los poemas más famosos del poeta Derzhavin (1743-1816); *Yuri Miloslavski* o los rusos en 1612 es el título de una novela histórica de Mijaíl Zagoskin que tuvo un gran éxito en su momento; Afanasi Fet (1820-1892), uno de los grandes poetas rusos del siglo XIX. <<

[17] Héroe de un poema de Nekrásov del mismo título. <<

[18] Un momento más, señor verdugo, un momento más. <<

[19] Aleksandr N. Ostrovski (1823-1886), importante dramaturgo ruso que retrató en sus obras el mundo de los comerciantes. <<

[20] El decreto de emancipación de los siervos se promulgó el 19 de febrero de 1861.

<<

[21] Con esta expresión Dostoyevski se refiere a las clases educadas que surgieron en Rusia después de las reformas de Pedro el Grande. <<

[22] Ésta es la explicación que da Mijaíl Bajtín a este pasaje: «Se puede tirar el pan al suelo (es siembra, fecundación), pero al piso no se permite (el piso es un seno estéril)», Mijaíl Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoyevski*, Fondo de Cultura Económica, 1988 (traducción de Tatiana Bubnova). <<

[23] Plato de arroz con miel y pasas que se servía en los convites fúnebres. <<

[24] Arco típico de los carruajes rusos. <<

[25] Habría que inventarlo. <<

[26] Personaje de *La Avenida Nevski* de Gógol. <<

[27] Suelto. <<

[28] Así se llamaba en la prensa conservadora de las décadas de 1860 y 1870 a las nihilistas y defensoras de los derechos de la mujer. <<

[29] Antigua medida de superficie equivalente a 1,07 hectáreas. <<

[30] Personaje de la comedia de Gógol *El inspector*. <<

[31] Se refiere a A. S. Suvorin, que empleaba el seudónimo de El Desconocido en sus tiempos de periodista en *Novedades de San Petersburgo*. En 1876, Suvorin fundaría *Tiempo Nuevo*, una revista de tendencia conservadora. Uno de los colaboradores asiduos de esa revista sería Chéjov, con quien Suvorin mantendría una larga relación de amistad y una copiosa correspondencia. <<

[32] Versos del poema de Pushkin *El demonio*. <<

[33] Versos del poema de Nekrásov *Infancia*. <<

[34] *Los relatos de Sebastopol*, obra de Tolstói que tiene como trasfondo la guerra de Crimea. *Las veladas de Dikanka*, obra temprana de Gógol en la que recoge cuentos fantásticos y de ambiente ucraniano. El cuento del comerciante Kaláshnikov es obra de Lérmontov. Koltsov es autor de unas fábulas en verso. <<

[35] Personaje de *Humo*, de Iván Turguénev, que desató grandes polémicas en el momento de la aparición de la novela por sus ataques furibundos a Rusia. <<

[36] Se trata, como Dostoyevski aclara en nota, de un término del habla popular (obrazit, derivado de obraz, «imagen», «forma») que no aparece en ningún diccionario y que viene a significar, más o menos, mostrar una cara humana. El escritor afirma habérselo oído a los presidiarios, que la empleaban, por ejemplo, para reprender a un borracho. <<

[37] Uno de los nombres populares del vodka. <<

[38] En 1873 el periodista Suvorin escribió un artículo crítico contra Gólubev, magnate del ferrocarril Oriol-Vitebsk, que supuestamente había expulsado a varios pasajeros de un compartimento de primera clase para ocuparlo él mismo. También convirtió en blanco de sus ataques a un tal Vorobiov, presunto empleado de la administración ferroviaria, presentado como una suerte de eminencia gris. <<

[39] Odio a esos bandidos. <<

[40] Yo soy ladrona, mentirosa. <<

[41] Pero siempre quedará algo. <<

[42] Dostoyevski cita de memoria un episodio del capítulo X de la primera parte de *Almas muertas* en el que Nozdriov responde a las preguntas que le hacen sobre Chíchikov con una sarta de mentiras. <<

[43] Cita de *El inspector* de Gógol. <<

[44] Verso de un poema de Pushkin que lleva por título «Eco». <<

[45] Recuerdos. <<

[46] Así pronunciaban los comerciantes esa palabra, como si derivara del verbo *kopit* (debe pronunciarse *kapit*), que quiere decir «amasar», «acumular». <<

[47] Siempre queda algo. <<

[48] Antigua medida rusa equivalente a 4,4 centímetros. <<

[49] Lucas 11, 46. <<

[50] Hay que tener el valor de dar la opinión propia. <<

[51] Dostoyevski se refiere probablemente al escritor D. V. Grigoróvich. <<

[52] Según la creencia popular, tres ballenas sostienen el mundo. <<

[53] Dostoyevski alude al escritor Iván Turguénev, que mantuvo una estrecha relación con el matrimonio Viardot a lo largo de toda su vida. <<

[54] El arcipreste Avakum (1620?-1682) fue uno de los principales protagonistas del gran cisma de la Iglesia ortodoxa. Exiliado a Siberia y finalmente quemado vivo por su oposición a la reforma del patriarca Nikon, escribió una Vida que está considerada uno de los monumentos de la literatura rusa. <<

[55] Letra heredada del alfabeto cirílico primitivo que fue eliminada después de la reforma de 1922. Aunque en un principio tenía un sonido propio, posteriormente se confundió con la «ye», lo que producía las inevitables confusiones entre los escolares, como sucede entre nosotros, a veces, con la «g» y la «j». <<

[56] Más nobleza que sinceridad. <<

[57] Pechorin es el héroe de la novela de Lérmonov Un héroe de nuestro tiempo. El prisionero del Cáucaso es un poema de la primera época de Pushkin. Los protagonistas de ambas obras son de clara inspiración byroniana. <<

[58] La cita exacta (Mateo 6, 28) es como sigue: «Y por el vestido, ¿a qué acongojaros? Considerad los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni se hilan; y yo os aseguro que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Y si la hierba del campo, que hoy parece y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿por ventura no mucho más a nosotros, hombres de poca fe?». [Traducción de José María Bover y Francisco Cantera Burgos.] <<

[59] T. N. Granovski (1813-1855), figura destacada de los años cuarenta, profesor de historia de la Universidad de Moscú y cabeza de filas de los occidentalistas. Su influencia fue considerable en los círculos intelectuales de su época. Aleksandr Herzen le dedica un capítulo de *Pasado y pensamiento*; también Iván Turguénev se ocupa de él en *Páginas autobiográficas*. <<

[60] Personaje de Gógol (aparece en el capítulo XI de *Almas muertas*) que se ocupa de dilucidar cuestiones vanas e intrascendentes. <<

[61] Infiel. <<

[62] Secta protestante que surgió a finales de la década de 1860 y que se extendió ampliamente por zonas del sur de Ucrania. <<

[63] Las palabras rusas para cristiandad, *jristianstvo*, y para campesinado, *krestianstvo*, tienen un origen común. A menudo se interpreta la palabra campesino, *krestianin*, como una deformación de cristiano, *jristianin*. <<

[64] La anécdota se remonta a los años 1862-1863, la época en que las teorías radicales y materialistas alcanzaron su máximo apogeo en la sociedad. <<

[65] Es decir, una joven de ideas radicales o incluso nihilista. <<

[66] Se alude aquí al célebre juicio del crítico radical Písarev, que había afirmado que un par de botas tenía más valor que toda la poesía de Pushkin. <<

[67] Dostoyevski se refiere en este caso al escritor satírico Saltikov-Schedrin (1826-1889), que en aquella época era editor de *Anales de la Patria* y quería publicar alguna colaboración de Dostoyevski. <<

[68] Célebre comedia escrita por Aleksandr Griboiédov en 1824. <<

[69] Se refiere Dostoyevski al ciclo satírico de Saltikov-Schedrin *Los señores Molchalin* (1874). <<

[70] Se trata de Aleksandr Herzen, muerto en 1870, cuya hija Yelizaveta se suicidó en Florencia en 1875, a los diecisiete años de edad. <<

[71] Este incidente inspiraría a Dostoyevski su relato *La mansa*, que aparecería en el número de noviembre de 1876 del *Diario de un escritor*. <<

[72] En 1722 Pedro el Grande instituyó la «Tabla de rangos», que establecía catorce categorías tanto para la administración civil como para la militar. <<

[73] La nobleza hereditaria sólo se adquiría cuando se alcanzaba el octavo grado del escalafón. <<

[74] Albergue nocturno para mendigos y vagabundos situado en la plaza de la Paja, un lugar de mala reputación. <<

[75] Recibo muchas cartas en las que se informa de casos de suicidio y se me pregunta qué pienso de ellos y cómo los explico. [*Nota del autor.*] <<

[76] Ese escritor, según se desprende del cuaderno de notas de Dostoyevski, es Saltikov-Schedrin. <<

[77] El 6 de diciembre de 1876 se organizó en la plaza de Kazán de San Petersburgo una manifestación de corte revolucionario en la que participaron jóvenes, sobre todo estudiantes. <<

[78] Dostoyevski se refiere a Ernesto Rossi (1829-1896), actor, traductor de Shakespeare, dramaturgo y crítico. <<

[79] El cuadro en cuestión es *La antorcha del cristianismo* —llamado posteriormente *La antorcha de Nerón*—, del artista de origen polaco G. I. Semiradski, que se exhibió en la exposición de la Academia de Artes de marzo de 1877. <<

[80] Rafael era uno de los pintores predilectos de Dostoyevski, en cuyo despacho, al final de su vida, colgaba una reproducción de la *Madona Sixtina*, que el escritor había contemplado varias veces, arrobado, en la Galería de Dresde. <<

[81] Humor. <<

[82] Se trata del protagonista del *Diario de un loco*. <<

[83] Se refiere al decreto de abolición de la servidumbre, promulgado el 19 de febrero de 1861. <<

[84] En la actualidad esa situación se ha corregido en lo esencial: apenas hay un solo día en que no se haga público un comunicado del alto mando. [*Nota del autor.*] <<

[85] Tropas irregulares turcas que se distinguían por su crueldad. <<

[86] Probablemente Dostoyevski se refiere a Iván Goncharov, autor, entre otras obras, de *Oblómov* y de *Una historia corriente*. <<

[87] Ese grupo estaba compuesto por Tolstói, Turguénev, Ostrovski, Goncharov y Nekrásov. <<

[88] Mijaíl Vasílievich Lomonósov (1711-1765), científico, poeta y gramático, es una de las figuras capitales de la cultura rusa. Contribuyó en gran medida a la creación de la Universidad de Moscú y desarrolló la lengua literaria. <<

[89] Ese versículo del Deuteronomio (32, 35) fue elegido por Tolstói como epígrafe de *Anna Karénina*. <<

[90] A continuación Dostoyevski cita, con algunas omisiones, el final de los capítulos XI y XIII de la octava parte de *Anna Karénina*. <<

[91] Todo lo que no está expresamente permitido está prohibido. <<

[92] Pugachov encabezó una revuelta popular que, en tiempos de Catalina II, hizo tambalear los cimientos mismos del Estado. Pushkin escribió una composición histórica al respecto titulada *Historia de la revuelta de Pugachov* y se sirvió de ese marco histórico para ambientar su relato más famoso, *La hija del capitán*. El gobierno ruso emprendió dos campañas en 1839 y 1859 para conquistar los janatos de Jiva y Bujará, importantes ciudades de Asia central. <<

[93] El gran duque Nikolái Nikoláievich, hermano del zar, había asumido el mando de las tropas en los Balcanes. <<

[94] Todo este fragmento no es una cita del *Quijote*. La ausencia de este episodio en la obra de Cervantes fue señalada por primera vez en 1953 por el hispanista Maldonado de Guevara. <<

[95] Dostoyevski escribe por error «barbero». <<

[96] Hija de Urano y Gea, personifica la ley y la justicia. <<

[97] Siempre queda algo. <<

[98] Dostoyevski cita fragmentos de un ensayo sobre Pushkin escrito por Gógol e incluido en el volumen *Arabescos*. <<

[99] Se trata del monje Pimen, del drama *Borís Godunov*. <<

[100] Verso de un famoso poema de Fiódor Tiútchev. <<